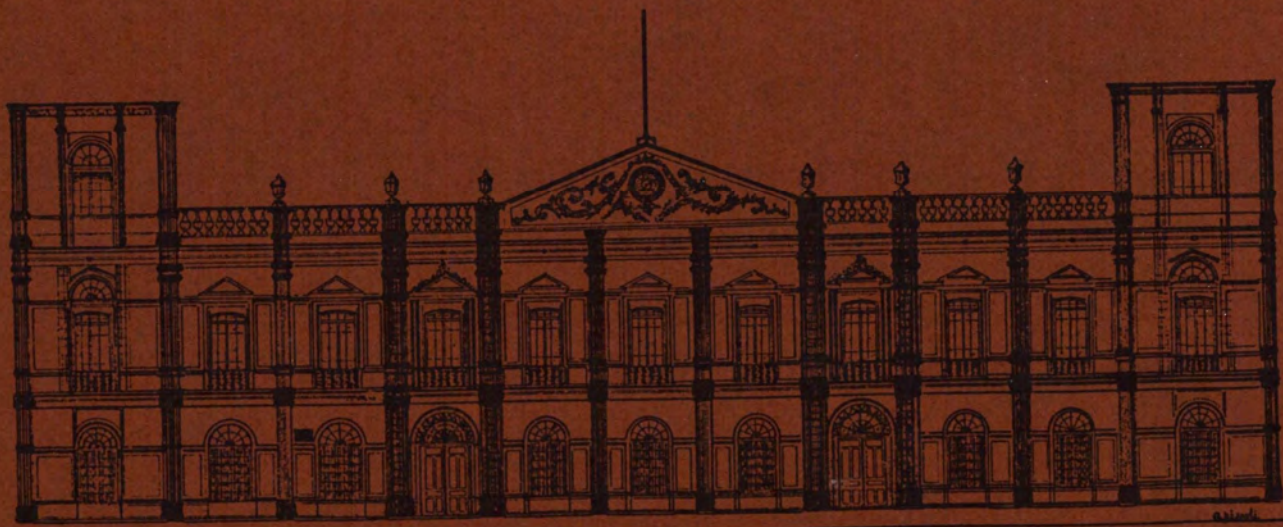


# Universidad: Génesis y Evolución

## Tomo III



José Antonio Padilla Segura

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1999







# Universidad: Génesis y Evolución

Tomo III







José Antonio Padilla Segura

# Universidad: Génesis y Evolución

Tomo III

---

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1999



© Derechos Reservados *by*  
José Antonio Padilla Segura.

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

ISBN-968-6194-69-x.	Colección completa
ISBN-968-6194-70-3.	Tomo I
ISBN-968-29-8119-0.	Tomo II
ISBN-968-7674-51-2.	Tomo III
ISBN-970-9046-02-0.	Tomo IV

0604-99005-A 0165

# Índice Tomo III

	Pág.
Recapitulación	I
CAPÍTULO VI	
El entorno mediterráneo precursor de la universidad medieval	1
Egipto	6
Persia	26
Roma	39
Israel	62
Bizancio	65
CAPÍTULO VII	
La influencia de los árabes y de la cultura islámica en la formación de la Universidad	81
El Islam y el conocimiento	101
El Derecho	105
La Medicina en el mundo islámico	111
Química y Astronomía	120
El Islam y Occidente	123
CAPÍTULO VIII	
El cristianismo y la recuperación de la cultura	139
CAPÍTULO IX	
El preámbulo de la Universidad europea	173
Escuelas monacales	175
Escuelas catedralicias	185
Escuelas de corte. Carlomagno y Alcuino	189



APÉNDICE DOCUMENTAL I	
Documentos	193
Cronología histórica del siglo V al X	213
Las Doce Tablas	218
APÉNDICE DOCUMENTAL 2	
Personajes relevantes	233
GLOSARIO	251
BIBLIOGRAFÍA	257
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	261

---

*A mi esposa, a mis hijos y a mis nietos.*

*Al Instituto Politécnico Nacional,  
en particular a su Director General el señor ingeniero  
Diódoro Guerra Rodríguez.*

*A la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,  
en especial a su Rector el señor ingeniero  
Jaime Valle Méndez  
y al Director de la Editorial Universitaria señor C.P.  
José de Jesús Rivera Espinosa.*

*A la Universidad Nacional Autónoma de México.*





# AGRADECIMIENTOS

*El tomo tercero del libro Universidad: Génesis y Evolución aparece hoy para integrarse al conjunto de una obra cuya investigación ha tomado más de dos décadas. En esta labor han contribuido de diversa manera personas e instituciones a quienes deseo hacer patente mi reconocimiento, por lo que quiero manifestar que, como toda obra humana, ésta también es producto del esfuerzo de un grupo al que le envío mi agradecimiento.*

*A mi esposa, la señora María Elena Longoria de Padilla que a lo largo de toda la obra me ha brindado la ocasión de comentar su contenido.*

*A mi hija, la maestra en filosofía María Teresa Padilla Longoria, que en tantas ocasiones me ha proporcionado puntos de vista y opiniones que siempre he considerado muy valiosos.*

*A mis secretaria particular, la señora Ana Luisa Sotres de Múzquiz.*

*A mis secretarias, las señoras María Elena Guadarrama y María del Refugio Valderrama.*

*A mi pequeño equipo de trabajo conformado por las licenciadas Leticia Barragán López y María del Carmen Granados Sánchez y el señor Miguel Ángel Manzano Romero, quienes no solamente realizaron los trabajos de investigación bibliográfica, sino que en muchas ocasiones aportaron valiosas ideas, por lo que pueden considerarse como coautores de algunos capítulos de la obra.*



# RECAPITULACIÓN

*Hace casi dos décadas inicié, lo que en ese entonces creí sería un ensayo corto sobre el origen y la evolución del concepto de universidad. Siempre he pensado que todos los seres humanos en cuanto logran alcanzar un cierto estadio de civilización, deben encontrar soluciones a problemas diversos, ya sea cotidianos o de gran trascendencia que implican –sin que esto sea una nota dramática–, en última instancia la supervivencia misma. Tales soluciones implican necesariamente la organización socializada de la función de conocer, y es allí donde aparece el germen, el origen de lo que, en su evolución y paso entre múltiples grupos humanos llegará a conformar lo que en la Europa medieval se le llamó universidad.*

*Después de todos esos años aún me encuentro en la etapa de estudio, ya que el tema de suyo incluye a todo el saber humano, y su historia rebasa en el tiempo y en el espacio los estrechos límites del medioevo europeo. Ese en uno de los temas que mayor interés suscita entre los historiadores y estudiosos de la evolución del pensamiento y de la cultura. De ahí que resulte indispensable profundizar en el estudio de los antecedentes de esta institución en verdad antigua, si se pretende obtener una explicación y entender los fenómenos sociales y las peculiaridades de los estados modernos.*

*Si sólo por un momento pudiésemos imaginar una sociedad moderna en la que no existieran médicos, ingenieros, abogados químicos, literatos, historiadores, administradores, teólogos, filósofos, arquitectos, agrónomos, biólogos y todos aquellos profesionistas que egresados de una universidad, llegan por diversas vías a ponerse al servicio de la sociedad, bajo la guía y gobierno de un estado, entonces de inmediato nos damos cuenta de la imperiosa necesidad de la existencia de una institución que, cercana al poder político del estado, socialmente funcione como la más poderosa promotora de la generación, conservación y transmisión de conocimientos.*

*Entonces, nos percatamos de que su influencia es tal, que no resulta concebible una sociedad, un país, un mundo humano sin universidad en la más amplia acepción del término, e igualmente nos damos cuenta de que necesariamente, la universidad y su significado se han mantenido en evolución permanente. De las primeras escuelas organizadas en la antigüedad, hasta la aparición de la universidades del medioevo europeo, transcurren más de quince siglos y de éstas últimas a la*



*universidad contemporánea otros seis siglos. El nuevo concepto de universidad actualmente en boga, ha adoptado características muy diversas, la más destacada entre ellas es su predilección por el conocimiento racional, el método llamado científico y los resultados prácticos de aplicación inmediata, con el consecuente descuido del fundamental campo de las humanidades, para darle prioridad al desarrollo de la investigación experimental y, sobre todo, al desarrollo de la ciencia aplicada y la tecnología.*

*El significado último de esta situación es que la universidad moderna, debido al poder que tiene de generar conocimientos, cuya aplicación práctica transforma radicalmente la vida de la humanidad entera, se ha convertido en una institución y un sistema que tiene a su alcance, en gran medida, la definición de los países y los estados. Es decir, un estado que no sea capaz de crear su propia institución universitaria, como soporte de su accionar cotidiano, simplemente desaparece, no tiene derecho a la existencia.*

*De ahí la importancia que ha tenido para toda sociedad el que desde sus más remotos orígenes, en cuanto alcanza la conciencia de sí misma, por la propia dinámica de la supervivencia, se dé a la tarea de crear, por elemental que éste pueda resultar, un sistema de enseñanza-aprendizaje que, de acuerdo con las características del pueblo que lo genera, dé satisfacción a las necesidades que hicieron imperioso su nacimiento. Es por ello que el proceso de gestación de la idea de la universidad corre –y no podría ser de otro modo– paralelamente, si es válido decirlo, por la historia misma de la humanidad y, obviamente, esa es la historia del homo sapiens.*

*La universidad, si le queremos dar ese nombre desde ya a los nacientes grupos humanos cuyo objetivo es la enseñanza desde sus orígenes en las primeras épocas de la humanidad, llegan a constituir más que un organismo o una estructura, un cuerpo de doctrina que surge plenamente como universidad a finales de la Edad Media europea, como consecuencia, evidentemente, de una milenaria larvación entre multitud de pueblos de oscuro y olvidado origen que dieron su aportación para que ésta, llegando a ser una realidad, se entrelazara con la vida política, social, cultural de los pueblos donde se establece, y enriquezca y transforme todos los ámbitos que toque.*

*A pesar de que la universidad, en cualquier época de la historia humana depende fundamentalmente del poder político y económico del estado, su calidad de institución generadora y promotora del conocimiento y del libre pensamiento, le conduce necesariamente a darse a sí misma sus propias normas, sus estatutos y procedimientos que le conducen con frecuencia a formar un estado – el del pensamiento y la inteligencia– dentro de otro estado. Ello hace que la comunidad universitaria adquiera una serie de características únicas y que el estado, dada la importancia vital para su accionar cotidiano, le otorgue decisivas prebendas y privilegios.*

*Reseñar la historia evolutiva de la universidad desde la aparición de las primeras escuelas de la antigüedad hasta su resumen en la Europa medieval, y su prolongación hasta los tiempos modernos, es el objetivo que persigue este ensayo que ya se encuentra en su tercer tomo dedicado a la contribución que a la evolución de la idea de universidad dieron el pueblo árabe bajo en Islam y los monjes irlandeses que recristianizaron la península europea en los momentos de mayor*

*oscurantismo y que fueron un importante hito para la creación de las escuelas monacales, las catedralicias y de corte a lo largo de los países del área del Mediterráneo occidental.*

*La historia conocida llega entonces al momento en que con gran fuerza y personalidad surgen las fundaciones originales de Bolonia y de París seguidas por Oxford, Cambridge y multitud de universidades que a partir del siglo XIII van dando una fisonomía propia al mapa europeo, con lo que llegan a convencer equivocadamente a los hombres de aquel tiempo y aún del nuestro de que la universidad es producto y consecuencia exclusiva de la Edad Media en cuanto a tiempo, y de Europa en lo que toca a espacio.*

*Tal concepción olvida que esa institución de enseñanza ha formado parte inseparable de la humanidad durante milenios, que en nuestros días ha dado personalidad y soporte a los estados modernos, misma que llegó a ser lo que es como consecuencia de una conjunción ordenada e inteligente del pensamiento de todas las latitudes del planeta a lo largo de cientos y cientos de años.*

*Igualmente conviene recordar que la universidad en ningún momento es simplemente una organización administrativa ya que en este sentido no tendría objeto de cual ocuparse: ¿qué administrar? La universidad hace referencia al binomio inseparable y razón de su existencia, es decir, al claustro de maestros que la constituye y que, por definición, deben ser sabios en la más amplia expresión de la palabra, y también por alumnos, cuyas cualidades y deseos los convierten en sujetos aptos para absorber el conocimiento, enriquecerlo y transmitirlo, cuando su momento llegue y a su vez se conviertan en maestros, de futuras generaciones. De ahí que la universidad de París se le denominara Universidad de Maestros ya que, como veremos en el tomo IV de esta obra, el origen de esta universidad se dio a través de un grupo de profesores que al conformar una cofradía que los aglutinara para proteger sus intereses comunes, hicieron posible el nacimiento de dicha institución.*

*Es importante considerar que los orígenes europeos de la universidad surgen a través de una estructura social que obligaba a todos y cada uno de los trabajadores (recordando el lenguaje de las matemáticas en la teoría de conjuntos), al universo de tales trabajadores que tenían en común un tipo de actividad laboral, a organizarse en una gilda, cofradía, sindicato o universidad, y reunirse, empadronarse y darse a sí mismos unos estatutos que rigieran rigurosamente el desempeño de su trabajo; por supuesto bajo la vigilancia de la autoridad política y de la Iglesia.*

*Aunque, el origen de la universidad como concepto laboral señala únicamente a una organización de trabajadores, como concepto referido a la organización de sabios, al claustro de profesores, cuya finalidad es transmitir los conocimientos heredados de otros maestros en una determinada rama del saber, va mucho más allá de la mera organización laboral, para trascender los espacios físico y temporal y convertirse en una tarea común de todos los hombres que, a pesar de las diferencias obligadas ya sean geográficas, sociales, idiomáticas o de otro tipo, mantienen el mismo espíritu de hacer suyo el conocimiento para, además de transmitirlo, ponerlo de alguna manera (no siempre directa) al servicio de todos los hombres.*

*La otra modalidad, dentro del ambiente europeo, en que surgen las instituciones universitarias medievales es la organización, ya no de maestros, sino de alumnos que se reúnen para ser ellos quienes contraten los servicios de determinados profesores, como es el ejemplo clásico de la universidad de Bolonia, a la cual, evidentemente se le denominó Universidad de Alumnos.*

*La universidad entonces tiene entre sus características la de ser una peculiar relación entre maestros y alumnos, cuyo objetivo unívoco es el de ser la institución que haga posible, de manera ordenada, la adquisición y transmisión socializada de conocimientos, teniendo en cuenta que en todas las ramas del saber estos conocimientos son acumulativos, por lo que también la universidad tiene como misión su resguardo y preservación, ya que sin una memoria histórica la humanidad estaría condenada a partir siempre de cero y a conquistar una y otra vez los mismos conocimientos. Otra característica de la relación entre alumnos y maestros universitarios, es la irrestricta libertad para exponer y examinar con rigor y respeto todas las teorías y todas las doctrinas, bajo el entendido claro de que si desaparece esa libertad, desaparece la universidad misma.*

*Todas estas características nos hablan, en última instancia, que la relación entre profesores y alumnos es siempre una relación directa en la que la experiencia del docente se vierte en el alumno buscando no sólo entregarle su saber, sino, y esto es verdaderamente de la máxima importancia, sobre todo modelar al alumno descubrir y sacar de él sus mejores dotes y cualidades para que a su vez, el futuro profesor, esté en condiciones de conducirse de manera similar con sus futuros alumnos, ya que el contenido de todo saber tiene forzosamente una vertiente ética sin la cual deja de pertenecer al ideal humanístico que subyace en la creación de la universidad.*

*Debido a que me parecen de importancia las ideas que al respecto expresa el cardenal Newman en sus ensayos publicados bajo el título de ¿Qué es una universidad?, me permito transcribir las siguientes:*

*Qué más se puede desear, se preguntará, para la educación intelectual del hombre que la publicación exuberante, diversa y persistente de todas las ramas del saber? ¿Para qué, se preguntará, necesitamos ir en busca de la ciencia, si la ciencia viene hacia nosotros? La Sibila escribió sus profecías en las hojas de los árboles del monte y las malgastó; pero en estos días eso no tendría importancia, pues podría repararse la pérdida, dada la casi fabulosa fecundidad de los medios inventados en estos últimos siglos. Poseemos sermones grabados en piedras y libros escritos sobre ruinas; obras más extensas y en mejores condiciones que las más prestigiosas e inmortales de la antigüedad que se publican ahora cada día enviándolas hasta los puntos más lejanos de la tierra a razón de cientos de kilómetros por día. Los asientos y sillones de nuestras casas están tapizados, nuestros pavimentos están sembrados con un enjambre de pequeños mosaicos, y los mismos ladrillos de los muros de nuestra ciudad pregonan la sabiduría, haciéndonos saber por medio de sus anuncios dónde podemos adquirir la ciencia económicamente, en el acto.”<sup>1</sup>*

*Concedo eso y mucho más. Así es, en efecto, nuestra educación popular y sus resultados son notables, a través de la utilización de sustitutos de la relación directa entre maestros y alumnos. Después de todo, en esta época cuando la gente desea adquirir lo que en lenguaje comercial se llama un buen artículo, cuando aspira al logro de algo precioso, refinado, realmente bueno y*

---

<sup>1</sup> Friedrich Heer. *El mundo medieval. Europa 1100-1350*, p. 260.



*grande; en fin, algo escogido, se dirige a otro mercado que, en el caso de la educación, en el de la adquisición del saber, evada el arduo camino de estudiar bajo la tutela y dirección de un maestro y le evita a éste cualquier esfuerzo.*

*Pero bien sabemos que la educación inevitablemente debe usar el método de la instrucción oral, del contacto de los hombres entre sí, de la influencia personal del maestro y de la humilde iniciación del discípulo; en consecuencia, la educación se vale de los grandes centros de estudio, de peregrinación —como era común en la Edad Media europea—, que semejante método de educa-*

*Concedo eso y mucho más. Así es, en efecto, nuestra educación popular y sus resultados son notables, a través de la utilización de sustitutos de la relación directa entre maestros y alumnos. Después de todo, en esta época cuando la gente desea adquirir lo que en lenguaje comercial se llama un buen artículo, cuando aspira al logro de algo precioso, refinado, realmente bueno y grande; en fin, algo escogido, se dirige a otro mercado que, en el caso de la educación, en el de la adquisición del saber, evada el arduo camino de estudiar bajo la tutela y dirección de un maestro y le evita a éste cualquier esfuerzo.*

*ción envuelve necesariamente. Creo que esto es lo que se considerará adecuado para construir lo que se denomina un mundo. Esta consideración vale tanto para el mundo político como para la alta sociedad y, tanto para el mundo religioso como también para el mundo literario y científico.*

*En abundancia, si los actos humanos se pueden considerar como expresión y demostración de sus convicciones, entonces estamos en lo cierto al afirmar que el inestimable beneficio de la litera scripta radica en ser vehículo y baluarte de la verdad, punto de apoyo y autoridad para cimentar alguna apelación; pero, la litera scripta se convierte en instrumento de enseñanza en manos del maestro. Si queremos compenetrarnos completa y exactamente con alguna rama del saber, variada y complicada, entonces debemos consultar al hombre que es letra viva y escuchar su viva voz. Bien sabemos que, por otro lado, el maestro también usa la palabra escrita para hacernos llegar, sin que sea relevante la lejanía espacial o temporal, su voz viva para entregarnos su saber. Es decir, la relación alumno-maestro como uno de los fundamentos de la institución universitaria aún no ha encontrado, porque no lo tiene, sustituto alguno.*

*Ello es así porque, por muy completo, enciclopédico que pueda resultar un libro, nunca podrá satisfacer plenamente la multitud de preguntas posible que pudieran plantearse sobre algún tema, así como encontrar solución a los problemas que en el camino del aprendizaje va encontrando el alumno a cada paso. Tampoco es posible que un libro transmita la manera vívida como se desempeña un maestro ante sus discípulos: sus gestos, la modulación de su voz, su mirada interrogante cuando necesita la participación de sus escuchas. Es quizá ya un lugar común afirmar a estas alturas que los principios generales de cualquier materia pueden aprenderse leyendo los libros adecuados ya sea en la biblioteca o en la casa; pero, los detalles, los matices, los puntos que necesitan tratarse a profundidad, todo aquello que nos coloca ante una vivencia real, sólo lo podemos obtener de quienes ya han pasado por esa experiencia y nos la pueden transmitir haciéndonos participar de ella.*

*Para vivir, por principio, se debe estar en la vida. Para llegar a saber sobre algo, debemos ir con quien posee ese saber. Parte de esa sabiduría puede recorrer la tierra en los libros; pero la plenitud se halla en un solo lugar. Los libros mismos, las obras maestras del genio humano al menos se conciben y engendran en esas asambleas o congregaciones del intelecto que se llaman universidad.*

*Todo ello es cierto, sin embargo debemos reflexionar para dar a cada uno de los aspectos su verdadera dimensión. Si los maestros son el vehículo vivo de la transmisión del conocimiento, la única manera de no aceptar límites, por lo que se refiere a la cantidad de conocimientos que día con día se van adquiriendo y a la posibilidad de preservarlos y transmitirlos en diversas direcciones, a distancias muy largas, incluso asegurar que estarán disponibles para los hombres de otras generaciones con las que será imposible mantener un contacto directo y personal, entonces la única manera viable que inventaron los hombres que nos antecedieron fue la de verter los frutos de sus esfuerzos, consignar sus verdades, fijar los conocimientos que habían alcanzado, compartirlos con quienes aceptaran ser sus interlocutores, digo, todo eso fue posible con la invención y utilización del libro.*

*Nada sustituye a un maestro, pero ningún maestro es eterno ni omnisciente, por lo que la universidad adquiere así otra característica que la hace lugar privilegiado de diálogo, a través de los libros, con todos los sabios que en el mundo han sido. Un diálogo reposado, íntimo y de alguna manera personal. Los libros han sido a lo largo de la historia de la humanidad, el continente de una enorme cantidad de saberes acumulados por generaciones de sabios procedentes de culturas muchas veces muy lejanas en el tiempo, de quienes tenemos la oportunidad de recibir en herencia su conocimiento si somos capaces de plantearles las preguntas adecuadas. Para nosotros, entonces, tenemos una conclusión obligada: no es posible la existencia de la universidad sin maestros y tampoco sin bibliotecas.*

*Bien sabemos que la historia de la invención del libro está jalonada de intentos, de soluciones adecuadas al momento que vivía un pueblo determinado, que su estructura básica como es conocido en la actualidad, fue producto del duro trabajo de una gran cantidad de personas que vivieron en diferentes tiempos y diferentes lugares, y que no es sino hasta apenas el siglo xv, con la impresión de la famosa Biblia de Gutenberg que se logra hacer de la fabricación de libros un proceso económicamente más rentable y posibilitar una mayor difusión de sus contenidos; pero el libro como tal ya existía.*

*Conviene comentar aquí el tiempo y el espacio en que surgen las universidades europeas, particularmente las medievales. No con la idea preconcebida de justificar las tesis de que estas instituciones son un producto original y acabado de Europa, sino para destacar que es el pensamiento helénico que llega a su clímax de grandeza y de profundidad en los siglos v y iv a.C., el catalizador que da origen a la institución universitaria en la época moderna. Que, aunque de manera fundamental la cultura griega es redescubierta quince siglos después y retomada por la Europa mediterránea para generar uno de los fenómenos humanos, sociales y políticos más importantes en todas las épocas de la humanidad, la universidad, dicho redescubrimiento fue pro-*

*ducto en gran medida de la paciente y ardua labor emprendida por los pueblos islámicos que se complementa con la reconquista espiritual que hacen los monjes irlandeses, con su enorme bagaje de cultura latina, de una península europea que ya cargaba con muchos siglos de oscurantismo y barbarie, que casi había olvidado por completo a la cultura griega –y todas las culturas–, a lo que se debe aunar que los sabios árabes no sólo rescataron la cultura griega sino que también se dieron a la tarea de hacer lo propio con otras culturas orientales a través de la traducción de textos, por ejemplo, de la cultura siria, que igualmente, por su intermediación, llegaron a ser del conocimiento de Occidente.*

*El proceso de olvido de la cultura griega ocurre en el transcurso de largos quince siglos, que van del v a.C. al x de nuestra era, en que el ámbito geográfico europeo pasa por el fenómeno en el que Grecia, cuna del pensamiento y de la cultura europeos, se ve sometida a la Roma imperial, no por la razón, ni por convenio o tratado, sino simplemente por la brutal imposición militar. A pesar de este sometimiento o quizá debido a él, la relación entre el Imperio y la cultura griega interactúan con mayor intensidad y Roma se ve beneficiada al poder absorber, aunque sea parcialmente, la cultura, la filosofía y el arte griegos, sin alcanzar nunca la grandeza del espíritu helénico.*

*Roma se convierte entonces en el vector para difundir la cultura griega en el ámbito del Imperio, pero cuando éste se derrumba, también la sabiduría helénica tiende a desaparecer del ambiente europeo y llega el momento en que esta región del mundo, que hoy y desde hace siglos se arroga de ser la cuna de la ciencia y de la cultura, no pasaba de ser lo que era: una pequeña península del enorme continente asiático, barbarizada y analfabeta.*

*Es en ese momento en que entran en la escena histórica occidental los pueblos de la península arábiga que, con el impulso del islam, llegan a crear un enorme imperio mayor aún que el formado por el relámpago de Alejandro Magno e, incluso, mayor que el de Roma, que desde el punto de vista de la cultura, además de darse a la tarea de recuperar y traducir una enorme cantidad de textos griegos, hace lo propio con otros provenientes del ámbito oriental, más cercano a su sensibilidad e idiosincrasia. Gracias a los hombres del islam es que se puede hablar en la actualidad del surgimiento de la institución universitaria como ha llegado hasta nosotros, pues la recuperación que hicieron los árabes de la cultura helénica fue fundamental para que los sabios occidentales tuvieran acceso a los textos que serán el pilar de la enseñanza europea durante siglos. J. Ribera y Tarragó, reconocido investigador español, sostiene que la universidad medieval debe mucho al sistema escolar árabe, y es un hecho que muchas de sus características de importancia le vienen a la institución universitaria de la España islámica.*

*Otro tanto debemos decir de los monjes que, resguardados en sus monasterios insulares de Irlanda se dieron a la tarea de conservar la cultura latina, incluso el idioma, y la religión cristiana, toda vez que al derrumbarse el Imperio romano de occidente, los territorios que antes se encontraban bajo un mando centralizado sufrieron un proceso de disgregación en el que nacen multitud de feudos aislados, en constante enfrentamiento entre sí, de donde nacerán y caerán reinos, mediante el conocido recurso de la imposición del más fuerte sobre el débil, hasta llegar a conformar el mapa de la Europa actual. La labor realizada por los monjes venidos al continente desde la isla del*

*Mar del Norte se puede calificar de heroica, pues se encontraron con un ambiente postrado por la barbarie al cual debieron reimplantar además de la religión cristiana, también la cultura latina e hicieron posible que la que llegará a ser la cultura occidental tuviera un refugio para que, en su reencuentro con la helénica, por fortuna recuperada por el islam, la idea de la universidad pudiera llegar a concretarse.*

*Ese es el panorama que tenemos al frente en este tercer tomo de Universidad. Génesis y evolución. En el capítulo vi haremos un recorrido por el ambiente mediterráneo, ya que en él se dieron cita, de manera directa como fue el caso de las grandes culturas e imperios como Egipto, Grecia, Roma, sin olvidar las influencias siempre presentes de Siria, Mesopotamia, Persia y, a través de ellos, de otros pueblos de Oriente, además de la gran aportación del islam y del cristianismo. En el capítulo vii nos ocuparemos precisamente del islam y su presencia a partir del siglo vi en la historia de Occidente. La labor de los monjes cristianos ocupará en el capítulo viii, para concluir el presente tomo con la enorme contribución a la cultura occidental y, con ello, a la cultura del mundo, tratando en el capítulo ix, el surgimiento de las escuelas monacales, las catedralicias y las de corte como el antecedente más inmediato del nacimiento de las universidades, en su vertiente europea.*

*Dentro de todo este gran proceso histórico creo que debemos considerar que ciertamente es un hecho que el mejor intento del hombre europeo para salir del subdesarrollo intelectual, espiritual y cultural parte de la institución universitaria; pero también debemos reconocer que hasta nuestros días, ése continúa siendo un objetivo y no un logro, una meta todavía no alcanzada, ya que los recursos más importantes de ese continente, humanos y financieros, se destinan a la producción de armas, a la organización de ejércitos entrenados para someter, subyugar y asesinar pueblos inermes.*

*Los presupuestos de todas las universidades representan apenas una pequeña fracción de los presupuestos destinados al armamentismo. Los mejores cerebros del mundo llamado occidental, trabajan por convicción o por necesidad, esclavizados en la tarea de producir los ingenios más elaborados para destruir.*

*Ese mundo que insiste en ser el gestor de la universidad y que no quiere reconocer que la grandeza de la institución deviene de la humanidad entera, no ha dejado de obtener ventajas del quehacer universitario, ya sea de orden económico, militar o comercial que propician su dominio sobre otras regiones del orbe.*

*Resulta pues a todas luces injusto pensar que la modernidad del concepto y de la institución universitaria corresponden en exclusiva a Europa y eludir un hecho que resulta innegable: que el catalizador de ese conjunto de pensamientos, de siglos y milenios de cultura, de sabiduría, de inquietudes espirituales y, en general, de valores humanos, son por una parte, el pensamiento griego, la cultura helénica en su más amplio y grandioso sentido, y por la otra, la tesis cristiana que le da al hombre una nueva dimensión en lo social y en lo espiritual. Lo anterior sin dejar de reconocer la importante participación instrumental de Europa en la estructura de la moderna universidad.*



*Es una verdad generalmente aceptada el que la ciencia como la luz, nace en Oriente; pero también es verdad que no asume caracteres racionales hasta que los grandes sabios de la Grecia sistematizan y ordenan el conjunto elemental de los conocimientos empíricamente adquiridos, desde la aurora del pensamiento humano, hasta mediados del siglo IV a.C. en que los naturalistas jonios intentan explicar racionalmente y lógicamente el universo.*

*Aunque ello no quiere decir que fueran los griegos los primeros hombres que pensaron científicamente. Las observaciones astronómicas de los caldeos, la metrología sumeria y las pirámides de Egipto, por ejemplo, suponen un pensamiento que es fundamentalmente científico, aunque carezcan del rigor lógico que define el trabajo mental griego, similar al nuestro y diferente por tanto del pensamiento oriental que, al no someter a la experimentación a un proceso de abstracción, se detuvo en la puerta de la ciencia propiamente dicha, cuya historia como lo hemos comentado se inicia en Grecia. Aquí tuvo comienzo la deificación de la génesis de la ciencia occidental “porque verosímilmente –dice el historiador contemporáneo francés Roberto Lenobel– había en el pensamiento griego que se traduce en el lenguaje, una aptitud particular para crear las formas del conocimiento objetivo”.*

*Además de esa aptitud, los intelectuales helénicos se vieron favorecidos por el régimen político de la polis que, a diferencia de la teocracias orientales, los dejó en completa libertad para actuar, pues exentos del cumplimiento de las tareas manuales, que eran confiadas a los esclavos, dispusieron de los medios materiales y el ocio necesario para meditar, de ahí que los griegos estrictamente hablando fueran más pensadores que sabios, característica que se observa en toda la historia de Grecia, desde los albores de la razón lógica, a mediados del siglo VI a. C., con Tales de Mileto, hasta el siglo VI d.C, con Diofanto de Alejandría, que es el último científico griego verdaderamente original, con todo, por lo que respecta al tiempo fueron cerca de mil doscientos años en los que la razón humana se entrenó a fondo en el uso de la lógica.*

*Toda esta enorme herencia acumulada durante milenios por diversos pueblos, por diferentes culturas, fue entregada a la Europa medieval y ésta, a su vez, entregó a la humanidad varias instituciones de la máxima importancia cuya vigencia se conserva aún en nuestros días, pero como hemos visto e insistimos, Europa no fue la única y solitaria inventora ya que en tales instituciones siempre encontraremos de una u otra manera, la impronta de otras muy antiguas civilizaciones: éstas son los parlamentos, la Iglesia católica y la universidad.*

*Es cierto que en gran medida la universidad y el intelectualismo que se afina en sus aulas son fenómenos de la era moderna, preponderantemente europeos, pero este último no es exclusivo ni mucho menos original, También es cierto que en ellos descansa la cultura científica del mundo moderno, la adopción y desarrollo del método de pensamiento disciplinado y de la investigación. Y como consecuencia de todo ello, el acceso a las ciencias de la naturaleza, a la civilización técnica y a la gran sociedad industrial.*

*Pero es necesario insistir en que el fenómeno se apoya en el pensamiento de la humanidad entera. Desde los primeros esfuerzos que encontramos en Sumeria, en Egipto, en China, en India,*

*hasta las modernas instituciones universitarias y tecnológicas, que en su conjunto constituyen un continuo desde las más antiguas instituciones de aquellas culturas, que siendo representativo de la evolución humana, no pueden ni deben atribuirse únicamente al micromundo europeo. Esto no significa, lo reiteramos, desconocer méritos, particularmente en las áreas de las ciencias y la tecnología que han servido, sobre todo, a los países civilizados para conservar su predominio económico, y a fincar hegemonías absurdas e injustas en todo el mundo.*

*En fin, el tema de la historia de la universidad nos introduce de lleno a otros tantos, porque es un tema que se encuentra en el centro de una investigación que involucra a todos los seres humanos y porque todavía no tiene una definición que dé a cada uno de sus elementos constitutivos el lugar que dentro de esta historia le corresponde. Ello se debe en gran medida a que, a pesar de encontrarnos al borde de un nuevo milenio, todavía se sigue pensando —y el quehacer científico no escapa a este fenómeno— en términos de imperio eurocentrista. Así como debieron acontecer muchas cosas antes de que la idea de que la tierra no era el centro del universo todo, creemos que aún falta una parte del camino para llegar a concluir que la razón, la ciencia, el pensamiento, la filosofía no son propiedad ni dominio exclusivo de la península europea occidental. Universidad. Génesis y evolución, es el título de un ensayo que pretendió ser breve; pero que a lo largo del trabajo de muchos años me hizo claro, como las montañas de hielo, que es apenas la punta de una gran masa de temas que deberán ser retomados, con la seriedad y serenidad que merecen, por las comunidades científicas y los pensadores de nuestro mundo a más tardar en los próximos lustros ya que representan, en última instancia, la definición sin ambages, fuera de consideraciones cerradas o localistas, de la democracia a nivel de humanidad. El tema del origen de la universidad es una de sus puertas.*

# CAPÍTULO VI

## El entorno mediterráneo precursor de la Universidad Medieval

Resulta en verdad difícil determinar los orígenes de instituciones tan complejas y antiguas como son las escuelas que, en la actualidad, llamamos de estudios superiores o, mejor dicho, universidades. Uno de los problemas a los que se enfrenta cualquier estudioso del tema es, precisamente, el hecho de que no se reconoce abiertamente que todas las sociedades humanas que logran alcanzar cierto nivel de civilización se ven impelidas a crear, como un elemento imprescindible de su propia supervivencia, escuelas cuyo objetivo sea el de proporcionarles el personal adecuado con la preparación suficiente para atender la creciente complejidad de la administración en todos los ámbitos de su actividad además de generar un sistema de ideas y los conocimientos indispensables para reproducir las condiciones sociales existentes.

En ese punto es primordial recordar la importancia que tenía, y aún tiene en la actuali-

dad, el solo hecho de poder transmitir, a lugares muy lejanos -o simplemente distintos- del centro de poder, instrucciones y órdenes, para recibir de regreso los reportes y los informes necesarios sobre su cumplimiento, o las noticias cuyo conocimiento era obligatorio, indispensable para quienes tenían la responsabilidad y privilegio de ejercer el poder. Aquí resalta de inmediato la importancia estratégica militar del conocimiento de la lectura y la escritura; pero igualmente, en cualquier otra actividad del gobierno le era por demás necesario contar con un grupo de personas lo suficientemente instruidas como para hacerse cargo de los asuntos de la administración del gobierno, y bien sabemos que, por elemental o sencilla que pueda parecer, cualquier actividad en este ambiente tiene en sí misma un elevado grado de complejidad. Por ejemplo, todos los monarcas requerían, para sostener a su corte y a su gobierno, de la recaudación de impuestos provenientes de

sus súbditos y tributarios, actividad en extremo compleja que exigía contar con el personal con una preparación muy específica que lo cualificara para el desempeño adecuado de esa tarea.

De igual manera, cuando nos referimos al ámbito religioso, que ciertamente en la práctica dentro de las sociedades antiguas se encuentra unido al poder civil, también nos encontramos con una serie de personajes privilegiados por cuanto de ellos dependía el mantenimiento de la -llamémosle por extensión- liturgia y con ello la vida en el mundo entero y la existencia del universo, además de la tradición y la ortodoxia. Podemos observar que «no sólo en los grupos primitivos, sino también en las culturas más desarrolladas, se encuentra arraigada la creencia de que el mundo humano depende del ordenamiento divino, de suerte que así como las leyes de la atmósfera rigen los procesos climáticos de las estaciones, así los poderes divinos deben dirigir la vida de los individuos y de la sociedad. Por tanto sería tan irracional para una sociedad conducir sus asuntos sin atender al curso de las estaciones. Por consiguiente, no es aventurado suponer, con base en estas observaciones, que todas las civilizaciones y culturas tradicionales, exceptuando la civilización occidental moderna, han estado vinculadas a una religión que sanciona sus tradiciones, costumbres e instituciones.»<sup>1</sup> De ahí que fuera indispensable adquirir un cúmulo de conocimientos, tanto por lo que se refiere a su credo como sobre la manera en que debía proceder al atender los asuntos de administración.

Las noticias que tenemos de las sociedades antiguas, nos refieren que las actividades que desempeñaban los diversos grupos sociales generalmente eran ejercidas mediante una estricta reglamentación; era común la existencia de calles o barrios habitados exclusivamen-

te por familias enteras dedicadas a una actividad u oficio específico como los talabarteros, armeros, comerciantes, y otros. Los conocimientos y licencia para ejercer una actividad se encontraban dictados fundamentalmente por el nacimiento de las personas: quienes nacían en el seno de una familia que se dedicaba a un oficio determinado eran admitidos en el gremio y se encontraban facultados para desempeñar dicha actividad.

Así, los conocimientos necesarios para el ejercicio de un oficio le eran proporcionados por sus maestros al aprendiz como secretos del grupo o familia a la que pertenecía, de boca a oídos, con la obligación de transmitirlos de igual manera a sus descendientes. De ahí que cuando se habla de los gremios de estudiantes y de maestros como los grupos que conformaron las universidades europeas durante la Edad Media, fundamentalmente es la expresión de una práctica por demás antigua, aunque con las diferencias y matices del caso, ya que si bien es cierto que no se pueden trasladar directamente las prácticas y sucesos de un momento histórico a otro, sí se pueden señalar como los antecedentes reconocidos que, obviamente, han manifestado cambios y adaptaciones a lo largo de su tránsito por el tiempo.

Ello nos permite entender que también en las sociedades antiguas, dentro de los grupos que conformaron las altas esferas de poder, se diera esta práctica de proporcionar sólo a los miembros de un determinado grupo la preparación que previamente le era asignada. Como es el caso de los sacerdotes o los guerreros. A éstos últimos se les instruía para ocupar los puestos dirigentes de los ejércitos, para ser quienes decidieran la organización y las estrategias en los casos de guerra. Sabemos que, históricamente, muchos grandes guerreros fueron analfabe-

---

<sup>1</sup> Christopher Dawson, *Historia de la cultura cristiana*, pp. 18-19.

tos, pero que siempre mantuvieron a su lado, como parte de su estado mayor, a personajes que se encargaron de las tareas administrativas y de inteligencia que, de manera obligada, requerían de otro tipo de preparación distinta aunque complementaria a la militar.

En el caso del sacerdocio en esas sociedades, la preparación de sus miembros iba dirigida esencialmente hacia el aprendizaje y ejercicio de los ritos, donde eran primordiales las actividades de adivinación, es decir, del descubrimiento de la correcta interpretación del destino que los dioses tenían reservado a los hombres y cómo lograr que la voluntad divina le fuera favorable a sus creyentes. De ahí la importancia vital del buen desempeño de los sacerdotes ya que de ello dependerá la buena fortuna del monarca y su grupo y con él la de todo el reino.

La educación y preparación que se brindaban ya fuera a los guerreros, a los sacerdotes y a los funcionarios estaban imbuidas de un carácter profundamente clasista, ya que solo tenían acceso a éstas quienes hubieran nacido en el seno de las familias que ejercían el poder. El poder político estimulaba y apoyaba el surgimiento y sostenimiento de instituciones cuyo objetivo era el de proporcionar educación y preparación a esos grupos de personas destinadas a ejercer el mando económico, intelectual, político y religioso.

Debido a su relevancia, no queremos dejar de mencionar otros dos aspectos que inciden directamente en el desarrollo de nuestro tema. El primero se refiere al hecho de que para el género humano le es de importancia vital conocer todo cuanto le rodea. No solamente en el sentido inmediatista de saber lo necesario para la supervivencia diaria: la alimentación, el refugio, la protección, la conservación de la especie, sino penetrar en las profundidades de la realidad, una necesidad insaciable de pregun-

tar sobre todo lo que le rodea, lo humano y lo divino, de indagar permanentemente y, una vez que obtuvo alguna respuesta, hacer sus propias interpretaciones y teorías. Esta humana característica, si bien se puede decir que forma parte de la estructura interna del hombre como ser individual, también conforma una estructura de éste como ser social.

El limitado aprendizaje que un hombre pudiera obtener se ve incrementado en la medida en que otros individuos como él le aportan su particular experiencia y, en conjunto, no sólo preservan esta experiencia sino que la organizan en un cuerpo de conocimiento cuya utilidad para otros hombres, sin importar el tiempo que haya transcurrido, es en extremo valiosa y útil para adquirir otros nuevos conocimientos. Esta nota distintiva del ser humano únicamente es susceptible de entrar en funcionamiento y dar los resultados esperados en tanto se lleve a cabo como una actividad premeditada, dirigida y controlada socialmente.

El conocimiento en su dimensión humana solo es posible si un grupo de hombres transmite, de manera organizada racionalmente con un objetivo reconocido y aceptado, el saber que haya logrado alcanzar, las experiencias heredadas de otros individuos como ellos, a otro grupo de hombres. A los primeros les llamamos maestros, a los segundos, alumnos. En este sentido, el solitario, el hombre aislado es una excepción mas no el fundamento de la generación del conocimiento social, humanizado, cuyo significado último se encuentra dictado por la relación del hombre con la naturaleza y consigo mismo.

Maestros y alumnos han existido en todas las sociedades: el sacerdote -a veces nos encontramos al sabio anacoreta- que transmite sólo a los elegidos su sabiduría es una forma aceptada en ciertos momentos de la vida de los grupos humanos, donde la necesidad de here-



dar ésta, obliga a establecer formas de enseñanza que garanticen la continuidad de la vida social como la conoce el grupo donde se encuentra inmerso. Al paso del tiempo, al irse transformando y hacerse más compleja la vida social del grupo, la forma de generación y transmisión del conocimiento cambia. Nos encontramos con un grupo de personas, por lo general relacionadas con los aspectos religiosos, encargado de ser el vector por medio del cual se transmita la información acumulada a las nuevas generaciones de alumnos.

Decimos que la elaboración de nuevos conocimientos y su transmisión dentro de cada grupo humano es una función social. Tal vez se pudiera pensar que una afirmación como ésta resulta obvia por completo; pero, es necesario llamar la atención sobre este punto, para dejar claramente establecido que dicha función social es el sustento de la idea de universidad como un concepto evolutivo: en todas las sociedades encontramos organizaciones corporativas, formadas por individuos que, sin embargo, no son la suma aritmética de ellos, y cuyo objetivo concientemente asumido es el de fungir como generadoras y transmisoras de conocimientos, cimentados en una religión y en la observancia de una serie de preceptos morales, alentadas y sostenidas desde el poder político, ya sea religioso o civil, o de ambos, ya que en la inmensa mayoría de las sociedades antiguas no existió nunca una neta separación de estos aspectos.

Para hacer posible que un grupo de personas pudieran establecer una relación de maestro-alumno, fue necesario que la sociedad en su conjunto, en la que se encontraba inmerso dicho grupo, la reconociera como tal y socialmente le brindara su apoyo para que realizara su vocación y alcanzara sus objetivos. La escuela, la universidad no surge de manera espontánea, sino como una solución a una problemática humana, socialmente reconocida,

aceptada y resuelta a través de la conformación de organismos encargados del proceso, como se dice actualmente, de enseñanza-aprendizaje.

Las escuelas que todas las sociedades crearon, tuvieron la tarea de ser creadoras, transmisoras y conservadoras del conocimiento que hubieran logrado alcanzar. Éste, además, tiene la particularidad de ser acumulativo. A los logros de un pueblo se le adicionan los de otros más con los que se relaciona, mutuamente se influyen, y todos legan a la posteridad su herencia que otros acrecentarán para depositarla en las manos, la mente y el corazón de generaciones por venir.

El otro aspecto de relevancia, estrechamente relacionado con el social es el que se refiere al contenido del acto de enseñar y aprender. La enseñanza, desde los tiempos más antiguos que podemos registrar a través de diversas fuentes, a diferencia como sucede actualmente no se limitó a la transmisión de conocimientos y prácticas de todo orden, sino de manera importante a imbuir fundamentalmente en los educandos y después en el pueblo, la práctica de la virtud, en los términos que cada sociedad entendía como tal.

La fuente para determinar qué era la virtud para las distintas sociedades, son los libros sagrados donde los pueblos reconocieron y asentaron tanto sus orígenes míticos como su historia, y exaltaron los valores y cualidades más importantes y dignos de ser imitados. La India con *Los Vedas*, Egipto con *El Libro de los Muertos*, Israel con *La Biblia*, los pueblos musulmanes con *El Corán*, son los ejemplos más conocidos por Occidente y que son útiles para ilustrar cómo estos pueblos concibieron su propia imagen.

Así, el conocimiento que debía adquirir un hombre, además de referirse a diversas áreas cognoscitivas, estaba profundamente permeado





Detalle del "Libro de los Muertos". *Historia Universal Salvat*, Vol. 1, p. 148.

por la convicción de que era apenas una parte de un conjunto mayor y más importante dominado por la ética basada en la religión. La virtud no era —ni es— meramente una cuestión privada, sino de significación e importancia sociales. Cualquier conocimiento y sus aplicaciones prácticas deben encontrarse cimentados sobre la ética, ya que ésta será en última instancia, la que los dote de su distintiva cualidad humana.

Pero, ciertamente, la historia de la humanidad se encuentra jalonada por el surgimiento en todas las culturas de instituciones universitarias, cercanas al poder político y dependientes de él, individualizadas de acuerdo con el carácter propio de cada nación. De ahí que aún en las más remotas civilizaciones de que podemos guardar memoria, las escuelas superiores sean una realidad. Lo que importa aquí, es hacer explícita esa continuidad que, de manera acumulativa, van a contribuir para que en la península europea durante la Edad Media fueran creadas, ya con la denominación de universidades, las escuelas superiores que harán suya la herencia guardada de generación en generación y que constituyen nuestro patrimonio común.

Para nosotros es claro que, para que fuera

posible llegar a la constitución de este tipo de instituciones, tal como las conocemos a partir del medioevo europeo, fue de la máxima importancia el hecho que se establecieran activas relaciones entre los pueblos y culturas que circundaron el mar Mediterráneo. Este fue, más que un obstáculo o un límite a las relaciones entre los pueblos, un mediador, un enorme facilitador de las relaciones entre todos ellos.

El contacto entre las culturas orientales, mucho más avanzadas, con las occidentales se remonta a milenios, al grado que podemos aceptar sin reticencia alguna que fueron aquellas la primera gran influencia y nutrimento de éstas últimas. Es por ello que seguimos con atención el punto de vista del historiador británico H. Bengtson, cuando refiriéndose a las relaciones entre oriente y occidente, afirma que: «Por supuesto, esta evolución de las relaciones iranio-occidentales, de más de mil años, no se concibe sin una profusión de estímulos de carácter intelectual y artístico. Es bien sabido que los griegos aportaron a la construcción del imperio aqueménida\* una contribución sobresaliente: médicos, eruditos y arquitectos actuaron en la corte persa, y la participación de los mercenarios griegos en el ejército persa no es menos destacada. Los Arsácidas\*, todavía seguían dándose plena cuenta de la importancia de la cultura griega bajo vestimenta helenística. Sin embargo entre el imperio de los Aqueménidas y el de los Arsácidas se sitúa el imperio de Alejandro y de sus sucesores, el imperio de los Seleúcidas, bajo los cuales la cultura griega se extendió ampliamente por el Irán y por la India. Sin Alejandro no habría cultura griega universal alguna, y sin el helenismo no habría habido *Imperium Romanum*. Para la civilización de la época romana de los emperadores, el elemento helenístico reviste importancia capital, no menos que para el triunfo del cristianismo, cuyas comunidades se encuentran a fines de la

antigüedad esparcidas por el vasto espacio comprendido entre Irlanda y la India.»<sup>2</sup>

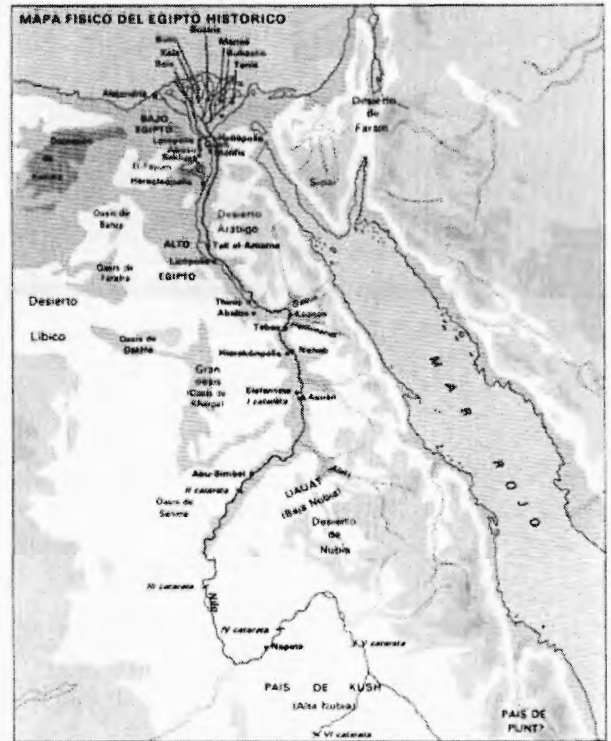
Respecto de ese punto, solo debemos llamar la atención sobre el hecho de que, a su vez, en la aparición de la grandeza griega estuvieron en juego también las herencias que recibió de otras culturas, recordemos, por ejemplo que en la época de Platón una persona no podía considerarse realmente culta si no había estudiado o recibido las enseñanzas de los sabios de Egipto, y el destacado papel que desempeñaron los oráculos, de enorme prestigio entre las ciudades griegas, situados en tierras orientales.

## Egipto

Es claro que el área que ocupa el mar Mediterráneo no es, por lo que respecta a la cultura y a la civilización, exclusivamente occidental, ni oriental, ni africana. Es una confluencia de todas ellas donde el carácter específico de cada una, a la vez que recibe, también aporta influencias y matices. Algunos pueblos desarrollaron una civilización más poderosa, fueron la avanzada que permitió a otros vislumbrar su propio futuro. La permanencia y profundidad de su cultura marcó para siempre el camino por el que necesariamente debían transitar los demás pueblos que compartían la cuenca mediterránea. Para emplear un término de actualidad, a su manera y en su momento, el mundo de entonces era un mundo globalizado.

Egipto fue la primera gran potencia mediterránea cuya influencia marcó en definitiva la historia del resto de los pueblos entonces conocidos y, con ello, la historia de la humanidad entera. Geográficamente Egipto se encuentra formado por una estrecha franja de tierra fértil regada por las aguas del río Nilo, rodeado por extensos desiertos (aunque en la antigüedad, según han establecido los investigadores, el cli-

ma era mucho más benigno en un área mayor alrededor del río).



Mapa de Egipto. *Historia Universal Salvat*, Vol. 1, p. 146.

Desde los tiempos en que se logran obtener noticias de manera más fidedigna del país, éste se encuentra dividido en dos grandes secciones: el Alto Egipto que abarca desde la primera catarata hasta Menfis y el Bajo Egipto que comprende a partir de Menfis hasta el delta del Nilo. En los primeros momentos de su historia, debido a las condiciones específicas de su territorio el pueblo egipcio no mantuvo mucho contacto con el exterior, lo que le permitió desarrollar una cultura con características muy propias. Aún así, las escasas relaciones que sostuvo con Creta, Canaán y hasta la lejana Mesopotamia le fueron abriendo brecha para que llegara a convertirse en la enorme potencia tan admirada y temida por todos.

<sup>2</sup> Hernan Bengston, *Griegos y persas. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua*, I, p. 2.

Se conoce que la ocupación del territorio egipcio se remonta a varios miles de años, por lo que también en milenios se deben contar los tiempos históricos de este pueblo a partir de la unificación bajo el poder del rey identificado con el jeroglífico del Escorpión, se funda la ciudad de Menfis, precisamente en el punto límite entre los dos territorios del Alto y Bajo Egipto. Son los tiempos en que este pueblo se encuentra en la fase de transición entre la prehistoria y la historia, precisamente en proceso de invención de su sistema de escritura, y en los que el manejo de metales como el oro era ya una práctica antigua. Y sin embargo, debemos tener presente que tales actividades ya se encontraban regidas por una serie de normas tendientes a organizar su desempeño en todos sus variados aspectos, así como la transmisión de los conocimientos necesarios para llevarlas a cabo. La manera más directa de ilustrar el estado que guardaba la enseñanza de los oficios y las técnicas, es mediante la utilización de un concepto que hasta después de muchos siglos será manejado por los romanos: los misterios, es decir, la transmisión en secreto y mediante la obediencia de rigurosas normas, de ciertos conocimientos y prácticas que se tenían por descubiertas y entregadas en custodia a los hombres por las deidades tutelares de un grupo, una tribu o de hasta un pueblo, de ahí su carácter secreto y hasta místico de la adquisición del conocimiento.

Durante el llamado Imperio Antiguo que va desde el 2650 hasta el 2190 a. de C., es decir 440 años -más tiempo del que llevan fundados como naciones muchos países modernos- se edificaron un buen número de las pirámides que en la actualidad nos maravillan. Este fue un periodo en el que se disfrutó de riqueza y esplendor. Se atribuye el que bajo el reinado de Zoser\* o Joser se haya realizado la primera edificación monumental de piedra, *la mastaba de*

*Saqqarah*, una especie de pirámide escalonada que sirvió como tumba para los miembros de la familia real. Y por primera vez se conoce al arquitecto de la obra, alguien llamado Imhotep\* a quien la tradición le atribuye la calidad de sabio y venerado entre los egipcios como dios de la salud.



La Mastaba de Saqqarah. *Antiguas Civilizaciones. Egipto*, Vol. iv, p.493.

En los años que abarca el llamado Imperio Medio, comprendido del 2050 al 1780 a. de C. (370 años), se volvieron a unificar las dos partes del país que por obra de los poderíos locales y la falta de energía de los soberanos se encontraban separados. Mentuhotep es el rey que inicia la reorganización del estado y adopta el nombre del dios *Mentu* o *Montu*, aquel con cuerpo de hombre y cabeza de halcón, figura proveniente de Tebas la capital.

Es en este periodo, en el que la escritura es perfeccionada y queda ya en definitiva establecida, se procura abrir el país hacia horizontes más amplios, se establecen contactos con otros muchos pueblos y se abren nuevas rutas para alentar el comercio con la vista dirigida hacia el oriente y, en general, los gobernantes hacen posible la elevación de la cultura en el que las construcciones tienden a lo majestuoso, se escriben obras muy conocidas de carácter religioso e histórico y en lo administrativo la burocracia contribuye a afianzar el poder

central y su eficiencia tiende a incrementarse. Tareas todas que habría sido siquiera medianamente posible cumplir sin contar con un sistema institucionalizado de transmisión de conocimientos, como herramienta indispensable para enfrentar la compleja realidad que se vivía cotidianamente en la corte de los faraones y, de hecho, en todo el país.

Con el agotamiento de las posibilidades propias de desarrollo y el arribo de los hicsos\*, es decir, de las tribus extranjeras, Egipto entra de lleno a otra dinámica inserta en el ritmo y sentido de los acontecimientos de todos los pueblos del Mediterráneo. De esta manera se llega al Segundo Periodo Intermedio en la historia particular de Egipto que verá ocupar el trono de los faraones a personajes extranjeros que, inicialmente llegaron al país de manera pacífica, huyendo de otros reyes más poderosos que ellos, para después ocuparlo mediante la conquista violenta y usurpar el poder.

Los hicsos, los extranjeros, aunque nunca dejaron de ser considerados como extraños, se asimilaron perfectamente a su nueva patria y adoptaron costumbres, lengua y escritura. Tebas se convirtió entonces en un activo centro de resistencia de todo tipo contra los hicsos y a Ahmosis\* le correspondió la tarea de culminar la lucha combatiendo victoriosamente contra los invasores. Además de emprender una serie de batallas contra los asirios para recobrar el control comercial y por último marchar contra Nubia que se había proclamado independiente aprovechando la invasión de los hicsos contra Egipto.

Ahmosis es considerado entre los iniciadores de uno de los periodos más importantes de la historia egipcia, al que se le ha dado por nombre el Imperio Nuevo, que va de 1560 a 1085 a. de C., es decir, 475 años, como si con ello se quisiera indicar que la grandeza de Egipto y su cultura se pudieran medir por lo prolon-

gado de sus periodos históricos, ya que cada uno de éstos se mide en centurias.

Con el Imperio Nuevo se llega a una etapa de la civilización egipcia en la que se manifiesta una característica que anteriormente no se tenía tan marcada, la de una poderosa tendencia expansionista que lo conducirá a convertirse en una gran potencia en todo el Mediterráneo.

La fuerza bélica del nuevo Egipto bajo la dirección del faraón Thutmosis I\*, lo conduce a imponer su dominio, en el sur, sobre Nubia hasta la cuarta catarata y en Asia se hizo del poder en Palestina y Siria hasta el Éufrates. Este faraón sustituyó el uso de las pirámides como tumbas, para mandarse construir una tumba rupestre, o sea, horadada en la roca, costumbre continuada por sus sucesores hasta llegar a constituir lo que ahora se conoce con el nombre de Valle de los Reyes.

Este deseo y capacidad de expansión del Nuevo Imperio se encuentran inmersos dentro de las complicadísimas intrigas palaciegas. Thutmosis I tuvo de su esposa una hija, Hatshepsut, que por derecho le correspondía sucederlo en el trono. Además de esta hija tuvo dos hijos varones de dos diferentes concubinas. Uno de los hijos, Thutmosis II\*, previendo que la única manera de asegurar su ascenso al poder era desposar a su hermana, así lo hizo y una vez muerto su padre, adoptó como hijo a su otro hermano, Thutmosis III\*, a quien designó como su heredero al trono.

Mas quedando viuda y para impedir quedar fuera de los derechos de sucesión, Hatshepsut se casó con su hermano Thutmosis III a quien con mucha habilidad mantuvo apartado del ejercicio del poder que, por otro lado, supo ejercer con firmeza y alejando a su país de los inciertos favores de las guerras, dedicándose por completo a consolidar en lo interno su reino, aunque por ello mismo impedía a su her-



mano y consorte disponer de tropas bajo su mando.



Mapa de Egipto. (1450 a. C.). *Historia Universal Salvat.*, Vol. 1, p.162.

Pero como todo termina, la inteligente Hatshepsut falleció y su hermano, una vez en el trono, dio rienda suelta a su ambición expansionista —además de destruir sistemáticamente todo lo que le recordara a su esposa—, reconquistando Palestina, Siria y adentrándose en otros territorios en no menos de dieciséis campañas. Sin embargo este faraón combinó con astucia la fuerza y la diplomacia, con lo que logró entablar relaciones amistosas con muchos de sus nuevos súbditos, cuyos príncipes frecuentemente eran educados en Egipto.

Los sucesores de Thutmosis III mantuvieron con firmeza la política de distensión con los aliados y posibles enemigos, y consolidación de las conquistas logradas. Esta situación

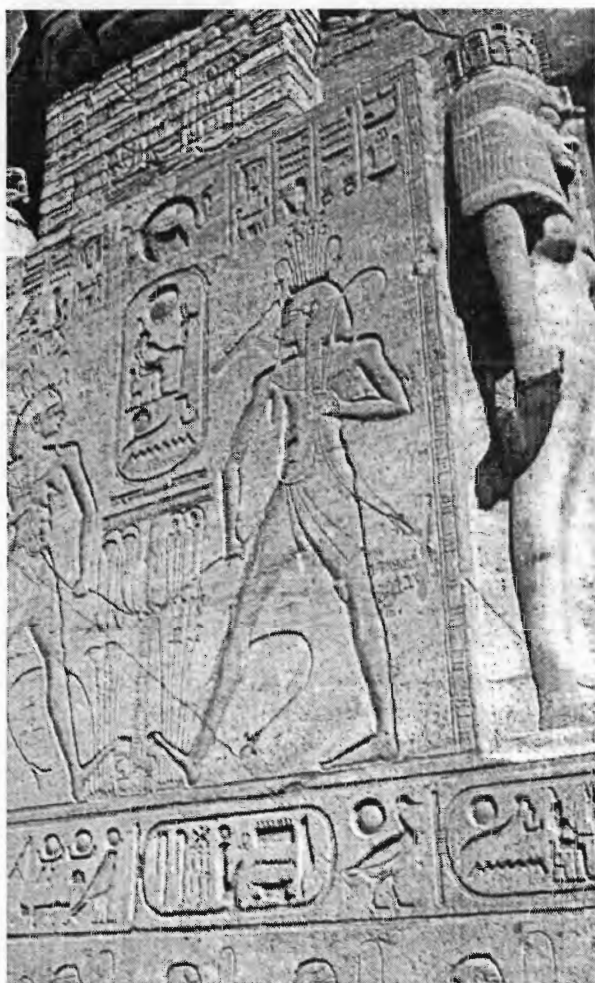
se mantuvo durante muchos años hasta que Amenofis IV\*, quien cambiara su nombre por el de Akhenatón, esposo de la legendaria Nefertiti\*, ya en el siglo XIII a. de C., se involucró en una disputa religiosa al tratar de imponer el culto a Atón, el disco solar portador de vida, con la intención sesgada de aminorar el poder de los sacerdotes del culto de Amón.



Cabeza de Tutmosis III con la doble corona. Símbolo de su dominación sobre el alto y bajo Egipto. *Historia Universal Salvat.*, Vol. 1, p.167.

La nueva religión no prosperó debido a la pertinaz resistencia tanto de la nobleza como la del propio pueblo. Y uno de los efectos inmediatos de esta situación fue el surgimiento de movimientos independentistas y la invasión de muchos de sus territorios asiáticos, con lo que el imperio egipcio llegó prácticamente a su fin. Los sucesores de este faraón no lograron revertir la tendencia de disgregación del imperio, no obstante que uno de los generales de los ejércitos faraónicos, Horemheb, se hizo del poder inaugurando otra de las dinastías, la XIX, de la larga cadena de gobernantes egipcios.

Uno de los faraones de esta dinastía, Ramsés II (1301-1235 a. de C.), se enfrentó a los hititas en una terrible batalla en las cercanías de Kadesh, que para los egipcios fue una victoria aunque con el resultado real de que las fronteras entre ambos reinos no sufrieron ningún cambio. Así el estado de cosas, siguió un largo periodo de paz que facilitó que el faraón se pudiera dedicar a administrar su territorio.



Detalle de la fachada del templo mayor de Abu Simbel. Representa la unión del alto y bajo Egipto. *Antiguas Civilizaciones. Egipto*, Vol. iv. p.663.

Ramsés II fundó en el delta del Nilo una nueva capital para sustituir a Tebas, a la que llamó Pi-Ramsés, y entre sus constructores se encontraron los hijos de Israel, por lo que aún sin plena seguridad se dice que Ramsés II es el faraón citado en el *Éxodo* bíblico.

El tiempo había seguido su curso y a los sucesores de Ramsés (todos del mismo nombre hasta el XI) les tocó hacer frente a las oleadas de invasores que intentaron sucesivamente apoderarse del país, aprovechando su estado de franco decaimiento, aunque el primero de los faraones de la XX dinastía, precisamente



Pectoral de Ramsés II. *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 187

Ramsés III debió librar una terrible batalla naval a las puertas de Egipto, en el oriente del delta del Nilo, logrando vencer a los invasores. Victoria que apenas alcanza a dar un respiro mas no detiene el proceso de desmembramiento de la unidad egipcia.

Ese proceso sostenido por el encono al interior del gobierno egipcio, al nombrar el poderoso grupo de los sacerdotes de Amón a su propio faraón en la persona de un alto jefe militar contrapuesto al legítimo sucesor Smendes, conflicto que confirma y ahonda la decadencia del país, y las victorias bélicas como la devastación de Palestina y el saqueo del templo de Jerusalén.

Cuando Grecia estaba despertando para convertirse en una magna potencia por todos los confines del mar Mediterráneo y apenas Roma estaba en proceso de fundación, que llegará a ser llamada la Ciudad Eterna, el milenar y poderoso Egipto se encontraba entre estertores, cayendo sucesivamente en poder de nubios, asirios, babilonios, persas, griegos y por fin los romanos.

Se habla, en el tránsito de Egipto hacia su decadencia, de un Renacimiento saíta durante la XXVI dinastía, cuando Psamético\*, príncipe de Sais consiguió ser elegido faraón y restable-

cer, dentro de las difíciles condiciones contrarias precisamente al gobierno de una sola persona, el poder central, impulsar el comercio y hacerse de nueva cuenta del poder en Palestina. Renacimiento pasajero porque Egipto no estaba en condiciones de resistir el poderío de Babilonia, ni tampoco el de los persas que lo invaden en el 525 a. de C., y reducen el país a la calidad de satrapía, es decir, de provincia del gran imperio de Cambises.

Aún así, Egipto logró liberarse del dominio persa y llegar hasta la xxx dinastía con Nectanebo II\*, que sería derrotado por Artajerjes III\* en el año 341 a. de C., para restablecer la dominación de los persas sobre Egipto y que sólo lo abandonará cuando, a su vez, Persia sea destruida por el personaje que luminoso atravesará la historia humana, confirmando con su efímera existencia la ley divina, la cual establece que cuando un humano es amado por los dioses, muere joven: el macedonio Alejandro Magno\*.

Así, este breve recorrido por la historia de Egipto, el país que las civilizaciones del Mediterráneo consideraron el origen de muchos de los conocimientos más valiosos que pudieron poseer, nos deja entrever la grandiosidad que le fue dado alcanzar.

El arte, la ciencia, la cultura en general acompaña en todo momento la vida de los pueblos, la interpreta, la refleja, a veces directamente, otras por contraste, mas nunca le es indiferente. Así, los momentos de esplendor van seguidos de enormes avances en todos los ámbitos del saber humano y del arte. Cuando el decaimiento del poder llega a la descomposición e incapacidad para mantenerse y desarrollarse, la cultura también sufre de estancamiento y falta de vitalidad. A veces, en estos momentos la cultura y el arte se expresan de ma-

nera ostentosa y frívola, careciendo de una estructura interna sólida y de la energía necesaria para expresar el genio de su pueblo.

El arte del pueblo egipcio ejemplifica nuestro aserto por cuanto, unido íntimamente - como ocurre prácticamente en todos los pueblos antiguos- a la religión, expresa una visión optimista y esperanzada de la vida, como lo muestran las pinturas pertenecientes al periodo que abarca de las dinastías de la Cuarta a la Diecinueve donde se capta un aprecio por lo vital, negándole valor a todo aquello que estuviera en conexión con la muerte. «La mayor parte de las tumbas del Imperio revelan el mismo gusto por la vida. Una tumba típica de la Dinastía Dieciocho mostraba las paredes llenas de escenas de la vida agrícola, de viticultura, de pesca, de caza de aves o de animales del desierto, del trabajo de los artesanos, de banquetes, de los tributos extranjeros y de recompensas del faraón. Sin embargo, gradualmente se fue deslizando en ellas un nuevo sentido de la sobriedad, que dio más importancia a las escenas relativas a la muerte y aumentó su número. A fines de la Dinastía Dieciocho reaparecieron o tomaron mayor prominencia, el juicio de los muertos ante Osiris, la procesión a la sepultura y la viuda desconsolada. Pero la Dinastía Diecinueve todavía enfocó su atención sobre los placeres de este mundo: el jardín ameno con sus corrientes de agua, la pisa de la uva, los tratos en la plaza del mercado, o la recompensa concedida por el faraón. La proporción del espacio dedicado a las escenas de la vida en relación con el consagrado a escenas mortuorias bajó de 3:1 a 1:1, pero el sentimiento básico era aún el de amor a la vida.»<sup>3</sup>

Mas si el arte es una huella de la actividad y del espíritu del hombre, si nos muestra cómo vivía, sus pensamientos y hasta de sus más ín-

3 John A. Wilson, *La cultura egipcia*, p. 420.





Estela egipcia con inscripción ideográfica presidida por las figuras de Amosis y Apis. *Historia Universal Salvat*, Vol. 1 p. 142.

timos miedos, también podemos seguir el camino que ha recorrido sobre la tierra a través de otras actividades igualmente elevadas como el arte.

La ciencia y la técnica son otras tantas huellas del ser humano, a través de las cuales podemos dar cuenta, hasta donde ello es posible por medio de los documentos que han llegado hasta nuestra época, y que los estudiosos del tema se han ocupado en seguir cuidadosamente.

No podemos determinar con precisión el momento en que cada uno de los pueblos inició el cultivo de las ciencias. Sabemos que muchos



Escena de pesca. *Historia Universal Salvat*, Vol. 1, p. 146.

de los conocimientos que lograron reunir venían de tiempos remotos, algunos de ellos cuando aún no habían inventado la escritura y se transmitían oralmente de maestro a discípulo. Un buen ejemplo es el de la astronomía, cuyo cultivo es en verdad antiquísimo, teniendo una aplicación práctica en la invención del calendario o calendarios, pues debemos recordar que en la vida de los pueblos se tienen diferentes niveles de conocimiento dictados tanto por la urgencia de resolver necesidades inmediatas como de fijar, con la mayor precisión posible, los ciclos agrícolas, y dar cumplimiento a aquellas actividades que, por referirse a aspectos religiosos, eran de uso muy restringido pues tenían que ver con el desempeño del culto a los dioses y las prácticas adivinatorias, imprescindibles desde entonces para la buena marcha de la acción gubernamental.

Los conocedores de la historia de Egipto nos han dado a conocer hechos admirables, en cuanto consideramos que fueron realizados sin contar con muchas de las herramientas ni instrumentos como los que en la actualidad utilizan nuestros científicos. El estudio de los cielos fue para los egipcios una práctica muy antigua y «se puede empezar afirmando que hay amplias demostraciones de que han hecho en

realidad sorprendentemente exactas. Es innecesario ofrecer conjeturas en cuanto al método adoptado para la observación de un equinoccio, puesto que la última inferencia razonable de la evidencia es que los egipcios conocían la duración del año, medida desde el equinoccio del otoño hasta el equinoccio del otoño del año siguiente, con un margen de error de uno o dos minutos. Semejante exactitud no se podía alcanzar más que mediante el empleo de tablas o documentos que demostrasen el intervalo que había ocurrido entre los equinoccios de otoño, por ejemplo, a cien años de distancia. Quizá el hecho de que la escritura se encontrase en su infancia explique el empleo de un calendario peculiar para fines oficiales.»<sup>4</sup>

El registro que se tenía del paso del sol por la línea del trópico plantea una situación por demás interesante. Por principio, debemos asumir que el estudio a la que los egipcios sometieron a los cielos fue una actividad sistemática, objetiva, consciente, dirigida hacia un fin previamente determinado. También debemos tener en cuenta que el invento de la escritura, además de representar un enorme avance en toda sociedad, fue la respuesta a una imperiosa necesidad de consignar, preservar y transmitir cualquier suceso que se considerara de importancia. Para los egipcios dicho registro implicó el paciente trabajo de generaciones dirigido hacia un fin concreto.

Aquí vale preguntarse cómo pudo llegar a feliz término la hazaña de construir uno o varios calendarios que implicó, entre otras tareas, el conocimiento y acopio del enorme y complejo aparato matemático, la organización y el cuidadoso registro de las necesarias observaciones que día con día debieron realizarse desde un mismo sitio para que éstas tuvieran sentido y validez, teniendo en perspectiva que el fin

último previamente trazado eran, precisamente, la elaboración de dichos calendarios.

Las respuestas necesariamente deben darse en varios niveles ya que no es posible que sea solamente una de ellas que pueda resolver una cuestión con tantas aristas, por cuanto lo que se encuentra en juego es toda una estructura histórica que, debido a su lejanía en el tiempo y a la falta de fuentes documentales, nos dificultan su cabal comprensión. El profesor J.W.S. Sewel, hace un señalamiento por demás importante al referir que cuando «los reyes del Alto Egipto extienden su soberanía hacia el Norte hasta que, en la época aproximada de la ascensión de Menes, conquistaron los pueblos del Bajo Egipto e incorporaron la Delta (sic) a su reinado. Tenía ya en este periodo la gente del Bajo Egipto contactos comerciales con Knosos y Siria, cambiando el exceso de productos de la Delta quizá por metales, que eran transportados por las flotas de Knosos, y por la madera del Líbano. Parece razonable suponer que participasen con los pueblos mediterráneos y sirios de conocimientos científicos comunes. Puede muy bien ser que los conquistadores del Sur se encontrasen en el periodo de la conquista considerablemente más retrasados que sus nuevos súbditos en materias científicas. En relación con esto, es preciso observar que nuestro conocimiento de la cultura de Egipto en esta época se deriva principalmente de los restos que quedan del reino del Mediodía.»<sup>5</sup>

Esta afirmación coincide con la nuestra en el sentido de que, a pesar de la falta de fuentes documentales directas, el conocimiento que tenemos de esas remotas épocas a través de los vestigios y noticias de otras civilizaciones, nos inducen a señalar que en el área del mar Mediterráneo se dio un intenso intercambio tanto de productos como de conocimientos y formas de

4 S.R.K. Glanville, *El legado de Egipto*, p. 18.

5 *Ibid.*, pp 25- 26.



El Cercano Oriente. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p.2.

organización sociales. Debemos, entonces, tomar en cuenta también que ésta no fue un área cerrada, sino que igualmente mantuvo amplias relaciones de todo tipo con los pueblos situados al Oriente, aunque éstos no colindaran con las aguas mediterráneas. De ahí que podamos aseverar que, si bien los conocimientos surgen por primera vez en un momento y lugar determinados, no debemos señalar a un pueblo o una civilización -la occidental- como el inventor único del conocimiento y la cultura: *nihil novum sub sole*.

Otro punto de interés para nuestro estudio se deriva de lo anteriormente expuesto, insistimos, se refiere a la indispensable organización social que se debe dar para hacer posible alcanzar nuevas certidumbres, además de su preser-

vación con vistas a su transmisión o, viceversa, su transmisión para hacer posible su preservación. No podemos partir del supuesto de que en todos los pueblos, una cadena de hombres sabios, sin ninguna conexión entre ellos, por sí mismos fueran capaces de tan tremenda tarea. ¿Cómo fue posible la acumulación de experiencias y conocimientos? ¿Acaso, cada generación de hombres debió partir de cero, si únicamente para construir un calendario fue necesaria la experiencia acumulada de, por lo menos, una centuria?

La respuesta que nosotros adelantamos es que en cada pueblo, y el egipcio no es la excepción, sino por el contrario uno de los puntales de nuestra afirmación, se debió crear específicamente, una organización de hombres dedicada a atender y resolver múltiples problemas que reclamaban una solución que ahora llamaríamos científica. Al cobijo de la corte de los faraones, un grupo de hombres encabezados por el que ostentaba el más alto rango, tenía como tarea principal generar respuestas a problemas que tenían que ver con aspectos fundamentalmente religiosos, pero cuyas deriva-

ciones, incluyendo las prácticas afectaban la vida de todos los súbditos.

La preparación que debieron recibir quienes en calidad de alumnos se hallaban bajo el mando de un maestro, necesariamente cubría una gama de temas, algunos netamente prácticos como leer y escribir, pero el alcance de otros pupilos iba mucho más allá de esta preparación inicial, repercutía en una visión de la naturaleza y del mundo, de su comportamiento como hombres y de su existencia como humanos. Aunque se reconocía la existencia de diferentes ámbitos, se aceptaba la unidad del conocimiento sobre la base de la preminencia de la religión.

Es claro, por otro lado, que todo el sistema social que hacía posible la adquisición de conocimientos era extensiva a todas las áreas, no se restringía a un tema específico, como a la astronomía y la creación de calendarios, que en este momento nos ocupa. Atendía toda la gama de campos cognoscitivos que era dable en ese momento de la historia del pueblo egipcio y, con él, todos los pueblos del ámbito mediterráneo.

Sin embargo, es importante tener en cuenta las particularidades de la cultura egipcia ya que si bien es comprensible que siendo una de las más antiguas y, por lo mismo, no contemos con numerosas fuentes escritas que nos permitan seguir con detalle toda su historia, los registros que tenemos de ella a través de otros pueblos hacen posible en alguna medida que logremos conformar una imagen de ella ciertamente apegada a la realidad.

Una característica del pueblo egipcio es la de que, al no tener plenamente desarrollada la escritura, sus sistemas de enseñanza se rigieron fundamentalmente por la transmisión oral de los conocimientos. Lo que de inmediato

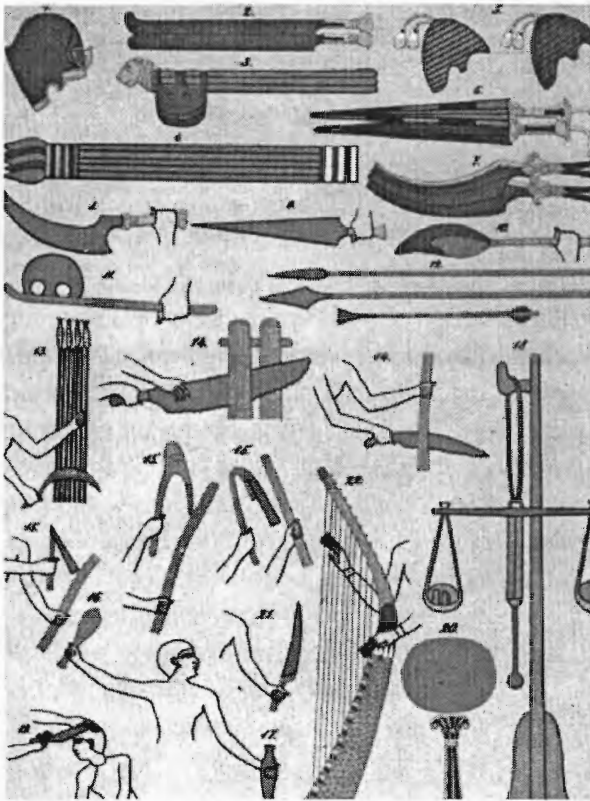
marca una diferencia radical con la cultura griega, que sí logró establecer un sistema completo y complejo de escritura lo que le permitió prolongar los alcances de su civilización, tanto en el tiempo como en el espacio, de manera mucho más amplia, a tal grado que la cultura occidental si bien la considera como su inicio y fundamento, muchas veces olvida la deuda que los griegos tienen con sus antecesores, el profesor R.W. Sloley lo expresa así: «Los egipcios enseñaron oralmente; los griegos, por medio de la escritura. Por esta razón, mucho menos es lo que se conoce de los egipcios que de los griegos, y el escritor sobre el tema de la ciencia egipcia empieza con desventaja. Los egipcios no han sentido nunca la consumidora curiosidad intelectual que es característica del espíritu griego. En su entusiasmo por las maravillas de las realizaciones griegas, muchos escritores se han visto inclinados a olvidar la deuda de Grecia con Egipto, una deuda que los griegos mismos han reconocido en términos que nada tienen de incertidumbre.

«Tales (de Mileto) y muchos otros después de él se vieron profundamente impresionados y estimulados por la civilización egipcia. Hallaron en el Egipto una acumulación inmensa de conocimientos prácticos y útiles; si no eran exactamente una ciencia en el uso que damos hoy a esta palabra, eran en cualquier caso la materia prima de la ciencia. Con todo, la investigación futura puede revelar todavía una actitud científica en el Egipto más desarrollada que lo que se ha sospechado hasta aquí.»<sup>6</sup>

Quizá no tengamos pleno derecho a llamarle ciencia al conjunto de conocimientos acumulado por los egipcios -y con ellos, todas las civilizaciones antiguas- por cuanto no llenan todos los requisitos de la moderna acepción de ciencia; pero muestra cómo éste es también un

6 *Ibid.*, pp. 249-250.

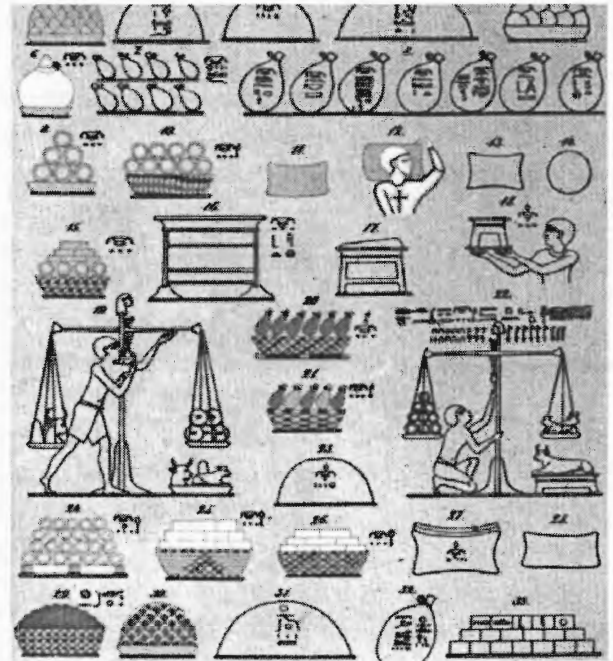




Instrumentos de trabajo, armas y utensilios de metal. *Antiguas Civilizaciones. Egipto*, Vol. IV p. 543.

concepto evolutivo y que debemos referirlo, en la medida que queramos comprenderlo, al momento histórico en el que surge, es decir, situarlo dentro de la compleja gama de relaciones sociales del pueblo que lo genera, sin olvidar que obligatoriamente cuenta con antecedentes y va a servir de base a otros pueblos para, a su vez, elaborar nuevos conjuntos de conocimientos, en una cadena que necesariamente llegará hasta nuestros días. Bajo esta perspectiva, es claro que un inmenso acervo de conocimientos generados a través de la historia de toda la humanidad, no podrá ser incluido en la actual denominación de ciencia, ya que no fue obtenido mediante la utilización de ese concepto rigorista occidental que, debemos añadir, fue inventado en tiempos muy recientes.

Apuntábamos más arriba, con relación a la astronomía, que un conocimiento acumula-



*id.* Instrumentos de trabajo, armas y utensilios de metal.

do de esa magnitud necesariamente debió requerir de una compleja organización de un grupo de hombres quienes, por generaciones, sostenidamente se abocaron a dar cumplimiento a una tarea que contaba previamente con un objetivo preciso, en este caso, la elaboración de los diversos calendarios que estuvieron vigentes en la vida de los egipcios. Ello habla de cómo este pueblo solucionó en la práctica el problema de contar con esos grupos de hombres, lo suficientemente capacitados para desempeñar adecuadamente esa actividad, cuyo resultado era de vital importancia para su pueblo. «La marcha del calendario estaba encomendada a los sacerdotes, dándose un valor especial a la selección de los días adecuados para las observancias religiosas. El Sol y la Luna jugaban un papel importante en la cosmología y la mitología\* sacerdotales. En la literatura que se conoce aparecen alusiones a los planetas (las estrellas que no descansan nunca) y en particular a Venus (la estrella de la mañana o la estrella de la tarde, en tiempos primitivos acaso diferenciadas); a Júpiter (la estrella resplandecien-

te); Saturno (*Horus*, el Toro); a Marte (el *Horus* rojo), y posiblemente a Mercurio.»<sup>7</sup>

Aunque no conozcamos con todo detalle cómo se organizaban y se transmitían, de generación en generación, todos los conocimientos y habilidades para desempeñar las más diversas actividades, que hoy englobaríamos bajo la denominación de científicas, al menos contamos con las referencias necesarias que nos permiten entender que, *mutatis mutandis*, no debió ser demasiado diferente al sistema de escuelas de cualquier sociedad y mucho nos recuerda a las que existieron en las cortes, en los monasterios y, por supuesto a las propias universidades en la Europa medieval con sus gremios cerrados, sus estrictas reglamentaciones que impedían abiertamente, entre otros mandatos, la divulgación de los conocimientos. Aquí nos encontramos con la génesis de las universidades, esas instituciones creadas en todas las sociedades que, en su evolución llegan a la península europea y van adquiriendo las características con las que las conocemos en la actualidad. Así podemos entender que entre los egipcios, «los conocimientos teóricos que existieron se encontraban principalmente en poder de una clase privilegiada -los sacerdotes y los escribas- cuyo interés consistía en mantenerlos secretos.»<sup>8</sup>

La astronomía y la astrología -de hecho el conocimiento en general- requieren del apoyo de un complejo aparato matemático, mismo que los egipcios lo desarrollaron basado en la muy simple, aunque laboriosa, acción de contar. Todas las operaciones aritméticas sumar, restar, multiplicar y dividir, al igual que el manejo de las fracciones fueron reducidas a diferentes maneras de contar. Desde remotos tiempos los egipcios ya habían logrado desarrollar un

sistema matemático de importancia, aunque todavía está a discusión entre los expertos si, respecto a esta ciencia, Egipto es deudor y, en su caso en qué medida, de Babilonia. Como hasta el momento no existe un acuerdo convincente a favor o en contra, lo que se puede asegurar es que el pueblo egipcio «antes del año 2000 a. de J. había dado forma ya a un sistema práctico de numeración y podía llevar a cabo cálculos aritméticos (que suponían la manipulación de complicadas expresiones fraccionarias) con facilidad y exactitud. Dio forma también a métodos de solución, algunos de los cuales persisten todavía en los libros de texto, en particular los relacionados con la división en proporciones dadas, y plantear problemas (por el método de adición de números recíprocos). Podía igualmente resolver problemas con dos cantidades desconocidas y tenía nociones elementales de la progresión aritmética con el empleo de fracciones, al igual que de la progresión geométrica. Estaba familiarizado con las propiedades elementales de los rectángulos, triángulos, círculos y pirámides. Podía, pues, hacer frente con buenos resultados a los problemas matemáticos que se le presentaban en la vida diaria. Los ejemplos que conocemos arrojan luz sobre los métodos de comercio, de alimentar al ganado, de cobrar impuestos y de determinar los valores de los alimentos y bebidas en términos del importe que se puede obtener de una cantidad dada de artículos.»<sup>9</sup>

Con todo, es sorprendente el resultado global que lograron obtener los egipcios con un aparato matemático ciertamente limitado, como el que presentan las evidencias documentales sobre las que se basan los expertos. Esto nos lleva a preguntarnos, lo que en última instancia es una de las razones fundamentales de nuestro

7 *Ibid.*, p. 251.

8 *Ibid.*, p. 258.

9 *Ibid.*, pp. 270-271.

estudio, si fuera del acopio de pruebas incontrovertibles, bajo el supuesto de que su interpretación sea la correcta, podemos reconstruir una imagen de las sociedades humanas lo suficientemente coherente, atendiendo a su particular momento histórico, que nos permita llegar a un cierto conocimiento lo más explicativo posible para colocar cada una de las respuestas a nuestras interrogantes en un lugar adecuado.

Es importante tener en cuenta que tratamos de reconstruir un proceso que se encuentra verdaderamente a miles de años de nuestro momento y que difícilmente podremos llegar a tener rigurosas fuentes documentales como las existentes para periodos posteriores. Muchos de los conocimientos a los que llegaron los pueblos antiguos antes de la aparición de la escritura, como es el caso de Egipto, fueron transmitidos oralmente; al llegar ésta, los materiales que la recibieron fueron naturalmente perecederos, y que cuando la escritura se convierte en un proceso corriente entre los pueblos del Mediterráneo, Egipto pertenecía ya a una civilización periférica.

Lo menos que podemos decir, al encontrarnos con este panorama del aparato matemático que usaron los egipcios, es que fueron sorprendentemente eficaces. Tuvieron logros espectaculares a pesar de usar una herramienta muy limitada. Tal vez, las fuentes documentales que se han logrado rescatar hasta el momento, y que nos muestran esos límites, sean tan sólo el registro de los resultados. Es atractivo imaginar, ante la imposibilidad de obtener cualquier evidencia probatoria sobre este punto, que muchos de los complejos cálculos los sabios egipcios los hacían mentalmente, como ocurre en la actualidad con los niños pequeños que en sus escuelas les enseñan a realizar operaciones aritméticas mentalmente.

Y por lo que se refiere a las dudas sobre la

influencia de Babilonia sobre Egipto, bien sabemos que mucho antes de que inventara la escritura ya existían intercambios de todo tipo entre los pueblos que circundaban la cuenca mediterránea, así como de éstos con los pueblos más civilizados del Oriente. Con todo, esta realidad no descarta que se dieran desarrollos autónomos de conocimientos en todas las sociedades. Sabemos que, incluso, como ha ocurrido en la historia documentada de la ciencia, varios científicos, sin relación entre ellos, desarrollan proyectos similares. La imagen que hasta el momento se ha logrado configurar del área del mar Mediterráneo, es la de un ámbito rico en relaciones entre pueblos, igualmente rico en logros artísticos, científicos, culturales, a tal grado que, siendo hoy en día la occidental, la civilización preponderante, la historia de esta zona, en su versión europea, se toma como si fuera la historia toda de la humanidad.

A pesar de las minucias sobre detalles más o menos relevantes, ningún especialista resta importancia a la cultura egipcia y su radical influencia en la cultura de los pueblos del Mediterráneo, por lo que podemos afirmar que muchos de los desarrollos de los que Occidente es digno depositario, tuvieron su origen aquí y en otros pueblos tan antiguos como él. Además de la astronomía, la astrología y las matemáticas, la fama de Egipto también se cimentó en el ejercicio de la medicina. «En los tiempos clásicos los egipcios gozaban de gran reputación por sus conocimientos médicos. Se dice en la Odisea, que los médicos del Egipto eran más hábiles que ningunos otros y Herodoto menciona varias veces a los que ejercen la medicina en el Egipto, cada uno de los cuales -afirma- es un especialista que se dedica al estudio de una rama determinada. El mismo autor relata que Ciro envió al Egipto en busca de un oculista, y que Darío sostenía que los egipcios gozaban de la más alta reputación por sus capacidades médi-



cas. En otras partes se tropieza con las mismas referencias.»<sup>10</sup>

En el caso de la medicina se puede observar más nítidamente la íntima relación entre los conocimientos provenientes de ámbitos que para el hombre moderno occidental son en extremo diferenciados. Por un lado la magia y por otro los conocimientos extraídos mediante el uso de la metodología y la técnica científicas. Sin embargo, debemos considerar que para los pueblos antiguos tal distinción carece, no solo de fundamento, sino de la elemental experiencia de la vida. Para ellos es una realidad incontrovertible el que el mundo que los circunda tiene su origen y obedece a la voluntad de los dioses, de ahí que hacer alguna distinción entre los ritos para atraer la buena voluntad de sus deidades y las prácticas netamente terapéuticas no tendría ningún sentido y posiblemente resultara contraproducente.

La literatura existente sobre el ejercicio de este arte ciencia nos permite apreciar los enormes avances que habían logrado los egipcios en su cultivo. La rigurosa observación, el conocimiento del valor terapéutico de multitud de elementos tanto de origen animal como vegetal y mineral, deja en claro que se ha recogido la experiencia guardada por generaciones, a la que se ha cuidado hasta conformar una tradición, una escuela, ampliamente reconocida. Entonces, no sería una imagen extraña la de un maestro rodeado por sus alumnos en solemne actitud de atenta escucha, para recibir conocimientos, consejos y guía. Relación maestro alumno que conforma uno de los distintivos universitarios.

La continuidad y progreso en un área cognoscitiva nos los puede mostrar la riqueza del lenguaje que se emplea en ese ámbito específico, pues solo a través de la apropiación de

conocimientos, de trucos, de experiencias, se va acrecentando y haciendo cada vez más preciso dicho acervo lingüístico. El caso del cultivo de la anatomía entre los egipcios cuya finalidad, inicialmente religiosa a través de la práctica de los embalsamamientos, repercute en el desarrollo del ejercicio médico, ya que cualquier avance en un campo se refleja en el otro por cuanto ambos tienen un mismo sujeto de estudio, en este caso, el cuerpo humano. «El alcance de los conocimientos de un pueblo con relación a un tema técnico se puede medir por la riqueza o pobreza de su terminología. En el antiguo idioma de los jeroglíficos existen bastante más de cien términos anatómicos, y este hecho por sí solo demuestra que los egipcios eran capaces de diferenciar y nombrar muchos órganos y estructuras orgánicas que pueblos más primitivos y menos ilustrados agruparían conjuntamente o no lograrían percibir de manera alguna.»<sup>11</sup>

Con todo debemos *prevenirnos en imaginar* que el estado de los estudios y práctica de la medicina entre los egipcios, y de hecho entre todos los pueblos antiguos, se asemeja y equipara plenamente con el ejercicio de la medicina actual. Ello nos podría conducir a errores, como el de exagerar los alcances de una actividad cuyos límites, impuestos por su momento histórico, no permiten equipararla con el concepto de ciencia con el que se formó profesionalmente un médico que utiliza la tecnología moderna. Aunque también debemos hacer una salvedad: este aserto no implica un juicio valorativo de superioridad (¿en qué sentido?) de la concepción y ejercicio de la ciencia de la medicina actual contra la medicina antigua, basta comentar que no han sido pocas las voces que se han levantado para señalar que el enorme progreso de la medicina moderna no se ha fin-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 277.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 289.

cado -al contrario- en una concepción ética, humanizada, de su ejercicio.

Se ha querido ver la superioridad de la medicina moderna sobre la antigua, en la creciente y progresiva utilización de la racionalidad en su ejercicio: «...no puede haber la más ligera duda de que la medicina egipcia ha tenido su origen en la magia y que la magia no ha perdido jamás su influencia sobre la medicina, aun cuando el racionalismo la saturaba en proporción cada vez mayor. Muchas de las drogas de la farmacopea, aun cuando sanas y racionales, eran adoptadas evidentemente y en primer lugar por razones puramente mágicas; su mismo uso no era más que el desarrollo de los ritos manuales del mago. Un estudio de los papiros médicos demuestra con bastante claridad que una dolencia y una enfermedad se creía que eran debidas a la posesión, y el arte del médico tuvo sus comienzos en los diversos intentos por engatusar, encantar o expulsar violentamente al demonio del interior de su anfitrión involuntario.»<sup>12</sup>

No obstante el permanente intento de la cultura occidental de ver a todos y a sí misma a través de la lente racionalista, debe reconocer que su origen -y ello es una realidad incontrovertible- viene de otras culturas cuya base no era el endiosamiento de la razón, y debe reconocer además que muchos de sus grandes pensadores abrevaron directamente de fuentes no occidentales, en este caso egipcias, «...muchas de las drogas, al igual que las propiedades y tradiciones que les dieron los egipcios, que figuran en las obras de Plinio, Dioscórides y hasta la misma Colección hipocrática, han sido claramente recibidas del Egipto. Estos escritores posteriores, y otros que les han seguido, son las fuentes de donde los compiladores de herbarios y libros de medicina popular (s.n.) han sacado

la inmensa mayoría de sus materiales y las obras de los escritores clásicos son a menudo nada más que los peldaños de la mayor parte de la tradición médica que llegó a Europa, aparte de las cosas que han sido tomadas directamente.»<sup>13</sup>

Otra materia que ilustra la riqueza de la civilización egipcia y, por ende, la extensión y complejidad de los conocimientos y habilidades que debía desarrollar su, llamémosle, intelectualidad para estar en condiciones de atender adecuadamente las necesidades sociales y del gobierno, es el derecho. En cada una de las etapas de su historia paralelamente se fue creando una estructura jurídica. Así, lo que conocemos del Egipto del Imperio Antiguo es el ejercicio del poder y, en consecuencia, las normas de derecho dependían estrictamente de la libre voluntad del soberano. Esa libertad de decisión sin embargo tenía como fundamento de legalidad el estar dirigida hacia la consecución del bien, cualquier cosa que este concepto significara, para el pueblo y, en contrapartida, el cumplimiento de esta voluntad era una obligación religiosa pues el faraón era nada menos que dios en la tierra.

Mas la vida cotidiana debía seguir su curso y la expresión jurídica de ésta se encontraba en los llamados documentos caseros, es decir, la formalización de dos voluntades para realizar alguna transacción que requería dejar constancia de ella mediante un documento escrito. Era, en última instancia una manera por demás ágil de formalizar un acto jurídico. Por ejemplo, se distinguía perfectamente entre la adquisición y el obsequio de una propiedad, como una vivienda. Se pretendía establecer alguna limitante a fin de evitar el comportamiento fraudulento en las transacciones, sólo se obligaba a registrarlas por escrito ante el funcionario competente, con lo que se tomaba nota para efectos

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 293-294.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 301.

fiscales posteriores. Así, la adquisición por donación se podía ejercer entre familiares cercanos, mas no entre personas sin ningún parentesco, con lo que se limitaba la posibilidad de evasión fiscal y se llevaba un registro de la propiedad para determinar en todo momento quien era el dueño de un inmueble.

Entre los egipcios se rehuía el traspaso de una propiedad mediante la figura del regalo, ya que este procedimiento siempre despertaba alguna suspicacia. Tal precepto señala sin duda el reconocimiento de una práctica generalizada ante la cual se debía establecer alguna limitante. «Esta hostilidad hacia los regalos es una peculiaridad que se advierte en los Códigos germánicos posteriores, y también en el Código akkadio de Hammurabi (1771-1794 a. de J.); pero, por lo que sabemos, aparece por vez primera en el derecho egipcio.»<sup>14</sup> Es decir, estamos hablando de la existencia de una expresión netamente jurídica de la vida de un pueblo, cuya vigencia se remonta a muchos siglos antes de nuestra Era, con lo que podemos percatarnos de la enorme tradición acumulada que heredó en su momento la cultura occidental.

Ya en el Nuevo Reino que va del 1573-712 a. de C. el ejercicio del derecho se eleva en complejidad, ahora no bastaba que un acuerdo cualquiera se consignara en un simple documento casero, se hacía obligatorio que dicho documento fuera firmado por el escriba que lo elaboraba, como una forma de protegerlo contra posibles adiciones ilegales. Muchos de los borradores de los documentos jurídicos de esa época han llegado hasta nosotros ya que éstos se realizaban sobre materiales menos costosos que el papiro, como serían las tablillas de arcilla o fragmentos de piedra.

La diversidad de temas del derecho nos da una idea de la rica vida social del Egipto,

que ya exigía la profesionalización de los juristas para poder hacer frente a esa realidad. Así, en el derecho procesal se había llegado a la elaboración de todo un procedimiento para juzgar de los casos concretos. Aunque, como primer paso, en cualquier diferendo se procuraba que las partes en conflicto llegaran a un acuerdo que conciliara sus intereses para evitar que se entablara un juicio. Si ello no daba resultado y se llegaba hasta los tribunales, estaba establecido que todos los juicios fueran vistos por un par de jueces quienes admitían todo tipo de pruebas para apuntalar el dicho de cada una de las partes. En todo el proceso, además del aspecto probatorio de los documentos aportados y sopesados detenidamente por los jueces, también se encontraba previsto que los bandos en conflicto pudieran aportar testigos que defendieran su causa y todos juraban que su versión era verdadera ante los sacerdotes en el templo.

La estrecha relación que desde la antigüedad guardan la religión y la justicia entre todos los pueblos, aún en nuestros días no se ha extinguido, en gran medida porque solamente la justicia divina es en sí misma justa, unívoca y perenne. Los seres humanos no hacen sino traducir a su peculiar manera de ser social la voluntad divina que se encuentra en la base de sus sistemas jurídicos.

El derecho internacional no se encuentra ausente de la vida del Egipto y el primer tratado de este tipo del que se tiene conocimiento es el que, doce siglos antes de nuestra era, acordaron el faraón Ramsés II y el rey de los hititas Hattusilis III. «De acuerdo con el texto akkadio de este documento, es un tratado de paz y alianza, con la obligación de prestar asistencia armada... Es interesante observar que el dogma religioso de la divinidad del rey egipcio, comparado con el cual un rey extranjero no era más que un miserable ser humano, impidió la pu-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 305.

blicación de una versión inexpurgada de este tratado. Mientras que en el texto original ambos reyes designan al otro como 'el gran rey', sobre la base de una igualdad completa, en la versión egipcia, que todavía se puede ver en el templo de Karnak, 'el gran dios' Rameses fija las fronteras de su país de acuerdo con su capricho, concediendo el tratado al 'gran príncipe' de los hittitas que ha venido a pedirle la paz.»<sup>15</sup>

El avance que se pudo alcanzar en cualquiera de las ciencias y, en general, del conocimiento, no es ajeno al desarrollo de la escritura; es más, ésta es una de las condiciones para que se pudieran dar tales avances y se hiciera posible encontrar nuevas formas de preservación y transmisión además de la oral. Hasta cierto punto, este invento maravilloso de la escritura-lectura, aún en los medios tan restringidos y herméticos que la guardaban celosamente, debió propagarse para obtener de ella los máximos beneficios. En Egipto «la escritura utilizada no era, con excepción de ciertos libros sagrados, los jeroglíficos de múltiples símbolos que se ven en las inscripciones, sino una grafía más rápida y simple, que ya desde el tercer milenio a. de C. se venía utilizando en los papiros y que, a semejanza del papiro de excelente calidad, se conoce por hierática (escritura sacerdotal); de tiempos posteriores datan hojas de papiro con otra grafía, la llamada demótica (escritura popular), que ofrece una simplificación más radical aún. El rollo de papiro que se conoce data de hacia 2400 a. de C., pero el hecho de que el papiro ha sido usado para la escritura desde tiempo tan remoto como la misma escritura jeroglífica lo prueba el que uno de los símbolos jeroglíficos representa un rollo de papiro.»<sup>16</sup>

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 316.

<sup>16</sup> Svend Dahl, *Historia del libro*, pp. 14-15.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 16-17.

Con la lectura-escritura también se inventaron los libros y la bibliotecas, todo lo primitivas que se quiera -aunque ese nunca será un término adecuado-; pero sin las cuales hubiera sido en extremo difícil que el hombre lograra los avances tan espectaculares de los que somos testigos a lo largo de la historia. «De las bibliotecas de Egipto de los tiempos clásicos apenas se conoce nada. En él como en otros lugares de entonces, es seguro que no existían distinciones estrictas entre la biblioteca y el archivo; la verdad es que libros y documentos adoptaban igual forma y exigían métodos de conservación análogos. Y, al igual que en otros países de la antigüedad, las bibliotecas se encontraban adscritas a centros religiosos, a templos. En el del dios del sol Horus, que aún se conserva en Edfu, en Egipto meridional, existe una cámara cuyas paredes están decoradas con los títulos de 37 libros que fueron donados a la biblioteca. En las proximidades de Tebas se han descubierto dos tumbas cuyas inscripciones mencionan el título de bibliotecario; en ellas se encontraban enterrados un padre y un hijo, ambos pertenecientes con seguridad a la clase sacerdotal, que enseñaba las ciencias y el arte de la escritura.»<sup>17</sup>

Mas no todo el conocimiento que se generó en Egipto provino del ámbito de los templos, aunque nunca dejaron de ser centros importantes en este aspecto, con la llegada de los griegos, o mejor dicho, con el arribo de Alejandro Magno a sus costas y la fundación de la ciudad de Alejandría, se abre una etapa por demás importante en la historia y la cultura del Mediterráneo.

La leyenda nos narra que encontrándose dormido Alejandro, vino a él en el sueño el poeta Homero y con el índice le señalaba en direc-



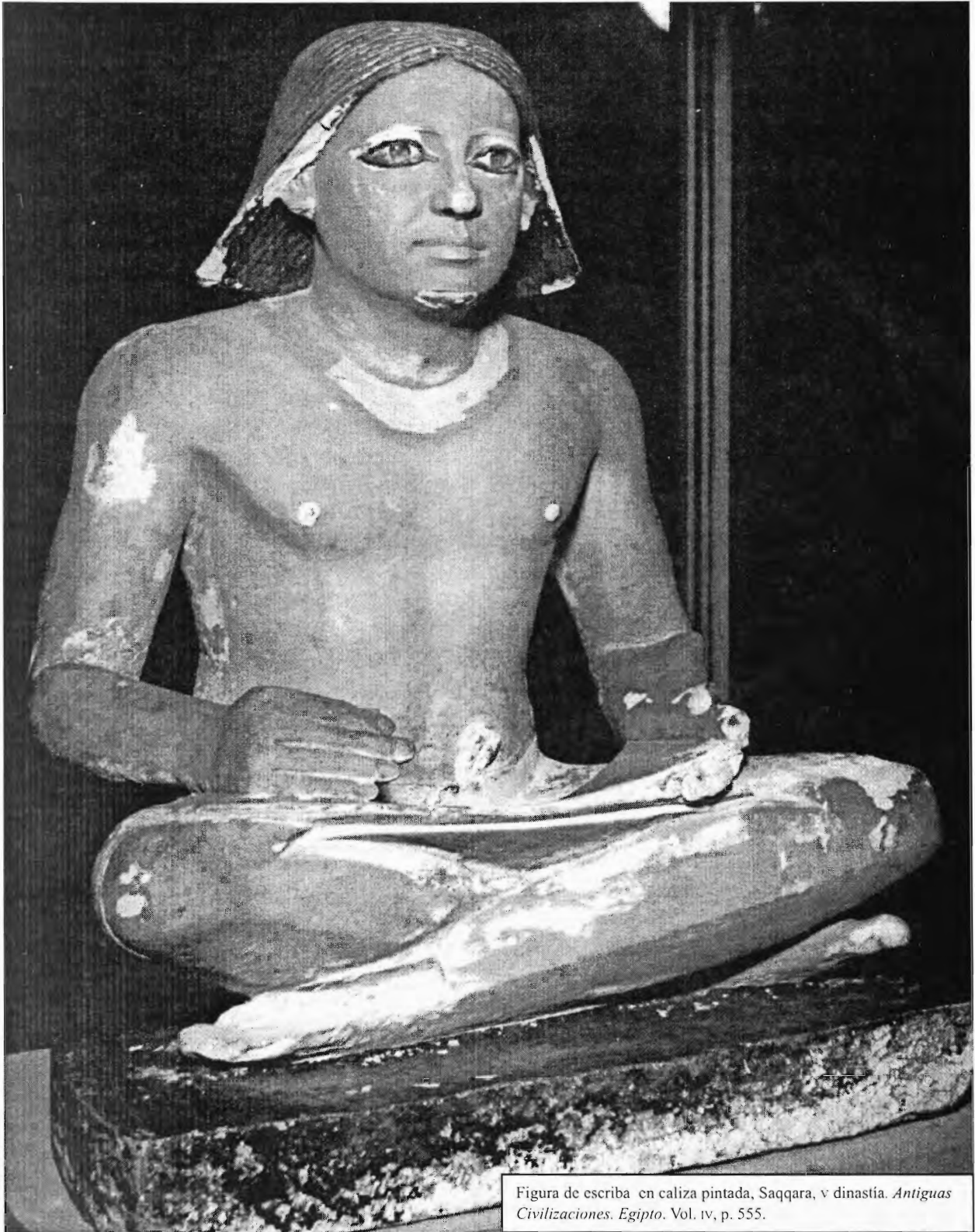


Figura de escriba en caliza pintada, Saqqara, v dinastía. *Antiguas Civilizaciones. Egipto*. Vol. iv, p. 555.

ción de la isla de Pharos a efecto de que allí fundara una ciudad. El rey macedonio de inmediato quiso dar cumplimiento a la tarea que se le encomendaba, y ordenó que se iniciaran todos los preparativos de la magna obra, que sería el bastión para helenizar las tierras del Nilo; pero con la intervención de sabios, trabajadores, artesanos y artistas de todos los rumbos. Con la fundación de la ciudad de Alejandría, no sólo arribaron portadores de la cultura griega, sino de todas las naciones conocidas. Allí en medio de los grandes templos dedicados a todas las deidades griegas y egipcias, de las mansiones, paseos y jardines, del puerto y las bodegas, se fundó -muy cerca del famoso faro- la Biblioteca que sería el centro y el símbolo de la ciudad por los siglos de los siglos.

Al igual que para la construcción de la ciudad pisaron suelo egipcio multitudes de todas partes, gente de todo cuño, la Biblioteca acogió gran número de sabios en los más variados saberes. «En mezcla de los hallazgos geométricos que consagrarían a Euclides y del mejor influjo corintio, la antigua Alejandría era al mismo tiempo unbral egipcio, asiático y europeo, además de centro religioso tan tolerante que si de su universalidad vino a derivar el concepto de universidad, de su rica vida social el término cosmopolita para abarcar su pluralidad y grandeza.»<sup>18</sup>

En la Biblioteca de Alejandría\* se dieron cita muchos de los más connotados sabios de la época, fueran egipcios, griegos o hebreos\*. En la época de Ptolomeo II\* *Philadelphus*, que se tiene como la de mayor esplendor de la dinastía, fue traído a la ciudad un sinnúmero de científicos, artistas, filósofos, inclusive constructores, con objeto de que contribuyeran a su esplendor. Con Tolomeo Sóter\* se intentó supe-

rar al Liceo ateniense y se llamó a Teofrasto a fin de hacer de la Biblioteca y el Museo anexo, el centro de la ciencia y el conocimiento de todo el mundo, lo que hizo posible que la ciudad de Alejandría fuera el hogar de muchos sabios provenientes de Atenas, entre quienes se encontraban Demetrio de Falero, Filitas quien además de poeta y gramático gozó de merecida fama como maestro, también Hecateos de Abdera, historiador y Straton de Lampsaco.

En Alejandría, en el 290 a. de C., ya Herófilo de Caledonia practicaba las disecciones humanas, quien conjuntamente con Erasóstrato son los fundadores de la ciencia de la medicina de Alejandría. Con ellos los estudios de anatomía, patología y cirugía entre otras disciplinas fueron las aportaciones de esta cultura al conocimiento universal.

Merece destacarse que fueron estos médicos alejandrinos los que identificaron al cerebro como el centro del sistema nervioso e identificaron los nervios sensores y los motores, además de la circulación sanguínea en las arterias. Otros inventos como el reloj de agua o clepsidra, a la vez que tenían una importancia como instrumento para medir el tiempo, servía para indicar los tiempos en los que debían administrar las drogas curativas.

Zenódoto de Efeso\*, bajo el reinado de Tolomeo II, al hacerse cargo de la Biblioteca de Alejandría dio acogida en un nuevo barrio a numerosos judíos, quiere la tradición que fueran setenta, a quienes otorgó generosos subsidios y serían los autores de la traducción al griego del Antiguo Testamento conocida como *Septuaginta* en el 285 a. de C. Esta obra fue completada con los libros de *Esdras*, *Crónicas*, *Nehemías* y el libro de los *Proverbios*.

La *Septuaginta* resultó ser una obra fundamental para el desarrollo de Occidente pues

<sup>18</sup> Martha Robles, *Excelsior*.



con base en ella, el cristianismo pudo, a través de san Anselmo, llegar a establecer la versión definitiva de su Biblia, por lo que se refiere a su primera parte, al Antiguo Testamento, que es la que comparte con el judaísmo. La segunda parte de la Biblia, el Nuevo Testamento, que es la referida a la figura de Jesucristo como el Mesías y recoge los textos de los evangelistas, que para la religión de los hebreos resulta inaceptable y que para los cristianos es la médula misma de su religión.

Aquí es importante hacer un paréntesis. Como una obra unitaria la Biblia cristiana, con el paso del tiempo fue objeto de múltiples versiones, sobre todo cuando fue vertida al latín y, siendo el libro fundacional de una religión que se extendía rápidamente por un inmenso territorio donde, evidentemente, existía una gran diversidad de culturas y de lenguas se hacía indispensable y urgente contar con una versión reconocida por la Iglesia pero, sobre todo, que fuera la piedra angular de la doctrina cristiana y el elemento cohesionador de todos los creyentes del mundo conocido a pesar de su enorme heterogeneidad.

Esa enorme difusión de la religión cristiana aunada al espíritu localista, las dificultades de comunicación, el aislamiento de grandes conglomerados humanos, facilitaba que las comunidades tuvieran entre sí diversas versiones de los textos sagrados, lo que a su vez también facilitaba la aparición de interpretaciones varias con lo que se corría el riesgo de que el cristianismo, como religión única y verdadera, se pulverizara en infinidad de iglesias heterodoxas.

De ahí que alrededor del año 382 ya en la Era Cristiana, dos hombres que llegarían a ser canonizados como santos, el entonces Papa Dámaso encargara a un monje de nombre Jerónimo la enorme tarea de dar a la cristiandad un texto único de su libro sagrado, la Biblia. El trabajo iniciado le llevaría largos años de ince-

sante y minuciosa labor: comparar versiones unas en las que el común denominador era el latín, otras en las que las fuentes utilizadas provenían de pueblos y lenguajes distintos como el griego y el arameo\*.

Mas lo fundamental de esa labor no se circunscribía a la traducción y cotejo de textos varios, sino a un hecho de mayor trascendencia como lo es realizar una revisión crítica y fijar una versión cuyas repercusiones ya fueran dogmáticas, filosóficas y hasta políticas y sociales rebasaban, evidentemente, el significado intelectual o meramente religioso de la monumental tarea, ya que uno de los fines de ésta fue hacer posible la propagación del libro en todas las comunidades que profesaban el cristianismo (como texto único autorizado de su fe), proporcionar un instrumento -igualmente único- para la catequización y realización de nuevas conversiones y, dentro de lo posible, convertir al Libro de Libros en el texto más leído, igualmente considerando el número de lectores como el tiempo -todos los tiempos posibles- en que alguien al tomarlo entre sus manos trémulas y abrirlo pudiera encontrar la sabiduría, el consuelo o la fuente y fortaleza de su fe, de ahí el nombre por el que llegará a ser conocida esta obra *La Vulgata*, es decir, la versión pública, masiva de La Biblia.

Una de las dificultades que enfrentó san Jerónimo fue la diversidad de lenguas en las que se presentaban las fuentes originales que, como es sabido, se fueron conformando históricamente acordes con los tiempos por los que atravesaba el pueblo hebreo, el elegido, durante sus estancias en otros territorios -fuera de la Tierra Prometida- bajo el dominio de otros pueblos y que constituyen la primera parte de La Biblia, es decir, El Antiguo Testamento. Aunque, el hebreo no fue el único pueblo que contribuyó a la construcción del Libro, su aportación es fundamental, de ahí que san Jerónimo

haya recurrido, siendo un experto políglota, y prestado profunda atención a los textos en idioma arameo, lengua en la que fueron registrados muchos de los textos trascendentales de lo que sería *La Vulgata*.

El arameo, lengua primitivamente hablada en los territorios ocupados por la legendaria Mesopotamia, pertenece al grupo semítico. Alrededor de fines del siglo VI a. de C., llega a ser la lengua dominante y absorbe al resto de los idiomas de su grupo, a excepción del árabe. A partir de ese momento el arameo se convierte en el idioma literario entre los judíos, por lo que todos sus textos litúrgicos fueron escritos en esta lengua. En Asiria y Babilonia es la lengua oficial de la administración, y al llegar los conquistadores persas, la adoptan como idioma oficial de sus provincias occidentales.

De esa manera el arameo ocupa una enorme extensión, abarcando desde el Éufrates hasta Asia Menor y desde Palestina hasta Egipto, por lo que podemos considerar al arameo como el idioma fundamental en ese momento y en ese enorme territorio, con un papel similar o equivalente al que en su momento tuvieron el griego y después el latín. Fue el idioma que sirvió para organizar además de la administración civil, la de los ejércitos, los negocios, sirvió de vehículo, a los conocimientos, a la literatura y a las ideas religiosas. Fue el instrumento de registro de lo más importante en la vida de generaciones humanas y la posibilidad de transmitirlo, no solamente a sus propios descendientes, sino a otras generaciones.

Esa fue entre otras, una de las labores de san Jerónimo, rescatar de las fuentes arameas enormes porciones de conocimientos que al revisarlos y fijarlos a través de un texto religioso, hizo posible su permanencia, cuyo mensaje no ha perdido vigencia a pesar de su tránsito a través de los siglos.

La invención de la escritura, de los li-

bros, de las bibliotecas es concomitante al desarrollo de todas las ciencias, y es imposible alcanzar un logro tan completo y coherente sin la participación social de los hombres y mujeres que conforman cada pueblo, a través de instituciones que, acordes con el tiempo histórico que viven, juegan el papel de generadoras de conocimientos, además de que se ocupan de su conservación, transmisión y recepción: son las universidades de ese pueblo en ese momento. Los egipcios fueron un hito en la conquista del conocimiento científico, con el añadido de que sirvieron de base e impulso a las conquistas de otros pueblos en este terreno.

## Persia

La legendaria Persia históricamente va a compartir con otros pueblos y culturas una extensa área que tiene como frontera natural al Mar Mediterráneo. A excepción de las civilizaciones del Lejano Oriente, que no tuvieron ninguna frontera con el Mediterráneo, todos los demás pueblos que de alguna manera han dejado su impronta en la llamada cultura occidental, su paso por la historia, en algún momento, ha sido signado entre las aguas de este mar.

El origen del pueblo persa es prácticamente imposible de precisar, sabemos que fueron grupos humanos cuyo tronco común fue el indoeuropeo con su característica unidad lingüística, y hasta donde es dable conocer, cuando los persas hacen su aparición en la historia, tenían ya muchos siglos de ocupar la alta meseta del actual Irán, región poco fértil, pero enclave estratégico de comunicaciones entre los países del Asia Menor y Asia Central.

Es importante señalar que los persas se encuentran emparentados, si no étnicamente, ya que desde aquellos tiempos es bastante riesgoso hablar de razas, por lo menos en lo cultural como lo muestra el común idiomático con los hindúes, los griegos, los germanos. «El paren-

tesco de todas estas tribus, que vivieron tan dispersas, fue descubierto por la ciencia a comienzos del siglo XIX. Se descubrió que una serie de palabras (especialmente los números y los conceptos que más se relacionan con la familia) eran muy parecidos en hindú y en persa, en germano y en eslavo, en latín y en griego. Así, el alemán *Vater* se dice en latín *pater*, en griego *patér*, en persa antiguo y en antiguo hindú *pitár*. El concepto alemán *Mutter* se traduce en latín por *mater*, en hindú antiguo por *matar*, en eslavo por *matj*. Estas palabras no han pasado de una lengua a otra como 'palabras extranjeras', sino que son signos de la comunidad original de todos estos idiomas.»<sup>19</sup>

Como es evidente por lo anteriormente expuesto, las relaciones entre los diversos pueblos que convivieron en torno del área mediterránea, fueron mucho más amplias que las impuestas por ser enemigos o aliados. Las mutuas influencias van más allá del trasunto de formas de vida o instituciones a partir de contactos comerciales. Es posible hablar entonces, de un fondo cultural y de civilización común, mucho más profundo y esencial que conduce a ver y entender el mundo de una manera similar, donde la diversidad significa enriquecimiento y no necesariamente contradicción.

Cuando hacen su aparición los persas en el escenario mediterráneo, se encuentran bajo el dominio de los soberanos medos. Cerca de dos milenios antes, los persas se habían establecido en la parte sur de la meseta iraní. Formaban parte de las mismas oleadas migratorias de los medos quienes se acercaron en la parte norte de la misma planicie y pronto sometieron a sus vecinos. Su héroe Ciro II\* (de quien Herodoto dice que fue nieto por la parte materna de Astiajes, el rey medo) logra vencer a su abuelo alrededor del 549 a. de C. y hacerlo prisionero, dando así inicio a una larga cadena de

victorias hasta hacer de Persia el centro de un poderoso imperio económico, político y militar que abarcaría desde Cirene, o sea, Libia, todo Egipto, el norte de la península arábiga, toda Palestina, parte de la India, la propia Macedonia deteniéndose únicamente frente a Grecia.

Ciro II muere en campaña mientras combatía contra los masagetas y su obra fue continuada por su hijo Cambises II, que contó con el apoyo de elementos griegos y semitas. Al fallecer Cambises, en circunstancias poco claras, le sucede en el trono Darío I quien, desde ese momento concentra su esfuerzo en consolidar la obra de su predecesor.



Tumba de Ciro en Pasagrada, Irán. *Historia Universal Salvat*, Vol. II, p.147.

La ascensión de Darío al poder no contó con el apoyo generalizado y debió imponerse mediante el uso de la fuerza, sobre todo contra las provincias orientales del imperio: Babilonia, Susiana, Media y Sagartia. Mas, una vez restablecido el orden pudo Darío concentrar su actividad en la organización en todos los aspectos del extenso territorio imperial, siendo una de sus principales obras la de dividirlo en numerosas satrapías a cargo de altas personalidades de la aristocracia investidas de amplios poderes, solo bajo la dependencia directa del rey.

La construcción de una eficiente red de caminos hizo posible que el rey pudiera establecer y ejercer de manera efectiva el control

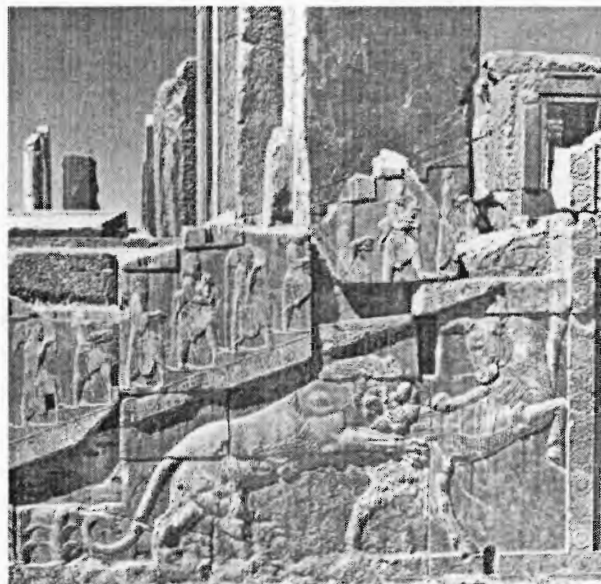
19 Ernest J. Gorlich, *Historia del mundo*, p. 61.

sobre los funcionarios del gobierno que anteriormente se encontraban demasiado lejos de su mano, además de la ampliación de las comunicaciones entre las diferentes regiones del enorme territorio con lo que, a su vez, se sentaron las bases para que se lograra imponer un idioma único para, por lo menos, atender los asuntos de orden gubernamental, el arameo, lo cual sin duda resulta de verdadera importancia por cuanto, ese será el idioma común de la religión y del conocimiento en un amplio territorio, punto de contacto privilegiado entre Oriente y Occidente.

El poder del imperio persa sin embargo pronto se enfrentaría a otro que se encontraba en vías de expansión, el griego, cuya fuerza y genio serán medidos por la grandeza del enemigo derrotado. Por lo pronto, los ejércitos de Darío llegarán al norte hasta la desembocadura del Danubio, viéndose obligados a retirarse hasta sus territorios asiáticos por la feroz resistencia de los nativos. A pesar de que el imperio persa era extremadamente extenso, la voluntad y la obra de Darío le dieron una importante cohesión al grado de desarrollar en él un sentimiento nacional.

Por lo que se refiere al aspecto educativo,

éste será referido fundamentalmente a la reli-



Palacio de Darío. Decoración de escalinata. Roman Ghirshman. *Persia, Protoirranios, Medos, Aqueménidas*, p. 193.

gión, la cual se puede dividir en dos: antes de *Zarathustra* y después de él. La religión persa, el mazdeísmo\*, mantiene ciertas similitudes con la practicada en la India. Los textos sagrados, el *Avesta* (código sacerdotal de la reforma de *Zarathustra*), el *Yasna* o Libro de los Sacrificios, el *Vispered* y los *Yashts* conforman la totalidad de la literatura religiosa de los persas.



Imperio Persa. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico Universal y de México*, p. 4.



Zarathustra como el reformador religioso del imperio persa, luchó denodadamente para imponer una reforma de carácter monoteísta; *Ahura-Mazdah* o Señor sabio, es el único dios de esta religión, el cual será dotado con todas las atribuciones que anteriormente eran distribuidas entre las numerosas divinidades de su anterior panteón. El que se haya impuesto la reforma monoteísta de Zarathustra resulta relevante porque va a fomentar de manera aún más fuerte la unidad del imperio. «Se ha destacado la naturaleza esencialmente intelectual del Dios de Zarathustra, cuyo nombre *Mazdah* conjuga en todas sus formas con la raíz *Man*, ‘pensar’. *Mazdah* es espíritu, crea por el pensamiento y por él ‘llena de luz los espacios bienaventurados’. No sólo nos lo presenta en muchos pasajes como idéntico al Espíritu o *Manyú*, sino que, además se aproxima al hombre bajo la forma de Buen Pensamiento, *Vahu Manah*. Pide un culto espiritual, pues ‘se ha elegido la alabanza y veneración de los hombres.»<sup>20</sup>

cordarlo, como lo es la existencia de dos polos opuestos, el bien y el mal, que conlleva una permanente elección por parte de los hombres, hacer uso de la voluntad y del libre albedrío es una responsabilidad cuyo ejercicio conduce a tomar un papel activo de compromiso en el cumplimiento de los designios de la divinidad que, sin embargo, se sabe siempre en la incertidumbre vital, porque acatar el mandato divino no garantiza que de una vez por todas así sea, ya que cada elección es permanentemente un esfuerzo renovado.

La fuerza del mazdeísmo dio cohesión a todo un estado y contribuyó a mantener un imperio bajo un mando único, mas no pudo contener el impulso de otras fuerzas ajenas a él y que representaban el avance de otro imperio de mayor contundencia e importancia para la cultura occidental, el macedonio, que bajo la guía de Alejandro Magno pasaría de ser un país dominado, a fugaz amo de multitud de reinos.



Persia en la época aqueménida. Roman Ghirshman. *Persia Protoiranos, Medos, Aqueménidas*, p. 446.

No deja de llamar la atención otro aspecto de la religión mazdeísta, que a pesar de ser muy diferente del cristianismo, tiene sin embargo algunos rasgos que necesariamente hacen re-

La gran importancia para la historia del hombre de la cultura persa la da el que «bajo la dominación aqueménida, los países del antiguo Oriente estuvieron políticamente unidos y por

20 José Antonio Padilla Segura, *Universidad: Génesis y Evolución*, p.202.

primera vez pasó a través de ellos una corriente ordenada y continua de intercambio comercial y social. Por el este, el intercambio alcanzaba a la India y al Asia central; por el oeste, llegaba a los países mediterráneos a los que entregó ricos dones. Bajo la dominación macedónica y parto, este intercambio aumentó y llegó incluso hasta la remota China. En los tiempos sasánidas, el intercambio comercial con China se fortaleció por cambio de misiones políticas. Así, el imperio persa forjó los eslabones entre los mundos oriental y occidental que siguieron sin romperse hasta los comienzos de los tiempos modernos.»<sup>21</sup>



Busto en bronce de un rey sasánida. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p.61.

Persia fue en su momento un enorme receptáculo de todo tipo de utensilios, objetos e

ideas. Fue el vector sobre el cual transitaron saberes provenientes tanto de Egipto como de la India, Asiria o la misma Macedonia, ya que tan solo eran partes constitutivas del imperio, lo que contribuyó a que no se vieran como concepciones o conocimientos extraños los que provenientes de algunos de éstos sitios eran recibidos en algún otro lugar.

A pesar de que Persia en sí no se haya distinguido particularmente por sus intereses científicos y, como ocurre en cualquier sociedad, la gran masa de la población se encontrara marginada de las manifestaciones de la cultura formal o libresca, los sabios, teólogos y filósofos persas, que constituían una casta sacerdotal hermética, estaban encargados de fungir como maestros de la juventud persa, a la que enseñaban a leer y escribir, además de las matemáticas y otras materias útiles para el desempeño de sus actividades. Es claro, por otro lado, que culturas tan fuertes y con una enorme carga histórica, como la de Egipto o la India, necesariamente dejaron marcas indelebles en el desarrollo de la civilización de los otros pueblos igualmente sometidos a los persas.

La historia que ha conocido el ser humano habla de que todo imperio que nace también no importa cuanto tiempo pueda transcurrir llega a su fin. Tal destino se cumplió igualmente en el caso del imperio persa. Pareciera existir un impulso que lo empuja a buscar su propia destrucción y las mismas fuerzas que le dieron vida, se convierten en la causa de su extinción.

El gran imperio persa comenzó a declinar debido a múltiples factores internos y externos. Entre los primeros se deben incluir el relajamiento de las costumbres en todos los órdenes de la vida: se dejó prácticamente la administración pública en manos de extranjeros e, igualmente, el grueso del ejército, contrariamente a

<sup>21</sup> José Luis Martínez, *Panorama cultural. El mundo antiguo. Persia, Islam*, p. 71.





Miniatura de un manuscrito persa en la que aparece un poeta y su alumno. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 487.

lo que había sucedido con los fundadores, cuando era constituido por disciplinados ciudadanos persas, ahora se encontraba compuesto por mercenarios provenientes de multitud de lugares cuya disciplina era contraria a lo que se pudiera llamar un ejército verdadero. Por ello mismo, este ejército no tenía ningún compromiso de fondo con sus contratantes y poco importaba entonces la suerte que éstos pudieran correr. Además, la enorme cantidad de gastos que eran cargados sobre la espalda del pueblo y de los países dominados, fue constante fuente de descontento y cuna de levantamientos y revueltas.

Los factores externos fueron un importante catalizador de los procesos de descomposición interna del imperio persa al presionar sus fronteras y obligarlo a incrementar sus gastos de guerra y, consecuentemente, la exacción del gobierno contra los súbditos. Asimismo, el fortalecimiento en ascenso de sus enemigos que, en contraste con su prolongado debilitamiento, al final comprobarán que el terrible imperio de los persas no era más que un gigante con los pies de barro.

Pero la debilidad de Persia no demerita la hazaña que cubrirá de gloria a su vencedor definitivo de estirpe griega, quien naciera en el año 316 a. de C., siendo hijo del rey de Macedonia Filipo II y recibiendo por nombre el de Alejandro. La leyenda, que ya en vida le acompañará, lo dota de todas las cualidades a que pueda aspirar un héroe, incluyendo la de haber tenido como maestro y educador al mismo Aristóteles.

Muy joven, Alejandro hereda un reino estable cuyo poder va en ascenso contando, además, con un ejército curtido por las duras batallas y perfectamente disciplinado. Esta plataforma le dio el apoyo necesario a Alejandro para llegar a hacer realidad sus deseos. El principal de ellos, gobernar un reino del tamaño del mundo.

Alejandro el macedonio tenía como héroe particular nada menos que a Aquiles, a quien no sólo ansiaba emular sino superar sus hazañas. ¿En la historia humana cada momento encuentra al hombre necesario o es el hombre mismo quien crea según su voluntad ese momento? No lo sabemos, lo cierto es que en el caso de Alejandro la tendencia expansionista de Macedonia se encuentra y concuerda perfectamente con su espíritu ambicioso, indomable y violento. Así, muy pronto el joven rey da comienzo a su periplo por todo el mundo de entonces conocido al que va doblegando y sometiendo a su arbitrio.

Para lograr su propósito Alejandro tenía enfrente un obstáculo verdaderamente enorme y era el poderoso imperio persa. Aún así, su ambición y valor fue mayor y se lanzó a librar su primera batalla contra los persas, después de haber realizado una peregrinación hasta Troya para rendir, como ofrenda a los héroes homéricos que allí lucharon, sus futuras victorias.

en ese momento eran vasallas de Persia, fundan la primera de una larga cadena de ciudades que ostentarán el nombre de Alejandría. El general con su ejército retorna sobre sus pasos y se interna hacia el corazón mismo del imperio. Otra victoria de los macedonios, la de Susa, evidencia la grave y desesperanzada situación de Darío al ver al enemigo prácticamente a las puertas de la capital imperial. En el año 333 a.



Imperio de Alejandro Magno. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 8.

Alejandro derrota por primera vez a las huestes del gran Darío III\* en la batalla del río Gránico, ya en territorio asiático, y arranca el recorrido sin descanso por un circuito bélico que será una muestra fehaciente del genio militar del joven guerrero. Por de pronto esta victoria libera definitivamente a las ciudades griegas del yugo y amenaza del poderío persa. Otra victoria, decisiva, ahora en Iso secunda y afianza la posición de Alejandro, por lo que el joven general puede realizar un recorrido por otras regiones del imperio hasta llegar a Egipto a través de Palestina.

El ejército victorioso de Alejandro continúa su avance por tierras de Darío y toma las ciudades de Tiro y Gaza. Después de una contundente victoria sobre las tropas egipcias, que

de C., son vencidas las tropas del imperio y destruida Persépolis misma.

El gran rey logra huir sólo para encontrar la muerte a manos de su propia guardia. Con la derrota del imperio persa, Alejandro tiene en sus manos todo el enorme poder que en su momento estuvo en las de Darío III; pero el joven general debe afianzar su dominio sobre él y se plantea la posibilidad de engrandecerlo aún más. Así, a pesar de que su ejército comienza a mostrarse cansado, Alejandro decide reemprender la marcha y avanzar hasta la India.

La nueva campaña, o mejor dicho, el reinicio de ésta con el mismo ritmo vertiginoso se encuentra jalonada de victorias. Y una vez que se logra la derrota de los ejércitos hindúes, al pretender Alejandro internarse de lleno en la



Batalla de Darío y Alejandro Magno. Mosaico de Pompeya. Jacques Pirenne. *Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia*, Vol. 1, p189.

India para apoderarse de sus reinos y así alcanzar la desembocadura del Ganges (hasta llegar a donde se encontraba el fin del mundo, la caída del inmenso océano al vacío infinito), su fatigado ejército, por primera vez, se niega a seguir a su amado líder, sólo finaliza el motín cuando se pone en marcha para regresar a Macedonia. Parte del ejército hace el regreso por

Babilonia en el 323, donde el joven general y emperador comienza a maquinar la conquista de toda la península de Arabia y embarcarse en una campaña que lo debía conducir hasta las columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar), allí donde las aguas se abrían hacia otro mar inmenso e ignoto, el océano Atlántico. Mas este nuevo sueño de conquista ya no tuvo ningún fin, ni siquiera un principio pues Alejandro, presa de una extraña enfermedad, muere a los 33 años de su vida.

Aunque la vida de Alejandro de Macedonia, a quien aún en vida se le llamó Magno fue en extremo breve y su imperio como tal desapareció con él, sin embargo, lo que perduró a pesar de las divisiones y guerras entre los usufructuarios de los inmensos territorios que heredaron a su muerte, fue el *helenismo*. Es decir, ese conjunto de ideas, que a pesar de ser preponderantemente griegas, por lo que se re-



Cilindro de Darío. Roman Ghirshman. *Persia, Protoiranios, Medos, Aqueménidas*. p.268.

mar, la otra lo hace atravesando el desierto y muchos veteranos de mil batallas sucumben en su lucha contra el ardiente sol.

Así, Alejandro y sus huestes, tras una breve escala en la ciudad de Susa, llegan a

fiere a su civilización y su cultura, se encuentra profundamente imbuida de las concepciones de los pueblos conquistados. Con ello la cultura griega no solamente se revitalizó, sino que pudo hacerse mucho más extensa e incluyente.



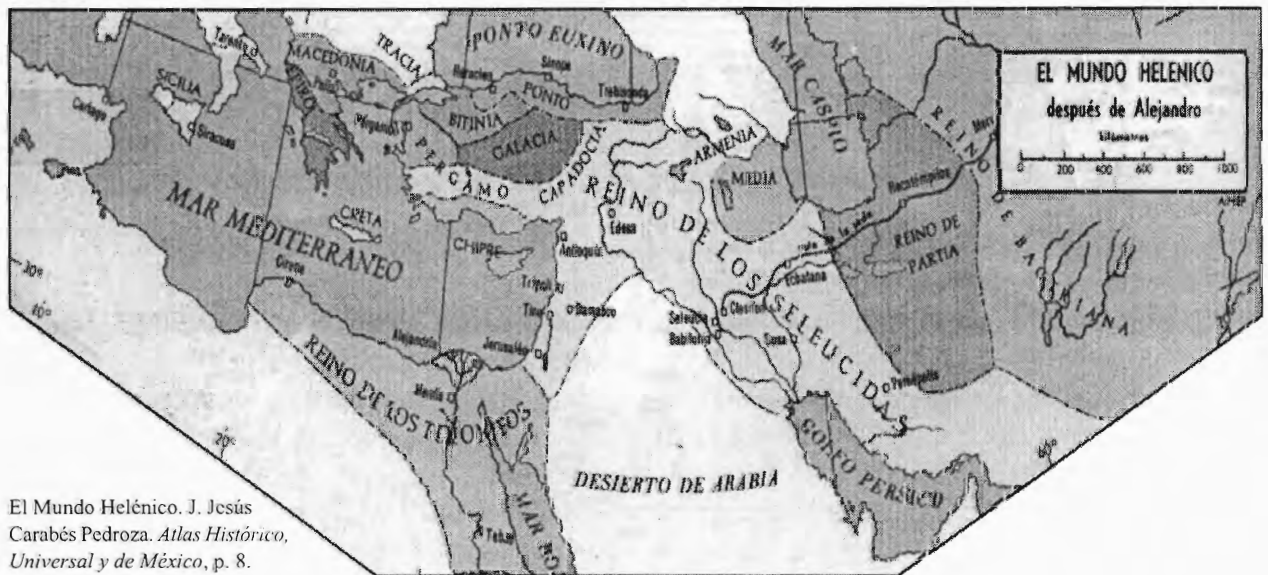
Recordemos que entre las consecuencias de las conquistas de Alejandro se encuentran el que con una verdadera visión de estadista, no eliminaba las estructuras administrativas, ni de poder de los nativos vencidos, incluso, de manera inteligente y respetuosa conjugaba los aspectos religiosos de ambos pueblos, además de promover el casamiento de soldados de su ejército con las mujeres de los vencidos, dejando al mando de los nuevos territorios a uno de sus generales por lo que al fallecer, y no obstante las diferencias entre sus herederos, la civilización griega pudo mantener su continuidad a la vez que enriquecerse con multitud de elementos de los pueblos que la recibían.

Aquí es importante señalar también que antes y después de que Alejandro Magno llevara por todos los rincones del Cercano Oriente la civilización griega, de hecho, ésta no deja de estar en contacto con el mundo oriental, con todas las consecuencias que ello implica con relación a sus mutuas influencias. Recordemos únicamente el misterio de la procedencia de los pueblos indoeuropeos -entre los que se encuentran los griegos- para percatarnos de que, si bien existen características muy propias en cada una de las culturas del entorno mediterráneo, es

inegable que tuvieron, por muy lejano que nos lo podamos imaginar, un origen común.

Esos generales del ejército de Alejandro, conocidos con el nombre de diádocos\*, a quienes éste les había encomendado, en calidad de sátrapas, más que el gobierno, la administración de los territorios conquistados, con el fallecimiento del emperador intentaron ocupar su lugar y mantener la unidad del imperio, como es el caso de Perdicas\*, quien pronto muere asesinado, por lo que cada uno de los diádocos afianza su poder en el territorio que inicialmente poseía como sátrapa.

En el año 306 a. de C., el sátrapa de Frigia y Lidia, Antígono\*, triunfa sobre el de Egipto, Tolomeo, y pone fin en definitiva a lo que hasta ese momento se podría haber denominado imperio macedonio. Y, a su vez, Antígono es derrotado por Seleuco\* y Lisímaco\* sátrapas de Babilonia y Tracia, respectivamente. Toda la cadena de guerras se resuelven en la formación de tres grandes estados: Macedonia, en poder de los descendientes de Antígono, Asia Menor con Anatolia, Palestina y Persia queda en manos de los seleúcidas y Egipto con los Ptolomeos.



El Mundo Helénico. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 8.

Mas el proceso de desmembramiento no termina aquí, pues en la Grecia misma se forman dos ligas (federaciones) la etolia y la aquea que son un ejemplo del generalizado movimiento de independencia individualista de todas las ciudades griegas que socava el poder de Macedonia. Otros pequeños estados como Partia y Bactria\* también contribuyen para hacer más notable la disgregación helenística.

De esta manera Egipto, Mesopotamia, Persia, Macedonia y con la Grecia misma, mantuvieron una unidad cultural a la que le damos el nombre de helenismo y que en ese aspecto fue muy fructífero, e hizo posible el surgimiento de sabios que realizaron una obra básica para el desarrollo posterior del conocimiento: Polibio, en historia; Euclides, Eratóstenes, Arquímedes en matemáticas y física; Aristarco, Hiparco, Seleuco, astronomía; Posidonio, geografía; Herófilo y Erasístrato, en medicina, por ejemplo; la gramática tuvo un enorme avance con Dionisio *el Tracio*. Durante este periodo se produjeron obras como la *Venus de Milo*, la *Victoria de Samotracia* y se fundaron las bibliotecas de Alejandría y de Pérgamo.

El helenismo llega a su fin, por lo que refiere a lo político y militar -mas no en lo cultural-, a manos de los ejércitos de Roma, tras una larga serie de enfrentamientos. Primero cae Macedonia y después poco a poco todas las ciudades griegas hasta que en el año 64 a. de C. la antigua y poderosa Grecia pasó a ser una provincia romana. La misma suerte corre Egipto tras la muerte de Marco Antonio y Cleopatra, en el año 30 a. de C. cuando arriba a Alejandría, Octavio, el futuro César Augusto\*.

La otra poderosa Persia cayó en manos de un enemigo no sólo más poderoso en lo militar, sino con una conciencia de sí mismo y de su destino que lo hacía prácticamente invencible, pues estaba profundamente convencido de que el destino le tenía reservada una importante ta-

rea por cumplir: difundir su cultura por todos los sitios a los que arribaran sus tropas. Pero la vencida, culturalmente hablando, no desaparece: en los tiempos en que orgullosa se erguía como una luminaria entre los demás pueblos, Persia hizo sentir su influencia, y es importante notar que la posición geográfica del imperio persa le permitió fungir como un transmisor, un puente natural entre las culturas del Oriente y, las que al paso de los siglos, fueron emergiendo en la cuenca del mar Mediterráneo. Ello le aseguró una plataforma permanente para transmitir su cultura a otros pueblos que de manera necesaria debían relacionarse o aceptar la tutela del imperio de los persas.

Su frontera con los territorios que actualmente conforman a la India, fue una línea de contacto permanente con una cultura en verdad milenaria, sin olvidar que Persia también mantuvo una frontera con otra cultura por demás antigua, Egipto y que, como imperio, llegó a ser poseedora de vastas tierras en toda el área palestina. Persia fue entonces el receptáculo y propagador hacia Occidente de la cultura oriental. El imperio persa sirvió así como un corredor por el que circularon multitud de cosas, personas e ideas entre dos mundos. Uno, el oriental, creador de diversas culturas con siglos de existencia y otro, el occidental, en plena conformación, abierto hacia un amplio mar que terminará por darle una fisonomía propia y le impulsarla hacia otras aguas, las del Atlántico, más allá de lo que siquiera pudieran haber imaginado los hombres más visionarios de estos tiempos.

A pesar de que Persia cuenta con una historia milenaria, su relación con otros pueblos como los egipcios, los griegos y por último con los árabes ha proyectado su cultura de lleno hacia Occidente y ha permitido que su legado permanezca hasta nuestros días. El arribo del islamismo a Persia fusionó dos culturas y esa



unión impulsó la generación de conocimientos bajo la estructura de un sistema escolar que representa un paso más en la generación de la idea de la universidad.

Después de la caída del imperio de los persas en manos de los griegos, su peso como la que otrora fuera una potencia económica, militar y cultural decayó y no fue sino hasta la entrada de los árabes en la historia que Persia vuelve a tener un papel importante en el entramado de las relaciones entre pueblos.

Para situar en el tiempo el desarrollo cultural persa los estudiosos han establecido que con el nacimiento de Omar Khayam\* en 1044 d. de C., termina la Edad de Oro de la ciencia del otrora imperio. Khayam, más conocido en Occidente como poeta, sin embargo, fue un excelente astrónomo y matemático, aunque en esta última ciencia, a pesar de haber sido en extremo brillante, en realidad no superó lo que otros sabios habían logrado doscientos años atrás, lo que nos habla de una tradición de fisonomía persa construida y continuada durante siglos. Omar continuaría el desarrollo de las matemáticas donde Al-Khwarizmi los había dejado: en la resolución de las ecuaciones cúbicas, a las que aplicó el principio de intersección de las secciones cónicas, además de completar la clasificación de estas ecuaciones y elaborar una solución geométrica para cada tipo.

Parecería que aquí, se presenta el problema de determinar si el desarrollo cultural que se dio en el territorio persa, cuando hace su aparición el islam, continúa siendo persa o se debe considerar ya como una etapa árabe, toda vez que fueron ellos los portadores tanto de la nueva religión como de la nueva visión del mundo concomitante a ésta. Para nuestros fines, estos sucesos deben ser juzgados desde una óptica ajena a toda consideración unilateral, ya que es imposible inclinarse hacia ninguno de los extremos (plenamente persa o plenamente islámi-

co), ya que se trata precisamente de la fusión de dos culturas cuyo resultado es el nacimiento de otra cultura netamente diferenciada de sus antecesoras, aunque —y eso es obvio— conserve muchos de los rasgos que identificaban a ambas.



Miniatura de un manuscrito persa. *Historia de la humanidad*, Vol. III, p. 498.

En este ámbito de fusión de culturas orientales, cuando todavía en Europa no se había fundado ninguna universidad, pues más allá de la disputa de cuál de ellas fue la primera Bolonia o París, en territorio persa o si se prefiere en territorio islámico ya existían instituciones escolarizadas donde era posible generar y transmitir el conocimiento.

Antes de Khayam, otros también habían realizado considerables aportaciones al desarrollo de las matemáticas. Al-Mahani, cerca del 860 d. de C., había estudiado, sin encontrar la solución, los cortes de la esfera en dos segmentos expresados mediante ecuaciones cúbicas, al fin solucionadas por Abu Jafar al-Khazini, cuya traducción sería la de Abu Ja'far el *Tesorero* aunque también admite el *Librero*, alrededor del 960. Conjuntamente con el álgebra, como es natural con los nuevos desarrollos de la nomenclatura matemática, tuvo grandes avances la tri-

gonometría con Abu 'l-Wafa', que además de ser uno de los grandes matemáticos musulmanes también logró renombre como astrónomo. A él se le atribuye la elaboración de diversas tablas, estudió especialmente las tangentes calculando su tabla respectiva, introdujo la secante y la cosecante y conoció perfectamente las seis líneas trigonométricas, además de muchos otros logros matemáticos.

Por lo que se refiere a la astronomía, sabemos que ésta formaba parte de los conocimientos indispensables con los que pudiera contar un hombre medianamente culto en la Persia islámica. Pero otra vertiente más especializada de la astronomía era utilizada, bajo la forma de astrología, dentro de la práctica de la medicina. Haciendo un parangón con la matemática, se podría decir que al igual que ésta era la base de la astronomía, la astrología era la base de la medicina. «Así, Avicena\* había memorizado el Corán, escuchando las clases de Mahmud el Geómetra de quien aprendió matemáticas. Mudándose a la casa de Abu 'l-Hasan Kushyar estudió astronomía. Mientras tanto, trabajaba sobre teología y lógica, y finalmente se convirtió en médico a la edad de dieciseis años.

«En Las noches arábicas encontramos dos buenos ejemplos de la educación científica generalizada entre la población. El barbero de la Noche 160 quien era 'el mejor barbero en Baghdad, un experimentado médico, un profundo químico, infalible astrólogo, gramático fino, orador completo, lógico sutil, matemático versado en geometría, aritmético, astrónomo, y poseía todos los refinamientos en álgebra'. El detallado examen de la esclava Tawaddud, que ocupa no menos de cinco noches, de la 449 a la 454, y nos da un buen resumen del estado general del conocimiento de la medicina y la astrología en la Baghdad medieval.»<sup>22</sup>

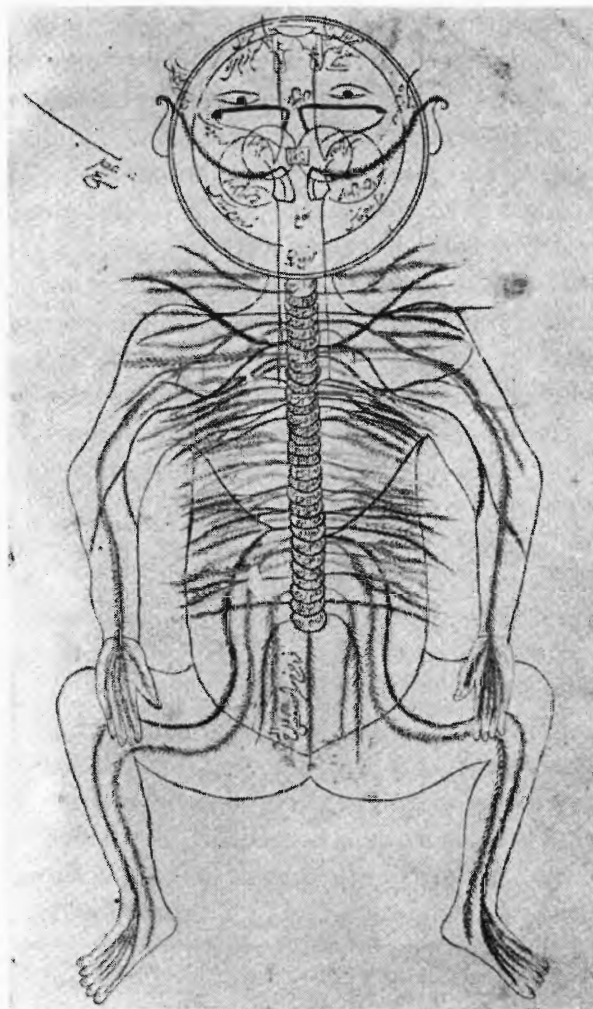


Lámina anatómica del "Canon" de Avicena. *Historia de la Humanidad*, Vol. iv, p. 23.

Mucho antes de que Persia cayera en manos de sus invasores árabes, la práctica de la medicina era un actividad que gozaba de enorme prestigio y consideración, contrariamente a lo que sucedía, por ejemplo entre griegos y romanos, donde el médico no siempre era visto con buenos ojos y hasta podía considerársele como ocupante de un rango inferior. Entre los primeros registros de la cultura persa se encuentra la referencia sobre el lugar privilegiado, cercano al rey como consejero, que podía ocupar

22 A.J. Arberry, *The Legacy of Persia*, p. 302.

un médico diestro. «Los médicos griegos capturados en las guerras contra Atenas y más tarde contra Bizancio fueron recibidos con honor y tratados no como prisioneros sino como un inesperado huésped. Frecuentemente era un médico el elegido como jefe de los consejeros y como mano derecha del rey.»<sup>23</sup>

Ciertamente en Persia los médicos contaban con una profunda consideración, pero no era fácil llegar a ser uno de ellos. Por delante se encontraban largos años de estudio que debían pasar en un hospital, que, tal vez sea la mayor contribución persa al legado de la humanidad. «El primero de los que tenemos un conocimiento detallado es el de Jundi-Shapur, un pueblo cercano a la moderna ciudad de Ahwaz en el sur de Persia. El pueblo es antiguo. El hospital, escuela de medicina, y universidad data de antes de Shapur I (muerto en el 271 d. de C.). La enseñanza aquí fue proporcionada probablemente en sánscrito, con lo que los métodos de los médicos hindúes fueron preponderantes. Con la clausura de la escuela de Edessa en 439, se dio una larga influencia de los médicos griegos, con lo que sin duda los principios de la medicina griega llegaron a ser muy populares. A partir de esta fusión, la escuela desarrolló un método propio, por lo que al-Qifti pudo decir:

Hicieron rápidos progresos en la ciencia, desarrollaron nuevos métodos en el tratamiento de las enfermedades a través de la farmacología, a tal grado que sus métodos terapéuticos fueron considerados superiores a los griegos e hindúes. Asimismo, sus médicos adoptaron los métodos científicos de otros pueblos y los modificaron de acuerdo con sus propios descubrimientos. Elaboraron reglamentos para la práctica de la medicina y siempre consideraron su trabajo como un don.<sup>24</sup>

Es claro entonces que la idea de universidad es un concepto evolutivo presente en todas

las civilizaciones, como lo hemos venido mostrando al hacer un rápido recuento de la historia y cultura de diversos pueblos. La medicina, como las leyes, las matemáticas o la astronomía, son disciplinas que se resisten a ser cultivadas de manera individualista y aislada. Ningún conocimiento puede tener significado alguno a extramuros de la sociedad. Ella los necesita, los genera, los preserva y transmite. Por otro lado, es muy importante considerar que tales instituciones juegan un papel de la mayor relevancia por cuanto, dentro de su actividad en el corazón de un pueblo, contribuyen a generar y reproducir los valores aceptados y vigentes que dotan de estructura y cohesión a una sociedad.

La idea de universidad, su génesis y evolución nos presenta igualmente otro aspecto aparentemente contradictorio, que se refiere al hecho de que, por un lado, la universidad al dar cohesión a un grupo humano como sociedad que se reconoce a sí misma, como un pueblo diferenciado de los demás con un origen, idioma, gobierno, territorio e historia común, lo dota con una conciencia como nación; y, por otro lado, la universidad requiere, acepta y ofrece la participación de individuos pertenecientes a otros pueblos, otras latitudes, culturas y religiones que hagan posible obtener, de manera organizada por un objetivo compartido, nuevos conocimientos y su transmisión a las generaciones siguientes ya sea de manera directa, mediante la relación maestro-alumno, o a través del depósito y custodia de este conocimiento en archivos y bibliotecas. De ahí que la universidad, por su propia dinámica interna sea la promotora y receptora, en todos los tiempos, de todo lo humano ya que nada de ello le es ajeno, en suma es universal.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 310.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 310-311.

De ahí que los estudios y la práctica de la medicina entre los persas de la era islámica, sean un ejemplo importante para mostrar cómo de manera anterior y paralela con Europa, y con similares respuestas a problemas también similares, ya que durante largos siglos han mantenido un permanente contacto todos los pueblos del área mediterránea y los del Oriente, en cada uno de ellos se fueron creando instituciones de enseñanza superior para atender multitud de necesidades de todo tipo. Por lo que no es extraño hallar en esos pueblos tales instituciones. «Benjamín de Tudela, cuando visitó Bagdad en 1160 d. de C., encontró sesenta y unas bien organizadas instituciones. Al mismo tiempo en Shiraz existía un hospital que formaba parte de la universidad en la cual se enseñaba filosofía, astrología, medicina, química, y matemáticas.»<sup>25</sup>

## Roma

*Todos los caminos conducen a Roma* era la divisa de la poderosa ciudad, que desde su fundación, ocurrida según la leyenda por obra de los hermanos rivales, el vencedor Rómulo (de acuerdo con la tradición, hijo del dios Marte y Rea Silvia, descendiente de Eneas) y Remo en el año 753 a. de C., tuvo un marcado carácter expansionista. Inicialmente por la simple necesidad de defenderse y subsistir, para después, por el desarrollo de una vocación imperialista llegar a dominar todo el entorno del mar Mediterráneo, al que llamaron *Mare nostrum*, y gran parte del mundo conocido: la península europea hasta las islas británicas y el Cercano Oriente.

La fundación de la ciudad que llegó a ser llamada Eterna, no se realizó sin vencer enormes obstáculos. Rómulo, como un medio para promover el poblamiento de la ciudad conce-



Ruinas romanas en las laderas del Palatino, donde Rómulo fundó la ciudad. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 23.

dió el derecho de asilo a los refugiados provenientes de los pueblos vecinos, mas no se detuvo allí, sino además les procuraba esposas obteniéndolas mediante el rapto de mujeres de las tribus de los sabinos\*. Ello provocó que estallara la violencia entre éstos y los romanos que estuvieron a punto de ser derrotados, viéndose obligados entonces a pactar con sus enemigos y otorgarles el derecho a la ciudadanía romana, compartiendo incluso el poder político con el rey sabino Tito Tacio.

La asociación de los romanos con los sabinos trajo mayores beneficios a los primeros, pues a pesar de que no se cuenta con certeza en muchos de los acontecimientos principales de la historia de la naciente ciudad, se sabe que se debe al gobernante sabino en turno Numa Pompilio\* la organización de la vida religiosa y civil de Roma, la reestructuración del calendario y la creación de los colegios sacerdotales

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 311.



que tendrán enormes repercusiones para el futuro luminoso de la ciudad de leyenda.



Crátera etrusca con decoración geométrica. *Historia Universal Salvat*, Vol. iv, p. 14.

Para el año -509 los romanos derrotan al último rey de los etruscos, que eran de hecho los antiguos dueños de Italia y, con ello, logran dominar prácticamente todo el territorio, desde donde tendrán una plataforma privilegiada para lanzarse a la conquista de los pueblos de la cuenca mediterránea. Una vez que los romanos lograron eliminar la presión de las tribus etruscas, en ese mismo año proclaman la República; el poder queda en manos de dos cónsules cuya duración en el cargo era de un año, un Senado compuesto por 300 representantes de los ciudadanos aristócratas y dos asambleas en las que los plebeyos, el pueblo mismo participa activamente y que era la expresión romana de la democracia.

El derecho ganado por los plebeyos a participar -de alguna manera- en los asuntos de la ciudad, es una consecuencia de las dos ocasiones en que éstos la abandonan y amenazan a la aristocracia romana con fundar, en el monte Aventino, una ciudad amurallada rival de Roma. No fue solamente esta amenaza que obliga al

Senado a aceptar la participación de la plebe en el gobierno sino, más en el fondo, se encontraba la necesidad que tenía la ciudad de Roma de contar con los grupos de trabajadores que realizaban las más diversas labores y sin los cuales, evidentemente, no podría funcionar la urbe.



Mapa de Italia hacia el año 500 a.C. *Historia Universal Salvat*, Vol. iv, p.18.

De la máxima importancia es la promulgación, en el año -449, de las *Doce Tablas*, instrumento jurídico cuya vigencia se mantendrá alrededor de mil años para regir la vida de los ciudadanos de Roma, elaborado por los magistrados supremos extraordinarios. Este sistema será la base de muchos de los sistemas jurídicos modernos. La creación de su sistema jurídico y la política de inclusión que mantuvo Roma con casi todos los pueblos que habitaban la península itálica, concediéndoles la ciudadanía romana, aunque en muchos casos con una cierta restricción de derechos, le valió hacerse de un amplio territorio y que su sistema jurídico prevaleciera entre todos ellos, con lo que aseguró, por un lado, la existencia de una legis-



lación uniforme y, por otro, que ésta apoyara y sirviera de base para facilitar los intercambios comerciales, lo que acrecentó considerablemente su prosperidad económica.

Una vez que los romanos logran imponerse en el territorio de la península itálica, los pueblos que van conformando sus nuevas fronteras se van convirtiendo a su vez, en cotos inmediatos de conquista. Así, uno de los más formidables enemigos a los que Roma va a enfrentarse, los cartagineses, le obligan a desplegar todo su genio bélico, como lo muestra el que aún sin contar de inicio con una flota, llega a dominar toda el área mediterránea basándose fundamentalmente en su poderío marítimo.

Quiere la leyenda, cuidadosamente cultivada por los romanos mismos que, habiéndose apoderado de una nave de guerra cartaginesa, le bastaron apenas sesenta días para obtener de ella cien réplicas. La invención de un puente portátil para abordar las naves enemigas durante las batallas en alta mar es decisivo para que Roma se levante con la supremacía; todo ello habla de la visión sobre su propio futuro, del propósito por constituirse en una verdadera e indiscutible potencia.

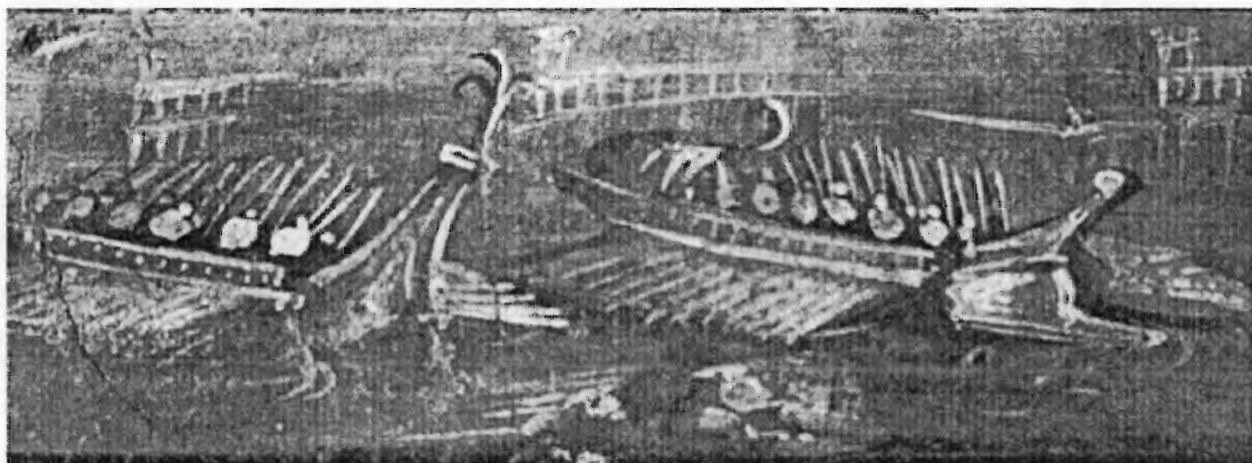
Cartago, la ciudad situada al norte de África frente a la isla de Sicilia, que durante muchos años había surcado libremente las aguas del Mediterráneo, y dueña del comercio de las ciudades africanas del área mediterránea, además de Córcega, Cerdeña y de la península ibérica, es en ese momento el principal obstáculo para Roma en su intento por ampliar sus horizontes. De ahí que una vez dueños los romanos del territorio italiano, deciden no retardar más el obligado enfrentamiento con su nuevo enemigo e inician las hostilidades con la primera de las tres guerras que serán conocidas con el nombre de Guerras Púnicas. El resultado de esta primera es que Roma se levanta con la victoria y el centro de tres importantes enclaves maríti-

mos comerciales: Córcega, Cerdeña y Sicilia.

Los arreglos que dieron fin a la primera guerra entre romanos y cartagineses no dieron satisfacción a ninguno de los dos bandos, quedando así pospuesto un mayor enfrentamiento que fuera en verdad definitivo. Mientras tanto los constantes conflictos entre las ciudades griegas dan oportunidad a Roma de intervenir en la compleja problemática helénica y establecer una punta de lanza en el mar Adriático apuntando a Grecia.

Los ilirios\* dedicados a la piratería fundamentalmente contra las ciudades griegas como Epidamno, Apolonia y Corcira las obligaron a recurrir a Roma en busca de apoyo contra estos depredadores. En respuesta a las protestas romanas, los ilirios mataron a uno de sus embajadores, lo que desató las hostilidades que se resolvieron con prontitud a favor de los quejosos. Ello dio pie para que Roma hiciera su entrada en el ámbito de los griegos, quienes los admitieron de inmediato en los juegos de Corinto y en los importantísimos misterios eleusinos de la propia Atenas. Pero pronto los ilirios, de acuerdo con Filipo v\*, rey de Macedonia, rompieron el pacto de no piratería que habían suscrito con los romanos; sin embargo éstos mantuvieron el *statu quo*, pues de nueva cuenta aparecía Cartago en un escenario conflictivo.

Ante la pérdida de sus importantes bastiones comerciales, Cartago decidió aumentar su presencia y hacerse del control definitivo en la península ibérica. Para poner en práctica ese plan, el general Aníbal\* desembarca en España, pero pronto deja este escenario en manos de su hermano Asdrúbal\*, para él penetrar en Italia y atacar Roma. Tras varios episodios victoriosos las tropas cartaginesas estuvieron prácticamente a las puertas de la capital del imperio romano. Sin embargo, Aníbal decide no atacar Roma y continuar su campaña a lo largo de



Batalla naval entre flotas romana y cartaginesa. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p.53.

la costa adriática y establecer relaciones con Filipo V de Macedonia. Los romanos, con el enemigo en casa, sufren varias derrotas también en España, pero deciden pasar a la contraofensiva y aprovechan la oportunidad que les brinda Asdrúbal, que había logrado burlar la custodia de los romanos en la península ibérica y pasar a Italia, para presentar una batalla campal de la que salen victoriosos eliminando toda posibilidad de que pudieran llegar refuerzos y suministros a las tropas del general Aníbal.

La otra parte del plan de los romanos se lleva a cabo con ayuda de varias ciudades aliadas que desembarcan sus ejércitos en África y obligan a Aníbal a hacer, urgentemente, el viaje de retorno a Cartago, y es derrotado por Escipión\* en una célebre batalla librada en la llanura entre Naraggara y Zama, en el año 202 a. de C. La paz tuvo enormes costos para Cartago que, a partir de entonces ya no será más un enemigo de peligro para Roma.

A pesar de la derrota militar Cartago rehace rápidamente su capacidad económica, lo que provoca el recelo de Roma que busca por todos los medios a su alcance neutralizar a su antigua rival, por lo que en todas las controversias que Cartago sostiene contra una naciente enemiga africana, Numidia, Roma apoya a esta última,

hasta provocar que los cartagineses declaren la guerra a la ciudad africana. Los romanos no dejan pasar la ocasión y desembarcan un numeroso contingente contra Cartago que se rinde sin presentar batalla; pero, ante las imposiciones excesivas de Roma que, entre otras, exige trasladar la ciudad hacia tierra firme, los cartagineses deciden morir antes que acceder a ello. Finalmente Cartago es arrasada por los romanos en el 146 a. de C., con lo que se le pone fin a las tres Guerras Púnicas en las que, con victorias alternas, se decide el futuro de la región: Sicilia y el norte africano pasan, en calidad de provincias a poder de Roma.

La victoria sobre Cartago abre la puerta para que los romanos se enfrenten con ventaja a otros enemigos y se impongan a ellos, por lo que son vencidos sucesivamente macedonios y sirios en la parte oriental del Mediterráneo, aunque a éstos no se les impuso más que mucho tiempo después la calidad de provincia, por lo que fueron considerados fundamentalmente aliados y se respetó su autonomía. Con el paso de los años y la firme convicción romana de que les esperaba un mejor futuro, la misma suerte corren los galos. Antes Hispania ya había caído en manos romanas (-205) que la habían convertido en provincia después de Sicilia y de Córcega-Cerdeña.

En el caso de las ciudades griegas, los romanos no se decidían a intervenir en definitiva al considerar que estaban lo suficientemente debilitadas por las continuas luchas entre ellas, a menos que algunas de dichas ciudades se aliaran fuertemente y representaran un serio peligro para la seguridad y los planes de Roma. Mientras ello no llegara a ocurrir ésta sólo intervenía como árbitro en algunos asuntos en los que era solicitada su participación.

Pronto, sin embargo, debieron participar activamente en cuanto Filipo V de Macedonia -aliado de Aníbal- derrota a las flotas pertenecientes a la liga etolia de Rodas y Pérgamo e, incluso, ataca a Atenas. Atendiendo el llamado de los embajadores de estas ciudades los romanos se enfrentan a los macedonios a quienes derrotaron sin mayor problema; pero decidieron imponerle únicamente algunas sanciones sin desmembrar el reino, ya que ello dejaría a Grecia sin un escudo de protección contra los bárbaros del norte y alentaría el expansionismo de los sirios, que ya habían atacado a Egipto y se habían apoderado de Celesiria y Palestina.



Anverso de un dracma de Cartago, en donde se halla representada la efigie de Anibal. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 55.

El arreglo a que habían llegado Roma con los macedonios no fue del agrado de los miembros de la liga etolia que, por su parte, rompen las hostilidades, esta vez, solicitando el apoyo de Antiocho de Siria para expulsar de territorio griego a los romanos. En esta ocasión al rey de Macedonia se puso del lado de Roma y colaboró en contra de los sirios que debieron repliegarse hasta su país.

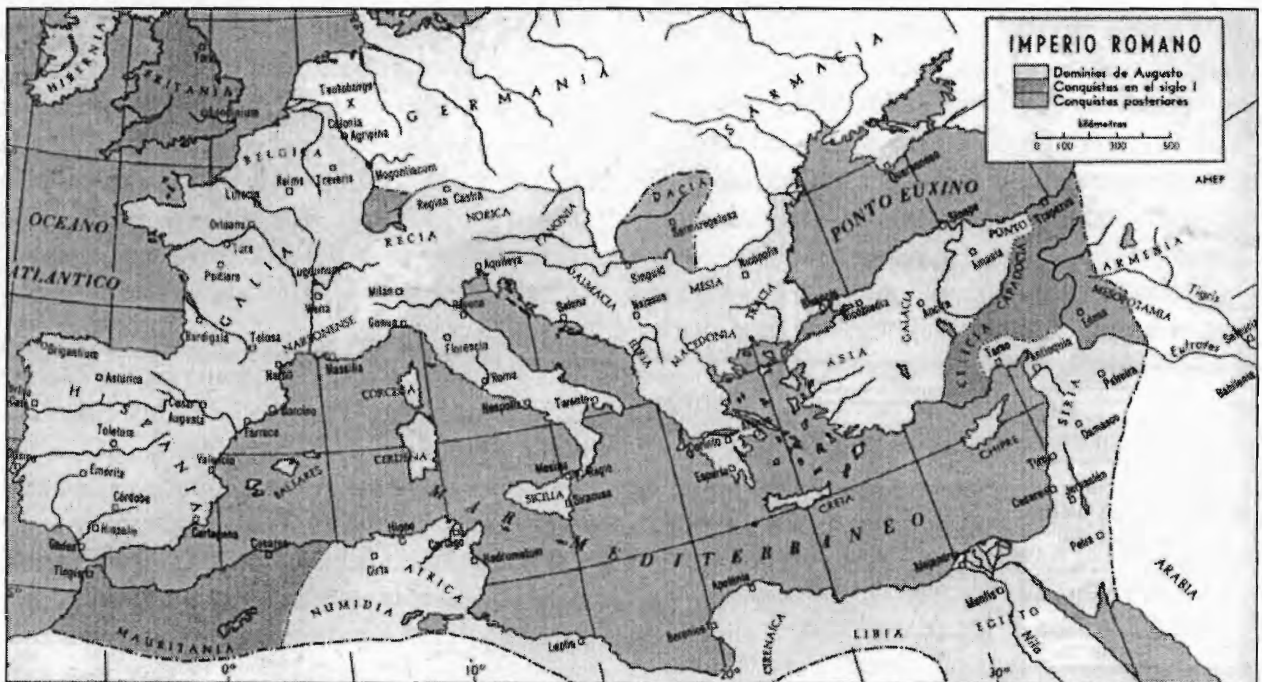
Perseo\* hereda Macedonia en el 179 a. de C., que su padre Filipo había fortalecido económica y políticamente ante, la seguridad de un nuevo enfrentamiento contra los romanos, que le habían negado apoyo a sus intentos de expansión, y de inmediato se da a la tarea de hacerse de aliados entre asiáticos y griegos, preparándose para el enfrentamiento previsto. Este pronto llega y el mismo Perseo es hecho prisionero por los romanos.

Las consecuencias son, además de las sanciones económicas, la división del territorio macedónico en cuatro repúblicas autónomas. Por su parte Iliria, aliada en esta guerra a Macedonia, fue dividida en tres partes y el Epiro fue devastado. El pretendido hijo de Perseo y, por tanto sucesor de éste, Andrisko\*, pretendió exaltar el sentimiento nacional de los macedonios y buscó diversos apoyos, pero siendo derrotado rápidamente, Macedonia por fin, fue declarada provincia del imperio romano en el año 148 a. de C.

Mientras esto ocurría, la liga aquea intentó atacar la ciudad de Esparta que pidió ayuda a los romanos, que vencieron a la liga e incendiaron Corinto, por lo que a excepción de Atenas y Esparta que fueron consideradas aliadas, todas las demás ciudades griegas fueron anexadas a la provincia de Macedonia, con lo que también ellas adquirirían este rango.

Jugando una inteligente combinación de fuerza bélica y diplomacia, los romanos lograron neutralizar a muchos de sus enemigos, fue-





Mapa del Imperio Romano J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 10.

ran éstos manifiestos o encubiertos, como fue el caso de Egipto y Siria, de esta manera fue cómo jugaron un papel muy importante como árbitros entre los conflictos que constantemente enfrentaron a las diversas ciudades en todo el mar Mediterráneo y el Cercano Oriente, y llegaron a constituir un imperio cuyo poder era indiscutible en toda esta área.

El gran imperio que Roma logra consolidar, colocando a los pueblos del área mediterránea bajo su gobierno, hará posible que todos ellos adopten una lengua común tanto en el ámbito administrativo, como en el diplomático y el científico: el latín, que dará origen a muchos de los idiomas que en la actualidad se hablan en todas partes del mundo. Y aunque las acciones de guerra que emprendieron los romanos en diferentes partes del imperio no cesaron, con la paz al interior de la propia ciudad de Roma (*pax romana*), lograda e impuesta por Octavio Augusto por más de cuarenta años, del 27 a. de C. al 14 d. de C., en los que ejerció el poder, fue posible que se consolidaran de ma-

nera definitiva las instituciones romanas que heredarían al mundo.

Tiberio\* es el sucesor de Octavio, emperador que será recordado sin duda por la tiranía y la brutalidad con las que ejerció el poder con el que estaba investido. Le sigue en el trono nada menos que otro personaje famoso por sus atrocidades, Cayo César Germánico, apodado con el diminutivo del calzado castrense *caliga*: *Calígula*, cuyos excesos fueron proverbiales dando pie a que la exitosa conjura que le quitó la vida fuera recibida con beneplácito. Así como un gran alivio sintieron los romanos la sucesión, por Claudio\*, de esos dos gobernantes, ya que aunado a que durante su gobierno los propios ciudadanos de la Ciudad Eterna vivieron años de terror e incertidumbre, el Imperio vio decaer su prestigio. Claudio ejerció el poder de una manera más mesurada e inteligente, distinguiéndose como un excelente administrador. Bajo su mandato se inició la conquista de Britannia en el año 43, que tendrá hondos repercusiones para la historia del mun-

do y estableció las bases para la organización de la burocracia imperial.

Pocos años después de la muerte de Octavio llega el cristianismo a Roma y enraiza profundamente, hasta llegar a ser declarado religión oficial del estado en forma definitiva en el año 382, aceptando la doctrina establecida por el concilio de Nicea, cuando Graciano\* mandó retirar de la Curia el arca y la estatua de la victoria que Augusto ordenó construir en ese lugar y, consecuentemente declarando heréticas y prohibiendo los antiguos cultos paganos.

El imperio romano tuvo momentos de gran fortuna y gloria, más todo su poderío fue insuficiente para detener su fin. La administración de un enorme y heterogéneo territorio, en todo momento representó una problemática de difícil solución. En ocasiones, los hombres encargados de ejercer el mando no estuvieron a la altura de la situación y las exigencias del momento rebasaron sus capacidades, en otras, ningún poder humano tenía la posibilidad de cambiar el curso de las cosas.

Ya para el siglo IV, el imperio resiente cada vez con mayor agudeza graves problemas económicos, los campos cultivados, así como la elaboración de productos decrece sensiblemente. Ante la creciente inseguridad, las ciudades ven disminuir su población, las personas pudientes deciden habitar villas con fortificaciones y resguardadas por guardias privados, y la gran mayoría prefiere vivir sin derechos y sin propiedades, pero resguardados por los poderosos.

La situación del imperio se presenta más grave aún cuando Constantino\*, en un intento por salvaguardar su unidad y su capacidad de respuesta contra sus enemigos, lo dividió -administrativamente- entre sus hijos y sobrinos, pero en vez de dar los resultados que se esperaban de esta medida, fomentó las disputas que se sucedieron sin cuento y estuvo a punto de perderse gran parte del territorio a manos de

los persas. Llegado al trono Constantino, trató de reorganizar el estado y, con él, el imperio por lo que asoció al trono y confió el gobierno y defensa de la parte oriental a Teodosio\*, que sistemáticamente fue alejando a los enemigos.

Aquí es necesario tener presente que ya desde el año 193 es reconocida la presión que, sobre vastas regiones del imperio romano, comienzan a ejercer los bárbaros, las tribus de origen germánico que paulatinamente, casi de manera imperceptible, van asentándose más allá de las fronteras establecidas y que pronto se convertirán en una seria y real amenaza contra Roma. Previendo esa situación y atento también a los posibles embates de los persas, Constantino traslada la capital del imperio romano a la ciudad de Constantinopla -así nombrada en su honor-, con objeto de mantener a salvo el poder político y estar en condiciones de responder con prontitud y, por lo tanto, eficazmente cualquier ataque enemigo. Aunque no se debe perder de vista que ese hecho también responde a motivos religiosos, toda vez, que convertido al cristianismo, el emperador desea propagar por todos los rincones del imperio su nuevo credo.

Al fallecer de manera violenta Constantino y Valentiniano II\*, el sucesor de éstos, Teodosio pudo reunir en sus manos, en el 392, el poder de todo el imperio, siendo la última vez que éste era depositado en un solo hombre. Pero Teodosio no aprendió la lección que lo había conducido a ocupar la silla de los césares y determinó que a su muerte le heredaran sus hijos Honorio\*, la parte occidental del imperio, Roma, y Arcadio\*, Constantinopla, con lo que se daba por concluida la historia milenaria de una ciudad que se convirtió en imperio.

Roma cae en manos del bárbaro visigodo Alarico\* que la saquea en el año 410, con lo que abre definitivamente las puertas a la ocu-





Cabeza de Honorio, emperador de Occidente. *Historia Universal Salvat*, Vol. iv, p. 130.

pación, y establece una especie de regencia al grado de que, años después, el jefe bárbaro Odoacro\* simplemente depone a la antítesis del poder y orgullo romanos, Rómulo Augústulo\* de triste memoria, a quien le toca cerrar uno de los periodos más intensos y brillantes -con sus respectivos matices y obscuridades- de la historia de la humanidad, al ser el último de los emperadores romanos con quien se pone fin al Imperio Romano de Occidente, en el 476 d. de C.

Entreverada con la historia de Roma, como vemos, las más de las veces violenta, se encuentra la historia del cultivo del conocimiento y del desarrollo de las instituciones que, necesariamente, debieron ser las que realizaran esta labor desde tiempos tan antiguos que para nosotros son apenas accesibles de manera indirecta. El romano, como todos los pueblos, tuvo una evolución acompañada y provocada por los logros que, en diversos campos del conocimiento, fueron capaces de conquistar aquellos a quie-

nes, socialmente, se les encargó la tarea de desarrollarlos ante la urgencia de encontrar y aplicar soluciones a acuciantes problemas presentes cotidianamente.

En la literatura histórica generalmente se realizan estudios especializados muy completos sobre los avances científicos y del conocimiento en los más variados campos. De esa manera podemos seguir con cierto detalle las variantes y diferencias de fondo entre una época y otra. Dependiendo del tipo de fuentes, podemos enterarnos de ciertos detalles en la vida diaria de un pueblo y otras minucias. Por lo que se refiere al desarrollo de las ciencias, aunque aún falte mucho por conocer, se tienen noticias de los avances logrados y sus autores, sobre todo a partir de la invención de la escritura con lo que se puede contar con fuentes de primera mano.

Es claro que no es posible estar en contra de la afirmación de que el conocimiento -por lo menos a nivel humano- no tiene existencia al margen del hombre y que el sabio, el científico no puede tener vida como tal fuera de, por lo menos, la comunidad científica. Y esta comunidad científica no podría existir sin algún tipo de institución que, creada expresamente para ese fin, fuera garante y custodia de la continuidad de la tarea de conocer. De otra manera, nos estaríamos enfrentando a la obligación de crear de nueva cuenta cada día todos los conocimientos e inventar, igualmente cada día, una nueva comunidad científica que los encarne. De ahí que al dar noticia de los avances del saber humano, hagamos referencia a la institución que, como telón de fondo y receptáculo hizo posible esos avances.

Existe un acuerdo generalizado en el sentido de que el pueblo romano no fue un gran generador de conocimientos científicos, ya que su genio eminentemente práctico restringía su capacidad de abstracción para dedicarse de lle-

no al cultivo de disciplinas teóricas, aunque tampoco fue por completo ajeno a éstas. Más que creador, el romano tomó como herencia suya el legado de otros tantos pueblos que le antecedieron y lograron construir toda una estructura de conocimientos, para que Roma como metrópoli de un vasto imperio fuera la indiscutible usufructuaria y tomara de ellos lo que más le era conveniente para mantener su primacía política y militar.

Uno de los grandes legados del pueblo romano fue sin duda el derecho, y sabemos que «la historia del derecho romano nos muestra una notable evolución. Vemos no solamente un tosco sistema primitivo llevado a una civilizada madurez, sino el derecho de una pequeña Ciudad-Estado agrícola transformado en el derecho de un Imperio internacional. A este proceso, el derecho romano le dio continuidad: entre las *Doce Tablas* (450 a de C.) y Justiniano (527-67 de la era cristiana) no hay revolución en la tradición del derecho privado. La historia de un sistema puramente nacional durante un millar de años sería bastante interesante, pero no tendría ningún mensaje universal. El Imperio romano, al desarrollarse, creó la idea de un estado supernacional que desde entonces no se ha apartado nunca totalmente del corazón de los hombres.»<sup>26</sup>

Ciertamente es notable que en el transcurso de todo un milenio la ciencia del derecho romano pudiera guardar una unidad e, internamente, tener la capacidad, acorde con las circunstancias históricas y la creciente complejidad de la sociedad romana como centro de un imperio, de transformarse hasta acoger y proporcionar respuestas a las necesidades de la vida de otros pueblos.

Conocemos algo del sistema educativo romano por lo que nos es familiar que un futuro ciudadano a edad temprana, sobre todo si

pertenecía a una familia de la aristocracia, ya fuera del cuidado de las mujeres de su casa, sea conducido a la escuela para aprender lo necesario para atender sus obligaciones públicas. Leer y escribir era lo común, además de los conocimientos indispensables de aritmética, para después continuar sus estudios hasta lograr abrirse paso principalmente como conocedor del derecho para participar activamente y con éxito en las labores del Senado.

Aquí es importante recordar que los romanos habían realizado cambios profundos en todos sentidos, por lo que la sociedad de los primeros tiempos, sencilla, apegada al trabajo rural se fue volviendo muy compleja, y conforme fue ensanchando sus posesiones por medio de las conquistas guerreras, las clases económicamente poderosas se convirtieron en grupos opresores en contra de sus propios conciudadanos que no pudieron enriquecerse de igual manera.

Ante las crecientes necesidades de mantener un enorme ejército y el funcionamiento de un complejo aparato burocrático, los impuestos fueron elevándose hasta constituir una carga de tal magnitud para los contribuyentes, es decir, el pueblo en general, que provocó la generalización, por los más diversos caminos, de la evasión de las obligaciones fiscales y el despoblamiento y caída de la actividad agrícola, base indiscutible de la economía del poderoso imperio romano. Todo este proceso que se fue gestando a lo largo de los siglos, desemboca en la época de Constantino. En el año 332, se publica un edicto mediante el cual se obligaba a todos los ciudadanos del Imperio a permanecer en el lugar y empleo que venía desempeñando por así convenir a los altos intereses del estado. Así, el colono quedaba sujeto a la gleba (más exactamente, al registro catastral de su fin-

26 Cyril Bailey, *Op. Cit.*, p. 238.

ca) y, de esta manera, a su profesión y a su señor.<sup>27</sup>

Inicialmente, el decreto de Constantino fue dirigido a los colonos, campesinos que tenían en arriendo alguna tierra perteneciente al estado en aquellos lugares destinados a convertirse en nuevos centros de población, y que eran de



Soldados de la Guardia pretoriana en un relieve del siglo II. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 173.

primordial importancia económica porque, por un lado, ayudaban a disminuir la presión demográfica contra las grandes ciudades y se distribuía más convenientemente la población, por otro, se promovía la producción agrícola que, como sabemos, fue la base fundamental de la economía romana, además de que los colonos arraigados en su nueva tierra pasaron a ser una importante fuente de captación de impuestos.

Por lo que se refiere al sistema impositivo del Imperio, fue un hecho contundente que solo

el pueblo tenía la obligación de aportar al erario para la manutención de estado, ya que la nobleza y los ricos emergentes gozaban del enorme privilegio de estar exentos de obligaciones fiscales. Debemos agregar que únicamente los senadores del Imperio podían crear las leyes, y que este Senado estaba compuesto por los miembros de la nobleza y de aquellos prominentes miembros del ejército y de la que actualmente llamaríamos gran burguesía que habían logrado tener acceso al Senado.

Ante el panorama de la baja en la recaudación fiscal, se optó por arraigar, bajo penas muy severas, a todos los trabajadores del Imperio tanto en su tierra como en su taller, a fin de que no se detuviera el movimiento económico y, sobre todo de que no pudieran evadir al fisco. Ello condujo a la organización de la fuerza de trabajo en gremios, en organizaciones cuyo fin era el de la realización de un determinado producto.

Cierto que desde hacía mucho tiempo, las organizaciones de trabajadores existieron prácticamente en todas las civilizaciones bajo la conducción del estado, más en el caso de Roma, este tipo de organizaciones tuvieron una importancia de primer orden para la supervivencia del Imperio, ya que además de la carga impositiva directa, «ya en el siglo III, apareció un amplio sistema de prestaciones de toda índole (*munera*), destinadas, sobre todo, a satisfacer las necesidades del ejército y de las grandes ciudades: para obras públicas, para mantenimiento y alojamiento de la tropa y de los funcionarios estatales en viaje, para el cambio de caballos del correo estatal, para el transporte de cereales y el aprovisionamiento de las grandes ciudades. Las corporaciones gremiales, existentes desde hacía mucho tiempo (*collegia*), fueron sometidas ahora al control del estado,

<sup>27</sup> Franz Georg Maier, *Las transformaciones del mundo mediterráneo, siglos III-VIII*, p. 88.

como por ejemplo la de los marinos (*nautae*) o la de los traficantes de cereales (*negotiatores frumentarii*), y así, paulatinamente, se llegó a una red estatal de transporte y aprovisionamiento. La participación de los *collegia* era obligatoria para todos los profesionales del ramo. A veces estaban organizados incluso en cohortes y sometidos a la disciplina militar, como, por ejemplo, gremios tan importantes para el transporte como los arrieros (*muliones*), los caballeros (*hippocomi*), los carreteros (*carpentarii*) o los veterinarios (*mulomedici*). Pero también los navieros (*navicularii*), en cuyas manos se hallaba el negocio del transporte marítimo, estaban sometidos a control, lo mismo que el importante *corpus pistorum*, corporación que comprendía a molineros y a panaderos y estaba encargada del abastecimiento de las grandes ciudades: ‘La secretaría de Vuestra Especialidad preste atención a que ningún miembro del gremio tenga la más mínima posibilidad de separarse de él, incluso en el caso de que todos los demás panaderos asintiesen a su despido’ de este modo exhortaba la cancillería imperial a Símaco, prefecto de Roma.»<sup>28</sup>

Más, la organización en gremios, como forma obligada para ejercer algún trabajo, no era exclusiva de los trabajadores sometidos, sino todas las ramas de la actividad estaban igualmente reguladas, por lo que, incluso, las profesiones tenían formas de acceso y de ejercicio, siendo, entre los romanos como en otros muchos pueblos, rigurosamente hereditarias. Es por ello, que la casi espontánea y natural organización gremial de estudiantes y maestros de las universidades del medioevo europeo no representa ninguna novedad en una tradición milenaria. Los testimonios sobre la organización de los trabajadores en todas las civilizaciones, muestran que su reunión en gremios les permitía protegerse entre ellos con mayor éxi-

to de las calamidades de cualquier tipo, y que éste tipo de organización fue utilizada con bastante frecuencia por el estado en su propio beneficio.

La evolución de la ciencia del derecho desde la creación de las *Doce Tablas* refleja la sociedad y el momento histórico que va atravesando, por lo que se puede advertir su amplia maleabilidad para estar a tono y dar respuesta a las más variadas necesidades de todos los pueblos que llegaron a conformar el Imperio. El derecho romano dejó de ser el entramado jurídico de una sencilla sociedad agraria para convertirse en un cuerpo de doctrina de alcance supranacional. Esta capacidad de adaptación se debió a la creación de leyes no se limitó al Senado de los ciudadanos romanos, sino que los propios pretores, al ser electos por un año para ocupar ese honroso cargo tenían la facultad de dictar su Edicto, es decir, un cuerpo de jurisprudencia sobre el derecho civil al que iba a apegar su actuación durante ese lapso.

Más que un recuento netamente histórico del derecho romano, nos interesa mostrar cómo una disciplina cuya amplitud tanto doctrinaria como temporal y geográfica debió necesariamente ser cultivada de manera orgánica, mediante la instrumentación de sistemas escolares que pudieran solventar las enormes dificultades existentes en un medio económico, político y social en permanente y vertiginoso movimiento. Si bien el derecho romano se fija mediante la promulgación de *Las Doce Tablas* y en épocas posteriores, los *prudens*, que podemos interpretar como aquellos sabios ciudadanos de altas cualidades provenientes de la aristocracia, como una autoridad por todos reconocida, dieron nuevas leyes a su pueblo con lo que van acompañando y adaptando la legislación con los nuevos tiempos, sin embargo los edictos cumplieron el importante papel de pro-

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 78.



porcionar a la sociedad romana la jurisprudencia indispensable que le permitió atender las necesidades cotidianas y le dio un impulso decisivo para convertirlo en un valioso instrumento de relación entre el Imperio y los pueblos conquistados.

Por su propia naturaleza el *Edicto* no podía tener límites muy precisos, ya que en teoría era simplemente un programa de trabajo al que el pretor deseaba ajustar su actuación durante el año en que debía desempeñar el puesto para el que había sido elegido entre sus pares. De hecho los decretos, al provenir de un *prudens* contaba con la marca de ser obra y materia de trabajo de un personaje conocedor de la materia jurídica, proveniente de los más elevados estratos del poder político y económico de la sociedad romana, además tradicionalmente era obligatorio que el pretor fuera asesorado por expertos en materia jurídica. Mediante este tipo de procedimientos se aseguraba la existencia de reglas bien definidas y probadas en la práctica, con lo que se combinaban las ventajas de ser unas normas elaboradas con la corrección del derecho y por otro lado la de recoger la experiencia de la vida cotidiana.

Durante la República romana el cultivo del derecho ya se había convertido en una actividad muy especializada cuyo amplio contenido exigía para su ejercicio, la dedicación prácticamente de tiempo completo, por lo que solamente una minoría privilegiada tenía la efectiva posibilidad de dedicarse tanto a su estudio como a la atención de la multitud de temas que debían ser resueltos, desde los de más alto nivel estatal hasta los de la vida cotidiana de los ciudadanos.

Por lo que la organización de quienes se dedicaban al cultivo de esta ciencia debían hacer también de una manera socialmente organizada y reconocida como lo sería a través de

las corporaciones y en el caso concreto del derecho, mediante el monopolio de su ejercicio por los estratos que detentaban la riqueza y el poder político. «En la Roma republicana, los prudentes fueron justamente unos hombres designados como tales por una tradición social peculiar y para los cuales el ejercicio de su profesión no era un medio de vida, sino parte de una carrera pública. En los primeros tiempos, la jurisprudencia era el dominio de los poseedores de los cargos sacerdotales: *ius civile reconditum in petralibus pontificum*. Pero, a partir del año 300 antes de Cristo, los Colegios sacerdotales estuvieron abiertos a todos, y, además, la práctica de hacer del derecho un misterio, que las *Doce Tablas* no consiguieron abolir, terminó. Cualquier joven romano que deseara llegar a ser *prudens*, podía ahora asistir a las deliberaciones, discusiones y enseñanza de alguno que poseyese la tradición. Pero la sociedad romana era esencialmente aristocrática; el reconocimiento como *prudens* era otorgado por una opinión pública que estaba dominada por una tradición intensamente conservadora y aristocrática, de suerte que la dignidad no estuvo durante la República más abierta al talento que lo que estaba el *cursus honorum*. Los nombres de los grandes prudentes de este periodo ponen de relieve la maconería de la clase gobernante, e incluso muestra el mantenimiento de facto de la antigua conexión entre la ciencia del derecho y el sacerdocio.»<sup>29</sup>

Aunque el ascenso a los estratos altos de la sociedad romana no estuvo nunca por completo cerrado, pues una persona que se desempeñara con talento en los tribunales o distinguido sobremanera en el campo de batalla, bien podía sin importar que su origen por nacimiento lo ubicara en un nivel social bajo, escalar posiciones sociales más elevadas. Ello no significó la completa abolición de ciertas restric-

29 Cyril Bailey, *Op. Cit.*, p. 254.

ciones porque los prudentes, como conjunto aristocrático, se encontraban por completo aparte del resto de los mortales, incluyendo a los abogados. El ejemplo más directo que se tiene es el propio Cicerón, quien con todo que fue un excelente jurista, al no provenir de una familia de nobleza aristocrática, no podía llegar a ser un *prudens*.

De esa manera se fue conformando el cuerpo de la doctrina jurídica romana acorde con sus propias necesidades, que sería uno de los más grandes legados de Roma, no sólo a los pueblos a los que mantuvo bajo su dominio en su calidad de imperio, sino a toda la humanidad, ya que aún en los tiempos actuales la esencia del derecho romano rige los ideales de justicia y sus normas en muchos países, siendo una de sus grandes cualidades la de ser un sistema, acorde con el genio práctico de los romanos, por completo inmerso y comprometido con la sociedad históricamente viva que lo genera. «La clase que creó el Imperio romano produjo los hombres que dirigieron la tradición jurídica nacional y que hicieron de ella una ciencia. Estos hombres no fueron meros especialistas; por su posición familiar y por su carrera estaban demasiado en contacto con la realidad del gobierno para dejarse esclavizar por el tecnicismo, e hicieron progresar el derecho romano *pari passu* con las necesidades del Estado romano.»<sup>30</sup>

Para una persona que quisiera convertirse en un conocedor del derecho ya que en ello le iban sus mayores intereses debido a su posición social, necesariamente debía asistir a la escuela a la vez que a las asambleas del Senado. En la primera podía aprender el cuerpo de doctrina, su estructura, la técnica para abordar la diversidad de casos, los antecedentes de éstos que conforman por sí mismos una jurisprudencia, su interpretación..., en el segundo, po-

día observar cómo todo lo aprendido funcionaba en la práctica y los grandes asuntos del estado eran abordados desde muy diversos ángulos incluyendo, por supuesto, el aspecto jurídico. La otra parte que completaba ese aprendizaje era la práctica cotidiana en la atención a los casos de particulares que se le presentaban y debía resolver.

El romano fue un pueblo eminentemente pragmático, y su mayor distinción no proviene precisamente de su firme interés en profundizar en la vertiente teórica de la ciencia jurídica (ni de todas las ciencias). De ahí que esa parte la haya tomado directamente de sus vecinos los griegos que representaron, para los fines y el futuro de toda la cultura occidental, la influencia más profunda y permanente que recibieron los romanos. Y aunque no fueron exactamente los principales y mejores difusores de la ciencia griega, a través de todo aquello que retuvieron para sí y adaptaron para responder a sus propias necesidades, buena parte de esa ciencia, del arte y de la cultura griegas fueron conservadas y transmitidas a otros pueblos.

En ese sentido, una deuda más que se tiene con el pueblo romano, es la de haber servido como transmisor para la elaboración, con las enormes consecuencias que se van a derivar de ello, del derecho natural, es decir, de la expresión jurídica del concepto de la primigenia unidad y universalidad de los seres humanos. «La filosofía griega introdujo antes del final de la República el concepto afín del *ius naturale*; éste significaba, aparte de otros puntos de vista particulares, el derecho impuesto a la humanidad por la naturaleza humana común; es decir, por la razón, como respuesta a las necesidades e instintos humanos. Las dos ideas fueron identificadas en época tan antigua como la de Cicerón, y por éste mismo, aunque había una diferencia teórica y algunos juristas hacían la distinción.

30 *Ibid.*, p. 255.

Había en todo caso, la diferencia del fundamento. Sin embargo, la virtual identidad muestra la fundamental coincidencia del concepto de la vida en los griegos y en los romanos.»<sup>31</sup>

Esta concepción del *ius naturale* conduce, obligadamente, al reconocimiento de que todo ser humano tiene, por ese solo hecho, una serie de derechos irrenunciables y que es obligación del estado vigilar de que en todo momento sean salvaguardados y respetados. De aquí se desprende una de las simientes de la moderna concepción de los derechos humanos que en todos los países civilizados se encuentran bajo la protección y promoción de sus gobiernos. Sin embargo, en el caso del pueblo romano se debe tomar en cuenta que tales derechos, surgidos de las entrañas de la naturaleza humana, son atributo de la calidad de ciudadano, es decir, para los romanos los sujetos del derecho y de la protección que éste otorga, solamente se puede y se debe aplicar a quienes gozan de la ciudadanía romana. Evidentemente ni los extranjeros, ni mucho menos, los esclavos podían acogerse a este beneficio ya que pertenecían a otra categoría ontológica: no eran ciudadanos de Roma.

Una visión del mundo excluyente como la romana, no fue privativa del Imperio. De hecho, ésta es una de las características de la Cultura Occidental de la que Roma es uno de sus pilares. Para el occidental, comenzando por la razón misma de la existencia del universo, la ciencia y la humanidad, se encuentra dada de acuerdo con su peculiar manera de ver el mundo. Lo que no se ajusta a los patrones de su cultura, no sólo le es extraño sino hasta hostil por lo que debe ser combatido. Ese es el sentido profundo de lo que en una peculiar expresión inglesa, *white people*, persona blanca, se establece una tajante división entre Occidente y el resto del mundo. Los blancos occidentales

son quienes establecen los parámetros de lo aceptable, justo, bueno, verdadero, santo, científico, etcétera. De ahí que el reconocimiento de la idea de que en todos los pueblos antiguos y modernos se generan instituciones universitarias -y que no es un fenómeno privativo del medioevo europeo es fácilmente acogido positivamente.

La ciencia del derecho entre los romanos tuvo un desarrollo tan importante y extenso equiparable sólo al que, en su conjunto, pudo haber tenido durante todas las épocas anteriores la humanidad, cuya proyección hasta nuestros días aún continúa dando frutos. Ciertamente los romanos tomaron de los pueblos a los que habían sometido, fundamentalmente de Grecia, y de aquellos con los que mantuvieron algún contacto una buena cantidad de conocimientos de toda especie, pero la transformación de éstos bajo el espíritu pragmático romano, les dio un impulso hasta entonces desconocido. El conocimiento debió ser buscado no por sí mismo sino por su utilidad para resolver los problemas suscitados por la necesidad diaria del hombre de sobrevivir. Así, el desarrollo de la vida del pueblo romano fue un fructífero laboratorio para dar a luz innumerables logros en muchos de los terrenos del conocimiento y, de manera principal, en la evolución de la ciencia y la práctica del derecho.

Con la enorme presión que ejercieron los hunos, tribus de origen chino, contra las fronteras habitadas desde hacía mucho tiempo por los grupos germanos del norte del Imperio romano, éstos fueron penetrando en los territorios internos, algunas veces de manera violenta, otras mediante acuerdos pactados con Roma, hasta concluir con la toma del corazón del Imperio, la propia capital.

Una consecuencia inmediata es que la parte oriental del Imperio, cuya capital era

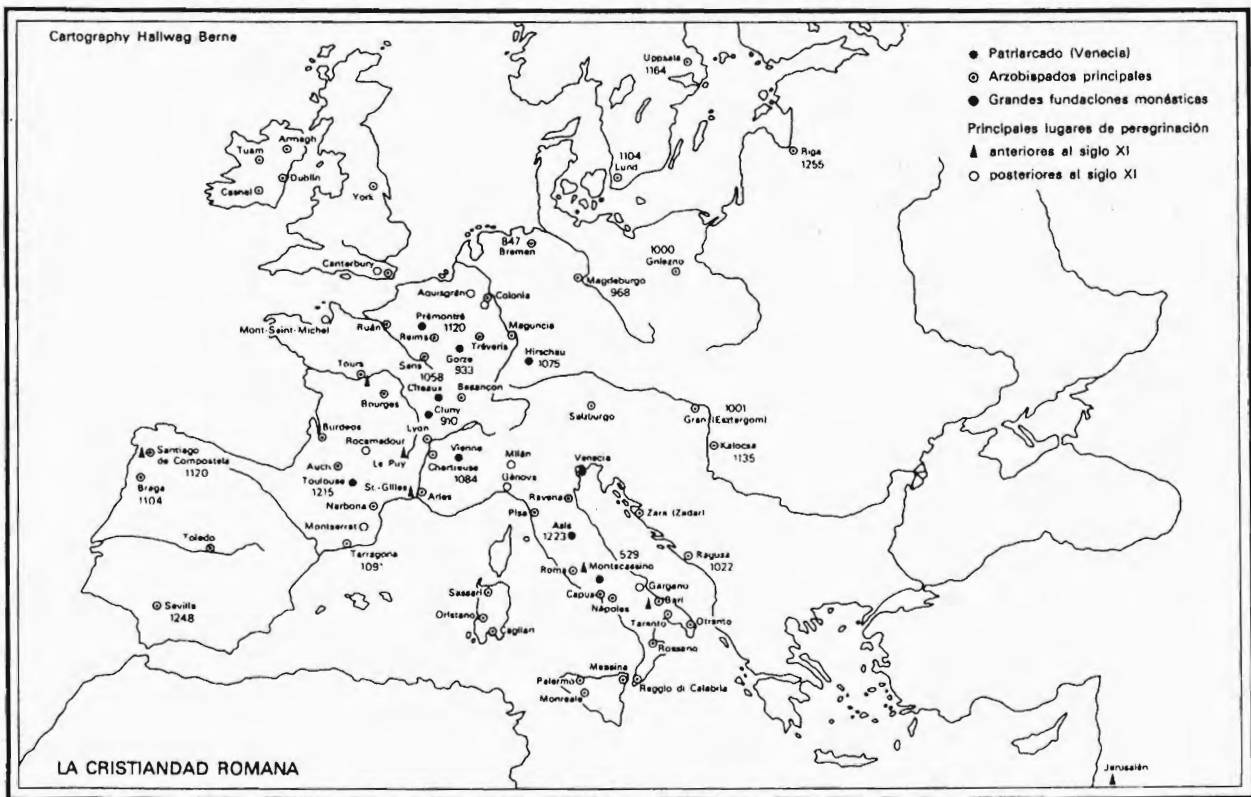
31 Ibid., p. 271.

Constantinopla se convirtiera, a partir de ese momento, en el verdadero centro del gobierno del Imperio romano que, no por haber caído Roma, su capital occidental, en manos de los bárbaros del norte, perdió su calidad de Imperio. Siendo que de manera estricta, el concepto de imperio, como el gobierno bajo la voluntad ilimitada de una única persona, surgió precisamente de esta parte, la oriental, del Imperio romano. Así, aunque bajo otro ropaje, según las nuevas condiciones impuestas por la realidad, el derecho romano tuvo continuidad a la vez que nuevos desarrollos.

A pesar de que con la aparición del cristianismo, Roma se convirtió en uno de los centros de mayor atractivo para propagar la nueva

religión, fue en Constantinopla donde esta religión encontró su principal baluarte para llegar a convertirse nada menos que en la religión de un estado que no había perdido su condición de imperio y cuya vida se extendería casi por un milenio. La manera como el derecho acogió la cambiante realidad fue la creación de una «rama enteramente nueva del derecho público, relacionada con la Iglesia, que resultó luego una de las contribuciones no menos importante del *Corpus Iuris* de la jurisprudencia medieval.»<sup>32</sup>

Tal vez el hecho de que, aún inconscientemente, comparemos a Roma con Grecia nos conduzca a ver, desde la perspectiva del desarrollo del conocimiento, a la capital del Imperio romano de Occidente un tanto disminuida



Mapa de la Cristiandad Romana. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 303.

32 *Ibid.*, p. 263.



en sus alcances y profundidad. Quizá, el genio griego eclipsó a Roma por sus enormes descubrimientos, sus avances y, en fin, por ser la iniciadora del conocimiento basado en la razón. Es por ello que nos debemos esforzar en ver a Roma de acuerdo con sus propias dimensiones, para percibir de manera objetiva sus verdaderos logros y méritos, y reconocer sus deudas y herencias recibidas.

Roma nos legó, además de la ciencia del derecho, otros saberes que si bien no tienen los sutiles alcances teóricos como los de sus maestros griegos, sí cumplen sobradamente el objetivo práctico para el que fueron creados. «Cuando el helenismo empezó a influir en el pensamiento romano, alrededor de la época de la segunda guerra púnica (h. 214 a. de C.), la literatura latina no tenía ningún elemento científico. Durante el periodo comprendido entre los años 200 y 189, antes de Cristo, Roma destruyó el poderío de los sucesores de Alejandro y estableció su protectorado a lo largo del Mediterráneo oriental. La influencia de las ideas griegas aumentó entonces rápidamente. Con el triunfo alcanzado después de la batalla de Pydna (168 antes de Cristo), numerosos griegos, educados y de buenas familias, vinieron a Roma, y la biblioteca del rey macedónico que trajeron con ellos fué (sic) el núcleo que infiltró en la sociedad romana la cultura griega.»<sup>33</sup>

En ese sentido, en cuanto abordamos el cultivo de la medicina entre los romanos, nos percataremos que los alcances que éstos buscaron no eludían los aspectos teóricos, sino más bien, privilegiaron el lado práctico del conocimiento, *hic et nunc*, aquí y ahora era la consideración primordial. De ahí que, por lo que se refiere al desarrollo de la filosofía, tampoco tuviera demasiada variedad y se ciñera a dos grandes corrientes, epicúrea y estoica, que eran a

fin de cuentas una respuesta ética ante el grave problema humano de vivir en el mundo.

De las noticias que se tienen de la enseñanza y aprendizaje de la medicina nos sugiere que ésta se realizó, por lo menos durante el periodo de la República bajo un sistema privado, lo que indica que se encontraba regido por las normas de los gremios, seguramente con la supervisión y estímulo del estado. El conocimiento científico como lo concebimos actualmente, lo sabemos, es una noción bastante reciente, por lo que una neta diferenciación entre éstos no tenía ningún sentido entre los pueblos antiguos. La relación gremial entre alumnos y maestro para la enseñanza de la medicina queda avalada por el juramento a que se obligaba al alumno y que contenía una serie de obligaciones en beneficio de todos los practicantes de la medicina: «Reconozco que el que me ha enseñado este arte me es tan caro como aquellos que me han dado la vida. Miraré a sus hijos como hermanos míos, y les enseñaré este arte, si lo quieren aprender, sin honorarios y sin condiciones. Por medio de normas, explicaciones y cualquier otro modo de enseñanza, comunicaré este arte a mis hijos y a los de mi maestro, y a los discípulos que se prestan a ello, mediante estipulaciones y juramento, conforme a las leyes de la medicina, pero no a ninguna otra.»<sup>34</sup>

A pesar de que la medicina entre los romanos obviamente tuvo un desarrollo autónomo, al entrar en contacto con la cultura griega se vio fuertemente influenciada, por lo que muchos de los logros que en esta ciencia alcanzaron los médicos romanos se relacionan con las enseñanzas que trajeron a la península los maestros griegos. Se tiene noticia de que uno de los primeros maestros griegos que arribó a suelo romano fue el epicúreo Asclepiades\* de Bitinia, cerca del 40 a. de C. quien era comple-

33 *Ibid.*, p. 356.

34 *Ibid.*, p. 375.

tamente contrario a la norma hipocrática de confiar en la *vis medicatrix naturae*, el poder curativo de la Naturaleza, ya que para él era necesario el establecimiento de medidas activas para establecer el proceso curativo. Asclepiades fundó en Roma una escuela que permaneció activa durante muchos años.

El funcionamiento de esta escuela, que de ninguna manera fue la única establecida en la Ciudad Eterna, en una primera etapa establecía que el maestro diera a sus alumnos una preparación basada en el aprendizaje directo, al hacerse acompañar por ellos a las visitas que hacía a sus pacientes donde les explicaba los secretos del arte de curar. Posteriormente, al aumentar el número de alumnos, la enseñanza debió proporcionarse mediante la formación de sociedades o colegios, al interior de los cuales se analizaban y debatían temas de las diversas ramas de la medicina. Entre los reinados de Augusto y Tiberio estas sociedades de médicos y aprendices construyeron, con sus propios medios un edificio que destinaron expresamente a albergar a la llamada *Schola medicorum*.

La *Schola medicorum* contaba con un presidente y un secretario o escriba sobre quienes recaía la responsabilidad del funcionamiento de la institución. Aquí, los maestros recibían su paga directamente de sus alumnos, más esta práctica al paso del tiempo cambió para que los profesores recibieran su sueldo a expensas del tesoro público. Y no sólo eso sino que varios emperadores se hicieron cargo de la construcción de algunas salas destinadas a la enseñanza de la medicina. Con lo que Roma pronto adquirió un bien merecido reconocimiento por la calidad de sus médicos y se convirtió en un centro de enseñanza de esta ciencia.

El impulso que el estado romano dio a la medicina no se limitó a apoyar las escuelas de esta disciplina en la ciudad de Roma, sino que

muy pronto se fundaron varias escuelas en diversas ciudades de la península itálica. La proliferación de tales establecimientos derivados, naturalmente, de las escuelas romanas llegaron incluso hasta otras ciudades del imperio como Marsella, Burdeos, Arlés, Nymes, Lyon y Zaragoza.

También en el ejercicio de actividades como la medicina se distingue el espíritu práctico del pueblo romano en tanto que, paralelamente a su estudio, organizó de manera preponderante en Roma un impresionante sistema de sanidad pública. Si una de sus máximas era la de mente sana en cuerpo sano, el pueblo y el gobierno romanos la cumplieron cabalmente pues la capital del imperio era objeto de muchos cuidados para que todo funcionara correctamente, por lo que se cuidaba con esmero por ejemplo la orientación, ventilación y desagüe de los edificios. «La labor de saneamiento fue un rasgo distintivo de la vida romana. Roma tenía ya cloacas o alcantarillas subterráneas en la época de los Tarquinos (VI antes de Cristo). Conductos semejantes se han encontrado en las excavaciones de Creta, de la época de Minos; pero es evidente que la idea llegó a Roma procedente de fuentes etruscas. Es quizá exacta la fuente que atribuye la construcción de la Cloaca máxima, principal desagüe de Roma al periodo de la Monarquía.»<sup>35</sup>

El apoyo proporcionado por el estado al ejercicio de la medicina, deja ver por qué Roma se convirtió rápidamente en un obligado centro de aprendizaje para quien deseara convertirse en médico. Desde temprano al iniciarse el Imperio, se fundó un servicio médico público a cargo del estado. Este servicio no fue privativo de Roma, sino que se nombraron médicos públicos o *archiatri* para atender a la población de otras ciudades del Imperio, al igual que existieron durante mucho tiempo entre los griegos.

35 *Ibid.*, p. 385.

Donde se aprecia en sus debidas dimensiones la enorme labor en pro de la ciencia de la medicina desarrollada por los romanos, es a través de la excelente red de sanidad militar establecida, obviamente, para prestar auxilio a sus tropas en cualquier rincón del Imperio. Los médicos de la tropa estaban exentos de la prestación de una serie de obligaciones castrenses como montar guardia, combatir o trabajar en alguna otra actividad diferente del ejercicio de la medicina. Ningún cuerpo del ejército se consideraba completo si faltaba el médico. Estaba perfectamente establecido que por un número determinado de soldados y oficiales debía contarse con un médico en sus filas. En el caso de las cohortes urbanas o pretorianas, el médico obligatoriamente debía ser romano, pero en el caso del resto de la tropa, esa responsabilidad podía recaer sobre extranjeros o hasta en esclavos libertos.

Con lo que hasta aquí hemos apuntado bastaría para aquilatar el importante papel que desempeñó Roma con relación a la medicina. Sin embargo, la verdadera gran aportación del pueblo romano a esta ciencia, es con mucho la creación de un sólido y vasto sistema de hospitales. Si hablamos del genio práctico de los romanos, la implantación de un sistema hospitalario sentó las bases para la creación y consolidación de un amplio sistema de escuelas para la enseñanza de la medicina. Con la adición de que, para Roma, este sistema se encontraba más relacionado con la atención a sus tropas de todo su enorme imperio que con la enseñanza; pero, la sola inercia de un aparato como el hospitalario, rebasó ampliamente el objetivo inicial para el que fue creado.

Muy pronto, en la época de la República en una isla del río Tíber, se fundó un templo dedicado a Esculapio, dios de la medicina, un establecimiento destinado a atender a los enfermos que no tenían medios para procurarse

los cuidados necesarios y para los esclavos. Como una medida humanitaria, el emperador Claudio ordenó que los esclavos que allí se encontraban fueran liberados y que, en caso de que se restablecieran, no podrían ser obligados a regresar a la esclavitud. Éste que podría considerarse una especie primitiva de hospital abierto al público (pobre), es un ejemplo de una serie de sitios destinados a la atención de los enfermos, si bien no atendidos directamente por el estado, al menos sí estimulados por una legislación que vigilaba su funcionamiento y organización, aunque una lectura de Galeno\* (130-201 a. de C.) parecería indicar que muchos de estos hospitales contaron con la subvención del gobierno.

El genio organizador del pueblo romano, que todo lo que hizo lo hizo en grande, cubrió de hospitales todo el Imperio. Inicialmente al soldado enfermo o herido se le enviaba a su casa para su restablecimiento. Con la expansión de sus posesiones esta costumbre resultó si no imposible de llevarse a cabo por lo menos impráctica, por lo que se fueron fundando hospitales en todas las guarniciones militares romanas de importancia que, obviamente, fueron muchas, y la construcción de tales establecimientos siguió un patrón similar en todas partes con lo que se evidencia que los romanos no sólo pensaban en la solución de un problema sino que sus resultados fueran administrativamente viables y poco onerosos.

Debemos insistir en que los hospitales romanos además de cumplir con el objetivo al que estaban destinados, también fungieron como centros de enseñanza-aprendizaje, pues si hemos mencionado repetidamente la orientación pragmática de la vida del pueblo romano, es imposible desvirtuar que fue allí, en los hospitales, donde se formaron multitud de practicantes de la medicina, fue allí -como sucede en todo el mundo actualmente todavía- donde se reco-

ge una rica experiencia sin la cual ninguna persona podría ejercer con mediano éxito su profesión médica y donde se ponen realmente a prueba las hipótesis de ésta. Así, no es extraño que Bolonia, la conspicua institución universitaria medieval, haya surgido en suelo italiano dedicada fundamentalmente al estudio de la medicina, pues recoge de ese ámbito una rica tradición que, como vemos, llevaba cientos de años de desarrollo.

Otro aspecto que merece ser destacado y que hace de la civilización romana una de las organizaciones sociales cuya impronta en la historia del mundo haya sido en verdad profunda, es el arte de la administración. Quizá después del gran imperio persa, Roma sea la sociedad antigua de mayor rigor y racionalidad administrativa, entendiéndolo por ello su capacidad para descubrir sus objetivos como nación y alcanzarlos con la participación conjunta de todo el cuerpo social. Arte que conlleva, una clara visión de lo que se quiere lograr en todos los ámbitos de la vida y trazar un plan realizable en cada uno de ellos que confluyan en la consecución ordenada del objetivo último y común.

Ninguna otra civilización llevó tan a fondo su consciente vocación de imperio como la romana, y muchos de sus logros en el arte de la administración no tenían algún antecedente cercano. El arte de la administración entonces debió partir, en el caso de Roma, casi de cero, aunque bien sabemos que nada en la naturaleza ni en la cultura surge por generación espontánea. «No fue, pues, de los filósofos griegos ni de los legisladores de Atenas de donde aprendieron los romanos lecciones sobre el arte de la administración. Pero aprendieron mucho -quizá demasiado- de los gobiernos burocráticos establecidos en el Oriente próximo por los su-

cesores de Alejandro, y, en particular, de la monarquía egipcia de los Ptolomeos.»<sup>36</sup>

La organización administrativa del estado abarcaba lo mismo las actividades del Senado que la dotación de agua y de otros servicios a la ciudad de Roma y, con el ensanchamiento del Imperio, por lo menos a las ciudades más importantes que lo conformaban, también abarcaba la organización del ejército, las actividades destinadas a fijar el calendario ritual y la construcción de puentes y caminos, es decir, la organización del estado romano debía tener ingerencia en todos los actos de la vida del individuo como los del propio gobierno.

Un estado en pleno proceso de expansión debía contar con una organización capaz de soportar con eficiencia las enormes presiones que necesariamente se derivaban de la urgencia de abastecer tanto a la ciudadanía, pero de manera principal a toda su maquinaria de guerra, de los satisfactores indispensables para poder cumplir con su función, además de hacer lo propio con los pueblos conquistados. La tarea administrativa entonces aparece en toda su enormidad, tomando en cuenta, por otro lado, que territorialmente en el Imperio las distancias, de cualquier punto hacia la metrópoli se hacen inmensas. «Los nuevos problemas que se acumulaban sobre los romanos, de una complejidad siempre creciente, se debían a factores externos: la gran pugna con Cartago y la continua expansión territorial. Su solución requería disciplina y métodos fijos en el manejo de las relaciones exteriores, un sistema administrativo desarrollado y perfeccionado y una progresiva asimilación de nuevos elementos en el cuerpo de la ciudadanía. Éstos eran todos, asuntos de alta política...»<sup>37</sup>

El estado romano, por otra parte, también debía cumplir orgánicamente las tareas deriva-

36 *Ibid.*, p. 119.

37 *Ibid.*, p. 128.

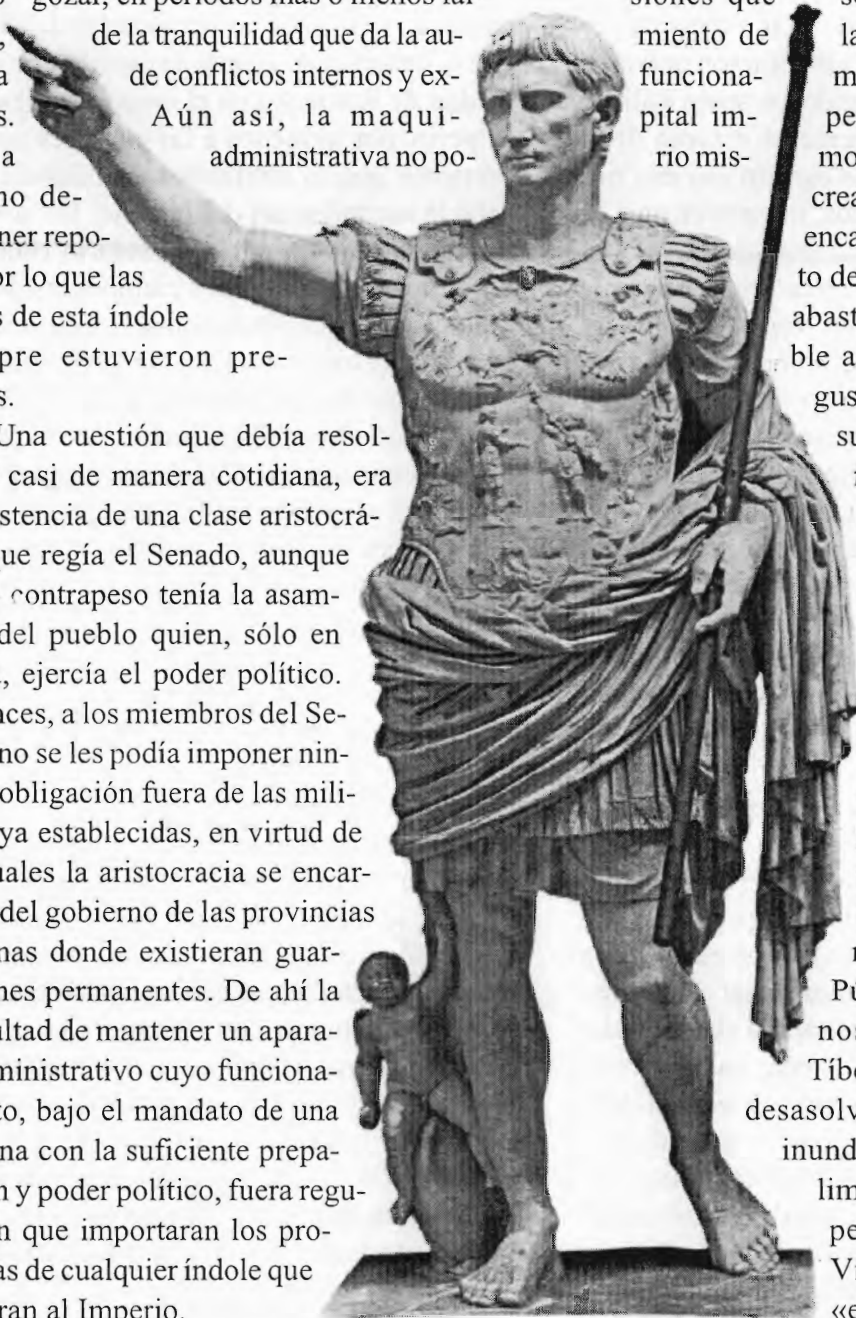


das de la paz. A excepción de la llamada *pax romana*, el Imperio sólo en contadas ocasiones pudo gozar, en periodos más o menos largos, de la tranquilidad que da la ausencia de conflictos internos y externos. Aún así, la maquinaria administrativa no podía, no debía tener reposo, por lo que las tareas de esta índole siempre estuvieron presentes.

Una cuestión que debía resolverse casi de manera cotidiana, era la existencia de una clase aristocrática que regía el Senado, aunque como contrapeso tenía la asamblea del pueblo quien, sólo en teoría, ejercía el poder político. Entonces, a los miembros del Senado no se les podía imponer ninguna obligación fuera de las militares ya establecidas, en virtud de las cuales la aristocracia se encargaría del gobierno de las provincias romanas donde existieran guarniciones permanentes. De ahí la dificultad de mantener un aparato administrativo cuyo funcionamiento, bajo el mandato de una persona con la suficiente preparación y poder político, fuera regular sin que importaran los problemas de cualquier índole que azotaran al Imperio.

En la época de Augusto, él mismo se percató de esta enorme dificultad e, inteligentemente, aprovechó otros medios para establecer una

administración cuya actividad fuera aceptable y continua. Así, Augusto creó diversas comisiones que se encargarían del cumplimiento de las tareas necesarias para el funcionamiento adecuado de la capital imperial, y con ello, del Imperio. De esta manera fueron creadas las comisiones que se encargarían del mantenimiento de la importantísima red de abastecimiento de agua potable a Roma. Se dice que Augusto realizó esta obra bajo sus propias expensas y de igual manera hizo su ministro Agripa\*, donando a su vez un ejército de 250 esclavos, con los que se pudo dar mantenimiento a los acueductos bajo la dirección de una Junta de Aguas aprobada por la Asamblea del pueblo siguiendo las normas establecidas por el Senado. También se crearon la Junta de Trabajos Públicos, la Junta de Caminos, un conservador del Tíber (que se encargaría del desasolve del río para prevenir inundaciones así como de su limpieza), además de la Inspección del suministro de Víveres (*cura annonae*) que «era una función demasiado importante para que el emperador se desentendiese de ella, y así vemos que, hacia el final de su reinado, fué (s) colocada en manos de un ins-



Estatua del emperador Augusto. *Historia Universal Salvat*, Vol. iv, p.117.

se de ella, y así vemos que, hacia el final de su reinado, fué (s) colocada en manos de un ins-

pector designado por él, ante quien respondía de su gestión. Los oficiales senatoriales solo tenían a su cargo la vigilancia de la distribución. Llegado el momento Augusto se encontró con la posibilidad de crear cargos más directamente dependientes de su autoridad que podían ser desempeñados por un senador sin desdoro de su dignidad, tales como el de Tesorero de la Caja de Pensiones Militares y, sobre todo, el gran puesto del prefecto de la ciudad; este puesto era responsable del orden de la capital, y tenía a sus órdenes tres regimientos.»<sup>38</sup>



Estrabón, geógrafo griego que vivió en Roma en tiempos de Augusto. *Historia Universal Salvat*, Vol. iv, p. 128.

Sin duda el de Augusto fue un gran paso que dio claridad a la tarea administrativa de algo tan grande como un Imperio. Por lo que para dar continuidad a este primer paso, organizó y utilizó los servicios de los Caballeros (*equites*), los más destacados para gobernar los distritos fronterizos y, de manera especial, como agen-

tes financieros con los que conformó la estructura básica de la administración pública. A pesar de que, para encargar el cumplimiento de alguna tarea, el emperador tenía manos libres para nombrar a algún romano nacido libre, aunque procedió con cautela, no dudó en emplear para ello a esclavos manumitidos. La obra de Augusto fue en extremo importante que no pasó mucho tiempo sin que tuviera el merecido reconocimiento: «En los primeros años de su reinado, Estrabón\*, expresando, sin duda, la opinión del mundo griego, escribió: ‘Es difícil administrar un Imperio tan grande, salvo si se entrega al cuidado de un hombre, como al de un padre; nunca, en efecto, han tenido los romanos y sus aliados la suerte de gozar de tal abundancia de paz y de prosperidades como la que Augusto derramó sobre ellos desde el día en que asumió el poder supremo, y que continuó otorgándoles su hijo y sucesor, Tiberio, al tomarle por norma de su administración y de sus ordenanzas.’<sup>39</sup> Con estos dos emperadores, de hecho, se inició la creación y el fuerte control sobre una burocracia por completo centralizada que será uno de los distintivos bajo el reinado del emperador Claudio.

Si en un principio los romanos nacidos libres veían con repugnancia encargarse de los asuntos administrativos del Imperio, con el paso del tiempo esa actitud ante una actividad por demás indispensable, fue cambiando hasta desaparecer casi por completo, aunque no faltaron los personajes extranjeros que ocuparon altos puestos dentro de la administración imperial: Julio Segundo, nacido en la Galia ocupa el puesto de ministro; asimismo, bajo Domiciano, un bibliotecario de origen griego se hace cargo de la Secretaría, y con Trajano los Ministerios de Hacienda y Peticiones estuvieron bajo el mando de dos caballeros. En fin, «fueron también

38 *Ibid.*, p. 149.

39 *Ibid.*, p. 155.

los flavios\* quienes dieron a los griegos de las provincias orientales una participación en los honores tanto como en la dura tarea del gobierno: ocultos tras nombres romanos encontramos a Celso de Éfeso (cuya Biblioteca Memorial ha sido hallada en una excavación reciente) y a Quadrato, de Pérgamo, según parece, avanzando hacia los primeros puestos del Imperio, aunque (todavía) encargados del gobierno de provincias latinas.»<sup>40</sup>

Con un aparato impresionante de funcionarios y empleados, el estado romano, además de vigilar su cumplimiento, tenía la posibilidad de dictar las medidas por las que serían reguladas todas las actividades de los ciudadanos. Por ejemplo, de un pueblo minero en Portugal, llamado Aljustrel, procede una tablilla en la que se encuentran gravadas una serie de disposiciones para regular la vida de este poblado. De su lectura se desprende la idea de que muchas de las actividades que desempeñaban sus pobladores se realizaban bajo un contrato suscrito con el gobierno, y que obligatoriamente debían ser desempeñadas de acuerdo con las normas establecidas. El encargado de los baños, el zapatero, el barbero, y todos debían cumplir sus tareas conforme a lo pactado. «No hay sino un rasgo benemérito en esta comunidad regulada paternalmente: los maestros de escuela no pagaban impuestos.»<sup>41</sup>

Un punto que debe destacarse es sin duda el alto grado de perfección que logró alcanzar el pueblo romano en el arte de la construcción. Presas, acueductos, puentes, caminos, palacios y principalmente edificios públicos son prueba irrefutable del genio constructor romano. A Roma se debe, en este terreno, una serie de técnicas y uso de materiales por completo novedosos, considerando toda la historia del hombre en todas las épocas, que la acercan

más a lo que modernamente se consideraría la técnica de la construcción que a las sociedades antiguas de las que, incluso, se podría decir que fuera contemporánea.

Si bien es cierto que los romanos no lograron descubrir, a pesar de contar prácticamente con todos los elementos, que el uso de un refuerzo de hierro en el interior del mortero, como en la actualidad se hace con el concreto armado mediante el uso de varillas, podría llevarlos a la realización de construcciones con claros mucho más amplios; aunque, no por ello dejaron de dotar a sus obras de un halo de monumentalidad y majestuosidad no siempre logrado en otras latitudes. Mucho se ha comentado, por ejemplo, que el uso del arco entre los persas deja a los romanos, en este sentido, en el papel de simples continuadores de su obra; pero, hasta donde se ha podido recabar alguna evidencia, se muestra que los persas nunca lograron construir un arco de medio punto como era común encontrar entre las construcciones romanas.

En el Imperio persa, el uso del arco todavía no alcanzaba a utilizarse para cubrir grandes extensiones; su arco, más bien consistía en la construcción de dos paredes inclinadas progresivamente una contra la otra hasta encontrarse en un punto determinado, con lo cual en vez de formar un arco en forma de medio círculo como el romano, aquel terminaba siempre formando un ángulo, por lo que su utilización no podía ser muy variada ni se podía llegar a grandes alturas. Una consecuencia de esta manera de construir es la de que tampoco entre los persas se pudieron construir techumbres abovedadas ni enormes cúpulas tal como fue común y le dio un aire de esplendor a la que, con toda justicia, fuera llamada Ciudad Eterna.

40 *Ibid.*, p. 165.

41 *Ibid.*, p. 168.

El Imperio romano a pesar de su extensión, o precisamente por ser un imperio de enormes dimensiones, organizó cada uno de los componentes sociales en un todo unitario y completo. A pesar de las enormes distancias existentes entre la metrópoli y los territorios sojuzgados, extendió su poder por todos sus rincones y creó un sentido de pertenencia, una -si es dable su empleo- mística de saberse ciudadano de un imperio único en la historia humana. A pesar también, de las enormes diferencias, de los graves desencuentros, de los sangrientos ajustes de cuentas entre los más encumbrados grupos y personajes enemigos, establecieron una línea continua, una acción común para fincar y afianzar el poderío romano. Así, se racionalizó la acción del estado para convertirla en una herramienta útil, en un instrumento eficaz sobre el cual, de manera integral, establecer el desarrollo de las actividades de todo el cuerpo social y dotar de sentido a sus relaciones con otros pueblos.

El legado romano fue todo un conglomerado coherente de conocimientos, técnicas, costumbres, creencias, formas de vida a lo que únicamente podríamos nombrar como su propia civilización. Es claro que aislamos y singularizamos cada disciplina debido a que es necesario estudiarla, obtener conclusiones y exponerla en forma adecuada. Más, bien sabemos que cada una de las partes solo adquiere su pleno sentido en relación con el todo del cual forma parte, aún así, algunas de estas partes, de manera destacada, han logrado trascender el marco de la civilización romana para integrarse plenamente a la cultura universal, como son el arte de la construcción, el derecho, la medicina y la administración pública.

Roma, como hemos visto, dejó un legado cuya magnitud e importancia debemos aquilatar con justeza, para así percatarnos cabalmente de que el mundo actual ha logrado configu-

rarse en gran medida gracias a la enorme influencia positiva que, a lo largo de los años desde ese entonces, ha acompañado los actos del ser hombre occidental. Además del impulso que dio a cada una de las disciplinas lo que les permitió un desarrollo más amplio, Roma, o el pueblo romano, también nos hizo herederos de algo quizá, en ese momento, menos brillante o evidente, por ser la estructura interna que dota a la actividad práctica y cognoscitiva de la solidez necesaria para aspirar, precisamente, a ese desarrollo. Nos referimos, claro, a la estructura requerida para hacer posible la transmisión del conocimiento, su conservación y su crecimiento.

Pareciera evidente que si el pueblo romano no hubiera contado con algún sistema estructurado de enseñanza, sencillamente no hubiera alcanzado los éxitos por los que se le tiene en un sitio muy especial en la historia de la humanidad; más, es importante no dejar pasar desapercibido este aspecto ya que podemos olvidar, o lo que es peor, podemos negar que, en el ámbito de la generación de conocimientos, o se cuenta con una estructura sistematizada de enseñanza o, simplemente, se está condenado al fracaso, a iniciar una y otra vez el proceso social de conocer el mundo circundante, aunque esto ya es por completo irreal porque, hasta donde tenemos noticia, no ha existido un pueblo con tan alto grado de amnesia o tal vez no lo llegamos a conocer porque le fue imposible sobrevivir.

En los tiempos que corren, nadie se opondría a que disciplinas como la ingeniería, el derecho, la medicina o la administración fueran materia de estudio en cualquier universidad moderna, por modesta que ésta fuera. De igual manera en Roma -y en todos los pueblos antiguos- se contó con una estructura socializada básica de enseñanza, para lograr desarrollar los cuadros de personal experto, sobre cu-



yos hombros pudiera recargarse el enorme peso de la vida de un pueblo y la vertiginosa y sostenida expansión de un Imperio.

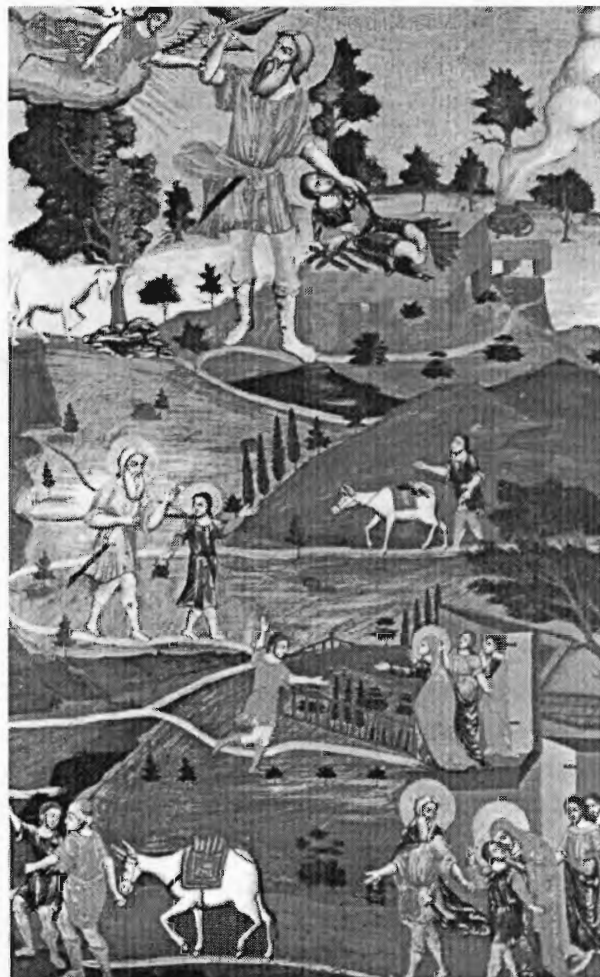
No es creíble que, el desarrollo de un Imperio fuera sostenido por un ejército, por numeroso y hábil que fuera, de gremios de simples operarios. Toda sociedad requiere de cuerpos de expertos, de gentes especializadas en varias disciplinas para dar satisfacción, desde las necesidades cotidianas, hasta aquellas que se refieren al logro de los más elevados objetivos que un pueblo quisiera para sí.

## Israel

Es innegable que por muy lejano que en el tiempo coloquemos el origen de cualquier pueblo, aún así no alcanzará la cuenta de los años para precisar en qué momento surgió. Nos debemos conformar, entonces, con consignar su aparición a través de los documentos y otros testimonios con los que podemos contar, y considerar que a nuestro registro le faltará, siempre, la mayor parte de la historia de esos pueblos que, irremisiblemente, se perderá en la noche de los tiempos.

Tal es el caso del pueblo hebreo, israelita o judío. El registro de sus huellas solamente nos es dado con relación al señalamiento que de él hacen otras naciones, para después poder conocerlo más de cerca a través de su libro sagrado, la Biblia, en el que cuenta su historia como él mismo quiere que sea conocida.

Históricamente sabemos que los hebreos, nombre con el que son conocidas las tribus de origen semita provenientes de la baja Mesopotamia, nunca conforman un imperio a la manera como lo hicieron los persas o los romanos, por ejemplo. Aparecen como una de las tantas oleadas que entre los siglos del xv al xiii a. de C., logran asentarse en territorio palestino en la costa mediterránea oriental ya habitado por los cananeos, quienes habían fundado va-



El sacrificio de Isaac. Óleo sobre tela, del siglo xvii. *Historia Universal Salvat*, Vol. II, p.107.

rias ciudades fortificadas que les sirvieron para poder convivir durante mucho tiempo con los recién llegados, que rápidamente pasan del pastoreo nómada a practicar la agricultura sedentaria.

Pero este es el momento en el que, ya dueños de la tierra cuya posesión les prometiera Dios, dejan atrás su largo peregrinar de cuarenta años por el desierto, donde Moisés les diera el *Decálogo*, los diez mandamientos sobre los que se basa la ley judía, después de haber permanecido durante mucho tiempo como esclavos en tierras egipcias. Los hebreos ya habían adoptado para sí la designación de israelitas



Mapa del éxodo de los hebreos. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 5.

desde que Jacob\*, nieto de Abraham\*, tomara el sobrenombre de *Israel*, que significa *el que ha combatido con Dios*.

Una vez sometida la población autóctona de las tierras de Canaán, los hebreos se organizan en una especie de confederación constituida por las doce tribus las cuales, a su vez, se subdividían en clanes. No conocían un gobierno central y si era necesario, como en el caso de las guerras, las tribus israelitas se agrupaban y combatían juntas bajo el mandato de un líder al que se le dio el nombre de juez. Samuel\* fue el último de los jueces hebreos y quien nombró a su hijo Saúl como rey, el primero de todas las tribus israelitas. A este rey le sucedieron David\* en cuyo tiempo fue escogida la ciudad de Jerusalén como la capital del reino y Salomón\*, al que se debe la edificación del templo. Con Salomón, el rey cuya sabiduría fue su cualidad distintiva, se alcanza el cenit de Israel, para declinar rápidamente. Con la muerte de éste se divide el país, diez de las tribus conforman el reino de Israel y establecen su capital

en Samaria. Las dos tribus restantes Judá\* y Benjamín\*, por su lado, crean el reino de Judá (de donde proviene la denominación de judío para hacer referencia a los israelitas), con capital en Jerusalén.



Mapa de las doce tribus. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p.5.

Pero con la división interna, las tribus hebreas son presa fácil de sus enemigos circundantes. Los asirios arrasan por completo al reino de Israel durante el siglo VIII a. de C. Dos siglos después, los babilonios invaden el reino de Judá, destruyen el templo de David y esclavizan a los sobrevivientes. Los judíos no recobran su libertad sino hasta que Babilonia es conquistada por Ciro el Grande en el 539 a. de C., y permite que los hebreos regresen a las tierras de Canaán, aunque no por ello recobran su independencia pues se convierten en súbditos del imperio persa.

A pesar de sus luchas por recobrar su independencia, ésta no la alcanzan sino hasta el siglo II a. de C., y de manera por demás breve, pues pronto llegan los romanos, inicialmente, para arbitrar en una disputa por la sucesión en el trono, para después ocupar militarmente el país con las tropas de Pompeyo\* en el año -63. Herodes\* fue el último rey israelita, ya que el poder realmente fue ejercido por procuradores nombrados directamente por Roma. Con el intento de sacudirse el dominio romano, se dieron constantes levantamientos hebreos, lo que fue aprovechado por la ocupación romana para arrasarse Jerusalén y deportar a los judíos, dispersarlos por todo el mundo, hecho que se conoce como la *Diáspora*.

El de los hebreos es, históricamente, el único caso de un pueblo que sin ser una potencia y sin haberse convertido en un imperio económico ni militar, ha dejado una profunda huella en la vida de la humanidad. Ello se debe a la energía y fortaleza de su cultura. La aportación cultural de los hebreos al resto de los pueblos del orbe incluye el que se haya convertido en un medio privilegiado en el que surge la religión cristiana, que se propagará por todo el mundo, con lo que el pueblo judío se encuentra, a partir de entonces, presente en todos los momentos de la historia y en todos los países. El libro sagrado del cristianismo, que conocemos como La Biblia, de hecho es la visión del mundo con base en el judaísmo cuyo predominio es milenar y base de la cultura occidental.

Aquí interesa señalar fundamentalmente, mas que el aspecto doctrinario de la religión cristiana, su enorme difusión gracias a que, una vez terminada la feroz persecución a que fueron sometidos sus adeptos, donde muchos de sus seguidores encontraron la muerte de manera por demás dolorosa, fue aceptada y elevada

al rango de religión de estado nada menos que por la potencia imperial dominante del momento, Roma. «De entre las luchas por el mando que surgieron inmediatamente después de la abdicación de Dioclesiano\* se alzó como triunfador el hijo del César Constancio\* Cloro, Constantino el Grande. La familia de Constancio se mostraba amiga de los cristianos y cuando Dioclesiano armó la última e implacable persecución anticristiana, muchos fugitivos hallaron refugio en la zona de gobierno de Constancio (las actuales Francia e Inglaterra). Por eso los cristianos apoyaron la entronización de Constantino el Grande, que derrotó a su enconado adversario Majencio\* en la batalla junto al puente Milvio en las cercanías de Roma (312). En esta lucha, Constantino empleó por primera vez, en lugar de las águilas romanas, el lábaro, un estandarte con la insignia de Cristo y la inscripción *En tuto nika* (con este signo vencerás).»<sup>42</sup>

En el año 392 d. de C., el emperador Teodosio, además de prohibir los demás cultos, confirma el edicto de Milán que fuera promulgado por Constantino setenta y nueve años antes, mediante el cual se autorizaba el ejercicio del cristianismo en todos los territorios pertenecientes al imperio, con lo cual terminaban las persecuciones contra sus seguidores.

Entonces la difusión del cristianismo abarca toda la cuenca del mar Mediterráneo, desde su cuna en Palestina hasta más allá de las columnas de Hércules, hasta la provincia romana de Britannia, la isla situada en las aguas del Atlántico norte y, consecuentemente, hasta la isla de Irlanda.

Se tienen noticias de que Irlanda se encontraba habitada desde varios milenios antes de nuestra era; pero sólo ingresa a la historia de la península europea cuando alrededor del año 300 a. de C. es poblada por grupos de origen

42 Ernest Gorlich, *Op. Cit.*, p. 173.



celta, que se habían establecido prácticamente en toda la Europa occidental. En Irlanda los celtas se organizaron en más de un centenar de pequeños reinos que mantenían constantes luchas unos contra otros, aunque un rey supremo ejercía, con ciertas limitaciones, el gobierno de toda la isla.

De acuerdo con la versión tradicionalmente sostenida, era común que grupos de piratas irlandeses realizaran sus correrías por las costas del norte de Inglaterra, aprovechando que en el transcurso del siglo IV d. de C., el poder del Imperio Romano de Occidente se encontraba en franca decadencia y, en una ocasión, uno de estos grupos capturó a un monje cristiano, el futuro san Patricio, quien se dedicó activamente a evangelizar a los habitantes de la isla y llegó a ser considerado el santo patrono de esa nación. El cristianismo arraigó tan profundamente en Irlanda que, con el paso de los años, se convirtió en un importante baluarte para la defensa de esa confesión, y para la difusión de la cultura occidental aún a costa de enormes sacrificios.

Muy pronto Irlanda cae en manos de los noruegos, quienes le dieron a la isla el nombre de Eire, aunque su estancia en ella es relativamente corta, pues hacen su aparición los ingleses que a pesar de la valiente resistencia de los irlandeses, el poderío del invasor terminó por imponerse y, con él, también su religión.

## **Bizancio**

El Imperio romano una vez que se hubo extendido más allá del mar Mediterráneo, hasta el Cercano Oriente, fundó lo que sería con el tiempo una enorme ciudad, Bizancio, donde existía un enclave estratégico en el estrecho paso que comunica el mar Negro con las aguas mediterráneas.

Esta ciudad, erigida sobre el antiquísimo enclave de la colonia griega de Bizancio, cuya

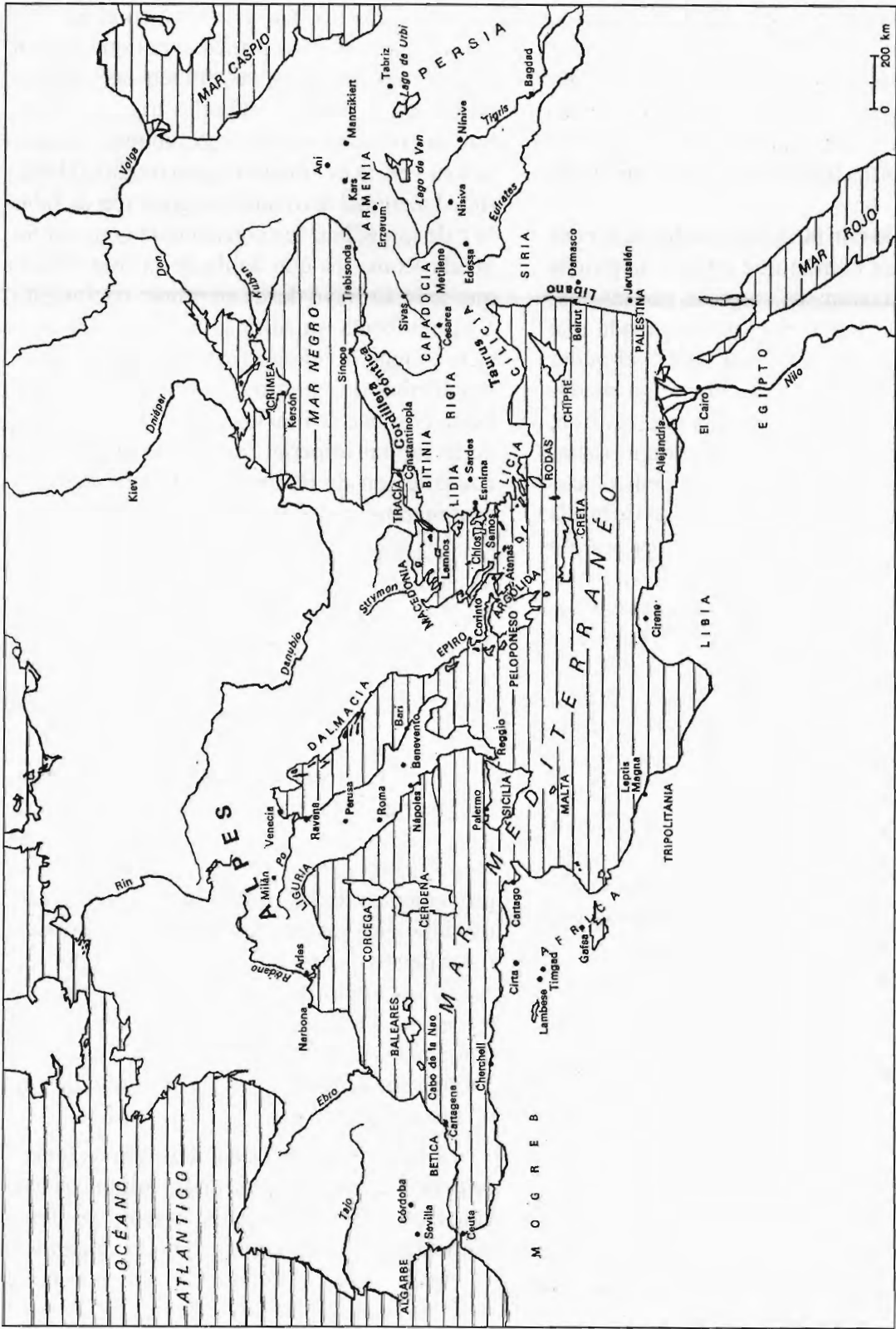
fecha de fundación se establece en el año 330 d. de C., será el foco principal del que fluirán, en todos los sentidos, las influencias sociales, religiosas, políticas, culturales que conformaron las civilizaciones del entorno mediterráneo y, a su vez, la del mundo como totalidad histórica. La ciudad tuvo una inauguración de fábula y de inmediato fue considerada como la Segunda Roma, lo que habla de la importancia que se le atribuyó desde su propio nacimiento. Y como Roma, su edificación se realiza sobre siete colinas, dividida en catorce administraciones además de su Foro y su propio Senado, es decir, casi se calcularon los planos de edificación de la capital imperial. Se cuenta que, para la construcción de Bizancio trabajaron cerca de cuarenta mil godos traídos de Europa Central.

La que con toda justicia adquiere el rango de capital oriental del Imperio romano pronto se puebla con gentes de todo tipo, los ricos atraídos por el fasto de la nueva ciudad, enclavada a las puertas -ella misma perteneciente a ese ambiente cultural- del Oriente de leyenda, los pobres por la distribución gratuita de cereal.

En todas sus fronteras y en todos los tiempos el Imperio romano resintió la presión de diversos pueblos durante largos siglos: al norte los germanos (a su vez empujados por los hunos provenientes de las profundidades del territorio chino), los kásaros, los búlgaros, por el oriente los persas que no se resignaban a quedar fuera del escenario de la historia, y muy pronto por el sur -desde donde en tiempo atrás se encontrarán sus rivales de Cartago- y el suroriente las fuerzas de los grupos árabes imbuidas del misticismo del islam.

Mientras tanto al final del siglo IV, todo el Imperio romano, desde las islas británicas hasta los territorios del Cercano Oriente quedaron unificados, por última vez, bajo el reinado de Teodosio I, fue el tiempo en que llegó a contar con una extensión de cerca de tres millones de





Mapa del mundo bizantino. Jacques Heers. *Historia de la Edad Media*, p. 320.

kilómetros cuadrados y con una población de cerca de setenta millones de personas, que en buen número habían alcanzado el privilegio de ser consideradas bajo la ciudadanía romana, aunque se debe tomar en cuenta que la distribución demográfica era muy irregular. Mientras las grandes ciudades concentraban la mayoría de la población, las tierras rurales, dedicadas fundamentalmente al cultivo retenían cada vez menos a sus habitantes y, por otro lado, existían grandes extensiones deshabitadas, ni siquiera frecuentadas por el hombre.

Bizancio aparece entonces como una de las máximas obras de la civilización romana y como un baluarte que prevendrá la penetración de los pueblos orientales hacia la región del Mediterráneo, con lo que asegurará que se continúe denominando *mare nostrum*. Aunque aquí debemos plantear una pregunta: ¿qué tan romana es Bizancio? Al pronto parecerá un cuestionamiento algo fuera de lugar si la decisión de fundarla se presentó como una medida administrativa para hacer más expedita y eficaz la tarea de atender, en sus múltiples y complejos aspectos, a un enorme imperio. Pero en la misma respuesta encontramos uno de los justificantes de la cuestión planteada. Precisamente por ser un enorme imperio, el romano, no fue nunca un reino único y uniforme. Como sabemos se conformó, y así permaneció por los siglos, de una multitud de reinos conquistados, territorios diversos, grupos humanos heterogéneos, todos unidos por una poderosa metrópoli que impuso su lengua, su civilización, su cultura; pero que nunca pudo -ni se lo propuso- eliminar las culturas vernáculas de los pueblos sometidos a su dominio.

Tal vez la afirmación contraria nos acerque más a la verdad histórica: esa composición heterogénea del Imperio romano le dio su particular carácter, pues es ampliamente conocido que una vez sometido algún pueblo, se le im-

ponían las obligaciones de contribuir tanto en el aspecto económico, a través del pago de impuestos e indemnizaciones de guerra, como en el aspecto militar suministrando cuando fueran requeridos, los hombres necesarios para engrosar las filas del ejército imperial.



Soldado bizantino. Mosaico del siglo XIV, *Historia Universal Planetaria*. Vol. v, p. 354.

De esa manera, no obstante de que debían de pasar por un proceso de culturización para, por así decirlo, romanizarse, los pueblos bajo el mando del Imperio, conservaban prácticamente los elementos fundamentales de su cultura y no resultó raro, en ningún momento, que fueran los mismos conquistadores quienes adoptaran para hacerlos suyos algunos elementos culturales de su nuevos vasallos, como es el caso de las diversas religiones cuyos dioses pasaron a formar parte, del ya amplio en sí mismo, panteón romano.

Por lo que se refiere a Bizancio, aquella antiquísima colonia griega situada de manera por demás estratégica en el estrecho canal que comunica al mar Mediterráneo con el mar Negro, nunca perdió su carácter, geográfico y cultural, netamente oriental.

Ello tiene importancia por cuanto en el contexto del ámbito mediterráneo, en un espacio finalmente interno, cerrado, la occidental, si bien llegó a ser la cultura hegemónica -aún en nuestros días- vemos que no fue la única. No podemos decir que el norte africano, donde debemos incluir al Egipto legendario sea culturalmente occidental. Tampoco los territorios palestinos, ni mucho menos los pueblos del Cercano Oriente por más que, precisamente, sean tan cercanos, los podemos designar como occidentales. A la Grecia misma, cuyo territorio en su frontera norte permanentemente colindó con la amenaza de los bárbaros de las más diversas denominaciones y, hacia el Mediterráneo, siempre vio en los territorios orientales su cuna, obviamente no la podríamos llamar plenamente occidental.

De occidente queda tan sólo un puñado de pueblos que en el momento que venimos narrando se encontraban bajo el poder del Imperio bizantino, porque Bizancio no fue Roma, porque la cultura oriental no es la misma que la occidental aunque se le quiera anteponer el calificativo de *sui generis*. La concepción de Imperio proviene de oriente, la concepción del emperador como un ser divino sobre la tierra proviene de oriente, la rivalidad y predominio de la lengua griega sobre la latina, ciertamente se genera y se consolida en oriente y, aquí mismo también, se generan y consolidan buena parte de la ciencia del derecho y la administración. El boato, el buen gusto, los sibaritas, en fin, las enormes sutilezas del pensamiento bizantino -a veces exagerado-, todo ello atraía a los latinos por ser el mejor representante en ese

momento de un grado superior de civilización y de cultura.

Si bien la ciudad de Bizancio cobró altura por representar la mejor opción para mantener bajo control un imperio de gran magnitud, mediante la utilización simultánea y combinada de dos polos, Roma y la futura Constantinopla, con un enorme poderío militar, de influencia diplomática, cultural y política, lo cierto que ésta última logró construir un camino propio, y en gran medida independiente debido a que sus gobernantes supieron ejercer el mando, detener las invasiones y administrar, a pesar de la enorme y compleja diversidad del imperio que conformó el mundo en que vivimos.

La historia de Bizancio más conocida da comienzo, como ya hemos comentado, con su transformación como una de las dos capitales del Imperio romano, la que se encargaría del control administrativo de la parte oriental, obra del emperador Constantino, de ahí que esta ciudad cambiara su nombre por el de Constantinopla en el año 330 d. de C.

Constantino había logrado llegar al trono desplazando y derrotando a sus enemigos, mediante un intrincado juego de fuerza y astucia en sus relaciones públicas. Dioclesiano, su antecesor, mostró un agudo sentido de realidad al percatarse, y actuar en consecuencia, de que un vastísimo imperio, que había sido restaurado con la expulsión -luego se comprenderá que no por demasiado tiempo- de los bárbaros habitantes de la frontera norte, después de largos años y enormes esfuerzos sociales, económicos y militares, de ahí que haya establecido un gobierno diárquico (de dos personas), como en su momento ya lo habían hecho Marco Aurelio y Valeriano, para después convertir esta diarquía en tetrarquía, en el 293 d. de C., es decir un gobierno dividido entre cuatro personas, con lo que pretendía evitar luchas inútiles y crisis de sucesión cuan-

do se tenían tareas más importantes que pelear por el poder. Dioclesiano se dio a sí mismo la posición predominante en el concierto de la tetrarquía con objeto de que ésta tuviera significado y cumpliera funciones meramente administrativas.

Mas, a pesar de la buena intención con la que fue creada la tetrarquía, con la abdicación voluntaria del emperador Dioclesiano y, consecuentemente, la de Maximiano\*, miembro de este gobierno de cuatro cuyo apoyo único provenía del emperador, de inmediato surgió la disputa por la sucesión en el poder entre Majencio, hijo de Maximiano, quien de esta manera pretendía regresar al mando, y Constantino, hijo éste de Constancio, que había sido aclamado emperador por sus tropas en Britania. De hecho, Flavio Severo, el sucesor designado no tuvo ninguna oportunidad de ejercer el mando ni de intentar realizar algún pacto, ya que fue eliminado rápidamente por Majencio, quedando éste solo frente a Constantino.

En estos momentos entra por primera vez de manera abierta el factor cristiano, ya que Constantino de manera inteligente se percató de su creciente y firme influencia en la sociedad romana y se presentó como su más interesado defensor. Después de aliarse con Licinio a quien se había nombrado augusto para salvar la crisis de sucesión, Constantino libró una sangrienta batalla contra las huestes de su enemigo Majencio, a quien dio muerte, cerca del Puente Milvio. Según quienes inventaron la leyenda, antes de la crucial batalla, Constantino mandó representar el monograma cristiano en los escudos de sus soldados con lo que se aseguraba el auxilio del Dios de los cristianos y de éstos que empuñaban las armas.

La alianza establecida entre Constantino y Licinio no sobrevivió por mucho tiempo, pues éste más bien pronto tuvo que enfrentar las acu-

saciones que le hizo Constantino por restablecer la política de persecución contra los cristianos. Después de sufrir varias derrotas a manos de las tropas de Constantino, Licinio se vio forzado a aceptar el ostracismo en Tesalónica donde encontró la muerte a manos de unos emisarios de su antiguo aliado.

Constantino, por su parte, puso fin a la tetrarquía y restauró la unidad del poder en su persona. Una vez que Constantino ya no tuvo que luchar contra nadie para retener el poder, se dedicó a solucionar otros problemas que a pesar de revestirse con un ropaje ajeno a la política y más cercanos en apariencia a discusiones religiosas o filosóficas, en el fondo eran expresiones de la actividad de grupos políticos, cuando no era la manera de enfrentarse al emperador mismo, y las consecuencias de sus enfrentamientos podrían conducir hacia graves derroteros al imperio todo. Aunque no estaba definida plenamente una ortodoxia dentro de la institución eclesiástica cristiana, surgieron herejías como la donatista, que pregonaba un rigorismo moral, y la arriana que le negaba a la persona humana de Jesucristo su calidad divina.

Combatir las herejías surgidas en el seno del cristianismo era afianzar las bases sobre las que Constantino había fundado su poder. Ya desde el gobierno de Dioclesiano, que atribuyéndose el título de Júpiter, indicaba claramente el carácter divino de su poder y, consecuentemente de su persona, se sentaban las bases para apartar del derecho y la responsabilidad de ejercer el poder a otros que no fuera únicamente el emperador. Este fue el camino ya trazado que siguió Constantino en el desempeño de sus actividades cotidianas en las que se condujo con el mismo minucioso y fastuoso ceremonial, al igual que en su arreglo personal todo era referido a la magnificencia con que debía revestirse su divinidad, ya que para Constantino



mismo, él era nada menos que el enviado del Dios cristiano en persona, punto éste que será el centro de disputas sin fin y profundos desacuerdos y rupturas.

Mientras tanto, Constantino rodeó su vida de divinidad: el *consilium principis*, el consejo de los príncipes, cedió su lugar al *sacrum consistorium*, es decir a la sagrada reunión, el palacio imperial fue convertido en el *Sacrum Palatium*, todo lo que la divina persona tocaba o le pertenecía adquiría la calidad de sagrado y, por lo mismo, su voluntad debía ser obedecida ya que por su mismo carácter resultaba una falta inexcusable no ser acatada. A la administración del Imperio también se le dio un tinte eclesiástico y el número de provincias fue aumentado más de cien, divididas en doce circunscripciones llamadas diócesis a cargo de un vicario. Si el Senado perdió bajo Constantino toda autoridad, lo mismo sucedió con las otrora pujantes autonomías municipales y provinciales que simplemente desaparecieron, avasalladas no sólo por el poder del emperador sino además por las enormes cargas fiscales y la creciente burocracia que, al igual que todas las actividades que se ejercían en el Imperio, se convirtieron en actividades (agrupadas en *collegia*) muy reglamentadas y hereditarias, controladas con todo rigor por el estado.

Como era de esperarse el apoyo que Constantino proporcionó al cristianismo, aunque determinó en gran medida su afianzamiento definitivo, era inspirado más por una convicción pragmática que por una convicción piadosa. «Las palabras con que Constantino debió comentar el edicto de 313, según su biógrafo Eusebio de Cesarea, son muy significativas: ‘Me proponía unificar la opinión de todos los pueblos en torno a la Divinidad y devolver al imperio, que veía atacado por muchos males, su antiguo vigor... Esperaba que si conseguía

establecer un acuerdo general en el campo religioso, la administración de los asuntos públicos resultaría beneficiada.»<sup>43</sup>

Si el emperador Dioclesiano tuvo la osadía de dividir, con fines administrativos, en dos grandes partes el Imperio romano, Constantino llevó al extremo su temeridad al disponer que a su muerte, ocurrida apenas siete años después de la inauguración de la sacra ciudad de Constantinopla, en el 337 d.C., la pesada carga del gobierno del Imperio se repartiera entre sus tres hijos sobrevivientes y dos de sus sobrinos, ya que su primogénito nacido en su primer matrimonio, Crisipo, fuera condenado a muerte por su mismo padre. Así, Constantino II, Constante y Constancio, los hijos, compartieron el poder con sus primos Dalmacio y Anibalino\*.

El gobierno de los primos no llegó lejos, pero ello no fue más que el preludio del enfrentamiento entre los hermanos. Constantino II, a quien le había correspondido el gobierno de Britania y las Galias, fue muerto por su hermano menor Constante que estaba a cargo de Italia, África y el Ilírico. Acto seguido Constante se enfrentó con su hermano Constancio II a quien, en el reparto, le habían correspondido las provincias orientales incluyendo Tracia y Egipto. Pero en este festín de sangre, el belicoso gobernador de Britania muere a manos del usurpador Magencio, quien junto con otro usurpador, Vetranio, a su vez encuentran su fin por obra del último sobreviviente de los hermanos, Constancio que al quedar solo debe hacerse cargo del gobierno de todo el Imperio que, en su afán conservador, su padre había previsto que sería mejor dividirlo.

Como las calamidades nunca vienen solas, Constancio debe hacer frente también a otra amenaza, la permanente rivalidad del reino de los persas, con lo que se abre una etapa de ver-

43 *Historia universal ilustrada*, vol. 1, p. 367.

tiginosos cambios que reclaman el uso al máximo de todos los recursos además de inteligencia y decisión para mantener a salvo la integridad territorial y del poder del emperador. Aquí hace su aparición Juliano\*, el único familiar que logró salvar la vida durante la guerra entre parientes, a quien Constancio le confía el gobierno de las Galias. Juliano logra recuperar una tras otra las ciudades conquistadas o bajo amenaza de los bárbaros y sus tropas, en acto de insubordinación contra las órdenes del emperador Constancio que los enviaba a combatir contra los ejércitos persas, proclaman a Juliano augusto, es decir emperador.

Ante esta situación en verdad grave, Constancio pacta la paz con sus acérrimos enemigos los persas e inicia el viaje para combatir a su familiar; pero muere durante la travesía y Juliano se erige como único emperador del Imperio romano, y como uno de sus primeros actos de gobierno, dispone la restauración del paganismo como religión del estado, por ello los cristianos lo tildan de apóstata, por haber abandonado públicamente la religión que decía profesar. Sin embargo dentro de esta restauración, Juliano trató de organizar el culto de su nueva religión de acuerdo con el modelo del clero cristiano.

Juliano reanudó las hostilidades contra los persas, pero no obstante de sus repetidas victorias, falleció en el transcurso de la campaña. Le sucedió en el poder Joviano\*, que profesaba el cristianismo y desandó el camino que, contra sus correligionarios, había recorrido su antecesor. A su vez, en su afán por terminar una guerra que traía grandes calamidades a su Imperio, pactó la paz con los persas, aunque a costa de fuertes concesiones territoriales.

A Joviano le sucede Valentiniano I\* (364-375), que para hacer frente a los problemas surgidos en el occidente del Imperio, en el mismo año en que se le nombra augusto asocia al ejer-

cicio del poder a su hermano Valente\* poniendo a su cargo las provincias orientales del Imperio. Mientras Valentiniano I desarrolla una doble política mediante el uso de la fuerza contra los bárbaros, a la vez que dispone una serie de medidas para aligerar el peso de las cargas fiscales que oprimían al pueblo. Buscando el apoyo popular y restablecer el orden en el Imperio, instituye el cargo de defensor, *civitatis*, que debía defender los derechos del pueblo contra los abusos de aquellos que siendo más poderosos e influyentes, intentaban, basándose tan sólo en su deseo y voluntad, atropellar el orden y la ley.

Por su parte, Valente no pudo alcanzar el mismo éxito que su familiar, en tanto que debió enfrentar a Procopio\* que se levantó en armas a raíz de que Valente había proporcionado apoyo a los heréticos arrianos, además de entrar en guerra contra los visigodos que apoyaban a Procopio y contra los persas cuyo asunto no estaba concluido en definitiva. En el transcurso de la campaña contra los persas Valente es muerto con buena parte de su ejército, en las cercanías de la ciudad de Adrianópolis.

Graciano, hijo de Valentiniano I y sucesor de éste como emperador, asocia al poder con el encargo de atender los asuntos del oriente del Imperio a Teodosio, quien efectivamente, de manera metódica y pertinaz combate a los bárbaros obligándolos a establecerse en Mesia, en calidad de confederados, o sea, como aliados del Imperio romano, por lo que debían prestarle servicio militar cuando les fuera requerido.

El entendimiento y coordinación entre los dos augustos Graciano en Occidente y Teodosio en Oriente estuvo garantizada y tutelada por el enérgico obispo de Milán, Ambrosio\*, quien desempeñó un papel de primera importancia e hizo posible la consolidación del cristianismo como religión del estado romano, establecida en el Concilio de Nicea, aunque de mayor rele-

vancia fue el hecho de que dicha consolidación, digamos política, se diera al interior del cristianismo, y con ello lograra superar sinnúmero de dificultades y pudiera hacer frente a las ambiciones de los propios emperadores que, desde mucho tiempo atrás, intentaban asociar a su poder terrenal el de la divinidad cristiana, lo que les otorgaría mando sobre bienes y personas más allá, incluso, de las fronteras del Imperio.



Concilio de Nicaea. Miniatura perteneciente al monólogo de Basilio II, siglos, x y xi. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 162.

Graciano muere de manera violenta y ello le permite a Teodosio, ahora sí, por última vez, reconstruir la unidad del Imperio manteniendo el ejercicio del poder únicamente en su persona. La postrera unidad del Imperio romano llega a su fin a la par que la vida del emperador, pues dispone que cada uno de sus hijos, Arcadio y Honorio, se encarguen de la administración de las dos partes del Imperio. Al primero le corresponde el Oriente y al segundo el Occidente. Es sintomático de la turbulencia de estos tiempos el que, en menos de un siglo, se sucedieran en buen número diversos emperadores deseosos de detentar el poder por muchos años y que, sin embargo, vieron terminar su reinado y muchas veces su vida por obra de sus enemigos. No obstante la vertiginosa sucesión de acontecimientos, nos hace ver que nos encontramos ante una profunda crisis de crecimiento. De otra manera no podríamos explicar cómo

es que el Imperio bizantino logra mantenerse con vida y vigente todavía durante casi seis siglos hasta su derrumbamiento definitivo bajo las armas de los ejércitos turcos.

Una afirmación inquietante sería la de que los hombres no hacen suyas, no aprenden las lecciones que la historia les proporciona, en repetidas ocasiones cometen los mismos errores, incluso, aquellos de los cuales fueron testigos privilegiados. Una y otra vez el Imperio romano fue dividido a fin de poder administrarlo de manera más eficaz, de facilitar esa ardua labor, y así dar cumplimiento a tareas y destinos más elevados y deseables. Sin embargo, con esta decisión sólo dieron paso a la manifestación de ambiciones ilimitadas, entre quienes estarían propiciadas, más obligados a mostrar consideraciones al estar unidos por lazos de sangre y de familia.

Mas en el caso de los emperadores romanos, tal vez en su descargo debamos considerar que, objetivamente, no contaban con muchas alternativas al encontrarse con un imperio de enormes proporciones, diverso en extremo y rodeado permanentemente de enemigos. Todas las acciones que debían llevarse a cabo se encontraban inmersas en este ambiente de relaciones débiles y deterioradas se complicaba por la lejanía y la lentitud de las comunicaciones. El corazón y el cerebro del Imperio se encontraban muy lejos y era tentador creer que se podía vivir sin su intervención, sin su actividad rectora. La multitud de paisajes, lenguas, costumbres, religiones, civilizaciones, dejaban como único elemento común el saberse ciudadano, vasallo o esclavo del mismo amo y, aún así, heredero de su cultura.

Pero Constantinopla no fue únicamente el escenario de luchas fratricidas. La acuciante necesidad de mantener unido al imperio y de dotarlo de todos los servicios que requería, empu-

jaba a otros ejércitos: al de los trabajadores, campesinos y operarios, al de los administradores, al de los pensadores, maestros, artistas, a todos los que en conjunto debían mantener la maquinaria del estado en constante funcionamiento.



Damas de la corte de Bizancio. Mosaico del monasterio de San Salvador de Cora, siglo xvi. *Historia Universal Planeta*, Vol. v, p. 348.

En Constantinopla la ciencia del derecho alcanzó elevados niveles, empujada por la rotunda fuerza de los hechos, como es el caso de las nacientes relaciones establecidas con el cristianismo. Éste, por completo diferente a las demás religiones se negaba a considerar al emperador como un ser divino, como una especie de encarnación humana de Cristo y puesto a la disposición de las necesidades y la voluntad del emperador. En este sentido, el cristianismo, a pesar de aceptar el apoyo proporcionado desde las más altas esferas del poder político civil y, en muchas ocasiones, caminar juntos por el mismo camino, se resistió desde una posición de principio dogmática a equiparar a la persona humana de ningún emperador con la perso-

na divina de Cristo y, por el contrario, es el cristianismo como religión institucionalizada que logra imponerse a los poderes terrenales e, incluso, hacer uso de dichos poderes en nombre de Dios.

Así, Teodosio, una vez consolidado en el poder del Imperio romano de Oriente, apuesta todo a favor del cristianismo, reprime duramente el ejercicio de las religiones paganas entre los súbditos del Imperio, y llama la atención el hecho de que no se invistiera como *pontifex maximus*, que equivale a detentar el máximo poder del estado y de la Iglesia cristiana. Bajo su reinado el cristianismo reafirma definitivamente su posición de primacía en todo el imperio y, a pesar de no utilizar ningún medio sangriento, se podría decir que por un medio pacífico elimina, por lo menos en sus expresiones externas y públicas, al paganismo. El último intento del Senado por mantener vivo el culto a las divinidades de sus antecesores, se dio al intentar Símaco, prefecto de Roma, la reincorporación de la estatua de la Victoria en la sala de sesiones, pues había sido retirada por órdenes de Graciano desde el año 382. Tal iniciativa no tuvo ningún éxito y se perdió entre el cúmulo de restricciones contra las religiones paganas como la prohibición de reunirse, de venerar a estatuas, la orden de cerrar sus templos y la restricción de sus derechos civiles, entre otras. «En el año 393 tuvieron lugar, por última vez, los juegos olímpicos, lo que constituye también una fase en la represión del paganismo. El paganismo estaba definitivamente destruido; incluso numéricamente se inició un retroceso relativamente rápido. La lucha contra el paganismo llegó a pasar incluso al plano político, en conexión con la segunda gran realización de Teodosio: el restablecimiento de la unidad del imperio bajo la soberanía de un solo emperador.»<sup>44</sup>

<sup>44</sup> Franz Georg Maier, *Las transformaciones del mundo...*, *Op. Cit.*, p.112.



Una vez que el cristianismo pasó a ser religión de estado, necesariamente se debieron también establecer las normas que a partir de ese momento conducirían las relaciones entre estos dos diferentes poderes, el del estado y el de la institución religiosa. En conjunto se entiende por Derecho Canónico\* al conjunto de normas establecidas por la suprema autoridad eclesiástica, y surge como un elemento para conducir la actividad al interior de la Iglesia a la vez que sus relaciones con otras instituciones.

El Derecho Canónico se inicia con la recopilación, primero, de los mandatos dados por Cristo y, después, de las disposiciones de los apóstoles que ellos mismos dejaron por escrito, como es el caso de los cuatro que se incluyen en la Biblia, o las que sus seguidores transmitieron oralmente. Por principio, el cristianismo establece las normas para que una persona pueda ser admitida como feligrés, extendiendo este bien a todo aquel que voluntaria y sinceramente desee hacerlo mediante la aceptación del bautismo, sin distinción de ninguna especie.

Se entiende que en un principio dentro de las mismas comunidades de cristianos hubiera divergencias, por muy diversos motivos, algunas fácilmente superadas, otras que tocaban puntos fundamentales de doctrina merecieron que se llevaran a cabo concilios de los obispos de una región o de todas ellas (ecuménico), para que las conclusiones a que llegaran contaran con la fuerza de ser dadas por el acuerdo de los dirigentes de las comunidades.

Por ser el cristianismo una religión de reciente cuño, fue necesario que se realizaran varios concilios en los siglos iniciales de su existencia. Esos primeros concilios establecieron normas que fueron recogidas en varias colecciones, la primera de éstas escrita en lengua griega se realizó durante el siglo iv en Oriente. Con ésta se inician las colecciones de derecho ca-

nónico, ahora en lengua latina que llegarían hasta la que se compiló en el siglo xii y que se conoce como *Decretum Gratiani*, ya que fue elaborada por el monje Graciano quien se propuso ordenar y armonizar cerca de tres mil quinientas colecciones de decretos que se tiene, de manera estricta, como el primer tratado de derecho canónico.

La persistencia del Derecho Canónico llega hasta nuestros días con la particularidad que la Iglesia cristiana ha sabido adaptarlo a las circunstancias vivas que prevalecen en cada época. De ahí que una de las más importantes colecciones publicada por el 1500 en París, la llamada *Corpus Iuris Canonici*, a la vez que conserva el fundamento jurídico de las relaciones entre toda la cristiandad basadas en el dogma, por otro lado, sea la expresión de los tiempos que corrían, pues recoge las disposiciones de los pontífices romanos cuando el Papado ya había logrado su independencia del poder de los soberanos y, contrariamente, éste se había convertido en un poder temporal de enorme fuerza y presencia. Así el *Corpus* representa un hito en la ciencia jurídica cuya influencia se extenderá todavía varios siglos adelante. El que el derecho Canónico se haya desarrollado de manera importante en la parte oriental del Imperio romano no es algo casual o fortuito, se debe a que allí, en Constantinopla, la religión cristiana tuvo un relevante bastión su plataforma de difusión, a la vez que también allí se dieron importantes luchas para que el naciente papado conquistara su independencia y llegara a convertirse en un estado con enorme poder terrenal que tuvo bajo su mando todo un imperio espiritual.

A la par que la Iglesia cristiana evolucionaba y llenaba cada vez mayores espacios territoriales y espirituales, también aumentaban sus necesidades de todo tipo. Era imperativo entonces darse a la tarea de garantizar de ma-

nera efectiva, que se contaría con los elementos humanos que intelectualmente pudieran defender y divulgar las grandes verdades que la Iglesia sostenía, era necesario igualmente posibilitar el adecuado funcionamiento de toda la enorme estructura que tenía múltiples actividades de toda índole.

Solventar esa situación no fue nunca nada fácil, y una de las soluciones consistió en hacer uso de un invento antiquísimo como el de crear escuelas con el objetivo expreso de preparar al personal que se encargaría de realizar las cada vez más complejas tareas jurídicas y administrativas; pero, cuya acción no se restringiría al medio eclesiástico, ya que igualmente podía operar en el medio de las cortes de los reyes y emperadores.

Como dijimos, la solución a esta problemática ya existía desde muchísimo tiempo atrás, era familiar la existencia de escuelas y universidades y, en ellas, los estudiantes adquirirían la preparación necesaria para desempeñar un puesto de trabajo. Quizá entonces, no fuera expresado este planteamiento con las mismas palabras, pero el fondo permanece inalterado: desempeñar una actividad para hacer posible la buena marcha de las instituciones. No debemos olvidar que muchas de las actividades, o mejor dicho, de las profesiones que una persona debía desempeñar venían dictadas por la obligación de adoptar la profesión que la familia desempeñaba.

Además, las universidades no eran entidades aisladas, sino que se encontraban inmersas en un medio educativo que iba desde la preparación elemental hasta los estudios profesionales. Desde niño, un hombre, que tenía el privilegio de pertenecer a una familia pudiente, debía asistir a la escuela elemental con objeto de ir adquiriendo la preparación necesaria para iniciarse en el estudio de materias más di-

ficiles y complejas, a fin de que pudiera, en su caso, realizar una exitosa carrera en la corte y adquirir fama y acrecentar su riqueza y el prestigio de su familia.

La preparación de un niño se iniciaba cuando éste tenía la edad suficiente para asistir a la escuela, entre los cinco y seis años de edad, y comenzaba a aprender a leer y a escribir. A pesar de que el cristianismo había devenido en una religión de estado, ningún jerarca expresaba siquiera su rechazo o inconveniencia que la niñez y la juventud fuera instruida utilizando los autores y abrevando en la cultura pagana. Es sorprendente que algunos personajes que llegaron a elevarse hasta la santidad, como san Basilio, argumentaran a favor del estudio de los autores profanos, y «los sucesivos emperadores mostraron un cultísimo interés en fomentar y mejorar las universidades, en la fundación de bibliotecas, en aumentar el número de profesores y en la reproducción de los manuscritos de los clásicos. Juliano *el Apóstata* dio su mayor golpe a la Iglesia cristiana al prohibir a los cristianos enseñar en las escuelas. San Basilio y san Gregorio Nacianceno habían recibido los dos educación universitaria, y Basilio, antes de su conversión, fue el más brillante discípulo y el sucesor deseado del sofista Libanio.»<sup>45</sup>

Una vez concluida su educación elemental, el niño de entre diez y doce años, siempre acompañado por su pedagogo –muchas veces un esclavo que guiaba sus estudios y vigilaba su aprendizaje y disciplina– se iniciaba en la gramática que incluía el estudio de las declinaciones, las conjugaciones, las reglas de la sintaxis y, sobre todo, el estudio de las obras de los clásicos. Era generalizado que los alumnos se iniciaran en los clásicos a través de las obras de Homero, para después pasar a otros autores, sin objetar que en algunas de sus obras se verían verdaderas inmoralidades.

45 Norman H Baynes, *El imperio bizantino*, p. 121.

Cuando el muchacho había llegado a la edad de trece o catorce años y había aprendido la gramática, bajo la estricta vigilancia de su pedagogo, pasaba entonces a estudiar la retórica, en la que se abordaban buena cantidad de autores como Demóstenes, Herodoto, Tucídides, Isócrates, Lisias. Notemos que no se mencionan mas que autores griegos estando ausentes, sintomáticamente, los latinos.

Los estudios de retórica, disciplina fundamental para el éxito de cualquier actividad que el alumno quisiera desarrollar, contemplaba fundamentalmente el aprendizaje mnemotécnico y el desarrollo de la claridad en la dicción y potencia de la voz. Casi todo los libros que se estudiaban debían ser leídos en voz alta, ya que era de la máxima importancia llegar a convertirse en un orador solvente.

Parte de la enseñanza de la retórica iba dirigida a que el maestro les diera a sus alumnos los elementos necesarios para expresarse correctamente por escrito, a través de constantes ejercicios de composición. Como en todas las materias se transitaba de lo simple a lo complejo, de las fábulas de Esopo, de las que una vez leída alguna por el maestro, les pedía a sus alumnos que escribieran, por medio de una anécdota, un texto que incluyera un pensamiento famoso o de sabiduría proverbial, hasta trabajos de composición muy complejos, en los que se puede apreciar un rasgo característico del medio cultural bizantino, ya que el profesor exigía a sus pupilos que se apegaran estrictamente a los modelos ya establecidos por las autoridades y que generalmente se ajustaban a las maneras aceptadas para la escritura de las cartas, que debían ser breves, en un lenguaje sencillo, aunque obligatoriamente debían usar el griego ático puro e insertar en ellas frecuentes referencias a proverbios moralizantes. «En

una obra reciente sobre los proverbios contenidos en los escritos de Sinensio vemos lo fielmente que fueron seguidas las reglas de Demetrio a este respecto. Debido a que la forma lo era todo y el contenido apenas si tenía importancia, la correspondencia de la época nos parece artificial y desprovista de interés humano, y degenera en una mera exhibición de erudición fría».<sup>46</sup>

Es indiscutible entonces la existencia de una red sistematizada de escuelas donde maestros particulares impartían sus enseñanzas; pero, y esto es importante, tales enseñanzas no estaban desligadas de las necesidades reales que la sociedad manifestaba, ya que los estudiantes en un lapso determinado se estarían integrando a las actividades cívicas, científicas, administrativas, que el funcionamiento de la ciudad imperial exigía.

Los testimonios del paso de la vida cotidiana que han llegado hasta nosotros nos muestran cuadros de costumbres que, guardadas las proporciones, podríamos decir que se repiten en todas las épocas y en todas las civilizaciones, y que por otro lado dejan ver hasta qué punto las vidas individuales manifiestan ambientes generales, matizan y enriquecen las tendencias generales de la historia de los pueblos. «El muchacho, entonces como ahora, no podía ser material del todo dócil. Lo vemos estudiando con Libanio en Antioquía, con el pedagogo a su lado con la vara dispuesta entre las manos. El sofista está sentado en la alta cátedra, los estudiantes en unos bancos bajos. Muchos de ellos vienen del Asia Menor, de Siria y de Fenicia y las palabras no-áticas encontrarían su sitio entre los ejercicios sin que sirviesen apenas para mantenerlas fuera la palmeta y la correa del maestro.»<sup>47</sup> Ello es indicativo de la profundidad con que pueden ser mutuamente

---

46 *Ibid.*, p. 124.

47 *Ibidem.*

influenciados los pueblos y sus civilizaciones. De una manera imperceptible, cotidiana, las diferentes formas de pensar, de ver el mundo, de creer, se hacen presentes y contribuyen a que la generación de conocimientos, su resguardo, su transmisión, en fin una cultura, en este caso la bizantina, adquiera características propias con la participación de elementos de índole muy diversa, provenientes de todos los rincones de Imperio.

Así, las vidas de los estudiantes de todos los tiempos nos parecen bastante similares sin importar el momento ni el lugar, por lo que muy bien podríamos estar hablando de los alumnos de cualquier universidad europea durante la Edad Media. En el Imperio bizantino la enseñanza de la retórica era primordial ya que ésta proporcionaba la preparación básica profesional a que podía aspirar cualquier alumno. Las normas que regían en el Imperio bizantino sobre la enseñanza, a pesar de que estaba muy difundida la costumbre de estudiar con algún maestro particular, establecían que el año escolar debía iniciarse en otoño y que, sin interrupciones, salvo las señaladas previamente que siempre eran las menos posibles, llegaba hasta los comienzos del verano en que se abría un largo periodo de vacaciones. Ello nos permite pensar con cierta seguridad que los maestros debían encontrarse agrupados en gremios bajo la vigilancia del estado.

Asimismo, quedaba establecido que los maestros debían dictar su cátedra temprano por la mañana y que los estudiantes de grados superiores estaban obligados a asistir a las conferencias vespertinas. Especial atención merecían los días de discurso que se organizaban regularmente para que los estudiantes más avanzados y los maestros dieran exhibiciones de retórica. En esos días que eran una mezcla de día feriado y de asistencia obligatoria para los alum-

nos en que, además, eran invitados los padres de familia y público en general, no faltaba la nota discordante de algún grupo de estudiantes revoltosos que levantaran bulla más allá de lo tolerado para esas ocasiones y a pesar de la siempre cercana vigilancia de los pedagogos y demás esclavos encargados de mantener el orden.

De la importancia que llegó alcanzar la retórica en el ambiente bizantino nos habla el hecho de que «la universidad de Atenas fue todavía en el siglo IV la sede más famosa de la enseñanza retórica. Atenas le debía a la universidad toda la importancia que le restaba, pues por lo demás no era ya sino una ciudad provinciana. Las fuerzas vivas se dieron cuenta de que la prosperidad de los habitantes de Atenas dependía de la presencia de los estudiantes, y mientras el estado sostenía un sofista, la municipalidad pagaba el salario de dos sofistas más y por lo menos de un gramático.»<sup>48</sup>

Como hemos visto a lo largo del presente ensayo, con las diferencias obligadas de cada caso, el mismo ambiente estudiantil se podía respirar tanto en Alejandría como en Roma o Bizancio o Atenas, igualmente las rivalidades entre profesores y los grupos que los apoyaban, y las disposiciones y vigilancia del estado para obligar al cumplimiento de las reglas establecidas, ya que desde siempre éste se percató de la importancia estratégica que tiene la generación de conocimientos y el proceso de enseñanza, incluso, para su propio desarrollo y supervivencia. La universidad como creación del ser humano es una obra evolutiva que responde de manera por demás sensible al lugar y al tiempo histórico que vive.

Después de la retórica, la culminación de los estudios conducía a la filosofía. «El estudio de filosofía, que se comenzaba a los dieciocho o veinte años de edad, era la cima de la educa-

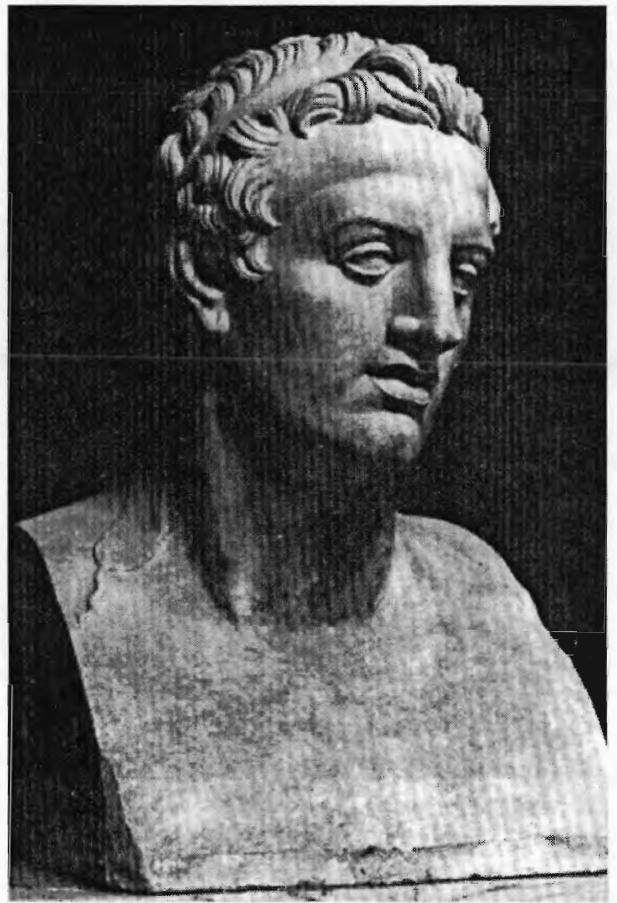
48 *Ibid.*, pp. 125-126.



ción del siglo IV, y aunque en cualquier sitio - como en Alejandría y Constantinopla- el estado sostenía a los profesores, en Atenas los fondos de la Academia, acrecentados por los regalos de los antiguos estudiantes, fueron suficientes para cubrir las necesidades de los profesores, que pudieron así mantener su independencia. Aristóteles se estudia como introducción a Platón y la comprensión de las obras de Platón requerían un conocimiento general de los principios de la matemática, geometría, música y astronomía.»<sup>49</sup>

Los estudios de filosofía abarcaban la obra de varios autores aunque, obviamente, las de Platón y Aristóteles además de ser obligatorias, eran en sí mismas las más atractivas y por lo tanto, las más estudiadas. En el siglo IV bizantino aún se continuaban leyendo obras que habían sido famosas desde el siglo II. No fueron nunca extraños los textos de Ptolomeo, Pitágoras, Euclides, Zenón o Epicuro, como tampoco la obra de los estoicos, a través de Temistio\*, un profesor de filosofía que fundamentalmente se desempeñó como tal en Constantinopla, y tuvo el tino de escribir algunas paráfrasis de las obras de Platón y de Aristóteles que resultaron ser una innovación y materiales útiles en extremo para aquellos alumnos que la profundidad y sutileza de la obra de estos autores las hacían de difícil acceso. «Pero el rasgo sobresaliente de la enseñanza de Temistio es su insistencia en el valor práctico y ético de la filosofía, y en esto fue apoyado por el emperador. Temistio fue tan hombre de estado como profesor, e intentó sacar a la filosofía de su torre de marfil y convertirla en una fuerza para la educación moral de los buenos ciudadanos.»<sup>50</sup>

A pesar de los múltiples problemas de todo tipo que aquejaron al Imperio romano, tanto al



Tolomeo I. Jacques Pirenne. *Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia*, Vol. I, p. 193.

de Occidente como al del Oriente, de sus constantes crisis políticas y de la permanente amenaza de sus enemigos y la presión de las innumerables tribus bárbaras, nunca, nunca se detuvo su proceso generador de cultura. De hecho, debemos hacer extensiva esta observación a todas las sociedades que han existido -y existen- en el mundo. Ningún impedimento, aún los más graves que haya conocido la humanidad, ha logrado detener por mucho tiempo la marcha de la cultura, y una de las razones es que en todas las sociedades y en todos los tiempos, ésta ha sido uno de los más grandes valo-

49 *Ibid.*, p. 127.

50 *Ibid.*, p. 128.

res que ha podido generar cualquier sociedad, a tal grado que, como hemos visto, a los sabios y libros, o a sus obras en general, se les ha llegado a considerar -todavía en la actualidad- incluso, como botín de guerra.

La creación y funcionamiento de escuelas dirigidas abiertamente a la enseñanza superior fue asimismo una constante a lo largo de la existencia del Imperio romano. Esta tradición la mantuvo y la acrecentó la parte oriental del Imperio. «Las escuelas se extendieron a través de todo el oriente romano. En Nicomedia y Ancira en el Asia Menor; en Cesárea en el Ponto. Se habla de escuelas en Cilicia y Panfilia, así como en Sardes y Pérgamo en Jonia. Alejandría era el centro en el sur de donde se sacaban maestros para las escuelas de *Pelusium*, *Hermópolis* y *Oxyrynchos* y para las de Cesarea en Palestina y las de Emesa en la frontera árabe. La escuela cristiana de retórica en Gaza alcanzó gran reputación en todo el Oriente durante el siglo v, mientras en Siria, Antioquía, Apamea, Chalkis y Emesa podían vanagloriarse de maestros famosos.»<sup>51</sup>

Es necesario insistir, porque ello va a representar una constante particular del desarrollo de la cultura en la parte oriental del mar Mediterráneo. En contraposición al latín, lengua predominante e insignia del Imperio romano de Occidente, en Constantinopla se mantiene, casi como dogma, la exclusiva de utilizar el griego como idioma oficial del estado, la Iglesia y las ciencias. Se dice que los dos maestros más famosos del Imperio oriental, Temistio y Libanio, no tenían una buena opinión del latín, como idioma culto e instrumento de la ciencia. Quizá, para ilustrar su rechazo extremo, se inventó la anécdota de que éste último se negó de manera intencional siquiera a aprender una palabra de latín y cuando se abrió una escuela de

este idioma en Antioquía, la sintió como una ofensa personal.

No obstante, como era de esperarse, el latín como vehículo privilegiado para el estudio del Derecho, se siguió estudiando, particularmente, en las escuelas donde se enseñaba esta disciplina. Igualmente la retórica fue perdiendo terreno, y con ella el griego como idioma científico, sobre todo en Alejandría y Berito en las que su estudio de la retórica se restringió a lo indispensable para cubrir las necesidades del abogado y del administrador.

El Emperador Justiniano, en un intento por elevar y consolidar los estudios de derecho, determinó que su enseñanza se concentrara en las universidades de Constantinopla, Roma y Berito. «En adelante el curso comprendió cinco años de estudios. Los estudiantes no graduados todavía leían en su primer año la *Instituta* y los libros 1 a 4 del *Digesto*. Los tres años siguientes se empleaban en el *Digesto*, aunque los estudiantes no se examinaban de los libros 37 a 50. El quinto año se dedicaba al *Coaigo*. Al mismo tiempo el emperador prohibió rigurosamente las novatadas, pues las consideraba una costumbre indigna y detestable, propia sólo para los esclavos y no para los estudiantes serios.»<sup>52</sup>

En todo este proceso del desarrollo de las ciencias en la ciudad de Constantinopla del siglo v, la filosofía griega va perdiendo terreno paulatina aunque firmemente, frente a la ortodoxia cristiana. En el año 529 el emperador Justiniano confisca los fondos dedicados a la enseñanza de la filosofía, nada menos que en la ciudad de Atenas, y los profesores fueron desterrados a Persia, lo que provoca que Procopio acuse, nada menos que al propio emperador, de utilizar esos recursos para fines no del todo claros. Bajo el reinado del emperador Focas\*, la

51 *Ibid.*, pp. 128-129.

52 *Ibid.*, p. 129.



Nicéforo Focas. Ilustración de un manuscrito, siglo XI. *Historia de la Humanidad*, Vol. IV, p. 94.

universidad de Constantinopla recibió un duro golpe al ser clausurada. El sucesor de este bárbaro, Heraclio\*, autorizó que en lugar de la universidad se abriera una escuela de corte eclesiástico, a partir de la cual la enseñanza quedaba bajo la jurisdicción del patriarca de Constantinopla, y que ocuparía un palacio cercano a la *Chalcoprateia*, nombrando, asimismo, como profesor a Estéfano quien sería, así, el último representante de la escuela alejandrina de filosofía.

A partir de tales sucesos, si bien es cierto que el estado nunca deja de preocuparse ni abandona la enseñanza, ésta va tomando otros derroteros, tiene altas y bajas, y poco a poco se va abriendo el camino por donde transitarán otros actores de esta historia.

*Todo hombre, por naturaleza, apetece saber.*  
Aristóteles

# CAPÍTULO VII

## La influencia de los árabes y de la cultura islámica en la formación de la universidad.

Los pueblos que conforman originalmente la que hoy llamamos cultura occidental toman conciencia de sí -y no podía ser de otra manera- a partir de sus propias referencias, de su propia historia construida por ellos mismos, posiblemente. El documento más importante adoptado por esta cultura occidental, para determinar el origen de tales pueblos, es el Libro de libros, es decir, la Biblia.

Al hacer suya la religión cristiana y adoptar como válida fundamentalmente la verdad revelada a través del Nuevo Testamento, la cultura occidental adopta como igualmente suyo el origen divino de la humanidad allí establecido. Una vez que fueron completadas las siete jornadas de la Creación Divina, el ser humano tuvo como origen y destino un paraíso, y el hombre occidental se vio como el principal depositario de la verdadera religión y señalado para ser él quien la preservara y transmitiera por todo el orbe.

Así, al caer Adán y Eva en el pecado original y ser expulsados del paraíso, con ellos la humanidad inicia una larga marcha hacia la reconquista de este paraíso y arranca su tránsito por el mundo que llamamos historia. Una historia construida e interpretada desde los parámetros de la religión cristiana por quien se autoerigió en su depositaria y salvaguarda, la cultura occidental.

Llamamos cultura occidental a aquella erigida por los países que actualmente ocupan la margen norte del mar Mediterráneo, a partir de Italia hacia el oeste hasta la isla que conocemos con el nombre de Inglaterra. De hecho, la cultura occidental, geográficamente, abarca apenas una franja de la costa mediterránea, en el macizo continental euro-asiático-africano, ya que si nos atenemos estrictamente a las definiciones, entonces Europa es una península, ya que se reserva el nombre de continente a una gran porción de tierra rodeada por agua, y evi-

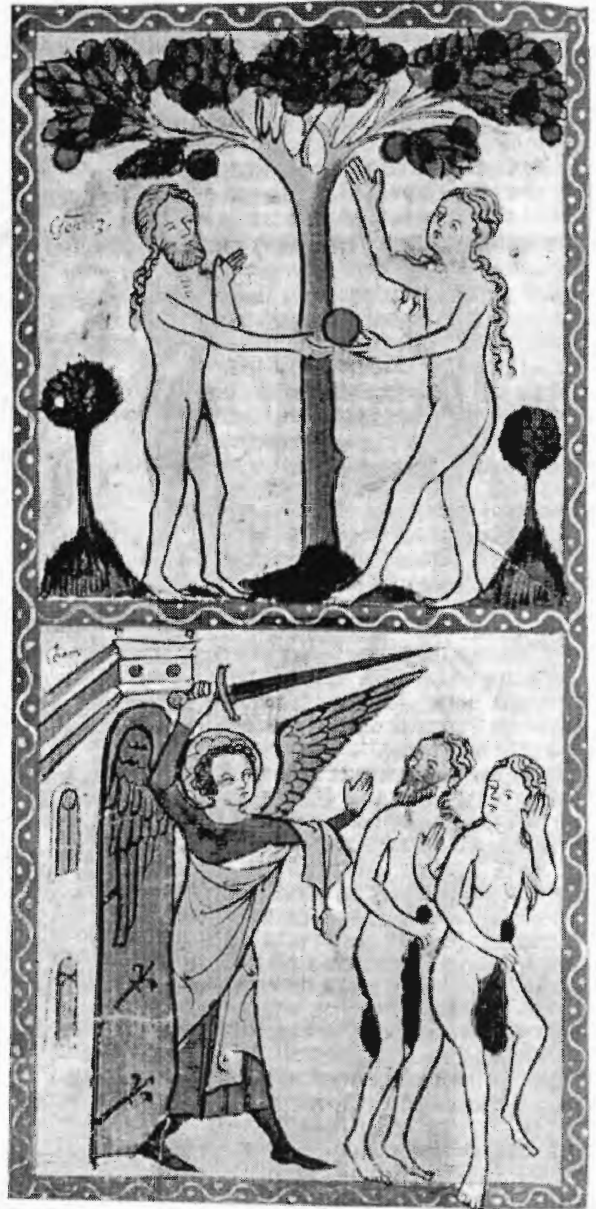


dentamente este no es el caso. Por otro lado, debemos recordar que tradicionalmente se designó como bárbaros a los pueblos que colindaban con la frontera norte de estos países, y que fue un largo proceso por el que, al aceptar la religión cristiana tales bárbaros —aunque no todos—, fueron aceptados dentro de la cultura de occidente. Aún hoy se acepta que el occidente, hacia el interior de la península europea, termina en los territorios de habla germana. Más allá se encuentran Escandinavia y la llamada Europa oriental. Sin embargo cabe mencionar que, si por continente se entiende el receptáculo, el recipiente de un contenido, Europa puede serlo en la medida en que contiene una civilización y una cultura propias. Pero, igualmente entendiendo que Occidente, como cultura, aunque por hoy preponderante, es una más entre otras igualmente válidas y dignas de existir y desarrollarse con plena independencia.

Entonces, la historia comienza con la salida de nuestros primeros padres del Paraíso Terrenal, y su peregrinar por el mundo, luchando por sobrevivir, inseparable del duro trabajo y del dolor, aunque con la promesa divina de que al final de los tiempos, llegará el total perdón, la ansiada reconciliación y la recuperación de la paz y la vida bienaventurada, por medio de un redentor especialmente enviado para poner fin a todos los sufrimientos de la humanidad.

Mientras tanto la genealogía de los primeros seres humanos irá poblando la tierra, se dispersará y tomará posesión de ella. Los primeros seres nacidos de la pareja primigenia, dan muestra de lo que será el futuro: un hermano, Caín, mata al otro, Abel. El primer bautismo de sangre inaugurará la ruta que será recorrida una y otra vez hasta los días del presente. El primer crimen hiende a la humanidad en buenos y malos. Estos últimos serán multitudes, incapaces de obrar conforme al bien, se harán aborrecibles a Dios, al grado que una implacable con-

dena de exterminio caerá sobre ellos, por medio de un diluvio, de una incesante lluvia que cubrirá la tierra toda.



Adán y Eva expulsados del paraíso. Marcus Hattstein. *Religiones del mundo*, p. 57.

Mas como la simiente humana no podía perecer a causa de la maldad de unos, Dios concede a Noé salvarlo a él y a su familia, con lo que se renueva la alianza entre el hombre y su

creador. Los sobrevivientes del diluvio de nueva cuenta poblarán y harán suya la tierra, dividiéndose en multitud de pueblos, todos ellos provenientes de un tronco común que arranca desde Adán y Eva, su hijo Set nacido después de la muerte de Abel, llegando hasta Noé y su descendencia.

Después de la gran inundación, Noé y sus tres hijos llamados Cam, Sem y Jafet tomaron como heredad la tierra, a ellos les perteneció y cada uno fue el inicio de todos los pueblos del mundo. Cam daría nacimiento a la raza camítica que tomaría asiento en Africa y Arabia\*, formando pueblos como el etíope, el fenicio y el libio. Una rama de esta raza será la egipcia. De Jafet descenderá la raza jafética, cuyos representantes poblarán los territorios que ahora conocemos como Europa y Asia Menor, antecesores de los galos, de los bretones, de los germanos, rusos, medos, iberos, griegos, romanos, tracios. Y Sem será la semilla de los pueblos semíticos como los persas, los asirios, los caldeos, los armenios, los sirios y por supuesto los hebreos.

Los hebreos o israelitas conformarán el pueblo elegido por Dios para dar cumplimiento a sus promesas de perdón y salvación eternos, al final de los tiempos. De ahí que el largo listado de nombres, sea un hilo conductor, a través del cual cada uno de los hombres va dando cumplimiento a un destino personal y, con ello, va dando cumplimiento también al destino señalado por Dios para la humanidad. Abraham, Isaac, Israel (Jacob), son los antecedentes de las doce grandes tribus que formarán el pueblo judío, el pueblo elegido.

Este es el punto de partida, la religión judía que muchos siglos después, con la aparición del cristianismo, que será convertida en la piedra de toque que Europa occidental adoptará para interpretar al mundo material y también

al mundo espiritual, humano. Desde la óptica judeo-cristiana, Occidente hará un movimiento doble; por un lado, al echar por tierra toda noción exclusivista de un pueblo elegido por Dios, se asegura que, como parte de la creación divina, el hombre occidental será igualmente sujeto de todos los derechos que se adquieren por ser descendiente directo, hijo de Dios; pero, por otro lado, se reserva el derecho exclusivo de detentar y profesar la única religión verdadera y la única verdad a secas, y decidir, de acuerdo con sus particulares intereses, sobre lo que se debería considerar bueno o malo, cierto o falso, digno e indigno, es decir, sobre todo lo valioso que pudiera tener, hacer o creer cualquier hombre en cualquier momento de la historia.

Así, a partir de la historia contada por el pueblo elegido, o mejor dicho, a partir de la primera parte de la historia, porque la otra, la verdadera, se manifestará con el advenimiento de Cristo, la Europa occidental acepta una interpretación coherente de esa historia. «Saray, esposa de Abram, no le había dado hijos; mas tenía aquella una esclava egipcia llamada Agar y dijo Saray a Abram: 'Mira, Yahveh me ha hecho estéril; llégate, pues, a mi esclava; quizá obtenga yo hijos por medio de ella'. Oyó, en efecto, Abram la voz de Saray, y Saray, mujer de Abram, tomó a la egipcia Agar, esclava suya, al cabo de diez años de morar Abram en el país de Canaán, y dióselo a su marido por esposa. Llegóse él, pues, a Agar, la cual concibió... Más tarde, Agar parióle un hijo a Abram, el cual al hijo que Agar le había parido púsole por nombre Ismael. Y tenía Abram ochenta y seis años cuando Agar le parió a Ismael.»<sup>1</sup> E Ismael fue el origen de la raza árabe.

Desde la perspectiva judeo-cristiana los árabes, si bien cuentan con un origen elevado por ser hijos de un hebreo con quien Dios mis-

<sup>1</sup> Génesis, 16: 1-16.

mo había realizado un pacto, en el fondo su dignidad se ve disminuida, ya que la otra parte de su genealogía es nada menos que una esclava perteneciente a una vertiente racial por completo diferente a la de su progenitor. De esta manera la pureza del linaje sólo tendrá una vía de expresión, dejando por ello, en el desamparo a la otra u otras partes de la humanidad.

Desde esa condición de desamparo el resto de los hombres tendrán que luchar arduamente por sobrevivir y por abrirse paso para alcanzar las grandes cimas del arte y del conocimiento. Desde esos oscuros orígenes, los hombres se verán impelidos a superar sus limitaciones y carencias entre las que se deben contar, por supuesto, las nociones excluyentes y cerradas.

*La universidad es universal, la aceptación de todos los hombres, sin importar origen alguno, sea éste racial, económico, social, político, familiar o de credo. También es la aceptación de todo conocimiento posible para su libre examen. Y no falta el reconocimiento de que el cambio y la generación de nuevas verdades es uno de sus pilares. De ahí que cualquier pretensión de limitar o dirigir con tendencia su actividad es la negación de sus fundamentos y principios. Una de estas limitaciones es la concepción de su génesis histórica, es el intento de negar a la humanidad en su conjunto su participación -muchas veces oportuna y valiosa- en la construcción de la idea de la universidad y su evolución. Decir que la universidad es una creación exclusiva de la península europea occidental significa coartar el propio espíritu de la universidad como universo humano que no admite distinciones porque como lo hemos venido reseñando en este trabajo, la universidad es obra histórica de todos los pueblos.*

Por ello es que podemos reconocer la enorme labor desarrollada por un pueblo errante de

los territorios desérticos de la península arábiga, cuyo origen proviene del imperio de un varón prominente sobre una mujer esclava. Pueblo del que, fuera del texto bíblico de su origen, no se conoce con certeza -al igual que de toda la humanidad- su procedencia. Cuando los árabes ingresan en la historia occidental, lo hacen como una fuerza avasalladora que va a imponerse a las fuerzas predominantes.

Los años y los siglos anteriores al ascenso de los árabes al poder, fueron testigos de cómo un conglomerado de tribus y clanes enlazados en interminables luchas internas y rencillas domésticas, lograron superar su antagonismo ancestral para actuar unida y coordinadamente a fin de conquistar al mundo entonces conocido. El pastoreo, el comercio eran por lo regular las primeras actividades de estas tribus de beduinos complementadas, como segunda profesión, con el pillaje. Los beduinos apenas si reconocían alguna unidad idiomática y cultural. «El beduino sólo es leal con los miembros de su tribu y con el *sayyid*, que domina la tribu, gracias a su autoridad personal. Desprecia tanto al habitante de la ciudad como al campesino árabe y por eso consideraba tener derecho al saqueo de las ciudades y de las tierras fértiles. Su ilimitada arrogancia, existente incluso entre las mismas tribus; una lucha siempre despierta y la lucha continua por los abrevaderos y mieses, les llevaban a continuos conflictos y guerras entre sí. La autonomía de la tribu, guardada celosamente, no permitía que surgieran planteamientos de una organización política más amplia en la Arabia septentrional y media.»<sup>2</sup> En el terreno de la religión la dispersión era aún mayor: gran cantidad de deidades, tantas quizá como clanes existentes, eran también un obstáculo para lograr la unificación en términos más o menos firmes y duraderos.

2 Franz Georg Maier, *Las transformaciones del mundo...*, Op. Cit., p. 264.

Aunque debemos reconocer que la primera idea que se tiene de los árabes nos remiten, precisamente, a esa imagen de los nómadas del desierto sin arraigo, ni ley y sin cultura, también es cierto el hecho de que existieron entre ellos varios grupos tribales asentados en las principales ciudades que no eran, de ninguna manera, ajenos a las influencias de la cultura de los centros más importantes de poder en esa época, si bien es cierto igualmente, que tal relación era la de un subordinado con su amo. Buena parte del siglo VI fue escenario de duros enfrentamientos entre los gigantes de la región. Por un lado se encontraba Bizancio cuyo poderío se extendía hasta alcanzar una enorme porción del Mediterráneo, incluyendo a familias árabes de enorme influencia; por el otro, adentrándose en el continente asiático Persia, en sus últimos intentos por regresar a los tiempos dorados de su esplendor, mantenía un fuerte ascendiente entre varias tribus asentadas en la península arábiga. La sorda lucha entre ambas naciones se manifestaba con frecuencia a través de enfrentamientos entre sus respectivos aliados. Enfrentamientos no siempre ni necesariamente armados, sino también como expresión del ejercicio de influencia de diferentes credos religiosos, el judaísmo vivo y vigente, el cristianismo que al momento ya era centenario, con sus respectivas corrientes cismáticas entre las que se encontraba de manera principal el cristianismo nestoriano (que no admitía la divinidad de Jesucristo) y todas las creencias tribales que conformaban un enorme mosaico religioso.

En su intento por ser la potencia única en la península arábiga, tanto Persia como Bizancio establecieron estrecho contacto con las áreas que de manera natural conformaban un corredor de su propio territorio. Así, Bizancio se ocupó de afianzar una ruta marítima en el mar Rojo, como contrapeso al cierre del golfo Pérsico en

manos de los sasánidas, sus enemigos. Uno y otro intentaban controlar un territorio que era paso obligado para el comercio entre oriente y occidente, prácticamente todo el comercio del área del océano Índico y sus conexiones terrestres hacia Siria y Egipto debía transitar por esa desértica península, lo que sin duda fue un factor determinante para que, durante los siglos por venir, los árabes se convirtieran en un importante hito para la civilización y la cultura mundiales.

Debido la dispersión y, consecuentemente, la subordinación ante los intereses de las potencias que se disputaban la supremacía, los grupos árabes poco podían hacer para intentar siquiera cambiar en algo la situación imperante. Hacía falta un elemento que contara con la fuerza y el carisma necesarios para aglutinarlos bajo un objetivo común dejando de lado las individualidades y las metas particulares.

Tal elemento lo vino a constituir un personaje que ya con los años de su madurez auestas no había dado ninguna muestra de su importancia y del papel de excepción que llegaría a jugar en la historia. Su biografía es conocida: un árabe de nombre *Muhammab ibn 'Abdallaah* (Mahoma) cuyo nacimiento se sitúa hacia el año 570 d.C. en La Meca, pronto queda huérfano de ambos padres por lo que debe vivir al amparo de unos parientes. Contaba con veinticinco años cuando llega a prestar sus servicios a una rica viuda de nombre Jadiya de quien se cuenta que, además de sus cualidades físicas contaba con las de espíritu y carácter, lo cual representó una enorme ventaja para el joven, ya que pronto se casa con la viuda. De los hijos que nacieron de este matrimonio solamente sobreviven las cuatro mujeres y sólo una de ellas, Fátima, al parecer, le da descendencia a Mahoma\*.

Desde que entró al servicio de Jadiya como caravanero, Mahoma tuvo oportunidad, que se



consolidó con su matrimonio con ella, de realizar muchos viajes y entrar en contacto con diversas expresiones culturales y religiosas que se encontraban en la península arábiga, como el judaísmo y el cristianismo nestoriano. «Mahoma contaba ya cuarenta años cuando inició la gran época de su vida. Creyó tener alucinaciones, visiones y escuchaba una voz que le hablaba; en un estado de gran excitación nerviosa, comenzaron a agitar en su subconsciente los pensamientos despertados por el recuerdo de lo visto y oído en otros tiempos acerca de las religiones hebrea y cristiana cuando mantuvo contacto con ellas.»<sup>3</sup>

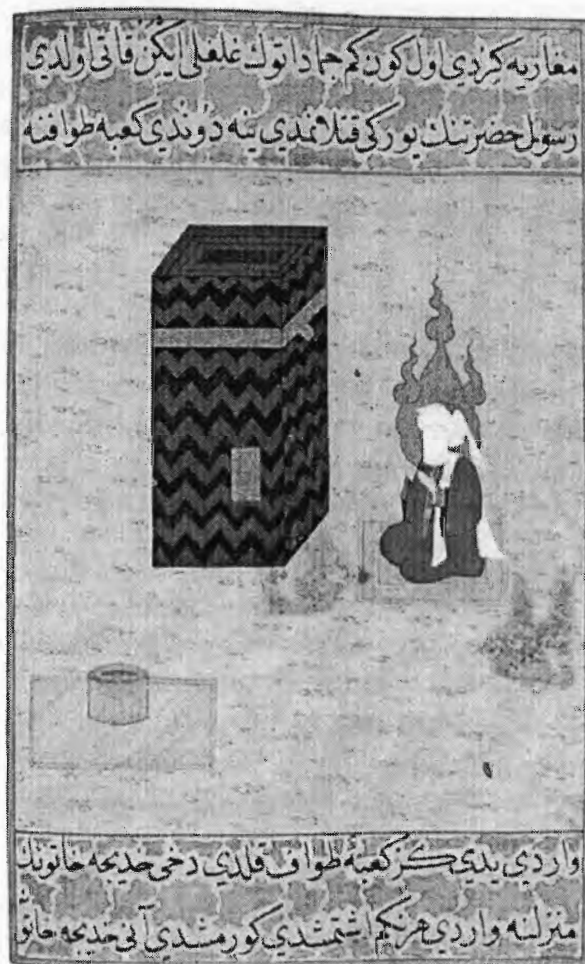


El arcángel Gabriel transmite el mensaje a Mahoma. *Religiones del mundo*, p. 14.

Lo que comenzó como una prédica al interior de su propia familia, ampliada a los pequeños círculos de amigos, poco a poco se fue convirtiendo en un movimiento de gran dinamismo, que penetraría la conciencia de miles de personas que se convertirían en sus fieles

<sup>3</sup> Carl Grimberg. *Auge del Islam. Carlomagno*, p.5.

seguidoras. La prédica de Mahoma se vio estimulada por la oposición que le enfrentaron todas aquellas fuerzas, económicas, políticas y sociales de La Meca que al pronto se vieron amenazadas.



Mahoma reza ante la Caaba. *Religiones del mundo*, p. 95.

La Meca desde mucho tiempo atrás era un lugar privilegiado de peregrinación, ya que año con año llegaban multitud de gentes a adorar a los dioses de la *Ka'ba*. Siendo La Meca un centro religioso de la mayor importancia en la península arábiga, le daba a las clases sociales dominantes un sólido prestigio político además

de pingües ingresos. Éstas vieron en las palabras de Mahoma un peligro ya que no solamente eran la expresión de una doctrina religiosa monoteísta, puesto que desde siglos atrás existían creencias semejantes, cuyo culto se concentraba en algunas piedras específicas, sino por que con su fogoso estilo de exponer sus ideas y, sobre todo, con sus críticas al politeísmo y a los dioses de La Meca, atacaba al poder político y a su fuente de ingresos.

Otro aspecto de la oposición a Mahoma que llevaron a cabo los poderosos de La Meca, se refiere a la caracterización que poco a poco va adquiriendo como profeta, es decir, como un enviado directo de Dios, con lo que existiría la posibilidad de que su liderazgo religioso se extendiera al plano político. De ahí que Mahoma, junto con sus seguidores que alcanzaría un número cercano a los setenta, como se desprende de la lista que consigna a los emigrados, se viera forzado a abandonar La Meca, en el año 622 d. C., hecho que se conoce con el nombre de *Hégira* (emigración), con lo que se marca uno de los acontecimientos de mayor trascendencia dentro de la naciente religión, al grado de que se le toma como punto de partida para llevar su propio cómputo del tiempo y la *Hégira* es el año cero de la era musulmana.

Una vez que Mahoma abandonó La Meca, se dirigió al oasis de Yathrib, mejor conocida como la ciudad de Medina. Allí con sus seguidores se organizó como un sólido grupo de apoyo para su labor como predicador. En esta ciudad comenzó a dar forma más definida a la nueva doctrina y aumentó ampliamente el número de sus adeptos ya que su palabra describía con imágenes nítidas y sencillas el paraíso para todos prometido con solo cumplir de manera cotidiana los mandatos fundamentales, el primero reconocer que No hay más dios que Allah, y Mahoma es su profeta, cumplir con la oración ritual cinco veces al día, repartir limosnas a los

pobres, ayunar durante el mes del ramadán, y por lo menos, hacer una vez en la vida una peregrinación a La Meca.

De la vida sin complicaciones cuyo desarrollo podía comprender cualquier persona simple, al paso del tiempo la doctrina de Mahoma llegó a alcanzar profundidades metafísicas insospechadas. «El rasgo fundamental de la nueva doctrina -cuya fuente más importante la constituyen las predicaciones de Mahoma recogidas en los 114 suras de diversa longitud, del Corán\*, transmitidas oralmente y escritas por primera vez bajo el califa\* 'Otmán\* (644-656)- era un riguroso monoteísmo, con algunos mandamientos rituales y éticos, sencillos y esclarecedores. Existe un solo Dios; con esta fórmula eran condenados como politeístas, no sólo los cultos de los dioses de la Arabia pagana, sino también el concepto trinitario cristiano. La absoluta superioridad de Dios todopoderoso frente a la absoluta dependencia del hombre fue marcada con rasgos acusados; el profeta también era un mensajero humano, no un intermediario divino en figura humana. En el Corán no estaba decidida del todo la cuestión de la relación de la guía divina y la voluntad humana, y pronto fue resuelta en el sentido de una rigurosa predestinación (no excluyendo, naturalmente, el libre albedrío humano). Sin embargo, se mantuvo viva la conciencia de la responsabilidad personal, a través de la doctrina del juicio universal y de la compensación en el más allá de las obras y de la fe. De todos modos no desaparece la antinomia ley-libertad, pues no existe naturaleza humana dañada por el pecado original y, por tanto, ningún mundo malo y opuesto a Dios. La doctrina de la *yihad*, la guerra santa, como medio de la parcial realización de la vida islámica en la comunidad, correspondía a la creencia fatalista en la predestinación: la promesa de la entrada inmediata en un paraíso, descrito muy sensualmente,

como premio garantizado por la muerte en la lucha por la fe, daba a la doctrina del Islam una gran fuerza ofensiva de combate.»<sup>4</sup>

De ser una creencia sencilla, dirigida a personas también sencillas a fin de encauzarlas por el camino del bien y la obediencia a Dios, el profeta mismo, con su palabra enardecía a quienes le escuchaban y los predisponía a realizar cualquier sacrificio, incluyendo la posibilidad de perecer en la guerra santa para llevar hasta los confines, primero, del desierto que habitaban y, después, del mundo entero para convertir en creyentes del único y verdadero Dios a todos los hombres.



Mahoma predica a los jóvenes. *Religiones del mundo*, p. 94.

A medida en que fue aumentando el número de conversos y tuvo mayor capacidad de combate, Mahoma condujo a sus adeptos para enfrentarse a sus más grandes enemigos. La guerra que inició lo condujo finalmente a la

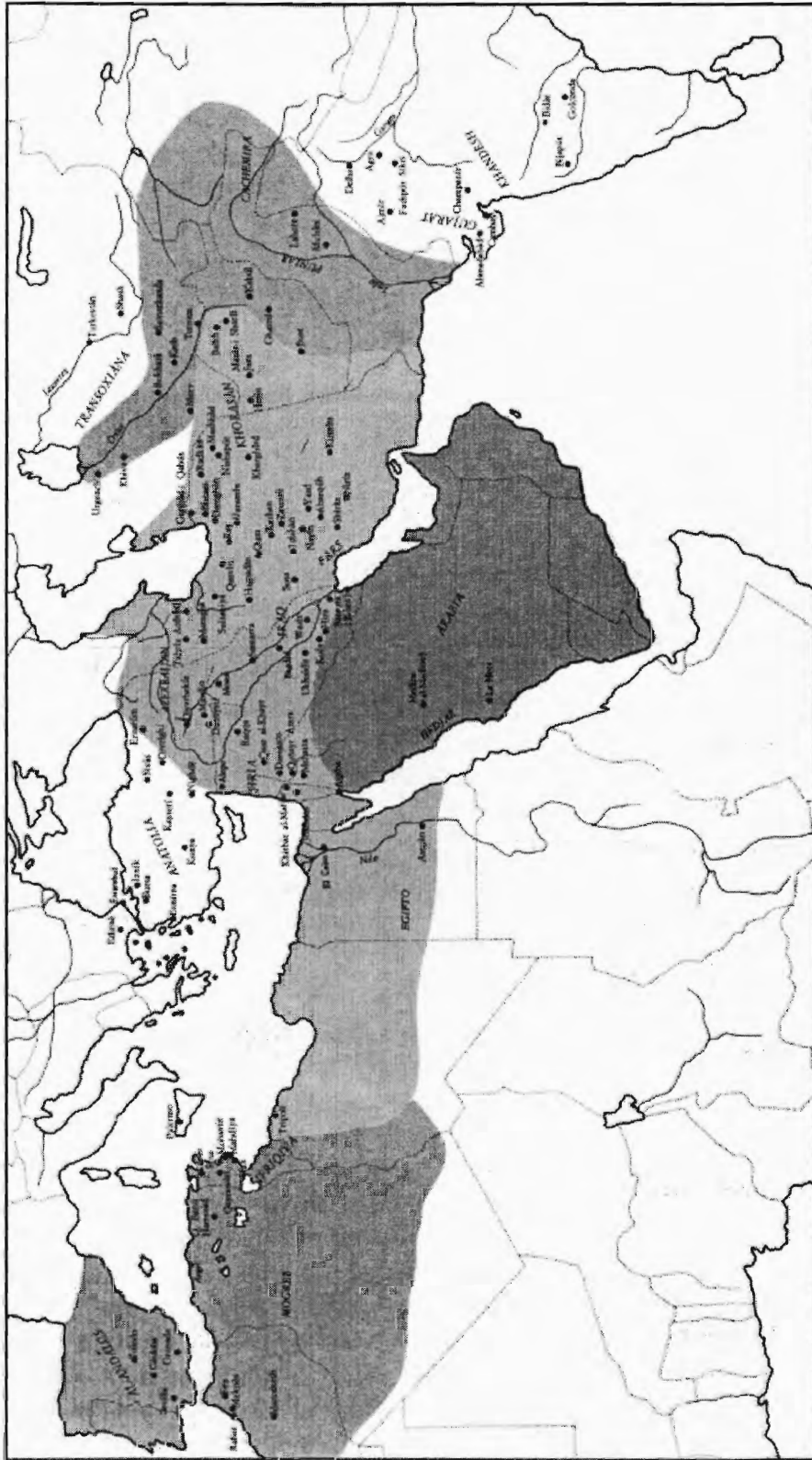
misma Meca, que cayó en sus manos a principios del año 630 d. C. La conquista de la ciudad santa aceleró que se le incorporaran, aumentando su poder e influencia, las tribus beduinas. «El islam no se limitó a dar a los beduinos una religión de esencia más elevada, sino que también los unió en una comunidad de fieles. Con anterioridad, nunca existió un Estado árabe; los árabes formaban a lo sumo, un pueblo sin autoridad estatal, no funcionarios, sino únicamente jefes de familia y de tribu. Tampoco existía una religión nacional y cada tribu practicaba sus propios ritos; Mahoma hizo de los árabes una gran unidad religiosa, ‘el pueblo de Alá’, que era al mismo tiempo la personificación del concepto nacional. Había nacido un reino de Dios cuyo jefe supremo, el Profeta, recibió el poder de las manos de Alá.»<sup>5</sup>

A pesar de que la nueva doctrina proclamada por Mahoma no estaba dirigida para dar respuestas políticas y sociales, la misma dinámica de los acontecimientos fueron descubriendo necesidades que exigían una respuesta a partir de la doctrina religiosa del islam, por lo que el Profeta se vio obligado a incorporar elementos de orden político y social en ésta. De esa manera el islam fue conformándose como una doctrina de amplio espectro en el que no sólo se podía encontrar respuestas a interrogantes de orden espiritual, sino hasta señalamientos sobre la vida cotidiana y otros de enorme trascendencia social.

Sin embargo Mahoma se cuidó de no llevar demasiado lejos las consecuencias sociales de su triunfo. Al entrar en La Meca, aunque había destruido los ídolos de la *Ka'ba* y proclamado el monoteísmo como verdadera doctrina religiosa, tuvo el tacto político para no tratar con demasiada dureza, más bien lo contrario,

<sup>4</sup> Franz Georg Maier, *Las transformaciones del mundo...*, Op. Cit., pp. 271-272.

<sup>5</sup> Carl Grimberg, *La Edad Media. El choque de dos mundos: oriente y occidente*, p. 9.



La conquista del islam. Umberto Scorrato. *Grandes Civilizaciones. Islam*, p.14.



Arabia en tiempos de Mahoma (622-632)



Conquistas bajo los primeros califas (632-661)



Conquistas de los omeyyas (661-750)



fue deferente con la nobleza del lugar y rápidamente aceptó al antiguo santuario como el centro de la nueva fe, con lo que ganó su apoyo sin el cual ésta difícilmente habría logrado afianzarse y alcanzar larga vida, ya que hubiera resultado imposible a sus seguidores desempeñar las tareas administrativas y militares en los escenarios mucho más complejos y amplios que exigía la propagación mundial del islam, capacidades con las que sin duda contaba la poderosa clase noble de La Meca. Los altos funcionarios de la *umma*, o comunidad religiosa, o los grandes generales como Khalid ibn al-Walid y 'Amr ibn al-'As, el conquistador de Egipto, procedían de dicha clase noble de la Meca.

En ocasiones parece que el ambiente histórico del que tenemos conocimiento contradice la coherencia del pensamiento y las acciones de los actores del momento. Mas cuando nos acercamos a los hechos, los vemos en su propio contexto y nos percatamos de su íntimo accionar, entonces entendemos que nuestra ignorancia sobre los aspectos más relevantes de la vida de un pueblo nos puede conducir a inexactitudes y hasta equivocaciones gruesas, burdas. Ello acontece sobre todo cuando pretendemos aplicar los juicios de valor con que fuimos educados desde nuestra niñez y los que adquirimos en el transcurso de nuestra vida: nuestro mundo lo convertimos en la vara con que serán medidos otros mundos y otras épocas lo que en última instancia, nos impide penetrar y comprender con justeza el significado último de nuestro sujeto de estudio. De ahí la importancia que tiene contar con los elementos indispensables sobre el papel que jugó el islam para que el pueblo árabe lograra dar cima a una labor de enorme repercusión histórica, sin que ello implique exageración alguna, para toda la humanidad.

No es de otra manera como procede Ibn Jaldún al escribir su *Al-Muqaddimah*

(Introducción a la historia universal), que obviamente es un extenso estudio sobre el pueblo árabe en el cual abarca desde aspectos religiosos hasta filosóficos, pasando por hechos reales o consideraciones sobre la vida cotidiana. Este estudio por ser obra de uno de los más prestigiosos sabios musulmanes, que tuvo una vida llena de peripecias al participar activamente en la política de su tiempo ocupando puestos muy importantes, nos aporta una visión directa y de primera mano sobre el pueblo y la cultura árabes. Ibn Jaldún a una distancia de casi siete siglos, pues escribe su historia entre 1378 y 1382, e interpreta los hechos de acuerdo con los resultados ya conocidos.

Así, la historia real del pueblo árabe adquiere una coherencia interna que permite aprehender las razones últimas del porqué el islam jugó tan importante papel en la construcción del imperio musulmán y sus repercusiones en todos los sentidos en la cultura occidental. Ibn Jaldún apunta en el capítulo xvii de su obra, que fiel a la costumbre de su tiempo el largo título es en sí mismo un resumen de su contenido:

«En principio general, los árabes son incapaces de fundar un imperio, a menos que reciban de un profeta o un santo un matiz religioso más o menos fuerte.

«De todos los pueblos, los árabes son los menos dispuestos a la subordinación. Llevando una vida semisalvaje, han adquirido rudas costumbres, una fiereza, una arrogancia y un espíritu de rivalidad que los indisponen contra toda autoridad. Por tanto, la armonía muy raramente se encuentra en alguna de sus tribus. Si aceptan las creencias religiosas que un profeta o un santo les enseñara, el poder que debe mantenerlos en el buen sendero se encontraría entonces dentro de sus propios corazones, su carácter altivo y suspicaz experimenta una decisiva templanza, dejándose ya guiar fácilmente

a la concordia y a la obediencia. Es la religión, pues, la que verifica ese cambio: ella hace desvanecer su temperamento altivo y áspero; ella aleja sus corazones de la envidia y de la rivalidad. De suerte, al haber en su seno el profeta o el santo que los impulsa a sostener la causa de Dios, sustituye en ellos los hábitos vituperables con las maneras dignas de encomio, combina sus esfuerzos a fin de hacer triunfar la verdad; entonces la unificación más cabal se llevará a efecto entre ellos poniéndolos en condiciones de efectuar las conquistas y fundar un imperio. Por lo demás los árabes son, de todos los pueblos, los más prestos para aceptar la verdadera doctrina y guiarse por el buen camino. Esto obedece a su ingenua naturaleza, a salvo de malos hábitos y nocivas contaminaciones. Su carácter montaraz, es un efecto de su propio ámbito; de una índole, sin embargo de fácil maleabilidad, propensa al bien; su estado innato, indemne de inmoralidades, distante de depravadas costumbres, en aptitud cabal para que las almas reciban tan sencillamente la impronta. Bien ha dicho nuestro Profeta: «Todos los hombres nacen con buen natural.»<sup>6</sup>

Tal interpretación de la historia y del carácter del pueblo árabe cuenta con la base de la elaboración de la doctrina del islam realizada a lo largo de los siglos, y por supuesto que la llegada del Profeta fue un acontecimiento de la máxima importancia en la vida de los pueblos habitantes del enorme desierto arábigo. La concepción de la idea de la existencia de un Dios único, conjuntamente con la de los profetas, son el mayor punto de contacto entre las religiones judía, cristiana y el islam. En ellas está claramente establecido que Dios mismo envía una especie de mensajeros, los profetas, aunque para los musulmanes existe una jerarquía, en general todos ellos, provenientes del pueblo en el

que deben actuar, tienen la encomienda de hacer llegar a los hombres la palabra divina.

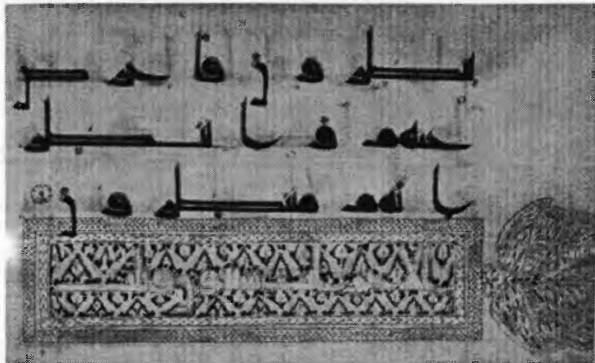
Mahoma es el último de una larga cadena de profetas, el sello de los profetas, se le denomina con reverencia compartiendo su dignidad con Abraham (Ibrahim), Moisés (Musal) y Jesús (su directo antecedente). El islam entonces se considera dentro de la línea religiosa de los hebreos y cristianos por lo que acepta abiertamente buena parte de su doctrina, aunque rechaza otra como por ejemplo, la existencia del pecado original.

Asimismo, la doctrina islámica es enfática en aceptar como una de las formas del conocimiento la revelación divina. Ello se entiende por cuanto el Profeta no habría podido siquiera predicar a su propia familia, mucho menos fundar una nación, sin contar con la suficiente autoridad derivada del mandato expreso de Dios. Por otro lado, el conocimiento inmediato de éste se encuentra vedado a la razón, aunque su obra es perfectamente cognoscible ya que se tiene acceso directo a ella a través de la percepción sensible y mediante el uso de la razón natural de todo ser humano. Resulta de verdadera importancia señalar que para el islam la fe y la razón se encuentran indisolublemente unidas. Alejarse de la fe es tanto como alejarse de la razón.

Como otras tantas religiones, el islam también cuenta con un libro sagrado, El Corán, que recoge el mensaje entregado por dios a Mahoma mediante la revelación. El Corán se puede traducir como lectura o exposición, es decir, de manera directa es un libro que esencialmente debe ser recitado. No sólo es una lectura íntima o personal, sino una forma de tener acceso colectivamente es la divulgación de la palabra divina. El libro sagrado del islam está conformado por 114 *suras* o capítulos, que si bien no

<sup>6</sup> Ibn Jaldún, *Introducción a la historia universal*, (Al-Mugaldimah), p. 314.

fueron escritos por Mahoma, sí fue una recopilación realizada por los tres primeros califas, y la versión aceptada como definitiva fue elaborada durante el mandato del tercero de estos califas, Utman, entre el 644 y el 656 d. C.



Fragmento del Corán en pergamino. *Religiones del mundo*, p. 97.

A partir del siglo IX fueron realizados seis compendios, las denominadas colecciones de *hadiz*, que fueron considerados como auténticos, como aquellos que constituyen la tradición aceptada, que además de contener comentarios de El Corán son colecciones completas sobre problemas jurídicos concretos, en los que se toman como antecedentes las soluciones extraídas del ejemplo de la vida del Profeta y su círculo.

El aspecto central del islam, como doctrina religiosa, es la fe en Dios sin cortapisa ni medida, la aceptación completa y radical de su voluntad y decisión, o sea la absoluta sumisión como es el significado de ese vocablo. Aceptar la voluntad divina es apenas el paso inicial porque, en última instancia, ello se traduce en obras, mediante obras reales de acatamiento. Para los musulmanes la primera regla de conducta, de manifestación pública de su sumisión a Dios es la confesión (*shahada*) que debe ser pronunciada en árabe y reza: «Atestiguo (confieso) que no hay ningún dios más que el único; y atestiguo que Mahoma es el enviado de Dios». Esta primera y principal regla es a su vez la primera de las cinco columnas sobre las que descansa

todo el edificio del islam, y es la única que se considera objeto de la teología dogmática. Dentro de su proverbial tolerancia, el rechazo o abjuración de esta primera columna no tiene siquiera alguna posibilidad de perdón y se castiga con la muerte.



“En el nombre de Dios, el misericordioso, el compasivo” los musulmanes iniciaban cualquier acción importante con esta frase, que aparece escrita en diez caligrafías. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 133.

La segunda columna la constituye el rito de la oración cotidiana comunitaria. Durante el día todo hombre y mujer musulmanes están obligados a rezar cinco veces, desde el amanecer hasta el ocaso. El creyente, antes de iniciar el rito de la oración debe hacer unas abluciones para poder pronunciar el nombre de Dios en estado de pureza. Además que debe arrodillarse y decir sus oraciones, bajo la guía del almuédano, el voceador de la oración, teniendo la vista al frente en dirección a la Meca.

Proporcionar ayuda, bajo la forma de limosnas, a sus hermanos en la fe, que han sido menos favorecidos por las circunstancias de la vida, es la tercera columna del islam. No es un mandato que se pueda o no cumplir de acuerdo con la inclinación personal, sino todo un sistema socializado de ayuda, dentro del cual, incluso, se establece qué cantidad de los ingresos personales, tal como si fuera un impuesto, se debe destinar para la realización de las obras de caridad.

El noveno mes del año musulmán, es el llamado *Ramadán*, periodo de ayuno e introspección, durante el cual el musulmán debe abstenerse de todo aquello que represente proporcionar al cuerpo algún goce como fumar, comer, beber, el trato carnal, y todo aquello cuyo significado sea el olvido de que todos los dones de los que goza el ser humano provienen solamente de Dios.

La quinta y última columna del islam está constituida por el *hadj*, la peregrinación que cada musulmán deberá hacer, por lo menos una vez en su vida, a la ciudad sagrada de La Meca. Ataviado con el sencillo traje blanco de peregrino un musulmán debe, al llegar a La Meca, dar siete vueltas alrededor de la *Kaaba*, así como realizar siete trayectos de la colina *al Safa* a la colina *al Marwa*.

Las cinco columnas sobre las que se sustenta todo el enorme edificio del islam, no so-

lamente adquieren un significado ritual, sino que hacen patente el hecho de que cada musulmán pertenece a una comunidad que sustenta y comparte los mismos valores, con lo que, a su vez le proporciona una fuerte cohesión y sentido de solidaridad difícilmente equiparable en otros ámbitos.

La construcción del edificio del islam, que incluye tanto al aspecto religioso, como el cultural y el científico, duró varios siglos desde el VIII hasta el XIII, llegando a alcanzar su máximo esplendor durante los siglos IX y XI, y llega a su fin de manera coincidente con el inicio del despertar cultural europeo que dará paso al Renacimiento. Pero no debemos olvidar que el islam surge mientras la península europea se encuentra sumida en una casi total obscuridad, apenas atenuada por los pequeños y dispersos, aunque importantes, focos de cultura de los monasterios\* de algunas órdenes religiosas cristianas. Y que su aportación a la cultura de la humanidad -sin que en ningún momento ello represente exageración alguna- fue de enorme magnitud no tanto por las originales aportaciones a las ciencias, sino sobre todo, por el rescate que hicieron de las culturas orientales de la antigüedad no única y exclusivamente del saber helénico.

Al morir inesperadamente Mahoma, en el año de 632, se hizo manifiesta la todavía frágil unión entre las tribus beduinas que, según su tradición, si existía un compromiso de lealtades, éste tenía un carácter marcadamente personal, por lo que al faltar la contraparte con quien se había establecido, se tenían como liberados de la obligación de continuar prestándole obediencia y podían actuar como mejor les pareciera. Si a lo anterior se añade que el Profeta mismo no se había ocupado del asunto de su sucesión, entonces se completará el cuadro de desconcierto que se suscitó entre los fieles, y que no terminó sino hasta que Abu Bakr,



el suegro del difunto Mahoma, padre de Aisha su segunda esposa fue proclamado califa, es decir, representante del Profeta de Dios, quien fue uno de sus primeros seguidores y ya había dirigido la oración durante la enfermedad del líder. Pronto Abu Bakr debió actuar con energía para impedir el avance de las fuerzas centrífugas que amenazaban con regresar a las particularidades y sus incesantes luchas, por lo que dio la orden de que cualquier levantamiento tribal fuera enérgicamente sometido por los generales árabes.

El islam hizo posible la creación de un estado árabe al superar, a pesar de algunos retrocesos en momentos de crisis, las autonomías tribales y colocarlas bajo un mando político único, lo que significó contar con un firme punto de apoyo para que la expansión de su credo religioso y de su poder político fuera, durante siglos, prácticamente incontenible. La fe religiosa unida al atractivo de la conquista del botín, conjuntamente con las virtudes guerreras de un pueblo que, con la absoluta confianza de que morir por su Dios era una de las mejores formas de perder la vida, pues aseguraba el disfrute eterno del jardín de las delicias, como aún en vida Mahoma prometía a sus seguidores: «¡Si he de perecer, que perezca! ¿Para qué tener prudencia? ¡Pues, si caigo, me esperan los deleites eternos del Paraíso!»<sup>7</sup> Todo ello convirtió a las huestes de creyentes musulmanes un poderoso y temible ejército que los conduciría a la formación de un gran imperio árabe.

La dinámica de la expansión del islam, que vale decir tanto como la propia expansión de los árabes, en última instancia fue conducida por la aristocracia que era la única con capacidad para hacer acopio de los recursos materiales, económicos y humanos de una manera racionalmente organizada, orientada a la consecución de objetivos identificados con claridad.

Ciertamente el aspecto político, la lucha de facciones, los derechos de sucesión que se establecieron o intentaron establecerse a partir de algún tipo de cercanía, familiar o de comunión religiosa, con el Profeta, dieron lugar a una encarnizada lucha entre los diferentes grupos dinásticos que intentaban detentar el poder por lo que, a pesar de la existencia de la prohibición expresa de que no debía darse ninguna lucha entre los mismos musulmanes, ésta se mantuvo presente de manera endémica entre ellos. Aquí, como a lo largo de este ensayo, sólo interesa señalar los acontecimientos políticos, bélicos o sociales en la medida en que dan cuenta de desenvolvimiento de la cultura y, con ello, de la idea universalidad, a fin de mostrar cómo ésta es evolutiva y que se encuentra presente mucho antes de que en la península europea se le invista de la forma en que actualmente la conocemos.

El segundo califa, Omar I\*, quien también había sido suegro de Mahoma, se mantiene como su sucesor desde el año 634 al 644 d. C., logra darle al islam un impulso por demás importante manteniendo dos líneas de expansión. Una hacia el norte contra el imperio persa de los sasánidas; la otra línea de expansión se dirigió contra las provincias orientales de otro imperio, el bizantino.

La primera, iniciada en el 633, condujo a los ejércitos árabes, aprovechando el estado de descomposición en que se encontraba el imperio de los persas, a la conquista de ciudades como Hira, Ctesifonte, la capital imperial, con lo que se adueñaron de Siria, Mesopotamia, Irán, llegando hasta las fronteras de la India. Así, la primera línea de acción condujo al islam a poner fin a un imperio que, salvo el lapso en que Alejandro el Grande había hecho irrupción en su territorio para conquistarlo, había sobrevivido por más de doce siglos.

<sup>7</sup> Carl Grinberg, *La Edad Media...*, Op. Cit., p. 7.

Con la conquista definitiva por parte de los ejércitos árabes del imperio persa se manifiesta un fenómeno repetido a lo largo de la historia, consistente en que el pueblo conquistado, dueño de una tradición cultural centenaria, con un enorme bagaje de conocimientos puede, en este terreno resistir con éxito al invasor y, por el contrario, ser él quien influya de manera decisiva en los nuevos amos, culturizándolos y, consecuentemente, logrando preservar y transmitir su cultura, a la vez incrementándola con las aportaciones de los conquistadores.

El segundo frente de expansión se dirigió nada menos que contra el imperio bizantino. El ejército árabe de inmediato se lanzó sobre Palestina meridional conquistándola rápidamente, bajo el mando de Khalid ibn al-Walid, *la espada de Allah*, quien fue con mucho el mejor guerrero árabe en esta etapa inicial de conquistas. A este general se le debe la idea de marchas durante dieciocho días por el desierto sirio hasta alcanzar la retaguardia del ejército bizantino, logrando conquistar la ciudad de Bosra y, después de un prolongado y desgastante sitio, la propia Damasco en el año de 635. Aunque la inmediata reacción de Bizancio logró su pronta recuperación, la presencia árabe en lo que consideraba su territorio pudo mantenerse como permanente, ya que éstos sostuvieron plazas fuertes en toda Palestina, por lo que de una u otra manera ya se encontraban establecidas unas nuevas fronteras, ahora entre el imperio bizantino y el emergente imperio árabe.

El mantenimiento del estado de guerra entre ambos imperios se traslada de inmediato a otro frente. La conquista de Egipto por los ejércitos musulmanes, importante enclave estratégico y comercial, además de gran productor de cereales, es increíblemente rápida, la cam-

paña dura apenas unos cuantos años, El Cairo pasa a manos árabes conjuntamente con Alejandría que era el mayor centro constructor naval del Mediterráneo oriental. Así, poco a poco el islam va adquiriendo una enorme importancia histórica, ya que al ir minando las bases del imperio bizantino hará patente que, aunque tardará todavía mucho tiempo para sucumbir, el enemigo que finalmente lo conducirá a la debacle, ya había nacido. «La expansión de dar al-Islam, de la zona de soberanía islámica, no implicaba únicamente una transformación efímera del mapa político. En el imperio árabe-islámico surgió un gran conjunto estatal y cultural altamente desarrollado, sobre una base inicial y política extraordinariamente estrecha. Pero mientras que las tribus germanas que se encontraban en una situación análoga en los confines del Imperio fueron absorbidas o, al menos, influenciadas radicalmente (s.n.) a largo plazo por este y por su cultura, casi todas las conquistas islámicas (salvo las de España y los Balcanes) han permanecido hasta el día de hoy como territorio cultural y religiosamente islámicos. Por esto el Islam no cambió únicamente el destino del imperio bizantino en profundidad. Determinó como ningún otro acontecimiento posterior a la invasión de las tribus germánicas, la ulterior historia de Europa y del Mediterráneo oriental.»<sup>8</sup>

De manera similar a lo que sucedió en el frente norte, el contacto entre dos poderosos enemigos, al margen de su confrontación o por ella misma, mantienen una serie de relaciones durante los cuales mutuamente se influirán. Aunque el islam, a pesar de tales influencias, conservará su propia personalidad sin ser absorbida por la otra cultura mucho más antigua. El centenario imperio bizantino heredero y continuador de las civilizaciones griega y romana

<sup>8</sup> Franz Georg Maier, *Las transformaciones del mundo...*, Op. Cit., p. 281.

poseía, como hemos visto, un acervo cultural impresionante con lo que evidentemente, en este aspecto, el invasor resulta doblemente ganador: al conquistar al imperio y al heredar su cultura. Mas aquí es donde se manifiesta un rasgo de vital importancia para el desarrollo de la civilización árabe bajo el islam que consiste en dar forma y continuar una política en extremo hábil, no sólo de ser tolerante, sino hasta convertirse en protectores de las que se dicen en llamar gentes de la escritura, es decir, a sabios judíos, cristianos, zoroastras, aunque éstos debían pagar un impuesto especial con lo que lograban se les tolerara la práctica de su religión entre la población musulmana.

El siguiente sucesor de Mahoma, Otmán (644-656) tiene una importancia capital para la historia del islam, ya que bajo su mandato se culminó la tarea de realizar la compilación, que ha llegado hasta nuestros días de los textos que conforman la versión definitiva del Corán, al igual que la compilación de las primeras e importantísimas colecciones de *hadis*, es decir, de los preceptos jurídicos que rigen la vida de la comunidad islámica. Otmán, a pesar de ser reconocido como una persona piadosa y en buena medida alejada de la política, terminó sus días como víctima de un violento atentado. Le sucedió en el califato un primo y yerno del Profeta, de nombre Alí\*, a quien muchos en su tiempo consideraron y actualmente se le tiene como la única y verdadera línea de sucesión de Mahoma, al tener lazos de consanguinidad con él, además de haber desposado a su única descendiente directa, su hija Fátima.

De la misma manera como sucedió con su antecesor, Alí, a pesar de ser reconocido como hombre piadoso y justo, atravesó sinnúmero de dificultades para lograr imponerse a sus enemigos. Bajo su mandato se dio un gran rompimiento en la unidad de la comunidad mahome-

tana, pues un grupo muy representativo de ésta se separó como comunidad aparte ya que propugnaban regirse con apego estricto al Corán y regresar a las prácticas y vida del islam primitivo. El califa Alí intentó restaurar la unidad, incluso mediante el uso de la fuerza; pero perdió la vida en el intento. Después de él vinieron una serie de califas, pero la unidad ya no pudo ser recuperada, siendo que se obtuvieron resultados contrarios pues se dieron otras escisiones cuya vigencia llega hasta la actualidad.

No obstante el enorme ímpetu de la conquista de expansión árabe, ésta se vio entorpecida por las disidencias internas, por el poderío marítimo bizantino y por la resistencia opuesta por las tribus bereberes\*, que se reflejan en que sólo hasta siglos después pudo caer la capital del Imperio Romano de Oriente en manos del islam.

A veces tenemos la impresión de que las guerras de expansión árabe obedecían a un ciego deseo por llevar su doctrina religiosa a todos los rincones del orbe conocido e imponerla por cualquier medio; pero, es importante apuntar un matiz: claro que la propagación de su religión fue un importante acicate para hacer la guerra a sus vecinos, sin embargo, en última instancia, «la meta no era la conversión forzosa de otros pueblos, sino la soberanía de los creyentes sobre aquellos: ‘Luchad contra quienes no creen en Allah (...) hasta que sometidos y humillados paguen el tributo.»<sup>9</sup> Es decir, esta manera de enfrentarse al mundo circundante, con la absoluta seguridad que da la profunda convicción de que su credo religioso es el verdadero, le permitió al mundo árabe islamizado tomar contacto con otros pueblos con un sentimiento de superioridad, creyendo en su derecho para someterlos y dominarlos. Por ello mismo, su contacto y acceso a la cultura de esos pueblos se da como un derecho preestablecido

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 284.

para hacerlos suyos, para traducirlos y transformarlos según su propio carácter y sensibilidad, de ahí que no debe sorprender la titánica tarea que sus mejores hombres emprendieron para apropiarse del conocimiento hasta ese momento alcanzado y, a partir de él, construir un cuerpo de conocimiento en consonancia, al igual que sucedía con el cristianismo, con la doctrina del islam.

Tal proyecto de enorme alcance y trascendencia implicaba la conformación de un cuerpo de estudiosos que, en primer lugar, hiciera posible la transformación de ese conjunto de tribus encabezado por los sucesores del Profeta, como líderes guerreros a la vez que religiosos, en un verdadero estado. Ello significaba la conformación, a partir de multitud de grupos dispersos, de un cuerpo social cuyo mando y dirección estuviera en manos de personas que, a la vez que ejercían el poder político y religioso, fueran capaces de organizar y administrar en todos los aspectos a ese naciente cuerpo social, para dotarlo de una estructura y cohesión propias, que lo caracterizaran como un estado soberano.

Una de las consecuencias, entre otras de importancia capital, que se tuvieron de inmediato al constituirse los diversos grupos árabes, bajo el denominador común del islam en un estado, fue la generación organizada de conocimientos contando con el apoyo y la promoción del poder político y, evidentemente, al servicio de ese mismo poder. Así, el cultivo de las ciencias además de proliferar es también una respuesta, muchas veces apegada a sus convicciones religiosas, por lo que en buen número de sus textos la interpretación, al igual que los cristianos, la hacen a partir de las ideas que su creencia religiosa les proporciona como sustrato para tener un elemento con el que puedan interpretar y apropiarse de su realidad.

Hacer una comparación estricta para se-

ñalar las características no científicas del conocimiento generado por los árabes en las primeras etapas de su conversión al islam, sería querer desconocer la historia real de cómo ha sido el camino recorrido por la humanidad para lograr la conquista del conocimiento científico. Bien sabemos que éste ha sido lento, arduo, no siempre de ascenso lineal sin tropiezos, y que sólo hasta épocas muy recientes la ciencia es una práctica reconocida y común por todos los individuos que se encuentran dentro de la comunidad -sin que importen ya ningún tipo de diferencias raciales, religiosas, políticas, etc.- de quienes cobijados por el poder político y por la sociedad en su conjunto se dedican profesionalmente al cultivo de este tipo de conocimiento.

Todo pueblo, y de manera más acusada todo imperio, adquiere una clara conciencia de lo que le pertenece o pretende conquistar en términos de territorio, de ahí que necesariamente adquieran un rápido desarrollo las ciencias que tengan por objeto el estudio, conocimiento y descripción de la tierra a la manera que lo hace la geografía. Aquí se debe tener presente que al carecerse de acercamientos directos sobre su objeto de estudio, se toman como sustitutos las narraciones de viajeros o peregrinos y los reportes de mercaderes, soldados o marinos, fuentes en las que con frecuencia se encuentran fábulas y exageraciones.

Es importante no olvidar que las conclusiones a que lleguen los sabios que investigan sobre algún tema, deben ser coherentes con lo establecido por el canon religioso. De esa manera se va conformando una masa de conocimientos sobre un territorio que puede ser muy extenso, como es el caso del que perteneció a todos los imperios del ámbito mediterráneo. Por ejemplo, uno de los primeros conocimientos geográficos promovidos por el poder político islámico fue el que el califa al-Mamun, alrede-



dor del 830 d. C., encargó a un grupo de siete sabios realizar una imagen de la tierra. La obra producto del encargo a ese grupo entre los que se encontraba el famoso al-Khwarizmi, recoge materiales que recuerdan la obra del griego Ptolomeo, quien pusiera en circulación la teoría geocéntrica del universo, aunque también recoge otra tantas influencias, como la de dividir a todo el mundo habitado en siete zonas donde en cada una de ellas rige un clima determinado. «La influencia de la doctrina de los siete climas puede encontrarse indudablemente entre los autores griegos en tiempos tan remotos como los de Eratóstenes\*. No obstante, es probable que esta teoría de la división del mundo habitado fuera de origen persa-babilónico, teniendo en cuenta el lugar predominante que dicho origen ocupaba en la mayor parte de la literatura geográfica de los musulmanes. Los cuales eran más sensibles a las tradiciones orientales que a las griegas.»<sup>10</sup>

Otro acicate para promover el estudio y elaboración de mapas geográficos era, sin duda, la necesidad de registrar las rutas comerciales ya existentes o abrir otras nuevas que, eventualmente, pudieran ser de valor para la estrategia militar. «Por eso, en el curso del siglo IX, aparecen ya varias descripciones de países, bajo el título de El libro de los países o El libro de las rutas y de los reinos...En forma más o menos ordenada, hacen la descripción administrativa y topográfica de los diferentes países pertenecientes al Islam, con especial mención de los itinerarios. En estas obras se presta gran atención a los países no mahometanos, tales como las tierras e islas del Lejano Oriente y el Imperio bizantino. Por otra parte, dan amplia acogida a toda clase de cuentos y leyendas.»<sup>11</sup>

En una relación de mutuo apoyo, los estudios sobre la geografía de los territorios bajo el dominio islámico y el de sus enemigos, ayudaron a impulsar conjuntamente con el comercio los contactos entre los sabios árabes y el resto del mundo a su alcance en ese momento. De ahí que la presencia de las caravanas y los barcos con bandera árabe era común no sólo en las aguas del Mediterráneo, del Mar Rojo, sino también hasta las costas bañadas por el océano Índico.

Como ocurre con frecuencia dentro de los sistemas religiosos, éstos dan su propia versión de la realidad; así, se realizaron diversos mapas que acomodaban el espacio geográfico de acuerdo con su canon: aparece, en uno de los primeros mapa-mundi de este tipo en forma circular, el orbe de entonces cuyo centro es nada menos que Arabia y en el centro de ésta, la propia Meca, «el mundo está rodeado por el Océano circundante, cuyos dos golfos entran en el Continente de tal modo, que en un punto (el istmo de Suez), quedan muy cerca el uno del otro; estos golfos son el Mediterráneo y el Océano Indico (el mar de Rum y el mar de Fars) de acuerdo con la tradición coránica.»<sup>12</sup> Las interpretaciones religiosas del entorno geográfico tienen el valor de mostrar claramente cómo percibían los hombres de esos tiempos y, si bien es cierto que tales interpretaciones ayudaban poco para obtener informes más apegados a una realidad objetiva, por otro lado, también servían como elemento de oposición en contra de los enemigos de su doctrina.

Sin embargo existe otra corriente dentro de la tradición de los geógrafos musulmanes, que se ocupará de un estudio más apegado a la realidad, si se quiere menos ideológico, pero

10 Thomas Arnold y Alfred Guillaume, *El legado del Islam*, p. 108.

11 *Ibid.*, p. 109.

12 *Ibid.*, p. 110.

más útil por cuanto podía servir de base fundamentalmente para la navegación. Dicha corriente, cultivada por los astrónomos, tarda muchos años, por obvias razones, en desarrollarse pero tiene una mayor influencia en el pensamiento occidental para que, en la época inmediata anterior a la de los Grandes Viajes, sea tomada como uno de los puntos de referencia más importantes para estimular su realización. Ya para el siglo XII eran ampliamente conocidas y estudiadas las tablas astronómicas que acompañaban muchas de las obras de los autores musulmanes y aparecieron este tipo de obras, ahora elaboradas en latín por autores cristianos. Aunque también cundió entre los cristianos la aceptación de la teoría de los siete climas en que dividían el mundo, la mayor influencia árabe sobre la cristiandad registrada en ese tiempo fue creencia de que existía un centro geográfico llamado la cima del mundo.



La constelación de Andrómeda. Miniatura (1009) perteneciente al libro de las constelaciones de Al Sufi. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 211.

El descubrimiento de esa cima, también conocida como *Cúpula de la Tierra* o *Cúpula de Arín* fue una tarea a la que multitud de pensadores y sabios occidentales se propusieron dar cumplimiento, para ello se ocuparon de la realización de estudios más dirigidos tomando en cuenta dicho objetivo. Sabemos, por ejemplo, que en Occidente uno de los intelectuales de renombre, Adelardo de Bath tradujo, en una fecha cercana al 1126, las tablas trigonométricas de al-Khwarizmi. La imagen que de la tierra se tuvo entonces fue la de una enorme pera en la que la *Cima de Arín*, no era mas que la mitad oriental opuesta, ya que el en hemisferio occidental, por supuesto, existía igualmente un centro aunque mucho más elevado.

Con momentos de esplendor y otros en los que adquiere matices varios, el cultivo de la geografía dentro del islam hizo indudablemente aportes al conocimiento de la configuración de la tierra, aprovechando la enorme extensión de su influencia comercial, misma que se encuentra fuera de dudas toda vez de que, a pesar de las escasas pruebas documentales, se han registrado hallazgos muy importantes de monedas mahometanas en lugares bastante alejados del ámbito mediterráneo como Rusia, Finlandia, Suecia y Noruega, y otros hallazgos quizá no demasiado importantes en Inglaterra y hasta en Islandia. Tal vez no se deba pensar en un contacto comercial directo entre diversos lugares de estas latitudes y los portadores del islam, pero sí precisamente en una influencia que permitió dar a conocer algunos de sus productos, sus monedas -con seguridad de oro-, por supuesto, algo de su cultura.

Sabemos que el mayor alcance aceptado por los árabes mismos en dirección norte, es la región ocupada por los búlgaros que les servía como un corredor natural para tomar contacto comercial con otro ámbito contrastante al de su origen desértico como lo es el de los rusos es-

candinavos y, con ellos, ensanchar su comercio con el imperio de los zares que al actuar como la última frontera y límite reconocidos por los árabes, servía de puente entre el islam y la Bizancio imperial, lo que contribuyó a que multitud de productos árabes u orientales llegaran a manos de hombres y mujeres de los países cristianos.

Mas el poderío comercial árabe no se limitó, evidentemente, con abarcar grandes territorios del norte europeo. En el área norte del territorio africano, llegando hasta la actual Ghana, los árabes traficaron principalmente con oro proveniente del sur profundo del continente. Tales viajes hicieron posible que la Europa occidental tuviera algunas noticias de Africa -y de otras muchas partes del mundo- aunque, ciertamente, su principal fuente de información eran los relatos de los viajeros musulmanes.

En el otro extremo del mundo, en la parte oriental, es bien conocido que los árabes mantenían amplias relaciones comerciales con todos los países de la región, llegando más allá de la India, se habla, incluso, que estas relaciones comerciales llegaron hasta China. Por lo anterior podemos entender que el pueblo árabe estuvo lo suficientemente preparado para recibir el legado cultural de muchos otros pueblos; pero, lo más importante, estuvo preparado para asimilarlo, dentro de su propio carácter de imperio emergente, y transmitirlo a las generaciones posteriores, entre las que se encontraba para su fortuna la propia civilización de Occidente. «Además, las ciudades del Islam no estaban aisladas del resto del mundo occidental, como había ocurrido con las del Imperio Romano. El Islam se convirtió en el centro del conocimiento asiático y europeo. Y, a resultas de esto, una nueva serie de inventos enteramente desconocidos e inaccesibles para la tecnología griega y

romana se hicieron del dominio común. Entre los productos manufacturados de ese modo se encontraron el acero, la seda, el papel y la porcelana. A su vez, estos productos constituyeron la base para avances ulteriores, que más tarde sirvieron de estímulo al Occidente, en los siglos xvii y xviii, para efectuar su gran revolución técnica y científica.»<sup>13</sup>

Aunque la relación entre musulmanes y cristianos fue desde un inicio basada en el enfrentamiento como bloques culturales, sobre todo la tolerancia que tuvo el mundo islámico hacia aquellos que no profesaban su religión hizo posible el rescate, la conservación y la entrega, de hecho a la humanidad, de la sabiduría acumulada por otras tantas generaciones de hombres que no pertenecieron a su mismo ámbito cultural. Esa fue una de las consecuencias de la actividad comercial que desarrolló el islam por todos los rumbos de la rosa de los vientos. «Es verdad que desde el siglo viii encontramos viajeros musulmanes y mercaderes en las ciudades italianas y en Constantinopla, pero esa relación no era mas que el germen del activo intercambio comercial que empezó a desarrollarse en el siglo xi, y que solo se interrumpió por poco tiempo durante el primer periodo de las Cruzadas. Una vez que desaparecieron las barreras de los primeros tiempos, el comercio llegó a convertirse, por su propio impulso, en uno de los más poderosos factores que favorecieron la difusión de los valores culturales en los pueblos europeos, los cuales ayudados por sus gobernantes, como en el caso de Roger II de Sicilia\*, buscaron ávidamente el modo de utilizarlos.»<sup>14</sup>

El comercio es una referencia importante que nos habla de las relaciones establecidas entre la cultura islámica y el resto de las naciones. A veces algunos expertos buscan, más que

13 John D. Bernal, *La ciencia en la historia*, p. 287.

14 Thomas Arnol y Alfred Guillaume, *Op. Cit.*, pp. 132-133.



Descanso de una caravana de mercaderes. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 211.

obtener alguna conclusión de lo que a través de este tipo de referencias se puede apreciar, las fuentes documentales incuestionables que permitan cimentar como verdadera alguna afirmación. En ello proceden de acuerdo con las normas establecidas en épocas recientes por la concepción occidental de ciencia y de su método. Labor importante sin duda y muy loable su actitud, mas este proceder puede encontrarse con algunas dificultades. La primera, que aplicar el mismo rasero, el mismo método de crítica documental a sociedades que se encontraban en diferentes estadios de civilización como fueron la occidental europea y la musulmana árabe, niega por principio la obligación de entender cada fenómeno histórico de acuerdo con sus propias características (de ahí la necesidad de obtener fuentes documentales de situaciones en las que difícilmente pudieran existir); y segunda, que al no hallar tales fuentes se concluye, si no en la negación de la fuerte influencia, por ejemplo, de la cultura árabe en el mundo de la

Europa de los siglos del VII al XV, por lo menos en una relativización de ésta, con la consecuente sobrevalorización de la cultura occidental.

Para nosotros que si bien reconocemos la importancia de las fuentes documentales en todos los aspectos del conocimiento, de igual manera creemos que estamos obligados a realizar un importante esfuerzo para ponderar debidamente cada momento histórico y, en el caso de la influencia de la cultura árabe en Occidente, nos es suficiente reconocer que entre el lenguaje cotidiano de varios pueblos europeos palabras como, tráfico, tarifa, riego, tara, calibre, almacén, cheque y otras muchas más, nos indican cuán profunda fue la relación de la cultura islámica con los pueblos cristianos de la Europa occidental y más allá de sus fronteras. Dicha relación fue intensa y productiva al grado de que gracias al pueblo árabe fue posible la recuperación de la cultura griega que Europa reclama como suya, aunque Grecia desde el punto de vista geográfico, religioso, racial, de civilización, de cultura, pertenezca más al ámbito oriental.

Precisamente, las relaciones comerciales con los pueblos del mundo conocido de entonces nos hablan de la construcción de un ámbito cultural, social, artístico, muy propio que con el paso de los años fue levantando el pueblo árabe, lo que a su vez, nos conduce a vislumbrar cuan profundas fueron también las relaciones con esos pueblos que los llevaron a penetrar y elaborar un mundo de conocimiento cuyos alcances son de mayor envergadura e incluyen al conocimiento científico.

## El Islam y el conocimiento

Con frecuencia, al hablar del desarrollo del conocimiento científico de un pueblo, se hace énfasis en el aspecto de las aportaciones originales que haya logrado dar a una ciencia determinada, con lo que se pretende medir la vali-



dez e importancia de ese pueblo y de su contribución. La ciencia es mucho más que una serie de novedades cognoscitivas, conlleva entre otros elementos, el que el conjunto de conocimientos que conforman una ciencia sean coherentes entre sí, que mantengan una unidad y un mismo objeto de conocimiento que, igualmente, la recuperación y conservación de éste sean puestas al servicio de los fines más elevados de una sociedad, es decir, la ciencia también tiene ineludiblemente un aspecto moral.

La ciencia y los científicos no se encuentran al margen o fuera de la sociedad humana, de ella provienen y hacia ella se dirigen los resultados o productos de su acción, sean éstos ideas, meros conocimientos o hasta objetos, verdaderos artefactos o maneras de organizarse para llevar a cabo una tarea, maneras de pensar y concebir el mundo. Por ello es que nos interesa más la recuperación que realiza el pueblo árabe bajo el islam, de toda la gran masa de conocimientos provenientes de muy diversos pueblos y épocas, su conservación y su transmisión que hacen de éstos a todos los hombres, que rebasan con mucho el lugar o el tiempo en que se encuentren. Aunque tampoco se debe desechar que el pueblo árabe haya hecho aportaciones científicas de verdadera originalidad.

*Nihil novum sub sole* reza el proverbio latino, porque ciertamente no hay nada nuevo bajo el sol y buscar el reconocimiento, dentro del ámbito científico basado en la originalidad de las contribuciones, es por lo menos limitar y pervertir el espíritu humano que se encuentra en la base de la ciencia. Al pueblo árabe se le reconoce ampliamente la recuperación que hizo, además de multitud de textos provenientes de Siria, Mesopotamia, Persia, Palestina, la India, de los libros y, por ende, del conocimiento en ellos contenido, de los enormes logros ya casi olvidados de la cultura griega. Y ese solo hecho es suficiente para asegurarle un lugar pri-

vilegiado en la historia de la ciencia y el pensamiento humanos.

Como es conocido, los griegos mismos abrevaron amplia y profundamente en las fuentes de la sabiduría oriental; aunque, muy dentro de su estilo, tal hecho no fue nunca reconocido explícitamente. Parecía natural que tomar de aquí y de allá trozos o completos de sabiduría sin decir abiertamente de dónde provenían, era algo por completo normal si se piensa en términos de pertenencia: si algo me pertenece o le pertenece a mi grupo o familia, lo puedo tomar sin que deba mencionar o comprobar su origen. Simplemente es mío, sin que ello implique problema mayor.

En la recuperación que hace el pueblo árabe de la sabiduría griega, principalmente de las obras científicas y filosóficas se aprecia, además de una actitud profundamente racionalista, la convicción de que se está ante el legado de una cultura que ha alcanzado logros que rebasan el círculo —o cerco— local, para alcanzar el rango de propiedad de la humanidad. Pero tampoco se oculta el hecho de que tales logros se conservan porque se ve la posibilidad de obtener de ellos alguna utilidad, aunque quizá este término sea demasiado fuerte para designar la manera en que el pueblo del islam se acercó a las fuentes de la sabiduría helénica, toda vez que no todo acercamiento guarda una intención exclusivamente pragmática.

Los árabes por otro lado fueron extremadamente sensibles al aspecto místico, de ahí que El Divino Platón haya sido uno de los autores que gozó de mayor atención, conjuntamente con Aristóteles\* de quienes se tradujeron muchas de sus obras aunque, dado su prestigio, no resulta extraño que otras tantas les hayan sido indebidamente atribuidas. Obras de este tipo fueron por ejemplo *La teología de Aristóteles* y *El secreto de los secretos* que a través de los árabes pasaron a los escolásticos medievales



Aristóteles, Galeno, Platón y Al-Hakim. Ilustración de un manuscrito árabe. *Historia de la Humanidad*, Vol. IV, p. 99.

con los consecuentes interminables y estériles debates y desacuerdos.

También se puede apreciar la enorme influencia que tuvieron las traducciones islámicas de las obras de Platón y de Aristóteles al pretender realizar la unión de ambas obras en un intento por fusionar la teoría del número mágico platónico con la jerarquía de las cualidades de *El filósofo*; lo nos conduce a constatar la inmensa vitalidad y difusión con que contaron los conocimientos de toda índole, desde las matemáticas, la filosofía hasta la astrología y la alquimia.

Una situación como esa posiblemente fue inevitable toda vez que al desarrollo de la ciencia en el ámbito musulmán concurrieron multitud de influencias y doctrinas de las cuales era humanamente imposible separar aquello que, para la moderna mentalidad científica, constituían conocimientos verdaderos de lo que ahora se considera mera charlatanería y conseja. Pero, insistimos, más que querer ver en ello un motivo de menosprecio y abandono de los alcances y aportaciones árabes al desarrollo científico, es una muestra de que el islam fue un enorme crisol donde se dieron cita todos los saberes que de una u otra manera se encontraban vivos sin importar su procedencia. Por

ejemplo, para la época en que Bagdad se convirtió en la nueva capital del mundo árabe ahí «acudieron sabios persas, judíos, griegos, sirios y de otras naciones más remotas. Y, tanto en Bagdad como en Jundishapur, se iniciaron las traducciones al árabe de las principales obras de la ciencia griega. Estas traducciones se hacían directamente del griego o, con mayor frecuencia, del siríaco; y, desde el principio, estos trabajos fueron subsidiados por los califas y los notables. El califa Al-Mamun llegó incluso a fundar un centro de traductores, Dar el Hikhma, en el que los grandes sabios Hunain ibn Ishaac y Thabit ibn Khurra\* redactaron textos arábigos de la mayor parte de los escritos de Aristóteles y Ptolomeo. También tradujeron muchas obras persas e hindúes, pero éstas no fueron vertidas después al latín y, por lo tanto, se perdieron para el Occidente.»<sup>15</sup>

Entonces no resulta extraño que el desarrollo de la ciencia árabe, por todos los rincones del imperio musulmán, haya sido intenso por cuanto fue una tarea que los hombres poderosos tomaron como suya y contribuyeron con largueza a que diera abundantes frutos. Desde los califas de Córdoba, en la antigua Iberia romana, hasta sus sucesores, los pequeños emires de España y Marruecos fueron un permanente sostén para los sabios que dedicaron su vida al conocimiento. Incluso, cuando llegó el momento de la decadencia musulmana, hombres como Saladino\*, Mahmud de Ghazni y Ulugh Begh de Samarcanda\*, no abandonaron a su suerte a los hombres de ciencia y en todo momento les proporcionaron el máximo apoyo que les fuera posible. La ciencia entre los árabes era cosa seria por lo que algunos de esos poderosos participaron ellos mismos de manera activa en su cultivo, lo que constituye un punto que marca una gran diferencia entre la manera en que la sociedad árabe, secular, civilmente acogió su desa-

<sup>15</sup> John D. Bernal, *Op. Cit.*, p. 288.

rollo científico y la ciencia cristiana, cuyo desarrollo se le asignó, quizá con algunas excepciones, directamente a algunas órdenes religiosas.

El cobijo que le dieron los poderes político y económico a la ciencia islámica no se limitó al aspecto económico al dotarla de recursos para que pudiera desarrollarse. De vital importancia fue también la protección que le brindaron a los sabios contra las posturas ortodoxas, siendo que con el transcurso del tiempo fueron surgiendo innumerables posiciones que pugnaban entre sí reclamando ser, cada una, la poseedora de la verdad absoluta. Ante una situación en extremo amenazante, los únicos que se encontraban en condición de garantizar la integridad física de los sabios y la suficiente libertad para desarrollar sus estudios fueron quienes contaban con el suficiente poder político y económico, para evitar que tuvieran injerencia en las investigaciones científicas los extremismos de cualquier grupo o signo.

Se dice que los sabios árabes conscientemente evitaron cualquier ambición que los condujera demasiado lejos de lo que los antiguos habían establecido y, en todo caso, con mesura, arriesgarse a mejorar aquello susceptible de ser mejorado. En este punto debe tomarse en cuenta que la ciencia no se encontraba desligada de la filosofía, por lo que si los pensadores de la antigüedad —piénsese en Platón y su alumno Aristóteles— ya habían alcanzado ciertas verdades, era prácticamente imposible superar su obra, por lo que sería mejor asimilarla, conservarla y difundirla. Era normal entonces que la unidad del conocimiento estuviera dada por la filosofía, de la que se desprendían disciplinas como la astronomía y la medicina, cuya más inmediata relación se encontraba en la astrología como el medio para encontrar los significados escondidos en el gran espectáculo del cielo, el macrocosmos, y su contraparte gemela el

microcosmos, el mundo profundo interno del hombre.

Si quisiéramos hallar el punto nodal de la vida en la sociedad musulmana, además de la religión, que sería con mucho la razón última de la existencia, estaría más que la filosofía, entendida a la manera occidental, el sistema jurídico derivado de la fe. En el largo proceso que va de la consideración de la colectividad, de la tribu, como el centro y fuente de la vida social, hasta el reconocimiento del individuo, de la persona humana como la unidad de esa vida social, la irrupción del islam juega un papel decisivo. Si bien la tribu acogía a todos los individuos que la conformaban y les daba significado a todos los aspectos de su existencia, la nueva fe hacía imposible que la colectividad o la familia respondiera por ese individuo.

La aceptación del islam significó el rompimiento radical con el pasado, por cuanto el reconocimiento de que la única y verdadera divinidad era Allah y Mahoma su profeta exigía una decisión individual personal. La antigua comunidad no podía imponer ni responder por la conciencia de cada individuo. De esa manera surge otra comunidad netamente diferenciada de la unidad tribal, la familia más amplia y abstracta cuya base se encuentra en religión de la sumisión. «Fuera ya del anonimato de la vida colectiva, vemos surgir la vida individual. De ahí en adelante el hombre tiene consideración personal y lo individual, a su vez, representa que cuantos derechos y deberes pueda ostentar, lo serán, no por sus vínculos con la comunidad, sino como creyente. El conjunto de estos creyentes constituye la comunidad islámica. Los que creen que no hay más que un Dios (Allah), que Mahoma tuvo una misión providencial, y acatan los contados preceptos que dió, pertenecen por derecho propio al pueblo o comunidad (*ummah*) de Mahoma, que sustituyó al antiguo *ummah* o tribu establecida sobre vínculos de

parentesco. Esta comunidad es distinta de las demás: es el pueblo elegido, el pueblo sagrado, al cual se confía la protección de Dios y la persecución de los malos. Es donde únicamente reside la justicia y la fe sobre la tierra. Es el único representante de Dios entre las naciones, igual que el Profeta fue la representación de dios entre los árabes.»<sup>16</sup>

## El Derecho

Aunque el punto central de la existencia del individuo se traslada a Dios y hace de la fe en El el motivo de su existencia, el islam no barre o elimina la consideración social ni suprime a la tribu. Cambia sí el punto de énfasis de la vida humana y lo coloca en Dios, pero los pocos preceptos que demuestran su aceptación incondicional y la voluntad de vivir de acuerdo con sus lineamientos están imbuidos, hasta el fondo, de la inserción del individuo en la comunidad; ciertamente la comunidad de creyentes, la *ummah*, en la que, a partir de ese momento, se considerará el auxilio mutuo como una obligación legal. Así, la vida de un musulmán está referida a la *ummah*, por cuanto solamente en ella se encuentra el camino que conduce a Dios.

Tal conclusión es obligada y establece dos extremos no contradictorios sino complementarios. Al aceptar la existencia de un Dios único, entonces todo lo que el hombre tiene en su derredor, el universo, la totalidad de los seres humanos y, consecuentemente, las obras de éstos y las relaciones que entre ellos establecen, deben sujetarse y ser regidas por la voluntad indiscutible de la divinidad. No existe algo que no le pertenezca a Dios, el universo, la tierra, lo que sobre ella existe, los pueblos, los gobiernos, todo le pertenece. Allah es el nombre de dios cuya voluntad y obras se imponen a

los hombres y siempre están dirigidas al bien común. La riqueza pública es tesoro de Allah, el ejército de un pueblo es el ejército de Allah; su omnipresencia y poder alcanza hasta los últimos rincones del cuerpo social, por lo que se puede afirmar que los funcionarios y empleados públicos son, sin reticencia ni límite, los empleados de Allah.

Si cada átomo existente le pertenece a Dios, así también todo ser humano tiene en El a su creador y poseedor, por lo que la relación entre Creador y creatura es por completo directa. Entre Allah y el creyente no media nada ni nadie. De ahí que el islam no tenga Iglesia, sacerdotes ni sacramentos, si Allah se encuentra más cerca de cada hombre que *su propia vena yugular*. Dios conoce a cada ser humano aún antes de su nacimiento y más allá de su muerte, El conoce hasta sus más íntimos deseos, pasiones y pensamientos por lo que desde su nacimiento hasta su último suspiro el hombre se encuentra, por completo, radicalmente, solo ante Su Mirada.

Así la base de todo pueblo, de toda sociedad y las relaciones entre sus miembros se encuentra dada de antemano por Dios cuya voluntad es simple y llanamente Ley. Toda comunidad constituida alrededor de la fe en Dios acepta su gobierno y ello determina el concepto de la ley. «La ley, según los antiguos y los contemporáneos, es la norma legal aprobada por el pueblo, directamente o a través de los órganos que lo representan, y deriva su autoridad de la razón y de la voluntad humanas y de su naturaleza moral.»<sup>17</sup> Cualquier persona que viole una ley, no solamente infringe un precepto sino que comete pecado porque todo derecho proviene de Dios mismo.

La instauración de normas, de leyes en toda sociedad humana es indispensable debido

<sup>16</sup> Thomas Arnold y Alfred Guillaume, *Op. Cit.*, pp. 372-373.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 376.



a que la libertad que tiene el hombre al tener, en definitiva, como juez máximo a Dios, podría interpretarlo como una libertad absoluta de actuar según sus apetitos y, con ello, ir en contra del bien común. Si por naturaleza el hombre es susceptible de caer en excesos, de ser voraz, perezoso, avaro, sería imposible que la sociedad humana pudiera subsistir si Allah no hubiera estatuido la ley y permitido al hombre actuar a su arbitrio. Dicha ley prohíbe la realización de unos actos y alienta otros, a fin de que la libertad de que goza el hombre sea lo más beneficiosa posible lo mismo para el individuo como para la sociedad. Por ello es que el islam, por ejemplo, tiende a estimular las actividades prácticas, tiene en gran estima a la agricultura, al comercio y los trabajos, lo que a la larga va representar una enorme diferencia en el aspecto del cultivo de las ciencias que implican, además que un esfuerzo teórico, la manipulación de cosas o personas, con culturas como la griega en la que los ciudadanos estaban impedidos por sus propias convicciones de verse a sí mismos realizando alguna actividad manual, ya que la consideraban como impropia de su calidad de hombre libre. Entre la *ummah*, tanto la religión como la ley, aunque de alguna manera representan dos órdenes distintos, se complementan y están por completo unidos en la consecución del bien común y su fin último que es la felicidad.

Siendo la ley un hecho social, necesariamente una parte de ella se refiere a la sociedad y otra al individuo. Aquella que no tiene que ver con el individuo, lo que no se refiere a los intereses privados, se denomina Derecho de dios, que es el equivalente a lo que entre los romanos estaría dirigido a la *civitas*, o sea, es aspecto que tiene que ver directamente con las relaciones entre individuos como pertenecientes a la *ummah*, cuyo universo abarca concep-

tos como los de libertad, matrimonio, parentesco, usura o ley penal.

De antemano comprendemos que el Derecho adquiere entre la comunidad musulmana una alta complejidad, proveniente por una parte, como hemos visto que toda la vida humana tiene una referencia a dios, de consideraciones religiosas, y por la otra, de la propia naturaleza del derecho, que dentro de la *ummah*, adquiere particularidades más pronunciadas, toda vez que si bien dentro de la jurisprudencia islámica se cuenta con tradiciones y una casuística establecida, existe una amplia libertad de interpretación que puede incluso, de acuerdo con las características del caso individual, desechar la tradición y emitir un dictamen *ad hoc*.

Si se acepta hacer una paráfrasis de Lenin, diríamos que a pesar de que desde las primera épocas del islam se establecieron con el tercer califa las seis *hadiz* o colecciones jurídicas, éstas, en última instancia, no son un dogma sino una guía para la acción. De manera que la comunidad musulmana debe recurrir, en caso de necesidad, a los expertos en el conocimiento de la ley, y estos expertos, se atenderán para emitir algún juicio a guías muy generales que, por lo general establecen límites a todo acto humano, por ejemplo «...sería un error suponer que la propiedad como derecho es ilimitada, ya que tiene límites marcados en su propia naturaleza, cuyos fines son la utilidad. Los productos de la tierra se le facilitan al hombre para subvenir a su existencia, es decir, para que los emplee provechosamente, no para que los malgaste sin objeto o a su capricho.»<sup>18</sup>

De igual manera, otro límite que la ley marca a las acciones humanas es el de que, aún reconociendo el derecho de algún individuo, «nadie está autorizado a ejercer su derecho con el único objeto de agraviar a los demás sin provecho para sí mismo; tampoco está autorizado

18 *Ibid.*, p. 383.

nadie para ejercer algún derecho cuando este ejercicio implique un agravio para los demás, desproporcionado a su beneficio.»<sup>19</sup> Así, a través de una serie limitada de reglas que reflejan el espíritu de la ley, de la profunda equidad y compromiso social que debe guiar la conducta de los hombres, denominada el camino recto, se encausan las acciones reales de las personas en interacción con su entorno y es de cumplimiento obligatorio para todos los creyentes incluyendo al califa.

Esa racionalización que se hace dentro del islam de la conducta que deben observar sin excepción todos los creyentes, se encuentra profundamente imbuida de una religiosidad que muestra de manera patente la convicción de que no existe una real división entre la fe y todos los aspectos de la actividad humana. «Por consiguiente, las acciones humanas se dividen en relación directa con la ley divina, en 5 categorías; a) acciones obligatorias que constituyen un deber cuyo cumplimiento es premiado por Dios y su omisión, castigada; b) acciones recomendadas que favorecen a la religión y la comunidad, cuyo cumplimiento se premiará pero su omisión no se castigará; c) acciones permitidas que son moralmente neutras y cuya ejecución no se premiará ni su omisión se castigará; d) acciones desordenadas que menoscaban la obediencia religiosa y cuya omisión se premiará, pero cuya ejecución no se castigará y e) acciones prohibidas, la abstención de las cuales es obligatoria y se premiará y cuya ejecución se castigará.»<sup>20</sup> A partir de tal gradación y sobre la base de guías generales como son las cinco columnas del islam, los creyentes deben conducirse en la vida, y si acaso no tienen seguridad sobre la bondad de sus acciones, sólo les resta consultar con su propia conciencia de la real intención de éstas.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 384.

<sup>20</sup> Markus Hattstein, *Religiones del Mundo*, p. 102.

Pero si el hombre tiene propensión, por egoísmo, a quebrantar la ley en perjuicio de sus semejantes, se hace necesaria la existencia positiva de un poder que, más allá de las voluntades personales, sea capaz de regular positivamente la conducta de los individuos y conduzca al cuerpo social por el camino de la obediencia. Ese poder no es más que el Estado al frente del cual se encuentra un califa que, fuera de las obligaciones mayores que debe cumplir, es igual que cualquier otro creyente. El califa encarna al Estado cuyo fin no es otro que procurar la prosperidad de los hombres en este mundo y su salvación en el futuro.

Teniendo esa alta obligación y al no existir ordenamientos positivos sobre la conducta que como tal debe observar, el califa de hecho tiene un amplio margen de acción; pero el cumplimiento correcto de sus obligaciones son directamente sancionadas por Allah, de ahí que su responsabilidad sea la mayor de todos los creyentes. Se dice que Dios hace a los príncipes y Dios les quita el poder, por lo que el pueblo debe guardarle siempre obediencia aun si el califa no atiende debidamente los ordenamientos, ya que ésta es una obligación religiosa necesaria para salvaguardar la existencia de la comunidad musulmana, puesto que sin un príncipe no habría sociedad humana, el grupo humano sería apenas una horda sin religión, sin ley ni freno. El príncipe es la columna principal del edificio del Estado, y es responsabilidad de la *ummah* intervenir para darse a sí misma un príncipe que haga las veces de su guía principal.

La obligación religiosa y por tanto moral de participar en los asuntos del Estado como es la elección de su príncipe, hace de cada creyente parte de un cuerpo social vivo y actuante en el que la ley divina se manifiesta en el nivel

humano como una ley de profundo carácter – empleando un concepto moderno– ciudadano. Con todo, la participación de los creyentes para darse a sí mismos un príncipe también es una enorme responsabilidad, ya que quien se convierta en el guía de la *ummah* debe llenar varios requisitos, entre los cuales destaca el que sea un hombre libre, es decir, además de que tenga la facultad de disponer de su persona y de sus bienes, que su compromiso de obediencia sea únicamente ante Allah; sin olvidar, sus cualidades morales que lo faculten para el ejercicio de juzgar, su categoría social y su experiencia, podríamos decir, administrativa, para conducir todos los negocios del estado. El ejercicio del principado, de hecho, se consideraba ni más ni menos que como un contrato entre la feligresía y su líder, que una vez aceptado era obligatorio su ejercicio. Mas no tardó mucho, en el transcurso del siglo I de la *Hégira*, en convertirse el califato de ser un cargo electivo, por consenso entre los mejores de la comunidad, en un cargo hereditario al designar el califa reinante a su sucesor, obviamente dentro del seno de su misma familia.

A pesar de que pronto cambió la manera de ejercer el poder, el Derecho imponía siempre límites a su ejercicio por parte del califa, quien no obstante de ser una especie de jefe religioso, nunca se podía considerar como pontífice, ya que no se encontraba –porque no existía– revestido de ningún carácter sacerdotal, tampoco, desde el punto de vista político se podía considerar como un *maestro*, debido a que el puesto de califa siempre se consideró como una institución de fe pública cuyo objeto es procurar el servicio, la protección y el firme desarrollo de la religión islámica.

Esta construcción ideal del Derecho entre el mundo musulmán, si bien marcaba claramente las rutas de acción de todos los elementos

sociales, no pudo contener el avance de la cruda realidad. «Mas, apenas había desaparecido la primera generación musulmana cuando las necesidades prácticas de una constitución política y el anárquico temperamento de los árabes hicieron que el califato se transformara, primero en un gobierno personal bajo los Omeyas\*, después bajo los Abasidas, en una monarquía de tipo persa, cuya ortodoxia aparente disimulaba mal el despotismo, la violencia y el desorden administrativo, que fueron empujando al Imperio hacia la ruina.»<sup>21</sup> No obstante, gran parte de este edificio teórico queda en pie en la medida en que los sabios y, en general, el pueblo tenía –y tiene– la profunda convicción que la justicia divina se impondrá, aunque en ocasiones la *ummah* o comunidad de fieles deba realizar un supremo esfuerzo para soportar los excesos de los poderosos. Esa convicción le hacía adoptar al pueblo, como un paliativo ante una realidad adversa, una sentencia que debía repetir una y otra vez: *Ten paciencia, da al César lo que es del César y espera hasta que se haga justicia.*

De esa manera el pueblo árabe y cada uno de los individuos que lo conforman, al aceptar pacientemente las desviaciones de aquellos que ocupan elevados cargos dentro del aparato del Estado, expresan en ese acto su profunda fe en que los dictados de la ley se harán realidad y que, quienes cometieron acciones censurables, tendrán la obligación de responder por ellas ante Dios. Por ello mismo, el musulmán, por lo general, tiene una amplia capacidad de tolerancia, puesto que cada hombre, tarde o temprano, deberá rendir cuentas ante la divinidad y ahí no tendrá valor alguno el poder o la jerarquía humanos, sólo se juzgará de la bondad o no de sus acciones y entonces recibirá la recompensa o el castigo merecido.

21 Thomas Arnold y Alfred Guillaume, *Op. Cit.*, p. 393.

Por otro lado, en el sistema jurídico islámico se manifiestan dos importantes características que lo hacen, además de distinto de otras manifestaciones legales, un sistema que tiende a rescatar lo mejor que cada humano tiene como persona. La primera de ellas es su concepto de igualdad, ya que sin importar el color de la piel, el monto de la riqueza, el origen de familia, absolutamente todos son creyentes y, por lo mismo, todos son iguales ante el Creador. Él es el único ser superior al que la humanidad entera debe rendirle obediencia ciega y sumisión absoluta. La otra característica es la confianza que cada hombre debe tener en sus semejantes y que se muestra en cada acto mediante la buena fe. Se da por descontado que cada creyente actúa con la intención de expresar la justicia y la bondad en cada una de sus acciones; por lo que, de manera complementaria, el receptor de ese acto y sus consecuencias acepta la no existencia de algún propósito ajeno o contrario al bien. Recíprocamente se acepta que nadie tiene la intención de aprovecharse de sus semejantes, y la obligación de ser digno de la confianza de todos aquellos con los que se relaciona.

Se podría pensar que la clave para entender los complejos aspectos de las manifestaciones sociales y culturales del pueblo musulmán, es la obediencia o, mejor, imitación que en todos los ámbitos de la vida el creyente desea hacer de quienes se han distinguido por su sumisión a Allah, comenzando con el Profeta. Tal imitación puede explicar que no se persiga dar cumplimiento a las formalidades que puedan derivar de la reglamentación de una ley, sino al espíritu que invade a todas las leyes que, en última instancia es la obediencia a la voluntad de Dios, que conlleva la conservación y beneficio de la *ummah*.

De ahí que todo aquello que conduzca o

ayude a hacer posible la felicidad de la comunidad de creyentes, que es, sobre todo su cercanía a Dios, sea lo más apreciado. De aquí se deriva el concepto de utilidad, no en el sentido pragmático sino en el que considera algo como útil si contribuye al logro de ese elevadísimo objetivo ante el que todos los demás palidecen o simplemente desaparecen. Esta utilidad explica la gran flexibilidad no sólo del sistema jurídico islámico, sino de los creyentes mismos, por lo menos en un amplio trayecto de su historia o en algunas regiones o países, que en un momento se toma como la tradición a la que se debe recurrir para resolver algún caso. «La ley es también susceptible de cambio con respecto a su aplicación. Malikitas y hanafitas están asimismo conformes sobre este punto. ‘La norma del legislador es la utilidad’. Los árabes se dieron cuenta claramente del motivo de esta flexibilidad, que no es otro sino la costumbre. Las sociedades son organismos vivos y sufren incesantes mutaciones durante su existencia. ‘En tiempos de Adán, la condición del hombre era de desamparo e indefensión. Se daba la hermana al hermano y Dios extendía su indulgencia a otras muchas cosas. Cuando la sociedad se hizo más próspera y numerosa, los preceptos se multiplicaron.»<sup>22</sup>

Pero, si bien es cierto que la base del sistema jurídico del islam se encuentra en su flexibilidad, cuyo objetivo inicial es la utilidad en el sentido ya expuesto, no cualquier persona, por muy bien intencionada que pretendiera o pudiera ser, estaría capacitada para profundizar y encontrar el sentido correcto que se le deba dar a una norma de acuerdo con una circunstancia determinada. Porque, como ya se ha comentado la ciencia legal no es más que una parte de la teología. Ser un jurisconsulto musulmán exige, por principio, ser un riguroso observante de la ley de Allah, un profundo cono-

22 Ibid., pp. 398-399.



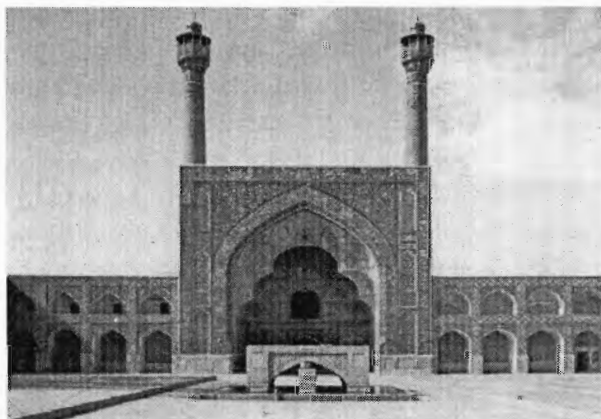
cedor de las tradiciones de su pueblo y de sus normas jurídicas, y una persona que por sus cualidades como individuo se haya ganado el respeto y la confianza de su comunidad.

Como vemos, el sistema jurídico dentro de la *ummah* se encuentra, no digamos matizado, sino profundamente imbuido de un carácter moral acorde con los dictados del islam. Quizá ello, en algún momento pueda contribuir a que se presente cierta confusión, mas el hombre sabio sabrá sortearla en tanto pueda distinguir lo que proceda en cada asunto concreto, es decir, mientras con la ayuda de Allah separe lo que le corresponde a la divinidad de lo que es material humano. Ya que es imperativo hacer esa distinción, se podría hacer el paralelismo entre los derechos de Dios que equivalen al derecho público, y los derechos del hombre entonces se referirían al derecho privado. De esa manera, al dictaminar correctamente sobre un asunto humano, también se estará haciendo lo correcto en las esferas de la religión y de la moral. «De ahí que haya podido decirse con razón: ‘El hombre no posee ningún derecho del que Dios no participe: la intervención divina consiste en su mandato de dar a cada uno lo suyo y que nadie se extralimite en aquello que pertenece a los demás.»<sup>23</sup>

La sociedad árabe cuya vida se basa fundamentalmente en la práctica de la religión, hace que en torno de ella giren desde los actos más nimios, sin importancia hasta los de verdadera trascendencia para toda la comunidad de creyentes, ya sea de carácter individual o colectivo. De ahí que quienes pudieran llegar a ostentar el título de maestros, tenían en adición a la aceptación social de su papel como compiladores, guardas y transmisores del saber, también un cierto reconocimiento como guías religiosos. Nadie que no estuviera avezado en el conocimiento profundo de las normas del is-

lam, difícilmente podría realizar una adecuada —a cada caso específico— interpretación de los suras del Corán para determinar la acción conducente.

De igual manera, ese sabio cuyo conocimiento de la ley le permitía dictaminar o guiar, según su interpretación adecuada de la norma establecida por Dios, bien podía ayudar a sanar a los enfermos a la vez que ocuparse de otras tantas actividades científicas y administrativas en las cortes de los califas o al lado de personajes poderosos de proverbial riqueza. Es por ello que resulta un tanto difícil identificar la forma socialmente creada para llevar a cabo el proceso de enseñanza aprendizaje, de acuerdo con los cánones occidentales, en la medida en que un líder o guía espiritual actuaba a la vez como jurista, médico, o procuraba resolver problemas prácticos de la vida cotidiana y resolvía problemas que involucraban un profundo conocimiento de las matemáticas.



La Mezquita de Viernes en Isfahan. *Religiones del mundo*, p. 100.

La imagen de un guía de la oración, erudito en varias ramas del saber, recargado contra alguna columna de una mezquita de cualquier pueblo regularmente importante dando clases a los alumnos que le rodean, es bastante familiar entre la *ummah*. Si la obligación principal, por lo que se refiere al conocimiento, que debe

23 *Ibid.*, p. 403.

tener en cuenta un creyente es el de adquirir y transmitir su fe, los demás saberes necesariamente se derivan y se articulan con éste. Siendo por otro lado que, en el fondo, el conocimiento todo es un todo indisoluble; con múltiples facetas, sí, pero no hace más que reflejar la esencial unidad de la naturaleza, y no es necesario recordar que esa naturaleza, que la realidad, es una creación de la absoluta voluntad divina.

Entonces, la única tarea importante que pudiera tener un hombre en su vida sobre la tierra es la de obedecer ciegamente a esa voluntad divina, buscar y hacer realidad la esencial armonía que debe existir en cualquier ámbito, por ser obra de Dios. No es otro el espíritu de la ley. Existen las normas para que el hombre tenga un señalamiento que guíe su vida interior tanto como la que, en su trato con otros hombres, se manifiesta en cada una de sus acciones y gestos que se deben apegar a lo asentado por las cinco columnas del islam.

### **La medicina en el mundo islámico**

Bien sabemos que mientras la península europea se encontraba sumida en una obscuridad casi total por lo que se refiere al cultivo del conocimiento, en los territorios ocupados por el islam se dio el fenómeno contrario: el de realizar una inmensa tarea de rescate, a través de la traducción a su lengua, de multitud de obras de los más diversos orígenes y materias. Ciertamente les fue imposible a los árabes hacer acopio de todas las obras existentes y proceder a hacer su traducción; pero gracias a su labor fue posible para la cultura occidental recuperar las fuentes que se ha apropiado como suyas.

En todo caso, esa enorme labor de los musulmanes habla de su vocación por llegar a obtener el conocimiento con la convicción de

que no tenía sentido alguno que tal saber se mantuviera a nivel de mera erudición, ya que al igual que cualquier propietario debía hacer uso de su bien para beneficio de sí mismo y de su comunidad, así también los sabios debían, como una obligación moral, poner a disposición de su pueblo los conocimientos alcanzados.

Uno de los polos de mayor interés cultural del mundo árabe fue la ciudad de Alejandría, que desde su fundación por Alejandro Magno, se le concibió como un lugar de reunión privilegiado donde se darían cita los hombres más brillantes de cada generación. Allí, sin embargo, aunque se llegaron a realizar excelentes obras, fue un tanto difícil el desarrollo de la traducción de las obras antiguas, por cuanto gran parte de su población no aceptó, por prurito religioso ya que buena parte de ella profesaba un cristianismo francamente fanático, llevar a cabo esa tarea. «De modo que debemos orientarnos hacia el mundo de lengua siria. El idioma neoarameo o sirio había reemplazado paulatinamente al griego desde el siglo III en los círculos ilustrados de Asia occidental. Los que propagaron la civilización sirio-helénica fueron principalmente los nestorianos. Esta secta cristiana fué (sic) fundada el año 428 por Nestorio, patriarca de Constantinopla. Sus adeptos fueron condenados por herejía en el Concilio de Efeso el año 431, y desde entonces emigraron a Edesa. Expulsados de allí en 469 por el emperador bizantino Zeno, emigraron a Persia, que entonces estaba bajo el dominio de los sasánidas, donde fueron bien acogidos. Al extenderse más en dirección Este, llevados de su celo proselitista, penetraron en el corazón de Asia y llegaron hasta el oeste de China.»<sup>24</sup>

El importante papel que van a jugar los nestorianos en el desarrollo de la cultura mun-

---

24 Ibid., pp. 407-408.

dial es básico para comprender, los antecedentes y la magnitud del impulso que le dieron los árabes al conocimiento científico. Esta llamada secta de los nestorianos, en el transcurso de la primera mitad del siglo IV, trasladó su centro de operaciones que incluía una escuela de medicina de Edesa a Nisibis en Mesopotamia y, casi dos siglos después, de ahí a Jundeshapur en el sudoeste de Persia, donde ya hacía varios siglos funcionaban una academia y un gran hospital.

En esa última ciudad de Jundeshapur el rey Chosroes Nushirwan (531-579) fundó un centro intelectual de máxima importancia que recibía a sabios de todas las latitudes y donde encontraron refugio los hombres de ciencia griegos que habían salido de Atenas (529) al cerrar Justiniano\* su escuela de filosofía que allí había funcionado durante largos años. En Jundeshapur se dieron cita prácticamente los mayores sabios de la época entre los que destacaban, además de los griegos, los sirios, los persas y los hindúes. Ello explica y da elementos para considerar la enorme influencia —y sincretismo— que tuvo desde antes de nacer la cultura occidental de saberes muy antiguos generados entre los pueblos orientales.

Se habla de que un hombre llamado Sergio de Reh-‘Aina, un cristiano monofisita, fue la figura científica más importantes de habla siria. A él se le atribuye el impulso inicial para realizar la traducción al sirio de la literatura médica escrita originalmente en lengua griega, como la que personalmente hizo de las obras más importantes de Galeno, lo que representó una influencia decisiva en el desenvolvimiento de la ciencia médica siria durante más de dos siglos, aunque, por otro lado tal influencia representó la conservación de las obras griegas y su transmisión a las civilizaciones posteriores.

Se puede decir que alrededor del año 750, en conjunto, los gobernantes musulmanes, sin

importar prácticamente el lugar geográfico pues todo el imperio caminaba en el mismo sentido, se inició de manera consistente, programática, el acopio del saber generado por la humanidad en los siglos precedentes. Aunque parece ser que tuvieron preferencia por las obras de los sabios griegos, no les fueron ajenas aquellas provenientes de pueblos lejanos en el tiempo o en medidas terrestres. Tal visión de la importancia que revestía el rescate de los antiguos, como hemos visto, surgió desde muy tempranos tiempos en el seno del islam.

En la época del califa abasida al-Manzur\* (154-175 de la *Hégira*) se estableció un importante centro de traducción en la ciudad de Jundeshapur; y se cuenta que en cierta ocasión el califa sufrió una grave enfermedad, al grado que envió allí a sus mensajeros en busca de uno de los miembros de la eminente familia de médicos cristianos Bukht-Yishu, Jurgis quien era el jefe de uno de los hospitales más importantes. Esta familia mantuvo su prestigio durante muchas generaciones, y se dice que fueron consultados por califas como al-Hadi o Harún-al-Raschid\*. Mas es de notarse que una familia como la Bukht-Yishu, pudo desarrollar de manera amplia sus conocimientos médicos y ejercer sin restricciones en un medio social, político y cultural eminentemente musulmán, lo que quiere decir que existían las condiciones necesarias, incluso un ambiente propicio de alto nivel sobre el cual fincaron el ejercicio de su profesión y consecuentemente de su prestigio.

La práctica de la medicina, como es obvio, no se constriñó a los círculos de sabios cristianos, judíos, griegos o persas, sino que fue una actividad normal en la vida del pueblo árabe y era necesario —como lo es ahora— contar con un cuerpo médico lo mejor preparado posible que estuviera en condiciones de hacer frente a la enorme variedad de dolencias de todo tipo que aquejaban sin distinciones a los hom-

bres y mujeres de entonces. También resulta obvio que la preparación para ejercer tan delicada tarea requería de muchos años de arduos estudios y ejercicios que son imposible o al menos de difícil adquisición si no se cuenta con un sistema de enseñanza y un profesorado adecuados. Debemos recordar que la práctica de la medicina no se limitaba sólo a los aspectos netamente médicos, sino que, de manera complementaria, o mejor dicho, como parte de una preparación integral, los médicos debían ser hombres muy bien enterados en otros campos del conocimiento.

La preparación de una persona que iba a dedicarse de manera principal al cultivo de los estudios de la medicina y su ejercicio, debía adquirir también una serie de conocimientos en diversos campos como los idiomas, la química, la botánica, la astronomía, la astrología, consecuentemente las matemáticas y una gama de otras tantas actividades prácticas, que le permitieran atender adecuadamente a quienes la consultaban buscando ayuda y alivio para sanar sus males.

Una preparación como la que requería un médico debía darse mediante un sistema capaz de garantizar que ésta correspondía perfectamente a las necesidades de la gran masa de la población. Y como sucede desde tiempos inmemoriales, tal preparación sólo la podían adquirir de una manera organizada durante años de estudio y práctica bajo la tutela de un maestro. El caso del pueblo árabe, confirma que a pesar de las variantes, el sistema que socialmente era utilizado para llevar el conocimiento de aquello que en la actualidad -y solamente a partir de tiempos muy recientes- llamamos ciencias, guarda muchas similitudes sin importar que hablemos de pueblos del extremo o del cercano Oriente, de los habitantes del entorno del mar Mediterráneo o de los pueblos de la península europea.

Lo anterior nos lleva de manera directa a uno de los puntos medulares del fundamento de la civilización occidental, ya que a riesgo de repetirnos insistimos en no negar los enormes avances logrados en todos los terrenos del conocimiento, de la técnica, etc., pero ya es el momento en que asuma su papel -si bien importante- de reconocerse como en el concierto de otras formas, más distintas sí, mas no contradictorias sino complementarias. Es sabido que las sociedades a lo largo de la historia del mundo se ven a sí mismas revestidas de algo especial que las hace creer que son los pueblos elegidos de la creación; pero el tiempo nos ha mostrado igualmente, que todo pueblo es parte de la humanidad.

«Todavía es imposible trazar la historia de la ciencia árabe. Para ello se hace necesario sacar datos de una literatura que sólo pueden comprender especialistas iniciados, a la vez, en la lengua y en las técnicas a que se refiere. A duras penas se distingue de la Filosofía, en general cultivada por los mismos hombres particularmente en el caso de la Medicina. En líneas generales la importancia histórica de la ciencia árabe consiste en haber recogido la herencia antigua de la forma que permitirá que el Occidente a su vez la recoja. Sería injusto, sin embargo, reducirla a un simple papel de intermediario pasivo. Nunca quizá hubo tal entusiasmo intelectual. Nunca la difusión de informaciones accesibles había sido tan amplia, puesto que a la ciencia griega se añadían las aportaciones de las otras civilizaciones orientales, y el conjunto se vertía a una lengua única.

Y si bien es cierto que se parte de textos antiguos, también lo es que se les comparaba, criticaba y verificaba, de lo que es imposible que no resultasen al menos progresos individuales. Lo que los sabios musulmanes, a pesar de su intelectualismo, tenían de inferioridad respecto de los griegos en cuanto a su poder de



abstracción, lo compensaban –de una forma a la que el desarrollo posterior de la ciencia da todo su valor– con una mayor exigencia experimental. La ciencia que los árabes transmitieron es una ciencia vívida, y sólo por esa razón pudo sobrevivir y perdurar. Rasi, uno de los sabios más grandes, formuló explícitamente la posibilidad tan extraña a la mayor parte de los espíritus medievales abrumados por la sabiduría antigua, de un progreso continuado de la ciencia.»<sup>25</sup>



Mapa del mundo medieval establecido por Al-Idrisi. Manuscrito egipcio del siglo xv. *Historia de la Humanidad*, Vol. iv, p. 203.

Es decir, la ciencia y con ella la humanidad –y viceversa– no tienen un destino manifiesto cuya culminación es Occidente. El punto es el reconocimiento de la contribución de todos los pueblos al acervo cultural y científico de la humanidad, y consecuentemente, también de su contribución a través de múltiples experiencias y propuestas para, juntos, ir constru-

yendo la institución que, a partir del siglo xii, llamaremos universidad.

Esta reflexión la sentimos indispensable por cuanto en la literatura histórica occidental sobre el tema, de manera sistemática, quizá inconscientemente, guiados por un auténtico celo intelectual, todo aquello que no es europeo se le presenta minimizado o, de plano, se le elimina porque no alcanza el *status* de científico. Así, la importante colección conocida como *Los legados* dirigida y editada bajo los auspicios de la universidad inglesa de Oxford, al cuidado de distinguidos especialistas en toda área que abordan cada uno de los tomos, dedicados a hacer del conocimiento del amplio público la herencia que nos dejaron las culturas antiguas, en su tomo dedicado a *El legado del Islam*, el profesor Max Meyerhof en su artículo intitulado *Ciencia y medicina*, hace una afirmación que nos conduce a la certeza –antes apenas sospecha– de que, al igual que en los antiguos mapas chinos, China ocupa el centro, en los hindúes, la India es también el centro, en los códices aztecas, Tenochtitlan es nada menos que el centro del universo, considera a Europa y sus conceptos de civilización, cultura, ciencia, como el centro único de nuestro universo al afirmar que, en el ámbito islámico: «Los traductores, en su mayor parte cristianos nestorianos, recibían encargos de traducciones griegas, sirias y árabes y también frecuentemente persas. Las antiguas estaban primitivamente redactadas en sirio. Sin embargo el venerable Yuhanna Ibn Massawayh (murió en 857), que fue durante cincuenta años médico de los descendientes de Harún al-Raschid, publicó cierto número de trabajos sobre Medicina, en árabe. Generalmente las versiones sirias estaban hechas para los alumnos cristianos y sus amistades, mientras que las de lengua árabe se hacían para los maes-

25 Claude Cahen, *Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Romano*, p. 262.

tros musulmanes, que algunas veces eran hombres ilustrados (s.n.)»<sup>26</sup> Nociones de este tipo son las que nos han llevado al estudio del nacimiento de la institución universitaria, e intentar hacer evidente que el trabajo en favor de ésta corresponde a muchos pueblos y no solamente al centroeuropeísmo. La sociedad mundial de nuestro tiempo ya no acepta centralismos de ningún tipo.

Especial importancia reviste para nuestro tema la obra del sabio tunecino del siglo XIV, Abd-ar-Rahman ibn Muhammad ibn Jaldún al-Hadrami, mejor conocido por la versión reducida de su nombre como *Ibn Jaldún*, quien escribió un voluminoso libro que tiene como título el de *Al-Muqaddimah* (Introducción a la historia universal), en el que hace un extenso recorrido desde la filosofía de la historia hasta el arte de la poética pasando por la teología, la filosofía, la lógica, la política, la geografía y otras tantas ciencias. Él, como un autor que vivió en un mundo ajeno al eurocentrismo —que aún no había sido inventado—, es una fuente de primera mano que nos permite contemplar, desde otra perspectiva, la complejidad del proceso cultural que conformó a la institución universitaria. Ibn Jaldún vivió en una época en la que ya podía mirar con cierta lejanía el desarrollo histórico de su pueblo, y podemos observar en su obra la simple consignación de hechos y creencias que, a pesar de que representan una toma de posición, incluso política, respecto de sus contemporáneos, para nosotros es la fuente que nos permite tener una opinión contrastante con la que es común en nuestro entorno, que no por ser mayoritaria debe ser necesariamente verdadera y justa.

Según esa opinión mayoritaria proveniente de una visión centralista de la cultura occidental, el mundo islámico se dedicó casi exclusi-

vamente a traducir las obras de los autores griegos y a repetir lo que en ellas se consignaba. Ello si bien encierra un mérito, no fue suficiente para hacer que el conocimiento científico tuviera los avances y alcances que se pudieran esperar. La obra científica de los griegos marcó una altura y quedó en suspenso hasta la aparición de los sabios occidentales que la han llevado, sobre todo a partir del Renacimiento hasta los grandes logros que en la actualidad vivimos.

En esa interpretación que cuenta con las simpatías de autores de la talla de Hegel o de Teilhard de Chardin, quien dice que donde quiera que mire, se hace evidente que la cultura pasa por Europa, se asienta que los griegos son los iniciadores del desarrollo del conocimiento científico y Occidente es su directo heredero y continuador. Si bien los griegos ocupan un alto e indiscutible sitio en la historia de la ciencia, no fueron los únicos que ocuparon el interés de los sabios musulmanes. Sobre este punto es digno de tomarse en cuenta lo que en su *Introducción a la historia* apunta Ibn Jaldún: «Todos los grandes sabios que han tratado los principios fundamentales de la jurisprudencia, todos los que se han distinguido en la teología dogmática, y la mayor parte de los que han cultivado la exégesis coránica, eran persas, como es bien sabido. No hubo en ese entonces más que hombres de esta nación para consagrarse a la conservación de los conocimientos y a la tarea de ponerlos por escrito. Hecho suficiente para demostrar la veracidad de la expresión atribuida al Profeta: ‘Si, dice, la ciencia estuviera suspendida en lo alto del cielo, algunos persas habría para alcanzarla.»<sup>27</sup>

Para Ibn Jaldún la medicina es la ciencia que tiene por finalidad el cuerpo humano desde el punto de vista de la salud y la enfermedad,

26 Thomas Arnold y Alfred Guillaume, *Op. Cit.*, pp. 411-412.

27 Ibn Jaldún, *Op. Cit.*, p. 1010.

siendo que quienes se dedican a su cultivo se dedican a cuidar de mantener la salud de las personas y a curar sus enfermedades, utilizando para ello remedios y alimentos, previo reconocimiento de las dolencias de cada miembro o de cada órgano del cuerpo. Quien practica la medicina debe tener conocimientos sobre las virtudes particulares de los remedios y debe saber reconocer todos los indicios de cada enfermedad en un enfermo: la coloración de la piel, la sobreabundancia de humores y la agitación del pulso, por los que se puede conocer si la enfermedad ha llegado al punto en la que es susceptible de algún tratamiento terapéutico, que necesariamente debe imitar y apoyar las fuerzas de la naturaleza, tomando en consideración aspectos como la estación del año y la edad de la persona enferma. «Galeno ha escrito sobre la materia una obra muy importante e instructiva; este gran maestro del arte dejó libros acerca de la medicina que han sido traducidos (al árabe). Fue contemporáneo –dicen– de Jesús, ¡la paz sea con Él!, y murió en Sicilia, mientras hacía un recorrido, tras haber dejado voluntariamente su país natal. Sus producciones sobre la medicina han servido de obras maestras a todos los médicos venidos después de él. Hubo, entre los musulmanes, médicos de un talento muy superior, tales como Al-Razi\*, Al-Madjusí, de los cuales el más ilustre fue Ibn Zohr.»<sup>28</sup>

Como vemos, el ejercicio de la medicina entre los musulmanes no era una práctica improvisada; exigía una paciente y profunda preparación y es importante señalar, como se ha hecho evidente, que los avances logrados en el terreno de la medicina y, en general, en todas las ciencias, pasaban a ser del conocimiento –sin que podamos saber con qué velocidad– de los sabios del entorno mediterráneo y más allá. De hecho, se podría hablar de una comunidad



Galeno, Avicena e Hipócrates, grabado del siglo XIV, *Historia de la Humanidad*, Vol. IV, p. 99.

científica que rebasaba con mucho las estrechas consideraciones localistas o religiosas, entre la que las influencias eran mutuas y los desarrollos en gran medida compartidos, aunque tampoco se deben olvidar los antecedentes y procurar dar el sitio justo a cada parte. «Al igual que la astronomía, la medicina islámica fue una continuación directa de la de los griegos. Con todo, se agregó el conocimiento de nuevas enfermedades y drogas, hecho posible por la amplitud geográfica que abarcaba el Islam. Los médicos –no sólo musulmanes, sino también judíos– estudiaron un gran número de enfermedades y se ocuparon de muchos problemas relacionados con los efectos del clima, la higiene y la dieta, sin despreciar tampoco el arte práctico de cocinar. Como se encontraban al servicio de los gobernantes y de los comerciantes ricos, los médicos tenían gran prestigio y un elevado nivel intelectual. Los grandes médicos islámicos, como Rhazes y Avicena, poseían necesariamente conocimientos muy amplios, que iban desde la astronomía –para propósitos astrológicos– hasta la botánica y la química, que les servían para seleccionar y preparar las drogas. El hecho de que casi todos los sabios islámicos fueran médicos –de hecho, todos practicaban la medicina– tuvo una influencia impor-

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 918.



tante, aunque no suficientemente reconocida, sobre sus concepciones científicas y filosóficas.»<sup>29</sup>

Esa característica en el cultivo de las ciencias entre los sabios musulmanes permite hacer ciertas generalizaciones en el sentido de hacer extensivo un sistema socializado de enseñanza, es decir, un sistema escolarizado vivo, inmerso en la vida cotidiana de los diversos pueblos musulmanes, cuyos principios, a pesar de las diferencias naturales de cada caso, eran ampliamente compartidos por todos los individuos que aceptaban la sumisión absoluta a dios como su credo religioso. Al mantenerse unidos por los lazos de la religión y hacer de ésta el centro de sus vidas, las diferencias pasaban a un plano secundario porque lo verdaderamente importante era el sometimiento voluntario a la divinidad.

Ibn Jaldún en su obra *Introducción a la historia universal*, fuente importantísima para el conocimiento de la cultura y civilización islámicas, en uno de los capítulos de su obra hace un excelente resumen de cómo se impartía la enseñanza en el mundo islámico, y nos permite corroborar que entre los musulmanes existía un verdadero sistema de escolaridad, sancionado por las autoridades políticas y por los guías de la comunidad religiosa más connotados. Es tal el aprecio que se tiene por las tareas de la enseñanza que Ibn Jaldún no tiene objeción en equipararla con las artes.

Quien tiene la facultad de abarcar las bases, los fundamentos de una ciencia y de deducir de éstas todas sus ramificaciones, es aquel que cuenta con las cualidades necesarias para llegar a poseer el dominio de esa ciencia. Las facultades son en realidad habilidades adquiridas, porque «todas las habilidades adquiridas son corporales, sea que tengan su centro en el

cuerpo o bien en el cerebro, como las de la reflexión y las del cálculo; y, puesto que todas las materias corporales son sensibles, sólo pueden captarse por medio de la enseñanza. Por eso, entre los pueblos de todos los países y en todas las generaciones, se atiende a que, para cada ciencia y para cada arte, el sistema de enseñanza sea basado en la autoridad y ejemplo de algún doctor renombrado.»<sup>30</sup>

Ibn Jaldún le llama arte a la actividad de la enseñanza, toda vez que cada uno de los más ilustres maestros tiene su propio sistema, siendo que si existiera una sola y única terminología entre ellos, ésta, la enseñanza, alcanzaría el rango de ciencia. Y se lamenta de que el declive de las otrora poderosas dinastías en los países de Occidente y su despoblamiento hayan conducido a la casi desaparición de la docencia entre los musulmanes, sobre todo en aquellas metrópolis de Kairuan y Córdoba, donde tiempo atrás las civilizaciones de ambas habían logrado importantes avances, por lo que las artes y las ciencias tuvieron amplios incrementos que semejaban *un océano desbordante*. «Hacia mediados del siglo VII, cuando el gobierno almohade fue derrotado en Marruecos, un cadí, llamado Abul Qasim Ibn Zaitun, dejó Ifrikiya, y, habiéndose ido a Oriente, encontró allí a los discípulos del imam Ibn-el-Jatib, y se instruyó bajo su dirección. Al cabo de estudiar su método didáctico y adquirir una gran idoneidad en las ciencias racionales y tradicionales, retornó a Túnez con un vasto acervo de conocimientos y un excelente sistema de enseñanza. Abu Abdallah Ibn Shoaib, miembro de la tribu beber de los Dokkala, siguióle de cerca. Había salido del Magreb para visitar el Oriente y tomar cursos de los profesores del Egipto; y en seguida regresó a Túnez, donde fijó su residencia. Las clases que éste impartió aquí fueron

29 John D. Bernal, *Op. Cit.*, p. 294.

30 Ibn Jaldún, *Op. Cit.*, p. 774.



muy instructivas. Así pues, la juventud tunecina hizo sus estudios bajo la dirección de estos dos profesores. El sistema pedagógico enseñado por ambos se transmitió de generación en generación, y, al llegar finalmente al cadí Mohammed Ibn Abd-es-Salam, comentador de las obras de Ibn-el-Hadjib, lo pasó a su vez a sus discípulos. El propio sistema fue llevado de Túnez a Telmosan o Telmocen por Ibn-el-Imam y sus discípulos. Este doctor había estudiado con los mismos maestros y en las mismas aulas con Ibn Abd-es-Salam. Se encuentran todavía discípulos de éste en Túnez, y de Ibn-el-Imam en Telmosán, pero son tan poco numerosos que se teme ver pronto interrumpida la tradición de la enseñanza introducida por aquellos maestros.»<sup>31</sup>

El señalamiento que hace Ibn Jaldún acerca del declive del arte de la enseñanza en el ámbito islámico lo debemos situar en la época en que vive este sabio, el siglo XIV, en el que ya se hacía evidente que el imperio de la comunidad de los creyentes, la *ummah*, había perdido de hecho su primer impulso expansionista y los mayores logros económicos, políticos, militares y culturales ya pertenecían al recuerdo del pasado. Ibn Jaldún atribuye tal condición deprimida a la interrupción de la tradición didáctica a consecuencia del declive de la civilización y del avance del dominio cristiano en Occidente; pero dicha condición hace evidente que en otros tiempos florecía la actividad de la enseñanza por todos los rumbos de la geografía islámica, que fue la base de los grandes avances científicos y técnicos. «La tradición de la enseñanza no ha sido interrumpida en Oriente; los estudios allí encuentran constantemente estímulos y la instrucción se ha extendido como un mar desbordante. Dicha tradición se ha conservado en esas latitudes, merced a su vasta y continua civilización, pues a pesar que sus gran-

des ciudades, como Bagdad, Basora y Kufa han quedado en la ruina después de haber sido manantiales del saber y de las ciencias, el Supremo dispuso que otras aún más importantes las reemplazaran, y desde donde las ciencias se han difundido en el Iraq pérsico, y, de allí en Jorasán y Transoxián, del lado de Occidente. Estas ciudades han continuado con una numerosa población y una avanzada civilización; por eso las buenas tradiciones de la enseñanza se han mantenido en ellas constantemente.»<sup>32</sup>

Entonces es un hecho incontestable que la cultura musulmana condujo el desarrollo científico hasta entregarlo en manos de los sabios occidentales, cuando les fue imposible sostenerlo, debido a su declive económico y político frente a otros imperios y naciones. El gran mosaico de pueblos que conformaron el mundo islámico fue capaz de mantener su fundamental unidad y actuar conforme a un objetivo común, y cuando algunos de sus integrantes declinaba en su poderío, surgía otro u otros que podían retomar la tarea y hacerla avanzar un trecho más. Tal es el caso de los invasores turcos que lograron apoderarse de gran parte del imperio; pero, siendo a su vez miembros o adoptando la misma religión de sus nuevos vasallos, se dieron a la tarea de mantener en óptimas condiciones el cultivo de las ciencias en cualquiera de sus expresiones. «Los emires turcos, pensando que el imperio podría un día sufrir alguna grave catástrofe y temiendo que su soberano cometiera injurias contra los descendientes que ellos dejaran después de su muerte, y sobre los cuales tenía derecho, en su calidad de esclavos o libertos, construían numerosos colegios, conventos y claustros que asignaban, a título de *waqf*, inmuebles de considerable producto. Al constituir esos *auqaf* (plural de *waqf*), ponían por condición que sus descendientes

31 Ibid., p. 775.

32 Ibid., p. 777.

serían los administradores de los mismos o cobrarían una parte de la renta. Además, dichos emires eran inclinados generalmente a hacer el bien y las obras pías, esperando la recompensa de sus buenas acciones en la vida futura, lo cual ha tenido por resultado que los *auqaf* sean numerosos en el Cairo y de importantes productos, de los que una parte se consagra al mantenimiento de los estudiantes y a los sueldos del profesorado; por eso acuden allí desde el Irak y el Magreb a hacer sus estudios. Los centros de las ciencias gozan de una gran demanda en dicha capital y los mares del saber desbordan de plenitud.»<sup>33</sup>

La de Ibn Jaldún es una opinión plenamente autorizada pues él al vivir en el siglo XIV, fue uno de los últimos sabios musulmanes, que tuvo el privilegio –y podríamos suponer, también la tristeza– de ver panorámicamente la historia de los pueblos del islam, desde su inicio, su gloria y su declive, por lo que muy bien la información con que contó para escribir su *al-Muqaddimah* provino de las mismas fuentes que le eran familiares y conocidas a fondo al compartir el mismo mundo de la cultura del islam, y nos proporciona un valioso punto de vista que nos permite afirmar que, más allá de la visión limitada y limitante de quienes quisieran que las aportaciones y hazañas de los sabios no occidentales quedaran en el olvido, muchos estudiosos harán suyo el reto de abordar esta historia para, en definitiva, dar el sitio justo que merecidamente tienen muchos pueblos en la construcción humana de la civilización y la cultura.

Por si existiera alguna duda de que los árabes también hicieron varias aportaciones en el campo de la medicina, no se limitaron a ser reproductores de lo dicho y alcanzado por los griegos, es importante señalar que los estudios y la práctica de la óptica fue un ámbito neta-

mente islámico durante muchos años, y fueron ellos quienes se encargaron también de producir los textos que sirvieran de vehículo para la propagación de los conocimientos que lograron alcanzar. «Una rama de la medicina que tuvo un desenvolvimiento mayor fue la que estudia las enfermedades de los ojos, posiblemente debido a su abundancia en los países desérticos y tropicales. El tratamiento quirúrgico de los males oculares produjo un renovado interés en el conocimiento de su estructura. Este conocimiento dio a los médicos árabes la primera comprensión real de la dióptrica –en el nuevo sentido de estudiar el paso de la luz a través de cuerpos transparentes– y, luego, ésta llevó al establecimiento de la *óptica moderna*. El cristalino del ojo indicó el modo de usar *lentes* de cristal –*beryllus*, *brillen*– o vidrio para amplificar y leer, especialmente por parte de los ancianos. El invento consistente en montar dichas lentes en armazones para formar los anteojos, vino después. El *Optical Thesaurus* de Ibn al-Haitham (*Alhazen*), hacia el año 1038, fue el primer tratado científico serio y en él se basó toda la óptica medieval. Este tratado, si bien fue mejorado, no quedó superado hasta el siglo XVII. La lente constituyó la primera extensión del aparato sensorial del hombre y sirvió para equilibrar la mayor capacidad de movimiento que había adquirido ya por medio de la aplicación de la mecánica. La lente fue el prototipo de los telescopios, los microscopios, las cámaras fotográficas y los demás instrumentos ópticos de las épocas posteriores. Aun sin tomar en cuenta sus otras aportaciones los médicos islámicos hicieron una decisiva contribución a la ciencia con la fundación de la óptica.»<sup>34</sup>

Es claro que el desarrollo de la ciencia árabe, aun si se tuviera la consideración de que no hizo ningún aporte –suposición por demás fal-

33 *Ibid.*, p.781.

34 John D. Bernal, *Op. Cit.*, pp. 294-295.

sa— al avance científico de la humanidad, debió sustentarse de manera firme sobre la base de una enseñanza profesionalizada y extendida ampliamente por todo el territorio musulmán durante muchos años, todos los que abarcó el poderío del imperio islámico y más allá todavía, pues a pesar de que perdió el poder económico, político y militar, su cultura ha sido prolongada hasta nuestros días. Es imposible siquiera imaginar que la obtención de conocimientos que necesariamente les debía llevar un buen número de años a quienes quisieran emprender el camino de la práctica jurídica o de la medicina, por supuesto en compañía de uno o varios profesores de prestigio.

Al igual que ocurrirá en el mundo cristiano de la época medieval y todos los pueblos de la antigüedad, la creación, promoción y cuidado de los grupos de alumnos alrededor de los maestros, entre los pueblos islámicos la enseñanza se daba al amparo de las mezquitas y de los poderosos del gobierno, muchas veces el califa, el cadí, o el emir, eran los primeros interesados en que arraigaran los grupos de alumnos y maestros en su territorio. Eran ellos quienes pagaban el sueldo de los maestros para que éstos proporcionaran la enseñanza a sus pupilos. Desde tiempos inmemoriales se conoce que quienes recibían la enseñanza de algún profesor eran hijos o familiares de un colega de éste, es decir, de alguna manera se está ante un grupo en gran medida cerrado, y bajo juramento, se comprometía a cumplir en lo futuro la misma conducta a quienes habían recibido la enseñanza de sus maestros.

## Química y Astronomía

Además de la jurisprudencia y de la medicina, los musulmanes también cultivaron otras muchas ciencias en forma muy destacada, entre las que ocupa un importante lugar la quími-

ca, que debe atribuírsele a los sabios islámicos su inicio como tal ciencia con sinnúmero de avances que, de otra forma, hubiera sido imposible conquistar durante muchísimos siglos. A pesar de que los árabes «no fueron los primeros químicos, sino que trabajaron sobre la base de las tradiciones y prácticas de que estaban profundamente enraizadas en las civilizaciones de Egipto y Babilonia y que los griegos únicamente racionalizaron someramente. También aprovecharon, en una medida difícil de establecer los amplios conocimientos químicos de los hindúes y de los chinos.»<sup>35</sup>

Sin que haya duda al respecto, fue obra de los sabios del oriente islámico que al reunir toda una serie de conocimientos basados en la experiencia heredados de civilizaciones como la china y la hindú y hacerlos comprensibles sobre la base de algunos principios generales, los convirtieron en la ciencia de la química. Tales conocimientos tenían una doble vertiente, por un lado eran producto de una serie de reflexiones para encontrar la causa o la explicación de diversos fenómenos y, por otro, se llegaron a ellos a partir de la búsqueda de una solución a problemas de la práctica cotidiana ya fuera para aliviar un mal o para la elaboración de productos de perfumería, como fue el caso del alambique que, bajo el nombre del *kerotakis* griego, los perfumistas árabes lo utilizaron para la fabricación de esencias haciéndole varias y sustanciales mejoras, hasta del nombre por el cual nos es conocido en la actualidad. Mas los conocimientos de un ámbito generalmente pasaban a otro de manera natural, ya que entre los árabes no existió el aberrante pavor a meter las manos e involucrarse activamente con los objetos de conocimiento, abandonando el plano de la mera especulación racional; así, de la labor de los artesanos también derivaban las tareas de los sabios musulmanes, que hacían ob-

<sup>35</sup> *Ibdn.*, p. 295.

jeto de su consideración los problemas prácticos surgidos en el transcurso del vulgar trabajo para ganarse la vida. «La riqueza de las nuevas técnicas —ya que la destilación no era la única— no fue dejada solamente en el cause de las tradiciones artesanales, como ocurrió con las técnicas de la época clásica. Por el contrario fueron examinadas y discutidas por los médicos y filósofos más capaces. Así, fue posible establecer explicaciones racionales de las transformaciones químicas; aunque debido a su mayor complejidad, no fue suficiente para esto el mismo análisis simple empleado en la mecánica o en la astronomía.»<sup>36</sup>

Con todo, es de vital importancia tener presente que el mundo actual, con toda su escuela de desarrollo científico y tecnológico que



Pala árabe del Siglo XIII. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 353.

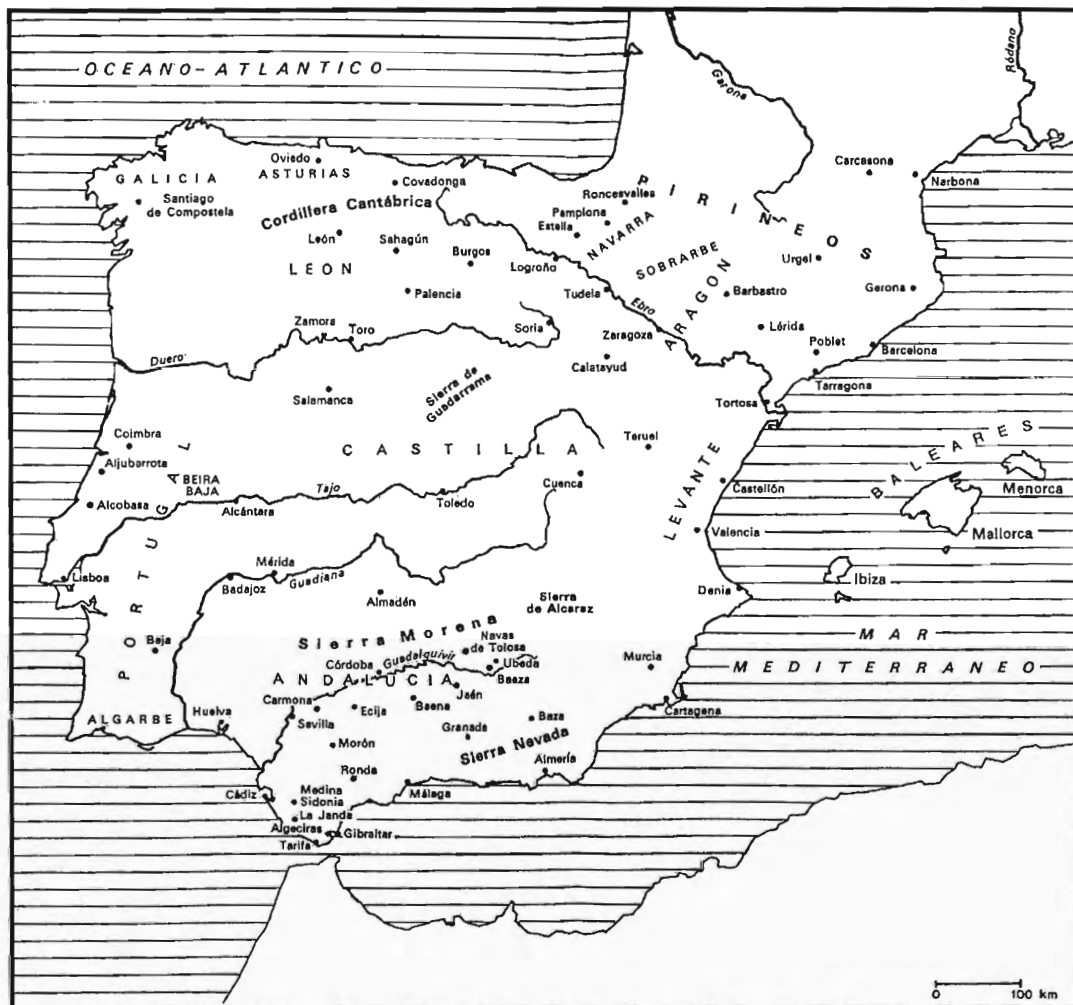
<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 296.

Europa occidental elaboró, sobre todo a partir del Renacimiento, tiene una enorme deuda con los árabes que se refleja de manera mucho más clara y ostensible en la cultura hispánica, ya que la ocupación de la península ibérica por los musulmanes durante ocho siglos dejó su impronta en todos los órdenes de la vida. Pero, también es de relevancia dejar establecido que España jugó un papel de primera línea al ser el receptáculo del conocimiento de los sabios musulmanes proveniente de numerosos rincones del imperio, ya que en la parte sur de esta península, al establecerse firmemente la cultura islámica, varias de sus ciudades fueron centros intelectuales de primerísimo orden, destacando, en el medio occidental, sobre todo ciudades como Palermo, Córdoba y Toledo.

La fuerte expansión del islam que lo llevara a ocupar los vastos territorios de la mayoría del entorno mediterráneo presentó dos caras en aparente contradicción: una, como ha ocurrido a lo largo de la historia, en cuanto se ha alcanzado el poder, que han logrado imponerse a sus contrarios, las energías internas se vuelven contra quienes en calidad de aliados lucharon juntos por alcanzar sus objetivos comunes, y se convierten en irreductibles enemigos. Así, la muerte de Mahoma desata una serie de enfrentamientos al interior de la *umma* que, desde ese entonces, tan sólo ha traído pocos años de paz entre los mismos creyentes. Una vez que murió asesinado el último de los cuatro califas que sucedieron a Mahoma, el gobernador de Siria, Muawiya ocupó el poder y lo convirtió en la dinastía califal hereditaria de los Omeyas cuyo poderío se prolongó por más de un siglo hasta que fueron sangrientamente desalojados por los Abasíes.

Una consecuencia inmediata fue la disgregación y dispersión de los diferentes grupos musulmanes, situación que fue aprovechada





Mapa de la España Cristiana y Musulmana. Jacques Heers. Historia de la Edad Media, p. 208.

igualmente para invadir y apropiarse otros territorios. Tal dispersión fundada en la convicción de llevar su credo por todos los puntos cardinales del mundo conocido y las permanentes luchas internas, tiene como elemento de compensación —sin importar las distancias, las obligadas diferencias raciales existentes en un amplio territorio, el paso inexorable del tiempo— de una fortísima unidad religiosa y cultural que le permitió mantener su presencia e influencia durante muchos siglos frente al naciente poderío de la racionalidad occidental con todo su peso y resultados que hoy conocemos.

El islam como fuerza aglutinadora de las

manifestaciones culturales de los diferentes pueblos que conformaban la *ummah*, hizo posible la consecución de objetivos comunes y las tareas que se iniciaban en una ciudad bien podían ser continuadas en otra, a través de una cadena de discípulos. Ello explica, en gran medida, que el enorme trabajo y dificultad que representó el traslado de un idioma a otro de multitud de textos de los más importantes sabios y pensadores hasta entonces conocidos, fueran griegos, persas o sirios, aunque existieron ciudades como Bagdad, Palermo, Alejandría o Toledo, en las que dicha labor alcanzó elevadísimos niveles, de hecho ésta no se aban-

donó prácticamente en los sitios de mayor relevancia del imperio musulmán.

Pero, insistimos, la traducción de multitudes de libros no fue la única y exclusiva tarea de importancia que emprendieron los sabios del islam. Ya hemos comentado la complejidad y amplitud de su sistema jurídico, al igual que sus conocimientos en medicina o química; pero, un dato que puede ser en extremo revelador de los verdaderos alcances del cultivo de la ciencia entre los musulmanes nos lo proporciona la astronomía. Bien sabemos que los conocimientos en esta disciplina tenían un doble carácter. Por un lado, daban la posibilidad de comprender la realidad natural y la humana desde el punto de vista de la búsqueda y hallazgo de significados sólo accesibles para quien conociera las claves no accesibles a todos y fuera avezado en la interpretación de los mensajes de los que eran portadores los astros, es decir, mediante la interpretación astrológica de los fenómenos celestes.

Por otro lado, los conocimientos alcanzados a través de la observación, del registro minucioso de los acontecimientos y de su interpretación de los acontecimientos que tenían lugar en los cielos, eran utilizados en auxilio de otras actividades también importantes para el pueblo árabe, como la agricultura y la navegación. A partir de la convicción de que en la cultura islámica la recuperación de las tradiciones antiguas mantendrán de manera permanente ese carácter bivalente, se comprende porqué, con los matices que se advierten cuando se profundiza en la dinámica propia del desarrollo de la ciencia en el entorno mediterráneo, que «en astronomía, los árabes continuaron la tradición griega, aceptando sin crítica y sin preocuparse de hacer progreso radical alguno en las elaboraciones de Ptolomeo, cuyo *Almagesto* (sintaxis de Megala) tradujeron. Ahora bien, aunque no

agregaron nada a la teoría, sí prosiguieron sin interrupción las observaciones astronómicas de los antiguos. Particularmente los observatorios de Harran —ciudad de los adoradores caldeos de los astros— siguieron funcionando bien en la época de los Abasidas, protegidos de la interferencia islámica por la ficción de que se trataba de sabeos (sic), o sea ‘gente del libro’. Si hubiese ocurrido una interrupción, los astrónomos del Renacimiento no habrían tenido a su disposición los resultados de 900 años de observaciones y, por tanto, los descubrimientos decisivos en que se apoya la ciencia moderna tal vez no se hubieran podido hacer sino mucho después, o quizá nunca se hubieran hecho.»<sup>37</sup>

## El Islam y Occidente

El desarrollo de la ciencia islámica fue fundamental para que la Europa occidental, al apropiarse de los logros alcanzados por ésta, pudiera, a su vez, fundar dicho desarrollo sobre la base de una metodología racional. De hecho se estableció una especie de simbiosis cuya parte aportadora de los nutrientes básicos —si se concede utilizar un ejemplo biológico aplicado al comportamiento humano—, la cultura musulmana generó las bases indispensables para que sobre ellas Occidente pudiera cimentar la ciencia vigente en la actualidad. «Los antiguos, así como los modernos, han escrito ampliamente sobre este arte, por ejemplo, Al-Battaní\*, Ibn-el-Kammad y otros. Los modernos en el Occidente, se remiten, hoy día, a las tablas atribuidas a Ibn Ishaq. Se sostiene que éste se fundó, para la composición de sus tablas, sobre la observación, y que había en Sicilia un judío muy versado en la astronomía y las matemáticas que se dedicaba a hacer observaciones y que comunicaba a Ibn-Ishaq los resul-

37 *Ibid.*, p. 293.

tados exactos que obtenía. Los sabios de Occidente han concedido considerable entidad a dichas tablas, debido a la solidez de las bases en que se apoyan, según se afirma. Ibn-el-Banna hizo de ellas un resumen en un libro que se llamó *Al-Minhadj* (*El gran camino*). Esta obra fue muy buscada a causa de la facilidad que presenta en las operaciones.»<sup>38</sup>

Queda establecido entonces plenamente que la cultura islámica, de manera por demás consciente, hizo suyo el enorme cúmulo de conocimientos que habían generado otros pueblos antecesores suyos, hayan sido sirios, griegos, egipcios, hindúes, judíos, persas. Si se quiere fue la gran sintetizadora de las ciencias de su tiempo y el punto nodal de su conservación y de su transmisión hacia Europa y, con ello a la humanidad entera. Uno de los centros de mayor importancia en la realización de esta enorme tarea fue la ciudad de Toledo entre cuyos muros se dieron cita una multitud de los más sobresalientes ingenios de todas las épocas y que al amparo del poder político musulmán y después hasta del mismo guerrero español que había recuperado para la cristiandad esa ciudad de leyenda.

Como es sabido, a pesar de la enorme unidad religiosa y cultural de los pueblos del islam, no siempre, o de hecho no pudieron formar una unidad política bajo un mando único que estableciera una línea de acción para toda la *ummah*. Las pugnas entre los diferentes grupos de poder por ser los usufructuarios del puesto vacante a la muerte de Mahoma, los condujo a estallar conflictos sin fin y al surgimiento de facciones irreductibles e irreconciliables, con los consecuentes derramamientos de sangre fraterna. Tal situación nada nueva en la historia de la inmensa mayoría de naciones tuvo, en el caso de los árabes, entre otras consecuencias, la de que fue posible difundir el islam a través

de un vastísimo territorio y, con ello, también la civilización y la cultura del pueblo árabe.

Con la desaparición física del Profeta y después de una larga lucha en contra de grupos rivales, la familia de los Omeyas logra establecer su liderazgo entre los habitantes de la península arábiga casi por un siglo. El relevo de ésta es la familia de los Abasidas, quienes después de una serie de cruentos enfrentamientos en el curso de los cuales casi exterminan a los miembros del clan rival, se hacen del poder, mientras uno de los sobrevivientes se dirige a la costa opuesta del mar Mediterráneo y penetra en territorio español. Esa correría que tenía como fin el de realizar una serie de saqueos, se convirtió en una ocupación de ocho siglos cuyas consecuencias tuvieron repercusiones para la humanidad entera y aún vivimos.

En el año de 711 d. C., una tropa compuesta de apenas 7000 hombres al mando del general berebere Tarik\* derrota de manera definitiva en su primer enfrentamiento a las tropas de Rodrigo, quien se había proclamado rey y encontró en ella el final de sus días. En el lapso de apenas unos meses, y a pesar de que varias ciudades del sur del actual territorio español opusieron una heroica resistencia, el invasor se fue apoderando una tras otra de todas ellas. Le bastaron casi sesenta días para doblegar a Córdoba y, muy poco tiempo después los moros –nombre genérico por el que se conocerá a los invasores– hacen su entrada triunfal en Toledo. Salvo algunas regiones del norte de la península ibérica, el resto del territorio había caído en manos musulmanas, para el año 718, es decir, menos de una decena de años le bastaron a las tropas islámicas para establecer un califato de enorme solidez y trascendencia en la costa norte de la península europea y lugar estratégico por su dominio del paso entre el mar Mediterráneo y el océano Atlántico, teniendo

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 906-907.

bajo su control la *Gibr-al-Tarik*, la montaña del general Tarik, denominación de la que deriva el nombre de Gibraltar.



Guerreros árabes a la conquista de España. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 121.

Estas mismas tropas intentaron avanzar más hacia el norte para ocupar los territorios galos, pero fueron derrotados por las tropas al mando de Carlos Martel\*, hecho que marcó para siempre en la península europea la frontera definitiva entre el islam y el cristianismo, ya que esta derrota de las tropas musulmanas les hizo claro que ese era el límite de su fuerza de expansión, que hasta ahí les era humanamente posible dominar sin perder el control sobre sus propios elementos y aumentar así las fuerzas de disgregación política que darían fin rápidamente al apenas naciente imperio musulmán.

Desde ese 711, en que los moros pusieron por primera vez un pie en calidad de tropas de ocupación, hasta 1492 en que son expulsados en definitiva y recuperados los territorios españoles por la reina Isabel de Castilla, fueron años

de intenso intercambio de todo tipo, en cuyo transcurso la civilización y la cultura islámicas dejaron indeleblemente su impronta, no solamente en la España medieval sino también en todo el mundo, pues se debe recordar que ésta se convirtió en la máxima potencia mundial, dueña de territorios en todos los continentes conocidos y llevó su cultura profundamente influida por el islam por todos los rincones del orbe. De ahí que sea posible afirmar que la presencia de la Arabia musulmana en la conformación del mundo moderno a través de la cultura española es un hecho de la mayor importancia, pues cuando se da el grandioso surgimiento de las universidades europeas medievales, las ibéricas tendrán un papel de primer orden.

El gobierno musulmán que se estableció entonces en la península ibérica, que se podría llamar de la dinastía Omeya española, de inmediato se encontró con los problemas que todo estado debe enfrentar como es la de contar con el personal suficiente y preparado para hacer factible la existencia misma de la ocupación musulmana como estado. Esta situación debió resolverse, primero, mediante el empleo de hombres que contaran con la preparación requerida, fueran cristianos o judíos, quienes eran en esos momentos los únicos que podían hacer viable administrativamente el ejercicio del poder de los invasores convertidos en gobierno.

Los Omeyas españoles no intentaron al principio siquiera cambiar, de acuerdo con sus costumbres, el estado de cosas con que se encontraron a su arribo al territorio ibérico. Al igual que sucedió, prácticamente, en todos los nuevos territorios conquistados, los nuevos amos mantuvieron las estructuras sociales y las aprovecharon a fondo para, por ejemplo, hacer efectivo el cobro de impuestos. «Puesto que los árabes carecían de especialistas experimentados en la administración, fueron pronto escogi-

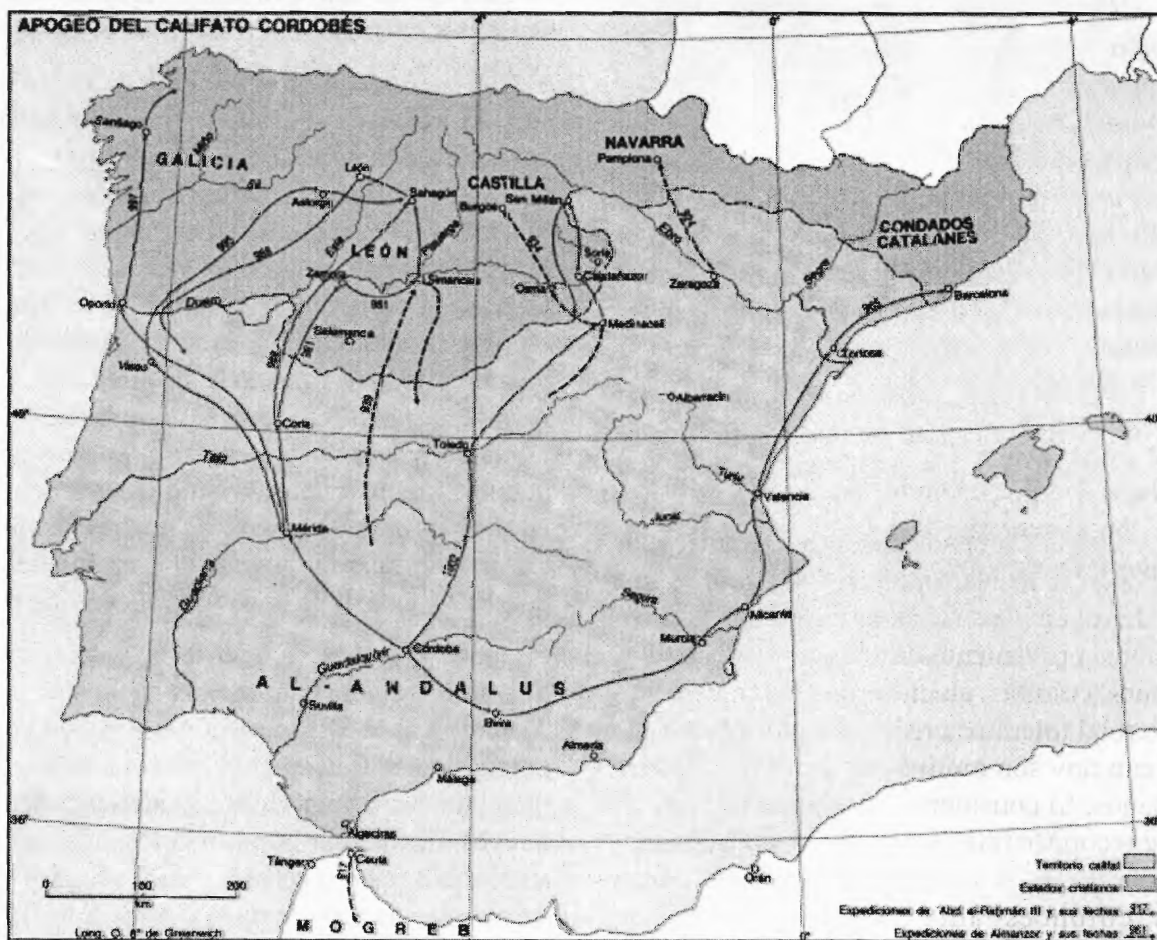


dos del círculo de los súbditos cristianos, no sólo los funcionarios del escalafón bajo, sino también algunos de alto rango. El sistema impositivo, con las dificultades de recaudación, los abusos y el principio de la pura explotación de los súbditos, siguió vigente, aunque a comienzos del siglo VIII se intentó una reestructuración más acorde con los mandamientos del Islam.»<sup>39</sup>

Pero la ocupación musulmana en territorio español se fue transformando hasta constituir una nación; si bien, para los sucesivos monarcas iberos de los reinos que tuvieron la fuerza para resistir el embate árabe, jamás dejaron

de ser invasores y después de casi ocho siglos lograron expulsar a los descendientes de esos primeros ocupantes. Mas nunca lograron expulsar la herencia cultural que tales invasores pacientemente y de manera conjunta con otros súbditos suyos construyeron en esa tierra, y que ahora nos pertenece a todos.

Esa herencia cultural se fue construyendo en ciudades como Córdoba y Toledo. La primera que fue la punta de lanza de la ocupación musulmana en la península ibérica, cuyo origen data desde el tiempo en que diversos grupos de colonos fenicios o cartagineses ocuparon el estratégico sitio al sur de la sierra de



Mapa que muestra el apogeo del Califato de Córdoba. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 121.

39 Franz Georg Maier, *Las transformaciones de mundo...*, Op. Cit., p. 293.

Córdoba a orillas del río Guadalquivir. Ya para el año 152 a.C. se tienen noticias ciertas de su espléndido desarrollo bajo el dominio del imperio romano y se convierte en la capital de la Bética. Al decaer Roma, Córdoba queda bajo la soberanía de los reyes visigodos hasta que sensiblemente deteriorado su poder no tienen la capacidad de oponerse a la fuerza de un enemigo que, en adición a su interés por la obtención de riquezas, lo empuja el espíritu mesiánico de propagar su credo. Así, la ciudad de Córdoba se convierte precisamente a partir del año 711, en la capital del emirato de *al-Andaluz* y en un centro cultural de la mayor importancia.

Córdoba dependió políticamente del califato de Damasco hasta que la insurrección de los abasidas derrocó a la dinastía Omeya. Como ya se ha mencionado, sólo un miembro de esa familia, Abderraman\*, logró salvar la vida y al mando de un ejército de mercenarios penetró en la península ibérica se apoderó de la ciudad de Córdoba y allí se proclamó emir independiente del califato abasida. La larga permanencia de los musulmanes en territorio ibérico, a pesar de las disidencias y dificultades de todo tipo que nunca fueron pocas, hizo posible hacer de la capital de *al-Andaluz* un centro cultural que irradió con intensidad durante muchos años, basta recordar que ésta fue la cuna del romano Séneca y del judío Maimónides.

La ciudad de Córdoba acogió a multitud de sabios provenientes de diversos pueblos, religiones, culturas, quienes bajo su protección y proverbial tolerancia realizaron enormes obras que aún hoy son motivo de orgullo y asombro humanos. Si consideramos que, históricamente, se reconoce que el mayor esplendor islámico abarca de los siglos IX al XI, nos encontramos entonces ante una enorme fuerza propulsora de la cultura que reclama, por derecho propio, ser considerada dentro de las más importantes promotoras del surgimiento de las

universidades: París se fundó por el año de 1200, Bolonia, su adversaria en cuanto al privilegio de ser la primera de estas instituciones en Europa, se fundó en el año 1088, Salamanca, con mucho la fundación más relevante en la península ibérica, vio la luz alrededor del 1218, por lo que es imposible dejar de lado la sombra bienhechora del islam sobre la cultura de Occidente, ya que su presencia dio impulso sostenido a las ciencias y al conocimiento.

Sería demasiado prolijo detallar cada logro científico y cultural de los sabios cordobeses, independientemente de su origen y de su credo, aunque algunos ejemplos nos permitirán columbrar algo de su importancia y esplendor.

Uno de los grandes pensadores de todos los tiempos lo fue el cordobés Ibn Rushd quien por su origen familiar debió emprender los estudios de la ciencia jurídica, aunque, como ya se ha comentado, una persona que se considerara apta para el ejercicio profesional de alguna actividad, no podía menos que completar su preparación con el estudio de otras disciplinas como la medicina y la filosofía, todo ello a partir de un profundo conocimiento y práctica de los preceptos del Corán.

Se dice que Ibn Rushd fue alumno de un afamado maestro de nombre Ibn Tufayl con quien aprendió la ciencia de la filosofía. Este dato es importante porque nos muestra cómo, en todos los rincones del imperio islámico, se mantenía una unidad cultural, ya que con la preparación adquirida, puede participar de manera activa y destacada en la reforma educativa que se estaba dando en Marruecos alrededor del año 1153 d. C., que si bien a primera vista podría parecer un panorama demasiado alejado de España; pero, dada esa unidad cultural, tal acontecimiento tendrá hondos repercusiones en todos los territorios cobijados por el islam. Por otro lado, hablar de una reforma educativa apun-

ta necesariamente al hecho de que dentro de la civilización islámica existía, como en todos los pueblos que han alcanzado un determinado nivel de desarrollo, una manera racional y controlada de manera consciente para impartir educación a los súbditos del imperio.

Para Ibn Rushd su maestro de filosofía fue un importante apoyo pues a través de él le es posible ingresar al servicio del sultán Almohade Yussef, y cuando su mentor debe pasar a retiro, él ocupará su lugar como médico de cámara de la corte. Al tener que trasladarse a Córdoba para ejercer sus actividades resulta de la mayor importancia para Ibn Rushd, ya que en esa ciudad se encontraba su biblioteca y era el punto neurálgico de su vida como funcionario. Con el aumento de sus actividades, también aumenta su influencia, su prestigio y la cantidad de enemigos, lo que provoca que deba pasar un tiempo en el exilio.

Ibn Rushd fue un pensador fuera de serie pues se atrevió oponerse a la tradición que establecía que el pensamiento del filósofo, Aristóteles, bien podía ser conciliado con los postulados de la fe del islam. La obra del Filósofo fue ampliamente estudiada y comentada por Ibn Rushd quien, finalmente, debió plantearse la interrogante de cómo fue posible una interpretación tan equivocada, por parte de su maestro, de la filosofía aristotélica que insistía en hacer del filósofo griego una especie de avanzada del islamismo.

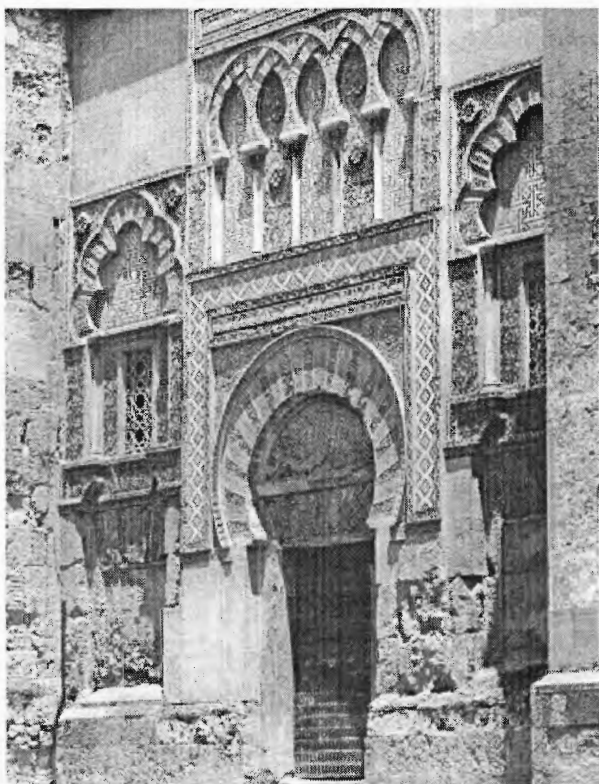
Para Ibn Rushd el valor de la obra de Aristóteles, no radicaba en la forzada concordanza con el islam, sino a la multitud de temas que abordaba y a la certeza de muchas de sus afirmaciones en el campo de la lógica, de la física, de la metafísica. Para el filósofo andaluz, Aristóteles era, sin parangón alguno, el más sabio de los griegos, la culminación de la sabiduría humana y, nada menos que, el límite del entendimiento humano. Con Ibn Rushd, fue po-

sible ver al Filósofo desde otra perspectiva, más acorde con la real valía de su pensamiento, lo que no es poco, ya que del lado de los filósofos cristianos, muchos de ellos también se empeñaban en conciliar la enorme obra del filósofo griego con las tesis e interpretaciones de los evangelios bíblicos, lo cual ocultaba en buena medida el pensamiento real de la obra aristotélica, y, por último, al propugnar porque ésta se viera de manera más objetiva influyó para que los cristianos abordaran con mayor amplitud y profundidad las tesis aristotélicas, y creemos que no se debe descartar el que los trabajos del médico-jurista-filósofo musulmán hayan influenciado muchas de las formas de apreciar la obra del Filósofo durante los largos años de profundos estudios y controversias de la Escolástica cristiana del medioevo europeo.

La figura de Ibn Rushd sirve de ejemplo de la enorme actividad intelectual desarrollada entre los muros de la ciudad de Córdoba. Ciertamente, aunque uno de los más brillantes, no fue el único sabio que dedicó su tiempo al estudio en esa urbe. Se sabe que la corte del emirato de al Andalus era un permanente receptáculo de pensadores de todo el orbe y que allí vieron la luz innumerables trabajos que abordaban conocimientos de una buena variedad de ciencias. Las escuelas a cargo de maestros avezados en varias disciplinas no carecieron de alumnos deseosos de saber, siendo además que la educación siempre fue una de las actividades que gozaron de la mayor protección y apoyo de los emires cordobeses.

Mas el esplendor alcanzado por Córdoba va a ser continuado con excelsitud por otra ciudad, en la que dieron cita buena parte de los sabios más importantes de su momento, quienes lograron dar cima a una de las obras de mayor impacto y relevancia cultural en la historia de la humanidad. Esa ciudad fue Toledo que, como ocurre con frecuencia, no se cuenta

con la información suficiente para establecer su origen y el tiempo en que éste tuvo lugar. Se sabe que Toledo debió ser un importante asentamiento mucho antes de que las tropas romanas invadieran la península ibérica; Tito Livio hace mención de ella, ya en el siglo I d. C., casi dos centurias después de que Roma la hubiera arrebatado del control de los celtíberos. *Toletum*, como la denomina Marco Fulvio Nobilior, pasó a manos de los reyes visigodos que la retuvieron hasta el año 712 en que los árabes la conquistaron.



Mezquita de Córdoba. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 190.

Toledo, como es su nombre actual, se mantuvo bajo el control del islam hasta el año de 1085 en que el rey Alfonso VI de Castilla\* la reconquistó para la cristiandad. Es decir, durante más de trescientos años la ciudad fue asiento de una importante expresión cultural, incluso, se podría decir efervescencia porque al abrigo de la enorme tolerancia y promoción

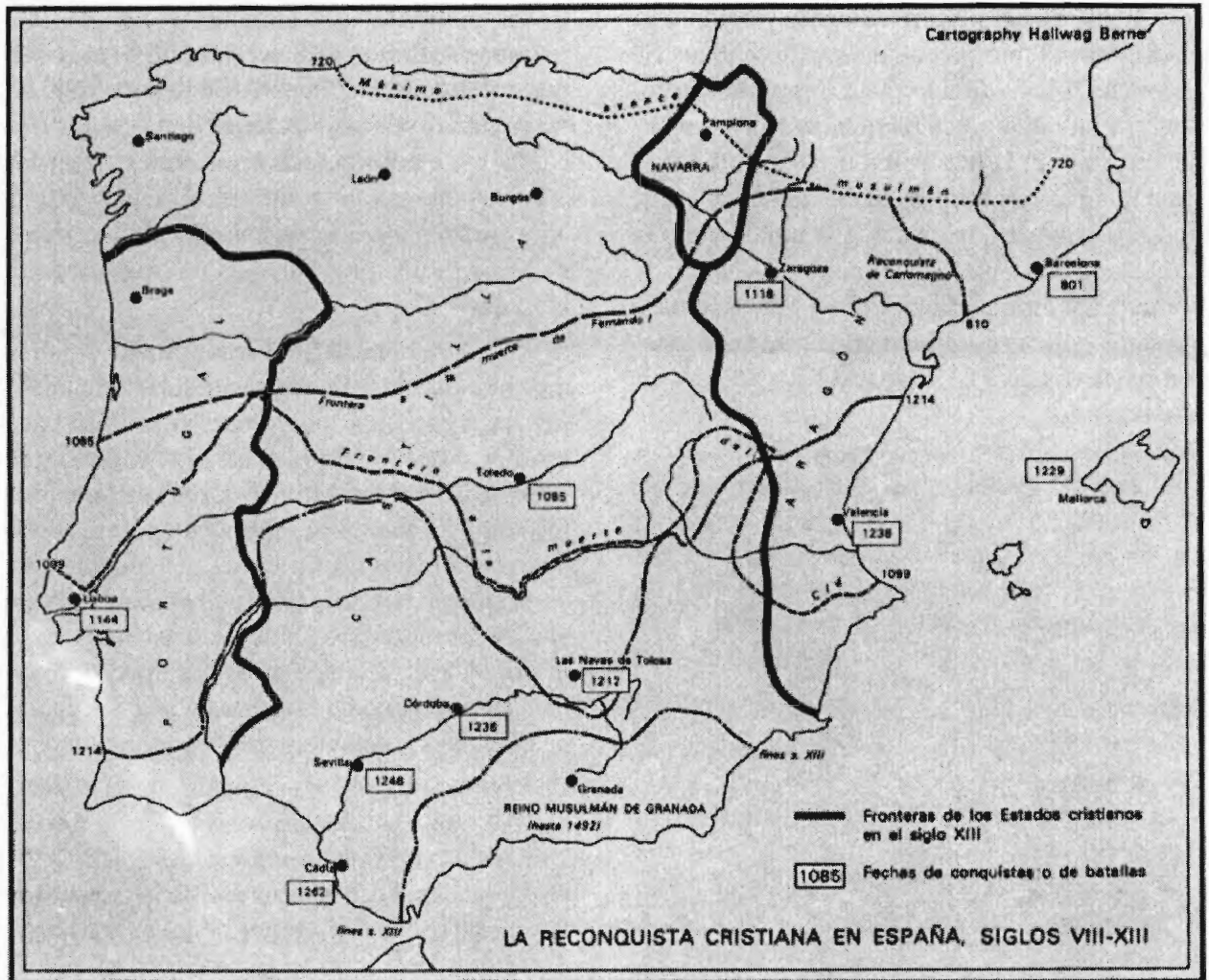
de los gobiernos musulmanes, los sabios allí reunidos se dieron a la tarea, y esto es muy importante de resaltar, además de llevar a cabo un buen número de traducciones de las obras que entonces se consideraban relevantes, crear las escuelas que garantizaran la continuidad de la obra, sin menoscabo de asimilar los servicios de otros sabios provenientes de muy diversas latitudes.

La colaboración y entendimiento que se dio entre los científicos que allí laboraron mantuvo su continuidad a pesar de que Toledo pasó a ser posesión de reyes cristianos y, dentro de estos, le tocó al rey Alfonso X, llamado con toda justicia *El Sabio*, a pesar de las enormes peripecias y altibajos de la política, realizar una obra en la que él mismo participó activamente —de ahí su sobrenombre— y legar a la humanidad multitud de obras que fueron basamento sólido para el desarrollo de la cultura y de las ciencias occidentales y con ellas, las del mundo entero.

No es ninguna casualidad que el rey Sabio (rey de Castilla, de Asturias y de León), hubiera escogido a la ciudad de Toledo para hacer de ella el centro mundial de la ciencia, de la sabiduría pues le era perfectamente conocida ya que allí vio la luz primera en el año de 1221. Tampoco fue mera casualidad que así ocurrieran estos hechos ya que, a pesar de que estamos hablando de los últimos siglos de la Edad Media europea, Alfonso X recogió en su propia ciudad natal de manera por completo vívida, la herencia cultural islámica. Si bien es cierto que con el monarca católico la ciudad de Toledo alcanzó un enorme esplendor, por otro lado es igualmente cierto que ésta fue durante varios siglos el cuartel general de la inteligencia, del saber científico que tenía como base la promoción y la tolerancia de los emires y de los califas musulmanes.

En la ciudad de Toledo los aires de violencia dieron un vuelco al estado de cosas y unos





La reconquista Cristiana. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 312.

amos sustituyeron a otros. Con la reconquista para los reyes cristianos de los territorios ocupados por los árabes, los rostros del poder cambiaron, cambiaron también las expresiones religiosas dominantes; pero ni por asomo se intentó romper con su tradición cultural. Se mantuvo el cultivo de las ciencias, obviamente se le dio continuidad a la enseñanza, se permitió y se fomentó la estancia de numerosos sabios que llegaron a la ciudad con el propósito no sólo de rodearse de alumnos, sino también de aprender y de poner en práctica sus conocimientos adquiridos en otras latitudes. Toledo entonces con-

tinuó siendo lo que han sido las grandes ciudades en la historia de la humanidad, como Atenas, Alejandría, Roma, Babilonia, Persépolis, Bizancio: un enorme perol en el que se combinan una enorme cantidad de elementos cuyo resultado, por supuesto, no es la suma de sus partes sino un algo diferente, único, la *summa* del saber, de la ciencia de la época.

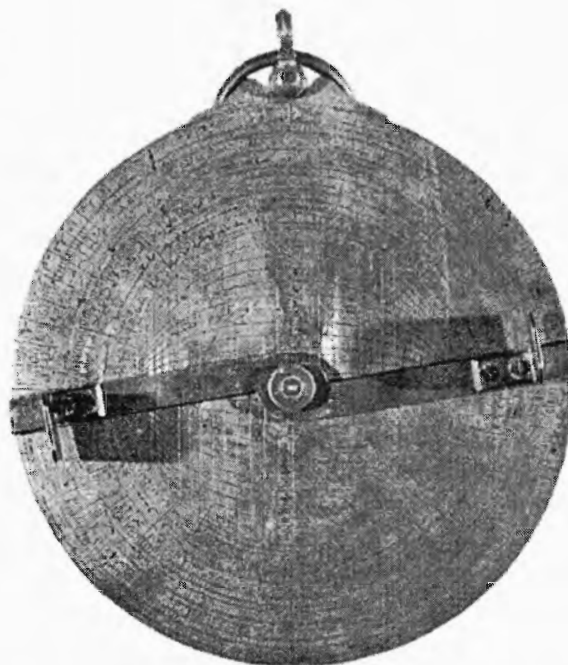
Un aspecto que no debemos dejar pasar por alto el que se refiere a la contribución que a la cultura universal han hecho los sabios de origen judío. No resulta extraña su mención en diferentes pueblos y momentos históricos. Se

les encuentra desempeñando actividades que exigen un alto nivel de preparación al servicio de los gobiernos y de los poderosos; el José bíblico en la corte del faraón egipcio es un ejemplo ilustrativo. Administradores, astrónomos, médicos, matemáticos y demás sabios ejercían sus actividades de manera por demás cercana al poder político, por lo que su influencia frecuentemente era muy grande y la podían utilizar para beneficio suyo y de su comunidad. Al margen de esta situación, la huella que dejaron en el cultivo de las ciencias fue profunda y debe ser ampliamente reconocida.

Debido a que la tolerancia fue un distintivo de la sociedad musulmana –salvo en los momentos en que la ortodoxia exacerbada hizo su aparición–, en los territorios ocupados por el islam convivieron hombres de los más diversos credos y fue posible, como lo muestra el caso de la ciudad de Toledo, realizar conjuntamente una obra que, sin lugar a dudas, no puede ser asignada como exclusiva de un grupo o facción, sino desde sus fundamentos es propiedad del género humano, aunque se debe reconocer que ello fue posible a partir de la inteligencia y de la generosidad con que los creyentes poderosos se hicieron cargo de las ciencias y de los científicos.

De ahí que el movimiento científico e intelectual que se gestó en la ciudad de Toledo bajo el imperio del islam primero, para después ser continuado con mayor esplendor todavía por los cristianos, sólo puede ser interpretado como un triunfo de lo mejor que el hombre tiene dentro de sí.

Decíamos que los cristianos, una vez que lograron hacerse del control total de los territorios que por siglos habían ocupado los hombres provenientes de Africa y Arabia que pertenecían a la comunidad de creyentes islámicos o *ummah*, no rompieron por completo con el pasado inmediato, entre otros motivos por que



La safiha de Azarquiel. Fábrica de una bujía por Ben Hodail, siglo XIII. *Historia Universal Planeta*, Vol. IV, p. 208.

no podían hacerlo toda vez que ese pasado también era suyo, como lo muestra la integración –no mera influencia– a su idioma de un extenso vocabulario proveniente de la lengua árabe. Pero bien sabemos que un idioma se encuentra compuesto además de palabras, también de costumbres, normas, actitudes, en fin de una visión del mundo, por lo que, la relación entre las culturas cristiana e islámica fue más allá que la de dos contrarios enfrentados, para convertirse en una correa de transmisión a través de la cual cada una de ellas aportó a la otra elementos que pasaron a integrarse de plano como componentes propios.

Así, el rey Alfonso X, él mismo científico y poeta de altos vuelos, al convertirse en el principal animador para establecer en su corte una escuela de traducción, con vistas a hacer accesible a los sabios occidentales las obras de autores que, por su lejanía temporal e idiomática, a pesar de su importancia no podían ser estudiados por las nuevas generaciones, o cuyos

conocimientos eran inaccesibles hasta el momento. La primera escuela toledana bajo el dominio de los gobernantes cristianos, cuya finalidad era abiertamente realizar la traducción de los libros que contenían la sabiduría de los antiguos, fue la fundada bajo la protección de los arzobispos de Toledo, cuya figura principal la ocupa Don Raymundo de Borgoña. Esta escuela fue el centro de operaciones de un grupo de clérigos que, a pesar de reconocer la importancia de la tarea emprendida, no tenían el conocimiento suficiente y adecuado de la lengua árabe, a la cual se había vertido una enorme cantidad de textos de sabios sirios, persas, griegos, entre otros, por lo que necesariamente debieron recurrir a los servicios de personas que dominaban varias lenguas como en el caso del converso judío toledano conocido como Juan Hispalense, Ibn Dawut o Juan de Sevilla.

Alfonso el Sabio a quien no le eran ajenas ni indiferentes varias ciencias, mandó construir un observatorio en su castillo de San Servando, tomándolo como punto de referencia para la elaboración de sus tablas astronómicas. Allí, que era punto de reunión de los sabios de la corte, refundó la *Escuela de Traductores* que pasó a cobrar merecida fama por la excelente calidad de sus trabajos. En ella se dieron cita las inteligencias mayores de la época, allí colaboraron *hombre con hombre* sabios de la más diversa filiación hayan sido españoles, griegos, judíos, árabes. Los representantes de las tres religiones y culturas más importantes e influyentes en el ámbito hispano y europeo confluieron en Toledo y cada parte aportó a las otras su bagaje, cuyo reflejo se da a través del índice de las obras que captaron su interés como dignas de ser vertidas a otro idioma a fin de hacerlas asequibles y útiles a los sabios occidentales que ya no eran dueños del conocimiento de la lengua que acunó esas obras.

La Escuela de Traductores de Toledo fue



Antigua puerta de Bisagra en Toledo, 838, *Historia Universal Planeta*. Vol. III, p. 218.

entonces uno de los centros vitales de la civilización occidental, a través de ella se rescataron autores y textos que de otra manera tal hubieran desaparecido por completo sin dejar el menor rastro dentro del pensamiento universal. Por fortuna ese no fue el caso y aunque al inicio de los trabajos de los traductores toledanos los autores más estudiados y traducidos fueron el Filósofo, Aristóteles, y el Divino Platón. Muchas de sus obras fueron objeto de cuidadosa traducción, otras tantas de manera equivocada les fueron atribuidas, lo que propició que en épocas posteriores se dieran fuertes controversias y confusiones sobre qué obras realmente les pertenecían a estos autores y cuáles de ellas les eran ajenas. Conjuntamente con las traducciones de las obras fundamentales de Platón y



Aristóteles, se trabajaron otras innumerables de otros tantos autores griegos, persas, sirios, hindúes; pero el carácter científico racionalista que se reconoce en los primeros conduce a las diferentes generaciones de sabios que se ocuparon de su estudio y traducción a penetrar hasta lo que podríamos llamar el verdadero Aristóteles.

Hacer materia de serio estudio al Filósofo, tratando de penetrar con las armas racionales que éste aporta las profundidades de la religión cristiana, abre paso a la gran aventura intelectual que es la *Escolástica* de hondas repercusiones en todos los ámbitos del pensamiento. El descubrimiento de Aristóteles para la cultura occidental fue la tarea que se impusieron inicialmente autores de la talla de al-Kindi que vivió en el siglo IX, al-Farabi en el siglo X, Avicena, y Averroes ya en el siglo XII. Es sintomático entonces que mientras en la península europea se daba la enorme floración de las universidades, prácticamente en todo su territorio, en la España profundamente islamizada se mantuviera la tradición para recuperar a los autores que occidente reclamaría como suyos.

Pero ciertamente Aristóteles no fue el único autor que atrajo la atención de los estudiosos toledanos. Pronto su maestro, el Divino Platón fue igualmente *descubierto*, diríamos desenterrado de la injusta fosa del olvido en que lo habían mantenido la incuria y el salvajismo bélico de la civilización occidental. La ingente labor llevada a cabo por los equipos de traductores dio generosamente frutos y pudo poner a disposición de los estudiosos de todas las latitudes, porque pronto los viajeros europeos llegarán hasta donde ni siquiera su imaginación hubiera soñado, las obras fundamentales, sin duda, de las glorias del pensamiento humano.

La Escuela de Traductores tiene otro mérito, que es el de hacer patente que el conocimiento humano es uno solo, tal vez expuesto de manera diferente acorde a circunstancias

propias de cada pueblo y según los momentos históricos por los que éstos atraviesan; pero fundamentalmente, es posible la interconexión entre las diferentes manifestaciones culturales porque corresponden a un mismo género: el humano. De ahí que, si bien es cierto que existen diferencias, perspectivas varias, momentos irrepetibles, por su naturaleza misma la capacidad de conocer, almacenar y transmitir la información que cada pueblo ha alcanzado, se convierte en la constancia de que por más disímbolas que puedan parecer las civilizaciones, existe entre ellas un proceso continuo –no necesariamente progreso– en el desarrollo del conocimiento, y que una fase anterior de este proceso sirve de basamento para los momentos posteriores a través de la capacidad del hombre de almacenar, ordenar, interpretar y difundir por medio de la enseñanza el saber conquistado.

Con la Escuela de Traductores, España se convirtió en uno de los centros de cultura de la máxima importancia en toda Europa, de sus aulas salían, dispuestos para ser copiados con profusión, textos de los más variados autores y materias, pero, también alumnos convertidos en especialistas quienes contribuirían a difundir los conocimientos recientemente adquiridos por los sitios por los que pasaban, dispersando así, además de sus habilidades las noticias de los hallazgos intelectuales de los traductores toledanos.

Quien llegaba a trabajar a Toledo, lo hacía –aunque fuera una de las razones para ser admitido– no sólo avalado por el peso de su prestigio personal como experto en alguna de las áreas del conocimiento, sino también porque se garantizaba que sería un alumno por completo diligente y que las labores que pudieran encomendársele, serían cumplidas con amplia solvencia intelectual. Entre los personajes que ya desde su época gozaron de una merecida fama y que hicieron de Toledo uno de sus hitos



intelectuales de mayor importancia en su carrera como científicos se encuentran, entre otros Adelardo de Bath, considerado como el primer *científico natural* del occidente europeo, le siguieron Roberto de Chester, Daniel de Morley, Alfredo de Sarashel, todos ellos provenientes de Inglaterra. De Francia llega Gualterio de Malvern; es interesante señalar que en la región de Borgoña y de Lorraine, desde mucho tiempo atrás se tenía profundo interés por las ciencias árabes entre las que destacaban la astronomía, la astrología y las ciencias naturales. De Italia vienen a Toledo Platón de Tívoli, Gerardo de Cremona, Aristipo de Catania, Salio de Padua, Juan de Brescia.

Muchos nombres conocidos hacen su aparición en el ambiente cultural de Toledo animado por la activa figura del rey Sabio, cuyo patrocinio fue fundamental, como ocurre a lo largo de la historia en que las ciencias, el conocimiento pueden florecer y dar abundantes frutos bajo el cuidado del poder político. El prestigio de la Escuela de Traductores alcanzó ámbitos y lugares que en la actualidad nos parecen en extremo alejados y aislados, lo que nos conduce a constatar que hemos mantenido un cúmulo de ideas que limitan nuestra comprensión del verdadero estado de cosas en épocas anteriores a la nuestra. Hoy nos parecería increíble, porque suponemos que únicamente con la utilización de los modernos medios de comunicación es posible estar verdaderamente enterados de los acontecimientos de relevancia, que bajo las condiciones que privaban en la Europa medieval, los científicos y pensadores pudieran mantener una importante comunicación y que los textos y las personas, vale decir los conocimientos, pudieran circular ampliamente entre las comunidades de científicos y despertar ideas, confirmar intuiciones, en fin avivar deseos de saber.

La región de Flandes también hizo su aporte

a la Escuela de Traductores y de allí vinieron a colaborar Enrique Bate y Rodolfo de Brujas; de la región de los Balcanes llegó Herman de Carintia. De más está decir que también se dieron cita en Toledo sabios provenientes de las regiones más cercanas a España como el sur de Francia, de la Provenza y de la misma península ibérica. Merece mención aparte el hecho de que la Escuela de Traductores de Toledo recibió embajadores especiales de Pedro de Cluny y varios sabios provenientes de Chartres, lo que nos da una idea más firme de la enorme y justa importancia que llegó a tener esta escuela.

Como vemos, la obra cultural que realizó el rey Alfonso X se puede tomar como una de las más importantes de la Edad Media europea; pero, debemos insistir, la grandeza de su obra no se basa en el rompimiento con la obra que durante siglos habían llevado a cabo en la península ibérica los gobiernos y sabios musulmanes. Para la época en que el rey sabio aparece en la historia, el poderío de los moros en los territorios castellanos va irremisiblemente en declive y habiendo sido derrotados por Alfonso X deben rendirle obediencia. Mas, como es normal, aprovechan cualquier oportunidad para intentar primero, terminar con el dominio que sobre ellos tiene su vencedor y, segundo, buscar la ocasión para regresar a los tiempos en que ellos eran vistos como los amos. Una de estas revueltas, aún cuando sus resultados últimos no fueron favorables a los *muslines*, deja ver que los hombres del islam, fuera de quienes convivían cotidianamente con ellos como los cristianos de España, eran generalmente desconocidos y, por supuesto, incomprendidos por los hombres de otros pueblos, que veían en los musulmanes, en vez de una posibilidad de colaboración, una oportunidad de enfrentamiento en cualquier terreno.

La hermosa *Historia de España* de Mora-

ya, nos narra que habiéndose concertado un levantamiento contra el rey Alfonso X, en el año de 1261, como parte de la estrategia militar los aliados musulmanes actuaron en diferentes frentes, no únicamente en el de las armas: «Aun cuando aquella formidable sublevación era hija de un largo trabajo de zapa y consecuencia del odio de raza y de religión, los musulmanes supieron revestirla de cierto aparato de justicia. Quejábanse los murcianos de que no se observaban con fidelidad las condiciones ajustadas al entregarse; y como quiera que no hallasen justicia en el rey de Castilla, acudieron en queja, y ello es uno de los hechos más curiosos que registra la Historia de aquellos tiempos, a la Santa Sede. En calidad de mensajero de Abo-Abdillah Al-Guatsiq, el Alboaquis de nuestras crónicas, pasó a Roma Abo-Talib Aben-Sabin, el hermano del autor de las respuestas al emperador Federico II, tituladas *Cuestiones sicilianas*. El papa desoyó sus pretensiones, si bien tuvo ocasión de convencerse, de que los musulmanes no eran tan bárbaros como se les suponía en aquel centro de la cristiandad, cuando el pontífice comentando sus conferencias con el hermano de Abo-Talib, hubo de exclamar: *sabed que es un hombre tan sabio, que no hay entre los musulmanes quien conozca a Dios mejor que él.*»<sup>40</sup> Expresión que bien debe hacerse extensiva a muchos de los sabios de los diversos credos, culturas y pueblos que habitaron España y que allí realizaron sus obras.

El enorme mérito del rey Sabio, por lo que se refiere al aspecto cultural, fue reconocer de manera clara la tarea principal a la que se debía dar prioridad, reunir de alguna manera en torno suyo a los mejores sabios y científicos de su época para darle cumplimiento y entender que no existe nada nuevo bajo el sol y que la obra iniciada por los enemigos musulmanes, a pesar de su condición de enemigos, debía ser conti-

nuada. «Nadie protegió más que don Alfonso las ciencias y las letras, y por consecuencia a sus cultivadores: *Avia en su corte*, escribió su sobrino don Juan Manuel, *muchos maestros de las ciencias et de los saberes á los cuales él hacía mucho bien, et por levar adelante el saber et por nosblecer sus regnos...ca morava en algunos lugares un año et dos et más, el aun segunt dicen los que vivían a su merced, que fablavan con él los que querían et cuando él quería facer para sí mismo et aun para veer et determinar las cosas de los saberes quel mandava ordenar a los maestros et a los sabios que traya para esto en su corte*. Don Alfonso con efecto, llamó a su lado a los hombres más doctos de la Universidad salmantina y á los judíos y árabes más renombrados; y unos y otros reunidos bajo su presidencia en Sevilla y después en Toledo, donde se establecieron permanentemente, acometían por su iniciativa vastísimas empresas literarias.

Hizo tanto *por acrecentar el saber*, dijo también el mismo don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel, *que non se falla que del rey Ptolomeo acá, ningún rey, ni otro ome, tanto ficiese por ello como él. Et tanto cobdicio que de sus regnos fuesen muy sabidores, que hizo trasladar en este lenguaje de Castiella todas las sciencias, también de theología como la lógica, et todas las artes liberales como toda la arte que dicen mecánica. Otrosí hizo trasladar toda la secta de los moros (el Corán), porque peresciesen por ella los errores en que Mahomad, su falso profeta les puso, et en los que ellos están hoy en día. Otrosí hizo trasladar toda la ley de los judíos (la Biblia), et aun el de su Talmud et otras sciencias que han los judíos muy escondidas, á que llaman Cábala...Otrosí romanzó todos los derechos eclesiásticos et seglares ¿Qué vos diré más? Non vos podría decir ningun ome quanto bien*

40 Miguel Morayta, *Historia General de España*, p. 539.

*este noble rey fizo, sennaladamente en acrescentar et alumbrar el saber.* Don Alfonso en efecto, vertió á manos llenas favores y privilegios sobre los estudiantes que concurrían a la Universidad de Salamanca y sobre sus *Estudios Generales de Sevilla* y sobre sus maestros; ensancho el cuadro de las enseñanzas; tendió la mano a los provenzales, que perdida su patria, errantes por el mundo, tuvieron a su disposición una de las ciudades de Castilla para que en ella pudiesen morar el resto de sus días. Fueron por esto los tiempos del rey *Sabio*, la Edad de Oro de las letras patrias durante la Edad Media.»<sup>41</sup>

Con toda justicia debe mencionarse la gran obra realizada por el rey Alfonso x, *El Sabio*, que como ya mencionamos es en extremo meritoria por cuanto se percató con lúcida inteligencia que la debía continuar la obra de sus antecesores musulmanes y le dio cima de manera por demás brillante a la obra que éstos habían desempeñado durante siglos. Por esa labor que requería enormes alcances intelectuales, además de un acendrado espíritu crítico que le permitiera ver el derrotero que debían tomar el cultivo de las ciencias *et de los saberes*, el rey Sabio pertenece ya a una generación de sabios plenamente modernos, en la medida en que sin abandonar su fe como cristiano, eligió conscientemente dar mayor peso a la tolerancia y a la racionalidad cuando se trataba de atender los asuntos de orden científico.

Esa perspectiva de objetividad y tolerancia que fue proverbial en la conducta de Alfonso x, pensamos que es la que ha logrado hacer que las ciencias y, en general, todo el conocimiento humano haya hecho grandes avances en el transcurso de todos estos siglos; de ahí que la historia del surgimiento y evolución de las universidades la tratemos con la mayor impar-

cialidad de que somos capaces. Por ello, nuestro relato trata de dar cuenta, de poner ante el lector los hechos objetivos y evitar las interpretaciones parciales que pretenden ocultar – en favor de una historia ya oficializada– que todos los actores tuvieron papeles positivos o negativos, importantes o secundarios, y que este es un momento propicio para reconocer en cada uno de ellos su participación.

La contribución del islam en el desarrollo de la educación y de la ciencia, va de la mano con la enorme influencia que ejerció en todos los órdenes de la vida en vastas regiones de la península europea, fundamentalmente en el área del Mediterráneo, por lo que no podemos dejar de lado a uno de los actores importantes en el desarrollo de la idea de la universidad. «La historia de la expansión del Islam es, sin duda, una de las más animadas y positivas que existen. Para verla así, basta que abandonemos la visión estereotipada del *cristiano* que, muy valiente, pero también privilegiadamente socorrido por Santiago, se enfrenta al moro cruel y salvaje y lo subyuga (visión estereotipada que se perpetúa en las ingenuas danzas y representaciones de moros y cristianos, existentes todavía en el folklore festivo de España, Portugal e Hispanoamérica), y nos acerquemos al punto de vista, no de algún musulmán fanático que siga deplorando hoy la pérdida de la *perla del Islam*, España, en manos de los *perros cristianos*, sino de los muchos historiadores modernos que, con toda la imparcialidad que su oficio les impone, acaban fascinados por el dinamismo de esa expansión, y por la humanidad, la tolerancia, el amor al trabajo, a los placeres de la vida, de la cultura y el arte que mostraron los mahometanos en todos los países que estuvieron. Esto se aplica particularmente a España.»<sup>42</sup>

Ciertamente, si adoptamos ese punto de

41 *Ibid.*, p. 557.

42 *1001 años del idioma español.*, p. 73.

vista, nos percataremos de la enorme y positiva influencia que llevó el islam a todos los sitios donde se hizo presente. Aunque buena parte de la recuperación de las obras de los antiguos fue realizada en territorio español, no fue el único lugar donde la mano bienhechora de los musulmanes impulsó ampliamente el conocimiento de obras y autores que, de otra manera, hubieran sido irremisiblemente perdidos para la humanidad, Bagdad, donde se fundó la que, bajo el nombre de *Casa de la Sabiduría*, bien podría reclamar el nombre de universidad, Alejandría, Sicilia, son lugares que recibieron la influencia musulmana y donde se crearon escuelas dedicadas al cultivo de las ciencias y de las artes. Para los hispanohablantes la influencia árabe es particularmente importante, porque «un Cervantes, un Góngora, un Lope de Vega, sin dejar por supuesto de ser cristianos y españoles, vieron siempre a los moros con un cariño que jamás se tuvo para los godos. Y este cariño se refería a cosas muy concretas de la civilización islámica, que, si había sido fecundadora de la ciencia y de la filosofía medievales, también había mostrado un tenaz gusto por las cosas buenas de la vida, la rica comida, los trajes hermosos, la música, las diversiones.»<sup>43</sup>

El idioma español es uno de los registros más importantes y aleccionadores para mostrar la penetración e influencia de la cultura islámica, ya no sólo en España sino en toda la Europa occidental. Uno de los componentes más relevantes de éste es el árabe, que estuvo presente en la península ibérica a partir del siglo VIII, y que no ha dejado de estarlo aun en nuestros días. Pero, a su vez, el árabe adoptó muchas palabras originarias de los territorios de los pueblos que ocuparon en calidad de conquistadores y las transmitió de un lugar a otro «...ahí radica justamente la peculiar originali-

dad de esa cultura. Los árabes, que dejaron muladíes devotos dondequiera que estuvieron—desde España, Portugal y Marruecos hasta el lejano Oriente, pasando por Sicilia, los Balcanes, Egipto (y grandes zonas al sur de Egipto), el Levante mediterráneo, Mesopotamia, Persia y la India—, dondequiera adoptaron también las cosas que hallaron buenas. Muchos de los arabismos, y entre ellos los grandes arabismos, cuentan sintéticamente esa historia. A menudo, en efecto, las palabras de donde proceden no son originalmente árabes, sino adaptaciones de voces de las gentes con quienes los árabes tuvieron trato. El más prestigioso de esos países es Grecia. El papel de adaptadores y transmisores que desempeñaron los árabes en cuanto al saber helénico, comenzando con varias de las obras de Aristóteles, se refleja hasta en palabras como *adarme*, del griego *drachmé* o *adelfa*, del griego *daphne*, o *albéitar*, donde hace falta cierto esfuerzo para reconocer el griego *hippiatros* ‘médico de caballos’. Hay así arabismos procedentes, no digamos ya de Marruecos, de Egipto o de Siria, sino de Persia, la India, Bengala y más allá. El cero y el ajedrez, por ejemplo, nos llevan a la India, la naranja y el jasmín, a Persia; el benjuí a Sumatra, de donde los árabes traían ese incienso aromático, y en la palabra *aceituní* está encerrada no la aceituna, sino la remota ciudad china de Tseu-thung, donde se fabricaba ese raso o seda satinada. En el caso de España, por una especie de paradoja, abundan particularmente los arabismos procedentes ¡del latín! Las palabras latinas *castruum*, *thunus* y *malum pérsicum* (‘manzana de Persia’), para poner tres ejemplos sencillos, no habrían dado origen a *alcázar*, *atún* y *albéicho*, respectivamente, si no hubiera sido porque pertenecieron al habla popular de los moros.»<sup>44</sup>

Como vemos, la obra de los árabes no

43 *Ibidem*.

44 *Ibid.*, p. 83.



acepta menos que ser nombrada civilizadora, a ellos debemos la concatenación de multitud de pueblos en una sola unidad bajo su imperio, y de ahí la real y efectiva influencia recíproca. El mundo mediterráneo bajo el dominio árabe mantuvo un común denominador, en cada una de las ciudades y pueblos se vivía un ambiente religioso y cultural parecido, a pesar de que no se negaban ni escondían las diferencias ni los matices. El islam fue la fuerza unificadora que le permitió a Occidente recuperar el camino del conocimiento y de la ciencia, al hacer posible

regresar al pasado glorioso de varias civilizaciones a través de las obras de sus grandes autores, que no solamente fueron recuperadas en el sentido de rescatar físicamente los libros, sino fundamentalmente porque al traducirlos a los idiomas vigentes en esos tiempos, hicieron vívido de nueva cuenta los conocimientos que encerraban esas obras y, los sabios y científicos, aunque lentamente al principio, encontraron de otra vez el camino del conocimiento.

*Pero Alah es el más sabio de todos.*

# CAPÍTULO VIII

## El cristianismo y la recuperación de la cultura

Más allá de la historia conocida que hace referencia a las hazañas y a los pesares de los *grandes hombres*, reyes, monarcas, nobles y poderosos de toda laya, de aquella que pondera en demasía la política y las efemérides, se encuentra otra, cuyo sujeto está representado por los millones de seres que desde el anonimato también construyeron esa historia y que les pertenece, de igual manera, por derecho propio sin reticencia alguna.

Ciertamente, es de enorme importancia que hayan surgido reinos y caído imperios, que la solitaria decisión de algún individuo haya lanzado al hambre y a la muerte a miles de hombres y mujeres, mediante el ejercicio de su derecho a declarar la guerra para incrementar su gloria, para hacer honor a sus antepasados personales y, de paso, enriquecerse con el botín producto del pillaje. Sin embargo, los acontecimientos y los personajes relevantes tienen como base al pueblo, a la sociedad de donde

surgen y donde se les dota de significado, lo que les permite ser reconocidos como momentos y personajes de excepción.

Al declinar el poderío de la altiva Roma, después de muchos siglos de haber sido el faro, la referencia de todos los demás pueblos, incluso de los conformados por aquellos bárbaros que finalmente la vencieron, se abre una etapa en la historia humana de enormes repercusiones, en lo económico, en lo social, político, religioso, en lo cultural. La civilización europea llegará a adquirir el rango de una cultura, a la vez que en el transcurso de esa época se colocarán las bases sobre las que se edificará su enorme poderío y alcanzará el elevado apogeo de Cultura Occidental.

Aunque, en historia todos los cortes, todas las divisiones que se hagan siempre serán por principio arbitrarias, en este caso queda establecido que a los años que van del 475 en el que Odoacro, jefe victorioso del ejército in-

vasor, simplemente destituye y destierra al último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo (con lo que de hecho llega a su fin el Imperio Romano occidental), y en el extremo contrario, en el año de 1453, otra caída, ahora la de la capital del otrora Imperio Romano de Oriente, la cosmopolita y sofisticada Constantinopla, se les dará el nombre de Edad Media.

La Edad Media, llamada así para distinguirla de dos edades cuyas huellas han sido, con los contrastes obligados e innegables, por demás brillantes: la Edad Antigua señoreada por la Grecia Clásica, cuna de la filosofía y de la ciencia, del principio del uso de la razón como fundamento de la vida humana y de su relación con todo cuanto la rodea; la Edad Moderna, iniciada con la maravilla del Renacimiento, momento cumbre del avance en todos los terrenos de la ciencia y de los grandes frutos de la sensibilidad artística de una pléyade de hombres tocados generosamente por la genialidad.

Entre esos extremos de grandeza humana, el largo trecho temporal —casi mil años—, en el que el genio humano no se manifestó de igual manera deslumbrante ni prolijo, más bien en muchos sentidos parco y hasta con frecuencia gris, se presenta como un periodo de decadencia en todos los órdenes, en el que la ignorancia y el fanatismo habitan en cada rincón, en el que las condiciones generalizadas de pobreza impiden o retrasan no solamente los avances sociales, sino igualmente la generación y desarrollo del conocimiento. Ciertamente que en el transcurso de la Edad Media el cultivo de las ciencias no fue una ocupación que entretuviera los días de un buen número de sabios, como sucediera comparativamente con la época anterior, pero no es posible afirmar que se careciera por completo de pensadores de primera línea que, aunque en número menor, se ocuparan del desarrollo del conocimiento.

El que se haya dado un decremento en el número de personas dedicadas al estudio de las ciencias obedece fundamentalmente a que ésta actividad debió concentrarse —casi de manera exclusiva— en los claustros de las diversas órdenes de religiosos cristianos, como una de las consecuencias del declive y resquebrajamiento del Imperio Romano de Occidente.

Roma, la capital occidental del imperio, paulatinamente fue resintiéndose la presión que infinidad de tribus bárbaras ejercieron a lo largo de todas sus fronteras, aunada a la que sus poderosos y tradicionales enemigos pusieron en juego para socavar su estabilidad e influencia. Las fuerzas contrarias a Roma, cuya brillante estrella se había mantenido en alto por muchos siglos, finalmente lograron su objetivo de abatirla con la ayuda de la discordia, la corrupción generalizada de las costumbres, la pobreza de las grandes masas y la fuerza de los invasores.

Es importante señalar el hecho de que el cristianismo haya trascendido su calidad de religión para convertirse también en una institución, lo que hace posible que sea percibido de inmediato por el emperador romano como una herramienta útil para apuntalar y servir al poder civil, al declararla Teodosio como culto oficial en el año 392 aprovechando íntegramente su capacidad para proveer al Imperio de personal altamente capacitado en las diversas tareas administrativas, mediante las múltiples escuelas creadas en los claustros, pero principalmente al interior de las sedes obispales. El apoyo recibido por la iglesia cristiana de parte del emperador romano, con lo que terminaron en definitiva la persecución y la discriminación hizo posible un mayor afianzamiento y ampliación de la red institucional de la Iglesia.

Este apoyo, creemos sin negar la dosis de sinceridad religiosa, no sería ajeno a una visión imperialista de mayor alcance. Resulta claro que a cambio de ese apoyo quizá estuviera en la mira

que la estructura ecuménica de la iglesia cristiana –que hoy se le podría denominar como transnacional–, sería a su vez un valiosísimo elemento que podría ser utilizado para hacer sentir a muy larga distancia, pero de manera consistente la influencia y el poderío del Imperio que le permitiría al menos retrasar su fragmentación que estaría a menos de un siglo.

Una vez que llegó esa fragmentación y la parte occidental del Imperio romano quedó bajo el mando de los bárbaros de origen germánico, se abrió una nueva etapa para la historia de la humanidad, y las condiciones de vida de pueblos enteros se fue transformando hasta dar paso a casi un milenio en el que las condiciones de vida para la gran mayoría de hombres y mujeres fueron de extrema dureza, muchas veces bajo el yugo de la esclavitud abierta o de la esclavitud disfrazada de libertad por las ataduras a un pedazo de tierra que debía producir –y no siempre lo hacía– para solventar el pago de una multitud de impuestos y exacciones y para sobrevivir.

No desapareció el antiguo poder central del Imperio sino que fue sustituido por el de los nuevos amos, que aprovecharon todos sus resquicios para afianzarse y dominar. La vida de los nativos no fue mejor que antes. Los habitantes de la península europea aprendieron pronto a convivir con el nuevo poder; muchas veces sobre el cacique local se enseñoreaba otro de mayor fuerza que exigía con el contundente argumento de la fuerza de las armas una generosa porción del botín que le correspondía, de pleno derecho, debido a su condición de vencedor. Ante esa situación, una de las pocas alternativas viables para paliar las condiciones adversas era constituir grupos de ayuda mutua, de fraternidades o gremios, que de antiguo existían y que el cristianismo primitivo había utilizado ampliamente para auxiliar a aquellos miembros más vulnerables y necesitados de las

comunidades o en casos de emergencia colectiva.

Mas esa ya lejana práctica primitiva del cristianismo basada fundamentalmente en el ejercicio real de mandato ama a tu prójimo como a ti mismo, con el paso del tiempo y el contacto con muchos elementos no sólo dispares sino hasta contrarios a la religión, como lo era, y quizá lo siga siendo, el poder político, hicieron cambiar al menos las expresiones por convicción de ese mandamiento. Toda la escala del poder político y económico se empeñó en poner a su disposición al cristianismo, muchas veces bajo el disfraz de procurar su protección, y contar así con otra arma para afianzar y ampliar su poder.

Con las reservas del caso, en la medida en que no en todas las partes de la península europea se dio con la misma intensidad ni con el mismo ritmo, aunque sí se puede identificar como la tendencia general, se dio un proceso de feudalización de las relaciones sociales y económicas entre los diversos actores de esta historia. Al tomar los bárbaros el poder político que otrora le correspondiera a las clases aristócrata y guerrera romanas, cuya refinada civilización les había permitido gozar de una vida rodeada de comodidades de todo tipo y, como sucede en todas las épocas, le permitió a una minoría pudiente gozar también del ocio necesario para dedicarse a cultivar el intelecto, a procurar el conocimiento como una actividad, no sólo meritoria sino igualmente indispensable.

El feudalismo avanzó de manera lenta pero firme, hasta abrirse paso y llegar a ser el sistema dominante. Los bárbaros apenas contenidos en las orillas del Imperio ya por la fuerza, ya por arreglos políticos y diplomáticos, que generalmente incluían la aceptación de su estancia en tierras imperiales, mismas que al hacerse del poder se repartieron sin más y todavía



se apropiaron de más territorio. Con el transcurso de los siglos los bárbaros pasaron de ser meramente grupos informes de vándalos, cuya principal actividad era el saqueo, a conformarse en verdaderas estructuras sociales sedentarias al amparo de la manutención que les proporcionaban sus súbditos.

Lejos fueron quedando poco a poco los tiempos en que las tribus bárbaras que llegaron a asolar y saquear a Europa, estaban compuestas por individuos nómadas sin mayor asomo de civilización que el pastoreo de sus enormes rebaños, entre quienes la agricultura –y con ella el sedentarismo– les era por completo extraña, como es el caso de los famosos hunos, de quienes Amiano Marcelino\*, un historiador que vivió en el siglo IV, dijo: «Son membrudos, robustos y de cuello grueso; su aspecto tiene algo de monstruoso, como de fieras bípedas. Pero aunque su semblante, pese a todo, es humano, sus costumbres son bestiales: no cuecen ni condimentan el alimento, comen raíces y la carne de cualquier animal...En sus migraciones les siguen sus rebaños, y sus familias van en carros; en ellos las mujeres cosen, dan a luz a sus hijos y les crían. Si se les pregunta de dónde vienen o dónde han nacido, no lo saben...Son poco o nada hábiles para combatir a pie, pero permanecen en sus caballos como si estuviesen clavados en ellos; y a caballo también (a veces sentados como las mujeres) lo hacen todo: se reúnen en asamblea, compran y venden..., desarrollan sus negocios...Nadie labra la tierra ni toca un arado; todos sin sede fija, sin hogar, sin ley, sin seguridad para el mañana, yerran como fugitivos en sus carros...»<sup>1</sup>

Es claro que las invasiones de los bárbaros al territorio de la península europea, que oleada tras oleada hicieron su arribo hasta los linderos del Imperio romano tuvieron un enorme impacto en todos los ámbitos de la vida.

<sup>1</sup> *Historia Universal Ilustrada*, vol. 1, p. 371.

Aunque muchas tribus, después de larguísimo años de lucha, fueron rechazadas y desaparecieron del panorama histórico europeo, otras tantas lograron asentarse e influir el desarrollo de los acontecimientos, al grado de que una parte de estos bárbaros invasores lograron levantarse con el poder que de antiguo ostentaban los fundadores de la Roma, centro de un imperio otrora poderoso. Los bárbaros que se establecieron, ya no en la periferia del Imperio sino hasta en el corazón mismo de éste, profesaban una profunda admiración por la civilización y cultura de sus vasallos, de ahí que con prontitud se hayan culturizado, que hayan adoptado las formas y las costumbres de los vencidos.



Medallón de estofa de inspiración sasánida del siglo IX que representa un caballero. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 106.

Dentro de los privilegios con que podían contar los vencedores estaba el de convertirse en propietarios de enormes extensiones territoriales, aún en contra de quienes habían sido sus poseedores o propietarios anteriores. Los nuevos amos germánicos conscientes de la terrible

complejidad que representaba el control y el manejo de pueblos enteros, de un gobierno cuya antigüedad se medía en siglos y por lo tanto había logrado desarrollar una técnica administrativa ya probada directamente en el campo de aplicación, por lo que procuraron no alterar más que lo estrictamente necesario, si era posible nada, este antiquísimo y efectivo aparato.

En todos los pueblos que han llegado a un cierto estadio de civilización y de cultura, el estado ha tenido como una de las tareas más ingratas hacer efectivo el cobro de los impuestos. Es claro que más ingrato resulta este cobro para quien se encuentra obligado a pagarlo. Por ello se requiere contar con un verdadero ejército de administradores y cobradores, apoyados casi por regla general, por la fuerza pública, a fin de que tal cobro pueda ingresar a las arcas gubernamentales.

Ante los problemas que representa dicho cobro de impuestos, por ejemplo, desde la determinación de quiénes debían contribuir económicamente a la buena marcha del gobierno, hasta la aplicación de los recursos de acuerdo con las necesidades reales, era indispensable que un grupo de personas bien organizadas, que contaran con los conocimientos y la experiencia necesarios para mantener en funcionamiento al enorme aparato estatal se hicieran cargo de este cobro, a la vez que procuraran la cohesión entre todos los niveles jerárquicos del gobierno imperial. De ahí que con frecuencia fuera arrendada a particulares por parte del gobierno, mediante un pago anual importante, la exclusividad para dedicarse al cobro de los impuestos. Estos particulares debían ser muy ricos para poder sortear con éxito las difíciles condiciones para cumplir con su cometido, ya que del concesionario dependía un ejército de empleados cuyo encargo era, además de hacer efectivo dicho cobro de impuestos, otras tareas tan importantes como la de mantener al día el

censo de contribuyentes y las cantidades en especie o en dinero que cada uno debía entregar. El diferencial entre el pago que el particular hacía al estado por que le permitiera, en exclusiva dentro del perímetro de una región, encargarse del cobro de impuestos y la recuperación real que lograba, era la base de grandes fortunas, por lo que dichas concesiones eran muy apetecidas.

Así, una tarea que debía ser cumplida por el Estado y que exigía una fuerte especialización, con mucha frecuencia se trasladaba a particulares, quienes debían reclutar y generar al personal que se encargaría en la práctica de darle cumplimiento.

Resulta por demás obvio que el solo ejemplo de la compleja labor que representaba el cobro de impuestos a lo largo y ancho del Imperio —y se aplica a todo pueblo— era una tarea en verdad titánica, que requería establecer y desarrollar una complejísima administración, hace evidente que dicha complejidad iba en aumento al considerar también las tareas administrativas de otras áreas del gobierno como son el ejército, la sanidad, la aplicación de las leyes, las obras públicas, el comercio, la educación, entre otras. Ello explica por qué los bárbaros germanos al hacerse del poder político del Imperio Romano de Occidente, procuraran dejar intactas en su inmensa mayoría las estructuras de funcionamiento del gobierno imperial.

Es necesario recordar que los puestos administrativos en el gobierno se encontraban en manos de familias enteras o grupos de familias que, mediante herencia o tradición se transmitían, además de los secretos del oficio, el puesto mismo de trabajo. Tal situación no es de ninguna manera una rareza, sino que es la expresión de una regla comúnmente aceptada, e incluso promovida y tutelada por el gobierno mismo. Existen ordenamientos en los que se instruye positivamente la obligación de que los

hijos abracen la profesión u oficio de sus padres, y que todos los trabajadores de un mismo oficio debían conformar gremios. Es claro, por otro lado que existen actividades cuyo desempeño es privilegio únicamente de algunas familias pudientes, como serían las de los más elevados puestos de la burocracia gubernamental.

Desde la perspectiva del pueblo hambriento y empobrecido no parece demasiado trágica la caída del Imperio Romano de Occidente, toda vez que no es más que la expresión de una serie de acontecimientos que necesariamente van a desembocar en el cambio de un amo por otro. Uno, cuya historia como gobierno, devino de haber conquistado grandes alturas en todos los ámbitos del quehacer humano –incluso en la guerra–, hasta la debilidad extrema por imaginar que se puede gobernar y vivir a partir del recuerdo de glorias pasadas y dedicarse a disfrutar cada día recostado sobre el mullido diván del sibarita; el otro amo, cuyo mérito principal, cual fiera que ante su presa no se detiene a pensar, sino únicamente la captura, fue haber tenido el empuje necesario para vencer a un Imperio que en apariencia era un sólido bloque de granito. Las grandes masas de hombres y mujeres continuaron prácticamente igual: las exacciones de las que eran sujetos en nombre del César romano, ahora las sufrirían en nombre del César germano.

Pero con todo hubo cambios. Las grandes extensiones territoriales que pasaron a manos de otro amo, a la vez que requerían grandes cantidades de mano de obra para hacerlas productivas y así ser generadoras de riqueza a favor del amo e impuestos a favor del gobierno, empujaron a los poderosos a dictar leyes que obligaran a los campesinos libres y a los colonos a permanecer y trabajar las tierras que ocupaban, ya que los raquíuticos frutos de la tierra y los abusos de todo tipo invitaban al campesino

a abandonar la tierra y escapar hacia otros sitios, principalmente las nacientes ciudades. Los esclavos, cuyo número era elevado, simplemente estaban sujetos a la tierra por la voluntad de su amo. Bajo este panorama los campesinos libres, ante la imposibilidad de mantener a su familia y en un afán desesperado por sobrevivir, en gran número optaron por vender sus tierras y muchas veces venderse ellos mismos al cacique local.

Como también entre los poderosos existe una escala, los pequeños ricos estaban sujetos por diversos medios a otros ricos mayores que ellos. Uno de los mecanismos más efectivos para llevar a cabo una depuración y mantener en la cúspide de la escala social solamente a los verdaderamente poderosos y ricos, fue la obligación de prestar el servicio militar. Esta obligación era, por otro lado, un derecho que podía reclamar el gobierno o su representante en los vastos territorios del Imperio, y estaba establecido por ley que quienes más tuvieran, en caso de necesidad, su contribución debía ser mayor.

Primeramente los esclavos estaban exentos de prestar servicio militar por que se les consideraba prácticamente como una propiedad del amo, al igual que un mueble o una bestia. En seguida se encontraban los hombres libres, cuya minúscula propiedad en ocasiones obligaba a que se reunieran en grupos para así solventar todos los gastos que dicho servicio militar representaba, y entre todos equipar a alguno de ellos para que se presentara en calidad de soldado de infantería a prestar el servicio requerido. A continuación se encontraban aquellos quienes siendo poseedores de mayor riqueza, estaban posibilitados para prestar el servicio militar con un mayor y más costoso equipamiento, como es el caso de los caballeros, es decir, los hombres que tenían los medios económicos para adquirir una montura con

todos los aditamentos necesarios para entrar en combate.

Siendo que la obligación de prestar servicio militar se encontraba reglamentada, y los hombres para cumplir con ella debían presentarse tan sólo unos meses del año, estando el resto de él exentos de dicha obligación, fue práctica común entonces la de llamar a filas de manera intermitente, obligando con ello a que la tierra fuera abandonada, con la necesaria consecuencia de la baja de rendimiento, sin que, en función de este rendimiento, fueran también disminuidos los impuestos. Situación que empujaba de manera sostenida a mayor número de pequeños y medianos propietarios rurales a malbaratar sus posesiones en favor de los señores cada vez más ricos y, consecuentemente, más poderosos, quienes al acumular grandes extensiones de tierra, ya que ésta era considerada como sinónimo de riqueza, se convirtieron en los grandes propietarios territoriales que, con el paso del tiempo al irse fortaleciendo, estallarán entre ellos enormes diferencias que conducirán, a los perdedores, a la desaparición y a los triunfadores a una acumulación aún mayor de tierras como preámbulo obligado para formar coaliciones, muchas veces muy inestables debido a la permanente ambición de sus miembros, y a enfrentarse a las monarquías, no pocas de ellas surgidas de las entrañas mismas de estos grandes acaparadores de territorios.

Otra manera en que se fue formando una aristocracia terrateniente —sin faltar la que fuera producto del comercio, el pillaje de guerra y la corrupción— es la utilizada por las propias familias reales o por aquellos que habían logrado escalar el poder político que a cambio de recibir apoyo para sus intereses, otorgaban generosas dotaciones de tierra. Dotaciones que generalmente no eran entregadas en propiedad sino apenas para usufructuar sus productos, con lo que la realeza contaba con —hasta cierto pun-

to— la lealtad de sus beneficiados, con un pago de tributos y con la prestación obligatoria del servicio militar. Estas antiguas y aristocráticas familias van a conformar el principal contrapeso y se convertirán en el principal enemigo de la realeza, de la que muchos de sus miembros ocuparán los tronos de los diversos reinos que, a través de este proceso, llegarán a formarse a lo largo del territorio europeo.

El acaparamiento de tierras ya sea por la realeza, por la aristocracia o por los poderosos caudillos tribales, que devendrían, incluso, en fundadores de nacionalidades o miembros de grandes familias de prosapia, está por demás decir que se llevó a cabo mediante el uso de la violencia y la rapiña. Aquella masa de gentes a la que se le da por nombre el de pueblo, se encontraban sujetos al arbitrio del poderoso en turno.

Para los desheredados prácticamente nada había cambiado, si acaso habían aumentado los motivos de depauperación, porque además de cargar con la enorme tarea de producir lo necesario para el sostenimiento de una población en extremo demandante, debía ahora procurar el sostenimiento de sus antiguos amos, quienes a su vez estaban obligados a atender las necesidades de los antiguos inquilinos convertidos en dueños.

Para garantizar la permanencia de este estado de cosas, las disposiciones jurídicas fueron endurecidas atando al trabajador del campo a la tierra y a los trabajadores urbanos se les mantenía de hecho sin posibilidades de, siquiera, imaginar una vida diferente. Con ello se pretendía asegurar, por una parte, la producción de los artículos necesarios para el consumo de la población, sin dejar de lado aquellos con los que se comerciaría con otras naciones; por otra, la generación de riqueza que se pudiera apropiarse el estado mediante la aplicación de cargas impositivas y, por último, la obtención de todo



tipo de prestaciones, la principal, la obligación de prestar servicio militar, que se aunaba a la obligación de proporcionar alojamiento y comida a los funcionarios públicos que se encontraran viajando con motivo de una encomienda oficial o la de dar alimento a los miembros del ejército cuando así les fuera requerido.

El panorama no podía quedar completo sin hacer referencia a la brutal corrupción que en todos los órdenes del gobierno y de la sociedad en general imperaba sin tasa ni siquiera disimulo. Los poderosos de todo tipo, fueran aristócratas, funcionarios de alto rango, elementos encumbrados del ejército y hasta miembros de la iglesia, se encontraban por una u otra razón exentos del pago de impuestos, y no faltó tampoco quienes abusaran aún más de su situación de privilegio, y dieran rienda suelta a su afán de riqueza, sin reparar en los medios que debían emplear para conseguir su objetivo.

Ante tales acontecimientos, que cercaban por doquier a los más desprotegidos, a los últimos de la cadena social, su respuesta fue en repetidas ocasiones violenta, aunque también los poderosos usaron igualmente la violencia para ahogar en sangre los levantamientos de estos simples como se denominaba a quienes eran incapaces de comprender nada que no fuera por completo sencillo. Todo ello contribuía en gran medida a que todos los sucesos de la vida fueran percibidos con gran pesimismo. No existía en realidad ningún sitio –así fuera el corazón del más poderoso imperio de todos los tiempos– que estuviera a salvo de la destrucción y de la muerte, lo que provocaba, a su vez, una enorme sensación de desprotección y de inseguridad. Con frecuencia, el mismo San Agustín escribía sus sermones con la idea de que el mundo material no era más que una frágil embarcación: «Toda nuestra tierra no es otra cosa

que un gran barco que nos lleva a través de la vida, expuestos a las sacudidas, a los peligros y a todas las tormentas y temporales.»<sup>2</sup>

Esos eran los signos de los tiempos y los hombres, sin importar el estrato social que ocuparan, ni la lejanía del teatro de los acontecimientos, al contemplar el derrumbamiento de su mundo, generaban un arraigado sentimiento de patriotismo que identificaba a la capital occidental del Imperio con la religión cristiana. Acaso, ¿no era Roma el baluarte, la protectora de la fe cristiana, y el centro del cual irradiaba hacia el mundo entero su luz al encontrarse allí el asiento del poder espiritual?

Hasta donde alcanzaba la mente de los atemorados habitantes de la península europea, entendían que acaso no podría subsistir doctrina alguna cuya figura central fuera Cristo en tanto no fuera recuperada para la civilización la antigua y esplendorosa Roma. Mas tampoco era un secreto que tal deseo se encontraba más cerca de ser una mera ilusión, pues el antiguo régimen difícilmente podría levantar cabeza por cuanto se encontraba corroído hasta la médula y era prácticamente imposible que surgiera nada nuevo de él. De esa manera una espesa y larga noche se fue cerrando sobre un territorio que apenas pretendía dar sus primeros y firmes pasos en el cultivo del conocimiento y de las ciencias, sobre la Europa del inicio de la Edad Media. Las invasiones de los bárbaros de diversa denominación y origen lograron arrasar la naciente cultura europea hasta el punto que poco a poco se fue convirtiendo, para la inmensa mayoría, apenas un recuerdo lejano de las glorias que en otros tiempos habían alcanzado sus antecesores.

Cierto que la cultura\* en el entorno de la Europa medieval fue decayendo hasta el punto que debió refugiarse, casi exclusivamente, en

<sup>2</sup> Franz Georg Maier, *Las transformaciones del mundo mediterráneo, siglos III–VIII*, p. 136.

los claustros de la iglesia católica; pero con todo, es importante decir que todo este proceso tiene —como lo tiene toda obra humana— diversos matices y claroscuros. Es un hecho que en todas las civilizaciones y en todos los tiempos el acceso al conocimiento y a la cultura en su acepción más amplia, siempre ha sido un privilegio de las clases más acomodadas, de aquellos que cuentan con los recursos suficientes que les permitan el ocio necesario para dedicarse en cuerpo y alma al cultivo del saber, por ejemplo, en la Grecia esclavista los grandes sabios que se ganaron la admiración y el reconocimiento de sus contemporáneos y de las generaciones posteriores, fincaron la adquisición de su saber sobre las bases de una organización social que les permitió ser relevados de las duras tareas para obtener el sustento. También se debe considerar a aquellos cuya actividad, heredada por tradición familiar, los mantenía en contacto directo con el cultivo del conocimiento, como serían muchos de los grandes sabios al servicio de las cortes, es decir, como empleados de los reyes y aristócratas para desempeñar labores como médicos, astrónomos, administradores, por lo que el eclipse de las ciencias en el medioevo europeo es un hecho relativo: ¿respecto a qué o a quién se puede comparar y concluir que la Edad Media es una época de obscurantismo y barbarie?

Es innegable que conforme penetraron en territorio europeo las hordas de bárbaros, proceso que ocupó varios siglos, una de las consecuencias inmediatas fue el rompimiento paulatino del orden establecido por el dominio romano, hasta que le fue imposible ejercer autoridad alguna sobre quienes muchas veces se habían asentado en tierras fronterizas del imperio, empujados por otros bárbaros más violentos y poderosos que ellos, gracias a una concesión del poder central, para más tarde convertirse en el poder de facto en amplias zonas



Marcado de un caballo. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 213.

sustrayéndose a la autoridad del gobierno romano.

Del anterior régimen, la única institución que se mantenía en pie y cuya naturaleza propia la conducía a mantener su presencia en todos los rincones del mundo —o al menos intentarlo—, fue la iglesia católica. La aceptación del cristianismo como religión del estado romano por parte de Teodosio en el 392, no hace sino constatar la enorme presencia, la amplia y profunda propagación que ésta había alcanzado por todo el Imperio; por otro lado, tal reconocimiento también forma parte de un hábil movimiento político de su parte, pues al percatarse de que la extensión del cristianismo le brindaba la oportunidad de contar con un excelente medio de influencia y control, le brindó el apoyo de la corona imperial. No de manera diferente actuaron quienes, una vez que lograron hacerse del poder político, obligaron a sus súbditos a abandonar sus antiguas creencias para convertirse a la fe cristiana.

Esa forma de proselitismo en la que al aceptar el bautismo cristiano un jefe compro-



Anverso y reverso de una moneda de Teodosio II acuñada en Constantinopla hacia el 420. *Historia Universal Salvat*, Vol. VI, p. 184.

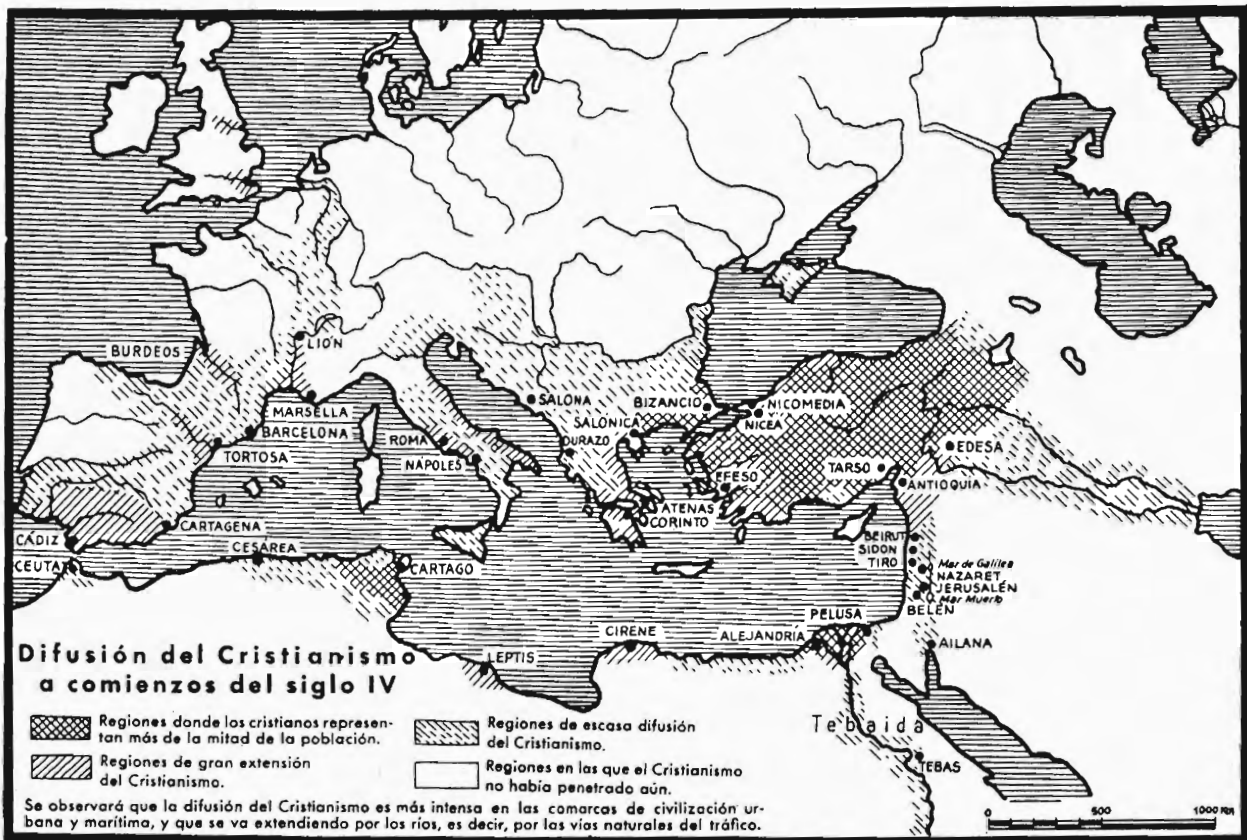
metía automáticamente a sus subordinados a abrazar la religión de su superior jerárquico, da muestras de hasta qué punto el sentimiento colectivo de pertenencia a una comunidad o grupo era extremadamente fuerte, que se imponía aún a la conciencia de un individuo. Aunque también ello explica el endémico surgimiento de herejías entre estos peculiares conversos. Se podría decir que no habría que profundizar demasiado para descubrir que en gran medida, detrás de cada bárbaro cristiano, se encontraba un bárbaro pagano que se resistía, naturalmente, a abandonar sus antiguas convicciones religiosas y que lo conducían a manifestarlo de las maneras más diversas, con lo que el cristianismo recibió una fuerte influencia proveniente de creencias antiquísimas que tuvieron su origen en la noche oscura de los tiempos en lugares que apenas se pueden imaginar como muy lejanos del suelo europeo.

De ahí que el desarrollo del cristianismo en Europa se encuentre imbuido del espíritu de quienes por siglos profesaron otra fe y que, al verse obligados a manifestar oficialmente que aceptaban otro dios, no por ello abandonaron su personal creencia. No pocas veces esas soterradas convicciones dieron su aporte a través de los ritos y costumbres en que cotidianamente se vivía la nueva religión, que desembocaron más abiertamente en las conmemoraciones de algún culto pagano revestidas de festividad cristiana.

Este problema, ya que nunca fue resuelto del todo, de que la fe religiosa, el cristianismo; pero, practicaba o mezclaba ésta con alguna religión diferente ha sido una constante que obedece a varias causas sin que ninguna de ellas sea la principal: la antes dicha de una conversión forzada inducida de muy diversas formas, como sería la de imponerla a un enemigo vencido en un hecho de armas, por decreto al declararla religión oficial del estado, imponerla al subordinado mediante la conversión del líder del grupo.

En el territorio del que en otro tiempo fuera un Imperio extenso en extremo, la Iglesia cristiana debía atacar a fondo el grave problema que representaba la no existencia de un número suficiente de propagadores del cristianismo, cuya preparación fuera lo suficientemente sólida y a la vez amplia, para penetrar de manera efectiva en los vastos territorios ocupados por una amplísima gama de grupos étnicos, con idiomas diferentes, con costumbres diversas y, por supuesto, expresiones religiosas distintas a la fe en Cristo.

El desarrollo de la religión cristiana como institución, a pesar de que se hicieron serios intentos por separarla efectivamente del poder político, de mantener una total independencia obedeciendo la máxima de *al César lo que es del César*, no se pudo lograr y vivió, como religión oficial de estado, al cobijo y bajo la supervisión primero de los césares y sus representantes en los territorios del Imperio, para después quedar bajo el dominio político de los reyes, príncipes o marqueses de los diferentes reinos que se fueron formando con el desmembramiento de la parte occidental del Imperio romano. Este hecho tuvo las máximas consecuencias por que fue una práctica frecuente que a los enemigos políticos que lograban salvar la vida una vez que fueran despojados de su auto-



Difusión del cristianismo. Jacques Pirenne. *Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia*, Vol. 1, p. 378.

ridad, se les enviara a cumplir una especie de ostracismo y prisión en algún convento previa toma de la tonsura, es decir, ordenándolos sacerdotes y obligándoles a tomar los hábitos. También fue una práctica frecuente que algunos delincuentes purgaran sus condenas entre las paredes conventuales.

Esas costumbres adoptadas por el poder civil ciertamente no contribuyeron a elevar, ya no se diga el nivel intelectual de los religiosos, sino simplemente la moralidad y la vida piadosa de quienes se esperaba se convirtieran en la guía de una grey que no había dejado del todo en el olvido sus convicciones paganas.

A partir de este esquema se puede explicar el enorme esfuerzo realizado por aquellos que de manera sincera vivieron las prácticas religiosas cristianas y se propusieron indepen-

dizar realmente del poder de los civiles a la iglesia católica, y también explica el porqué del decaimiento de la cultura y la civilización en Occidente durante la Edad Media. La iglesia cristiana, conjuntamente con la cultura islámica, mantuvo explícitamente entre sus objetivos a la educación y el cultivo de las ciencias de su época.

Esa íntima interdependencia entre el poder político y la institución eclesiástica cristiana que condujo a que se identificaran mutuamente como un todo indivisible tuvo su origen, y no podía ser de otra manera, en la aceptación y promoción del cristianismo como fe religiosa oficial del estado en el momento en que el emperador era considerado además de la máxima e indiscutible autoridad, el divino representante de Dios en la tierra. La conjunción de



dos autoridades firmemente fusionadas en la augusta persona del César parecían ser inseparables si solo se partía de la voluntad humana. «La combinación de fe cristiana y conciencia imperial romana había dado lugar a un patriotismo peculiar teñido de religiosidad: *orbis romanus* fue identificado con *orbis christianus*; *pax christiana* y *pax romana* eran en el fondo una misma cosa. Prudencio dio expresión, con mucho calor, a esa conciencia misionera romana y cristiana. Con su renacimiento en el cristianismo, comenzó Roma a realizar su destino verdadero: *Sólo ahora soy en verdad digna de veneración, como cabeza del círculo terráqueo* declara en uno de sus poemas; *aunque todo lo mortal envejezca, a mi me concedieron los tiempos un nuevo siglo*. Para Prudencio, Teodosio inició la eterna soberanía cristiana, que lleva a cabo la tarea predestinada a Roma, reúne a los pueblos y los conduce a la verdadera fe.»<sup>3</sup> Bajo estas circunstancias fue en verdad difícil para la institución eclesiástica sustraerse de acompañar en su camino al poder político imperial romano y, consecuentemente, sufrir asimismo los avatares que se fueron sucediendo.

De esta manera, las interminables oleadas de invasores al territorio europeo, la pérdida de influencia y poder de la parte occidental del Imperio romano, el constante estado de guerra entre los imperios que se disputaban la supremacía en el entorno mediterráneo, la mortandad debida a la guerra, al hambre y las enfermedades no fueron el ambiente propicio para que las mejores expresiones de la inteligencia y de la sensibilidad humanas pudieran florecer. Sin embargo, aunque pocos, no faltaron hombres y mujeres que a pesar de las enormes adversidades no se arredraron y sostuvieron una férrea lucha en todos los frentes, que les fue posible abrir para terminar con el estado de decaimiento en que se encontraba la civilización

occidental al perder su principal referencia y motor que fue el Imperio romano.

Todas las referencias económicas como son la producción agrícola y de manufacturas, la emisión de moneda, el comercio, el precio de los productos, sufrieron crisis severas que orillaron a la mayoría de la población a buscar fuentes alternas para poder subsistir, y cuando no las encontraban, lanzarse a revueltas sin futuro tratando de arrebatarse a los pudientes algo de lo que con anterioridad ellos les habían quitado al amparo de la fuerza del estado y su brutal corrupción imperante. Tales revueltas, algunas memorables por haber sido en extremo sangrientas, no condujeron a nada favorable para esos desarraigados, fincadas y nutridas como estaban por diversas herejías pues fueron muchos los líderes que pensaban, con base en interpretaciones muy propias de las fuentes testimoniales primigenias, que los hombres debían volver a la forma de vida que llevaban los primeros cristianos, ya que tenían a la vista que la misma iglesia católica —como institución— tampoco estaba a salvo de la ambición de riquezas y poder de muchos de sus miembros, de reyes, de tantos marqueses, condes y poderosos de toda laya, que veían en la iglesia apenas un instrumento para hacer efectivos sus deseos y no dudaban en utilizarla para conseguirlos.

La historia de la institución eclesiástica cristiana se encuentra llena de situaciones difíciles y hasta contrarias a las normas que le dan sustento como expresión religiosa; más también muchos de sus miembros en todos los tiempos se han levantado, aun contra los más poderosos —incluso a costa de su vida—, para contrarrestar o eliminar las prácticas no acordes con el espíritu religioso cristiano. Esos hombres y mujeres que lucharon denodadamente por que la institución se inclinara por el recto camino, en innumerables casos, no fueron personajes ricos ni

---

<sup>3</sup> *Ibidem*.

famosos, sino simples seres humanos que solo a través del ejemplo de su forma piadosa de vida lograron reencauzar la conducta de sus semejantes.

Otra de las facetas de muchos de esos hombres fue que se dieron a la tarea de profundizar los conocimientos de su época, principalmente, pero no de manera exclusiva, en lo relativo a los temas sagrados. Ante un panorama de declive en todos los órdenes de la civilización, los únicos sitios que pudieron mantener la tradición que habían recibido de sus antecesores fueron, de manera casi exclusiva, algunos de los más importantes conventos y de las sedes obispaes, es decir, las catedrales.



San Isidro Obispo. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p.106.

A pesar de que los claustros albergaron un catálogo de políticos en desgracia, aristócratas en busca de prestigio e influencia para consolidar el poder familiar, incluso, de maleantes peligrosos, en adición a muchos clérigos colocados en los diferentes estratos de la escala eclesiástica igualmente en busca de poder y rique-

za; también fueron el refugio de innumerables hombres y mujeres piadosos, y de verdaderos científicos y pensadores de gran altura.

Si en el entorno de los claustros cristianos se vivía un ambiente de extrema pobreza para la gran masa de sus habitantes, ahora bajo el yugo de los nuevos amos bárbaros cuya finalidad era enriquecerse sin medida a la brevedad posible; si en el área mediterránea la lucha encarnizada por el predominio entre las potencias enemigas, distraía recursos, energías y voluntades, entonces se puede decir que fue en verdad un acto heroico, preservar buena parte de la cultura antigua y generar –limitadamente, en comparación con otras épocas– nuevos conocimientos, con el explícito propósito de usarlos en su momento y de conservarlos y transmitirlos a otras generaciones.

En contraste con el enorme peso que adquirieron quienes utilizaban la estructura institucional de la iglesia católica como instrumento al servicio de sus intereses económicos y políticos, otros hombres hicieron uso de sus claustros como refugio obligado para, desde ahí, en un largo camino de siglos, mantener encendida la llama del conocimiento. Fuera de esas islas conventuales, prácticamente el resto de la península europea –no así el mundo entero– se encontraba sumida entre obscuras tinieblas de barbarie e ignorancia.

La iglesia se encontraba ante enormes retos. Desde su transformación en una estructura formal, una de sus intensas tareas fue la de fomentar, como parte del rito, por todos los medios a su alcance el culto a los símbolos de la religión cristiana (recordemos las imágenes del Buen Pastor) y, sobre todo, como importantísima expresión de la teología católica, de ahí que a lo largo de la historia hayan jugado un papel en verdad relevante todos aquellos religiosos que por su enorme aportación para desarrollar y consolidar esta labor se ganaron el honor de

ser considerados *Doctores de la Iglesia*. Esta enorme labor comenzó casi desde el nacimiento del cristianismo, primero con el fin de defenderlo de sus poderosos adversarios paganos, tanto como de aquellos que desde su interior se daban a la tarea de socabar sus bases mediante herejías. Más tarde, en un periodo comprendido entre el siglo III a la mitad de la centuria siguiente, los Doctores se dedicaron a formular la doctrina de la religión que profesaban; aquí se dan las primeras grandes formulaciones sistemáticas de la filosofía cristiana con autores como Orígenes o San Agustín. Por último, se reconoce un tercer periodo que llegaría hasta bien entrado el siglo VII, en el que se realiza todo un recuento de lo hasta entonces escrito sobre estos temas y se reelaboran y de nueva cuenta se sistematizan algunas de las doctrinas anteriormente formuladas y aquellas que aún no habían sido objeto de una elaboración sistemática. En este aspecto se destacan las obras de autores como Boecio, Isidoro de Sevilla, Beda *el Venerable*, entre otros. Conjuntamente con la consolidación del culto de la cruz, se fueron creando las condiciones para aceptar y desarrollar una corriente favorable al estudio y recuperación de la tradición de la antigüedad clásica.

Paralelamente, la Iglesia debió dar respuesta a la enorme necesidad de contar con los elementos materiales y humanos que le permitieran recibir al enorme número de paganos que, principalmente, por voluntad de sus líderes se convertían corporativamente al cristianismo.

No bastaba obviamente que miles y miles de hombres y mujeres aceptaran el bautismo cristiano. Era indispensable recorrer el lento y arduo camino de su catequización y, el más difícil, de mantenerlos dentro de la fe cristiana, con todo lo que ello quiera significar, ya que si bien se habían librado varias batallas por establecer algo parecido a una ortodoxia católica,

lo cierto es que ésta se fue conformando con la tarea desarrollada por los Padres de la Iglesia a lo largo de varios siglos, hasta culminar en el Concilio de Trento en 1545, por lo que aún estaba lejos el que dicha ortodoxia fuera claramente reconocida y aceptada por todos los sedicentes cristianos, durante los primeros tiempos de la nueva catequización en Europa a partir del siglo IV.

Ese delicado problema se unía al de mantener igualmente dentro de la fe cristiana a aquellos que, en calidad de derrotados por las armas bárbaras, se encontraban bajo su mando e influencia y que se podían considerar cristianos viejos. Cristianos provenientes por generaciones de familias que compartían la misma confesión religiosa, y a quienes se les debía reforzar en sus creencias para evitar, en lo posible, fueran fácil presa de las distorsiones que, necesariamente darían lugar los nuevos conversos quienes, a su vez, por generaciones habían brindado culto a otros dioses.

Esa emergencia de hacer frente al enorme reto de propagar el cristianismo como la única religión verdadera y de mantener y fortalecer lo ganado en ese terreno, obligó a que al interior de la Iglesia cristiana no se apagara del todo la cultura. Es importante insistir en el hecho de que por mucho que en Europa se hayan detenido las fuerzas de la cultura, en que por mucho que se hayan destruido u olvidado gran cantidad de conocimientos y de sus fuentes, en otros ambientes no sólo fueron conservados sino acrecentado, como es el caso de que mientras Roma era presa de los bárbaros, Bizancio se hizo cargo de mantener y hacer avanzar la cultura que, al paso de los años y al abrigo de su poderío, Occidente reclamará como propia, como si Europa hubiera sido su única y primigenia cuna.

Una vez que en Bizancio, a partir del siglo V, se mantuvo viva la llama de la cultura cristiana, que un buen número de conventos



Final del imperio bizantino. *Historia Universal Planeta*, Vol. v, p.362.

ubicados en territorio europeo se convirtieron en fortalezas de la inteligencia y del saber, que los Padres de la Iglesia desarrollaron y divulgaron su obra, el cristianismo estuvo en condiciones de reconquistar para la fe católica, si bien lentamente y con enormes dificultades, buena parte del territorio europeo y de las almas que lo habitaban.

Una figura central de la patrística cristiana es San Jerónimo quien se distinguió por su

espíritu inquieto, siempre en busca de nuevos conocimientos que le permiten moverse con soltura por toda la literatura profana y religiosa de su tiempo; radicó tanto en Siria, en Constantinopla como en Palestina, lugares donde recoge variadas influencias que le servirán para realizar una importante obra escrita. Dueño de un verdadero saber enciclopédico, dedicó varios años de su vida a realizar una traducción de la Biblia al latín conocida como *La Vulgata*,



precisamente por ser un intento de vulgarizar, de hacer accesible a un amplio público eclesiástico conceder de esta lengua los textos sagrados del cristianismo, para que éstos a su vez, se encargaran de hacerlos accesibles a su feligresía. La traducción de la Biblia por San Jerónimo será considerada por el Concilio de Trento\* como la única obra autorizada para efectos de la realización de la liturgia católica. Así, la lengua del Imperio, el idioma de los anteriores conquistadores que la diseminaron por amplios territorios, más allá de la Europa continental, es aprovechada para difundir y fijar de manera firme y unitaria el cristianismo, evitando así, en la medida de lo posible la proliferación, por falta de una guía, de confusiones y de herejías.



San Jerónimo corrigiendo la traducción de la Biblia. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 278.

Pero la figura más importante que va a llenar, con mucho, todo el tramo temporal de la Edad Media, es sin duda San Agustín. Estrictamente hablando, la vida del gran intelectual africano nacido en Tagaste en el 354 no alcanza a entrar al medioevo; pero su obra va a señalar el

camino que deberán recorrer muchos de los sabios de valía –incluso hasta los tiempos modernos– que dejarán su huella en la historia del pensamiento humano. Es ampliamente conocida la biografía de Agustín. En su juventud llevó un tren de vida bastante desordenado, no obstante, su genio le condujo a dedicarse a la docencia como maestro de retórica en Cartago, Roma y Milán.

Durante algún tiempo se encontró engrasando las filas de los pensadores maniqueístas, y se dice que fue nada menos que San Ambrosio quien hizo abjurar sus ideas al futuro santo cristiano. Agustín no solamente cambió su filiación filosófica, sino que ingresó al sacerdocio donde realizó una brillantísima carrera hasta ocupar el obispado de Hipona. Posición desde la cual llegó a conquistar ampliamente el reconocimiento de sus contemporáneos y de todas las generaciones posteriores. Obras como las *Cartas* y las *Retractaciones* se agregan dignamente a las obras máximas del santo, por las cuales tiene un lugar destacado en cualquiera de las historias de la sabiduría: *las Confesiones* y *La ciudad de Dios*, que proporcionaron inagotable material para la reflexión y para la elaboración de otros tantos estudios, teorías, en fin desarrollos múltiples en muy diversas áreas del conocimiento y la práctica humana, incluso, hasta en el arte de la política.

Es claro entonces que la Edad Media europea está llena de contrastes. Es una época en la que la barbarie, la ignorancia, la insalubridad, todos los aspectos negativos de la raza humana campean por doquier; sin embargo, a su lado coexisten aquellos caracteres que hacen reconciliarse con el hombre y reconocerle la facultad que tiene de alcanzar alturas insospechadas. El ruín y ambicioso comparten la mesa con el santo. Uno y otro no se niegan, antes bien, se complementan y hacen posible la caracterización de una época que, a la distan-

cia, se aprecia llena de posibilidades, como la futura tierra fértil en la que florecerán muchos de los mejores frutos de los que el hombre es capaz de cultivar y cosechar.

El gran festín medieval tiene su sede en los claustros cristianos. En muchos de ellos un buen número de monjes entretenían sus días, además de atender las obligaciones del culto que la regla establecía, en desarrollar alguna actividad relacionada con la cultura. Y no fueron pocos de estos monjes que dedicaron sus vidas a copiar e ilustrar con paciencia extrema gruesos volúmenes que terminarían en la biblioteca de algún otro religioso, pues solo por rara excepción —aunque no faltaron individuos de esta clase— algún laico gastaba su tiempo y su dinero en adquirir con el esfuerzo del estudio, el conocimiento o el dominio de una ciencia. No es gratuito entonces que hayan sido los religiosos cristianos quienes se convirtieron en los principales promotores de las ciencias, las artes y, en general, la cultura.

Esta situación de decaimiento general de la civilización y la cultura fue un fenómeno netamente europeo que duró varios siglos, del iv al xv, en el llamado continente, no así en todas las partes del mundo conocido, y fue la Iglesia cristiana con sus ramificaciones tanto en Europa como en un amplísimo territorio, que abarcaba desde los confines asiáticos, hasta la rivera del entorno mediterráneo africano, hizo posible que gran parte de la herencia cultural de la humanidad, recibida de las civilizaciones que le precedieron, muchas veces revestida con el ropaje con que la iglesia católica le dio, fuera preservada y transmitida, a la vez que se fueron creando las bases para el futuro despliegue de la ciencia tal como se conoce en la actualidad.

Mas la iglesia católica no solamente actuó en una forma pasiva preservando el saber de las antiguas civilizaciones, sino que también

fue una importante promotora de éste: en todos los lugares donde se encontraba asentada, a pesar de los múltiples factores en contra, era posible la circulación de los conocimientos a través de los textos de la que era encargada de conservar y muchas veces reproducir.

Es importante tener en cuenta que en un mundo en el que de manera generalizada, aunque con honrosas excepciones, se tenía al conocimiento intelectual en un estrato muy superior y sin ninguna conexión —o casi— con la realidad material, se consideraba que el lenguaje era el portador, además de mensajes, también, y de manera principal, de significados inefables, asequibles exclusivamente para una minoría privilegiada que conocía las claves secretas para desentrañarlos. Tal estado de cosas no es sino la expresión del largo camino que la humanidad había transitado desde tiempos inmemoriales, para que el acceso al conocimiento se fuera haciendo, aunque lentamente, más incluyente y democrático, ya que sin esta característica es imposible hablar siquiera del concepto de universidad.

Prácticamente en todas las civilizaciones antiguas, de las que se conservaban noticia de sus concepciones sobre el origen que ellas mismas se atribuían, quedaba establecido que éste era una obra de su o de sus dioses particulares a través de un acto gracioso de su inescrutable e indiscutible voluntad al pronunciar las palabras secretas adecuadas e insuflar sobre su creación: el universo y con él, el propio ser humano. Así, el origen divino del hombre quedaba fincado y le correspondía entonces guardar los preceptos derivados de éste, entre los que destacan principalmente la custodia de las palabras divinas y la obligación de transmitir las únicamente a quienes, bajo muy estrictas reglas, les era permitido alcanzar tal conocimiento.

Para quienes el privilegio de pertenecer a ese grupo de hombres que tenían acceso al len-

guaje de los dioses y sus secretos, que al llegar las sociedades al estadio de la invención de la escritura se consignará fundamentalmente en los libros, les era indispensable adentrarse en el conocimiento de ese lenguaje escrito y guardarlo, para transmitirlo, conjuntamente con la tradición, a otros hombres más jóvenes.

La tradición es un punto fundamental para explicar el desarrollo de la civilización y de la cultura en Europa de la temprana Edad Media. La compleja estructura del cúmulo de conocimientos en esta época, al no aceptar los pensadores como válido plenamente el conocimiento producto del contacto con la realidad material, lo que contaba era la adecuación lógica con lo establecido por los sabios que gozaban del reconocimiento y, sobre todo, la aceptación de los pensadores más prestigiosos de cada momento.

Las discrepancias se situaban, para su resolución, en el terreno de las referencias a las obras de los sabios antiguos, sobre todo de aquellos cuyos escritos ya habían sido aceptados por la iglesia cristiana y se tenían como verdaderos. De ahí que los pensadores medievales fueran verdaderos eruditos, conocedores a fondo de las obras de los antiguos tanto como la de sus contemporáneos, buscando en todo momento la argumentación consistente que reforzara y validara su dicho.

Todo esto pone en lugar prominente a los pensadores griegos de la época de oro, de quienes se dice que fueron los primeros y más grandes sabios, y a sus seguidores cuya obra se centraba en el desarrollo de la estructura lógica del lenguaje como una herramienta poderosa e indispensable en la búsqueda de la verdad.

Sócrates, Platón y Aristóteles son solo algunos de los nombres que ganaron sólido reconocimiento como buscadores de la verdad como tema medular del conjunto de su obra. Pero la verdad no se agota en la mera adecuación sin

contradicciones de un discurso cualquiera, sino que se encuentra íntimamente relacionada con los valores más importantes y trascendentales que otorgan la calidad de ser humano a la criatura de la naturaleza cuya denominación es la de hombre.

El hombre es más que un ser natural. Ciertamente, proviene de la naturaleza, ella es su cuna; pero este ser trasciende en la medida en que también es poseedor de conciencia de sí y de su entorno, y esa conciencia lo dota de la capacidad de transformar el ambiente en el que nace, tanto como transformarse a sí mismo, con base en el reconocimiento de ser el hombre el depositario de los valores supremos dispuestos por Dios mismo, como parte intrínseca de su magna obra.

La preeminencia de la palabra sobre la materia determina las formas de acceso y la relación que el ser humano mantiene con la naturaleza. El orden dispuesto por el pensamiento, cuya manifestación fehaciente es la palabra, representa la organización que debe adoptar la materia y con ella el hombre como ser natural, es decir, el hombre mismo se encuentra determinado —en esta concepción del mundo— por el pensamiento y debe atender a sus dictados para estar en consonancia perfecta con él, ya que en última instancia ese es el acto más importante y en definitiva único de su vida. Es por ello que mantener la tradición fue una permanente preocupación de las comunidades cristianas convertidas en Iglesia.

A la Iglesia, de manera más reconocible a partir del siglo vi, con la fundación del célebre monasterio de Montecasino, obra de San Benito, le correspondió vigilar que se cumpliera lo mejor posible este objetivo y adoptó, dentro de su organización, una serie de medidas tendientes a fomentar que un grupo selecto de sus miembros pudieran dedicar una parte importante de su tiempo al estudio, a fin de conservar y

difundir la tradición heredada, cuyos resultados palpables muchas veces se daban a través de la creación de pequeñas bibliotecas conventuales, así como la copia de textos y la escritura de obras que, en su momento, llegarían a formar parte de esa tradición que se pretendía preservar, sin olvidar que ésta también se conservaba mediante su transmisión en el proceso de enseñanza.

Muchos de los conventos funcionaban con esta doble actividad, que en el fondo eran parte de un mismo fin: tanto como centros religiosos como centros educativos, con el encargo de mantener y propagar la tradición de la fe religiosa, al igual que la proveniente de las escuelas de pensamiento aceptadas por la iglesia como compatibles con el cristianismo, como fueron la platónica y la aristotélica que en el transcurso de los siglos llegarán a constituir una parte importante del sustento intelectual y filosófico de la fe cristiana y de su Iglesia.



Monasterio de Santa Catalina. Monte Sinaí. Egipto. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 66.

Otro aspecto de esta situación se refiere a que al quedar rota la estructura política del Imperio Romano, y su parte occidental caer en manos de los bárbaros del norte, tiene un fuerte declive aunque no llega a su desaparición, lo que se pudiera considerar un sistema educativo hasta cierto punto laico, es decir, no dependiente de manera directa de una organización religiosa.

Así, durante los años en que no se contó con la presencia de la iglesia cristiana como institución, el aspecto educativo fue relegado a un plano secundario, de ahí que se piense que la Edad Media europea sea un época obscurantista; pero quizá haya sido meramente un descanso en el camino por que: «En adelante, las artes liberales de una educación puramente cívica ya no bastaron. Fueron solo la fase preparatoria de la verdadera empresa de la educación superior, que debía guiar al espíritu, por medio de la ciencia y la filosofía, hacia su meta espiritual definitiva. Y de esta manera la Academia platónica y el Liceo aristotélico crearon un nuevo tipo de institución educativa que sería el arquetipo de la universidad occidental. Esta tradición se conservó en Atenas y luego en Alejandría durante todo el periodo helenístico y durante todo el periodo romano, hasta que en el 529 d.C. Justiniano cerró las escuelas.»<sup>4</sup>

La educación debió entonces refugiarse en los claustros cristianos, ya que el territorio europeo se parecía más a un desierto que, sin dejar de acoger ciertas formas de vida, no tiene la exuberancia de los bosques, por lo que no fue poco el servicio que hicieron a la humanidad aquellos monjes —muchos de ellos por completo anónimos— que mantuvieron encendida, aunque quizás en forma discreta, pero efectiva— la luminaria de la cultura, por lo que a pesar de las disposiciones del emperador romano «en el siglo V ya se había llegado a una síntesis de los

4 Christopher Dawson, *La crisis de la educación occidental*, p. 17.



dos elementos y esa síntesis vino a ser el fundamento de la cultura y la educación medievales. En el Oriente, sobre todo, esta síntesis fue el alma misma de la cultura bizantina, que era esencialmente griega y esencialmente cristiana al propio tiempo, que estudiaba a Homero y a Platón, así como la Biblia y a los Padres y que mantuvo la tradición de una clase laica educada a través de toda la edad de las tinieblas. Aquí, a diferencia de Occidente, no se produjo ninguna interrupción en la continuidad de la educación superior, pues la Escuela del Palacio, fundada en Constantinopla en 425 por Teodosio II, era una universidad regular del estado que perduró, a pesar de las interrupciones, unos mil años y cuyos maestros comprendían a hombres de erudición enciclopédica, tales como Focio\*, del siglo IX, y Miguel Psello del siglo XI.»<sup>5</sup>

Ningún periodo de la historia humana, a pesar de que mantenga características comunes con otros, es el mismo en todas partes y en todo momento, de ahí que sea dable señalar diferentes ritmos, diferentes tendencias que darán por resultado la conformación de otras tantas formas en que el hombre realiza su vida. Tampoco la cultura es un monolito, no se mantiene homogénea en cada periodo histórico, es por su propia naturaleza, diversa, cambiante, siempre dispuesta a iniciar cada vez otro avance y de plantear nuevas y más acuciantes preguntas. Y ante la necesidad de los nacientes reinos que se iban formando con las diferentes partes del Imperio Romano de Occidente, de contar con los funcionarios en todos los niveles del gobierno lo suficientemente preparados para no interrumpir y desquiciar mayormente la administración del estado, la iglesia optó por continuar, aprovechando la vastedad de su estructura institucional, con la antigua educación. «Esta idea

de emplear la antigua educación clásica liberal al servicio de la Iglesia y la erudición eclesiástica misma se difundieron por toda Europa occidental por obra del movimiento eclesiástico. Este movimiento ya había llegado a Irlanda en el siglo VI y en el siguiente inspiró la nueva cultura cristiana de la Inglaterra anglosajona; desde allí San Bonifacio y Alcuino\* tornaron a transmitirlo a Europa continental donde se convirtió en la fuente principal del renacimiento carolingio del saber. Pero ya a comienzos del siglo VIII, esta tradición educativa cristiana había producido resultados muy notables. El venerable Beda fue un estudioso de quien cualquier época podría enorgullecerse, y el rápido florecimiento de esta nueva cultura cristiana latina en suelo bárbaro muestra que la combinación de la antigua tradición educativa liberal con la dinámica energía moral del cristianismo no era una arcaica supervivencia de una cultura muerta, sino un proceso vital capaz de dar nacimiento a las nuevas formas de cultura.»<sup>6</sup>

Durante todos los siglos de la Alta Edad Media en que en medio del desorden provocado por la caída de las estructuras estatales de occidente, la iglesia católica no solamente evitó su total derrumbamiento sino que mantuvo en alto los principios de civilización, y revirtió el proceso hasta el grado de hacer posible el resurgimiento de la cultura hasta colocar a Europa en una posición de privilegio, que permitió hacerse del liderazgo indiscutible en toda la región y del mundo después. «Cada edad tiene para la posteridad su especial carácter histórico, que se refleja en el sentido que le den a la vida los contemporáneos. En el siglo IV, en la época del *Imperium Romanum Christianum*, domina una característica coexistencia y mezcla de decadencia y renacimiento: subsistencia del mundo antiguo, a punto de perecer por el

---

5 *Ibid.*, p. 21.

6 *Ibid.*, p. 22.



Inglaterra anglosajona y vikinga (siglo VIII-X). *Historia Universal Planetaria*, Vol. III, p. 343.

despliegue de un cristianismo liberado de las cadenas del siglo III, que comienza ahora a conquistar el mundo. Occidente vive en el siglo V, durante la invasión de los bárbaros, la sensación de una gran crisis. La Roma oriental, al abrigo de estos acontecimientos, es sacudida por el fanatismo religioso. Pero, durante el siglo VI, en el área de los estados mediterráneos, domina una peculiar tranquilidad y seguridad, a pesar de la extrema violencia de las guerras de Justiniano, a pesar de la gran agitación social y eclesiástica. No es una etapa de calma alcióica. Incluso Constantinopla pierde en pocos decenios el carácter de fortaleza sitiada. Este centro de riqueza y cultura ejerce una fuerte atracción demasiado grande sobre los bárbaros. Pero una nueva conciencia, una creciente vitalidad, engendran una intensa, aunque no febril acti-

vidad. La época es clásica por su forma cultural en el sentido de que, pese a la persistencia de antiguas tradiciones, se crea un estilo propio, que va moldeándose en las grandes obras.»<sup>7</sup> Sin embargo, ese camino lo recorrerá Europa en el transcurso de la siguiente mitad del medioevo que se iniciará con el acceso al poder de la dinastía carolingia en el que llegará a ser el reino de Francia.

En el resurgimiento de la civilización occidental el papel desarrollado por los bárbaros culturizados por el contacto con la tradición cristiana asentada en el Imperio Romano fue determinante. En un inicio la palabra bárbaro en Europa designaba a aquellos pueblos no tocados por el refinamiento de la civilización, menos por el de la cultura. Sus atropellos y atrocidades infundían terror entre las poblaciones prácticamente sin posibilidad de defenderse debido al debilitamiento de la vitalidad romana. Esos bárbaros, muchas veces empujados a invadir los territorios occidentales del Imperio Romano a causa del empuje de otros pueblos más bárbaros y salvajes que ellos, mantenían, por lo general, una sincera admiración por la grandiosidad de ese Imperio que se había mantenido en pie por casi un milenio.

Al romperse sus fronteras occidentales, al Imperio Romano no le queda otro camino que el de aceptar su lento pero inexorable declive, ahora en manos de sus invasores. Éstos se repartirán el territorio conquistado, aunque conservarán, en parte por su admiración hacia el Imperio, en parte por la conveniencia de no destruir todo lo que, sin ser producto de su esfuerzo y había costado siglos adquirirlo, podría serles útil, como el complejo aparato administrativo del estado.

Es sintomático que cada uno de los pueblos llamados bárbaros que lograron imponerse en territorio europeo hayan a su vez creado

<sup>7</sup> Franz Georg Maier, *Op. Cit.*, p. 180.

reinos, es decir, establecieron las bases para que con el paso del tiempo se desarrollaran las diferentes nacionalidades de la Europa moderna. Mientras tanto, se entabló una sangrienta lucha por el poder entre las diversas familias usufructuarias del poder militar, que les proporcionaba un enorme e indiscutible peso político. Una de las familias que logró imponerse sobre las demás en el territorio que los romanos denominaban la Galia, fueron los merovingios. Después de un breve periodo en que los primeros representantes de la dinastía ejercieron el poder con energía, como lo requerían esos difíciles tiempos, sus descendientes pronto dejaron el ejercicio del mando —disfrazado de administración de los asuntos del palacio— en manos de sus mayordomos y ellos se dedicaron a disfrutar de los frutos del esfuerzo de sus antecesores.

Bajo esas circunstancias, no tardó el momento en que uno de esos mayordomos, dueño del necesario arrojo, inteligencia y energía llamado *Pipino el Breve*, destronara al monarca merovingio y tomara su lugar. Su antecesor, el mayordomo de palacio, Carlos Martel, se había cubierto de justa gloria y fama al derrotar a los invasores musulmanes en la célebre batalla de Poitiers, que determinó el límite del avance de las tropas islámicas en territorio europeo, aunque éstas permanecieron por siglos en suelo hispánico hasta el final de la Edad Media en Europa.

Si *Pipino el Breve* fue el primer miembro de la dinastía carolingia en ejercer el poder en calidad de rey, la denominación con que se le conoce a su familia no se lo dio él, sino *Carolus*, el nombre latinizado de Carlomagno, el más ilustre miembro de ésta dinastía. Carlomagno se encargaba de gobernar Neustria, Austrasia y parte de Aquitania, o sea, lo que en la actualidad se conoce como parte de los territorios de Alemania y fue un buen gobernante y excelen-

te guerrero. Su hermano Carlomán ejerce el gobierno de la porción occidental del reino, sobre la Galia propiamente dicha; al morir prematuramente, deja a su hermano *Carolus* al frente de un ya considerable reino que acrecentará mediante una serie de victorias sobre sus vecinos inmediatos: ávaros de Hungría, lombardos de Italia, bávaros de Alemania, sajones y frisios que ocupaban la parte noreste del cauce del río Rhin

Carlomagno hace crecer enormemente su fama y sobre todo su poderío. Se convierte en un rey que se debe tomar en cuenta y, consciente de su importancia, que se verá aumentada por la necesidad que tiene la iglesia católica de contar con un rey poderoso que la proteja de sus numerosos enemigos, algunos, incluso, poco tiempo antes habían apaleado al Papa. Carlomagno se convierte en emperador coronado por éste en la misma Roma en la Navidad del año 800. Para ese momento solo merecían la denominación de emperador tres hombres en el mundo: el *basileus* bizantino, el califa de Bagdad y Carlomagno.

Durante su reinado Carlomagno realiza una extraordinaria labor como gobernante; pero las mismas medidas que le permiten mantener el control sobre el extenso territorio de su reino, a la larga van a ser uno de los factores de su debilitamiento. Una de éstas se refiere a que ante la imposibilidad de supervisar personalmente la marcha administrativa de todo el reino, el emperador recurre a una serie de funcionarios, directamente nombrados por él, a fin de que, a cambio de donaciones de grandes extensiones de tierra y previo juramento de fidelidad a su rey, se les confiaba prácticamente el gobierno de un territorio. Esos funcionarios podían ser laicos o pertenecer al clero. Carlomagno, atento al desarrollo de los acontecimientos, intentó, hasta donde le fue posible, evitar la concentración del poder en pocas manos, por

lo que los puestos administrativos les eran confiados a diversos personajes, algunos de éstos eran duques, marqueses o poseían algún título nobiliario. En otras ocasiones los agraciados eran algunos obispos, cuyos intereses con frecuencia se encontraban en contradicción con los de la nobleza.

El emperador también debió habilitar a un grupo de funcionarios quienes debían rendirle cuentas de manera personal. Tales servidores del estado tenían como tarea la de vigilar, en nombre del emperador, el desempeño de los administradores de los territorios del imperio. No fueron pocas las ocasiones que éstos funcionarios debieron actuar para poner coto a los abusos de los colaboradores de Carlomagno y así garantizar que el orden y la paz fueran resguardadas.

Mas si la nobleza le ayuda a Carlomagno a gobernar, no por ello olvida sus propios intereses y no serán pocas las veces que el emperador deberá utilizar toda su astucia y energía para hacer que las cosas marchen y lograr mantenerse en el poder. Otras medidas de importancia que el emperador Carlomagno tuvo el acierto de tomar fueron las que se referían a la creación de las llamadas *marcas*, es decir, amplios territorios fronterizos fuertemente resguardados por el ejército en previsión de los ataques de los enemigos invasores.

Una de las acciones de mayor repercusión en la historia de la humanidad, fue dar continuidad a la consideración del cristianismo como religión oficial de su reino. Carlomagno se convierte así en el protector y difusor del catolicismo más importante en Europa, ya que además de adoptarlo como religión de estado, determina que esa debe ser la que profesen todos los habitantes de los países conquistados por su espada. Tal conversión debía realizarse de manera obligatoria, ya fuera mediante la persuasión o por la violencia.



Coronación de Carlomagno. Jesús Carabés Pedroza. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 101.

La propagación de la religión cristiana tuvo a su favor el hecho que la noción de individuo fuera un suceso de reciente adquisición entre la humanidad. Anteriormente las personas mantenían fuertes lazos de unión con la totalidad de los integrantes de los grupos a los que pertenecían. Al formar parte de una tribu, a nadie se reconocía como una persona, ya que se sabía parte de un grupo y éste llenaba todas sus expectativas. Todas las etapas de su vida se podían desarrollar y tenían significado dentro de las relaciones del grupo. El espíritu de grupo dominaba la vida y el pensamiento de los hombres, y pocos se atrevían a mirar más allá del territorio y de la concepción tribal. De ahí que, al convertirse al cristianismo los líderes de las tribus, todos sus miembros, automáticamente, adquirirían y se encontraban obligados a mantenerse dentro de la fe que aquéllos profesaran.

Esa determinación de Carlomagno trajo entre sus consecuencias que toda la parte occi-



dental de la Europa medieval adquiriera, a través de la propagación del cristianismo, una definida y fuerte unidad cultural mediante la acción aglutinante de la Iglesia. En todas partes del continente la institución eclesiástica mantenía al latín culto como lengua oficial para la liturgia y para la comunicación, con lo que aseguró que sin importar el lugar donde se encontraran los religiosos, se pudieran comunicar a través de esta lengua. Con ello igualmente se mantuvo la unión entre todos los diversos cuerpos de la iglesia, pues la totalidad, o por lo menos la inmensa mayoría de sus miembros, tenía acceso a las mismas fuentes que establecían las normas de conducta —aunque siempre han existido los hombres que ante cualquier ortodoxia, representan y cultivan la heterodoxia— y reconocían a una misma y única autoridad.

gran movimiento cultural de Atenas, Roma, Alejandría, Toledo o el mismo Renacimiento que abarcará a toda Europa occidental a partir del siglo xv; sin embargo, al emperador se le debe el fomento de la creación de escuelas casi en cada monasterio y sobre todo en las sedes obis-pales. La más célebre e importante de estas escuelas fue la llamada *Escuela Palatina* que estuvo alojada según se dice en la misma residencia del emperador.

En la *Escuela Palatina*, especie de academia en la que tenían su residencia los sabios y pensadores más connotados del reino, se estableció un verdadero programa de estudios que, en una secuencia que iba de lo más simple a lo más complejo, bajo la guía de maestros expertos los alumnos aprendían inicialmente a leer y a escribir, para después continuar con la gramática, el cálculo, no quedaba fuera el canto; es decir, se intentaba que el alumnado tuviera una preparación integral acorde con la idea del mundo entonces imperante y con las necesidades reales que tales materias debían cubrir.

Cada una de las áreas de conocimiento como la gramática o el



Imperio de Carlomagno. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 14.

La obra de Carlomagno es el fundamento de lo que será conocido como el *Renacimiento Carolingio*, un periodo cuyas luces destacan entre la media obscuridad reinante. Por supuesto aunque no se le podrá siquiera comparar con el

canto, no eran meras materias como se consideran generalmente en la actualidad, a los conocimientos adquiridos mediante sistemas formales escolarizados, eran, sí, partes componentes de un todo orgánico; pero cada una de éstas

partes estaba dirigida a desarrollar en el aprendiz una formación integral lo más completa posible que lo capacitara para desenvolverse en el medio intelectual y laboral que lo necesitaba con urgencia. La gramática no estaba dirigida únicamente al estudio y descripción del lenguaje considerado como un sistema, sino que su utilidad directa se encontraba en la vida pública de las personas. La gramática estaba conectada íntima y directamente con la retórica y ésta no tenía ningún sentido sin la política, y la exposición de los resultados del quehacer cotidiano de los pensadores hallaba su expresión obligada mediante las herramientas que aquélla le suministraba. Ésta era entonces un saber amplio dirigido a la cualificación del alumno, a fin de que pudiera manejar adecuadamente la compleja y difícil expresión del conocimiento, además de ayudar en el cumplimiento de las actividades administrativas de gobierno. La gramática cumplía la tarea de servir como una guía para la expresión del saber, de ser un medio de persuasión utilizado en el ámbito jurídico y como una herramienta para el gobierno del Imperio.

Los cambios ocurridos en la anterior forma de educar a los miembros de los grupos dirigentes, que permanentemente mantenían a algunos de sus miembros en los claustros pues se consideraba, incluso, como un mérito de familia contar con un clérigo de casa, y siendo, por otro lado, que poseían los medios económicos suficientes que les permitía contar con el tiempo necesario para agenciarse una sólida preparación, consolidó una apertura en la enseñanza que evidenciaba la urgencia de una activa participación del gobernante a fin de impulsar, a través del uso de su autoridad y fuerza política, el desarrollo de su reino en todos los sentidos, ya que si bien es cierto que la educación se da a partir de la necesidad del ser humano de alcanzar un conocimiento certero de

cuanto le rodea, también lo es que éste fundamenta sobre bases firmes y verdaderas la actividad del hombre para obtener de la naturaleza aquellos satisfactores que le permitan sobrevivir y transformar su vida. El saber no se limita a ser un conocimiento teórico, sino también lo es —en la medida en que ésta lo guía— en el sentido de la práctica, del comercio con las cosas.

Una forma de facilitar el acceso al conocimiento es la de hacer los sistemas de enseñanza—aprendizaje más sencillos, con menos claves secretas cuya adquisición era solo para unos pocos iniciados como sucedió en las culturas antiguas. El Renacimiento Carolingio, en esta dirección, produjo entre otros avances la invención de un nuevo tipo de escritura la llamada *minúscula carolingia* precisamente en honor del emperador Carlomagno, que superaba y sustituía a la escritura merovingia cuyos caracteres eran con frecuencia ilegibles, debido, entre otras cosas, a que toda reproducción de documentos o libros se hacía manualmente —todavía se encontraban lejos Gutenberg y los otros inventores de la imprenta— por lo que, además de la dificultad de los trazos de este tipo de letra se dependía grandemente de la habilidad personal de los monjes copistas tanto como de su lealtad hacia el trabajo bien hecho.

La *minúscula carolingia*, a partir de entonces, se convirtió en el vehículo documental ya fuera para asuntos eclesiásticos como de gobierno que, con demasiada frecuencia eran los mismos, ya que la iglesia cristiana, al tener como protector al poderoso emperador se encontraba subordinada en gran medida a él, quien determinaba en más de las ocasiones la marcha del estado y de los asuntos de su fe.

Como ocurre con los hombres de verdadera talla de gobernante, el emperador Carlomagno comprendió perfectamente que no tenía las facultades necesarias para esas cosas de los libros y las teorías y, a pesar de darse a la tarea

de aprender latín y griego no logra dominar su escritura; antes de entrometerse y obligar a sus subordinados a realizar actos que, no obstante ser bien intencionados, no conducirían al logro de los fines esperados, se rodea de sabios y pensadores de sólido y reconocido prestigio, entre los cuales destaca de manera singular Alcuino, quien procedente de Inglaterra, tuvo en sus manos el desempeño de lo que en la actualidad se tomaría como un ministerio de educación y cultura.

Alcuino fue un personaje clave para la humanidad por cuanto a él se le debe que, de forma por demás visionaria y organizada, se haya dado a la tarea de ordenar el rescate de innumerables textos que fueron salvados de la destrucción y consecuentemente del olvido. Así, con Carlomagno y Alcuino a la cabeza se puede definir al Renacimiento Carolingio como una época en la que se fincó el ulterior desarrollo de la cultura occidental, pues fue durante ésta en la que se restauró el uso del latín como lengua franca en todos los rincones del Imperio Romano, se inventó un nuevo tipo de escritura que al facilitar la ejecución de sus trazos, hizo posible el rescate de multitud de obras, ya que fue menos dificultosa su copia y, por ésta misma razón, se facilitó el aprendizaje de la lectura con lo cual se pudo aumentar la difusión de los textos y el conocimiento contenido en ellos. El otro gran logro de este Renacimiento fue el fomentar la creación y la manutención de escuelas diseminadas por todo el reino carolingio.

Reconocer en toda su dimensión las realizaciones de estos personajes que han alcanzado ser convertidos casi en seres de leyenda, es llegar a la conciencia de que en la Edad Media, considerada como una era oscurantista, al cobijo de hombres de talla monumental, se dieron grandes avances que contribuyeron al rescate de obras y conocimientos cuyo ori-

gen —debemos ser muy claros en ello— no fue en su inmensa mayoría producto de la civilización occidental aunque —también debemos decirlo— sobre éstos posteriormente, Europa fue capaz de erigir un enorme y sorprendente edificio científico y cultural.

Igualmente se ha dicho que a pesar de ese momentáneo florecimiento de la cultura occidental, continuaron existiendo los ejércitos inmensos de ignorantes y menesterosos, ajenos por completo a los beneficios, ya no se diga del arte y la cultura, sino a los básicos de un vida dignamente humana, lo que es rigurosamente cierto, aunque también se debe recordar que tal situación ha sido una constante en la marcha de la humanidad, en la que la educación, la cultura, el arte y todos los beneficios del desarrollo de la ciencia y la tecnología han sido patrimonio y coto exclusivo de una minoría privilegiada con el uso de las fuerzas del estado, situación que prevalece en todo el mundo aún en los años finales del milenio que corre.

Comentario aparte merece el hecho de que desde tiempos inmemoriales, la misma estructura cognoscitiva apegada a una concepción que privilegiaba el saber basado en la palabra, no a aquel cuya fuente provenía de la experiencia directa del contacto con la materia, necesariamente se encontraba alejada de cualquier proceso de validación de los conocimientos que provinieran de esa experiencia. La fuente de validación cognoscitiva era la autoridad, es decir, aquellos personajes que la tradición había aceptado como los máximos sabios y pensadores, que en el caso de la Europa occidental eran los llamados Padres de la Iglesia y a quienes aún siendo autores paganos (Platón y Aristóteles), sus escritos y teorías se ajustaban, coincidían o apuntalaban las doctrinas aceptadas por la Iglesia católica. La autoridad entonces era el fundamento del conocimiento en la medida en que éste se encontraba subordinado a la fe reli-

giosa; pero también la autoridad podía serlo a un autor que en su disciplina o en un ámbito cognoscitivo particular había sido aceptado como el exponente de la Verdad, y cualquier teoría o conocimiento particular que no fuera consistente, es decir que encerrara alguna contradicción con esa Verdad, debía ser considerado como falso y desechado.

Las controversias en los más diversos ámbitos, ya fueran en el religioso o cualquier otra clase de conocimiento, tuvieron como referencia a esas autoridades. Uno de los procesos que se desató fue el de enfrentar a aquellas que, aceptadas previamente, sus pensamientos no eran consistentes entre sí, es decir, que al desarrollar sus teorías, se llegaba a un punto en que eran contradictorias. Lo que merece ser destacado es que el planteamiento de fondo fue no tanto el de socavar el argumento de autoridad —que en última instancia era la razón proveniente del ejercicio del poder que subyacía en la base de las relaciones sociales—; sino, por un lado, el esfuerzo por encontrar otros autores que validaran las argumentaciones que los diferentes grupos y pensadores exponían en sus controversias y, por otro, fundar y descubrir —donde se constata la enorme tradición viva de la influencia griega— con la sola participación de la razón, las verdades eternas e inmutables que se creía debían ser el fundamento de la realidad.

El Carolingio no es más que un preámbulo de lo que sería el gran Renacimiento europeo con su secuela del despegue y desarrollo de la ciencia moderna, si bien basada en la razón, sostenida igualmente por la evidencia práctica. Pero ninguno de los dos fenómenos hubiera sido posible, ni siquiera imaginarlo sin la participación de la universidad. Basta recordar que todos los intelectuales y pensadores iniciadores de la gran renovación de las artes y las ciencias, de una u otra manera, provenían de la

universidad del medioevo europeo. El nombre mismo de Renacimiento era una divisa que apuntaba a la actualización, al retorno de lo mejor que habíamos heredado de la cultura griega, descubierta y revalorizada a lo largo de los siglos medievales, como hemos visto, por mediación fundamentalmente de la cultura islámica.

Más otra de las rutas por las que se tuvo acceso a las culturas orientales, entre las que se incluye a la griega, es la propia Iglesia cristiana que, ante el embate y destrucción que dejó en la península europea el violento arribo de las hordas bárbaras paganas, que prácticamente arrasaron toda la cultura que hasta el momento habían logrado adquirir sus anteriores moradores, se refugiaron en contados sitios, entre los que se encuentra la parte norte de Inglaterra y la isla de Irlanda, cristianizadas siglos atrás y que gracias a su lejanía y condición insular se mantuvieron a salvo de las oleadas de bárbaros que habían derrumbado las fronteras del Imperio Romano.

En Irlanda, en el transcurso de los siglos VIII y IX, las fundaciones conventuales habían arraigado por toda la isla. Allí se mantenía la tradición centenaria de los Padres de la Iglesia y el latín como lengua propia de la religión cristiana. Así, cuando ocurre el derrumbamiento del Imperio Romano de Occidente, los únicos que se encuentran en condiciones de preservar esa cultura cristiana fueron los monjes irlandeses, que en buena medida representaron una referencia para comparar la civilización que iba surgiendo a partir de la mezcla de culturas, costumbres y creencias, con la que se había conformado a lo largo de los siglos en la Europa cristianizada.

Una vez que fue posible enfrentar los obstáculos que representaba la reciente conformación política europea, los monjes irlandeses y los que habían quedado en condiciones de su-



marse a la tarea, desde sus refugios culturales en la Europa continental, reiniciaron la cristianización de los habitantes de ese extenso territorio. Pero vale señalar que, obviamente, ya no fue posible volver a los orígenes del cristianismo, o mejor dicho, a las sencillas costumbres de los primeros creyentes cristianos, después de haber recibido la impactante influencia de los nuevos amos, que no se puede decir que por el hecho de ser incultos y de costumbres bárbaras, no tenían creencias e ideas sobre su mundo circundante y fuertes sentimientos religiosos, aunque muchas veces ajenos del todo a la fe que ya profesaban los habitantes de tierra firme.

Con todo, cada reino surgido al calor de las invasiones y las disputas entre quienes tenían la ambición de arribar al poder, no podía dejar de lado el enorme peso cultural, político y económico de Roma, no sólo por el hecho de ser la capital del antiguo Imperio, sino también por ser uno de los centros culturales de primer orden y sede del trono de la máxima autoridad religiosa del cristianismo: el Papa. A lo que se debe aunar la manifiesta admiración que la gran mayoría de esos bárbaros profesaban a la cultura y al refinamiento de una civilización que, ahora desgajada, aún conservaba buena parte de su prestigio y que ellos pretendían usufructuar en su beneficio al ejercer el poder político, económico y militar en alguno de sus retazos.

En cada naciente reino los hombres fuertes que se erigían como sus cabezas, muchas veces por el reconocimiento de las enormes ventajas que recibiría con la adopción del cristianismo como religión de su naciente estado, y debido a que buena parte de sus nuevos súbditos profesaban esa fe, la adoptaron y adquirieron con ello el compromiso de difundirla, de extender su influencia más allá de los territorios europeos occidentales, hasta donde no ha-

bían llegado aún los monjes propagadores de esta religión.

Una visión un tanto idealizada de lo que fue la propagación del cristianismo, fundamentalmente por el norte de Europa, a raíz del establecimiento de los paganos en los antiguos territorios imperiales; pero sobre todo a partir del reinado de Carlomagno, quien tuvo plena conciencia de su calidad de hombre bárbaro pulido en buena medida por la influencia de la cultura cristiana, apunta en dirección de una profunda fe que impulsaba a los valientes misioneros a convertirse en instrumentos de propagación del cristianismo, sin importar los enormes obstáculos que encontrarían en su camino y que debían vencer para alcanzar su objetivo, ni mucho menos la posibilidad extremadamente real de perecer en el intento, no solo por el afán de vencer esas dificultades sino porque se encontraban en constante peligro de perder la vida a manos de sus prospectos de cristiano. «Los misioneros de ordinario son monjes, monjes peregrinantes, que, movidos por el espíritu de Dios, se adentran en países de infieles y se atraen el respeto y la admiración de los naturales, bárbaros aún o a medio civilizar, por la santidad de sus costumbres, por la sublimidad y pureza de su doctrina, por su gran sabiduría y no menos por su generosa caridad con que ayudan a los indigentes y les enseñan a mejorar su vida. Suelen establecerse en un paisaje pintoresco, donde labran los campos y donde construyen un monasterio, que se convierte en centro de irradiación evangélica y de atracción social, civilizadora.»<sup>8</sup> Y no se debe olvidar que con frecuencia, en los monasterios se fundaba alguna escuela y ésta, con el paso de los años, llegaba a convertirse o era el germen de alguna fundación universitaria. Una vez que surgen las primeras de estas instituciones, cunde con enorme velocidad la creación de universidades por

<sup>8</sup> Bamardino Llorca, *Op. Cit.*, p. 33.

todo el territorio europeo, en las que con mucha frecuencia se aprovechaba la existencia previa de alguna fundación monástica, episcopal o palatina.

El ejemplo siempre ha sido uno de los mejores argumentos en pro de cualquier propuesta de conducta y muchos de los monjes fueron en verdad sinceros en su afán por imitar la vida de Cristo. Pero ante una situación en que con frecuencia, además de ser en extremo riesgoso para su vida, era muy incierto el resultado de cristianizar paganos, con lo que se venía abajo tanto las expectativas de la institución eclesiástica como las de los reyes mismos, toda vez que al hacer partícipes de una misma fe religiosa a otros pueblos, se les puede influir más fácilmente o, de plano, conquistarlos. La conversión de muchos de éstos se hizo prestando protección y apoyo armado de manera ostensible a los religiosos. No fue raro que muchas de esas conversiones se realizaran al calor de las armas como un argumento de contundencia innegable. Aunque por otro lado, fue rápidamente conocido por los misioneros que el esfuerzo realizado tendría menos que logros raquíticos, si el líder de la tribu rechazaba el bautismo, por lo que había más de una razón para que la Iglesia y el estado marcharan de común acuerdo y se auxiliaran mutuamente.

Con todo no faltaron quienes movidos por su real fe cristiana eligieran el camino del convencimiento cierto, preocupados por facilitar, hasta donde fuera posible y adecuado, el conocimiento de la doctrina cristiana, ya fuera –a pesar de las voces contrarias aún dentro de la misma iglesia– usando las lenguas vernáculas tanto para predicar como en la celebración de los ejercicios religiosos, y mediante el uso de fórmulas sencillas que no exigieran demasiado de un intelecto poco o nada avezado en profundidades y minucias filosóficas. «Acaso lo más

característico del método misional de aquellos monjes era la adaptación a las costumbres germánicas en todo lo que no fuera esencialmente idolátrico y supersticioso. Procedieron en esto tal vez con menos blandura de lo que aconsejaban y permitían las normas de Gregorio I al apóstol de los anglosajones, pero siempre con delicadeza, sin herir los sentimientos de los infieles y respetando su libertad religiosa, *non quasi insultando vel irritando ens, sed placide et magna moderatione*. Así escribía Daniel, obispo de Winchester, a San Bonifacio, y no eran otras las prescripciones que repite Alcuino en su Epistolario, ‘porque un hombre puede ser atraído a la fe, más no forzado».<sup>9</sup>

Por lo anterior, nos resulta fácil comprender que, a pesar de los escasos medios con que podían contar los misioneros cristianos para desempeñar su noble tarea de predicar la fe, necesariamente debieron contar con un mínimo de condiciones que les permitiera siquiera plantearse dicho propósito, sin saberse condenados al fracaso aún antes de poner un pie fuera de su monasterio. No es necesario abundar sobre las condiciones económicas y de apoyo por parte del poder político. Existe, sin embargo, otro tipo de ayuda y que no se los podía proporcionar mas que la Iglesia católica en su calidad de institución, y que es una preparación adecuada para desempeñar su labor misionera, una educación que les diera una información más o menos a fondo de la religión que profesaban y que deseaban difundir, un conocimiento de los métodos que debían ser empleados de acuerdo con las cambiantes circunstancias que debían enfrentar, asimismo, ciertas nociones de la psicología humana que les permitiera penetrar su espíritu y depositar en él la semilla de la nueva religión, sin contar con la preparación para conseguir por sí mismos sus alimentos y no presentarse como una carga más para sus

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 34.

futuros conversos, como sembrar, construir, fabricar muebles y otras tantas habilidades más.

Tal cantidad de conocimientos teóricos y prácticos, cuya aplicación debían hacer de manera cotidiana no la adquirirían los monjes aisladamente en el transcurso de su vida y después los ponían al servicio de la Iglesia. Por lo contrario, ésta era la encargada de proporcionar de manera institucional y orgánica la preparación necesaria que capacitara a los misioneros para desempeñar su papel. No de otra manera se puede pensar que una tarea como esa, de colosales proporciones, se pudiera llevar a cabo de manera concertada y con objetivos perfectamente trazados, sin un plan previo producto de una meditación a fondo de cómo debían darle cumplimiento. Esa necesidad de adoptar estrategias adecuadas, obligó a la Iglesia católica a diseñar planes de largo alcance, que sin la participación decidida de monjes bien preparados es claro que serían imposible de alcanzar.

La cristianización de todo un continente trae aparejadas varias condiciones, entre las que se encuentra la creación de escuelas cuyo objetivo abiertamente expuesto sea el de dotar a sus miembros de la preparación indispensable para cumplir su tarea; pero debía ser una obra concertada que involucrara a todos los miembros de una gran comunidad, en este caso la cristiana, diseminada ampliamente, con propósitos, medios y tareas comunes perfectamente comprendidos que les permitiera actuar como un solo hombre a pesar de la enorme diversidad de caracteres y modos de vida. Una comunidad que, sin importar el origen de sus miembros, ni su lugar de residencia, mantuviera una misma bandera en alto y aceptara una misma autoridad sobre ellos, la del Papa, y además reconociera que compartía una misma cultura.

De ahí que la reconquista espiritual de Europa fuera una gran empresa digna únicamente de los mejores hombres que, con el enorme

despliegue de energía que se pone en juego, muestra igualmente que la labor educativa y de preparación es una de las que los pueblos, sin importar tiempos ni doctrinas, bajo la pena de perder todo cuanto pudieran ser, no deben abandonar.

Por ello la recuperación de la península europea para el cristianismo, y como condición del surgimiento de la propiamente llamada cultura occidental fue también una empresa totalizadora que involucró la participación de una cantidad enorme de hombres, cuya residencia se encontraba muy lejos una de la otra y que, sin embargo, compartían la misma responsabilidad, que los inducía a trabajar sin descanso para que en cada territorio ganado, fuera fundado de inmediato otro monasterio, otra iglesia, lo que trajo como consecuencia, por otro lado, que creciera el número de obispos e igualmente, el de escuelas anexas a sus dominios. «Al compás de los obispos (San Bonifacio), iba multiplicando los monasterios, puntales de la jerarquía, lazos de unión con Roma y su cultura, reservas vitales en lo eclesiástico y centros de la nación alemana. ‘Son casas de Dios, escuelas del servicio divino, seminarios, hospederías, colegios y granjas agrícolas’. Por ellos va a empezar la agricultura en Germania; por ellos se va a inaugurar una era de intensa cultura científica, que es todavía orgullo del pueblo alemán. Cuando la invasión danesa se preparaba para destruir en Inglaterra la obra de Teodoro, Beda y Wilfrido, Alemania recogía ávidamente el tesoro científico que le ofrecían los monjes ingleses. Enviábanse a Inglaterra los productos del país: tejidos de piel de cabra, una piel para el anciano obispo de Winchester, escudos y halcones para el rey Etelberto, un peine de marfil y un espejo de plata para la reina; pero en cambio los abades y abadesas, siguiendo el ejemplo de Bonifacio, pedían que se les enviaran copias de obras científicas, poéticas y

religiosas que acababan de publicar los sabios anglosajones. ‘Trasmitidme –escribía Bonifacio– algunos escritos de Beda: enviadme algunas chispas de la antorcha que brilla en vuestra tierra.»<sup>10</sup>

No fue fácil la evangelización de los bárbaros que ocuparon, en calidad de conquistadores el territorio europeo durante la Edad Media. Con un enorme gasto de vidas humanas fue posible ganar para el cristianismo a pueblos enteros que habitaban las grandes extensiones del norte europeo. Tampoco fue escaso el número de misioneros cristianos que alcanzaron el martirio en esas tierras. Escandinavia, Bohemia, Polonia, Bulgaria, Hungría, los países rivereños del Báltico, Estonia, Lituania, Letonia, uno a uno fueron atraídos a la fe cristiana y compartirían los desvelos de los misioneros que dedicarían su vida entera, todo lo que ellos fueron, al único fin de propagar su religión también por Asia y a África les seguirá siglos después el Nuevo Mundo. Y a la par que se iban incorporando al cristianismo, esos pueblos recibían la implantación, además de la institución de la Iglesia Católica, la fundación de monasterios y, con ellos, la creación de escuelas, que sin ser por completo una novedad, ya que todos los pueblos han tenido la necesidad y el privilegio de establecer sus propios núcleos de enseñanza, se convirtieron en centros de propagación tanto de la fe católica como, en muchos casos, en sitios de difusión del conocimiento y de la ciencia, a la manera de la Europa occidental.

No porque en este apartado se ponga el énfasis en Europa como territorio de una intensa evangelización cristiana, se pretende indicar que ese fue el único sujeto posible dentro de la génesis y evolución de la universidad. De hecho, es solo uno de ellos, como muestra la intensa labor desarrollada por los misioneros ca-

tólicos que vieron en otros pueblos, a otros más de sus hermanos, porque universal era su Dios, ajeno por completo a particularismos étnicos. Y muy pronto la tarea misionera debe marchar acorde con el ritmo cambiante de los tiempos y debe adquirir nuevas características que le permitan responder, sin claudicar de las raíces de su fe, a los nuevos retos que les representa llevar su religión hasta lugares ni siquiera imaginados como, los en verdad lejanos –para un europeo– territorios asiáticos.

Al principio, de la mano de los tártaros o mongoles, que previamente habían incursionado en territorio europeo, van los cristianos a atestiguar la enconada lucha de éstos contra los turcos; pero mientras los dos enemigos se enfrascan en sangrientas batallas, los misioneros alcanzan lejanísimas tierras cuya evangelización les exige solucionar problemas antes nunca vistos por ellos, deben enfrentar novísimas situaciones y éstas obligan a cambiar la organización eclesiástica. Nacen las órdenes mendicantes que tienen como característica, a diferencia de las órdenes monacales, una mayor movilidad; si bien sujetas a una jerarquía, también cuentan con más libertad de acción, precisamente como requisito para responder de manera adecuada a situaciones inéditas en su ambiente europeo.

Los nuevos misioneros ahora deben hacer frente, sin la protección de ningún príncipe cristiano, ya no a tribus más o menos salvajes, sino a imperios plenamente formados y bien organizados, y se encuentran con que su vida apenas alcanza para aprender otros idiomas, sin ninguna relación con los que tenían noticia en su tierra, deben comprender y adaptarse a otras costumbres a fin de hacerse de las herramientas indispensables para ejercer la predicación. «Consiguientemente tiene que elaborarse de una manera consciente y metódica –como no se ha-

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 42.



bía hecho hasta entonces una misionología o arte de misionar, porque al misionero se le presentan problemas en que antes nadie había soñado, al menos de una manera universal y programática: problemas etnológicos, geográficos, lingüísticos, religiosos, de adaptación, etc. Por lo menos es indudable que para evangelizar a los imperios tártaro-mongoles del Asia empieza a pensarse en nuevos métodos misionales.»<sup>11</sup>

Es importante destacar que la propagación del cristianismo tuvo que enfrentar, entre otros enormes obstáculos, la competencia que representó la difusión, a partir del siglo VII, del islam. Como vimos, la obligación de cada uno de los creyentes, de llevar la verdadera fe de la completa aceptación de la voluntad de Allah a todos los hombres con los que se tuviera contacto, o al menos sojuzgarlos a fin de que le fueran sumisos, los llevó a incursionar por la vastedad de los territorios asiáticos, logrando, a costa del éxito de las misiones cristianas, ganar para el credo islámico a gran cantidad de pueblos que aún hoy se mantienen dentro de la fe predicada por Mahoma. Ello obligó sin duda a que los misioneros cristianos redoblaran su empeño por ganar muchas almas paganas para el cristianismo y pusieran mayor esfuerzo en su preparación, tanto doctrinaria como de conocimientos generales. Preparación que, insistentemente, nadie puede alcanzar de manera aislada, sino mediante el seguimiento de un plan rigurosamente trazado por la institución eclesiástica para ser llevado en todas las escuelas dependientes de ella.

No es posible imaginar siquiera que por el hecho de que los religiosos que se dieron a la tarea de propagar su fe por territorios lejanos, perdieran contacto para siempre con la Iglesia. La experiencia adquirida debió ser recogida y a partir de ella elaborar las nuevas estrategias que exigían las misiones cristianas que se ale-

jaban cada vez más de su centro europeo. Lo cierto es que por muy lejano que se encontrara el territorio asignado a los misioneros, la estructura eclesiástica mantenía contacto con ellos. Le era vital no perder los lazos que la unía al predicador y, éste, por su parte, elaboraba estrategias basadas en la experiencia recogida por otros como él, con el objetivo de proporcionar una preparación más adecuada a otros compañeros que tomarían el sitio que, necesariamente, dejarían vacante quienes de manera natural o por medio del martirio encontraban el fin de sus días por esos caminos de Dios.

De nueva cuenta estamos ante la evidencia de que la Iglesia cristiana, al atender las tareas que le imponía la propagación de su fe, se encontraba ante la necesidad de establecer escuelas que, de acuerdo con las exigencias de cada momento, fueran capaces de proporcionar la preparación adecuada para enfrentarlas exitosamente. Pero no es únicamente este acicate el que obliga e impulsa a la institución católica a crear escuelas, se encuentra con que quienes pretenden proporcionar instrucción a tantas generaciones de misioneros, requieren ellos mismos estar bien preparados. Nadie puede dar lo que no tiene, y un maestro que no sea a su vez alumno, se encontrará imposibilitado para enseñar a otros aquello que ignora.

Dentro de la misma problemática se tiene el que, siendo la iglesia católica prácticamente la única entidad que de manera organizada y programática atendía la educación de todos, hombres y mujeres, de igual manera debía proporcionar al estado monárquico aquellos elementos de cuya preparación dependía la marcha administrativa del gobierno. Los reyes, los nobles, los poderosos se podían encargar de la política y de la brutal guerra; pero, ¿quién de todo lo cotidiano, de las leyes, de las ciencias, de todo aquello que les permitía a estos perso-

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 56-57.

najes encargarse de lo suyo? Solamente, las personas que habían logrado adquirir en las escuelas eclesiásticas esa educación y capacitación que les permitía contribuir, a partir de una maraña de ambiciones y violencia, de sagaces mentiras y juegos de poder, de robos y estulticia, construir un reino, un estado.

*La criatura racional debe, por tanto, poner todo su empeño y voluntad en recordar, comprender y amar el bien supremo, único objeto para el cual sabe que ha recibido la existencia.*

San Anselmo.



# CAPÍTULO IX

## El preámbulo de la universidad europea

Poco a poco, la Europa bárbara va siendo conquistada de nueva cuenta para la religión cristiana. Sin duda la unidad anterior del Imperio Romano ayudó a que ese extenso territorio se viera como un todo con cierta unidad, aunque ahora dividido por los nuevos reinos emergentes; pero que debían mantener aún el recuerdo, algo del cristianismo que durante los siglos precedentes habían traído otros misioneros.

Otro aspecto de importancia era que a partir de la reconquista espiritual de la Europa de la temprana Edad Media, se fueron estableciendo cabezas de playa para que las sucesivas oleadas de misioneros contaran con puntos de partida seguros, donde pudieran planear y organizar sus viajes y, esto es de la máxima importancia, también pudieran prepararse ellos mismos para la ingente tarea que les esperaba, ya que a pesar de que las luces de la cultura no fueron repartidas pródiga y equitativamente entre todos los hombres, siempre ha sido una necesi-

dad ampliamente reconocida la de dotar, a quienes deberán enfrentar grandes responsabilidades y duras tareas, de los conocimientos necesarios para que se encuentren con las condiciones mínimas indispensables para alcanzar el éxito en su desempeño.

A la par que el mapa de Europa se va tachonando de conventos, se va fortaleciendo la institución eclesiástica como una fuerza terrena de enorme poderío, porque su penetración va siendo cada vez más a fondo y cada vez más amplia. Y se debe añadir otro elemento: prácticamente en todos ellos se van creando escuelas en las que inicialmente sus miembros de manera exclusiva adquirirían, si no la preparación completa que la época exigía para hacer frente a la problemática cotidiana que debía enfrentar cada comunidad, al menos la necesaria para que cada individuo pudiera desempeñar las tareas que le fueran asignadas.

Es importante tomar en cuenta que ningun-



na de las órdenes de religiosos, que se fueron creando a lo largo del tiempo -tanto de hombres como de mujeres- se encontraba exenta de ser, en ocasiones, escenario de las debilidades humanas, ya que sus muros llegaron a guardar a gentes sin escrúpulos cuyo único fin era ver aumentar su riqueza y su poderío, ya pertenecieran al mismo clero o, con alarmante frecuencia, al poder civil: desde simples caciques locales hasta los propios monarcas.

Sin embargo, también debe tomarse en cuenta que la Iglesia jugó otro papel, y éste de la mayor relevancia para toda la humanidad: fue la gran y prácticamente única educadora que por siglos tuvo Europa y que, a través de la fiebre misionera de sus monjes, años después desempeñó el mismo papel en todo el mundo.

Las órdenes de religiosos fueron apareciendo a lo largo de la península europea como expresión de la necesidad de sus miembros de apartarse de las tentaciones del mundo, de contar con un lugar de recogimiento que facilitara el diálogo con Dios mediante la oración (el inicio de éstas se da con la creación de la Regla de Benito de Nursia -de quien toman su nombre los benedictinos- en 529, Cluny adopta dicha Regla en 910. San Bruno crea la orden de los cartujos en 1084 y en 1098 aparece la orden del Cister. La de los franciscanos vio la luz en 1208; la de los dominicos en 1215 y los jesuitas en 1540). Tales órdenes fueron ampliando sus horizontes y conforme se conquistaban más tierras para el cristianismo, se establecían claustros que pronto sirvieron como punto de partida para nuevas incursiones en otros territorios aún no tocados por el catolicismo. Así, los conventos se construyen sistemáticamente conforme avanza la evangelización de los gentiles desde el siglo v (por ejemplo el cristianismo llega a Irlanda por el 440 y en algunas partes de Lituania inicia su penetración cerca de 1386).

Aquí se hace evidente que la misma necesidad de subsistencia de la Iglesia cristiana la condujo a constituir cada establecimiento, fuera convento, iglesia o sede abasial en un centro de irradiación, en primera instancia de la fe en Cristo y, consecuentemente, en un centro de preparación de aquellos de sus miembros que se ocuparían de desempeñar las más diversas labores, desde las indispensables para su subsistencia cotidiana, hasta aquellas que requerían una profunda preparación intelectual que los capacitara para llevar la luz de su religión por el mundo conocido y, por otro lado, desempeñar altas responsabilidades de gobierno.

Para que pudiera darse la fundación de un convento o una iglesia, se debía contar por principio con los medios de subsistencia que la hicieran viable. Con frecuencia los monarcas, los duques o las mismas poblaciones dotaban a esas fundaciones de las tierras necesarias para su sostenimiento. Se entiende entonces que no obstante que la intención de los religiosos era la de mantenerse en oración, debían hacer lo necesario para llevar la comida a sus mesas.

La simple vida diaria obligaba a los religiosos a capacitarse en los rudimentos de la administración. Pero conforme se realizaban nuevas fundaciones y, consecuentemente, se ampliaba su número y el de sus feligreses, se hacía evidente que tales rudimentos administrativos quedaban rezagados ante el embate de las nuevas necesidades, de ahí que la preparación de los cuadros dirigentes de las diversas órdenes cristianas se vieran cada vez mayormente exigidos para enfrentar la creciente problemática.

Más no con atender las necesidades cotidianas quedaban saldadas la totalidad de los requerimientos hacia esas comunidades. Un campo amplísimo se abría simplemente al intentar reflexionar sobre sus propias creencias religiosas, sobre los dogmas internos de su fe,

y qué decir cuando se intentaba llevar esa fe a otros hombres, entonces se hacía imperativo, además de la profunda comprensión de su religión, el conocimiento de otros idiomas, otros credos, hábitos, oficios, de todo aquello que les fuera indispensable para penetrar en la conciencia de otros seres semejantes y depositar en ella la semilla del amor a Cristo Jesús. Este ámbito de acción condujo ineludiblemente a que en cada uno de los claustros existiera, aunque fuera mínima, una biblioteca y que un grupo de sus miembros se encargara de transmitir a sus hermanos los conocimientos que les resultaban útiles en su tarea. No todas las órdenes religiosas cristianas desarrollaron la misma vocación misionera, aunque en principio igualmente todas debían luchar por la propagación de su credo.

Las escuelas de las órdenes religiosas que operaban en los claustros atendían también a las necesidades de dotar de personal bien capacitado que, en una buena proporción, se hacía cargo de la marcha administrativa -vale decir de las acciones de gobierno- de los reinos y condados. En la práctica, casi la totalidad del aparato administrativo de las cortes se encontraba en manos de religiosos que habían adquirido su preparación en la escuela del convento.

Lo anterior no quiere decir que la vida en los conventos y, en general, en todas las sedes de religiosos cristianos durante la Edad Media, fueran sitios donde se guardaba estrictamente una línea de conducta impecable, totalmente apegada a la doctrina de su credo. La literatura de su tiempo da cuenta del ambiente muchas veces relajado que se llevaba en el interior de los conventos y abadías. De hecho, la relajación de las costumbres entre los religiosos, hombres y mujeres, fue un tema ampliamente explotado en la narrativa medieval debido, por supuesto, al alejamiento de una verdadera vida cristiana que distinguiera, entre sus comunida-

des, a quienes abrazaban con sinceridad la vida monástica, de quienes ésta era un simple instrumento para el logro de sus personales ambiciones.

## Escuelas Monacales

Ante un panorama como éste, se entiende que en varias ocasiones personajes preclaros intentaran regresar a la comunidad cristiana a los orígenes reconocidos de su religión.

Uno de ellos que llegó a ser llamado santo, además de procurar que el cristianismo fuera ampliamente difundido por medio de la fundación de monasterios, dio a sus hermanos de orden y, tiempo después, a casi todos los religiosos que se encontraban en los claustros, una serie de normas a las que debían ajustar su conducta, toda vez que todos aquellos que se llamaban cristianos, estaban obligados a guardar una conducta irreprochable. El conjunto de dichas normas de conducta recibieron por nombre el de *Regla de San Benito* y constituyó un importante instrumento de renovación de la forma de vida en los claustros.

Dicha *Regla* tuvo profundas repercusiones pues daba orden, sin prescindir de lo medular, a la vida monástica, con lo que, y esto no es de poca importancia, hacía concordar los preceptos de la religión con los tiempos -con frecuencia turbulentos y relajados- que vivía el hombre del medioevo, dotándola a su vez de sentido. Un sentido profundamente cristiano capaz de expresarse, sin perder su esencia, en otros tiempos y en otros lugares muy diferentes de aquellos donde tuvo su origen, haciendo evidente que lo importante es la sustancia de su fe no la modalidad o, mejor dicho, el cambiante escenario donde el ser humano vive su credo.

Es de importancia recordar la obra de este hombre santo, Benito, pues su huella va a ser permanente y será uno de los constructores de la Europa del Medioevo y, consecuentemente, de la cultura de Occidente. Benito, nacido en

Nurcia, Italia por el año 480 de nuestra Era, de padres pertenecientes a la aristocracia de la región, fue educado con el esmero de la época en la Roma del emperador Teodorico\*, donde estudió a los autores clásicos. Espíritu en extremo sensible, prefirió el aislamiento para dedicar su vida como ermitaño a la meditación religiosa en una cueva de Subiaco en los montes Abruzos. Recibió los hábitos y se dio a la tarea de reunir a sus discípulos en doce monasterios ocupados por doce monjes cada uno.

Mas, a pesar de llevar una vida austera y pacífica, su celo por reformar la conducta de quienes le rodeaban pronto le obligó a abandonar la región y, alrededor del 530 funda el célebre monasterio de Monte Cassino, donde se da a la tarea de escribir su famosa *Regla*, que será la guía que regirá el comportamiento de las comunidades monásticas futuras.

En su obra, San Benito expone de manera sencilla y práctica las normas básicas de la organización de su monasterio que, pensaba, debía regirse por el trabajo y la meditación, por el amor a Cristo, a sus semejantes. Siendo la comunidad cristiana una comunidad de amor, en la que nadie es superior a otro, era la comunidad de religiosos, los propios monjes quienes elegían a su abad. Cierto que San Benito no fue en la redacción de su *Regla* plenamente original, ya que recoge la experiencia de diversas fuentes; pero sí fue el primero que las integra y tiene el ímpetu necesario para establecer su vigencia, ya que las interpretó con un sentido de moderación y profundo pragmatismo que hace posible que dicha *Regla* vaya respondiendo, con la flexibilidad necesaria, sin contravenir lo esencial, al cambiante y turbulento mundo medieval. San Benito murió en el 547, y en un acto de pleno reconocimiento de la trascendencia de su magna obra, el Papa Paulo VI lo proclamó, en 1964 nada menos que como santo patrono de Europa.

Tal nombramiento deja ver que la obra emprendida por san Benito dotó a Europa, a través de las fundaciones monásticas, aunque no fueron todas producto de su mano, de una importantísima estructura eclesiástica, cultural y, por ende, política, que permitirá al cristianismo no sólo expandirse sino también llegar a ser la religión hegemónica con amplias repercusiones en todos los ámbitos de la actividad y del conocimiento humanos.



Monasterio benedictino de Sant Pere de Caserres siglo XI, *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 271.

Sin embargo, a pesar de tener la intención de acercarse a Dios, la creación de monasterios y la vida de los monjes, es sin duda una obra humana y responde con bastante frecuencia a necesidades y apetitos meramente terrenales. Al irse propagando las fundaciones monásticas, lo hacían también en función de los intereses de las gentes poderosas, ya que a tono con los tiempos que corrían, al fundar un rey o un conde un monasterio en sus territorios se abrogaba el derecho de ser él quien designara al abad del mismo. Y no era raro, o más bien era la regla que fuera uno de sus familiares o allegados quien detentara ese nombramiento. Se dio el caso de que el mismo conde, por ejemplo, se autonombrara abad del monasterio o monasterios fundados por él, con lo que además de ostentar un título civil, obtenía una jerarquía en otro medio en el que de otra manera le era imposible ingresar. «Cada *episcopatus* era a los

ojos de los reyes como un *comitatus*, con la ventaja de que el episcopado no era hereditario, y, al quedar vacante, volvía a manos del príncipe. El obispo que recibía el *episcopatus* (la iglesia con sus bienes y posesiones territoriales) de mano del monarca o del señor del país, quedaba constituido en señor feudal y, al mismo tiempo, en vasallo del soberano. Donde más arraigada y fuerte se hallaba esta feudalidad eclesiástica era en Alemania. Mas también la vemos en Francia, Inglaterra y otros países. Adalberón de Reims († 989) confesaba que tenía su arzobispado *gratia Dei et benignitate regia*. Su antecesor, Heribeo (año 900), lo mismo que el obispo de París, Francón (1020-1030), recibieron su dignidad y poder *regis dominatione*. El papa Juan X ordenaba en 921 *tu nullus alicui clerico episcopatum conferre debeat, nisi rex*. Era muy frecuente que el conde o visconde dispusiese del obispado enclavado en sus tierras en favor de uno de sus hijos segundones.»<sup>1</sup>

Ante la inseguridad reinante en todos los órdenes de la vida, el hombre del medioevo europeo buscó por diversos medios y aún empujado por la simple y llana necesidad de subsistir, a entregar su principal propiedad -si acaso la tenía-, sus tierras al poderoso señor o incluso a la Iglesia o sus monasterios, a fin de comprometerlos a proporcionarle protección a cambio de entregar un censo o impuesto anual, como simple arrendatario o usufructuario de una propiedad anteriormente suya.

Una medida en principio inteligente, la de que cada fundación monástica contara con una dotación de tierras que le proporcionaran el sustento, en menor medida a través del trabajo de su propia comunidad, ya que con frecuencia era mediante el usufructo de las rentas pagadas por quienes laboraban esas tierras mediante una iguala, con el tiempo y la acumulación de bie-

nes en manos de las órdenes religiosas que, algunas de ellas devinieron en órdenes en extremo poderosas y contrincantes de importancia del poder terrenal.

Prácticas como esa que se dirigían sobre todo a la consecución de objetivos por demás ajenos a todo espíritu de amor cristiano a sus semejantes, deja su impronta en todo el movimiento monástico medieval y obligan a llevar a cabo una profunda reforma de la institución eclesiástica desde sus cimientos, comenzando por las órdenes de religiosos acantonados en los monasterios. De ahí que en diversos momentos y con distintos resultados se hayan dado movimientos reformistas encabezados por quienes veían con claridad que continuar con las prácticas acostumbradas, sería tanto como condenar al fracaso no tanto las obras de los reyes y poderosos, al fin obras humanas y percederas, sino la obra misma de la Iglesia católica llamada a dar cumplimiento a designios superiores.

Es claro que no en toda Europa se dieron todos los procesos al mismo tiempo y de la misma manera, aunque sí se vivieron de una u otra forma los mismos problemas ya que, por muy extenso que pudiera ser el territorio europeo la estructura eclesiástica, verdadera institución transnacional de la época, rebasaba las fronteras y llevaba su influencia a todos los países. Ya desde el siglo IV se puede detectar la creciente costumbre entre los clérigos de reunirse en pequeños grupos con el objetivo de llevar en comunidad su vida como religiosos. Al inicio la reunión tenía por objetivo cantar en grupo los oficios religiosos, para dar paso después a la organización institucionalizada, como sucedió en los territorios germanos, bajo la normatividad o la obediencia a la *Regla* de estilo benedictino.

El más destacado promotor de la vida re-

<sup>1</sup> Bernardino Llorca, et. al., *Historia de la Iglesia Católica*, p. 156.



ligiosa en común en territorio germano fue San Crodegardo, obispo de Metz, quien vivió en el siglo VIII y dedicó la mayor parte de sus energías a la fundación de monasterios donde los clérigos pudieran conformar comunidades religiosas. La vida de los religiosos se regiría por la *Regla* redactada por el mismo Crodegardo señalando en ésta que la comunidad debía recitar en conjunto los oficios religiosos, comer al mismo tiempo en la misma mesa, dormir en el mismo dormitorio, y dedicar su tiempo libre al estudio o a la enseñanza. La congregación de San Crodegardo contó con el beneplácito y el apoyo de los fundadores de la dinastía de los carolingios, desde Carlos Martel hasta el propio Carlomagno, además de Pipino, Ludovico Pío y otros.

Entre las razones de que se le brindara el máximo apoyo a la congregación fundada por San Crodegardo se encuentra claramente, que era altamente beneficioso para el reino la existencia de una unidad religiosa, con la consecuencia de que necesariamente debía regirse por medio de una autoridad centralizada y, obviamente, era mucho más fácil tratar con una sola persona o con un grupo pequeño como representante y guía de ésta cada vez más poderosa e influyente comunidad, que hacerlo a través de muchas personas, ya que siempre estaba latente el riesgo de la pérdida del control o al menos la posibilidad de que se enturbiaran las relaciones entre el poder eclesiástico y el civil.

En otros reinos como los de León y de Castilla en la Península Ibérica, la Regla que se siguió en los monasterios no fue la de San Crodegardo, sino la *canónica visigoda*. La denominación de canónigos les viene de que en la realización de los oficios religiosos, estos clérigos, interpretaban en el coro el *officium canonicum* y vivían bajo una Regla o *canon*. Asimismo, se decía *Capitulum* o cabildo a la

reunión o junta de los clérigos para atender un asunto de importancia, aunque el origen de tal denominación se debe a que durante sus reuniones en el coro, éstas se iniciaban con la lectura de un capítulo de la Regla y uno de la Sagrada Escritura.

El número de clérigos que vivían en común era directamente proporcional a la importancia de su congregación. Las hubo que contaban con apenas una docena de canónigos hasta las que, como Chartres que llegó a contar con setenta y dos clérigos. Todas las congregaciones de religiosos estaban subordinadas a la autoridad del obispo local. La organización se encontraba establecida por medio de un escalafón en cuya cabeza se encontraba el propio obispo. «Jefe del cabildo era en un principio el archidiacono; luego perdió la dirección, asumida en Roma y otras ciudades por el primicerio, y donde no había tal dignidad, por el preboste (*praepositus*) o deán (*decanus*). Luego venía el *chantre* o cantor, el *magister scholae* o *praecantor*, el *thesaurarius*, *sacriscrinius*, *camerarius*, etc. En la catedral había también *notarii*, *scribae*, aun para los actos civiles, y un *chancellarius*, que vigilaba la redacción de los documentos.»<sup>2</sup>

Siendo que el obispo era la cabeza de la comunidad cristiana en cada una de las zonas que la institución eclesiástica había establecido y que con frecuencia coincidían con los territorios pertenecientes a los condes (condados) o a otros personajes de la jerarquía civil, como los dominios de los propios reyes, los canónigos debían vivir de los recursos (*stipendium*) que dicho obispo les asignaba, aunque fue mucho más práctico asignarle a cada comunidad por diferentes vías, como las donaciones de tierras en los territorios condales, una parte fija de las posesiones de la iglesia.

Una de las formas que va minando la es-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 224.

estructura y, por consiguiente, las bases de la institución de la Iglesia católica es la paulatina independencia de la autoridad del obispo que van adquiriendo varias comunidades de canónigos, incluso poco a poco se va haciendo común encontrar a canónigos que mediante un permiso especial quedan relevados de mantener la vida comunitaria, de tener una *mansio* (habitación) independiente del resto con la única obligación de asistir a las reuniones del coro y a la *mensa canónica*, es decir, participar de las comidas comunitarias. Volver a la costumbre de vivir en comunidad aquellos que formaban parte, precisamente, de una comunidad religiosa cristiana llevó mucho tiempo y obligó que el tema fuera objeto de concilios.



Escena de vida monacal. *Historia Universal Planeta*, Vol. v, p. 291.

Por de pronto y siguiendo el ejemplo de San Benito muchos religiosos sinceros se dan a la tarea de reconstruir la vida monástica. Uno de ellos de nombre Petronax\*, alrededor del año 717, junto con otros religiosos emprende la reconstrucción del monasterio de Montecasio y adopta la *Regla benedictina*. Tanto éxito logra esta comunidad que el Papa Zacarías le hace entrega de la Regla manuscrita por el propio Benito y el monasterio de Fléury les hace entrega de las reliquias de este santo que tenía en su poder. En el restaurado monasterio de

Montecasio se dan cita un sinnúmero de personajes de primera línea, provenientes de diversos lugares con el único fin de abreviar en la fuente misma las reglas de vida benedictinas.

Para cuando Carlomagno llega a convertirse en emperador, muestra vivo interés porque en todo su Imperio se establezca una sola modalidad de vida monástica, con lo que se lograría la unidad en un aspecto de la máxima importancia para cualquier imperio, reino o país, que es la unidad religiosa. No solamente por lo que se refiere a una única doctrina religiosa que profesen tanto el monarca como los súbditos, sino de manera más profunda, evitar las disparidades en costumbres, ritos, administración, que a la postre pudiera provocar enfrentamientos que pusieran en peligro la autoridad del emperador y la unidad del Imperio. A partir de Carlomagno, al menos en el territorio de su Imperio, hace valer una sola legislación, los *Capitularia*, que ordena y dispone los usos y costumbres que regirán a partir de ese momento en los monasterios del Sacro Imperio Romano Germánico.

Si varios fueron los intentos por llevar a cabo de manera firme y profunda una reforma en las entrañas mismas de la estructura eclesiástica cristiana, que volviera sus orígenes, a la expresión de la esencia de la vida cristiana, no es sino hasta la fundación y propagación de la Regla de Cluny que se tiene uno de las acciones más exitosas en este sentido.

El papel que desempeñaron los monasterios en la Génesis y Evolución de la Universidad nunca podrá exagerarse. La institución monástica fue fundamental para conformar en muchos aspectos lo que sería la vida de una institución dedicada principalmente al estudio.

En toda institución humana existen desniveles, jerarquías, distinciones y aún dentro de la institución eclesiástica cristiana se dieron -y se dan- profundas diferencias. La cultura que

lograba alcanzar un clérigo miembro de la aristocracia, por ejemplo, era muy superior a la que pudiera haber logrado un religioso cuya familia estuviera formada por gentes del pueblo llano. En el primer caso, la preparación de un aristócrata se iniciaba desde temprana edad, más si, como era costumbre, él era el designado por la familia para dedicarse al sacerdocio. Por lo que se refiere a la edad en la que un religioso podía ocupar diversos puestos jerárquicos en la vida religiosa era, para subdiácono de 18 años, para diácono 25 y para presbítero de 30 años cumplidos.

Una vez que el futuro religioso alcanzaba la edad para ingresar como novicio en un monasterio, comenzaba en la escuela adjunta un ciclo de preparación muy intenso en varias disciplinas: ejercitaba la memoria mediante el aprendizaje de los salmos, aprendía a leer y a escribir. Lo que sería su enseñanza primaria se completaba con el estudio de la gramática de Donato, cuyo método era el de preguntas y respuestas. La enseñanza secundaria comprendía el estudio de las artes liberales, del *trivium* y del *cuadrivium* para terminar con los estudios ya más a fondo de Teología y de los cánones. «En aquellos tiempos que preceden al desarrollo científico de la escolástica versaba la teología sobre el texto de la Sagrada Escritura (*sacra pagina*) y los tratados dogmáticos de los Santos Padres. No disponiendo de copiosos subsidios exegéticos, acudían principalmente para la inteligencia e interpretación de la Biblia a la *Glossa antiqua u ordinaria* de Walafrido Estrabón, que contenía aclaraciones de palabras y de circunloquios, etc., según la exégesis que habían hecho los Santos Padres, de los cuales leían además otros escritos, especialmente los de San Agustín para la teología especulativa y los de San Gregorio Magno y San Isidoro\* para la práctica.»<sup>3</sup>

3 *Ibid.*, p. 225.

Por ejemplo, entre los libros más leídos por los miembros de las distintas órdenes religiosas, además de los escritos por los autores mencionados, se encontraban San Jerónimo, San Crisóstomo, Boecio, Casiodoro, San Isidoro de Sevilla; entre los autores paganos, algunas traducciones de Aristóteles, Ovidio, Terencio, Séneca, Juvenal, Horacio, lo que indica claramente que los monjes no se encontraban ajenos de las obras más importantes de la literatura clásica, y que muy bien hacen frente a las dificultades intelectuales que la lectura, interpretación y su relación con la religión cristiana les imponía. El catálogo de la biblioteca del monasterio de Reichenau da cuenta de cerca de 450 manuscritos, que incluye a la mayoría de los autores cristianos y paganos conocidos, sin que falten el *Codex theodosianus* y otros textos de Derecho popular alemán, lo que confirma que las escuelas monacales fungían como centros de estudios de diversos niveles, incluyendo los que se podrían incorporar sin problema alguno dentro de los programas de estudio de las universidades que se especializaban en alguna de las ciencias, como Derecho, Medicina o Teología.

Por otro lado, la diferencia entre la educación recibida por los miembros de los diferentes estratos sociales se hacía enorme pues al clero raso no se le exigía, y tampoco se le proporcionaba, una preparación como la descrita. Bastaba que conocieran los aspectos elementales de la doctrina religiosa que profesaban. Lo que debía saber un sacerdote perteneciente al pueblo se reducía al conocimiento del símbolo y la oración dominical, las plegarias de la misa, los ritos y las fórmulas de los sacramentos, el calendario litúrgico, y los cantos correspondientes a diversas ocasiones y ritos. Ello explica por qué muchas de las herejías eran profesadas por sacerdotes del pueblo que sumada a su igno-



Página de un manuscrito del siglo IX en el que se representan episodios de la vida de San Jerónimo. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 451.

rancia hacían interpretaciones demasiado libres, o mejor dicho, fantasiosas de la doctrina cristiana, que los conducía a graves equivocaciones -según la ortodoxia eclesiástica- al no contar con las herramientas para realizar estudios minuciosos y penetrar en los sutiles temas demasiado profundos para una mentalidad poco cultivada y avezada en análisis rigurosos.

El funcionamiento de la escuela, de hecho con frecuencia eran dos escuelas, que funcionaban prácticamente en cada monasterio una, la *schola interior*, se encontraba dedicada a la

educación de los alumnos internos, los *pueri oblati*, quienes estarían en camino de tomar los hábitos de la Orden, y a los monjes más jóvenes; la otra escuela -que oficialmente comenzaron a funcionar en los monasterios a partir del 817-, la *schola exterior*, era a la que concurrían aquellos que no pretendiendo necesariamente ingresar a la vida monástica recibían una educación religiosa y literaria. Está de más apuntar que tal actividad de las órdenes religiosas era un paliativo a la situación generalizada de incultura y barbarie, que estas escuelas lograron atemperar y que, por otro lado, fue una labor constante que impidió que se perdiera mucho más de lo ya perdido, al quedar casi olvidados los esplendores de la sabiduría antigua.

El listado de los monasterios que funcionaron en territorio europeo sería necesariamente extenso, aunque no todos, a pesar de los esfuerzos de sus mejores hombres, mantuvieron en alto la antorcha de la cultura; pero, con la mención de algunos de ellos se puede dar una idea de la magnitud de la obra realizada. San Columbano (†615) llegó al continente desde el célebre monasterio irlandés de Bangor y fundó varios centros monásticos que se distinguieron por su labor literaria y científica como el también célebre Bobbio en Italia, el de Luxeuil en Francia. Además, en cada país europeo vieron la luz otras fundaciones de enorme importancia como las de Jarrow, Nursling, Malmesbury, York en Inglaterra; San Martín de Tour, fundación ésta de Alcuino; San Ricario, Corbie, Ferrières, en Francia; Fulda, San Galo, Salisburg en Alemania; Ripoll, San Cugat, San Millán en España, donde se debe incluir, sin duda las famosas escuelas mozárabes de Córdoba descendientes de la obra realizada por San Isidoro de Sevilla.

Fue común que «entre estas escuelas y monasterios había mucho intercambio de cartas, de poesías, de códices, que los monjes co-





Puerta principal de la fachada oeste de la segunda abadía de Lorsch, siglo VIII. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p.265.

piaban para enriquecer el tesoro de su biblioteca. Conocido es el botín literario que San Eulogio\* se trajo a Córdoba de los monasterios navarros. Los monjes peregrinantes de Irlanda y de Inglaterra dieron a conocer en Francia y Alemania muchas obras aquí desconocidas. De Roma, de Ravena, de Pavía, vinieron muchos escritos antiguos a los escritorios monacales, donde se multiplicaban las copias en elegante escritura carolina, salvándose de esta forma importantes obras que de otra suerte hubieran perecido para siempre, pues son rarísimos los códices manuscritos que conservamos anteriores al siglo IX. El mismo trabajo de copiar no era puramente maquinal; la confrontación y cotejo de códices, la selección, la separación de las distintas palabras, no usada en la antigua escritura, suponía no vulgar cultura, al mismo tiempo que desarrollaba la crítica filológica.»<sup>4</sup>

La obra de las órdenes religiosas fue una labor de titanes pues no solo debieron recobrar para el cristianismo un continente y fundar una cultura, la occidental, sino también debieron

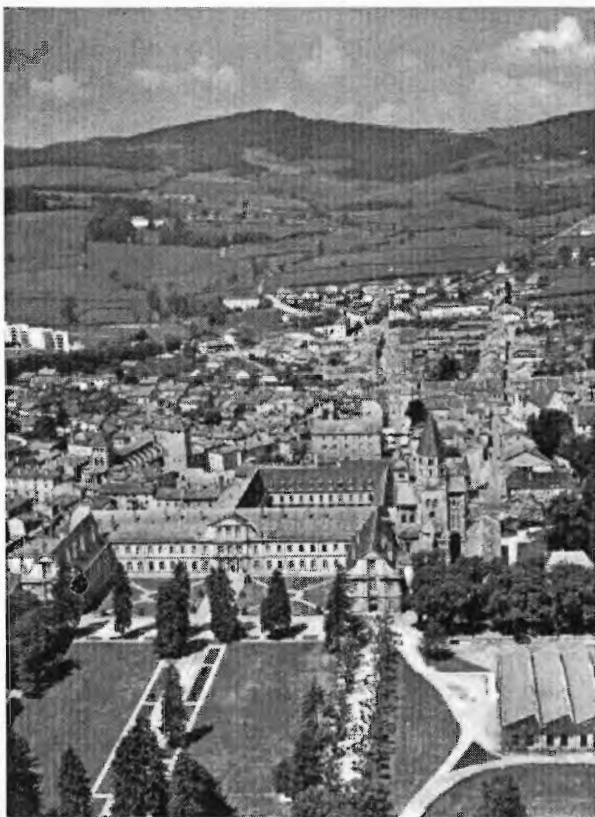
proteger hasta donde alcanzaron sus fuerzas y sus luces su religión y la institución eclesiástica (que tuvo sentido y razón de ser por esa religión) de los atropellos y abusos de todo un enorme catálogo de personajes cuyo intento -salvo honrosas excepciones-, al margen de toda intención altruista y genuinamente imbuida de sincero espíritu cristiano, fue simple y llanamente el ejercicio del poder con fines brutalmente egoístas.

Al correr el siglo X d.C., el 11 de septiembre del 910, el noble borgoñés Bernon\* fundó en la diócesis de Maçon en tierras de Guillermo\* *El piadoso*, duque de Aquitania y conde de Auvernia, el que devendría en uno de los más importantes monasterios de toda la cristiandad, enclavado en los bosques de la aldea de Cluniacum, cuyo apócope sería el que cobrara fama imperecedera, Cluny.

El monasterio de Cluny nació con varias concesiones que no eran comunes en esos tiempos de rudo egoísmo. Por principio se determinó que quedara exento o al margen de la jurisdicción civil y eclesiástica local, como una propiedad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, por lo que se obligaba al pago quinquenal de un censo, no al propietario de la aldea en la que se encontraba la fundación, sino directamente al Papa en Roma, con lo que quedaba directamente bajo la protección apostólica del Soberano Pontífice. Esta importante fundación no fue la primera que apelaba al derecho del Papa, como sucesor de la silla de Pedro, para vigilar y proteger a las comunidades de religiosos como a sus propiedades, sustrayéndolos del dominio que por diversas razones pudieran ejercer otras autoridades, lo que se llamó *iuris sunt sancti Petri*. Ya que Guillermo *El piadoso* se había reservado el derecho, ya que él había donado los terrenos necesarios para la construcción del monasterio y los campos para su ma-

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 255.

nutención, con la visión y espíritu cristiano que le hicieron merecedor de su sobrenombre, nombró a Bernon como su primer abad, lo que fue una feliz decisión que se vería respaldada por los resultados positivos de este hombre fuera de serie.



Vista actual de la abadía de Cluny. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p.271.

Cluny, como las anteriores creaciones de su fundador Bernon, adoptó la Regla de San Benito, misma que fue imponiendo a las otras fundaciones y monasterios que con el tiempo, por toda Europa, fueron quedando bajo su cuidado. Bernon, como cabeza de la enorme congregación benedictina, tomó como sede a Cluny donde ejerció su magnífica influencia por espacio de dieciséis años, de 910 a 926. Su obra fue continuada por otros hombres que, por sus virtudes, también alcanzaron la dignidad de ser nombrados santos: San Odón, San Aymardo,

San Mayolo, San Odilón, por sólo nombrar algunos.



Capitel procedente del coro de la iglesia abacial de Cluny, siglo XI y XII. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 271.

En los tiempos en que Cluny alcanzó su mayor prestigio, con una tradición ya añeja, bajo la guía de su abad Pedro\* *El Venerable*, alrededor del 1130, contaba con 460 religiosos aparte de los que habían emigrado a otros monasterios como semilla para la implantación de la Regla de San Benito. La fama que alcanzó esta congregación asentada en Cluny se debe, además de la santidad de muchos de sus monjes, a su gran erudición, que los llevó a ocupar cargos de relevancia dentro de la jerarquía de la Iglesia cristiana.

Dejando aparte la riqueza material y la importancia que para la religión cristiana alcanzó el monasterio de Cluny, su enorme valor como sede y promotor de la cultura se puede vislumbrar a través de las noticias de su saqueo y destrucción que, como dicen las crónicas, sufrió a manos de los herejes en 1561, en que se perdieron además de reliquias y ornamentos sagrados, una cantidad cercana a los dos millones de libras de oro y de plata. También fueron destrozados por lo menos 1,800 manuscritos con que contaba la biblioteca benedictina en la que se encontraban textos de los Santos padres y de autores antiguos.

Es ampliamente conocido que la Regla benedictina imponía a sus monjes la observancia de la oración y del trabajo, *ora et labora*, dice la famosa frase, y dentro de las ocupaciones normales de un monje cluniasense se encontraba el estudio. No es gratuita la fama de doctos que gozaron en toda Europa durante muchos siglos los benedictinos, ya que buena parte de su tiempo lo dedicaban a los libros, tanto en su estudio como en copiarlos. Es proverbial la paciencia benedictina para lograr obras magníficas que solamente con base en un intenso y minucioso trabajo podían alcanzar. Las ilustraciones con que engalanaban las copias salidas de su *scriptum* las convertían en verdaderas obras de arte. Y se les debe a los benedictinos el ser los responsables de una intensa propagación de las obras de autores antiguos, por quienes se entendía a autores paganos de la Roma y la Grecia clásicas.

Cluny cumple con creces su papel de ser un centro de preparación para ocupar elevados puestos en la jerarquía eclesiástica y en la administración civil. Muchos de los jefes de alto nivel durante siglos fueron egresados de los monasterios benedictinos y en especial del de Cluny, en donde se fundó la tradición de ser cuna de clérigos piadosos y eruditos.

Fácilmente se adivina que Cluny no podía ser otra cosa que una escuela de altísimo nivel en esos años que dicen fueron de oscurantismo. El alimento espiritual que allí se proporcionaba a sus monjes, no se limitaba al de la religión, incluía el de las luces del conocimiento, el del estudio de autores de los que difícilmente podrían tener, incluso en las cortes de las monarquías, porque Cluny era precisamente la sede de la que emanaba ese conocimiento y se iba haciendo extensivo por todos aquellos sitios en los que encontraba un monasterio benedictino.

El funcionamiento de las escuelas enclavadas en los claustros benedictinos y fundamentalmente la de Cluny, cabeza de todas ellas, no es producto de la improvisación y se entiende que no podía ser de otra manera, toda vez que la obra pastoral de la Iglesia cristiana, se debía realizar de la mejor manera posible, y cuyos destinatarios eran, conjuntamente con el pueblo ya cristianizado, aquellos que debían recibir como iniciados la fe en Cristo y, además, los propios clérigos que debían llevar esta noticia. Ello imponía una enorme responsabilidad, por lo que las tareas en este sentido no se restringían a la copia de textos y su divulgación fuera de la comunidad benedictina, sino que a través de programas perfectamente establecidos se iba educando a los monjes y se les preparaba para que cumplieran con solvencia sus compromisos intelectuales.

Los programas de estudio retomaban el *trivium* y el *cuadrivium*, en adición a la base de las Sagradas Escrituras y las obras de los Santos Padres, ya que su objetivo no era convertir en eruditos huecos a los monjes, sino dotarlos de los elementos racionales que les diera la capacidad de convertirse en buenos promotores de la religión cristiana, quedando en segundo plano los aspectos de estudio y conocimiento de los autores antiguos como un fin en si mismo.



El hombre que, con el paso del tiempo, va transformando, cambiando cuanto le rodea -no siempre para bien- permitió que la obra benedictina fuera decayendo. La laboriosidad que en otros momentos fuera distintiva de la comunidad, se convirtió en una ocupación sin objetivo y, a veces, hasta en molición entre los más altos dignatarios de la Orden. El estudio con el fin de cumplir como Dios manda la difusión y conservación de la obra cristiana, se convirtió en una erudición hueca y narcisista, hasta que otros hombres con renovada fe y bríos se dieron a la tarea de regresar de nueva cuenta a las fuentes originales del espíritu cristiano.

### Escuelas Catedralicias

Además de las escuelas monásticas existieron durante la Edad Media en territorio europeo, aunque un poco posteriores a éstas, otras escuelas, las episcopales que, como su nombre indica tenían su sede generalmente en un anexo de la catedral local y funcionaban bajo el amparo de los obispos. Estaban a cargo directamente de un alto funcionario del obispado, ya fuera el cancelario u otro miembro del cabildo. Y su principal objetivo era el de fungir como seminario para la preparación de futuros sacerdotes. De hecho el concilio de Vaison llevado a cabo en el 529, establece que dichas escuelas deben funcionar en las sedes episcopales y recomienda a quienes tuvieran la intención de ingresar al ejercicio del sacerdocio cristiano concurrir a dichas escuelas.

San Crodegardo de Metz, dentro de su prolífica obra, dio varias ordenanzas a fin de organizar la vida en común de los clérigos, en donde se incluye que las escuelas episcopales adopten las formas de funcionamiento de las escuelas monacales. La máxima autoridad, por supuesto se reservaba al obispo quien se debía auxiliar para su buen gobierno y funcionamiento

de un *scholasticus*, un *magister scholae* y un *grammaticus* o *didascalus*. Las escuelas episcopales llegaron a su mayor esplendor en el transcurso del siglo XII. Para alcanzar éste debieron transcurrir muchos años de ardua labor y empeño decidido por parte de quienes no permitieron que las luces de la cultura se extinguieran en definitiva, por lo que el concilio romano del 853 instruye que con urgencia *in universis episcopii*, así como en todos los lugares que sean adecuados, *magistri et doctores constituentur, qui studia litterarum, liberaliumque artium ac sancta habentes dogmata, assidue doceant*.

Ante esa orden que urgía la fundación de escuelas en las sedes episcopales, se abrieron muchas otras además de las catedralicias en las iglesias principales de los arzobispados y obispados. Córdoba, York, Canterbury, Maguncia, Reims, Tréveris, Lyon, Worms, Orleáns, Chartres, París, Oviedo, León, son apenas una cuantas de la gran cantidad de escuelas cuya sede y gobierno provenía de las sedes obispaes. Las dos últimas, en territorio español, destacan por sus bien dotadas bibliotecas y, por ejemplo, la escuela catedralicia de Metz, adquirió fama por la calidad de la enseñanza que allí se impartía, sólo que en el área de música. «Tanto las escuelas monásticas como las episcopales, siendo como eran centros de estudios adonde confluían tantos escolares, necesitaban poseer abundantes libros de uso ordinario, como la Biblia, textos de los Santos Padres, leccionarios, evangelarios y otros códices litúrgicos, historias, poesías y los principales clásicos latinos. Esta necesidad dio origen a los escritorios donde hábiles copistas y miniaturistas de sentido artístico nos han dejado obras tan útiles como bellas.»<sup>5</sup> Obras que eran resguardadas y puestas a disposición de los alumnos en los armarios, es decir, en los muebles que servían para

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 257.



su guarda así como los sitios donde se encontraban esos muebles, y que corresponden a las actuales bibliotecas que, dicho sea de paso, no se podía concebir que existiera algún monasterio o catedral sin armario o biblioteca.

De ahí se deriva el aforismo que decía *claustrum sine armario quasi castrum sine armamentario*, comparación certera porque un monasterio sin biblioteca era como un ejército sin armamento, es decir, algo inútil y expuesto a los mayores peligros y fracasos. Si bien no faltaban los libros en las escuelas, tampoco faltaban los copistas que tenían esa ardua tarea como encomienda personal, a la que debían dedicar apenas menos tiempo que a la oración y que, para hacerla más llevadera, se dejaban correr historias maravillosas que encerraban una promesa si la tarea era bien cumplida: «Una noche se aparece San Vaast a un su discípulo y le advierte que le serán perdonados tantos pecados como letras llevaba trazadas. Otro copista salva su alma por haber escrito una letra más que pecados había cometido. Otro (Godofrido, del monasterio de San Martín de Tournai), que había copiado los Morales de San Gregorio, los Evangelios y buena parte de la Biblia, el Misal, *De Civitate Dei* y el *Enchiridion* de San Agustín, etc., muere sin experimentar el menor dolor. Estos *scriptores* trabajaban mientras duraba la luz del sol, poco en invierno, pues como dice Berceo en la Vida de Santa Oria: ‘Los días son non grandes, anochezrá privado; escribir en tinieblas es un mester pesado.»<sup>6</sup>

Cluny es un punto culminante de la cultura de la Europa medieval, llegaron a estar bajo su dirección más de 300 monasterios por lo que su influencia además de extenderse por todo el territorio europeo se mantuvo por muchos años, lo que permitió dotar de cierta homogeneidad a la actividad de un gran número de religiosos que, de esa manera pudieron mantener una tra-

dición, ya fuera en sus normas de conducta, preceptos rituales, así como estudios o concepciones teológicas.

Al dar muestras Cluny de decaimiento, sobre todo moral, ya que durante mucho tiempo fue un monasterio, todo un sistema de monasterios, muy próspero, otros preclaros hombres no permitieron que el cristianismo como religión y como forma social de vida, tocara fondo, antes bien, se dieron a la tarea de señalar todas las deficiencias y desviaciones que, a su juicio, debían ser criticadas primero y superadas después, indicando además, cuál era la ruta que se debía tomar.

Uno de esos hombres preclaros cuya vida y obra son dignas de reconocimiento es el monje Bernardo de Claraval, quien a lo largo de su vida va a ser una de las figuras más importantes de toda Europa y cuya huella es imperecedera en la historia espiritual y cultural de ésta y del mundo entero. Bernardo de Claraval nació en la fortaleza de Fontaines en el 1090, el único entre todos sus hermanos a quien se le asignó la carrera eclesiástica, escogiendo en Citeaux el cercano nuevo monasterio, que fundado en 1098 por Roberto de Molesme, al momento aún no tenía nombre, donde se presenta acompañado de varios amigos, pronto le seguirán otros más y su propia familia ingresará a la vida monástica.

La vocación de Bernardo por la vida religiosa, aunado a su gran dinamismo, le hacen tomar la reafirmación del cristianismo entre sus contemporáneos, comenzando con los más cercanos que ya lo habían tomado como su fe, como una especie de cruzada personal por reconquistar de nueva cuenta para la religión cristiana sus conciencias. Comenzó con sus propios hermanos del monasterio de Citeaux (del que derivará el nombre de cisterciense con el que se conocerá a la orden monástica de Ber-

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 259.



Bernardo de Claraval. *Historia Universal Planeta*, Vol. IV, p. 316.

nardo) donde de inmediato se dio a la tarea de reformar la vida monástica que con el paso de los siglos, ya desde muy antiguo se había relajado casi en todas las órdenes religiosas.

El sentido del cambio que anima a Bernardo es el regreso a las normas de vida austeras y rígidas, que dejaban poco espacio a los monjes para caer en conductas en todo contrarias a la verdadera fe. El rechazo a las comodidades y a las riquezas pregonado y asumido plenamente por el joven monje de Claraval, eran

un *mentis* a tantas órdenes cuya obediencia meramente formar a las reglas había decaído al extremo de que era normal, y muchas veces aceptado como algo sin importancia, que los monjes y clérigos de todos los niveles llevaran una vida contraria por completo a lo que su religión predicaba y por lo que el Hijo de su Dios había sufrido muerte de cruz.

De ahí que el celo reformador de Bernardo de Claraval tomara, aunque no como único fin, a la orden benedictina encabezada por el monasterio de Cluny como un blanco al cual debía dirigir sus prédicas -no sus críticas- buscando en todo momento que todos los seres humanos, y sobre todo aquellos que habían prometido solemnemente hacerlo durante el resto de su existencia, vivieran imitando la vida llena de virtudes de Cristo Jesús. «A esta pretendía Bernardo que volviera todo el orden monástico, comenzando por la sección a la que él pertenecía. En el punto de partida de toda su acción reformadora se encuentra el deseo de un desligamiento con respecto al orden social, de un distanciamiento real en relación con la inserción social, y en primerísimo lugar de tipo económico, que se había convertido en tradicional en el monacato. Esto exigía la renuncia a ciertas fuentes de ingresos, a toda prosperidad material proveniente de otra cosa que no fuera el trabajo de los mismos monjes. Esta pobreza voluntaria, guardada a pesar de unas posibilidades de enriquecimiento que eran legítimas y aceptadas por todos, suponía rechazar las posesiones no adquiridas mediante la agricultura, que era en aquel tiempo el único tipo de actividad lucrativa. En consecuencia, debían privarse los monjes de los bienes recibidos en ocasión de las peregrinaciones a las iglesias monásticas, de las donaciones que los fieles realizaban en agradecimiento a las oraciones por los difuntos, del dinero que depositaban en los altares servidos por los monjes, de

la generosidad que se les provocaba mostrándoles obras de arte que les maravillaban. Por tanto había que volver a la simplicidad en la decoración de los edificios, en los ornamentos litúrgicos, en los vasos consagrados y otros objetos utilizados en el culto, y, por supuesto, en el vestido, en el alimento y en todo el estilo de vida.»<sup>7</sup>

Pero Bernardo de Claraval pretende ir mucho más a fondo que meramente reorganizar, en torno al mensaje de amor del cristianismo, la vida de contemplación de las órdenes religiosas. Protesta con vehemencia cuando so pretexto de embellecer dignamente las iglesias y los altares, se dilapidan enormes riquezas que debían servir para aliviar la áspera vida de los pobres. Los tesoros de la Iglesia no se deben gastar en balde cuando los seres humanos carecen de lo indispensable.

Su monasterio de Citeaux y todos los que se acogieron a su reforma, llevaron a cabo una labor misionera dentro de las filas mismas de los clérigos cristianos que logró atemperar las ambiciones y deseos egoístas - aunque fuera un poco- de muchos miembros de las órdenes religiosas y de la Iglesia cristiana toda, que condujo a su promotor, Bernardo de Claraval, a acceder a la santidad. La reforma cisterciense no se proponía acabar con toda clase de estudios que se realizaban con regularidad en casi todos los claustros y catedrales de la cristiandad, algunas de ellas destacadísimas. Lo que Bernardo predicaba era el regreso, con toda humildad, a la fuente misma de la fe, a no interpretar torcidamente el mensaje divino dado a los hombres a través de los Santos Padres. El estudio era una herramienta indispensable y eficaz, si se tomaba como tal, para servir de manera digna y eficiente a Dios mediante la atención y el trabajo que se dedicara en beneficio del prójimo.

Así, la reforma cisterciense no atacó a las

órdenes que usaban los hábitos negros, como la de los benedictinos, por que emplearan sus esfuerzos en el acopio y estudio de las obras tanto de los autores cristianos como la de los paganos; sino que trató de que todos aquellos que se decían cristianos vivieran su fe de acuerdo con lo establecido por Dios en las Sagradas Escrituras. El propio Bernardo de Claraval fue un autor prolífico y además excelente pluma, por lo que sus obras fueron ampliamente leídas, quizá como ningún otro autor de la Edad Media europea, de ahí que un erudito como Bernardo no quisiera, al contrario, limitar el tiempo y el esfuerzo dedicado al cultivo del estudio, sino que en aras de una erudición vacía se alejara el hombre del hombre mismo.

Las escuelas tanto monacales como catedralicias llenaron un inmenso vacío en la civilización y en la cultura europeas, pues nunca permitieron su desaparición total, antes, les dieron continuidad hasta el punto en que logran adquirir una dinámica propia que les permite desarrollarse y alcanzar un renacimiento jamás visto en otra parte de la geografía terrena. Al arraigar las escuelas firmemente y esparcirse por tan vasto territorio hicieron posible que el poderío político y militar de Carlomagno fundara el Sacro Imperio Romano Germánico y, como consecuencia inmediata y directa, se lograra consolidar una unidad cultural a la que se le da el nombre de Occidental. Ambos poderes se apoyan y legitiman mutuamente, por separado no hubiera alcanzado ninguno tales logros, con lo que se constata que el poder político necesita para sobrevivir como tal de una institución encargada de la generación y resguardo del conocimiento, que a la vez que lo legitima ideológicamente, también le proporciona los materiales humanos que le permitirán funcionar como dicho poder político y reproducir las condiciones de su subsistencia y soberanía.

<sup>7</sup> Jean Leclercq, *Bernardo de Claraval*, pp. 46-47.

## Escuelas de Corte. Carlomagno y Alcuino

Por otro lado, el poder político no puede ni debe dejar, en exclusiva o sin su control, en manos de cualquier otro poder diferente de él mismo la generación de las condiciones de su supervivencia, por lo que, además de estimular la creación de multitud de escuelas manejadas por la iglesia católica, también se impone la tarea de crear sus propios centros de enseñanza, las escuelas de corte, que funjan como contrapeso de las de la iglesia y le permitan no quedar atado ante el enorme poderío de la Iglesia cristiana o del pontífice romano.

Tal vez nunca se pensó o se manifestó de manera explícita ese razonamiento; pero no queda lugar a dudas de que los reyes y los grupos de la monarquía impulsaron, a veces algo tímida otras decididamente, la creación de escuelas, además de las existentes en los monasterios e iglesias de su jurisdicción, dependientes directamente de su autoridad.

La escuela palatina más famosa, que no la única, fue la que funcionara en la corte de Carlomagno. Esta escuela no fue una creación directa del emperador, ya que funcionaba desde mucho tiempo antes, a fin de educar a los hijos de los nobles que allí residían; pero se debe a éste, a pesar de la fama de analfabeto que se le ha querido formar a lo largo de la historia, que dicha escuela se haya desarrollado y llegara a ser uno de los pilares del llamado Renacimiento Carolingio, nombre con el que se le conoce a los años en que Carlomagno reinó e impulsó, en todas sus manifestaciones las ciencias y las artes.

Se dice que estando Alcuino de viaje en Roma, coincide de nueva cuenta con el emperador Carlomagno, quien enterado de la fama de sabio de la que gozaba el en ese entonces monje del monasterio inglés de York, le insiste que se traslade a su corte para trabajar a su ser-

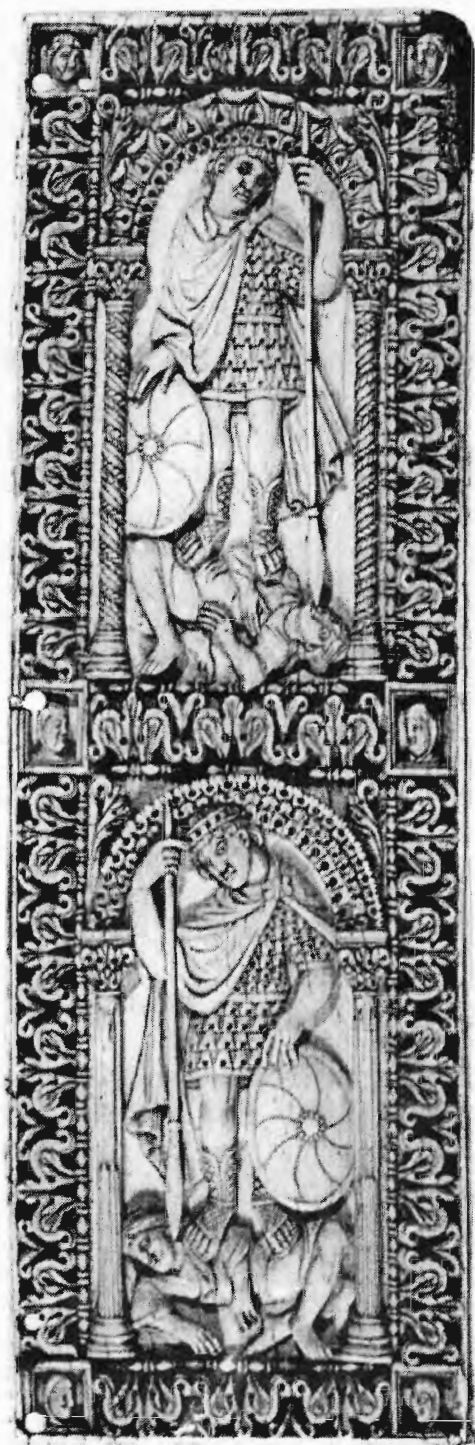
vicio. Ante una atractiva invitación y no pudiendo, por otro lado, rehusar a la solicitud del monarca, Alcuino obtiene la autorización correspondiente de parte de su propio rey y de su arzobispo, y se instala en la corte carolingia para hacerse cargo de la escuela que funcionaba en el palacio mismo del rey.

El hecho es que al emperador le preocupaba atender de manera especial la educación intelectual de sus súbditos, en contraste con lo que se consideraba debía ser la preparación que un noble, o sea, la reproducción del ideal de vida caballeresca. Dio un impulso sin precedentes a la educación que recibirían a partir de entonces los miembros de la nobleza. De ahí la insistencia del emperador Carlomagno por que Alcuino, hombre realmente sabio, llegara a garantizar el funcionamiento a nivel de excelencia que deseaba para su escuela.

Se ha repetido que Alcuino no fue un pensador original, ni siquiera un maestro original - si es que algún valor tiene la originalidad-, lo cierto es que el monje británico usó de todos los medios a su alcance de manera eficaz, hasta el punto de que logró hacer de esa escuela enclavada en el palacio del emperador Carlomagno, una verdadera institución que alcanzó el reconocimiento, por la calidad de la enseñanza que allí se impartía, de propios y extraños, y que fue tomada como ejemplo a seguir de muchos establecimientos similares en otras cortes.

Es conocido el hecho de que Carlomagno, ahorrando tiempo de sus muchas actividades que la marcha de su corte le exigía, se daba la oportunidad de asistir a clases, y aún siendo el emperador, se comportaba como uno más de los alumnos, al grado de que un poco en juego y otro por no permitir que la jerarquía estropeará el proceso de enseñanza-aprendizaje, todos los nobles cambiaron sus verdaderos nombres por otros tomados de las literaturas clásicas. Por ejemplo el alumno emperador se lla-





Relieve carolingio en marfil, siglo IX-X procedente de la abadía de Ambronai, Florencia. Historia universal del Arte, Vol. III, p. 307.

maba David y su maestro se decía Horacio. Así, con los nombres cambiados, no dejan que otras cosas ajenas a la búsqueda del conocimiento se interponga entre ellos, incluso, aún después que el sabio debe abandonar la corte del monarca (796) para hacerse cargo como comendatario (abad) del monasterio de San Martín de Tours, llevan una fluida comunicación epistolar que les permite continuar su diálogo casi como cuando pasaban juntos buen tiempo discutiendo, con diversa profundidad, gran variedad de temas.

De la gama de conocimientos de la que era poseedor Alcuino la ejemplifica una carta que le escribe a Carlomagno para comentarle de las actividades que desarrollaba en su monasterio: «Yo vuestro *Flaccus*, según vuestra exhortación y beneplácito, procuro en el monasterio de San Martín ofrecer a unos las mieles de la Sagrada Escritura; a otros trato de embriagar con el vino añejo de las antiguas disciplinas; a otros empezaré a nutrir con los frutos de las sutilezas gramaticales; a otros deseo ilustrar con el orden de las estrellas, como con la pintura de la bóveda de un palacio.»<sup>8</sup>

Las escuelas palatinas son la expresión un tanto más laica de la educación, del conocimiento cuyo fin, si bien no lo elude, no se refiere fundamentalmente a la religión y su cultivo. Es claro que prácticamente no podían haber otros maestros que les proporcionaran los conocimientos necesarios en diversas áreas, que los que provenían de las escuelas catedralicias y de las escuelas palatinas, es decir, clérigos y que el contenido de sus enseñanzas cuidara -y no podía ser de otra manera- evitar cualquier contradicción entre las verdades de la religión y los conocimientos que de la naturaleza se adquirirían. Este tipo de escuela intentaba dar solución a un problema de suyo grave, la impreparación de los nobles para atender la cre-

8 Bernardino Llorca, *Op. Cit.*, pp. 258-259.

ciente complejidad de todos los asuntos que el ejercicio del poder les imponía de manera cotidiana. No necesitaban una preparación amplia y profunda sobre la religión que profesaban; su intención no era la de convertirse en miembros de la institución eclesiástica, sino la de adquirir la preparación necesaria para desempeñarse con soltura en muchas situaciones que requerían algo más y diferente que un brazo blandiendo un arma, que necesitaban respuestas para solucionar problemas de orden administrativo o científico. Entonces la escuela palatina no era un mero adorno de la corte, como tampoco era adorno la educación que lograran alcanzar muchos nobles sobre quienes recaería la responsabilidad de hacer realidad el buen funcionamiento, con sentido humano, de un reino.

No hubo mucha claridad sobre lo que era verdaderamente necesario enseñar y aprender en las escuelas de corte, por lo que se reproducen en muchas de ellas los programas de estudio que se llevaban en los monasterios, siendo por otro lado que se tenía la confianza de que al fin el conocimiento que proporcionarían las ciencias necesariamente sería finito y que el espectro de la naturaleza se agotaba con las ciencias ya conocidas; en todo caso, lo que revestía verdadera importancia era el comportamiento de las personas de acuerdo con los preceptos del cristianismo. «Toda la enseñanza literaria de resumía en el *trivium* y toda la ciencia en el *cuadrivium*, o sea en las siete artes liberales, clasificadas ya con toda precisión por Marciano Capella en su *Satyricon sive de nuptiis Mercurii et Philologiae*. El *trivium* (*artes sermocinales*) abarca la gramática, retórica y dialéctica; el *cuadrivium* (*artes reales*), la aritmética, geometría, astronomía y música; todas las cuales solían sintetizarse en el siguiente hexámetro: *Lingua, tropus, ratio; numerus, tonus, angulos, astra.*»<sup>9</sup> A tono con el método de enseñanza que

privilegiaba la memorización, esta clasificación del conocimiento fue mantenida por todos los grandes sabios de la Edad Media hasta el advenimiento de las universidades, cuando se impuso el modelo aristotélico del conocimiento, cuya tendencia se identifica más con el esfuerzo por el contenido científico del saber.

La escuela palatina poco podía hacer mientras no cambiara la idea que del mundo se había conformado el hombre medieval a través de la religión cristiana; pero sería una equivocación pensar siquiera que la ciencia, o mejor dicho, el conocimiento científico no existió en esa época. Entender y explicar de acuerdo con su momento los hechos históricos, evitan dar cabida a la actitud de querer imponer los criterios actuales de científicidad, ya que los conocimientos y la manera como éstos eran adquiridos durante la Edad Media europea, son apenas una etapa de un largo proceso que llega hasta la actualidad; pero que hace también muy claro que este presente también es una etapa del conocimiento infinito del universo, en el que se debe incluir igualmente al propio ser humano.

Lo anterior nos permite comprender por qué «la gramática tuvo en un principio la mayor importancia, unida como estaba con la lectura e interpretación de los autores clásicos y de los Santos Padres; aun el Derecho romano con sus precisas definiciones ofrecía temas de estudio a los gramáticos. Con el tiempo se fue imponiendo la dialéctica (lógica y arte de la disputa), que sirvió de introducción a la filosofía. Abelardo, en cuyo tiempo eran conocidos los Predicamentos, *Peruhermeneias*, Razonamientos sofisticos y Primeros analíticos, de Aristóteles, en traducciones de Mario Victorino y de Boecio, además de la *Isagoge*, de Porfirio, fue quien dio el triunfo a la dialéctica sobre la gramática y la retórica, a lo menos en París, pues en otros puntos, como en Chartres y Orleáns,

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 259.

siguió boyante por algún tiempo la formación más humanística.»<sup>10</sup>

Mantener prácticamente el mismo plan de estudios en todas las escuelas de la Europa del medioevo va a traer grandes repercusiones por cuanto, al adoptar éste las nacientes universidades, en el fondo lo que están haciendo es distinguirse apenas de las escuelas que les antecedieron fundamentalmente por la adopción de una organización gremial, por la formación de un sindicato -pues no es otro el significado de la palabra y el contenido del concepto- llamada universidad, ya que ésta se refiere a todo el conjunto de personas que tienen en común una serie de intereses y se unen para defenderlos conjuntamente. Sin olvidar, por otro lado, que a pesar de que sus miembros no pertenecían necesariamente a una orden religiosa, la inmensa mayoría de los maestros eran clérigos y los alumnos, también en su mayoría, se encontraban de paso por la universidad en camino buscando ocupar un puesto elevado en la administración de la institución eclesiástica. Las escuelas de Leyes, Medicina, Teología, y otras existieron mucho antes de que surgieran los sindicatos universitarios, los cuales, quizá se distinguan meridianamente de esas escuelas por el hecho de que sus maestros, a pesar de las prohibiciones que existieron al respecto, exigieron a sus alumnos -que organizaron sus sindicatos para no ser víctimas de abusos de éstos- un pago como contraprestación por impartirles sus enseñanzas, es decir, por la conversión que hicieron del conocimiento en mercancía.

Pero mientras se llega a la comercialización del saber, las escuelas que antecedieron este fenómeno «en las ciencias del *Cuadrivio* se contentaron con repetir los datos y noticias que encontraban en Macrobio, en Boecio, en

San Isidoro, en el *Astolabio* de Gerberto y después en el mismo Euclides. La música teórica, según Marciano y Boecio, se cultivó con amor en Reichenau. La *Botánica* de Columela fue imitada por Walafrido. La *Historia natural* de Plinio pasó a los libros de San Isidoro.

«Sobre el tronco de las siete artes van creciendo y desarrollándose tres ramas: la Filosofía natural, la Teología o comentario de la Sagrada Escritura, según los Santos Padres (específicamente San Agustín, San Gregorio, San Isidoro), y la ciencia de la leyes civiles y canónicas: *Physica, Theologia, Scientia legum*.<sup>11</sup>

La marcha de la humanidad por conquistarse a sí misma, pasa por la creación de la universidad, ella va a recuperar para el hombre su libertad de conocer por el afán de conocer, al margen de doctrinas preestablecidas, sean éstas religiosas, políticas, económicas. Como hemos visto a lo largo de los tomos precedentes, el espíritu de la universidad se encuentra presente dondequiera que exista una sociedad humana, pues le es intrínseco, la voluntad de alcanzar el conocimiento de cuanto le rodea, y apoyándose en el poder político, de preservar dicho conocimiento y de transmitirlo, mediante un proceso de enseñanza-aprendizaje, a la generación inmediata y ésta a su vez a otra, hasta hacernos herederos a toda la humanidad de las joyas del saber por ellos alcanzadas.

*Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino.*

Proverbios 3:13,14

---

10 *Ibidem*.

11 *Ibidem*.

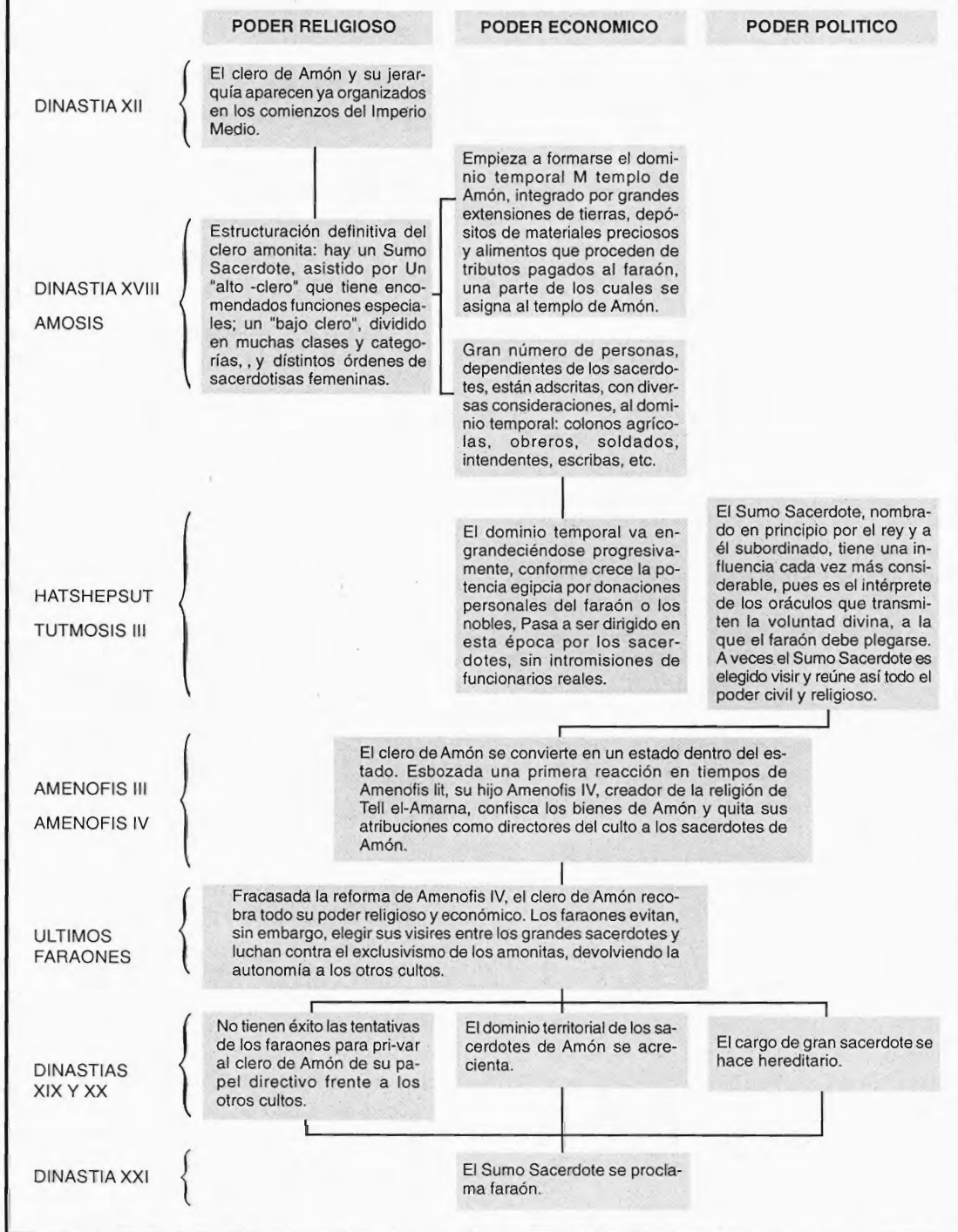
# Apéndice Documental 1

Documentos





## LA ASCENSION SOCIAL Y POLITICA DEL CLERO DE AMON EN EL IMPERIO NUEVO



\*Fuente: *Historia universal Salvat*. Vol. I, p. 177.

## LA RELIGIÓN DE LOS ANTIGUOS PERSAS

Los principales materiales que tenemos para reconstruir la religión de los antiguos persas se conservan en los escritores griegos. Heródoto primordialmente, y las inscripciones de la época aqueménida. Más noticias nos proporciona el libro sagrado. *Avesta*, que junto con los materiales antes mencionados forman los instrumentos básicos para este estudio.

El conocimiento del *Avesta* se obtendría en el siglo XVIII por el francés A. du Peron, quien lo tradujo al francés en 1771.

Se determinó que el *Avesta* se componía de diferentes partes según diversas épocas.

La más antigua sería la de los *gatha*, que abarcaría la parte fundamental «lasna», anterior a la dinastía aqueménida, escrita en lengua persa emparentada con la lengua inda antigua de los *Vedas*. La última parte está escrita en la lengua que se hablaba en la época sasánida-siglos II-VII de nuestra era- y en ella se narra la historia de Zarathustra y profetiza el fin del mundo. Según la tradición, el *Avesta* se componía de 21 obras diferentes, el resto de las cuales se ha perdido.

Esta serie de estratos plantea la problemática de averiguar la antigüedad de cada uno de los elementos que se presentan en la obra. Otro problema es el de su lugar de procedencia. Se ha querido identificar con la religión de los antiguos medos, con la religión de la *Bactriana*, situada en el Irán nororiental.

Por otro lado, también se ha supuesto que las referencias de Heródoto corresponderían a *Media*, mientras el *Avesta* pertenecería a la *Bactriana*, fundiéndose ambas tradiciones al formarse el reino aqueménida.

La composición del *Avesta* se atribuye a Zarathustra, personaje semilegendario que viviría, según la tradición, en el siglo VI a. de J., mientras otras versiones lo colocan bastante más atrás.

El punto fundamental del *Avesta* es el dualismo Bien-Mal. Junto a *Ahura-Mazda* y *Angra-Mainyu*, espíritus del Bien y el Mal respectivamente, aparecen toda una gama de espíritus menores. Se manifiestan seis espíritus de la luz, personificaciones de las fuerzas de la naturaleza o de cualidades morales, y contrapuestos a ellos otros seis espíritus de las tinieblas o del mal.

El origen de este dualismo constituye un punto de discusión. Se ha querido ver como un contraste entre las dispares zonas geográficas que componen el Irán. Las tierras fértiles, por un lado, y las estériles, por otro. Asimismo se ha interpretado como un reflejo de las contra-

diciones entre dos sociedades diferentes, una nómada y pastoril, y otra sedentaria y agrícola. Esta última teoría parece encontrar su confirmación en el mismo libro sagrado como expone que «las mejores tierras del mundo son terrenos de labor» y al afirmar que la esencia del mazdeísmo consiste en «cultivar bien el trigo». Las formas duales las adquiriría definitivamente al formarse la monarquía aqueménida y al constituirse en el culto estatal.

El centralismo religioso se haría más acentuado durante el Imperio sasánida, en el que la religión mazdeísta se convertiría en la bandera de las luchas contra los estados cristianos, primero, y más tarde contra los musulmanes, adquiriendo entonces el *Avesta* su definitiva plasmación.

Mención aparte merece el culto de *Mithra*, quien en la antigüedad debió de ser una de las personificaciones del sol, al mismo tiempo que se relacionaba con ideas morales.

El culto a *Mithra* sería oficial a partir del siglo IV a. de J. En los siglos posteriores alcanzaría gran difusión, tanto en Oriente como en Occidente, convirtiéndose las legiones romanas en uno de los principales vehículos de su difusión.

Por último, el mazdeísmo iba a ejercer una gran influencia en las religiones del Cercano y Medio Oriente. La doctrina dualista de los maniqueos tendría su base en el mazdeísmo, así como los nestorianistas durante los siglos III y V de nuestra era, respectivamente. También las sectas de los paulicianos, bogumilitas, cátaros y albigenses se verían impregnadas fuertemente por el mazdeísmo en el transcurrir de la Edad Media.

Fuente: *Historia Universal Salvat*, Vol. II, p. 159.

## ARABIA

*Historia.* la historia primitiva de la Arabia está envuelta en la mayor obscuridad. Parece haber sido este país la cuna de los semitas, que en diferentes ocasiones lanzó enormes masas humanas sobre el Asia interior y sobre África. Los recientes estudios sobre las razas primitivas que ocuparon el Egipto tienden a demostrar que del S. de la Arabia procedían los primeros invasores del país del Nilo. Dicha región, según las inscripciones, era conocida por los egipcios con el nombre de *Punt*, que alterna regularmente con el de *Ta-Nuter* (la tierra de los dioses). De esta comarca emigraron los habitantes de la costa de África, y de ella partieron los conquistadores del país nilótico. La raza invasora, según las pinturas, pertenecía al tipo caucásico, enteramente igual a la *Cam*,

según el *Génesis*, cap. x. Conforme a su versión, Mizraim, hijo de Cam, hermano de Kush el *Etiope*, y de Cannán, se fijó en las riberas del Nilo, con sus hijos. De *Ludem el Mayor* descendían los Ludu o Retu, nombre que las inscripciones dan, por excelencia, a los egipcios de raza. Estos invasores, o primitivos habitantes, salieron del Sur de la Arabia, y por la Nubia, pasaron a Egipto, habiendo atravesado, sin duda, el Mar Rojo a nivel de *Massaoah*. El recuerdo de esta marcha de los invasores desde la Arabia, se ha conservado por medio de las antiguas tradiciones míticas de Horus y Set. En los tiempos protohistóricos se componía la población de la Arabia de los núcleos principales: los islamaelitas, que habitaban en el Norte de la península, y los jaktanidas (hahtanidas), que habitaban en el Sur; ambos grupos se consideraban descendientes de Sem. La parte NO. de la península, Arabia pétrea, la poblaban los idumeos (edomitas), nabateos y madianitas; la Arabia desierta, los ismaelitas propiamente dichos; en el S. de Arabia existían los reinos de los mineos y sabeos; éste último, con su capital en la floreciente Mariaba, fue reemplazado por el de los homeritas (himjaritas), con su capital en Taphar y después en Saria. En la costa meridional vivieron los chatramotitas, cuya capital era Sabota; por último, en el extremo SE. de la península habitaron los maqueos, y en el golfo Pérsico los gerrheos. También en las partes más meridionales de Siria, Mesopotamia y Babilonia se encuentran desde los primeros tiempos tribus árabes.

La nueva y gloriosa era de la historia de la Arabia empieza con la aparición y difusión del islamismo. Mahoma, su fundador, supo agrupar todas las tribus árabes, constituyendo un Estado, y de esta manera pudo este pueblo, en el transcurso de un par de siglos llenar una misión importantísima en la historia del mundo. En las diferentes regiones de Arabia, durante la dominación de los califas, que ya hacia el año 800 ejercían una autoridad poco firme sobre la parte menos accesible del país hubo una porción de pequeñas dinastías. En la mayoría de ellos hubo *xerifs*, es decir, descendientes de Alí; tales fueron, entre otros, los haximitas que reinaron en la Meca (1063-120) y los sucesores de *Katáda* (1200 hasta nuestros días), que bajo la soberanía turca gozan de una existencia casi independiente. En el Yemen reinaron unos después de otros, y a veces simultáneamente desde el siglo IX las dinastías de los siyaditas, nedxahitas y soleihitas, hasta que en 1173 conquistaron los eyubidas la Arabia meridional. A éstos siguieron los resulidas (1231), y después los tahisitas, que se sostuvieron en el trono hasta la conquista del país por los osmanlíes (1517). Mientras la dominación turca se iba extendiendo más cada

vez por el N. de Arabia, los imanes (príncipes) alididas, de la familia de los seiditas, se sostenían en las montañas del Yemen; a su alrededor se agruparon los numerosos descontentos de la dominación turca, y después de numerosos alzamientos de poca importancia, estalló por fin en 1567 una insurrección general, y si bien en 1570 un ejército turco logró someter el país, a la muerte del sultán Selim II, acaecida cuatro años más tarde, comenzó a declinar visiblemente el poder de los osmanlíes, y los turcos se vieron precisados en 1633 a abandonar el Yemen a los principales seiditas. Hacia el 1740 se levantó en el interior de la Arabia la secta de los wahabitas, propagándose rápidamente el movimiento por toda la Arabia central; en 1803 lograron apoderarse de la Meca, y pronto se extendió su influencia por el Sur hasta el Omán, mientras que en el Norte invadían la provincia de Bagdad y proyectaban un ataque contra la Siria. Los turcos tuvieron que encargar a Mehemt Alí, virrey de Egipto, la misión de castigar a los wahabitas, y en afecto, éste logró rechazarlos hacia el interior. Mehemt Alí ocupó, en nombre del sultán, el NO de la Arabia, extendiendo después sus dominios hasta el Yemen; pero cuando trató de declararse independiente de Turquía, se estrellaron sus esfuerzos ante la intervención de las potencias europeas, viéndose precisado a devolver, en 1841, a la Puerta sus posesiones de Arabia. Desde entonces ha vuelto a residir junto al *xerif* de la Meca un bajá turco, y otro reside en Sana; en el Yemen: pero esta última provincia sufre con disgusto el yugo otomano, como lo prueban las alarmantes noticias que vienen de tiempo en tiempo del S. de la Arabia. En el centro de la península siguen dominando los sucesores de los wahabitas, que al principio de 1902 llegaron a conquistar hasta el Riad; en Omán (Máscate) existe desde hace algunos siglos una dinastía a (imanes); las tribus del resto del Sur (Hadramaut) continúan independientes, bajo el gobierno de sus príncipes; solamente Aden está ocupado por los ingleses, que mantienen allí una numerosa agrupación.

FUENTE: *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Vol. v, pp. 1147-1150.

## ABDERRAHMÁN I

Primer emir, independiente de Damasco, en España, n. en el campo de Damasco en el año 734 de la era vulgar (113 de la hégira) y m. en Mérida en 787 ó 788 (171 ó 172 de la hégira) el 30 de septiembre (24 de *rehie*, segundo en la cronología árabe). Al morir Meruán II, último de los califas omeyas, propusieron los abbasidas exterminar a toda la familia de éstos haciendo horribles matanzas, de las que se libró el joven Abderrahmán por



estar ausente, en Zeitún. Avisado de que se le perseguía y provisto por algunos amigos de joyas y caballos, se disfrazó y huyó de Siria, andando errante y fugitivo entre beduinos. Abandonó el Egipto y se dirigió al África, entrando en la provincia de Barca y llegó a Tahart, ciudad que era como la capital de Berbería, situada a poca distancia de Tlencén y del mar y poblada principalmente por los *zenetes* (*zennetah*), tribu la más ilustre y más importante de los berberiscos.

Más tarde los jeques Teman ben Alkamah y Wahib ben Zahir pasaron al África en un buque equipado al efecto a ofrecer a Abderrahmán la soberanía de las tribus musulmanas españolas en nombre de los principales jeques de éstas. Aceptó Abderrahmán la oferta de buen grado.

El día 8 de abril de 756 (tercero de la luna de *julkadah* del año 138 de la hégira) desembarcó Abderrahmán en Hisn-al Musecab (fortaleza de las lomas, hoy Alumuñécar), consiguiendo en pocos días reunir en torno suyo los jeques principales, a los que se unieron 20,000 hombres de los comarcas que iba encontrando a su paso. Las muchedumbres le aclamaban con entusiasmo, y al llegar a Sevilla la ciudad entera salió a recibirle y aclamarle con indecible alegría.

Abderrahmán se adelantaba hasta Córdoba, de donde salió el hijo de Yusuf (llamado también Abderrahmán) para oponérsele, con fuerzas considerables que había logrado reunir. Avistáronse ambos ejércitos en Merdje-Rahita, y, aunque sus contrarios pelearon con esforzado valor, quedó la victoria por Abderrahmán, que llegó hasta el pie de las murallas de Córdoba, esparciendo y publicando al propio tiempo varias proclamas para atraer a los pueblos, en las que se presentaba como el continuador del verdadero islamismo, dividido por el cisma de los abbasidas.

Abderrahmán, dejando delante de Córdoba 10,000 hombres al mando de Teman ben Alkamah, salió con 10,000 caballos contra sus enemigos. Avistáronse ambos ejércitos en las últimas horas del día 14 de mayo de 756, venciendo el de Abderrahmán. Esta señalada batalla, que aseguró a Abderrahmán el imperio.

Sin pérdida de tiempo se dirigió Abderrahmán a Córdoba, en la que entró por una pronta capitulación, poniendo de gobernador a Abu-Otmán y saliendo en persecución de sus contrarios; pero Yusuf, sabedor de lo escaso de la guarnición dejada en Córdoba por Abderrahmán, se dirigió a esta ciudad por el valle de Navafría y la sorprendió, obligando a retirarse al gobernador y los jeques omniadas. Abderrahmán retrocedió, entró de nuevo en Córdoba, en la que apenas encontró enemigos, y se diri-

gió contra Yusuf, al que encontró reunido con Samail en territorio de Almuñécar, consiguiendo otra victoria que obligó a Yusuf a retirarse y hacerse fuerte en el sitio llamado Dar-Garnatuh (la casa fuerte, hoy Granada), en donde comprendiendo que era inútil la resistencia y viéndose vivamente atacado, firmó, siguiendo los consejos de Samil, un tratado por el cual cedía su título y su poder a Abderrahmán.

En el 170 de la hégira (787) proclamó Abderrahmán a su tercer hijo Hixem por *valialahdi* (sucesor del mando), aunque era el más joven, y en su compañía marchó hacia Mérida, en donde el emir enfermó y murió a la edad de cincuenta y nueve años, dejando once hijos y nuevas hijas, y habiendo reinado, según el cálculo más probable, treinta y dos años, cuatro meses y quince días.

Juicio acerca de Abderrahmán I. Fue Abderrahmán I el fundador del imperio árabe en España, por lo cual su figura tiene grandísima importancia ante la historia.

Concedió carta de seguridad y protección a los cristianos, bajo condición de pagar un tributo.

Amante de su patria nativa y de su familia, quiso rodearse de sirios y de los pocos omniadas que vivían errantes por el Oriente, encargado a Moaviah ben Salehí que pasase a recogerlos, como lo hizo, volviendo a España, en el año 140 de la hégira, acompañado de muchos partidarios y descendientes de los Omeyas, a los cuales confió Abderrahmán los más altos cargos del Estado.

De hecho reunió Abderrahmán en su persona todas las prerrogativas y poderes de los califas de Oriente; pero sólo usó el título de emir.

A pesar de lo agitado de su vida, no descuidó Abderrahmán I el régimen y gobierno del Estado, y a fin de interesar en él a los principales señores musulmanes, creó una especie de Consejo de Estado llamado *Mejnaz*, en el que les dio entrada. Reformó la institución de los *cadíes*, jueces que administraban justicia en primera instancia y al frente de los cuales estaba el *cadí* de los *cadíes*. Parece que acarició la idea de fundir en un solo pueblo a musulmanes y cristianos, y de ahí su tolerancia para con éstos y que promoviera los matrimonios entre los creyentes de ambas religiones. Dividió a España en seis grandes distritos militares, que fueron los de Toledo, Córdoba, Mérida, Zaragoza, Valencia y Murcia.

Eligió Córdoba como centro de sus dominios, y la embelleció desde los primeros tiempos con muchos y notables monumentos y jardines, llegando a rivalizar en esplendor con Bagdad, y queriendo Abderrahmán apartar más y más a los musulmanes españoles de toda dependencia de Oriente, comenzó la construcción de la célebre Mezquita con arreglo al mismo plan de la de Da-

masco, levantando a su sombra hospitales y escuelas (*madrisas*), a los que dotó con rentas perpetuas; pero aun cuando puso grande actividad en la construcción del templo gastando más de 100,000 doblas de oro, y él mismo, según se dice, trabajaba en ella una hora diaria, no pudo verle terminado, quedando reservada esta gloria a su sucesor Hixem.

FUENTE: *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Vol.1, pp. 262-272.

## LENGUA ARAMEA

Es la primitivamente hablada en la Mesopotamia. Estaba constituida por un conjunto de dialectos que formaban el grupo semítico del Norte, así como el hebreo y el fenicio formaban el del medio y el árabe con el etiópico el grupo del Sur. Al grupo arameo separan de los dos restantes diferencias características de gramática y de léxico. A partir de principios del siglo v o fines del vi a. de J. C., el arameo absorbió a todas las demás lenguas semíticas, a excepción del árabe, y por espacio de doce siglos fue el órgano de la literatura entre los juicios. En las antiguas Asiria y Babilonia el arameo fue lengua oficial, y al efectuarse la conquista asiria, se la introdujo en Persia, en cuyas provincias occidentales se la conserva como lengua oficial. En tal época era emplearla desde el Éufrates hasta el Asia Menor y desde la Palestina hasta el Egipto.

Los dialectos del arameo ofrecen dos tendencias: dialectos arameo-occidentales (los de Siria) y dialectos arameo-orientales (los de la Caldea).

Al grupo de los dialectos arameo occidentales pertenecen: 1o. El llamado caldeo bíblico, por el contacto de fronteras de la Siria y la Palestina y la dominación de los Antíocos sobre esta última región, se introdujo progresivamente allí la lengua siria; con menor eficacia influyó la lengua aramea de Babilonia en los judíos allí desterrados; se llama por tanto, impropriamente, caldeo el arameo de la Biblia y el del pueblo judío. La calificación de Caldea en aquella lengua no se la ve hasta el tiempo de los *Setenta Intérpretes*, mientras que en el de san Jerónimo se había vulgarizado. Las muestras decisivas del arameitano en la literatura judaica se las encuentra en los capítulos IV, VII, VIII, XII, XVI, XVIII Y XXVI, del Libro de Esdras (aproximadamente cinco siglos a J.C.). La creencia más seguida en la explicación de la naturaleza del arameo en la Palestina es que esta lengua es por entero la antigua aramea con la natural evolución y una muy insignificante alteración del hebreo debido a ella: empleo frecuente de *he* por *álfh*, introducción de la forma *hophal*, y más tarde la de la puntuación masorética, y pocos cam-

bios más. 2o. El dialecto de los *Targum*, paráfrasis de escritos bíblicos hechas después del cautiverio para hacer comprender el hebreo a los judíos: el del *Targum* de Onkelos, contemporáneo de Cristo y los apóstoles, de un caldeo muy puro; y el de Jonatan ben Uziel, de un arameo muy corrompido. 3o. El arameo del *Talmud* de Jerusalén (siglo IV de nuestra era), de un arameo mezcla de todos los dialectos hablados por los judíos en aquella época, por lo que a la lengua talmúdica se la ha llamado artificial, calificativo que sólo en sentido impropio se le pueda atribuir. 4o. Dialecto samaritano, que era un hebreo menos puro, con mezcla de muchas palabras siriacas y caldeas, y que se ha conservado en el Pentateuco, para cuya versión se empleó el samritano (siglo I de nuestra era). 5o. El palmirano, del que se conocen inscripciones desde los últimos tiempos, próximos a Cristo, hasta el siglo III. 6o. El nabateo, propio de la tribu árabe de aquel nombre, y que conocemos por inscripciones solamente. Del grupo de los dialectos arameo-orientales, y mejor arameo del Norte y del Este, son: 1o. El siriano, nombre que dieron los cristianos de las escuelas del Norte de Mesopotamia a la lengua del Noroeste en cuanto pasó a ser literaria, lo que se debió a la traducción de la Biblia en siriano (*peschito*). Las escuelas de Edesa y de Nisibe lo cultivaron de manera especial, siendo entre los siglos IV y X el período de su mayor florecimiento. Es notable el escritor del siglo XIII Barhebraeus. Los maronitas y los jacobitas conservan aún como lengua litúrgica el siriano occidental, y el oriental lo conservan los nestorianos en los alrededores de Diarbekir y en el Kurdistán. 2o. El arameo del *Talmud babilónico* (siglo V. de J. C.), de lengua mezclado como en el otro Talmud. 3o. La lengua de los mandeos, sectarios cristiano-paganos, muy parecida a la de los nabateos.

FUENTE: *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Vol. v, pp. 1196-1197.

## VULGATA

Versión latina de la Sagrada Escritura preparada en latín por Jerónimo a fines del siglo IV. Es la versión de la Biblia que más amplia y profunda influencia ha ejercido en el mundo cristiano occidental. Vino a ser la «versión autorizada» por la Iglesia Católico-romana por lo cual su vocabulario ha influido definitivamente en toda la obra teológica de la Edad Media y aún en la de nuestros días. Esta fue la denominación que empleó el Concilio de Trento, sesión IV (1546). De tal manera dominó también la obra literaria secular hasta el siglo XV, que las lenguas romances no pueden negar su deuda a los giros latinos de la *Vulgata*.

Pero la actual *Vulgata* no es labor únicamente de Jerónimo pues en ella se encuentran otros elementos: Los libros deuterocanónicos, a excepción de Tobías y Judit, el Nuevo Testamento es la revisión del texto de las revisiones latinas anteriores, mayormente de la Itala, conformándolo con el texto original griego y, finalmente, el Antiguo Testamento es casi todo labor de Jerónimo y comprende los libros protocanónicos de los cuales el doctor Máximo hizo una nueva traducción directa según los textos originales hebreo y caldeo.

Para la revisión de los Evangelios, Jerónimo escogió los códices más antiguos o que representasen el texto anterior a las recensiones del siglo iv. El texto original griego que sirvió a san Jerónimo para esta revisión parece corresponder al texto griego de la familia del códice Vaticano. Del Antiguo Testamento la primera revisión según el texto griego que hizo en Palestina hacia el año 387, las *Hexaplas* aunque solamente dio a luz los Salmos, Job, los Proverbios, el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares y los Paralipómenos, pues parte de aquel trabajo se perdió según el mismo Jerónimo añade en posdata a la carta a san Agustín. De esta labor hexaplar que podía ser utilísima para la crítica textual sólo ha pasado a la *Vulgata* el Salterio llamado *galicano* del cual hace uso en su liturgia la Iglesia romana.

Para la traducción de los textos originales del Antiguo Testamento como composición preliminar necesaria se dio con su característico ardor al estudio intenso de la lengua hebrea bajo la dirección de algunos judíos, principalmente en Baranina y procuróse los mejores, se procuraron los mejores manuscritos que se pudieron tener a la mano. Tres principios se propusieron para la traducción: exacta inteligencia del texto, traducir no las palabras sino el sentido de ellas y no menos preciar la elegancia de las frases. Preparado con el profundo conocimiento de las lenguas hebrea y griega, bien instruido en la exégesis de los mejores comentaristas, logró el objetivo de sus afanes como el que más, de suerte que cuanto más hondamente profundizan en su estudio así los filólogos bíblicos como los críticos y hexégetas, el mérito de la versión de Jerónimo, lejos de menguarse, más bien crece en la estimación de los doctos y especialistas católicos y heterodoxos.

La versión de Jerónimo se distingue por la claridad, de suerte que, en general, ninguno de los antiguos traductores latinos de la Biblia acertó a dar un sentido tan genuino y feliz como él, unido con elegancia que se muestra ya en dar forma periódica.

Aunque las personas de más autoridad reconocían la ventaja que la versión jeronimiana hacía a las antiguas

traducciones latinas de la Biblia, dado que los manuscritos de aquéllas estaban esparcidos por todo el Occidente y en uso ya antiguo en sus iglesias era natural que no se abriera camino sino a pasos contados y muy lentamente, no tanto con todo lo que comenzara a entrar en los comentarios de los escritores eclesiásticos de los siglos inmediatos v y vi entre los que se puede mencionar san Justo de Urgel; durante el siglo vii la versión jeronimiana había ya llegado a casi todas las iglesias de Occidente según se desprende del testimonio de san Isidoro.

En el siglo vi san Víctor de Capua comenzó en 541 una armonía evangélica según la recensión jeronimiana y aún es probable que revisó también lo restante del Nuevo Testamento; su trabajo conservado en el *Cod Fuldensis*, fue corregido por el mismo Víctor por los años 546 y 547.

Después M. A. Casiodoro primeramente reunió en su volumen todo el Antiguo y Nuevo Testamento de Jerónimo, lo segundo lo confrontó cuidadosamente con copias antiquísimas, en tercer lugar retuvo los antiguos títulos o argumentos de los capítulos cuando los había o los añadió cuando faltaron.

En el siglo ix aparece la recensión de Alcuino, quien por encargo de Carlomagno, trabajó en depurar el texto de los Sagrados Libros, terminada la tarea pudo hacérsela presentar el día de la natividad del Señor, de 801. La recensión alcuiniana es de notar por la pureza del texto, limpio de interpolaciones, esmerado en la ortografía y en la gramática y lleva la serie de capítulos o sumarios.

El mismo Carlomagno no contento con haber encomendado a Alcuino la revisión del texto de la Biblia, el mismo encargo hizo a Teodulfo, obispo de Orleans, visigodo de origen, el cual hizo penetrar en su recensión infiltraciones del texto español.

Pedro Damiani (1072) da cuenta de haber puesto en manos de sus monjes un ejemplar enmendado por él mismo, del Antiguo y Nuevo Testamento.

Al mismo tiempo o poco después Lanfranco, arzobispo de Canterbury (1089) cuidó de enmendar el texto: *quia Scripturae scriptorum vitio erant nimium corruptae*. Otro corrector fue el abad de Hirschau Guillermo (1091) con el objeto de que sus monjes poseyesen la Biblia enmendada de errores de copistas. Igualmente Esteban Harding (1184) trabajó en la enmienda del texto bíblico latino, labor que llevó a cabo con un códice de la recensión teodulfiana del cual con la ayuda de judíos que para este objeto tomó, borró aquello que faltase en el texto hebraico y en los demás latinos y corregido de esta suerte lo entregó a los monjes del Cister para que lo custodiasen diligentemente.

Ya antes del siglo xvi habían sido estampadas unas 100 ediciones de la Vulgata sin contar con las latinas modernas.

En 1588 el papa Sixto v tomó por sí mismo los trabajos de la Comisión y con la ayuda de Francisco Toledo y Angel Rocca los examinó rechazando la mayor parte de las enmiendas propuestas por la Comisión Carafiana restituyendo en cambio, las lecciones de los capítulos diferentemente, el mismo papa Sixto v compuso y corrigió la Bula *Aeternus ille*, fechada el 1º. de marzo de 1590 terminándose la impresión de la Biblia, de la cual cuidaba el mismo pontífice a principios de mayo de 1590.

El Concilio Tridentino declaró auténtica la *Vulgata*. Según Roberto Belarmino puede el teólogo recurrir a las fuentes originales hebrea y griega: 1. Cuando en los ejemplares parece haber error de copistas, 2. cuando los manuscritos o ediciones varían de suerte que no se pueda sacar la verdadera lectura de la *Vulgata*, 3. Cuando en el texto latino es ambigua la frase, 4. Cuando es menester entender bien la fuerza y vigor propia de las palabras, y en este mismo sentido se expresó León xiii, tomando ya este criterio del mismo san Agustín.

Los principales códices de la *Vulgata* son: Italianos. F. Faldensis escrito entre 541 y 546 por cuidado de Víctor de Capua, conservado actualmente en Fulda, editado por

E. Ranke. Españoles: *T. Toletanus*, custodiado actualmente en la Biblioteca Nacional, pertenece al siglo viii, cuyas variantes fueron enviadas por C. Palomares al cardenal Antonio Caraffa. Insulares. A. *Amiatinus* escrito en el siglo vii-viii por diligencia del abad Ceolfrido de Nortumbria, según los manuscritos importados de Italia, el cual ofrecido al sepulcro de San Pedro fue conservado después en el monasterio de san Salvador de Monte Amiata y actualmente en la Biblioteca Laurenciana de Florencia: su Nuevo Testamento fue editado por Tischendorf (Leipzig 1850-54).

Las principales ediciones de la *Vulgata*: Ediciones incunables: *Editio princeps* es la Biblia llamada de *las 42 líneas* hecha en 1542 en Maguncia por Gutenberg, es también conocida con el nombre de *Mazarina*. Primeras ediciones enmendadas: A. Castellano introdujo algunas enmiendas en el texto de su edición de la *Vulgata Venecia* (1506) pero propiamente el primer texto enmendado es considerado en el *Vulgata de la Poliglota de Alcalá*, confrontaron su texto con algunos manuscritos los editores de las ediciones de R. Estienne (1528) tantas veces reproducida. La edición de Gobelino Laridio publicada por G. Hittorp en Colonia (1530) contiene uno de los mejores textos de la Vulgata. Ediciones Sixtina y Sixtoclementina: 1590 edición de Sixto v.

FUENTE: *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Vol. 69, pp. 1388-1398.



DIVERSAS TRADUCCIONES AL LATÍN  
DE LAS PRINCIPALES FUENTES CIENTÍFICAS  
EN LA CRISTIANDAD OCCIDENTAL  
EFECTUADAS ENTRE 500 Y 1300 D. DE C.

<i>Autor</i>	<i>Obra</i>	<i>Lengua del original</i>	<i>Traductor</i>	<i>Lugar</i>	<i>Fecha</i>
Platón (428-348)	<i>Timeo</i> (fragmento)	Griego	Calcidio	Italia	s. IV
Aristóteles (384-322)	<i>Antigua lógica</i>	Griego	Boecio (480-524)?	Italia	s. VI
Dioscórides (s. I d. de C.)	<i>Materia medica</i>	Griego	Boecio (480-524)?	Italia	s. VI
Al-Jwārizmī (+847)	<i>Algorithmi de numero indorum; Tablas astronómicas</i>	Árabe	Adelardo de Bath (s. XII)		Hacia 1126
Euclides (s. III a. de C.)	<i>Elementos</i>	Griego	Adelardo de Bath (s. XII)		
Al-Jwārizmī (+847)	<i>Libro de la reducción</i>	Árabe	Roberto de Chester	Segovia	1145
Al-Kindī (+ hacia 873)	<i>De aspectibus; De umbris et de diversitate aspectuum</i>	Árabe	Gerardo de Cremona y otros	Toledo	s. XII
Rhazes (Al-Rāzī) (860-923)	<i>Liber Almansoris</i> (compilación médica)	Árabe	— <sup>o</sup> —		
Pseudo-Aristóteles	<i>De proprietatibus elementorum</i> (obra de geología)	Árabe	— <sup>o</sup> —		
Avicena (980-1037)	<i>Canon</i> (de medicina)	Árabe	Gerardo de Cremona		1187
Hipócrates (460-377) (y escuela)	Tratados diversos	Griego			
Aristóteles (384-322)	<i>Meteorologica; Physica; De caelo et mundo; De generatione et corruptione</i>	Griego	— <sup>o</sup> —		
Arquímedes (287-212)	<i>De mensura circuli</i>	Griego	— <sup>o</sup> —		
Galeno (131-201?)	Tratados médicos diversos	Griego	— <sup>o</sup> —		
Avicena (980-1037)	<i>Al-šifā (La curación)</i>	Árabe	Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla	Toledo	s. XII
Aristóteles (384-322)	Comentario de Aristóteles	Árabe	— <sup>o</sup> —	Toledo	s. XII
Aristóteles (384-322)	<i>Analíticos segundos</i> (del <i>Organon</i> )	Griego	— <sup>o</sup> —	Toledo	s. XII
Aristóteles (384-322)	<i>Analíticos segundos</i> (del <i>Organon</i> )	Griego	— <sup>o</sup> —	Toledo	s. XII
Aristóteles (384-322)	<i>Physica; De generatione et corruptione; Parva naturalia</i>	Griego	— <sup>o</sup> —	Toledo	s. XII
Ptolomeo (s. II d. de C.)	<i>Almagesto</i>	Griego	— <sup>o</sup> —	Sicilia	Hacia 1160
Hipócrates (460-377) (y escuela)	<i>Aforismos</i>	Griego	Burgundio de Pisa		s. XII
Averroes (1126-1198)	<i>Comentarios a Aristóteles</i>	Árabe	Miguel Scot		Hacia 1230
Aristóteles (384-322)	<i>De animalibus</i>	Árabe	Miguel Scot	España	Hacia 1217-1220
Euclides (s. III a. de C.)	<i>Elementos</i> (revisión)		Campanus de Novara		Hacia 1254
Ptolomeo (s. II d. de C.)	<i>Almagesto</i>	Árabe		Nápoles	Hacia 1230
Hipócrates (460-377) (y escuela)	Tratados diversos		Guillermo de Moerbeke		Después 1260
Aristóteles (384-322)	Casi todas las obras		Guillermo de Moerbeke		Hacia 1260-1271
Galeno (131-201?)	Tratados médicos diversos		Guillermo de Moerbeke		1277
Rhazes (Al-Rāzī) (860-923)	<i>Liber continens</i> (compilación médica)	Árabe	Moses Farachi	Sicilia	1279

*Fuente:* resumido de A. C. Crombie, *Augustine to Galileo* (Londres, Falcon, 1952), págs. 23-30.

FUENTE: *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 508.

## **Cronología histórica del siglo V al X.**

FUENTE: *Historia Universal Planeta*, Vol.III .



CRONOLOGÍA 477-516

477-486	487-496	497-506	507-516	
<p>477 Muere el rey vándalo Genserico c. 480 Nace Benito de Nursia 481 Clodoveo I, rey de los francos 484 Alarico II, rey de los visigodos c. 485 Nace Casiodoro 486 Batalla de Soissons: los francos conquistan el reino de Siagro, último enclave romano de la Galia</p>	<p>489 Teodorico I, rey de los ostrogodos 492 Pontificado de Gelasio I 493 Teodorico I, señor de Italia 496 Conversión de Clodoveo I Muere el papa Gelasio</p>	<p>500/515 El rey burgundio Gundebaldo ordena redactar las leyes de romanos y burgundios en la <i>lex Romana Burgundiorum</i> y la <i>lex Gundobadi</i>, respectivamente 503 Casareo, obispo de Arles 506 Publicación del <i>breviarium Alarici</i></p>	<p>507 Batalla de Vouillé: los francos arrebatan el dominio de Aquitania a los visigodos Gesaleico, rey de los visigodos 507/511 Los reyes francos promulgan la <i>lex Salica</i> 508 Clodoveo I arrebató Tolosa a los visigodos 511 Muere Clodoveo I; el reino franco es dividido entre sus hijos Teodorico I (rey de Reims), Clodomiro (rey de Orleans), Childeberto (rey de Paris) y Clotario (rey de Soissons) Teodorico I, rey ostrogodo, accede al trono visigodo 516 Segismundo, rey de los burgundios</p>	EUROPA
<p>482 Acta de Unión entre monofisitas y ortodoxos. Se inicia el cisma entre Roma y Constantinopla</p>	<p>488 Fravitas, patriarca de Constantinopla 489 Eufemio, patriarca de Constantinopla 491 Anastasio I, emperador 495 Macedonio II, patriarca de Constantinopla</p>		<p>511 Timoteo I, patriarca de Constantinopla</p>	BIZANCIO
		<p>c. 500 Apogeo del reino de Kinda en la península Arábiga 502 Los gassánides se convierten en vasallos del Imperio bizantino</p>		ISLAM
<p>477 El estribo es descrito por primera vez en un texto chino 479 Xiao Daocheng funda la dinastía de los Qi en Nankin c. 484 Fin del reinado de Skandagupta en la India 485 Nuevo sistema de reparto de tierras bajo los Wei</p>	<p>488 Kavād accede al trono sasánida 493 Los Wei trasladan su capital a Luoyang 495 Se inicia la construcción de las grutas budistas de Longmen 496 Fundación del monasterio budista Shaolinsi (Henan)</p>	<p>502 Xiao Yan funda la dinastía de los Liang</p>		ASIA
<p>ss. V-VI En los países negros del África subsahariana, los griot elaboran nuevas genealogías para legitimar el poder de la nueva clase dominante, de carácter militar</p>				ÁFRICA
		<p>500 Construcción de los complejos de conmemoración astronómica en Tikal y Uaxactún 500-1000 Dominio de la cultura de Tiahuanaco en Perú Construcción de la acrópolis de Kaminaljuyú (Guatemala), que refleja la influencia de Teotihuacán.</p>		AMÉRICA



CRONOLOGÍA 517-596

	517-526	527-536	537-546	547-556
EUROPA	<p>524 Teodorico I ordena la ejecución de Boecio</p> <p>Clotario I, rey de Soissons, accede al trono de Orleans</p> <p>526 Muere Teodorico I, rey ostrogodo, en Italia le sucede Atalarico, y, en España, Amalarico</p>	<p>529 Benito de Nursia funda el monasterio de Montecassino, para cuya comunidad redacta la regla benedictina</p> <p>c. 530 Nace Columbano</p> <p>531 Teudis, rey de los visigodos</p> <p>533 Las tropas bizantinas ocupan Cartago</p> <p>534 Batalla de Autun: los francos someten a los burgundios. A la muerte de Godomaro, último rey burgundio, sus dominios pasan al reino franco</p> <p>Teodato, rey de los ostrogodos</p> <p>Teodeberto I, rey de Reims</p> <p>Gelimer, último rey vándalo, prisionero de los bizantinos</p> <p>535 Inicio de la conquista justinianea de Italia; ocupación de Roma</p> <p>536 Vitiges, rey de los ostrogodos</p>	<p>540 Gildibaldo, rey de los ostrogodos</p> <p>541 Muere Gildibaldo; se suceden en el trono ostrogodo Erarico (muerto en 541) y Totila</p>	<p>548 Teodebaldo I, rey de Reims</p> <p>Teudiselo, rey de los visigodos</p> <p>549 Agila, rey de los visigodos</p> <p>552 Los bizantinos desembarcan en Hispania</p> <p>553 Teia, último rey de los ostrogodos</p> <p>548 Teudiselo, rey de los visigodos</p> <p>549 Agila, rey de los visigodos</p> <p>553 Fin de la reconquista de Italia</p> <p>554 Fin de la conquista bizantina de Hispania</p> <p>Atanagildo, rey de los visigodos</p> <p>555 Clotario I, rey de Soissons y Orleans, accede al trono de Reims</p> <p>556 Martín de Braga predica entre los suevos</p>
BIZANCIO	<p>517 Los búlgaros saquean Tracia y Macedonia hasta las Termópilas</p> <p>518 Justiniano I, emperador. Inicio de la dinastía justinianea</p> <p>518 Juan II de Capadocia, patriarca de Constantinopla</p> <p>520 Epatiano, patriarca de Constantinopla</p> <p>526 Construcción de la iglesia de San Vital de Ravena</p>	<p>527 Justiniano I el Grande, emperador</p> <p>528-535 Triboniano dirige la codificación del derecho romano</p> <p>529 Justiniano cierra la universidad de Atenas</p> <p>Publicación del <i>Código justinianeo</i></p> <p>532 Sedición de Nika. Justiniano firma la "paz perpétua" con Persia</p> <p>532 Inicio de la construcción de la basílica de Santa Sofía en Constantinopla</p> <p>533 Publicación del <i>Digesto (Pandectas)</i></p> <p>Campaña militar contra el África vándala</p> <p>535 Antimo I, patriarca de Constantinopla</p> <p>535 Justiniano emprende la reforma de la administración provincial</p> <p>536 Menas, patriarca de Constantinopla</p>	<p>540 El rey ostrogodo Vitiges es llevado prisionero a Constantinopla</p> <p>Los persas asedian Antioquia</p> <p>Búlgaros, antas y esclavos devastan Tracia y Macedonia</p> <p>542 Epidemia de peste en el Imperio de Justiniano</p> <p>546 Justiniano reconoce a los lombardos como federados para frenar la presión de los gópidos sobre la Panonia Inferior</p>	<p>548 Los esclavos saquean Iliria hasta Dyrrakhion (la actual Durrës)</p> <p>549 El obispo Maximiano consagra la iglesia de San Apolinar in Classe, cerca de Ravena</p> <p>550 Los esclavos llegan a las puertas de Constantinopla</p> <p>552 Narsés toma Ravena</p> <p>Eutiquio, patriarca de Constantinopla</p>
ISLAM				
ASIA	<p>518 La emperatriz Hu de los Wei envía una embajada a la India</p> <p>525-527 Sublevaciones militares y de antiguos nómadas en el norte del Imperio de los Wei</p>	<p>c. 530 El reino de Champa reconoce su dependencia de China</p> <p>531 Cosroes I sustituye a Kavád en el Imperio sasánida</p> <p>534 Gao Huan traslada su capital a Ye. Da comienzo el Imperio de los Wei Orientales</p> <p>535 En Chang'an surge la dinastía de los Wei Occidentales</p>	<p>543 Los Wei Orientales construyen murallas defensivas contra los turcos</p> <p>544 Proclamación del reino de Viêt en Vietnam</p>	<p>c. 550 Surge la dinastía india de los Chálukya de Vátapi en la región de Mahārāshtra</p> <p>Los kambujas se independizan del reino de Funan. Fundación del reino khmer</p> <p>550 Gao Yang funda en Ye la dinastía de los Qi del Norte</p> <p>c. 552 Penetración del budismo en Japón a través de Corea</p> <p>552-555 Los turcos crean un nuevo Imperio en la estepa</p> <p>553 El Sichuan es ocupado por los Wei Occidentales</p> <p>555 Se inicia la construcción de murallas defensivas contra los Qi Septentrionales</p>
ÁFRICA	<p>525 El ejército de Axum desembarca en Arabia y derrota al soberano himyarita judaizante Dhu Nuwas, dejando a Abraha como gobernador de todo el sur de Arabia</p> <p>525 Azania es mencionada en el <i>Periplo de la mar Eritrea</i> y en la <i>Topografía Cristiana</i> de Cosmas Indicopleustes</p>		<p>543 Juliano, enviado por el patriarca copto de Alejandría, convierte al cristianismo al rey de Nobadia; vinculación del mundo sudanés al cristianismo egipcio</p>	
AMÉRICA			<p>541 Los mayas inician la construcción de la acrópolis de Copán</p>	<p>c. 550 Inicio del periodo de integración en Ecuador</p>

557-566	567-576	577-586	587-596	
<p>558 Muere Clodomiro, rey de París; Clotario I deviene único rey de los francos</p> <p>559 Peste en Occidente</p> <p>c. 560 Muere Benito de Nursia</p> <p>561 Muere Clotario I; el reino franco se divide entre sus hijos Cariberto I (rey de París), Gontrán o Guntram (rey de Orleans y de Chalon-sur-Saône), Chilperico I (rey de Soissons) y Sigeberto I (rey de Reims y de Metz)</p>	<p>568 Liuva I, rey de los visigodos</p> <p>Muere Cariberto I, rey de París</p> <p>Alboino, rey lombardo</p> <p>Los lombardos invaden Italia</p> <p>570/591 Nueva epidemia de peste</p> <p>572 Los lombardos conquistan Ravena</p> <p>Clef, rey de los lombardos</p> <p>Leovigildo, rey de los visigodos</p> <p>574 Muere el rey lombardo Clef</p> <p>575 Childeberto II, rey de Reims y de Metz (Austrasia)</p>	<p>c. 580: Muere Casiodoro</p> <p>584 Autario, rey de los lombardos</p> <p>Clotario II, rey de Soissons (Neustria)</p> <p>585 Los visigodos conquistan el reino suevo</p> <p>586 Recaredo I, rey de los visigodos</p>	<p>587 Conversión de Recaredo</p> <p>589 Conversión oficial del reino visigodo y supresión de la Iglesia arriana</p> <p>590 Pontificado de Gregorio I Magno</p> <p>Agilulfo, rey de los lombardos</p> <p>591 Columbano, siguiendo la <i>peregrinatio pro Christo</i>, llega al continente</p> <p>592 Childeberto II, rey de Reims y de Metz (Austrasia), accede al trono de Orleans y de Chalon-sur-Saône (Borgoña)</p> <p>594 Columbano funda el monasterio de Luxeuil</p> <p>Muere Gregorio, obispo de Tours</p> <p>595 Muere Childeberto II, le suceden Teodeberto II en Austrasia y Teodorico II en Borgoña</p> <p>596 Misión de Agustín entre los sajones</p>	EUROPA
<p>559 Los hunos y los búlgaros invaden Tracia y asedian Constantinopla</p> <p>562 Los búlgaros saquean Tracia</p> <p>Firma de la paz entre Justiniano I y Cosroes I</p> <p>565 Justino II, emperador</p> <p>Juan III Escolástico, patriarca de Constantinopla</p>		<p>577 Eutiquio, patriarca por segunda vez</p> <p>578 Tiberio II, emperador</p> <p>582 Mauricio, emperador</p> <p>Juan IV Nesteutes, patriarca de Constantinopla</p> <p>584 Los ávaros ocupan la Panonia Inferior</p>	<p>591 Los bizantinos conquistan Armenia</p> <p>596 Ciriaco, patriarca de Constantinopla</p>	BIZANCIO
	<p>c. 570 Nacimiento de Mahoma (Muhammad) en el seno del clan de Hâšim</p> <p>c. 572 Tropas sasánidas atacan el sur de Arabia y expulsan a los abisinios con la ayuda de sus vasallos lajmies de al-Hifra</p>		<p>c. 595 Matrimonio de Mahoma con la viuda Jadiya</p>	ISLAM
<p>557 Yuwen Jiao funda el Imperio de los Zhou del Norte y Chen Baxian el de los Chen</p>	<p>574 Los Zhou del Norte dictan medidas contra el clero budista</p>	<p>577 Los Zhou ocupan los dominios de los Qi y unifican el norte de China</p> <p>579 Ormuzd IV, emperador sasánida</p> <p>581 Fundación de la dinastía de los Sui por Yang Jian (emperador Wen)</p> <p>582 Los turcos se dividen en dos confederaciones: los orientales del valle del Orjón y los occidentales del Altai</p> <p>583 Los Sui derrotan a los <i>tuyuhun</i> y a los turcos occidentales</p> <p>c. 585 Fin del Imperio gupta en la India</p>	<p>589 Los Sui acaban con el Imperio de los Chen, último vestigio de las Seis Dinastías</p> <p>590 Cosroes II ocupa el trono sasánida</p> <p>593 Inicio del reinado de la emperatriz Suiko en Japón, que contribuirá a la expansión del budismo</p>	ASIA
			<p>590 Cosroes II derrota al ejército de Axum y cierra el mar Indico al comercio axumita</p>	ÁFRICA
				AMÉRICA

CRONOLOGÍA 597-676

	597-606	607-616	617-626	627-636
EUROPA	<p>599-605 Epidemia de peste</p> <p>601 Liuva II, rey de los visigodos</p> <p>603 Viterico, rey de los visigodos Desaparece el senado romano</p> <p>604 Agustín funda los obispos de Canterbury, Londres y Rochester</p> <p>605 Muere Agustín de Canterbury</p>	<p>610 Gundemaro, rey de los visigodos</p> <p>612 Sisebuto, rey de los visigodos</p> <p>Teodorico II, rey de Austrasia</p> <p>Columbano funda el monasterio de Bobbio</p> <p>613 Sigeberto II, rey de Austrasia; le sucede Clotario II, rey de Neustria</p> <p>615 Muere Columbano</p> <p>616 Adalberto, rey de los lombardos</p>	<p>621 Recaredo II, rey de los visigodos; en el mismo año, le sucede Suintila</p> <p>621-631 Suintila expulsa a los bizantinos</p> <p>623 Dagoberto I, rey de Austrasia</p> <p>626 Ariovaldo, rey de los lombardos</p>	<p>629 Muerte de Clotario II</p> <p>631 Sisenando, rey de los visigodos</p> <p>632 Muere Cariberto II, rey de Aquitania; le sucede Dagoberto I, rey de Austrasia, de Borgoña y Neustria</p> <p>633 Sigeberto III, rey de Austrasia</p> <p>Cuarto concilio de Toledo, presidido por Isidoro; se afirma la prerrogativa de la asamblea de elegir al rey y se rechaza el principio de sucesión dinástica</p> <p>635 Dagoberto I funda la feria de Saint-Denis</p> <p>636 Suintila, rey de los visigodos</p> <p>Rotario, rey de los lombardos</p> <p>Muere Isidoro de Sevilla</p>
BIZANCIO	<p>602 Con el advenimiento de Focas se inicia una nueva dinastía bizantina</p>	<p>607 Tomás I, patriarca de Constantinopla</p> <p>610 Los persas sasánidas llegan a las puertas de Constantinopla. Una rebelión popular destrona a Focas; Heraclio I es proclamado emperador</p> <p>Inicio de la dinastía de los Heráclidas</p> <p>Sergio I, patriarca de Constantinopla</p> <p>612 Los persas ocupan Antioquia</p> <p>613 Damasco es ocupada por los persas</p> <p>614 Los persas toman Jerusalén</p>	<p>618 Los persas ocupan Alejandría</p> <p>622-628 Campañas militares de Heraclio en defensa del Imperio</p> <p>626 Ávaros y eslavos asedian Constantinopla</p>	<p>627 Heraclio I vence a los persas junto a Ninive, con lo que recupera todos los territorios que éstos habían arrebatado a Bizancio</p> <p>636 El ejército de Teodoro es derrotado por los musulmanes en Yarmūk</p>
ISLAM		<p>610 Mahoma recibe sus primeras revelaciones</p> <p>613 Mahoma inicia la predicación pública</p> <p>615 Algunos de los primeros adeptos de Mahoma deben emigrar a Abisinia, entre ellos su yerno 'Utmán</p>	<p>619 Muerte de Jadíya y de Abū Tālib, tío y protector de Mahoma</p> <p>620 Mahoma intenta encontrar adeptos en Tá'if</p> <p>Conversión de miembros de la tribu de los Jazra'í</p> <p>622 Convención de Aqaba</p> <p>Mahoma emigra (hijra) a Yatrib (Medina). Año 1 del calendario musulmán</p> <p>624 Victoria musulmana sobre los mequies en Badr</p> <p>La tribu judía de los Banū Qaynuqā' es expulsada de Medina</p> <p>Mahoma contrae matrimonio con 'Ā'īsa, hija de Abū Bakr</p> <p>625 Los musulmanes son derrotados en la batalla de Uhud</p> <p>La tribu judía de los Banū Naḍir es expulsada de Medina</p>	<p>627 Los mequies fracasan en su asedio de Medina ("jornada del Foso")</p> <p>Masacre de la tribu judía de los Banū Qurayza</p> <p>628 Tratado de al-Hudaybiya, que establece una tregua entre Medina y La Meca</p> <p>Conquista de los oasis de Jaybar y Fadak</p> <p>629 Mahoma peregrina a La Meca ("pequeña peregrinación")</p> <p>630 Mahoma entra en La Meca, destruye los ídolos de la Ka'ba y declara sagrado su recinto</p> <p>631 Victoria musulmana sobre los beduinos en el desfiladero de Hunayn</p> <p>632 Mahoma realiza la "peregrinación del adiós" y muere de regreso a Medina</p> <p>Inicio del califato de Abū Bakr</p> <p>Muere Fátima, la hija menor de Mahoma</p> <p>633 Derrota de una confederación tribal en al-Aqaba</p> <p>634 Derrota bizantina en Aynādāyn</p> <p>Califato de 'Umar</p> <p>635 Toma de Damasco, que es perdida poco después</p> <p>636 Reconquista de Damasco</p>
ASIA	<p>600 El príncipe japonés Umayado (Shōtoku-Taishi) asume la regencia</p> <p>604 Yang es proclamado emperador de los Sui</p> <p>605 Inicio del reinado de Harṣa en el reino indio de Thaneśvara; este soberano conseguirá ocupar el territorio comprendido entre Onśsa y Gujarát</p>	<p>614 El emperador Yang de los Sui envía su tercera expedición a Corea</p>	<p>618 Tras el asesinato del emperador Yang, Li Yuan (Gaozu) funda la dinastía de los Tang en Chang'an</p> <p>619 Los Tang implantan el sistema de los Tres Impuestos</p> <p>624 Promulgación de leyes agrarias en el Imperio Tang</p> <p>626 Taizong, hijo de Gaozu, nuevo emperador Tang</p>	<p>628 Muere Cosroes II</p> <p>c. 630 Srongtsan Gampo, primer soberano histórico del Tibet, anexiona el Nepal</p> <p>630 Los turcos orientales son derrotados por los Tang</p> <p>Una embajada japonesa visita la corte del emperador Tang</p> <p>Los Tang inician su penetración en Asia Central</p> <p>631 Nestorianos procedentes de Irán introducen los Evangelios en Chang'an</p> <p>632 Inicio del reinado de Yazdgard III</p>
ÁFRICA	<p>600-700 Grupos expedicionarios malayos alcanzan las playas del este africano y Madagascar</p> <p>s. VII Inicio del fenómeno swahili</p>			
AMÉRICA	<p>c. 600 Pirámide de nichos de El Tajín</p> <p>Fin del período Clásico temprano maya; inicio del período Clásico tardío</p> <p>600-800 Decadencia de la cultura mochica en Perú</p>			

637-646	647-656	657-666	667-676	
<p>638 Muere Dagoberto I, único rey franco</p> <p>640 Tulga, rey de los visigodos</p> <p>Clodoveo II, rey de Neustria y Borgoña</p> <p>Muere Pipino I de Landen, mayordomo de palacio de Austrasia y fundador de la dinastía Carolingia</p> <p>642 Chindasvinto, rey de los visigodos</p> <p>643 Grimoaldo, mayordomo de palacio de Austrasia</p> <p>Promulgación del <i>edictum Rotharii</i></p>	<p>c. 650 Se inicia la redacción del <i>liber iudiciorum</i></p> <p>652 Recesvinto, rey de los visigodos</p> <p>Rodoaldo y Ariperto I se suceden en el trono lombardo</p> <p>654 Código de Recesvinto</p> <p>656 Muere Sigeberto III, rey de Austrasia; fracasa el intento de golpe de estado de Grimoaldo, mayordomo de palacio, quien corona a su hijo Childeberto</p>	<p>657 Clotario III, rey de Neustria y Borgoña</p> <p>661 Bertaldo y Godeberto se suceden en el trono lombardo</p> <p>662 Grimoaldo, mayordomo de palacio de Austrasia, es asesinado</p> <p>Childerico II, rey de Austrasia</p> <p>664 Sínodo de Whitby: la iglesia anglosajona se sitúa en la órbita de Roma</p> <p>Epidemia de peste en Occidente</p>	<p>670 Últimas actas reales merovingias en papiro</p> <p>671 Pertarito, rey de los lombardos</p> <p>672 Wamba, rey de los visigodos</p> <p>c. 672 Nace Bonifacio</p> <p>673 Teodorico III, rey de Neustria y Borgoña</p> <p>c. 673 Nace Beda el Venerable</p> <p>c. 675 Muere Fructuoso de Braga</p> <p>676 Dagoberto II, rey de Austrasia</p>	EUROPA
<p>638 Heracio promueve la Exposición de Fe</p> <p>Pirro, patriarca de Constantinopla</p> <p>641 Constantino III Heracio y Heracleo Heracleonas, emperadores; en este mismo año se sucederán en el trono Heracio II, Heracleonas y Constante II</p> <p>Alejandro cae en manos de los musulmanes</p> <p>Paulo II, patriarca de Constantinopla</p>	<p>648 Constante II promulga un decreto religioso, el <i>Typos</i></p> <p>649 El papa Martín I condena el <i>Typos</i> en el concilio de Letrán</p> <p>654 El papa Martín I es depuesto y desterrado</p> <p>Pirro, patriarca de Constantinopla por segunda vez</p> <p>Pedro, patriarca de Constantinopla</p> <p>655 Derrota naval bizantina frente a los árabes</p>	<p>662-697 Los bereberes expulsan del Magreb a los bizantinos</p> <p>663 Constante II se traslada a Italia para defender las posiciones bizantinas</p>	<p>667 Se crea el tema (circunscripción) de las Armeniacas</p> <p>Tomás II, patriarca de Constantinopla</p> <p>668 Constantino IV, emperador</p> <p>669 Se crea el tema de las Anatólicas</p> <p>Juan V, patriarca de Constantinopla</p> <p>674-678 Los musulmanes atacan Constantinopla</p> <p>675 Constantino I, patriarca de Constantinopla</p>	BIZANCIO
<p>637 Derrota de los sasánidas en la batalla de Qādisiyya</p> <p>Toma de Ctesilonte</p> <p>638 Ocupación de Jerusalén</p> <p>Fundación de Basora y Kūfa</p> <p>639 El general 'Amr ibn al-'Ās inicia su campaña en Egipto</p> <p>640 Toma de Babilonia y Heliópolis en Egipto</p> <p>Los musulmanes se apoderan de Mosul</p> <p>642 Batalla de Nihavend</p> <p>643 Fundación de Fustāt en Egipto</p> <p>Toma de Trípoli</p> <p>644 Asesinato de 'Umar. 'Utmān, nuevo califa</p> <p>Los musulmanes se apoderan de Iṣfahān, Ravy y Azerbaijān</p>	<p>647 Mu'āwiyya, gobernador de Siria, invade Capadocia y toma Cesarea</p> <p>649 Conquista de Chipre</p> <p>651 Toma de Merv</p> <p>656 Asesinato de 'Utmān; le sucede 'Alī, yerno de Mahoma</p> <p>Rebelión de la aristocracia mequí, encabezada por Talha, Zubayr y 'Āṭisa. Victoria de 'Alī en la batalla del Camello</p>	<p>657 Rebelión de Mu'āwiyya, que reclama la investigación del asesinato de su primo 'Utmān</p> <p>Arbitraje de Siffin: se establece la responsabilidad de 'Alī en la muerte de 'Utmān</p> <p>Disidencia de los jāriyyes, que no aceptan el arbitraje de Siffin</p> <p>658 'Alī vence a los jāriyyes en Nahrawān</p> <p>659 Mu'āwiyya es proclamado califa con el apoyo de los sunnites</p> <p>661 Asesinato de 'Alī. Inicio del califato de Mu'āwiyya I</p> <p>663-671 Conquista de Jurásan</p>	<p>670 Fundación de Kairuán</p> <p>Campaña contra el imperio bizantino</p>	ISLAM
<p>638 Una embajada sasánida llega a Chang'an</p> <p>643 El Imperio bizantino envía una embajada a Chang'an</p> <p>644 Los Tang atacan el reino coreano de Kōkuryō</p> <p>645 Fin de la época Yamato-Asuka e inicio del periodo Hakuho. Reforma administrativa en Japón (Taika)</p>	<p>649 Gaozong, nuevo emperador de los Tang</p> <p>651 Muere el último soberano sasánida, Yazdgerd III</p> <p>655 Los Tang ayudan al reino de Silla frente a los ataques de los reinos coreanos de Kōkuryō y Paikche</p>	<p>657 Los turcos occidentales son derrotados por los Tang y los uigures</p> <p>663 Victoria china sobre el reino de Paikche y sus aliados japoneses</p> <p>666-668 Corea -tras la destrucción de los reinos de Paikche y Kōkuryō- y Manchuria son sometidas al dominio de los Tang</p>		ASIA
	<p>651 El gobernador musulmán de Egipto saquea la antigua Dongola, capital de Makuria, y se establece un pacto mutuo, lo que permite a los mercaderes musulmanes alcanzar el estado de Aloa, más al sur</p>			ÁFRICA
	<p>c. 650 Máximo apogeo de los mayas.</p> <p>Fin del periodo Xolalpan (iniciado en 450 d.n.e.) de la cultura de Teotihuacán; inicio del periodo Metepec</p>			AMÉRICA



CRONOLOGÍA 677-756

	677-686	687-696	697-706	707-716
EUROPA	<p>678 Muere Dagoberto II, rey de Austrasia Ebroin, mayordomo de palacio de Neustria, pasa a ocupar también este cargo en el reino de Austrasia</p> <p>680 Ervigio, rey de los visigodos Pipino II de Herstal, mayordomo de palacio de Austrasia</p> <p>681 Ervigio, rey de los visigodos Muere Ebroin</p>	<p>687 Egica, rey de los visigodos Victoria en Tertry de Pipino II de Herstal; control de la aristocracia de Neustria Teodorico III, rey de Austrasia</p> <p>688 Cuniberto, rey de los lombardos</p> <p>690 Willibrord evangeliza Frisia</p> <p>690 Clodoveo IV, rey de Austrasia</p> <p>690 Muere Benito Biscop</p> <p>694 Muere Clodoveo IV, rey de Austrasia</p> <p>695 Childeberto III, rey de Austrasia, Neustria y Borgoña</p>	<p>698 Willibrord funda el monasterio de Echtemach</p> <p>c. 700 Primera mención de burgus, en la <i>Vita Austregisilii</i></p> <p>700 Luitberto, Regimberto y Ariperto II se suceden en el trono lombardo</p> <p>701 Vitiza, rey de los visigodos</p>	<p>709 Guerra civil entre los nobles visigodos Akhila II y Rodrigo</p> <p>710 Akhila II se proclama rey</p> <p>711 Los musulmanes desembarcan en Hispania Fin del reino visigodo Dagoberto III, rey de Austrasia, Neustria y Borgoña</p> <p>712 Ansbrando, rey de los lombardos</p> <p>713 Ardón se proclama rey de los visigodos Liutprando, rey de los lombardos</p> <p>714 Carlos Martel, mayordomo de palacio de Austrasia</p> <p>715 Muere Dagoberto III, rey de Neustria, Borgoña y Austrasia Chilperico II, rey de Neustria</p> <p>716 Aethelbald, rey de Wessex</p>
BIZANCIO	<p>677 Teodoro I, patriarca de Constantinopla</p> <p>678 Fracaso del ataque árabe a Constantinopla</p> <p>679-680 Se crea el tema de Opsikion</p> <p>679 Jorge I, patriarca de Constantinopla</p> <p>680 Los búlgaros derrotan a Bizancio y se establecen al sur del Bajo Danubio</p> <p>685 Justiniano II, emperador</p> <p>686 Teodoro I, patriarca por segunda vez</p>	<p>688 Paulo III, patriarca de Constantinopla</p> <p>694 Calinico, patriarca de Constantinopla</p> <p>695 Leoncio, emperador. Comienza un período de revueltas</p> <p>Se crea el tema de la Hélade</p>	<p>698 Tiberio III, emperador</p> <p>705 Justiniano II, emperador por segunda vez</p> <p>706 Ciro, patriarca de Constantinopla</p>	<p>711 Filipo Bardanes, emperador</p> <p>712 Juan VI, patriarca de Constantinopla</p> <p>713 Anastasio II, emperador</p> <p>715 Teodosio III, emperador</p> <p>Germán I, patriarca de Constantinopla</p>
ISLAM	<p>680 Califato de Yazid I Husayn, hijo de 'Alí, se subleva contra el nuevo califa y es derrotado en Karbalá; tras su muerte pasó a convertirse en el mártir del <i>shíismo</i></p> <p>Sedición en el Hiyáz de 'Abd Alláh ibn Zubayr</p> <p>683 Derrota de Zubayr</p> <p>Inicio del califato de Mu'awiyya II</p> <p>684 Zubayr es proclamado califa en Medina y reconocido en Iraq y el Hiyáz</p> <p>Califato de Marwán I, reconocido en Siria y Egipto</p> <p>Victoria de Marwán I en Marý Ráhit sobre los disidentes</p> <p>685 Califato de 'Abd al-Malik</p>	<p>687 Revuelta de Mújtár en Kúfa con el apoyo de los 'alífes</p> <p>691 Construcción de la mezquita de Omar en Jerusalén</p> <p>693 Acuñación de la primera moneda árabe</p> <p>694 Al-Haýyáy, gobernador de Iraq</p> <p>695 Toma de Cartago (perdida en 697)</p> <p>695-697 Es derrotada una revuelta de los jairíyies en Iraq</p>	<p>698 Reconquista de Cartago</p> <p>704 Expedición musulmana a Sicilia</p> <p>705 Califato de Walid I</p>	<p>709 Toma de Bujará</p> <p>710 Construcción de la Gran Mezquita de Damasco</p> <p>711 Tárik emprende una expedición hacia la península Ibérica Derrota del visigodo Rodrigo cerca de Jerez de la Frontera</p> <p>Toma de Córdoba y Toledo</p> <p>712 Conquista de Samarcanda</p> <p>712-713 Los musulmanes ocupan Sevilla, Mérida, Zaragoza y Barcelona</p> <p>714 Incursiones en Ferganá y Kashgar</p> <p>715 Califato de Sulaymán I</p> <p>Los musulmanes ocupan Narbona</p>
ASIA	<p>684 La concubina Wu Zhao se hace con el control del estado en China</p>	<p>690 Wu Zhao se proclama emperatriz y funda la dinastía de los Zhou</p> <p>694 Victorias chinas sobre turcos y tibetanos El culto maniqueo es autorizado por la emperatriz Wu</p>	<p>701 Introducción de reformas en el gobierno central japonés (reforma Taikó)</p> <p>705 Restauración de los Tang</p> <p>Nombramiento de comisarios imperiales (<i>jiedushi</i>), responsables de las regiones militares chinas</p>	<p>710 Nara se convierte en la primera capital estable del Japón. Inicio del período Nara</p> <p>c. 712 Incursiones musulmanas en el Sind</p> <p>712 Xuanzong, nuevo emperador Tang</p>
ÁFRICA			<p>s. VIII fin de las expediciones armadas musulmanas en dirección al desierto con motivo de la estabilización del comercio del oro en el interior de Bilad al-Sudan</p> <p>Los blemios, bedja o bega, penetran en el territorio del norte de Axum, en Entrea, limitando los contactos de los estados cristianos negros con el norte egipcio y con el mar</p> <p>c. 702 Los navios musulmanes destruyen la flota de Axum; inicio de la penetración musulmana en el mar Rojo africano</p> <p>702 La flota abisinia ocupa Yídda, junto a La Meca</p>	<p>ss. VIII-IX Construcción de las catedrales de Faras y de las iglesias de la antigua Dongola</p>
AMÉRICA	<p>682 Se crea en Copán el nuevo cómputo de los meses lunares.</p>	<p>692 Fundación del Tilantongo, en Oaxaca</p>	<p>c. 700 Cultura zapoteca: fin del período Monte Albán III (iniciado en 200 d.n.e.); inicio del período Monte Albán IV</p> <p>700-750 Inicio de la decadencia de Teotihuacán</p>	<p>ss. VIII-X Desarrollo de la cultura de Cacaxtla (México)</p>

717-726	727-736	737-746	747-756	
<p>718 Clotario IV, rey de Austrasia Los musulmanes llegan al Languedoc Pelayo, rey de Asturias</p> <p>719 Bonifacio evangeliza Hesse y Turingia Muere Clotario IV, rey de Austrasia</p> <p>720 Fin del reinado de Ardón, último rey visigodo</p> <p>721 Muere Chilperico II, rey de Neustria; le sucede Teodorico IV, rey de Austrasia y Borgoña</p> <p>722 Batalla de Covadonga; los asturianos derrotan a los musulmanes Bonifacio, primer obispo de Germania</p> <p>724 Fundación del monasterio de Reichenau</p> <p>725 Incurción musulmana en Aquitania y Provenza</p>	<p>728-730 Carlos Martel somete Alemania y Turingia</p> <p>732 Batalla de Poitiers: Carlos Martel derrota a los musulmanes</p> <p>735 Muere Beda el Venerable Creación del arzobispado de York</p>	<p>737 Fátala, rey de Asturias Muere Teodorico IV, rey de Austrasia, Neustria y Borgoña</p> <p>739 Alfonso I el Católico, rey de Asturias</p> <p>741 Muere Carlos Martel, mayordomo de palacio de Austrasia; le suceden conjuntamente sus hijos Carlomán y Pipino</p> <p>742-743 Última gran epidemia de peste en Occidente durante la Alta Edad Media</p> <p>743 Childerico III, rey de Neustria, Borgoña y Austrasia</p> <p>744 Hildebrando y Rachis se suceden en el trono lombardo</p> <p>Fundación de la abadía de Fulda</p> <p>Capitulat de Soissons: Pipino el Breve ordena que toda <i>civitas</i> tenga un mercado semanal</p>	<p>747 Muere Carlomán; Pipino III el Breve, único mayordomo de palacio de Austrasia</p> <p>749 Astolfo, rey de los lombardos</p> <p>751 Pipino III el Breve, rey de los francos Astolfo expulsa de Ravena a los bizantinos</p> <p>754 El papa Esteban II consagra a Pipino II como rey de los francos; éste arrebató el exarcado y Pentápolis a los lombardos</p> <p>Muere Bonifacio Pipino dona al pontífice los territorios arrebatados a los lombardos Pipino el Breve fija el peso del denario de plata en 1'30 gramos</p> <p>756 Desiderio, rey de los lombardos</p>	EUROPA
<p>717 Fracaso de los omeyas al intentar conquistar Constantinopla León III el Isaurio emperador; inicio de la dinastía Isaurica</p> <p>718 Nuevo fracaso de la flota árabe ante Constantinopla</p>	<p>730 Crisis iconoclasta: León III promulga un edicto iconoclasta Anastasio, patriarca de Constantinopla</p>	<p>740 Victoria bizantina sobre los árabes en Akroinos (Frigia)</p> <p>741 Constantino V, emperador</p>	<p>754 Concilio de Hieria (Hieria), que declara la iconoclastia como doctrina oficial</p> <p>Constantino II, patriarca de Constantinopla</p> <p>756 Constantino V Coprónimo dirige nueve expediciones contra los búlgaros</p>	BIZANCIO
<p>717 Califato de 'Umar II</p> <p>719 Reforma fiscal</p> <p>720 Califato de Yazid II</p> <p>721 Sitio de Tolosa</p> <p>724 Califato de Hishám</p> <p>725 Conquista de Carcasona y destrucción de Autun</p>	<p>727-740 Sicilia es atacada por los musulmanes</p> <p>730 Los jazares ocupan Mosul</p> <p>734 Los musulmanes ocupan Aviñón</p> <p>736 El 'abbási Muhammad ibn 'Ali funda en Kúfa la secta llamada Hāshimīya</p>	<p>737 Carlos Martel sitia Narbona</p> <p>739-740 Revuelta de la 'alīes en Kúfa</p> <p>742 Revuelta jānīyī en el Magreb</p> <p>743 Califato de Wālid II</p> <p>744 Revuelta yemení</p> <p>Califato de Yazid III</p> <p>Sublevación de Siria, Palestina e Iraq</p> <p>Ibrāhīm sucede a su padre Muhammad ibn 'Alī y se convierte en el nuevo pretendiente 'abbāsi</p> <p>745 Marwān II, último califa omeya</p> <p>746 Revuelta anticalifal en Siria</p>	<p>747 Revuelta en Jūrāsān promovida por Abū Muslim, enviado de Ibrāhīm</p> <p>749 Abū-'Abbās 'Abd 'Allāh, tras el asesinato de su hermano Ibrāhīm, es proclamado califa en Kúfa</p> <p>750 Marwān II es derrotado en la batalla del Gran Zab</p> <p>Los omeyas son exterminados, a excepción de 'Abd al-Rahmān ibn Mu'āwīya, que consigue llegar a la península Ibérica</p> <p>754 Califato de al-Mansūr</p> <p>755 Asesinato de Abū Muslim</p> <p>756 Creación del emirato omeya en la península Ibérica</p>	ISLAM
<p>724 Shōmu Tennō, emperador del Japón</p>		<p>c. 745 Los uigures fundan un reino en la región de Hami, desplazando a los turcos orientales</p> <p>745 Inicio de las ofensivas chinas contra los árabes en Transoxiana</p>	<p>748 Fin del reinado de Shomū Tennō</p> <p>c. 750 Se inicia la expansión del reino tibetobirmano de Nanzhao</p> <p>La dinastía Rāshtrakūta sustituye a los Chālūkyas de Vātapi en Mahārāshtra</p> <p>751 Las tropas chinas son derrotadas por los árabes cerca del río Talās</p> <p>755 Rebelión del comisario imperial An Lushan</p> <p>756 An Lushan se proclama emperador y Xuanzong huye al Sichuan</p>	ASIA
				ÁFRICA
			<p>c. 750 Fin del periodo Metepec de la cultura de Teotihuacán; inicio del periodo Oxtotl-pac</p> <p>752 Mixcōatl funda Tula</p>	AMÉRICA

CRONOLOGÍA 757-836

	757-766	767-776	777-786	787-796
EUROPA	<p>757 Offa II, rey de Mercia Fruela I, rey de Asturias 759 Los francos arrebatan Narbona a los musulmanes</p>	<p>768 Carlomagno, rey de los francos conjuntamente con Carlomán I Aurelio, rey de Asturias 771 Carlomagno, único rey de los francos 772 Primera expedición de Carlomagno contra Sajonia 774 Carlomagno se proclama rey de los lombardos Muere Desiderio, último rey lombardo Silo, rey de Asturias</p>	<p>778 Sumisión de Baviera Derrota de Carlomagno en Roncesvalles Revolta de Widukindo en Sajonia En Venecia, el dogo obtiene el derecho de nombrar a su sucesor 779 Carlomagno impone el diezmo en su reino 780 Reforma monetaria carolingia 781 Luis el Piadoso, rey de Aquilania 782 Alcuino llega a la corte de Carlomagno 783 Mauregato, rey de Asturias 785 Widukindo se somete a Carlomagno y acepta el bautismo</p>	<p>787 Primera incursión de los normandos en Europa occidental, en la costa de Dorset (Inglaterra) 787/788 Anexión de Baviera al reino franco 788/789 Vermudo I el Dácono, rey de Asturias 791/792 Alfonso II el casto, rey de Asturias 791 Inicio de la ofensiva de Carlomagno contra los ávaros c. 792/793 <i>Capitulare de Villis</i> 792 Sinodo de Ratisbona: condena de las tesis adopcionistas del arzobispo Elipando de Toledo y del obispo Félix de Urgel 793-794 El peso del denario de plata alcanza 1'70 gramos 794 Concilio de Frankfurt: nueva condena de las tesis adopcionistas 795 Los noruegos desembarcan en Dublín 796 Carlomagno destruye el <i>ring</i> ávaro y se apodera del tesoro de los kanes ávaros Muere Offa II, rey de Mercia</p>
BIZANCIO	<p>766 Nicetas I, patriarca de Constantinopla</p>	<p>775 León IV, emperador</p>	<p>780 Constantino VI, emperador Paulo IV, patriarca de Constantinopla 784 Tarasio, patriarca de Constantinopla 786 Concilio de Nicea: condena de la iconoclasia</p>	<p>790 Se suceden en el trono la emperatriz Irene y el emperador Constantino IV</p>
SLAM	<p>758 Revuelta jariyí en Ifriqiyya 761 'Abd al-Rahmán ibn Rustum funda en Táherit la dinastía jariyí de los rustemíes 762 Fundación de la nueva capital: Madinat al-Salám (Bagdad) 762-763 Revueltas 'alíes en Medina y Basra 765 Escisión de los fátimíes tras la muerte del imán Ya'far al-Sādiq (ismā'īlīes y partidarios de Músa)</p>	<p>771 Los jariyíes se hacen con el poder en el Magreb Central e Ifriqiyya 772 Recuperación del control 'abbási sobre Ifriqiyya 773 'Abd al-Rahmán I rompe sus relaciones con Damasco; el emirato de Córdoba se hace independiente 775 Califato de al-Mahdí 776-777 Sublevación de al-Muqanna', adepto de Abū Muslim, en Jurásan</p>	<p>780-783 Sublevación zindiq en Iraq 781 Incursiones musulmanas en el Imperio bizantino 785 Califato de al-Hādī Se inicia la construcción de la mezquita omeya en Córdoba 786 Asesinato de al-Hādī; le sucede su hermano Hārūn al-Rašīd</p>	<p>788 Idrís I funda la dinastía idrísí en Marruecos Hišām I sucede a 'Abd al-Rahmán I 796 Al-Hākam I, emir de Córdoba Mālik ibn Anas funda en Medina la "escuela" ortodoxa mālikí</p>
ASIA	<p>757 Shi Siming capitanea la rebelión tras la muerte de An Lushan Los uigures se extienden por el Gansu 762 Los uigures saquean Chang'an 763 Finaliza la rebelión de Shi Siming El nuevo emperador Suzong regresa a Chang'an Los uigures se instalan en Ningxia 765 Inicio de la dinastía de los Pála, que dominará Bihar, Orissá y Assam</p>	<p>c. 768 Progresiva independización de los gobiernos militares de los <i>jedushi</i></p>		<p>787 Tratados de alianza entre los Tang, los uigures y el reino de Nanzhao c. 790 Los Tang pierden el control de todos los territorios al oeste del paso de Yumen 794 Inicio del período Heian en Japón. La corte de traslada a Kyōto</p>
ÁFRICA			<p>c. 780 al-Fazari cita Ghana por primera vez, llamándola el "país del oro"</p>	
AMÉRICA		<p>771 Pirámides gemelas de Tikal</p>		<p>790 Pinturas murales mayas de Bonampak</p>

797-806	807-816	817-826	827-836	
<p>799 Sínodo de Aquisgrán: condena definitiva del adopcionismo y encarcelamiento del obispo Félix de Urgel</p> <p>800 Carlomagno, coronado emperador por el papa León III en el día de Navidad</p> <p>801 Los francos conquistan Barcelona</p> <p>802 Institución de los <i>missi dominici</i></p> <p>802 Egberto, rey de Wessex</p> <p>c. 802/803 Codificación de la <i>lex Saxonum</i></p>	<p>807 Fundación de Hamburgo</p> <p>809 Aznar I Galindo, conde de Aragón</p> <p>c. 810 Nace Juan Escoto Erigena</p> <p>811 Último levantamiento ávaro, aplastado por Carlomagno</p> <p>811/823 Redacción del políptico de Saint-Germain-des-Prés</p> <p>812 Reconocimiento de Carlomagno como emperador por el <i>basileus</i> bizantino Miguel I a cambio de la soberanía sobre Venecia, Istria y Dalmacia</p> <p>814 Muere Carlomagno; Luis el Piadoso, emperador</p> <p>Reforma franca del capítulo catedralicio, del episcopado y del clero secular</p>	<p>817 Benito de Aniano reforma el monacato franco</p> <p>817 <i>Ordinatio Imperii</i>: división del Imperio franco entre los hijos de Luis el Piadoso</p> <p>820 Primeras incursiones normandas en la Galla</p> <p>Iñigo Arista, rey de Navarra</p> <p>823 Plano de Sankt-Gallen</p>	<p>829 Las reliquias de san Marcos son trasladadas desde Alejandría a Venecia</p> <p>830 Los musulmanes conquistan Palermo</p> <p>El magnate moravo Mojmir (muerto en 846) funda la dinastía de los Mojmiridas</p> <p>831 Los musulmanes concluyen la conquista de Sicilia</p>	EUROPA
<p>797 Irene, emperatriz por segunda vez</p> <p>802 Nicéforo I Logoteta, emperador. Da comienzo un período de revueltas</p> <p>805 Los bizantinos vencen a los eslavos en Patras y reafirman su poder sobre el Peloponeso</p> <p>806 Nicéforo I, patriarca de Constantinopla</p>	<p>811 Los búlgaros derrotan y matan a Nicéforo I. Se suceden en el trono Estauracio y Miguel I Rangabé</p> <p>813 León V el Armenio, emperador</p> <p>815 Segunda época iconoclasta</p> <p>Teodoto I Meliseno, patriarca de Constantinopla</p>	<p>820 Miguel II, emperador. Inicio de la dinastía Amoriana o frigia</p> <p>821 Antonio I Casimates, patriarca de Constantinopla</p>	<p>827 Creta pasa a dominio islámico</p> <p>829 Teófilo, emperador</p>	BIZANCIO
<p>798 Ibráhím al-Aglab reprime una revuelta en Ifríqiyya</p> <p>800 Fundación de la dinastía aglabí en Ifríqiyya</p>	<p>808 Idrís II funda Fez</p> <p>809 Califato de al-Amin</p> <p>811 Revuelta en Jurásán y derrota de al-Amin</p> <p>812 Disturbios en Siria y Bagdad</p> <p>813 Al-Amin es asesinado; le sucede al-Ma'mún. El mu'tazilismo es adoptado como doctrina oficial</p> <p>814 Los 'alíes ocupan las ciudades santas</p> <p>816 Inicio de la revuelta popular de Babák en Azerbaiján</p>	<p>820 Fundación del estado de los táhiríes en Jurásán</p> <p>821 Construcción del <i>ribát</i> de Susa</p> <p>822 'Abd al-Rahmán II, emir de Córdoba</p>	<p>828 Muere Idrís II y el reino idrísí se desmembra</p> <p>831 Fundación de Murcia</p> <p>832 Se funda en Bagdad la casa de la Sabiduría</p> <p>833 Califato de al-Mu'tašim</p> <p>836 Traslado de la capital a Sámarrá</p> <p>c. 836 Reconstrucción de la Gran Mezquita de Kairuán</p>	ISLAM
<p>806 Inicio del control de los eunucos sobre el gobierno imperial</p>				ASIA
<p>s. IX Hasta esta fecha, y desde el s. IV, grupos ganaderos bantús, conocedores de la metalurgia, se extienden al sur del Limpopo, y pasan al norte, entre aquel río sudafricano y el Zambeze</p>				ÁFRICA
<p>c. 800 Los toltecas se extienden por México</p> <p>Los mayas abandonan sus ciudades-estado y emigran al Yucatán</p> <p>Inicio del período histórico de los zapotecas, en el cual sus principales centros son conquistados por los mixtecas</p> <p>Decadencia de las culturas Mochica y Nazca en Perú</p>				AMÉRICA



CRONOLOGÍA 837-916

	837-846	847-856	857-866	867-876
EUROPA	<p>837 Los musulmanes atacan Nápoles</p> <p>839 Muere Egberto, rey de Wessex</p> <p>García Galíndez, conde de Aragón</p> <p>840 Muere Luis el Piadoso; Lotario I, emperador</p> <p>Primer tratado de paz y comercio entre Venecia y el Imperio carolingio</p> <p>841 Los normandos invaden el territorio de la futura Normandía</p> <p>842 Juramentos de Estrasburgo: alianza de Carlos el Calvo y Luis el Germánico</p> <p>Carlos el Calvo, rey de Francia</p> <p>Ramiro I, rey de Asturias</p> <p>843 Tratado de Verdún: los hijos de Luis el Piadoso se reparten el Imperio</p> <p>Luis el Germánico, rey de Germania</p> <p>844 Galindo I Aznárez, rey de Aragón</p> <p>845 Los musulmanes saquean Roma</p> <p>c. 845 Juan Escoto ingresa en la corte de Carlos el Calvo</p>	<p>847 Capitulat de Mersen: se inicia el camino hacia el feudalismo</p> <p>Pontificado de León IV; construcción de las murallas leoninas para defender San Pedro del Vaticano de los musulmanes</p> <p>850 Ordoño I, rey de Asturias</p> <p>851/852 García I Íñiguez, rey de Navarra</p> <p>855 Luis II, emperador</p>	<p>858 Fundación de Vézelay</p> <p>860 Fundación de Kiev</p> <p>Carlos el Calvo ordena a los condes francos la elaboración de una lista de los mercados que se celebran en cada condado</p> <p>866 Alfonso III el Grande, rey de Asturias y de León</p>	<p>867 Aznar II Galíndez, rey de Aragón</p> <p>870 Tratado de Mersen: Luis el Germánico y Carlos II se reparten el Imperio</p> <p>Svatopluk, rey de Moravia</p> <p>Fortún Garcés, rey de Navarra</p> <p>871 Alfredo, rey de Wessex</p> <p>874 Los noruegos llegan a Islandia</p> <p>875 Carlos el Calvo, emperador</p> <p>Fundación de Reykjavik</p> <p>876 Carlomán, rey de Germania</p>
BIZANCIO	<p>837 Juan VII el Gramático, patriarca de Constantinopla</p> <p>842 Miguel III, emperador</p> <p>843 Regencia de la emperatriz Teodora</p> <p>Metodio I, patriarca de Constantinopla</p> <p>Fin de la crisis iconoclasta</p>	<p>847 Ignacio, patriarca de Constantinopla</p>	<p>858 Focio, patriarca de Constantinopla</p> <p>860 Los varegos sitian Constantinopla</p> <p>862 Focio envía a predicar a Moravia a Cirilo y Metodio</p> <p>863 Miguel III derrota a los musulmanes en Melitene (Asia Menor)</p> <p>864 El kan búlgaro Boris I se convierte al cristianismo y toma el nombre de Miguel</p>	<p>867 Basilio I el Macedonio, emperador; inicio de la dinastía macedónica</p> <p>El patriarca Focio envía un obispo a Kiev y excomulga a Nicolás I</p> <p>Focio abandona la obediencia a Roma</p> <p>Ignacio, patriarca por segunda vez</p> <p>869 Concilio de Constantinopla</p> <p>872 Basilio toma Tefrike, capital de los paulicianos</p> <p>873 Basilio reconquista Benevento</p> <p>876 Los bizantinos toman Bari</p>
ISLAM	<p>838 Campaña de al-Mu'tasim contra el Imperio bizantino</p> <p>841 Inicio del reinado del aglabi Muḥammad I</p> <p>842 Califato de al-Wāṭiq</p>	<p>847 Califato de al-Mutawakkil</p> <p>850-851 Persecución de los mu'tazilíes y de los 'alíes</p> <p>852 Muḥammad I, emir de Córdoba</p>	<p>861 Califato de al-Mustansir</p> <p>862 Califato de al-Musta'in</p> <p>864-884 Revuelta de inspiración jāriyī en Tabaristán</p> <p>866 Califato de al-Mu'tazz</p>	<p>868 Aḥmad ibn Tūlūn es nombrado gobernador de Egipto</p> <p>869-883 Levantamiento de los esclavos negros (zany) en el sur de Iraq</p> <p>869 Califato de al-Muḥtadī</p> <p>870 Califato de al-Mu'tamid</p> <p>873 Los saffáries suplantán a los tāhíries en Jurásán</p> <p>874 Los sāmáníes se apoderan de Transoxiana</p>
ASIA	<p>840 El reino uigur es destruido por los kirguiz</p> <p>842-845 El budismo y las religiones extranjeras son proscritas en China</p>		<p>863 El ejército de Nanzhao toma Hanoi y penetra en el Sichuan</p> <p>866 Las tropas de Nanzhao abandonan el norte de Vietnam</p>	<p>874 Inicio de la rebelión itinerante encabezada por Huang Chao y Wang Xianzhi</p>
ÁFRICA				
AMÉRICA		<p>c. 850 Fin del período Oxtotipac de la cultura de Teotihuacán; inicio del período Xometla</p>		

877-886	887-896	897-906	907-916	
<p>877 Capitular de Quierzy: los honores devienen hereditarios Muere Carlos el Calvo; anarquía en el interregno Luis II el Tartamudo, rey de Francia Muere Juan Escoto</p> <p>878 Victoria de Alfredo de Wessex en Ethanburth sobre los daneses Creación del Danelaw en Inglaterra Wifredo I el Velloso, conde de Barcelona</p> <p>879 Bosón, rey de Provenza Muere Riurik, duque de Nóvgorod, fundador de la dinastía de los Riurikovich; le sucede su hijo Oleg/Helg Muere Luis II el Tartamudo, rey de Francia; sus hijos Luis III (muerto en 882) y Carlomán se reparten el reino</p> <p>881 Primera aparición de la palabra "feudo" Carlos el Gordo, emperador</p> <p>882 Carlos el Gordo, rey de Germania</p> <p>883 Primera acuñación veneciana</p> <p>884 Carlos el Gordo, rey de Francia</p> <p>885 Los normandos asedian París</p>	<p>887 Arnulfo de Carintia, rey de Francia La nobleza deponen a Carlos el Gordo, último emperador Arnulfo, rey de Germania</p> <p>888 Berengario I, marqués de Friul, rey de Italia Odón de París, hijo de Roberto el Fuerte, fundador de la familia de los Robertinos, es elegido rey de la Francia por un grupo de magnates Rodolfo I, rey de Borgoña</p> <p>891 El duque Guido de Spoletto se proclama rey de Italia</p> <p>893 Último político de Prüm Algunos magnates eligen a Carlos el Simple rey de Francia; la guerra civil con Odón durará hasta 898</p> <p>894 Guido de Spoletto, coronado emperador en Roma; al morir, le sucede su hijo Lamberto I Muere Svatopluk, rey de Moravia</p> <p>895 Inicio de las razas de los húngaros sobre Occidente</p> <p>896 Arnulfo, rey de Germania, es el último carolingio coronado emperador en Roma Árpád, kan de los húngaros</p>	<p>898 Muere Lamberto I, rey de Italia; Berengario I de Friul queda como único monarca italiano</p> <p>897/898 Wifredo II Borrell, conde de Barcelona</p> <p>898 Muerte de Odón, rey de Francia</p> <p>899 Muere Arnulfo, rey de Germania Los húngaros derrotan en Brenta a Berengario I, rey de Italia</p> <p>899 Eduardo I, rey de Wessex c. 900 Aparición de la herradura</p> <p>900 Luis III el Niño, rey de Germania Luis III, rey de Provenza, se proclama rey de Italia; en 901 se proclamará emperador</p> <p>901 Muere Alfredo I el Grande, rey de Wessex; le sucede Eduardo I</p> <p>905 Sancho I Garcés, primer rey de Navarra</p> <p>905 Berengario I de Friul derrota a Luis III de Provenza, quien abandona Italia</p>	<p>907 Muere el kan húngaro Árpád</p> <p>910 Fundación de Cluny García I, rey de León</p> <p>911 Tratado de Saint-Clair-sur-Epte: se crea el ducado de Normandía Muere Luis III el Niño, último rey carolingio de Germania; los magnates eligen como rey a Conrado I, duque de Franco-nia Carlos III el Simple nombra a Rolón duque de Normandía, por lo que éste le presta homenaje</p> <p>912 Rolón se convierte al cristianismo con el nombre de Roberto</p> <p>912 Rodolfo II, rey de Borgoña</p> <p>914 Suñer, conde de Barcelona</p> <p>914 Ordoño II, rey de León</p> <p>915 Berengario I de Friul, rey de Italia, se proclama emperador Vaclav, rey de Bohemia</p>	EUROPA
<p>877 Focio, patriarca por segunda vez</p> <p>878 Basilio I pierde Siracusa; el emperador crea el tema de la costa dálmata</p> <p>886 León VI, emperador; destitución del patriarca Focio, que es sustituido por Esteban I</p>	<p>892 Basilio I crea el tema de Calabria</p> <p>893 Antonio II Caucaas, patriarca</p> <p>896 Simeón I de Bulgaria derrota a los bizantinos</p>	<p>901 Nicolás I el Místico, patriarca de Constantinopla</p> <p>904 Los árabes saquean Tesalónica</p>	<p>907 Expedición del príncipe Oleg contra Bizancio Eutimio, patriarca de Constantinopla</p> <p>911 Pacto entre Oleg de Kiev y Bizancio</p> <p>912 Alejandro, emperador</p> <p>Nicolás I el Místico, patriarca por segunda vez</p> <p>913 Simeón I de Bulgaria amenaza Constantinopla Constantino VII Porfirogéneta, emperador</p>	BIZANCIO
<p>878 Fundación de Raqqáda Los musulmanes conquistan Siracusa</p> <p>886 Al-Mungir, emir cordobés</p>	<p>888 'Abd Alláh sustituye a al-Mungir</p> <p>890 Revuelta qármata en Iraq, encabezada por el ismá'ilí Hámán Qarmat</p> <p>892 Califato de al-Mu'tadid</p>	<p>897 Constitución de un estado zaidí en el Yemen</p> <p>c. 900 Creación de un estado qármata en Bahrayn</p> <p>902 Los saffáries son sustituidos en Jurásán por la dinastía sámani, procedente de Transoxiana Califato de al-Muktafi Los musulmanes se apoderan de toda Sicilia</p> <p>905 Fin de la dinastía túluni</p>	<p>907-908 El movimiento qármata de Iraq y Siria es reprimido</p> <p>908 Califato de al-Muqtadir</p> <p>909 Fin de la dinastía aglabí</p> <p>910 Fundación del califato S'fí, de filiación fátimí, en Ifríqiyya. 'Ubayd Alláh se convierte en el primer califa fátimí</p> <p>912 Emirato cordobés de 'Abd al-Rahmán III</p> <p>913-915 Primera expedición fátimí a Egipto</p> <p>916 Fundación de Mahdia, capital de los fátimies</p>	ISLAM
<p>879 Huang Chao saquea Cantón</p> <p>880 Luoyang es arrasada por Huang Chao</p> <p>884 Fin de la rebelión de Huang Chao y Wang Xianzhi</p>	<p>889 Inicio del reinado del soberano khmer Yasovarman, fundador de la ciudad de Angkor</p> <p>890 La dinastía Chola del Decán vence a la de los Pallava</p> <p>893 El río Huanghe cambia su curso</p>	<p>c. 900 Apogeo del reino Pratihāra, que se extiende entre el Sind y Benarés</p> <p>902 El Imperio Tang empieza a fragmentarse en diversos reinos independientes</p>	<p>907 Zhu Quanzhong, antiguo lugarteniente de Huang Chao, funda en Kaifeng la dinastía de los Liang. Se inicia el período de las Cinco Dinastías</p> <p>916 Los kitan fundan un reino turcomongol en Mongolia oriental y Manchuria (Lào)</p>	ASIA
		<p>c. 900 Aparece una población malgache culturalmente unificada, mezcla de malayos y zandj Los navíos swahili frecuentan Sofala y comercian con las comunidades zandj</p>	<p>s. X La actividad comercial facilita la constitución de los reinos maninka del Tekrur, del reino songay de Kukya –cerca de Niamey–, con capital en Gao, del estado de Kanem y del de Ghana Se inicia el desarrollo del reino bantú de Mapungubwe, en el Transvaal</p>	ÁFRICA
		<p>s. X Final del período Clásico tardío maya. Desarrollo de la cultura maya tolteca</p>	<p>ss. X-XII Desarrollo de la cultura anasazi en el cañón del Chaco y Mesa Verde</p>	AMÉRICA

CRONOLOGÍA 917-999

	917-926	927-936	937-946	947-956
EUROPA	<p>919 Enrique I, duque de Sajonia, accede al trono de Alemania; con él se inicia la dinastía Sajona</p> <p>922 La aristocracia italiana nombra rey de Italia a Rodolfo II de Borgoña Andregoto Galíndez, reina de Aragón Usurpación robertina: Roberto, conde de París, es proclamado rey de Francia</p> <p>923 Roberto I es asesinado; le sucede Rodolfo II, duque de Borgoña</p> <p>924 Berengario I de Friul muere asesinado; en adelante, ninguno de los reyes de Italia llevará el título de emperador Frueia II, rey de León</p> <p>925 Athelstan, rey de Wessex García II Sánchez I, rey de Aragón y de Navarra</p> <p>926 Los magnates eligen como rey de Italia a Hugo de Arles Alfonso IV el Monje, rey de León</p>	<p>932 Fernán González, conde de Castilla</p> <p>933 Victoria de Enrique I de Alemania sobre los húngaros en el río Unstrut</p> <p>935 Gorm el Viejo accede al poder en Dinamarca</p> <p>936 Otón I el Grande, rey de Alemania Luis IV de Ultramar, rey de Francia</p>	<p>937 Conrado I, rey de Borgoña</p> <p>939 Edmundo, rey de Wessex</p> <p>941 Última mención de servidumbre en la Francia septentrional</p> <p>942 El danés Oda, arzobispo de Canterbury c. 943 Dunstan emprende la reforma del clero anglosajón</p> <p>946 Muere Edmundo, rey de Wessex</p>	<p>947 Miró I (muerto en 966) y Borrell II (muerto en 992), condes de Barcelona</p> <p>947 Muere Hugo de Arles, rey de Italia; le sucede Lotario</p> <p>949 Muere Lotario, rey de Italia</p> <p>950 Ordoño III, rey de León</p> <p>951 Berengario II de Friul es elegido rey de Italia</p> <p>951-952 Primera expedición de Otón I a Italia</p> <p>954 Lotario, rey de Francia</p> <p>955 Victoria de Otón I sobre los húngaros en Lechfeld</p> <p>956 Sancho I el Craso, rey de León</p>
BIZANCIO	<p>920 Romano I Lecapeno, emperador</p> <p>924 Simeón I de Bulgaria amenaza de nuevo Constantinopla</p> <p>925 Esteban II, patriarca de Constantinopla</p>	<p>927 Trifón, patriarca de Constantinopla</p> <p>928 Se limita la venta de tierras en el interior de las comunidades campesinas</p> <p>931 Romano I Lecapeno recupera Melitene</p> <p>933 Teofilacto, patriarca de Constantinopla</p>	<p>941 Expedición del príncipe Igor contra Bizancio</p> <p>944 Pacto entre Igor de Kiev y Bizancio Los árabes arrebatan Edesa a Bizancio</p>	<p>956 Polieucto, patriarca de Constantinopla</p>
ISLAM	<p>919-921 Segunda expedición fátimi a Egipto</p> <p>925 Los qármatas saquean Kúfa Tercera expedición fátimi a Egipto</p>	<p>929 'Abd al-Rahmán III toma el título de califa Constitución de un principado hammadí en Alepo</p> <p>930 Los qármatas ocupan momentáneamente La Meca</p> <p>932 Califato de al-Qáhir</p> <p>934 Califato de al-Rāḡī</p>	<p>939 Egipto pasa a ser gobernado por la dinastía ijídi Fundación de Madīnat al-Zahrá'</p> <p>940 Califato de al-Muttaqī</p> <p>944 Califato de al-Mustakfī</p> <p>945 Ahmad ibn Buwayh, šī'i iraní, entra en Bagdad y funda la dinastía de los buyes</p> <p>946 Califato de al-Muff'</p>	
ASIA	<p>918 Wanggeun funda en Corea la dinastía Koryo</p> <p>920 Los kirguiz son expulsados hacia el Yeniséi por los kitan</p> <p>923 Li Keyong, jefe de las tribus turcas shatuo, funda la dinastía de los Tang Posteriores</p>	<p>936 Fundación de la dinastía de los Jin Posteriores en Kaifeng</p>	<p>939 Tras la caída de los Tang, Vietnam se independiza bajo la dinastía Ngô, fundada por Ngô Quyền</p>	<p>947 Los kitan toman Kaifeng y derrocan a la dinastía de los Jin Posteriores. Fundación de la dinastía de los Han Posteriores</p> <p>951 Fundación de los Zhou Posteriores en Kaifeng</p>
ÁFRICA				<p>950 La historia universal de al-Mas'udí recoge la tradición de Azania como país rico en oro y piedras preciosas</p>
AMÉRICA				<p>c. 950 Sacerdotes mayas componen el <i>Codex Dresdensis</i></p>

957-966	967-976	977-986	987-999	
<p>958 Ordoño IV, rey de León Génova recibe sus privilegios municipales de los reyes italianos Berengario II y Adalberto</p> <p>c. 958 Haroldo Diente Azul, hijo de Gorm el Viejo, accede al poder en Dinamarca</p> <p>959 Edgard I, rey de Wessex</p> <p>960 Sancho I el Craso, rey de León por segunda vez</p> <p>Mieszko, rey de Polonia</p> <p>961-964 Segunda expedición de Otón I a Italia y deposición de Berengario II</p> <p>962 Coronación de Otón I como emperador</p> <p>966 Ramiro III, rey de León</p> <p>966-972 Tercera expedición de Otón I a Italia</p>	<p>967 Conversión del príncipe Mieszko de Polonia</p> <p>967 Boleslav II, rey de Bohemia</p> <p>968 Fundación del obispado de Magdeburgo, en territorio eslavo</p> <p>970 Muere Fernán González, conde de Castilla; le sucede García I Fernández</p> <p>Sancho I Garcés Abarca, rey de Aragón y de Navarra</p> <p>972 El <i>basileus</i> Juan I Tzimiscas reconoce a Otón I la dignidad imperial</p> <p>Fundación del obispado de Praga</p> <p>Geza, nieto de Árpád, proclamado kan de los húngaros</p> <p>Gerberto de Aurillac enseña en la escuela capitular de Reims</p> <p>973 Otón II es coronado emperador</p> <p>975 Eduardo II, rey de Wessex</p>	<p>978 Ethelred, rey de Wessex</p> <p>980 Los noruegos llegan a Groenlandia</p> <p>Los daneses comienzan la conquista de Inglaterra</p> <p>983 Otón III es coronado emperador</p> <p>Primera mención de los batanes, junto al río Serchio, en Toscana</p> <p>985 Vermudo II, rey de León</p> <p>985 Sven I Barba de Horquilla, rey de Dinamarca</p> <p>985 Bautismo del rey Esteban de Hungría</p> <p>985 Almanzor destruye Barcelona</p> <p>986 Accede al trono de Francia Luis V, el último monarca carolingio</p>	<p>987-996 Hugo Capeto, rey de Francia</p> <p>988 Muere Dunstano, arzobispo de Canterbury</p> <p>989 Sínodo de Charroux: primera institución de la "paz de Dios"</p> <p>992 Boleslav Chobry el Valiente, rey de Polonia</p> <p>Ramon Borrell I, conde de Barcelona</p> <p>Tratado comercial entre Bizancio y Venecia</p> <p>993 Rodolfo III, rey de Borgoña</p> <p>994 García III Sánchez II, rey de Navarra y de Aragón</p> <p>995 Sancho I García, conde de Castilla</p> <p>Esteban I de Hungría se convierte al catolicismo</p> <p>996 Roberto II el Piadoso, rey de Francia</p> <p>Bautizo de Vaik, kan húngaro</p> <p>997 Fulberto funda la escuela de Chartres</p> <p>Almanzor saquea Compostela</p> <p>999 Pontificado de Silvestre II (Gerberto de Aurillac)</p> <p>999 Alfonso V, rey de León</p>	EUROPA
<p>959 Romano II Lecapeno, emperador</p> <p>961 Romano II Lecapeno recupera Creta</p> <p>962 Toma de Alepo</p> <p>963 Basilio II Bulgaróctonos y Nicéforo II Focas se suceden en el trono</p> <p>965 Nicéforo II conquista Chipre y Cilicia</p>	<p>969 Nicéforo toma Antioquia. Juan I Tzimiscas y Basilio, co-emperadores</p> <p>970 Expedición del príncipe Sviatoslav contra Bizancio</p> <p>Basilio I el Escamandrino, patriarca de Constantinopla</p> <p>971 Pacto entre Sviatoslav de Kiev y Bizancio</p> <p>Juan I Tzimiscas toma Preslav, la capital búlgara</p> <p>972 Rebelión búlgara contra Bizancio</p> <p>973 Antonio III el Estudita, patriarca de Constantinopla</p> <p>976 Basilio II, mayor de edad, emperador en solitario. Nueva rebelión de los búlgaros contra Bizancio</p>		<p>987 Basilio II lucha contra el rebelde bizantino Bardas Skleros</p> <p>988 Cristianización del estado de Kiev</p> <p>989 La hermana del emperador se casa con el gran príncipe ruso Vladimir, que se convierte al cristianismo</p> <p>992 Los bizantinos se alían con Venecia para defenderse de los árabes</p>	BIZANCIO
<p>961 Al-Ḥakam II, califa cordobés</p>	<p>970 Fundación de El Cairo (al-Qahira) y construcción de la mezquita de al-Azhar</p> <p>973 Al-Mu'izz, cuarto califa fátimi, entra en El Cairo. Los fátimies abandonan Ifriqiyya</p> <p>Fundación de la dinastía zirí en Ifriqiyya</p> <p>974 Califato de al-Tāṭ</p> <p>975 El general fátimi Atekin toma Damasco</p> <p>976 Hišām II, califa cordobés</p>	<p>977 Subuk Tegin funda la dinastía de los gaznawies</p> <p>978 Siria pasa a ser controlada por los fátimies</p>	<p>991 Califato de al-Qādir</p> <p>996 Al-Ḥakim, sexto califa fátimi</p>	ISLAM
<p>960 Zhao Kuangyin funda en Kaifeng la dinastía de los Song</p> <p>966 Inicio del reinado de Fujiwara Michinaga en Japón</p>	<p>969 Fundación del reino de Dai Viêt</p> <p>971 Las tropas de los Song ocupan Cantón y derrocan a los Han del Sur</p> <p>973 Los Chālūkyā de Kalyāni se imponen sobre los Rāstrakūṭa</p> <p>975 Los Song toman Nankin y acaban con la dinastía Tāng del Sur</p>	<p>978 Los Song ocupan el reino de Wu-Yue</p> <p>979 Todos los territorios chinos son unificados bajo el poder de los Song</p> <p>c. 985 Inicio del apogeo de los Chola en el sur de la India</p>	<p>999 Inicio del reinado de Maṭmūd de Gazni</p>	ASIA
				ÁFRICA
		<p>981 El normando Eric el Rojo descubre Groenlandia</p> <p>Navegantes noruegos fundan Brattahlid en Terranova</p>	<p>987 Liga de Mayapán. Nuevo Imperio maya</p>	AMÉRICA



## Las XII Tablas

Celeberrimo Código de los romanos, base de todo el derecho de éstos, principalmente durante la época republicana.

Como la crítica de los últimos tiempos haya pretendido rectificar fundamentalmente lo que se sabía respecto a este Código, llegando hasta a negar su autenticidad legislativa, dividiremos el presente artículo en dos apartados, comprensivo el primero del relato tradicional, con las modificaciones aportadas al mismo hasta Pais y Lambert, y dedicado el segundo a la exposición de las teorías de éstos. Al final daremos un ensayo de reconstrucción de las XII Tablas.

### Primera parte

#### Las XII Tablas según los historiadores y los críticos, hasta los trabajos de Pais y de Lambert.

Indicaremos: causas, formación, contenido, prestigio, carácter y juicio de este Código.

*Causas.* Fueron, de un lado, la distinta condición de los patricios y los plebeyos, y, de otro, la incertidumbre del Derecho primitivo, incertidumbre que perjudicaba a los segundos.

Aún admitiendo la existencia de algunas leyes regias, el *Derecho romano*, prescindiendo del *fas*, estaba constituido casi en su totalidad por costumbres (*mores maiorum*); pero la declaración de este Derecho y los medios para hacerlo efectivo (acciones) estaban totalmente en manos de los patricios, de lo que éstos se aprovechaban en contra de los plebeyos. De aquí que apenas instituidos los tribunos pensasen éstos que obtener la publicidad y, en cuanto fuera posible, la igualdad del Derecho para unos y otros. Esta cuestión constituyó una de las etapas principales de la lucha entre ambos órdenes y señala un momento de crisis profunda en la constitución de Roma. Como hace notar Bonfante, la acción de los tribunos mostró en ocasiones la tendencia a la secesión de los plebeyos de Roma, mediante la constitución con ellos de una comunidad autónoma, y otras veces tendió a la fusión con los patricios mediante el igualamiento con éstos. De estas dos tendencias prevaleció la segunda, merced a que los patricios, para evitar que los plebeyos les abandonasen, poniendo en peligro la existencia de la ciudad, combatida por los enemigos exteriores, cedieron, llegándose a una avenencia.

*Formación.* Lo que acabamos de decir tiene su confirmación en la formación de las *XII Tablas*, que señala un momento de crisis de ambas tendencias.

En el año 292 de Roma (462 a. de J. C.); el tribuno Terentilio Arsa, con el propósito de substraer a los ple-

beyos del arbitrio de los patricios, propuso que se nombrasen cinco magistrados (*ut quinqueviri creentur*) para fijar por escrito las atribuciones de los cónsules (*leges de imperio consulari*). Rechazada esta proposición por los patricios, el mismo tribuno presentó al año siguiente otra más extensa, pidiendo que se redactase el Derecho por el que debían regirse los plebeyos. Como esto hubiera consolidado al dualismo y favorecido la tendencia a la secesión, produciendo la integración de la comunidad plebeya dentro de la ciudad y no fuera posible tampoco dejar de atender a los plebeyos, comenzó un periodo de lucha y de negociaciones en el sentido de la segunda tendencia; que se redactase el Derecho por escrito, pero no solamente para los plebeyos, sino para éstos y para los patricios, llegándose a un acuerdo con este sentido: si *plebeiae leges displicerent, at illi* (los patricios) *communiter leges displicerent, at illi* (los patricios) *communiter legumlatores, et ex plebe et ex patribus, qui utriusque utilia ferrent, quaeque aequandae libertatis essent, sinerent creari*, dice Tito Livio (III, 31).

Tanto éste como Dionisio de Halicarnaso escriben que a tal fin se nombró una Comisión de tres miembros, que fue a Grecia a recoger las leyes de Solón que pudieran aceptarse (455-452 a. de J. C.) para Roma, y que, cumplido esto, las leyes que los comisionados trajeron a Roma fueron comentadas y explicadas en ella por un griego que allí vivía, desterrado de Éfeso, llamado Hermodoro. El hecho de esta embajada a Grecia ha sido puesto en duda por algunos críticos, atendiendo al silencio acerca de él guardan los historiadores griegos contemporáneos del suceso y los historiadores romanos del tiempo de la República, no menos que a la escasa o nula influencia griega que las *XII Tablas* revelan, y aún ésta sería posible explicarla por la influencia de las ciudades griegas de Italia; pero otros admiten el hecho, ya como medio usado por los patricios para dilatar la realización de las exigencias plebeyas, ya en realidad para buscar reglas que pudieran aplicarse a la vida social romana, dado que los griegos eran de la misma estirpe que los romanos, afianzando esto con el hecho de que tales embajadas eran muy usadas en aquellos tiempos y de que al fin y al cabo se nota la influencia griega en las *XII Tablas*, empezándose la compilación de éstas inmediatamente después del regreso de los comisionados. Acerca de la pretendida influencia griega trataremos más adelante.

De vuelta los comisionados, se procedió a elegir, por un año (pues las magistraturas eran anuales), en los comicios centuriados, 10 magistrados para que redactasen las *Leyes (decemviri legibus scribendis)*, y para que pudiesen realizar con toda libertad su cometido se les en-

cargó al mismo tiempo del gobierno de la ciudad, cesando todas las otras magistraturas, tanto patricias como plebeyas, y confiriéndoseles el poder *sine provocatione*, esto es, sin apelación al pueblo contra sus decisiones. Todos estos 10 magistrados fueron patricios, a lo que accedieron por entonces los plebeyos, a causa, sin duda de su desconocimiento del Derecho.

Los decenviros compusieron leyes que escribieron y distribuyeron en 10 tablas (¿una por cada decenviro?), las cuales fueron expuestas al público para que pudiesen ser conocidas de los ciudadanos, los que las aprobaron y sancionaron en los comicios centuriados.

No juzgándose terminado el trabajo y habiendo concluido el año de su nombramiento, se designaron otros decenviros con iguales facultades, para que, en otro año, llevasen a cabo la obra, siendo ya plebeyos algunos (tres o cinco) de estos magistrados. Los nuevos decenviros redactaron dos tablas más de Leyes, llegándose así al número de 12 tablas, lo que dio nombre a la compilación. Estos decenviros, a cuya cabeza estaba Appio Claudio, intentaron conservar el poder después de finido el período por el que fueron elegidos (450 a. de J. C., 304 de Roma); pero la tiranía de Appio Claudio provocó una sublevación del pueblo, que los arrojó del poder, consintiendo el Senado, restableciéndose las antiguas magistraturas y procesándose a los decenviros, algunos de los cuales fueron condenados y otros quedaron obscuramente en el olvido, debiendo la vida al veto interpuesto por uno de los tribunos contra ulteriores persecuciones (449 a. de J. C.). Las dos últimas tablas de leyes fueron, como las primeras aprobadas en los comicios centuriados, ya en tiempo de los decenviros, según Livio, ya bajo los cónsules Valerio y Horacio en el año 449 a. de J. C.

Las *XII Tablas* fueron expuestas en el Foro delante de las *rostra*, grabadas las leyes en bronce [Pomponio dice que en marfil (*eboreae*), pero esto es inverosímil, estando en oposición con todos los historiadores, por lo que se cree un error de copia, que se enmienda conjeturalmente con la palabra *roboreae*]. Dícese que perecieron o fueron destruidas (acaso sirvieran para moneda) cuando la invasión y el incendio de Roma por los galos, sesenta años después; mas fueron reconstruidas, pues san Cipriano dice que en el año 245 d. Jesucristo estaban expuestas en tablas de bronce en el Foro; y si bien algún crítico ha pretendido que las palabras de san Cipriano son sólo en sentido retórico y no histórico, esto no se compagina con su precisión.

*Contenido.* Los romanos consideraron a las *XII Tablas* como un Código *general*, abarcando todo el Derecho civil (en sentido romano), tanto público como priva-

do, y así dicen de ellas: Tito Livio, que eran *fons omnis publici privatique iuris, corpus omnis privati iuris*, y Cicerón, que contenían *totam civilem scientiam*. Esto debe entenderse en el sentido de que contenían disposiciones relativas a las diversas ramas del Derecho (religioso, público, privado, penal y de procedimientos) romano y el Derecho escrito de su tiempo, mas no en el sentido de que contuviesen todo el Derecho romano, pues los decenviros no codificaron todo éste, sino sólo ciertas costumbres, en particular las que precisaban una sanción especial o alguna modificación. El derecho privado y el procesal prevalecen sobre el Derecho público. En éste descuellan las disposiciones que concedían el derecho de *provocación*, esto es, de apelar al pueblo contra las sentencias de los magistrados; declaraban de exclusiva competencia de los comicios centuriados la imposición de la pena de muerte; la que prohibía ciertos privilegios, y la que regulaba la competencia legislativa de los comicios por centurias. En el Derecho privado son de notar: algunas en materia de patria potestad y de matrimonio; las que tutelaban la agnación, la gentilidad y el patronato; la que consignaba la prohibición (ya existente) del matrimonio entre patricios y plebeyos; la que fijaba en el 10 por 100 el máximo interés exigible judicialmente, y la que sancionaba el derecho del deudor sobre la persona del acreedor; pero tampoco en esta esfera del Derecho recogieron las *XII Tablas* todas las costumbres vigentes: las instituciones fundamentales como la patria potestad, el matrimonio, la *manus*, la propiedad, las servidumbres y las sucesiones, se presuponen, pero no se desarrollan, y sólo se trata de ellas para sancionar alguna regla especial (como la pérdida de la patria potestad por tercera venta del hijo; el *trinotio*, la duración del *usus*, la anchura de la *vía*, la facultad para disponer de la *pecunia* y para nombrar tutor, etc.).

Sólo en materia procesal contienen las *XII Tablas* un sistema bastante completo de normas, tendiente a dar mayor estabilidad y certidumbre a las costumbres y evitar violencias y abusos, regulando el ejercicio de las acciones. En materia penal se establece la composición privada pecuniaria, si bien también se imponen penas públicas, como la inmolación a los dioses, el despeñamiento desde la roca Tarpeya y ser encerrado en un saco de cuero. Finalmente, en orden al Derecho sagrado, se ponen limitaciones a los funerales y a las lamentaciones, prohibiéndose quemar y enterrar los cadáveres dentro de la ciudad y hacer gastos immoderados.

La distribución de estas disposiciones en las *Tablas* no se conoce con certeza. Desde Dirksen suele admitirse que fue la que indicamos a continuación:

- Tabla I. *De in jus vocando* (procedimiento *in jure*).  
 “ II. *De judiciis* (procedimiento *in iudicio*).  
 “ III. *De rebus creditis* (procedimiento ejecutivo).  
 “ IV. *De jure patrio* (patria potestad).  
 “ V. *De haereditatibus et tutelis* (matrimonio, tutela y sucesiones).  
 “ VI. *De Dominio et possessione*.  
 “ VII. *De delictis*.  
 “ IX. *De jure Publico*.  
 “ X. *De jure sacro*.  
 “ XI. Suplemento a las tablas I-V.  
 “ XII. Idem a las tablas VI-X.

Pero esta distribución adolece de numerosos defectos, por lo que en la tercera parte del presente trabajo adoptamos otra, siguiendo la hecha por Bonfante en su *Storia del Diritto romano* (Roma, 1918), si bien nos apartamos de ella en algún caso.

La lengua en que están escritas no es el latín arcaico del canto de los Arvales, ni siquiera, tal como han llegado a nosotros, el del siglo V a. de J. C.; pero esto es sin duda debido a las alteraciones que en el texto fueron introduciéndose por las generaciones sucesivas a medida que el lenguaje evolucionaba. Con todo, quedan, como veremos, rasgos de ese arcaísmo. El estilo legislativo es de una forma sencilla, pura, grandiosa, estética, consistente en una brevedad epigráfica, con mandatos o prohibiciones absolutos, imperativos: *partis secanto; familiam habento; ubi pacunt, orato; arceram ne sternito*, con una sanción solemne en los preceptos objetivos: *ita ius esto*.

*Prestigio que alcanzó; comentarios.* Jamás Código alguno ha merecido tantas y tan grandes alabanzas de los hombres del pueblo para lo que fue escrito. Cicerón dice que, comparado con él, el Derecho de los otros pueblos, incluso el de Esparta y Atenas, era *inconditum ae paene ridiculum*, afirmando que superaba a todas las obras de filósofos en autoridad y utilidad: *fremani omnes licet dicam quod sentio: bibliothecas, mehercule, omnium philosophorum unus mihi videtur duodecim tabularum libelus, si quis legum fontes et capita viderit, et autoritatis pondere et utilitatis uberlate superare* (De Orat., I, 43-44). Ya hemos indicado que Tito Livio dice de ellas que eran *fuelle de todo el Derecho público y privado*, lo que debe entenderse en el sentido de que han constituido la base o punto de partida de todas las reformas posteriores. Tácito dice que las *XII Tablas* fueron *finis aequi iuris*, esto es, el término de la perfección, después de lo cual sigue la decadencia; afirmación inexacta, pero explicable por ser Tácito un ardiente partidario de los patricios y representar la legislación decenviral la época

feliz del predominio de los *paires*. Por todo esto no es de extrañar que se enseñasen a los niños y éstos las leyesen en las escuelas y las aprendiesen de memoria *ut carmen necessarium*, como todavía ocurría en la niñez de Cicerón, si bien en los últimos años de la vida de éste ya se había perdido tal costumbre, según él mismo manifiesta (De Legibus, II, 23). Con todo, el mismo Cicerón reconoce que en las últimas dos Tablas había *Leyes inicuas (iniquarum legum)*, tales como la prohibición del conubio entre patricios y plebeyos.

El Código decenviral, llamado la *Ley* por antonomasia, fue comentado por los mayores jurisconsultos romanos, incluso en la época clásica. Tales fueron Sexto Elio Peto Cato, Lucio Acilio, Lucio Elio Stilon, Servio Sulpicio Rufo, Valerio, Antistio Labeon y Gayo. De los comentarios de los dos últimos han llegado fragmentos hasta nosotros. A esta circunstancia y a la costumbre que tenían los escritores romanos de citar los textos de las *XII Tablas* se debe el que se haya conservado el texto literal de muchas leyes y conozcamos el contenido de muchas otras.

*Juicio acerca de las XII Tablas; caracteres de este Código.* Ya hemos indicado que, aunque de carácter general, no comprendían las *XII Tablas* todo el Derecho romano en su integridad. Fue una obra de redacción por escrito del Derecho consuetudinario, pero introduciendo a veces en éste algunas modificaciones. Comparadas sus disposiciones con las de nuestros tiempos, es indudable que fue un Código bárbaro; la pena del talión y la de mutilación representan en él un estado del Derecho penal anterior al de la composición de los germanos. Por muchos autores ha sido considerado como un signo de gran progreso; pero la verdad es que fue un Código de *transacción* entre patricios y plebeyos y de *transición* entre el primitivo Derecho puramente consuetudinario y arbitrario y el nuevo. Con todo, es necesario reconocer que representa la separación del *jus* con relación al *fas*, y la independización del Derecho privado, pudiendo decirse, con Puchta, que su carácter consiste no tanto en poner fin a un pasado cuanto en haber sido principio y punto de partida del porvenir, comenzando con él la elaboración del Derecho privado escrito, a que se debe la influencia ejercida por el Derecho romano sobre las generaciones, sirviendo de base permanente e idónea a este Derecho hasta el último período de su desarrollo.

Por otra parte, a pesar de su tipo rudo, agrícola y primitivo, el espíritu que emana de este Código, escribe Bonfante, es digno de un pueblo libre y fiero, siendo en este sentido comparable con la *Magna Charla libertatum*, “El sentido de igualdad y civil, la celosa tutela de la libertad,

el respeto de la autonomía individual, son sus grandes características. Ninguna distinción entre las clases sociales frente del Derecho penal, como acontece en todos los Códigos bárbaros. El hombre libre condenado tiene derecho a la apelación ante la asamblea más augusta de sus iguales, el *maximus comitatus*; el individuo *sui iuris* (*pater familias*) dispone plenamente de sus bienes entre vivos y a causa de muerte (aquí exagera Bonfante, pues la libertad de disponer *mortis causa* sólo se refiere a la *pecunia*, no a los bienes que constituían la familia y el *hacredium*) y se le reconoce la más amplia libertad en la declaración (*nuncupatio*) de su voluntad. Plenamente libre es también la asociación, a la que no se pone límite alguno ni obligación de pedir el reconocimiento por el Estado.” (*lezioni di Storia del Diritto romano*, Roma, 1918, pág. 307.)

Son, finalmente, las *XII Tablas* un Código eminentemente nacional, por ser sus instituciones fundamentales genuinamente romanas. Con este carácter se relaciona la pretendida influencia del Derecho griego sobre la legislación decenviral; pero hasta los más ardientes mantenedores de ella tienen que reconocer que, aún admitiendo la embajada a Grecia (no a Atenas, pues en las ciudades italiotas existían modelos numerosos de legislaciones helénicas y hasta las mismas leyes de Solón), esa influencia ha sido muy pequeña y no ha podido existir en las instituciones fundamentales, que los griegos no conocieron en el sentido romano, tal como aparecen en las *XII Tablas*, y aun las semejanzas accidentales entre ambas legislaciones pueden explicarse sin necesidad de recurrir a la influencia de una en la otra.

Como ejemplos o casos de esa influencia helénica en las *XII Tablas* se citan las siguientes disposiciones de éstas: 1ª. La que establece las distancias de las plantaciones y las edificaciones a los confines; 2ª. La libertad de las asociaciones en tanto *ne quid ex publica lege corrumpant*, que Gayo dice tomada de la legislación de Solón; 3ª. La limitación de los gastos y de las lamentaciones en los funerales, a la que Cicerón atribuye igual origen; 4ª. La prohibición de sepultar dentro de la ciudad; 5ª. El principio de que no se adquiere la propiedad de una cosa vendida y consignada sino pagando el precio; 6ª. El de que corre a cargo del comprador el riesgo de la cosa vendida; 7ª. La *vindiciae secundum libertatem*, y 8ª. La prohibición de los privilegios.

La primera aserción constituye un error, pues la limitación relativa a la distancia de las plantaciones y edificaciones a los confines, ordenada por el Derecho griego, es desconocida del Derecho romano. En cuanto a las asociaciones, es poco probable, dada la organización primi-

tiva de Roma, que los preceptos de Solón hayan tenido parte esencial en el régimen de autonomía de aquéllas; y la antigua libertad de los *collegia* estaba conforme con el espíritu de las instituciones romanas y con la evolución general del régimen corporativo, que, partiendo de un estado de libertad, va recibiendo múltiples limitaciones al aumentarse la autoridad del Estado. La pompa fúnebre entre los romanos es de origen etrusco, y su limitación, si bien puede ser procedente del extranjero, ha podido surgir autóctonamente ante los perjuicios que los abusos ocasionaban a la comunidad y aun a las familias, constituyendo un precepto que Póst ha probado tiene paralelos en el Derecho comparado. Las ideas religiosas, el elemento indígena de la vida nacional romana, el culto doméstico, explican bastante bien la prohibición de sepultar dentro de la ciudad, sin necesidad de fundarla en reglas de higiene copiadas de Grecia. La atribución a las *XII Tablas* de las dos normas citadas relativas a la compraventa es cosa muy dudosa, según los estudios recientes, no conociéndose todavía el organismo originario de la compraventa romana, y las otras dos reglas son contemporáneas y se explican por el carácter del régimen republicano y por el espíritu que hemos indicado revela todo el Código decenviral.

Por otra parte, una a una las disposiciones del Derecho romano pueden compararse con las instituciones de los bereberes y de los japoneses, aún mejor que con las de los griegos. Cierto es que el Derecho de éstos ejerció gran influencia en el Derecho romano pretorio, en la adaptación a las nuevas necesidades de las antiguas instituciones civiles; pero esto no autoriza para negar que las *XII Tablas* sean un derecho netamente romano, tanto más cuanto que, como nota Pais, contienen el Derecho consuetudinario de las gentes latinas, y en especial de la ciudad de Roma, derecho que no se compagina con el griego. La influencia griega, a la que se refieren Plinio y Cicerón, especialmente la de Atenas, el helenismo, fue posterior, de civilización, de vida social, de humanidad, que, como es natural, repercutió en el derecho.

## Segunda parte

### Las XII Tablas según los trabajos de Pais y de Lambert

Ya Vico, Cornewall Lewis y Schoell habían puesto en duda la verdad del relato tradicional acerca de la formación de las *XII Tablas*. En los últimos tiempos, Ettore Pais, discípulo de Mommsen, ha hecho una crítica demolidora de dicho relato, y, sin negar el carácter oficial, la autenticidad legislativa de las *XII Tablas*, sostiene que éstas se fueron formando poco a poco, hasta quedar com-



pletas y publicarse oficialmente hacia la mitad del siglo V de Roma. Lambert ha exagerado la tesis negativa de Pais, llegando a negar la autenticidad y el carácter oficial de la publicación del Código, sosteniendo que éste es un mero trabajo particular, realizado hacia la mitad del siglo VI de Roma, al que se atribuyó el carácter oficial para mejor imponerlo. Ambas críticas han producido una enorme conmoción entre los romanistas y dado lugar a una enconada discusión en una literatura abundantísima, por lo que es preciso examinarlas.

### 1.- Tesis de Ettore Pais

Éste, en la primera edición de su *Storia di Roma* (1898), sostuvo que las *XII Tablas* no son una obra legislativa realizada en un solo acto a principios del siglo IV de Roma, sino el fruto de una lenta elaboración jurídica, el resultado de sucesivas estratificaciones de las antiguas costumbres jurídicas de los *quirites*, con algo de Derecho pontifical y legislativo, estratificaciones que fueron recogidas en una publicación de carácter oficial (obra de Appio Claudio *el Ciego*, publicada por su escriba Cneo Flavio y conocida también con el nombre de *Ius civile Flavianum*, en la mitad del siglo V de Roma.

En apoyo de esta tesis se alega:

A) Que la narración relativa al decenvirato, con participación de los plebeyos, no es sino la duplicación de la institución de las *decemviri stilibus lilibus indicandis*, el colegio judicial que entendía en las causas relativas a la libertad (causas liberales), que se muestra en íntima relación con la plebe. La figura de Appio Claudio es también duplicación de Appio Claudio *el Ciego*, censor en el año 442 de Roma, y el Código decenviral es, a su vez, duplicación de la publicación de las fórmulas de las acciones, hecho por Cneo Flavio en la segunda mitad del mismo siglo V de Roma. Estas duplicaciones fueron obra de los cronistas y analistas romanos, para ennoblecer y dar mayor antigüedad a la historia de la Ciudad Eterna, a la manera como atribuyeron a Eneas la fundación de ésta. De ello quedan vestigios en la misma narración tradicional, que presenta las *XII Tablas* compiladas en dos veces, promulgándose las dos últimas en tiempo de los cónsules Valerio y Horacio, hablándose en los textos de que algunas tablas se tomaron de la legislación de los Faliscos y de que ciertas de ellas se abrogaron posteriormente, distinguiendo Cicerón las diez primeras de las dos últimas y diciendo que en éstas se contenían leyes inicuas. Si las *XII Tablas* se hubieran compilado en un solo acto no se habría tratado de una misma materia en tablas diferentes. La tradición de la unidad del

Código debió de ser favorecida por el incendio de Roma por los galos. La atribución a un tiempo más antiguo de aquello de lo que no se conocía el origen y de cuanto había interés en hacer venerable y formaba el patrimonio nacional es un fenómeno frecuente en la historia y está en perfecta consonancia con lo ocurrido en las legislaciones de Atenas, Esparta y las ciudades italiotas.

B) Aceptando el origen tradicional de las *XII Tablas*, no se explica el que éstas recojan ciertas instituciones que son posteriores a ellas, lo cual sí se explica retardando su formación hasta la mitad del siglo V. Tal ocurre: 1°. con la *provocatio* o apelación al pueblo, que no fue verdadera y propia ley del Estado romano sino por un plebiscito de Cayo Graco, que, reforzando la sanción de la *lex Porcia pro lergo civium* (199 a. de Jesucristo), dice Cicerón que *legem tulil ne de capite civium romanorum in iusso vestro iudicaretur* (*Pro Rabirio*, 4, 12); 2°. La atribución del poder legislativo a los comicios centuriados, que es de una época más reciente, y la mención del *comitiatus maximus*, ante el cual debía juzgarse *de capite iuris*, lo que sólo puede referirse a los *comitia tributa*; 3°. La prohibición de quemar o sepultar los cadáveres dentro del recinto de la ciudad, que no aparece sancionada hasta el año 260 a. de J. C.; 4°. La institución del matrimonio libre, o *usus*, y la interrupción del mismo con el *trinoctio*, que no producía la *manus*, forma que no corresponde a las instituciones de la Roma antigua en la época en que el relato tradicional coloca las *XII Tablas*; 5°. La emancipación del hijo y la prohibición de que un ciudadano pueda ser muerto sin juicio del pueblo en los comicios, siendo así que posteriormente Spurio Casio, cónsul y sujeto a la patria postestad, fue muerto por su padre mediante juicio pívado, y Spurio Melio fue muerto por el *magister equitum*, con alabanza del Senado; 6°. La mención de varias subdivisiones de la moneda, introducida en Roma en época posterior, y del *fenus unciarum*, limitándose el interés, lo cual sólo tuvo lugar por una Ley aprobada en el año 357 a. de J. C. en virtud de rogación de los tribunos Marco Duilio y Cayo Meneccio; 7°. El establecimiento de la pena del *saxum Tarpeium*, para el siervo reo de hurto manifiesto, pena que en los tiempos remotos sólo parece aplicarse al reo de alta traición. Nota también Pais que alguna disposición que unos escritores atribuyen a las *XII Tablas* la hacen otros de época posterior, existiendo asimismo divergencia en cuanto a la redacción.

*Crítica.* La tesis de Pais no ha obtenido gran aceptación, pues si bien la aceptaron Pacchioni (quien, sin embargo, no admite la identificación con el *ius Flavianum*). Niese y Barrera, y algunos adoptaron un término medio, como Solazzi y Bonfante (reconociendo éste que no se puede admitir la tradición en los términos antiguos, pero tampoco los argumentos de Pais), la mayor parte de los romanistas la rechazan, manteniendo el relato tradicional, al menos en cuanto al carácter, la época y la formación por los decenviros, y así lo han hecho Girard, Hermann, May, Appleton, Kip, Kruger, Lenel, Binder y Costa.

La duplicación del colegio de los *decemviri legibus scribundis* no parece probable, siendo muy poco merecedora de confianza la crítica fundada en hipótesis semejantes y sin prueba alguna, criterio con el cual, como observa Bonfante, podría negarse hasta la historia moderna de Europa. Errónea es la identificación de las *XII Tablas* con el *ius Flavianum*, pues, según todas las noticias que de éste quedan, sólo era una obra sobre las acciones de ley y, a lo más, también la enumeración de los días *fasti*, mientras que en las *XII Tablas* se regulan otras materias y existen verdaderas leyes substantivas, no confundiendo nunca los términos *lex* y *actio*, que se muestran como distintísimos en todos los tiempos de Roma. Las *XII Tablas* tuvieron que preceder, al *ius Flavianum*, del cual, como reconoce Pacchioni, son un supuesto necesario.

En cuanto a la *provocatio ad populum* y al plebiscito de Cayo Graco, no es argumento convincente, pues es característico en la legislación romana dictarse leyes sucesivas sobre la misma materia, cuyas disposiciones generales son idénticas en el fondo, debiendo recordarse las relativas a la fuerza de los plebiscitos, y tratándose de una institución tan profundamente arraigada en el espíritu romano como la *provocatio*, íntimamente ligada con el régimen republicano, es de creer que ha surgido desde muy antiguo, desarrollándose sucesivamente por grados y teniendo sus altas y sus bajas en la aplicación. Los hechos relativos a Spurio Casio y a Spurio Melio son otras tantas leyendas, y aún cuando fueran ciertos pueden explicarse, a pesar del precepto de las *XII Tablas*, por la potestad familiar el uno y por la militar el otro, pudiendo en este último haber existido un juicio extraordinario o verse un acto realizado atendiendo a la necesidad del Estado, como la muerte de los Gracos y la de los cómplices de Catilina. De que el hijo pueda ser emancipado no se sigue que todos los hijos de familia lo fueran, aun siendo cónsules, como lo prueba, en plena época histórica, el caso del cónsul Flaminio y la declara-

ción que hace Justiniano en sus *Instituciones* de que ni la milicia ni el consulado liberaban al hijo de la *potestas patria*. Por lo que se refiere a la moneda, la explicación de los antiguos autores de que se trataba no de verdadera y propia moneda acuñada, sino de trozos o piezas de metal pesado en la balanza, no deja de tener fuerza, atendida la institución de la *mancipatio*, siendo de notar que la valuación de los intereses en moneda se ha realizado antes de existir moneda acuñada, habiendo pueblos, por cierto eminentemente mercantiles, como los babilonios, los fenicios y los cartagineses, que no llegaron a conocer ésta.

El mismo Pais ha rectificado en cierto modo su doctrina en su nueva edición de su *Historia de Roma*, afirmando la autenticidad legislativa de las *XII Tablas* y rehabilitando en parte el valor histórico de los *Fastos*, en los que constan los decenviros como sucediendo a los cónsules en el período correspondiente a la formación del Código. Lo más que puede admitirse, y aun esto sólo como conjetura, es que las últimas dos tablas se redactaron después de las diez primeras, a medida que fue necesario completar o aclarar los preceptos de éstas, atribuyéndose las posteriores el mismo origen que tuvieron las diez primeras.

## 2.- Tesis de Lambert

Este jurisconsulto y crítico francés, entusiasta de la legislación comparada, en dos trabajos sobre la autenticidad y el origen de las *XII Tablas*, publicados en la *Nouvelle Revue historique de Droit français et étranger* (1902) y en la *Revue Generale de Droit* (1902 y 1903), refundidos en su libro *La fonction du Droit civil comparé (Introduction, t. I, págs. 398 y siguientes)*, partiendo de la tesis de Pais, ha llevado ésta más allá, hasta el punto de, como hemos indicado, sostener que el pretendido Código decenviral no es otra cosa que un conjunto de reglas jurídicorromanas tradicionales, originadas en diversas épocas por la jurisprudencia sacerdotal, de las que se fueron formando privadamente diversas colecciones, siendo, finalmente, recogidas en una sola por el jurisconsulto Sexto Elio Peto, cónsul en el año 198 a. de J. C. (556 de Roma), atribuyéndola a un fabuloso decenvirato con el nombre de *XII Tablas*, para rodearla de mayor prestigio y lograr más fácilmente su admisión general.

Esta tesis la apoya Lambert con los siguientes argumentos:

- A) La analogía con las pretendidas leyes regias, que, según intenta probar el mismo Lambert, de acuerdo en esto con otros críticos modernos, fueron una invención de su primer comentador Granio Flacco, contemporáneo de César.

- B) Que no hay prueba alguna de la existencia del Código decenviral en la literatura latina, tanto más cuanto que: 1°. La lengua de este Código no tiene el carácter arcaico que debería tener la del siglo III o principios del IV de Roma (V a. de J. C.); 2°. La forma de las disposiciones no es la de las leyes romanas; 3°. Su contenido no es armónico, como lo sería si se tratase de una ley votada en un momento determinado, apareciendo disposiciones que presuponen una gran cultura (tales como la prohibición de enterrar y quemar los cadáveres dentro de la ciudad, la limitación del lujo de los funerales, el régimen de las asociaciones y la mención del testamento), al lado de otras arcaicas y bárbaras (como la de la división en trozos del deudor insolvente entre los acreedores).
- C) Que la única prueba de la existencia de los decenviros son los *Fasti Capitolini* o lista de magistrados, en la cual aparecen aquéllos; pero los *Fasti* carecen de autenticidad, pues fueron extractados de los *Annales maximi* y del *Liber annalis*, compendio de ellos redactado por Tito Pomponio Ático en el año 54 al 46 a. de Jesucristo. A su vez, los *Annales* fueron compuestos por P. Mucio Scevola entre 124 y 114 a. de J. C., sirviéndose para ello de las *Tabulae* que anualmente redactaba el pontífice máximo y conservadas en su archivo. Ahora bien; estas Tablas pontificales fueron destruidas en el incendio de los galos y reconstruidas de memoria en los períodos sucesivos; y está plenamente reconocido que en los *Fastos* y en los *Anales* se contienen interpolaciones y falsificaciones, incluso interpolaciones de personas apócrifas, por lo que no es improbable la de los decenviros, conforme a la tendencia de referir a una época más antigua instituciones recientes.
- D) Que existen graves contradicciones en la tradición relativa al Código decenviral, tales como: 1°. Decirse que éste contenía una prescripción sobre la intercalación y un apéndice con el calendario, siendo así que la reforma de éste fue realmente realizada por el cónsul Marco Acilio (101 a. de J. C.), contemporáneo de Sexto Elio Peto; 2°. Contenerse en las *XII Tablas* la pena del talión para el caso de *membrum ruptum* y la composición pecuniaria para el *os fractum*, siendo así que en los *Orígenes* de Catón aparece el mismo texto sancionando el talión (que debía ejercer el más próximo cognado) para ambos casos.
- E) Que el Derecho comparado y la Sociología prueban que todos los Códigos presentados como primitivos no son sino colecciones posteriores de antiguas costumbres, a las que se atribuye un origen y una san-

ción divina, para que se observen, como ocurre en las legislaciones orientales (Código de Manú, Corán, etc.).

*Crítica.* La tesis de Lambert ha tenido todavía menos favor que la de Pais, habiendo sido refutada por todos los romanistas modernos, especialmente por Girard y por Lenel, haciendo éste un profundo y completo estudio de la misma, seguido por Bonfante. El mismo Pais ha protestado de que Lambert haya aceptado su tesis negativa y la haya exagerado, sin tener en cuenta las conclusiones lógicas que de ella se derivan (*Ricerche storiche e geografiche dell' Italia antica*, página 418, Turín, 1908).

La tesis positiva de Lambert, o sea que las *XII Tablas* son obra de Sexto Elio Peto, que las inserta en su *Tripartita* (así llamada por contener el texto del Código, seguido de un comentario del mismo y de un formulario de procedimientos puesto al día), es inverosímil y está desmentida por la misma *Tripartita*. Siendo ésta un trabajo de carácter práctico, no hubiera su autor inventado ni recogido reglas que, como muchas de las *XII Tablas*, hacía tiempo que habían caído en desuso o estaban derogadas como la del talión, la *consecratio* del patrono *clienti frudem fecerit* y la venta del hombre libre *trans Tiberim*, cuyo río no señalaba ya límite alguno del Estado romano. El mismo Sexto Elio confiesa que no entendía la voz *lessus* o *lessum*, usada por las *XII Tablas*, como, según Cicerón, tampoco la entendía Lucio Acilio, contemporáneo de Sexto Elio, conjeturando ambos, sin atreverse a afirmarlo, que designaba un vestido fúnebre que prohibían las Leyes suntuarias, interpretación absurda, no comprendiéndose cómo el mismo Sexto la habría insertado en su obra, en tales condiciones, a no ser porque en su tiempo fuesen las *XII Tablas* consideradas como un texto fijo, intangible, y tan antiguo que en algún caso no era entendido por los mismos juristas.

En cuanto a los argumentos con que Lambert apoya su tesis negativa, son inexactos e insuficientes.

Aún prescindiendo de que la existencia de verdaderas leyes regias es discutible (V. Ley), no es posible encontrar la analogía que pretende Lambert, pues ni de esas leyes, ni de la colección de Papirio, existe recuerdo alguno en los escritores antiguos ni en los del último siglo de la República, mientras que las *XII Tablas* aparecen frecuentísimamente citadas y aún reproducidos sus textos, como ocurre con Tiberio Sempronio Tuditano, contemporáneo de los Gracos, con Lucio Casio Emina, todavía más antiguo, siendo muy probable que las noticias que de ellas dan Cicerón y Diódoro (que no mencionan las leyes regias) procedan de Polibio y de Quinto Fabio Píctor (éste el más antiguo analista de Roma y anterior a

Sexto Elio Peto), que les sirvieron de fuentes de conocimiento para sus obras. Para colocar la redacción de las *XII Tablas* en la época de Sexto Elio, y aún de Cneo Flavio, es preciso prescindir de una serie de datos y testimonios que no hay razón para rechazar, como el de la de Licinio Stolo que emancipó a su hijo conforme a ellas para burlar una ley propuesta por él mismo y votada en el año 387 de Roma; el de que el cónsul Fabio apoyara en ellas la elección de dos cónsules patricios doce años después, y el de que la Ley *Poetelia* abolió en el año 428 de Roma el precepto decenviral relativo a la venta *trans Tiberim*.

La lengua, si bien es cierto que no tiene el carácter arcaico del siglo V a. de J. C., ello pudo ser debido a la destrucción de las tablas primitivas en el incendio de los galos, y aún a que la ortografía del texto debió de irse modernizando, ya que no se trataba de un canto sagrado y litúrgico como el de los Arvales, sino de una ley que estaba en boca de todos y se enseñaba en las escuelas como texto de lectura. Por otra parte, quedan en las *XII Tablas* muchas palabras que, si bien modernizadas en su ortografía, tienen carácter arcaico, hasta el punto de no ser bien entendidas por los jurisperitos posteriores. Tal ocurre con la voz *lessus* o *lessum*, según hemos indicado; con la de *assiduus*, que Cicerón creyó se derivaba de *ab aere dando*, y en realidad significaba residente; con el *malum carmen*, que se tradujo por *libelo infamatorio*, cuando significó “encantamiento”; con el *fraudem fecerit*, que se entendió por Virgilio en el moderno sentido de la voz *fraude*, y expresaba la falta de la debida protección del patrono al cliente; a las que deben añadirse voces que no se encuentran sino en las *XII Tablas* o que cambiaron después de sentido: *fortes* y *sanales*, que no se sabe qué significan; *forum*, por lugar delante de la tumba; *portus*, por salida de la casa; *obvagulare*, etc.

La forma de las disposiciones es verdaderamente imperativa, y no la de un adagio proverbial. El tipo de las leyes romanas fue complicándose con el tiempo, y en las *XII Tablas* aparece la figura genuina y plástica del período legislativo, la *protasis* (el hecho) y la *apodosis* (sanción), que se observa en el *Código de Hamurabi*.

En cuanto al contenido, es absurdo, como observa Bonfante, pretender que un Código, por el solo hecho de ser dado en un momento determinado, tenga que representar un todo orgánico en todas sus partes, lo que sería un Código ideal, que no ha existido nunca, pues toda legislación, contemplada en un momento dado, muestra tendencias diversas y contiene supervivencias de otras más antiguas. Girard sostiene que no existe la desarmónica que ve Lambert, sino que las *XII Tablas* son un Códici-

go rural y primitivo en el que algunas instituciones (por ejemplo, la venta *trans Tiberim*, que aparece en ellas como una venta en el extranjero) se refieren a época vetustísima. Los preceptos citados por Lambert no prueban lo contrario. La mención del testamento debe considerarse desde el punto de vista de lo que era el testamento antiguo, como institución primitiva, como designación de heredero para mantener la unidad de la familia, siendo un error parangonar el primitivo testamento romano con lo que es el testamento en época posterior. En cuanto a los funerales, observa Lenel que los gastos en ellos y en la tumba no demuestran ni un gran bienestar en el pueblo ni un refinamiento de las costumbres, sino que obedecía en aquellos tiempos al sentimiento primitivo del culto a los muertos, y así en Homero aparecen los funerales suntuosos de Patroclo y de Héctor, a pesar de la rudeza de los griegos primitivos, no siendo de olvidar la antiquísima influencia etrusca sobre Roma. La prohibición de enterrar o quemar los cadáveres dentro de la ciudad sería indicio de progreso si obedeciese a razones de higiene: pero en las *XII Tablas* se derivó de carácter religioso, y prescripciones semejantes se contenían en las leyes de Solón, en una ley de Iuli (isla de Ceo) que aparece en una inscripción del siglo V a. de J. C. y en un estatuto de Delfos. Respecto a las asociaciones, es probable que los *sodales* a que se referían las *XII Tablas* fuesen los que formaban las *sodalitates*, asociaciones de carácter religioso, exentas del poder civil. Finalmente, la regulación férrea del procedimiento, el derecho sobre el cuerpo del deudor, la prescripción sobre el reparto del mismo entre los deudores (precepto que se interpreta de diversos modos) y la pena del talión, aplicada en todo el mundo primitivo, prueban la antigüedad de las *XII Tablas*.

En cuanto a los *Fastos*, si bien no puede negarse que aparecen en ellos algunas interpolaciones, no por ello ha de negárseles veracidad en su conjunto, la cual va afirmándose cada día más en virtud de los estudios más recientes. Una prueba de esta veracidad viene suministrada por el *rotacismo*, esto es, por el fenómeno de transformarse en el latín en *r* la *s* que estaba entre dos vocales, transformación que del lenguaje hablado pasó al escrito en el siglo IV a. de J. C., pues Cicerón dice que el primer *Papisius* que se llamó *Papirius* fue Lucio Papirio Flacco, cónsul en el año 340, y, por consiguiente, el hecho de encontrarse en los *Fastos* los nombres *Papisius*, *Fusii*, *Vetusii*, en vez de *Papirius*, *Furii*, *Veturii*, prueba la antigüedad de los mismos; y si bien pudo el falsificador imitar el lenguaje antiguo, deberá probarse en cada caso esta falsificación, prueba que no se hace en cuanto a la cita-



ción de los decenviros. La genuinidad del nombre de los magistrados de los primeros tiempos de la República, tal como aparecen en los *Fastos*, resulta de la obscuridad de algunos de ellos, siendo más lógico que los falsificadores les asignasen los de algunas familias antiguas.

En lo relativo a las contradicciones en el relato tradicional, la referente a la intercalación del calendario ha probado Lenel que no se refiere a las *XII Tablas*. Así, Macrobio habla de tal intercalación diciendo que Tuditano y Casio la refieren a los decenviros; pero no dicen que la *lex de intercalando* formase parte de las *XII Tablas*. La frase *islam tabulam*, que Cicerón emplea al tratar de la reforma del calendario, no se refiere, como pretende Lambert, a una de las *XII Tablas*, sino a una tabla o ley especial, independiente, siendo la voz *tabula* una expresión genérica para designar cualquier ley o acto solemne, no pareciendo que un calendario tenga su lugar adecuado en una Ley o Código como las *XII Tablas*. En cuanto al talión, el texto de Catón no viene presentado por éste como procedente de las *XII Tablas*, y la posibilidad de tal procedencia carece de todo fundamento, por lo que Mommsen lo refiere a una ley romana más antigua, o más probablemente al Derecho de los cartagineses, ya que Catón narra en la misma obra las dos primeras guerras púnicas y en su narración intercala un discurso sobre las costumbres e instituciones de los pueblos africanos, no encontrándose, por otra parte, en el texto la forma imperativa de las leyes de las *XII Tablas*, opinando Schoell que es materialmente imposible que se refiera al Derecho romano, pues Catón habla en presente y el talión no estaba en vigor en Roma en la época en que escribía. El único motivo para creer que el texto de Catón se refiere a las *XII Tablas* consiste en contener aquél las expresiones *membrum ruptum* y *os fractum*, que aparecen en una Ley de aquel Código; pero ello se explica por ser Catón un jurisconsulto romano que para exponer el Derecho de otros pueblos usó la terminología del propio, tanto más cuanto que usa la terminología romana en toda su narración, y así llama dictador a Aníbal y *magister equitum* a su lugarteniente.

Queda el argumento derivado del Derecho comparado y de la Sociología; pero de éstos no se deriva, como pretende Lambert, que todos los Códigos primitivos sean elaboraciones sacerdotales de costumbres puestas bajo la sanción divina. Lambert sólo establece la comparación con los pueblos orientales, que tenían un carácter y una organización totalmente distintas del romano, y el mismo Derecho comparado prueba que existen y han existido pueblos que en un tiempo primitivo han tenido Códigos primitivos profanos (V. Gr., los calmucos) y que

para esto sólo se requiere como condición única, el conocimiento de la escritura.

En conclusión, diremos con Bonfante que la autenticidad legislativa y la gran antigüedad de las *XII Tablas* han de mantenerse más bien que negarse, por constituir un cuerpo de leyes vetusto, un tipo escuetamente romano, bastante armónico en sus grandes líneas, que muestra la existencia de una sociedad patriarcal, dirigida por costumbres, pero ya bajo la acción del Estado. Las dudas contra esa autenticidad han sido originadas por la desconfianza que nuestros tiempos heredaron de un siglo de estudios críticos sobre la tradición, por las exageraciones de la crítica demoleadora, que han sido desmentidas en numerosos casos por serias investigaciones posteriores. Así, esa crítica había negado el origen asiático de los etruscos, su aislamiento etnográfico y civil, la extensión de su influencia en Italia y en los orígenes de Roma, y las investigaciones arqueológicas van confirmando todo esto. La hipercritica de los tiempos de Wolf sostenía como dogma que Homero era un mito, y su poema una colección de cantos de los rapsodas, pues en aquel tiempo no se conocía la escritura; y la arqueología ha revelado que ésta se conocía en el Mediterráneo siglos antes de Homero; ha puesto al descubierto las ruinas de Troya, de Terinto y de Micenas, sus palacios, sus reyes y sus héroes tales como Homero los describiera; y, respecto a Roma, se estaba en camino de negar la preexistencia de la época monárquica, cuando las estelas arcaicas han venido a documentar la existencia de los reyes y en parte la de sus leyes.

### Tercera parte

#### Reconstrucción de las XII Tablas

Resumiendo los textos y las noticias del contenido de otros que nos han legado los historiadores y los jurisconsultos romanos, se acometió la empresa de reconstruir el Código decenviral. Ya nuestro gran sabio y polígrafo Antonio Agustín trabajó en esto de un modo digno de elogio en el siglo XVI; pero hasta el XIX el mejor de los ensayos intentados fue el de Jacobo Godofredo (*Fragmenta XII Tabularum suis nunc primum tabulis restituta*, Heidelberg, 1616, trabajo mejorado y corregido al publicarlo de nuevo su autor en su *Quator fontes juris civilis*, Ginebra, 1653), quien depurando la obra de sus predecesores desechó muchos fragmentos que se consideraban como del Código decenviral y acometió la empresa de colocar los restantes por el orden que debieron de tener en las primitivas Tablas. La base principal para este trabajo fueron los fragmentos del comentario de Gayo que se contienen en el *Digesto*; pues el descubrimiento

del manuscrito de las *Institutiones* del mismo jurisculto, realizado por Mai en 1816, no añadió nada substancialmente nuevo en este asunto.

La obra fue proseguida por Dirksen, con más espíritu crítico y mejor éxito (*Uebersicht der bisherigen Versuche zur Kritik und Herstellung XII Tafel Fragmente*, Leipzig, 1824). Un progreso representó, desde el punto de vista filológico, el trabajo de Ricardo Schoell, profesor de la Universidad de Estrasburgo (*Legis Duodecim Tabularum reliquiae*, Leipzig, 1866) pudiendo decirse que desde él no ha progresado gran cosa la restitución, pues la realizada por Voigt en su magistral estudio (*Die XII Tafeln*, 2 vol., Leipzig, 1883), tiene hipótesis muy aventuradas. Conforme a los trabajos de Dirksen y Schoell, fue insertado el texto en las *Fontes* de Bruns, en los *Textes* de Girard y en las *Fontes iuris romani antiqui* de Riccobono. Casi todos los historiadores del Derecho romano insertan en sus obras estos fragmentos, dando Pachioni una mera lista de los auténticos y un mayor ensayo Bonfante, quien se aparta del orden seguido hasta él en la colocación de los mismos, para presentarlos formando un conjunto más orgánico.

A continuación insertamos una restitución, la más completa posible, de lo que hoy se conoce del célebre Código, con la traducción de sus preceptos, colocando éstos por el orden que se supone tuvieron en cada tabla:

#### Tabla I. *De in ius vocando*

1. *Si in ius vocal (ito). Ni it, antestamino; igitur em capito* (El llamado ante el magistrado, vaya. Si no va, tómense testigos y deténgasele).
2. *Si calvitur pedemve struit, manum endo iacito* (Si intenta substraerse al llamamiento o escaparse, póngasele las manos encima, esto es, préndasele).
3. *Si morbus aevitasve vicium escit, iumentum dato; si nolet, arceram ne sternito* (Si se conoce que sea viejo o enfermo, désele para ir un jumento; pero si no lo quiere, no hay por qué darle un vehículo cubierto).
4. *Assiduo vindex assiduus esto; proletario iam civi quis volet vindex esto* (De un poseedor o rico sea fiador otro poseedor o rico; de un proletario séalo quien quiera).
5. *Rem ubi pacunt, orato* (Si hacen las paces, o se avienen, díctese el acuerdo).
6. *Ni pacunt, in comitio aut in foro ante meridiem causam coiciunto. Com perorando ambo praesentes* (Si no se avienen, conózcase de la causa en el *Comitio* o en el Foro, antes de mediodía. En la exposición del asunto estén presentes ambos litigantes).
7. *Post meridiem, praesenti litem addicito* (Después del

mediodía, adjudíquese la cosa litigiosa al litigante que esté presente).

8. *Si ambo praesentes, solis occasus suprema tempestas esto* (Si ambos están presentes, el ocaso del sol pone fin al procedimiento).
9. *Vades... subvades...* Créese que aquí trataban las *XII Tablas* de los fiadores que mutuamente se daban los litigantes, cuando el pleito no se terminaba en el día, para garantizar que comparecerían nuevamente en el que se señalase).

#### Tabla II. *De Judiciis*

1. *Si vindiciam falsam tulit, si velit is... tor arbitros tris dato, eorum arbitrio fructurs duplione damnum decido* [Cuando se diga que uno tiene falsamente la posesión, designe (el pretor) tres árbitros, dejando a su arbitrio decidir sobre los frutos y el duplo del daño.]
2. (Según Gayo, aquí se trataría de la *legis actio per pignoris capionem* y del *sacramentum*).
3. *Morbus sonticus... aut status dies cum hoste... quid horum fuit unum (vitium? = iudici, arbitrove reove eo dies diffissus esto* (Si al juez, al árbitro o al reo ocurre que esté gravemente enfermo o que tenga señalado día con forastero, sea diferido el día, esto es, señálese otro para conocer del pleito).
4. *Cui testimonium defuerit, is terliis diebus ob portum obvagulatam ito* (Aquel a quien no concurra el testigo, vaya durante tres días a casa de éste gritando llamándole en torno de ella o en las salidas de la misma).
5. (Según Gayo, prohibían las *XII Tablas* consagrar la cosa litigiosa, cuyo precepto se coloca en este lugar.)

#### Tabla III. *De rebus creditis*

1. *Aeris confessi rebusque iure iudicatis XXX dies iusti sunt* (Confesada la deuda o declarada judicialmente, dénese al deudor treinta días justos para pagar).
2. *Post (deinde) manus iniectio esto. In jus ducito* (Pasado este plazo, procede la *manus injectio*, siendo conducido al tribunal).
3. *Ni iudicatum facit aut quis endo eo (in iure) vindicit, secum ducito, vincito aut nervo aut compedibus XV pondo, ne maiore, aut si volet, minore vincito* (Si el reo tampoco paga ni presenta al tribunal un fiador, llévelo el deudor a su casa, atado con correas o con cadenas en los pies de peso no mayor de 15 libras, o menores si el acreedor quiere. Otros autores leen a la inversa: que las cadenas no serían menores de 15 libras, o mayores si el acreedor quería; pero en este caso no se comprende el por qué señalar dicho peso).
4. *Si volet suo vivito. Ni suo vivit, qui eum vinctum ha-*

*bebit, libras farris endo dies dato. Si volet plus dato.* [Si quiere (el reo) viva de lo suyo; si no, el que lo tiene atado déle una libra diaria de harina, o más si quisiere].

5. Disposición relativa a la facultad de transigir llegando a un acuerdo, de lo contrario, la prisión podía durar hasta sesenta días, en cuyo intervalo debía ser expuesto en tres mercados consecutivos, manifestándose en alta voz la suma por la cual estaba preso, por si alguien quería pagarla o comprarlo. Aulo Gelio es quien dice que las *XII Tablas* contenían este precepto.
6. *Tertiis nundinis... partes secanto. Si plus minusve secuerunt se fraude esto* [Pasados los tres mercados, podía el acreedor vender al deudor *trans Tiberim* y aún darle muerte. El precepto de la Ley suele interpretarse diciendo que en el caso de que hubiera varios acreedores podían partir el cadáver en trozos, y si cortaban más o menos no había fraude. Esta interpretación es absurda, y no hay en toda la historia de Roma un caso en qué apoyarla. Lo que la Ley quería decir es que si en el tercer mercado, o en la venta más allá del Tiber, se percibía por el deudor una cantidad y eran varios los acreedores, éstos podían repartirla entre sí, y si correspondía a cada uno más o menos de lo que importaba su crédito (pues la cantidad obtenida podía ser mayor o menor que el importe de la deuda) no había fraude, esto es, ni podía reclamarse más ni debía devolverse el exceso].

#### Tabla IV. *De iure patrio*

1. Obligación de dar muerte al nacido monstruoso, disposición que dice Cicerón contenía este Código.
2. *Si pater filium ter venum duit, filius a patre liber esto* (Si el padre vende por tres veces al hijo, queda éste libre de la potestad paterna).
3. Duración máxima de la concepción (diez meses) para que el póstumo fuera considerado legítimo, precepto que Aulo Gelio atribuye a este Código.
4. *Interrupción de la manus* en la forma del *usus* por permanecer la mujer tres noches seguidas fuera de la casa conyugal (*trinoctio*), disposición que Gayo dice contenían las *XII Tablas*.
5. Formalidad del divorcio y efectos de éste en cuanto a los bienes, sobre lo cual, según Cicerón, estatuyeron las *XII Tablas*.

#### Tabla V. *De haereditibus et tutelis*

1. Tutela perpetua de las mujeres, excepto para las vestales, que también estaban libres de la patria potestad (Aulo Gelio, 3, 16, 12).

2. *Uti legassit super pecunia tutelave suae rei, ita jus esto* (Sea ley lo ordenado por el *pater familias* sobre la pecunia o sobre la tutela de los suyos).
3. *Si intestato moritur cui suus heres nec scit, adgnatus proximus familiam habeto* (Si el que muere intestado no tiene herederos suyos, obtenga el más próximo agnado los bienes que constituyan la familia).
4. *Si adgnatus nec scit, gentiles familiam habento* (Si no tiene agnado alguno, tengan dichos bienes los gentiles).
5. La familia del liberto que muera intestado sin dejar un *suus heres*, pasa al patrono (Ulpiano, *Reglas*, 29, 1).
6. Regulación de la *actio familiae erciscundae* (Gayo).
7. Si son varios los herederos, deudas y créditos se dividen *ipso iure* entre ellos, en proporción a su parte (disposición de las *XII Tablas*, según dicen Gordiano y Diocleciano en dos leyes insertas en el *Cod. Repehtilae praelectionis* de Justiniano).
8. El esclavo manumitido por testamento con la condición de entregar una cantidad al heredero, y que fuere enajenado por éste, obtiene la libertad entregando aquella suma al que lo compró (Gayo, *Reglas*, 2, 4).
9. Quien no tiene tutor testamentario, recibe como tutor a un agnado, y si no tiene agnados, a un gentil (Gayo, 1, 155).
10. *Si furiosus escit, ast ei custos nec escit, adgnatum gentiliumque in eo pecuniaque eius potestas esto* [Si el furioso no tiene un custodio (*pater familias* o curador), quedan él y su pecunia bajo la potestad de sus agnados, y, en defecto de éstos, de sus gentiles].
11. Interdicción de la administración de su patrimonio impuesta al pródigo y curatela del mismo por los agnados y gentiles (Ulpiano, *Reglas*, 12, 2).

#### Tabla VI. *De dominio et possessione*

1. *Cum nexum faciet mancipiumque, uti lingua nuncupassit, ita ius esto* (Lo que oralmente se estipule a hacer un *nexum* o una *mancipatio*, sea ley).
2. El comprador no adquiere la propiedad de la cosa vendida y entregada hasta que haya pagado el precio al vendedor (algún autor rechaza este precepto como de las *XII Tablas*).
3. *Usus auctoritas fundi bienium, ceterarum rerum omnium annus usus esto* [La *usucapio* (*usus*) y la garantía de la cosa en caso de enajenación *auctoritas* tienen lugar por un bienio tratándose de fundos; en todas las otras cosas, por un año].
4. Prohibición de *usucapir* la cosa robada (Gayo, *Inst.*, 2, 45).

5. Prohibición de *usucapir* el sepulcro (*bustum*) y el vestibulo del mismo (*forum*) (Cicerón, *De leg.*, 2, 24).
6. Prohibición de *usucapir* el *iter limitare* y el *ambitus* de 5 pies, en los confines (Cicerón, *De leg.*, 1, 21, 55).
7. Prohibición de *usucapir* las cosas *mancipi* enajenadas por la mujer sujeta a tutela de sus agnados (Gayo, 2, 47).
8. *Adversus hostem aeterna auctoritas esto* (Frente el extranjero, la garantía de la enajenación es perpetua, forma en que hoy se entiende este precepto).
9. *Tignum iunclum aedibus vineave et concapi, ne solvito* (La viga unida a la casa o el palo unido a la viña, no se desuna, esto es, no sea reivindicable).
10. *Quandoque sarpia, donec dempta erunt...* (Cuando la viga esté caída o la viña esté podada... pueden la viga o el palo reivindicarse).
11. El propietario de la viga o del palo que no pueda separarse, obtiene el valor del duplo por la acción *de tigno iuncto* (Ulpiano en el *Digesto*).

#### Tabla VII. *De iure aedium et agrorum*

1. Tratábase del *ambitus* y del *iter limitare*, según Varón, Festo y Meciano.
2. El juicio sobre confines se sometía a tres árbitros por este precepto, al decir de Cicerón y de Gayo.
3. Se establece en 8 pies la anchura de la *vía* en línea recta, y de 16 pies en las vueltas.
4. *Viam muniunto: ni sam delapidassint, qua volet iumento agito* (Consérvese el camino: si no estuviere señalado, condúzcase el jumento por donde se quiera).
5. *Si aqua pluvia nocet* (Se concedía la *actio aquae pluviae arcendae* para el perjudicado por el agua de la lluvia a consecuencia de obras del vecino, a fin de obtener la restitución de las cosas a su primer estado).
6. Se otorgaba acción para el resarcimiento del daño ocasionado por el canal o el acueducto concucido por el camino público (Paulo, en el *Digesto*).
7. Obligación de cortar las ramas que colgasen sobre el fundo vecino, hasta la altura de 15 pies (Ulpiano, en el *Digesto*).
8. Derecho de cortar el árbol del vecino que se inclina sobre el fundo propio (Pomponio, en el *Digesto*).
9. Derecho de recoger un día sí y otro no los frutos (*glan-des*) que cayeran del propio fundo en el del vecino (Plinio, *Hist. Natural*, 16, 5, 11).

#### Tabla VIII. *De delictis*

1. *Qui malum carmen incantassit...* (El que realizase un sortilegio dañose...; pena capital).

2. *Si membrum rupsit, ni cum eo pacit, talio esto* (El que priva a otro de un miembro y no pacta con el ofendido, sufra el talión).
3. *Manu fustive, si os fregit libero CCC, si servo CL poenam subito* (El que con la mano o con palo rompe a otro un hueso, sufra la pena de 300 ases si el ofendido es hombre libre, y de 150 si es siervo).
4. *Si inniuriam faxit, viginti quinque poenae sunt* (Si comete otra lesión, sea la pena 25 ases).
5. *...rupsit... sarcito* (No se conoce por entero este precepto, creyéndose que suponía el resarcimiento del daño causado injustamente).
6. *Si servus furtum faxit noxiamve noxit* (Si un siervo comete un hurto, sea dado en *nox* al perjudicado).
7. Acción *de pauperie* por los daños causados por los animales.
8. Acción *de pastu pecoris*, por pasto ilícito.
9. *Qui fruges excantassit... neve alienam segetem pellixerit...* (El que encante las cosechas... o traslade los frutos de un campo a otro... será castigado con pena capital).
10. Pasto y corte abusivo de mieses ajenas; pena del empalamiento (en expiación a Ceres) si el culpable era púber, y de flagelación, con pago del duplo, si era impúber (Plinio, *Hist. Nat.*, 18, 3, 12).
11. Pena capital para el que incendiase la casa o los hórreos de otro (Gayo, en el *Digesto*).
12. Tala de árboles ajenos; pena de 25 ases por cada uno (Plinio, *Hist. Nat.*, 17, 1, 7).

#### Tabla IX. *De delictis* (continuación de la anterior)

1. *Si nox furtum faxit, si im occisit, iure caesus esto* (Si se mata al que realiza hurto de noche, está muerto con arreglo a derecho).
2. *Luci... endoque plorato... si telo defendit...* (De día... se pida socorro...; si se defiende con arma...; parece que en este caso podría matársele).
3. Pena de hurto manifiesto, flagrante: flagelación y *additio* si el ladrón es libre y púber; flagelación y resarcimiento si es libre e impúber; despeñamiento desde la roca Tarpeya si es siervo (Aulo Gelio en sus *Noches Áticas*, II, 18, 8).
4. Pena del triplo para el *furtum conceptum et oblatum* (Gayo, III, 191).
5. Pena de hurto *lance et licio repertum*, que se asimila al manifiesto (Gayo, III, 192).
6. *Si adorat furio, quod nec manifestum erit (duplione damnum decidito)* (Si se procede por hurto no manifiesto, se otorga el doble del daño).
7. Pena del duplo para el depositario infiel.



8. Pena del cuádruplo para la usura superior al *uncia-rium foenus*, esto es, del 12 por 100 anual (Tácito, *Annales*, VI, 16, y Catón, *De agricultura*, pref.)
9. Remoción del tutor por sospechoso (tutor testamentario).
10. Pena del doble contra el tutor legítimo condenado en virtud de la *actio rationibus distrahendis*.
11. *Patronus si clienti fraudem fecerit, sacer esto* (Si el patrono deja indebidamente de proteger a su cliente, sea consagrado a los dioses infernales, esto es, muerto).
12. *Qui se sierit testarier libripensue fuerit, ni testimonium fariatur, improbus intestabilisque esto* (El que siendo testigo o *libripens* no preste testimonio, sea ímprobo, esto es, incapaz de testificar y de que se testifique por él, e intestable).
13. El falso testigo sea despeñado desde la roca Tarpeya (Aulo Gelio, *Noches Aticas*, XX, I, 53).

#### Tabla X. De delictis publicis

1. *Si telum manu fugit magis quam iecit, aries subicitur* (Si el arma huyó de la mano más de lo que se tiró, páguese un carnero. En un caso de imprudencia, de daño culposo, y para él se establecía la composición o multa de un carnero).
2. Castigo del *parricidio* u homicidio (Pomponio, en el *Digesto*).
3. Pena capital para el delito de *perduellio*.
4. Pena capital para el juez o árbitro prevaricador (Gelio, 20, I, 7).
5. Pena del duplo (no se sabe si en beneficio del Estado o del adversario) para la *consecratio* de la cosa litigiosa (Gayo, en el *Digesto*).
6. Prohibición del suplicio de persona no condenada (Salviano, *De gubernatione Dei*, 8, 5, 24).
7. *Prohibición, bajo pena capital, de las algaradas nocturnas en la ciudad.*

#### Tabla XI. De iure sacro

1. *Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito* (El hombre muerto no sea enterrado ni quemado dentro de la ciudad).
2. *... hoc plus ne facito: rogam ascea ne polito* (...no se haga más de esto: no se pulimente con el hacha la madera de la pira).
3. Se prohíben más de 3 vestidos de luto y de 10 flautistas en los funerales (Cicerón, *De legibus*, 2, 23, 59).
4. *Mulieres genas ne radunto, neve lessum funeris ergo habento* (Las mujeres no se arañen el rostro ni den alaridos en los funerales).
5. *Homine mortuo ne ossa legito, quo post funus faciat*

(No se recojan los huesos del hombre muerto para hacerle después un nuevo funeral. Esto tenía una excepción en el caso de muerte en guerra o en el extranjero, según dice Cicerón).

6. Prohibición de embalsamar los cuerpos de los esclavos, de los banquetes fúnebres, de las coronas, de los vasos de unguento y de las pociones de mirra.
7. *Qui coronam parit ipse pecuniave eius (honoris) virtutisve ergo arduitur ei* (Al que ganó una corona en el juego por sí o por los suyos o en la guerra, puede serle llevada en sus funerales).
8. *... neve aurum addito, at cui auro dentes iuncti escunt, ast im cum illo sepeliet ureive, se fraude esto* (... no añadir oro; pero si algún muerto tiene dientes de oro y lo entierran o lo queman con ellos, no sea fraude).
9. Los *sodales* puedan darse libremente reglamentos mientras no contravengan las Leyes del Estado (Gayo, en el *Digesto*).

#### Tabla XII. De iure publico

1. Prohibición del matrimonio entre patricios y plebeyos (Cicerón, *De Republica*, 2, 36, 61 y 2, 37, 63).
2. Derogación de la Ley anterior por la posterior votada en los comicios (Livio, VII, 17, 12).
3. Competencia del *maximus comitiatus* (comicios centuriados) en las causas capitales, esto es, que afectaban a la vida, la libertad o el derecho de ciudad (Cicerón, *De Legibus*, 3, 4, 11, 19 y 44).
4. *Provocatio ad populum* o derecho de apelación ante los comicios centuriados (Cicerón, *De Legibus*, loc. Cit.; *Pro Sextio*, 30, 65; *De Republica*, 2, 31, 54, y 2, 36, 61).
5. Prohibición de los privilegios, esto es, de las leyes para persona determinada (Cicerón, *De Legibus*, loc. Cit.; *Pro Sextio*, loc. Cit., y de *De domo*, 17, 43).
6. Disposición sobre los *quaestores parricidii* (Pomponio, en el *Digesto*).
7. *Dies fasti?* (Macrobio y Cicerón, según lo que se deja dicho en el cuerpo de este artículo).

*Bibliogr.* Además de las obras generales sobre Historia del Derecho romano citadas en la voz Derecho (*Derecho romano*) y de las indicadas en el texto del presente trabajo, V.: Lattes, *L'ambasciata del romani per le XII Tavole* (Milán, 1884); Boesch, *De XII Tabularum lege a Graecis petita* (Gotinga, 1893); Chiapelli, *Sopra alcuni frammenti delle XII Tavole nella loro relazione con Eracclito e Pitagora*, en el *Archivio Giuridico* (pág. 111, 1885); Breal, *Sur la langue des lois des XII Tables*, en el

*Journal des Savants* )pág. 599, 1904); Girard, *L'histoire des XII Tables, en la Nouvelle Rev. Historique* (1902); May, *La question de l'authenticité des XII Tables, en la Revue des Etudes Anciennes* (1902); Appleton, *Le testament romain, la méthode du Droit comparé et l'authenticité des XII Tables* (París, 1903), y *Nature et antiquité des leges XII Tabularum, en los Atti del Congresso Internazionale di science storiche* (Vol. 9, Roma, 1904); Hermann, *Sind die XII Tafeln echt?*, en la *Zeitschrift der Savigny Stiftung* (1902); Solazzi, *La questione dell' authenticità delle XII Tavole* (Urbino, 1902-03); Lenel ha publicado su amplia recensión de la crítica de Lambert en la *Zeitschrift der Savigny Stiftung* (1905).

TABLAS DE BACON. *Lóg.* El filósofo inglés, con su habitual lenguaje metafórico, ha dispuesto la agrupación de todos los fenómenos, relativos a una cualidad o naturaleza, en unas tablas que permiten a primera vista descubrir la presencia, ausencia o variación de la supuesta causa productora de dichos fenómenos.

En el libro II del *Novum Organum* ha expuesto la teoría de las tres tablas, poniendo por ejemplo la investigación de la naturaleza del calor. "Es preciso, dice, ante todo hacer comparecer ante la inteligencia todos los hechos conocidos que ofrecen aquella misma propiedad, aunque en materias muy diferentes. Es preciso hacer esta recolección, a la manera del historiador, sin teoría preconcebida y sin demasiada sutileza, constituyendo las tablas de hechos positivos o *tabla de ser y de presencia*. En segundo lugar es preciso hacer comparecer ante la inteligencia todos los hechos en los que no se encuentra la propiedad dada, pues, como hemos dicho, la ausencia de la propiedad dada implica la ausencia de la forma, lo mismo que la presencia de la una implica la presencia de la otra. Pero como citar todos estos hechos sería empresa interminable, es preciso poner los hechos negativos al lado de los afirmativos e investigar la privación de la propiedad sólo en los sujetos que más relación tienen con aquellos en los que la propiedad existe o aparece. Esta tabla recibe el nombre de *tabla de desaparición o de ausencia en los análogos*. En tercer lugar es preciso hacer comparecer ante la inteligencia los hechos que presentan la propiedad estudiada en grados diferentes, ya sea comparando el aumento y la disminución de la propiedad en el mismo sujeto, ya comparando la misma propiedad en sujetos diferentes. Puesto que, en efecto, la forma de una cosa es en realidad la cosa misma, y no difiere de ella sino cómo el ser difiere de la apariencia, el interior del exterior; dedúcese necesariamente que nada debe admitirse por verdadera forma que no crezca y disminuya sin cesar, cuando aquella de que es forma crece

y decrece. A esta tabla llama Bacon *tabla de grados o de comparación*."

Por estas tablas, continúa diciendo el filósofo, puede verse cuál es nuestra pobreza en materia de historia natural. Al lado de experiencias ciertas y comprobadas se encuentran varios hechos conocidos por referencia, pero que no damos, es cierto, sino advirtiendo su dudosa obscuridad, y con frecuencia nos vemos obligados a emplear estas expresiones: que se haga el experimento; que se lleven más lejos las investigaciones. El servicio y obra de estas tres tablas es la comparecencia de los hechos ante la inteligencia. Lograda esta comparecencia, se debe trabajar por la inducción. Si empezara el espíritu por establecer tal o cual propiedad o ley (lo que hace siempre cuando está abandonado a sí mismo), encontraría quimeras, extravagancias, principios que descansan en mal definidas nociones, leyes que cada día habría de reformar, a menos que prefiriera, a la manera de las escuelas, combatir por los errores. En esta labor, el éxito dependerá en gran parte del talento del espíritu que realice la investigación; pero el conocimiento verdadero de las formas sólo corresponde a Dios, que las ha creado. Todo lo que puede nuestra inteligencia se reduce a proceder primeramente por *negaciones* y llegar en último término a las *afirmaciones*, hechas previamente todas las *exclusiones* necesarias.

Constituyen estos procedimientos la verdadera pedagógica para la inducción, pero no la inducción misma, como algunos han creído. Su objeto es evitar que la inferencia se base sobre una multitud confusa de hechos u observaciones, descartando las ideas falsas que podrían surgir espontáneamente en el espíritu y provocando y guiando la invención de una primera hipótesis (*interpretatio inchoata sive vindemiatio prima*), que debe ser ulteriormente verificada para aceptarla o rechazarla. Mediante ellas llegamos a los *axiomata mediae*, en vez de los axiomas generalísimos, que son las creaciones arbitrarias de la inteligencia. Un hecho contradictorio basta a derribar una opinión *a priori* sobre la forma o la verdadera causa de los hechos. Bacon da a entender con esto cuál es la finalidad de estas tablas. De ellas pueden considerarse un desarrollo, ya con miras fijas en la investigación de la causa (antecedente invariable e incondicional de un hecho), los tres procedimientos modernos del método experimental, llamado por Stuart Mill *métodos de concordancia*, de diferencia y de variaciones concomitantes.

El mismo Bain hace observar que Bacon no ha comprendido el verdadero alcance de los métodos experimentales. No ha sabido atinar en que debían escogerse

aquellos casos que, aún siendo distintos en todos los demás puntos, concordasen sólo en el fenómeno que se estudia, que es precisamente el principio fundamental del método de concordancia. Tampoco ha sabido hallar la idea esencial del método de diferencia, a saber, la elección de dos o más ejemplos que concuerden en todos los puntos menos en aquel que es objeto de investigación. Aun considerando que el método de eliminación propuesto por el canciller inglés representa un verdadero progreso sobre el viejo método, que se limitaba a generalizar sin tener en cuenta para nada los casos contradictorios, las tablas baconianas resultan insuficientes para las exigencias de la ciencia moderna. El primero de los prin-

cipios que expone en su método de eliminación se aplica únicamente a las leyes de coexistencia, y el segundo sólo a las de causalidad. Indica esto la falta de distinción de dichas leyes según la mente del filósofo inglés.

A pesar de estas críticas, en parte fundadas, la teoría latente que desarrollan las tablas de Bacon es la teoría central de la interpretación de la experiencia. Aun cuando en ellas no se hace mención especial del principio de causalidad, en el fondo no se trata de otra cosa que de una aplicación *in extenso* de dicho principio, en sus tres fórmulas características: *posita causa, ponitur effectus; sublata causa, tollitur effectus*, y *variante causa, variatur effectus*.

Fuente: *Enciclopedia Universal Ilustrada*, vol. 59, pp 1411-1421.

# **Apéndice Documental 2**

Personajes relevantes





### **Abraham.**

Patriarca hebreo, padre de la nación, nació en Ur, Caldea (2164-1990 a. de C.). Era hijo de Tharé y descendiente de Sem, hijo mayor de Noé; emigró de Ur y de Haram, en Mesopotamia, hacia Canaán. Según la Biblia, Dios se le apareció y le ordenó que se circuncidase, así como toda su posteridad, en señal de la alianza contraída con él. De Sara, su esposa, tuvo a Isaac, y de Agar, su esclava, a Ismael, que dio origen a los ismaelitas. Cuando su hijo Isaac cumplió los veinticinco años, Dios, para probar la fe del patriarca, le ordenó que se lo ofreciese en sacrificio. Obedeció Abraham, pero en el momento del sacrificio un ángel detuvo su brazo.

### **Agripa.**

(Marco Vespasiano). General y hombre de Estado romano (63-12 a. de C.). Amigo y yerno de Augusto, triunfó con la flota de éste en Accio el año 31 a. C.; construyó una serie de grandiosas obras de arte en Roma e hizo dibujar un mapa del Imperio Romano.

### **Ahmés.**

Faraón egipcio, fundador de la 18ª. Dinastía (1580-1557 a. de C.) Se apoderó de Avaris, capital de los hicsos,

nómadas invasores, y los persiguió expulsándolos hacia Palestina. Sofocó una insurrección en Nubia e inauguró una época de paz y esplendor.

### **Al Batani o Al Bategnius.**

(Mohamed Ben Dschabiz Ben Sinam Abu Abdallah Al Batani al Harrany). Astrónomo árabe, nació en Battan (Siria), hacia el año 854, y murió el 929 de J.C. (816 de la hégira), a quien Lalande coloca en primera fila entre los astrónomos. La mayoría de sus observaciones astronómicas las hizo en Antioquía y Racaha o Aracta, hoy Racea, ciudad caldea, por cuya razón se le llama también *Mohamedes Aractensis*, así como los autores latinos lo conocieron por *Albategnius* o *Albatenius*. Se dice que fue gobernador de Siria. Entre sus trabajos más importantes figura la corrección de las *Tablas de Tolomeo*, del cual puede considerársele como discípulo, así como de los matemáticos indios.

Se le debe una obra titulada *De Scientia stellarum*. Descubrió el movimiento del apogeo del sol desde la época de Tolomeo y su curso excéntrico, fijando la duración del año solar en 365 días, 5 horas 46 minutos y 24 segundos.

En trigonometría empleó por primera vez los senos

en lugar de las cuerdas, dando a aquéllos este nombre; descubrió además las diferencias que existen entre las tangentes y las secantes; se encuentran en sus obras relacionadas entre los elementos de un triángulo esférico, y calculó cuatro eclipses. Determinó con relativa exactitud la posición de los equinoccios y solsticios.

Calculó los epiciclos de los planetas y los diámetros máximo y mínimo del sol y de la luna. En la biblioteca del Vaticano se conservan unas tablas (*Tavola sabei*), en las que constan todos los trabajos de Albatengnio. Sus obras completas fueron traducidas al latín en el siglo XII por Platón de Tívoli, con el nombre de *De motu vel de scientia stellarum*, e impresas en Nuremberg (1537). En esta obra es en donde aparece por primera vez la palabra *sinnus*. Nallino empezó a publicar el *Opus astronomicum*, de Albatengnio, texto árabe, en Milán (1899).

### **Al Razi o Rasi.**

Médico árabe, nació hacia el año 850 en Rai (Persia) y murió entre 911 y 932; el más afamado de la antigüedad mahometana y quizá el mayor genio de la medicina de la Edad Media. A los treinta años de edad partió a Bagdad, en donde, después de haber pasado algún tiempo dedicado al canto y a tocar la cítara, emprendió el estudio de la medicina, siendo, al cabo de poco, director del hospital de Rai y más tarde del de Bagdad. No contento con seguir rutinariamente las máximas de los médicos griegos y sirios, dedicóse a estudiar las enfermedades junto al lecho del paciente, sobre todo cuando se trataba de una enfermedad para él desconocida. Su obra maestra, *De variolis et morbillis* (Londres, 1766 y 1848), fruto de estos estudios prácticos y sobre el terreno, es aún hoy consultada por los médicos. Rasi debe su renombre en la Edad Media principalmente a la obra *al-Hawi* (en latín *Liber continentis*, editada varias veces con este segundo título desde 1856), publicada por sus discípulos en forma incompleta, admirable compendio de la medicina práctica que los médicos posteriores, particularmente Avicena, copiaron con gran esmero.

### **Alarico I.**

Rey visigodo, nació en 370. En Tomis de Estiria, región del Alto Danubio. A los diez y siete años de edad, fue considerado como jefe (*totkaif*) de tribu por muerte de su padre Badengauda. Esta jefatura equivalía a la realeza o soberanía. En el año 389, había ya obtenido quince victorias en otras tantas batallas campales. Un obispo arriano de Macedonia, llamado Tofilao, inició a Alarico en las doctrinas de su secta, y éste y sus tropas abrazaron el arrianismo, conservando a la vez innumerables supers-

ticiones del culto druídico y del paganismo primitivo. El nombre de Alarico aparece en la historia durante el reinado de Teodosio, combatiendo primero contra dicho emperador y, después de hechas las paces, como general de un cuerpo de tropas góticas auxiliares al servicio del Imperio y como dueño de los territorios que los romanos les habían cedido en Oriente. En el invierno de 395, se dirigió a Constantinopla, invadió la Tracia, la Macedonia, la Tesalia y penetró en Grecia por el desfiladero de las Termópilas, destruyendo templos y ciudades. En el año 398, se hizo proclamar rey de los visigodos por sus soldados y empezó a madurar la invasión de Italia. Alarico por tercera vez se presentó delante de Roma decidido a tomarla. En la noche del 14 de agosto de 410 los esclavos de la arriana Proba le abrieron las puertas de la ciudad, y por ellas penetraron los visigodos. A los seis días, Alarico salió de Roma y se encaminó al sur de Italia, pero antes mandó a Tolosa de Francia 800 carros cargados de tesoros, producto de sus profanaciones artísticas. Llegó hasta el estrecho de Mesina después de devastar la Campania, las Pullas y la Calabria. Allí preparó una expedición para someter la isla de Sicilia, pero una tempestad dispersó las naves. Encontrábase ocupado en organizar un ejército que desembarcara en África, cuando le sorprendió la muerte (410) en Cosenza de Calabria, ciudad a la que había puesto sitio. Sucedióle su cuñado Ataulfo como rey de los visigodos, el cual se reconcilió con Honorio, que le dio a su hermana Placidia por esposa.

### **Alcuino.**

(*Albinus Flaccus*). Religioso y sabio inglés, nació en York y murió en la abadía de san Martín de Tors (735-804). Carlomagno le encomendó la organización y dirección de la enseñanza. Fundó en el propio palacio del monarca la *Escuela o Academia Palatina*, a la que concurrieron, entre otros, el emperador y sus hijos, y a imitación de la cual se establecieron otras. En 796 se retiró a la abadía de san Martín de Tours, y se consagró a la educación de sus monjes y a escribir. Su correspondencia con Carlomagno, parcialmente conservada, es de gran valor histórico.

### **Alejandro Magno.**

Rey de Macedonia, nació en Pella en el año 356 (a. de C.). Era hijo de Filipo, rey de Macedonia y de Olimpías, hija de Neoptolemo, rey de Epiro. Filipo, discípulo de Epaminondas, había sometido los países bárbaros del norte del mar Egeo. A Alejandro, que había heredado las dotes de su padre, junto con la hermosura, el entusiasmo

y los sentimientos poéticos y soñadores de su madre, le estaba reservada una misión de realizar los planes de su padre, aun en mayor escala de la que aquél los había concebido. Su primer maestro fue Leónidas, pariente de su madre, de costumbres muy austeras, al cual substituyó Aristóteles (345), al que cabe la gloria de haber imbuido al futuro conquistador ideas de generosa grandeza, rectitud y elevación de miras, que ennoblecieron hasta sus pasiones y extravíos; al propio tiempo supo apartarle de la voluptuosidad y encauzó su arrebatada vehemencia, inculcándole un sentido práctico que le permitió darse cuenta de los obstáculos que la realidad oponía a sus proyectos.

### **Alfonso VI.**

*El Bravo.* Rey de Castilla, murió en Toledo (1040-1109). En la partición de sus Estados, hecha, al morir, por su padre Fernando I (1065), le correspondió el reino de León y las parias que pagaba el rey moro de Toledo. Ni él, ni Sancho, su hermano, heredero de Castilla, quedaron conformes, pues ambos aspiraban al dominio único. Lucharon, se pusieron de acuerdo para repartirse Galicia, despojando a su otro hermano García, y, en nueva lucha, Sancho derrotó a Alfonso en Golpejera (1072), le hizo prisionero y sólo a ruego de su hermana doña Urraca consintió, previo juramento de fidelidad, que marchase desterrado a la corte de Al-Mamún, rey musulmán de Toledo, donde ya estaba García. Los manejos de Alfonso para preparar una sublevación de los leones, de acuerdo con doña Urraca, señora de Zamora, por cesión de Alfonso, movieron a Sancho a poner cerco a esta ciudad, ante la cual perdió la vida a manos de un caballero, Vellido Dolfos, salido de la plaza y entrado sigilosamente en el campo sitiador (1072). Avisado por doña Urraca, volvió a su reino, después de renovar con Al-Mamún una alianza, valedera también para el primogénito de éste, y fue reconocido por rey de León; para serlo de Castilla, tuvo que jurar no haber tenido intervención en la muerte de su hermano, como le fue exigido por los caballeros castellanos, presididos por el Cid, en la iglesia de Santa Gadea (Águeda), de Burgos. Para no verse inquietado en la posesión de Galicia, encerró a García en el castillo de Luna (León), donde murió años después cargado de cadenas. A la muerte de Sancho IV de Navarra, se benefició con la incorporación de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, parte de La Bureba y la Rioja navarra (1076); y, al año siguiente, se intituló Emperador de toda España. La más gloriosa empresa de su reinado fue la conquista de Toledo (1085), llevada a cabo reinado Al-Cádir, nieto de Al-Mamún, a quien, en compensación, estableció en el tro-

no de Valencia, dominio de Toledo y rebelde a su autoridad.

La conquista de Toledo tuvo importancia excepcional. El avance de la frontera hacia el S. permitió repoblar muchas ciudades, conquistar otras, entre ellas el castillo de Aledo (Murcia), y poner sitio a Zaragoza. Aterrorizados los reyezuelos musulmanes, reclamaron la presencia en la Península de los almorávides, cuyo emperador Yusuf derrotó a Alfonso en la batalla de Sagradas (1086), duro golpe para el rey castellano. Alfonso y el Cid contuvieron el empuje africano; Yusuf aseguró su dominación sobre casi toda la España musulmana y sus tropas volvieron a derrotar a las cristianas en Consuegra, Cuenca y Uclés (1108), donde murió Sancho, único hijo varón de Alfonso VI. Al año siguiente murió el rey y dejó por heredera a su hija Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña, conde de Galicia, y preparado su matrimonio con Alfonso I *el Batallador*, de Aragón, con miras a la fusión de los Estados, más con menosprecio de los derechos de su nieto Alfonso Raimúndez, luego Alfonso VII, nacido del primer matrimonio de doña Urraca.

### **Alí.**

Sultán de África. Sucedió en 1331 a su padre Othman; murió en 1351. Al poco tiempo de ascender al trono envió a España a su hijo Abdel-Melek, que se apoderó de Granada. Hacia la misma época aumentó sus Estados de Marruecos con Tlemecén y el territorio de Túnez. Proclamó contra los cristianos de España la guerra santa pero su ejército sufrió una derrota completa en 30 de octubre de 1310 a orillas del Salado, cerca de Tarifa, donde se dice que perdió 200,000 hombres mientras los cristianos sólo perdieron 50. Murió peleando contra su hijo, que se había rebelado contra él.

### **Almanzor.**

Segundo califa abasida de Oriente (754-775) nació en Hachemich, en el mes de *dhuhigia* del año 93 de la hégira (712 de J.C.); fue hijo de una esclava berberisca llamada Sallamad. Sucedió a su hermano Abul-Abbas, que le había confiado los gobiernos de la Mesopotamia y del Azerbaidjan, en julio del 754; fue proclamado califa el lunes 12 de *dhuhigia* del 136 de la hégira, estando en camino para la Meca. Recién llegado a la capital, se sublevaron contra él su tío Abdallah ben Alí, gobernador de Siria, y su primo Iza ben Muza, levantando a los sirios.

Almanzor intentó una reconciliación con los sublevados; rechazadas sus proposiciones mandó contra los rebeldes a su general Abu-Moslim, el cual, después de muchos combates, ocurridos en la provincia de Nisibe,



en Derr el Aguar (Convento del tuerto), derrotó a Abdallah, que, en su precipitada fuga, apenas pudo llegar a Basora, gobernada entonces por su hermano Suleimán, tío también del califa, no tardando Almanzor en desembarazarse de él.

Muriendo el día 6 de *dhuhigia* del año 158 de la hégira (775 de J.C.), a los setenta y cinco años de edad. Fue un hombre desconfiado, ingrato e intolerante, que persiguió a los cristianos y a los teólogos musulmanes disidentes y no vaciló en cometer toda clase de crímenes para asegurar su imperio: los asesinatos de su tío Abdallah, de Abu-Moslim y de Iza ben Muza son una mancha indeleble para su reinado; en cambio, supo atraer a su corte a los sabios de la época, iniciando las tareas civilizadoras, que tan felizmente continuó su nieto Harum-al-Raschid, hizo traducir al sirio y al persa las obras de los grandes escritores y sabios griegos y halagó y recompensó espléndidamente a sabios y poetas. Políticamente, a pesar de las revueltas que tuvo que combatir, no experimentó más revés que la pérdida de sus dominios en España, que le arrebataron los omniadas españoles, a los que no pudo exterminar como a los de Oriente, pérdida que compensaron con creces sus conquistas en el Asia Menor. Además de Bagdad, edificó la ciudad de Hilla y engrandeció Basora y Cufa, levantando, por último, tres poblaciones, que llevaron su nombre en África, India y Persia.

### **Ambrosio.**

Uno de los más ilustres padres de la Iglesia latina, nació en Tréveris y murió en Milán (340-397). A la muerte de Auxencio, el pueblo, por aclamación, le eligió arzobispo de Milán, cargo que aceptó después de obstinada resistencia. Dejó sus bienes a favor de la Iglesia y de los pobres y consagró su vida a los deberes de su ministerio. Promovió la conversión de San Agustín, excomulgó al emperador Teodosio por la matanza de Tesalónica, introdujo en la Iglesia latina el canto litúrgico por él llamado ambrosiano.

### **Amenofis IV.**

Faraón egipcio de la 18ª. dinastía, hijo y sucesor de Amenofis III, conocido también por Akenaton (1380-1362 a. C.). Se interesó poco por los asuntos públicos, causa principal de la pérdida del imperio egipcio en Asia; pero deseoso de librarse de la influencia de los sacerdotes de Amón, reformó la religión, no sin protestas ni violencias, creando el culto a Aton, el dios solar, del que se erigió en sumo sacerdote y para el cual creó una nueva capital, Akenaton, nombre que también tomó él. La re-

forma no perduró, pues su hermano y sucesor Tutankamon volvió al antiguo culto. Amenofis estuvo casado con la reina Nefertiti.

### **Amiano Marcelino.**

Historiador latino, nacido en Antioquía hacia 330,+ hacia 400. Estuvo al servicio del emperador Constancio y acompañó a Juliano en su expedición contra los persas. Su obra abunda en informaciones útiles sobre el Irán y los iranos.

### **Andrisco.**

Pretendiente al trono de Macedonia, que decía ser hijo de Perseo; había nacido en Adramytticem (siglo II a. de C.). Tomando el nombre de Filipo entró en Macedonia pretendiendo ser nombrado rey y librar a la nación del yugo de Roma, pero tuvo que huir a Siria, en donde Demetrio Soter, casado con una hermana de Perseo, juzgándole impostor, le entregó a los romanos. Habiendo logrado escaparse se refugió en Tracia, reuniendo un ejército, con el que derrotó varias veces a los romanos, siendo, al fin, vencido en batalla de Pidna (148), hecho prisionero y llevado a Roma, en donde fue condenado a muerte.

### **Aníbal Barca.**

General cartaginés, nació en Cartago y murió en Bitinia (247-183 a. de C.). Fue uno de los caudillos más grandes de la antigüedad. Vino a España con su padre, Amílcar, le acompañó en todas sus campañas de 238 a 229. A la muerte de Amílcar volvió por algún tiempo a África, pero regresó pronto a España, donde sirvió en las tropas de su cuñado Asdrúbal. Cuando fue asesinado éste, el ejército cartaginés eligió por jefe al joven Aníbal, que contaba entonces veinticinco años, y Cartago ratificó la elección (219), hecho que dio origen a la segunda guerra Púnica. Después de tomar Sagunto, Aníbal decidió llevar la guerra a Italia: para ello cruzó con su ejército los Pirineos y los Alpes y venció a Escipión en el río Tesino, a Sempronio en el río Trebia, a Flaminio en el lago Trasimeno y a Varrón en la batalla de Cannas. No atreviéndose a sitiar Roma con las pocas fuerzas de que disponía, tomó Capua y fijó en ella sus cuarteles de invierno. Para acudir en auxilio de su patria, atacada por Publio Cornelio Escipión, *el africano*, hubo de salir de Italia. Vencido en Zama (202) buscó refugio en diversos países y, por último, en Bitinia, donde, reclamado por los romanos, para no caer en sus manos, se suicidó.

### **Anibalino.**

(Flavio Claudio). Sobrino y yerno de Constantino el Grande, que le nombró rey de Ponto, de Capadocia, de Bitinia y de la Armenia Menor, después de la muerte del emperador (338); fue asesinado por los centinelas del palacio, probablemente a excitación de Constancio.

### **Antígono.**

General de Alejandro Magno, llamado *el Cíclope* porque había perdido un ojo en uno de los combates en que intervino (384-301 a. de C.). A la muerte de Alejandro tomó el título de rey y se apoderó de toda el Asia Menor y Siria, con la ayuda de sus hijos Filipo y Demetrio Poliorcetes. Fue vencido y muerto en la batalla de Ipso.

### **Aqueménidas.**

Dinastía la más poderosa de la antigua Persia, durante cuyos reyes aquél pueblo dominó a casi todo el mundo entonces conocido: comprendía 27 satrapías o grandes provincias. El nombre proviene de Aquemenes, primer príncipe de aquella familia, el más prestigioso de los jefes de las tribus en que venía dividiéndose la población persa. Aquemenes (Akhámanis, «el amistoso») con la ayuda de los medos hizo a su pueblo independiente de la dominación asiria, pero quedó sometido (654) a Fraortes, rey de la Media. Esta dinastía comienza con Aquemenes (670) y acaba con el Imperio persa en Darío Codomano (330).

### **Arameo.**

En la Biblia y en los documentos acadios, se da el nombre de arameos a una serie de tribus nómadas cuyos recorridos trashumantes les llevaron desde el norte de Arabia hasta Siria, nunca existió un reino arameo. Los persas utilizaron la lengua hablada por estas gentes como un vehículo apropiado para facilitar la comprensión entre los países incorporados a su inmenso imperio, debido a la gran cantidad de arameos que existían en los territorios que conquistaron a los asirios y babilonios.

### **Arcadio.**

Emperador de Oriente, hijo de Teodosio el Grande, nació en España (377); fue elevado al trono (395) al mismo tiempo que su hermano Honorio recibía el imperio de Occidente; príncipe de carácter débil, vicioso e incapaz de hacer frente a los bárbaros que amenazaban sus Estados, desplegó gran pompa en su corte y persona; en los reinados de estos príncipes empezó la decadencia del Imperio romano. Arcadio fue celoso defensor del cris-

tianismo, que declaró religión del Estado, en el año 408 decretando la confiscación de los templos paganos, tanto de las ciudades como del campo, destinando los materiales procedentes de su derribo a la construcción y reparación de carreteras, acueductos, puentes, etc.; expulsó de Constantinopla a los apolinarios y declaró que solo los cristianos podían ocupar los destinos públicos y celebrar reuniones; sin embargo toleró a los judíos el ejercicio de su culto. A su muerte (1º de mayo del 408) dejó el trono a su hijo Teodosio III, habido con Eudoxia, el que a la sazón contaba cinco años, bajo la tutela de su otra hija Pulqueria.

### **Aristóteles.**

Filósofo griego, nació en Estagira, por lo que fue llamado *el Estagirita*, y murió en Calcis. Eubea (384-322 a. C.). Hijo de Nicómaco, médico de Amintas II de Macedonia, a los dieciocho años marchó a Atenas, donde, por espacio de veinte años, siguió en la famosa *Academia* las lecciones de Platón, del que fue discípulo predilecto. Fallecido su maestro (348), llevó a cabo un viaje por Asia Menor, en el transcurso del cual se relacionó con Filipo, rey de Macedonia, que le encargó la educación de su hijo, el futuro Alejandro Magno. Aceptada la proposición (342), vivió siete años en Macedonia rodeado de la máxima consideración. Elevado al trono Alejandro, no quiso acompañarle en su expedición militar a Asia y regresó a Atenas, donde abrió una escuela cerca del Liceo, en la que daba sus lecciones paseando con los discípulos, circunstancia que dio motivo al título de peripatéticos con que fueron conocidos sus seguidores. Doce años duró su magisterio en Atenas, transcurridos los cuales, a raíz de la reacción antimacedónica que tuvo lugar a la muerte de Alejandro, hubo de retirarse a Calcis (Eubea).

Comprendió todo el saber de su época, por lo que su obra es enciclopédica; pero brilló especialmente en las ciencias naturales descriptivas por sus dotes de observación y su metódico sistema de juntar datos, que, unidos a una potente originalidad y a un sano empirismo, tan poco apreciado por él en la física, le convierten en el más grande naturalista de la antigüedad autor de la primera clasificación importante de los animales, a la vez que en maestro de otros científicos, como el botánico Teofrasto, su sucesor en el Liceo.

Pese al reconocido magisterio de Platón, corrigió en aspectos fundamentales las teorías del maestro. Afirmando, como él, que la esencia de las cosas es lo universal y necesario, tales esencias entiende que sólo pueden estudiarse en el mundo de lo singular y concreto. Dio solu-

ción al problema del movimiento viendo en éste el paso de la potencia al acto.

En sus ideas sobre la sociedad y la cosa pública, afirma al hombre como animal político; en este campo se le debe, asimismo, la clásica división de las formas de gobierno: monarquía, aristocracia y democracia. En su obra queda patente su visión equilibrada y en síntesis de todas las cuestiones (así, junto a su visión intelectualista de la ciencia y la moral, su afirmación de que los sentidos son la puerta del conocimiento). Conceptos por él perfilados, alimentan todavía la discusión filosófica; así la distinción entre esencia y existencia.

### **Arsácidas.**

Dinastía de reyes partos fundada por Arsaces I. Los arsácidas llegaron a dominar desde el Éufrates al Indo, países que comprendían la Bactriana, las provincias de la India septentrional y las comarcas situadas entre el mar Caspio y el mar Negro, en las que habitaban entre otros pueblos escitas, los dacios, alanos y masagetas. El vasto imperio dividióse en cuatro partes, siendo Persia la principal, y teniendo como Estados vasallos a la Armenia, la Bactriana y la Escita. A los arsácidas de Persia sucedieron los sasánidas, en el año 226 los de Armenia reinaron desde el siglo II a. de C., hasta el 428 de la era cristiana, y los arsácidas de la Bactriana dominaron en los límites del Indo y sobre los alanos, getas y otros pueblos que habitaban la desembocadura del Kandhar y las montañas de este nombre. No puede precisarse el tiempo en que fueron despojados de sus dominios, pero se sabe que el año 370 a. de C. lucharon contra el rey de Persia Sapor II. Los reyes de los escitas, alanos, etc., o sea los arsácidas de Norte, fueron derrotados por los hunos en los siglos IV y V, que destruyeron el Estado formado por ellos. Durante el imperio de los arsácidas se introdujo el cristianismo en las comarcas.

### **Artajerjes.**

Rey de Persia. Inauguró su reinado con una larga serie de horribles crímenes, pues hizo estrangular a todos los príncipes y princesas de la familia real, en número de 80. Creyéndose ya seguro en el trono, resolvió restablecer en las comarcas del Nilo la dominación persa, pero sus tropas fueron vencidas por las fuerzas que mandaban dos griegos, Difoantos y Samios, al mismo tiempo que se declaraban independientes el Asia Menor, Fenicia y Chipre. Después de haber reprimido estas sublevaciones, Artajerjes se dirigió de nuevo contra Egipto, parte del cual conquistó devastando templos y ciudades y asesinando a gran número de personas. Artajerjes III

había reinado desde 359 a 338 a. de C.

### **Asclepiades de Bitinia.**

Médico griego, nació en Prusa (Bitinia) en 124 a. C. Fue discípulo de Cleofanto de Alejandría. Fundó en Roma una escuela famosa, en la que combatió las doctrinas de Hipócrates. Como filósofo profesó las doctrinas de Epicuro y de Demócrito. Figuran entre sus discípulos: Apuleyo, Sexto *el Empírico*, Celso Escríbonio Largo y, principalmente Temisonte.

### **Asdrúbal.**

General cartaginés, hijo de Giscón, que vino a España (212 a. de C.) a las órdenes de Asdrúbal Barca, quien le destinó a la Bética; junto con Magón derrotó y dio muerte al P. Cornelio Escipión y, más tarde, en unión de Barca, derrotó a Cneo Escipión, que pereció en el combate. Al marchar Barca a Italia, quedó al frente del ejército cartaginés de España. Pero fue derrotado entre Sevilla y Córdoba por Escipión (206). Solo se salvaron 7,000 hombres, que junto con él se refugiaron en Cádiz, pasando desde allí al África con el propósito de alcanzar la alianza del anciano rey de Numidia, Sifax, para Cartago. Encontróse en aquella corte con su rival Escipión, que había ido con idéntico objeto. Asdrúbal permaneció en África, y gracias a la belleza de su hija Sofonisa, logró atraer a Sifax a la causa de Cartago; pero habiendo caído aquella en poder de Masinisa, casó con él y Sifax volvió a favorecer a los romanos. Escipión, terminada la conquista de España, embarcó para África (203) y atacó a Asdrúbal y a Sifax, nuevamente aliado con los cartagineses, derrotándolos completamente en la batalla llamada de las Grandes llanuras; Asdrúbal murió dos años después.

### **Astiajes.**

Hijo de Ciaxares y último rey de los medos, que vivió en el siglo VI a. de C. Sucedió a su padre hacia el 595 a. de C. La cronología de los reyes medas es uno de los puntos más oscuros de la historia antigua, debido a las grandes diferencias que existen en los textos de los escritores. Entre tantas versiones, la que ofrece más visos de verdad es la que sostiene que Ciro al ser hombre, con el apoyo de su padre Cambises, se levantó en armas contra Astiajes, le venció, le hizo prisionero y ocupó su trono, no sin que Cambises pereciera en un primer combate en que los persas fueron derrotados. Ciaxares II, sucesor de Astiajes, según unos, y su hijo y sucesor, según otros, resistió durante algún tiempo, lo que explica el texto de Jenofonte, que dice que Ciro sucedió a Ciaxares II, sin

mencionar a Astiajes. La última versión expuesta queda en parte confirmada por la inscripción descubierta en Nabonid recientemente, en la que se dice que en el año tercero del rey de Babilonia, Astiajes juntó su ejército para marchar contra Ciro; pero sus tropas se amotinaron, le hicieron prisionero y lo entregaron a su nieto en el 552 a. de C.

### **Augusto.**

Militar y político romano, sobrino y heredero de César, nació en Roma y murió en Nola. Campania (63 a. de C.-14 d. de C.). Su nombre original fue Cayo Octavio; después de haber sido adoptado por César. Fue el fundador y cabeza del Imperio romano. Asesinado su tío el 44 a. C., se trasladó a Roma al frente de los veteranos de César. El año 43, con Antonio y Lépido, formó el segundo triunvirato. Inmediatamente emprendieron la guerra, en Macedonia, contra sus enemigos. Octavio logró la pacificación de los territorios conquistados por Roma en el Mediterráneo, reorganizó el Senado, reformó las costumbres y protegió la religión del Estado. Las letras y la elocuencia romanas alcanzaron entonces su mayor grado de esplendor con Horacio, Virgilio, Ovidio, Catulo, Marcial, etc. El problema de la sucesión preocupó a Octavio, que, a falta de un primogénito varón, se vio obligado a adoptar y asociar en el poder a sus yernos Agripa y Tiberio. Este último, casado con su hija Julia el año 11, tras la muerte de Agripa el 12, fue nombrado definitivamente heredero de Octavio.

### **Avicena.**

Ibn Sina (980-1037), filósofo y físico persa. Él es el más reconocido del Islam medieval. Su interpretación de Aristóteles fue seguida por los neoplatónicos. Su obra *Canon de la Medicina*, un texto clásico, tuvo una importante influencia de 1100 a 1500. Nació en Bukhara, Persia oriental, estudió profundamente la filosofía aristotélica, empezó a escribir muy joven y enseñó en Ispahán. Fue médico de algunos príncipes persas y murió en Hamadán. A su fama de filósofo sobrevivió su fama como médico en Occidente, en donde sus obras de medicina se reimprimían todavía en el siglo XVII. En sus numerosas obras dejó 18 volúmenes que son una verdadera enciclopedia filosófica.

### **Benjamín.**

Duodécimo y último hijo de Jacob, nació en 1736 a. C. Su madre, Raquel murió al darlo a luz.

### **Bernon.**

Benedictino alemán, nació en la segunda mitad del siglo X y murió en el 1048. Fue monje del monasterio de Fleury-sur-Loire, de donde pasó al de Prum hasta que en 1008 fue nombrado abad de Reichenau. Bernon enriqueció la biblioteca de la abadía y puso a gran altura la escuela de la misma. Reformó también la música litúrgica.

### **Bonifacio.**

Papa, nació en Roma y murió en la misma ciudad en 607. Ocupó el solio pontificio de febrero a noviembre de 607. Prohibió toda campaña electoral durante la vida del papa y estableció que la elección únicamente podría ser efectuada tres días después de la muerte del papa que debiera ser sucedido.

### **Ciro II El Grande o El Viejo.**

Rey de Ansan y fundador del imperio persa (579- 529 a. de C.). Se apoderó de Babilonia en 538 y puso fin a la cautividad de los judíos. Le sucedió su hijo Cambises.

### **Claudio.**

(Tiberio). Emperador romano, nació en Lyon y murió en Roma (10 a. de C. - 54 d. de C.). Hijo de Druso y Antonia y hermano menor de Germánico, los pretorianos le eligieron emperador, en el año 41, después del asesinato de Calígula y tomó el nombre de Tiberio Claudio César Augusto Germánico. Estuvo casado en terceras nupcias con Mesalina, y luego con Agripina, hija de su hermano Germánico y madre de Nerón, al que adoptó y aseguró el trono en detrimento de Británico, hijo de su matrimonio con Mesalina. Al comienzo de su reinado dictó leyes favorables al pueblo; construyó caminos en África e Inglaterra, dos acueductos en Roma y el puerto de Ostia. Reconquistó Bretaña, Tracia y Macedonia; sometió la Mauritania y fundó varias colonias.

### **Constancio.**

(Flavio Julio). Emperador romano, nació en Sirmio y murió en Tarso (317-361). Hijo de Constantino. Combatió a los persas e hizo transportar a Roma el obelisco de Heliópolis que orna la plaza de San Pedro.

### **Constantino I El Grande.**

(Cayo Flavio Valerio Claudio). Emperador romano, nació en Naissus entre 270 y 280 y murió en Nicomedia en 337. Era hijo de Constancio *el Pálido* y de Elena. Casó con Fausta, hija del emperador Maximiano. Se alió con Licinio contra el tirano Majencio. En 313 publicó el edicto



de Milán a favor de los cristianos y colocó el signo de la cruz sobre su lábaro. En 324, dueño absoluto del Imperio, combatió al paganismo y trabajó por el restablecimiento de la concordia de la Iglesia. En 325 se celebró el Concilio de Nicea, que condenó el arrianismo. Estableció la libertad religiosa e hizo devolver a los cristianos los bienes que les habían sido confiscados en el reinado anterior. Su conversión al cristianismo se verificó en el año 323. En 330 eligió a Bizancio por capital de su Imperio y se dedicó reorganizarlo. Murió cuando se dirigía a combatir al rey de Persia.

### **Darío III.**

Último rey del imperio persa y de la dinastía de los aqueménidas, llamado Codomano, hijo del aqueménida Arsanes y pariente próximo de Artajerjes II. Distinguióse por su valor en la guerra contra los cadusios, y fue nombrado, por Artajerjes, gobernador de la Armenia. En su reinado se aceleró la decadencia del imperio de los aqueménidas un pueblo poderoso, la Macedonia, dotado de procedimientos estratégicos superiores, y regido por Alejandro, debía disputar, con ventaja, la supremacía del mundo, al trastornado y débil imperio de los persas. Peleó varias veces en contra de Alejandro de Macedonia quien lo derrotó en el año 331. Darío retirado hacia el interior del Asia, negóse a confiar la defensa de su persona a los griegos mercenarios por no humillar a los persas; pero éstos le vendieron, y fue traidoramente asesinado en 330 por Besso, sátrapa ambicioso, que aspiraba a reinar en la Bactriana. Alejandro hizo trasladar honrosamente el cadáver de Darío al Panteón real de Persépolis. Con él desapareció Persia, como nación independiente, de la historia, para no volver a reaparecer hasta cerca de seis siglos más tarde, con la poderosa dinastía de los sasánidas.

### **David.**

Gran profeta y segundo rey de los israelitas, nació en Belén (1014-970 a. de C.). De joven estuvo ocupado en guardar los rebaños de su padre. Más tarde pudo entrar en la corte de Saúl, pero tuvo que salir de ella con motivo de la guerra entre israelitas y filisteos. A la muerte de Saúl fue proclamado rey de Judá y más tarde de todo Israel. Su fiesta, el 29 de diciembre.

### **Diocleciano.**

Emperador romano, nació en Dioclea (Dalmacia) y murió en Salona. Espalatro (245-313). Cónsul a la muerte de Numeriano, fue proclamado emperador por sus soldados. Diocleciano asoció al poder a Maximiano, caudi-

llo valiente y fiel, y nombró dos césares para que les ayudasen a gobernar el Imperio, que dividió en cuatro partes. Se reservó para sí las ciudades de Busiris y Coptos y sometió a Egipto. Se distinguió por su crueldad con los cristianos, a los que persiguió, llamándose por ello a su reinado era de los mártires. En 305 abdicó en favor de Galerio y vivió en el retiro hasta que murió.

### **Eratóstenes.**

Geógrafo, poeta, filósofo, músico, matemático y astrónomo griego, nació en Cirene y murió en Alejandría (hacia 275-194. a. C.). Vivió en Atenas hasta que Tolomeo Evergetes le encargó la dirección de la Biblioteca de Alejandría. Fue el primero que midió un arco de meridiano, y por tanto, la longitud de la circunferencia terrestre, para la cual determinó el ángulo de los rayos solares entre Siena (Assuán) y Alejandría. También halló un valor muy aproximado de la oblicuidad de la eclíptica sobre el ecuador. Inventó la esfera armilar; se le debe además el algoritmo llamado *criba de Eratóstenes*.

### **Escipión.**

(Publio Cornelio). Político y militar romano, murió en 212 a. C. En calidad de cónsul fue enviado a España en 218 a. C., mas, como al llegar a Marsella tuviese noticia de que el ejército de Aníbal se disponía a cruzar el Ródano, resolvió salir a su encuentro, aunque, por perder tiempo, no pudo evitar la maniobra; entonces envió a la Península a su hermano Cneo, con parte de su ejército, y él regresó a Pisa, en donde fue derrotado por Aníbal y quedó herido. Unido al cónsul Sempronio, fue nuevamente derrotado en Trebia. Nombrado procónsul, pasó a España en 216, y con Cneo impidió que Asdrúbal cruzase el Ebro para ir a ayudar a Aníbal, que acababa de triunfar en Cannas, y se apoderaron de Sagunto. Dos años después avanzaron hacia el sur y entraron en la Bética; pero, rehechos los cartagineses, fue derrotado Publio en Cástulo y Cneo en Horcí, pereciendo ambos en el combate.

### **Estrabón.**

Geógrafo y escritor griego, nació en Amasia. Se desconoce la fecha de su nacimiento, aunque se coloca a mediados del siglo I a. de C., y en cuanto a su muerte, se supone ocurrida hacia el año 20 de nuestra era. Sus padres le dieron esmeradísima educación, enviándole primero a Nisia de Caria, donde siguió los cursos del célebre retórico y gramático Aristodemo; fue también con el peripatético Xenarco de Seleucia, pero no obstante las enseñanzas recibidas, tuvo preferencia por las doctrinas

estoicas. Completó su instrucción emprendiendo largos viajes, durante los cuales visitó Grecia, Italia y Egipto, aunque no con detenimiento. En cuanto al resto de África y a la Europa Occidental, no las conocía más que por los relatos de los historiadores y geógrafos. Su obra maestra y la única que hasta nosotros ha llegado es su célebre *Geografía*. El plan de la obra, más amplio y menos sistemático que el de sus antecesores, se diferencia también en que procura presentar a cada país con la fisonomía que le es peculiar. Así sin dejar de conceder a las matemáticas la importancia que deben tener en geografía, atiende más a los aspectos moral y político.

### **Eulogio.**

Patriarca de Alejandría, elevado a la silla patriarcal en 580 y murió en 608. Se mantuvo en relaciones amistosas con el papa san Gregorio.

### **Filipo V.**

Rey de Macedonia (237-178 a. C.). Sucedió en el trono (221-178 a. de C.) a su tío Antígono a los dieciséis años. Se le acusó de haber mandado matar a su hijo Demetrio sin causa que lo justificase.

### **Flavios.**

Nombre de una de las dinastías que gobernaron Roma en la antigüedad, a la que pertenecieron los emperadores Vespasiano, Tito y Domiciano.

### **Focas.**

Emperador de Oriente. Nació en Capadocia y murió en 610. En 602 se apoderó del trono, haciendo decapitar al emperador Mauricio y a sus hijos. Años más tarde, apresado por el ejército de Heraclio, exarca de África, fue brutalmente descuartizado y sus restos arrojados al fuego.

### **Focio.**

Teólogo griego, nació en Constantinopla y murió en un monasterio de Armenia (820-891). Fue elevado a la silla patriarcal de Constantinopla en 857 por Bardas, que ejercía el poder imperial y que había depuesto al legítimo patriarca san Ignacio. El papa Nicolás I excomulgó a Focio y esto fue el comienzo de la separación de la Iglesia Griega de la Romana, consumada con Miguel Cerulario.

### **Galeno.**

Médico y filósofo griego, nació en Pérgamo (131-

210). Fue después de Hipócrates el primer médico de la antigüedad. Compuso numerosas obras sobre medicina y filosofía e inventó la cuarta figura del silogismo.

### **Graciano.**

Emperador romano, nació en Sirmio, Panonia, y murió en Lyon (359-383). Hijo de Valentiniano I le sucedió, juntamente con su hermano Valentiniano II. Fue derrotado y muerto en Francia por Andragathius, lugarteniente de Máximo.

### **Guillermo I el Piadoso.**

Duque de Aquitania, elevado al poder en 886 y murió en 918. Se distinguió su gobierno por la fundación de establecimientos religiosos entre otros, la abadía de Cluny.

### **Harún Al Raschid Ibn Mahdi.**

Califa abasida de Bagdad, el quinto de su dinastía, hijo segundo del califa El mahdi y de la sultana Jesuirán, nació en Rey (Persia) el año 34 de la hégira (763 de nuestra era), según Tabari, o el 149, según otros, y murió cerca de Tus el 193 (23 de marzo de 803).

### **Hatshepsut.**

Reina de Egipto. Murió en 1483 a. de C. Hija de Tutmés I y esposa de Tutmés II, su hermanastro ejerció la regencia en nombre de su sobrino Tutmés III, desde el fallecimiento de su marido (1505 a. C.), hasta su propia muerte. Mandó una famosa expedición marítima al país de Punt (Somalia).

### **Hattusil III.**

Rey de los hititas, murió en 1250 a. C. El borrador del tratado de paz entre el faraón egipcio Ramsés II y Hattusil, que ha llegado hasta nosotros, es el documento diplomático más antiguo del mundo y se redactó entre 1280 y 1269 a. de C.

### **Heraclio.**

Emperador de Oriente, nació en Capadocia y murió en Constantinopla (575-641). Hijo de un exarca de África, depuso a Focas en 610 y ocupó en su lugar el trono. Venció a Cosroes, rey de los persas, y conquistó Asia Menor hasta el Tigris.

### **Herodes el Grande.**

Rey de Judea, nombrado por el Senador romano el año 40 a. de C., nació en Ascalón y murió en Jerusalén (73-4 a. C.). De espíritu receloso y cruel, mandó matar a

su mujer Mariana, a tres de sus hijos y a numerosos personajes que excitaban sus sospechas. A este rey atribuye el sagrado texto la degollación de los Inocentes. Modernizó las ciudades de su reino y reedificó el templo de Jerusalén, construido primitivamente por Salomón.

### **Honorio (Flavio).**

Emperador romano de occidente, hijo de Teodosio *el Grande*, nació en Constantinopla y murió en Ravena (384-423). Sucedió a su padre en 395. No supo rechazar las invasiones de los bárbaros, y Alarico rey de los godos, se apoderó de Roma (409) y la entregó al saqueo. Durante el reinado de Honorio, perdió el imperio la Gran Bretaña, Galia y España.

### **Imhotep.**

Famoso arquitecto egipcio que vivió entre 1778-2600 a. de C. Es considerado como el iniciador de la arquitectura en piedra. Encontramos su nombre frecuentemente citado en los grandes monumentos (templos de Karnak, Deir el Bahari, Deir el Medineh, y templo y pirámide de Sakkara), y su renombre fue grande, incluso entre los griegos.

### **Isidoro de Sevilla.**

Obispo español y doctor de la Iglesia, nació en Sevilla ca. 560 y murió en el año 636. Su hermano san Leandro, arzobispo de Sevilla, dirigió su educación en la escuela catedralicia. Llegó a destacarse por su ciencia y su virtud, que al morir aquél le sucedió en el episcopado (599), cargo que ocupó hasta su muerte.

### **Jacob.**

Hijo de Isaac y Rebeca y hermano gemelo de Esaú. Habiendo obtenido de éste el derecho de primogenitura y de su padre la bendición, por medio de una estratagemma, fue heredero de los bienes paternos y uno de los tres grandes patriarcas de los israelitas.

### **Joviano.**

Emperador romano, nació en Panonia y murió en Dadastana, Bitinia (332-364). Fue elevado al trono a la muerte de Juliano *el Apóstata*. Murió envenenado cuando se encaminaba a Constantinopla para que lo coronasen.

### **Juliano (Flavio Claudio).**

Emperador romano, llamado *Juliano el Apóstata*, nació en Constantinopla y murió en Mesopotamia (332-363). Sobrino de Constantino. Aunque educado en el culto

cristiano, hizo sus estudios en Constantinopla, donde sufrió las influencias del paganismo, y proclamado emperador a la muerte de Constancio, abjuró el cristianismo y organizó el clero pagano. Murió combatiendo a los persas.

### **Justiniano I.**

Emperador de Oriente, nació en Tauresium de Iliria hacia el año 483 y murió en 565. En el reinado del emperador Anastasio fue llamado a Constantinopla por su tío, más tarde emperador Justino y, donde recibió esmerada educación y alcanzó los más elevados cargos del Estado. En 521 obtuvo el consulado, que desempeñó con singular brillantez hasta que, finalmente, su tío le adoptó por hijo y le asoció al Imperio, siendo sucesor suyo a su muerte (527). A su lado desempeñó un importante papel.

El gobierno de Justiniano I fue notable principalmente por tres conceptos, a saber; las grandes construcciones arquitectónicas que llevó a cabo; los éxitos militares que alcanzó y el Código que ordenó y que ha pasado a la posteridad.

### **Lisímaco.**

Rey de Tracia de Macedonia, nació en Pella y murió en Couropedion (360-281 a. de C.). A instancias de su tercera mujer, Arsinoe, ordenó la muerte de su hijo Agatocles, lo que le acarreo la enemistad del rey de Siria, Seleuco, quien le venció y dio muerte en un combate librado en Frigia.

### **Majencio.**

Emperador romano, hijo de Maximiliano, muerto en el año 312. Fue nombrado César conjuntamente con Constantino, y derrotado por el mismo en la batalla del puente Milvio (Ponte Molle), cercano a Roma, en donde perdió la vida.

### **Martel, Carlos.**

Príncipe franco, hijo de Pipino de Heristal. murió en Quierzy (688-741). Fue el personaje que más influencia tuvo en la corte durante varios reinados. Realizó varias expediciones a Alemania, a la cual sometió. Inició una campaña contra los sarracenos y al año siguiente los derrotó en Poitiers (25 de octubre de 732). Esa victoria le valió el título de *Martel* o *martillo*. Hizo las veces de rey hasta su muerte.

## **Maximiano.**

Poeta latino de fines del s. v y principios del vi. Gozó en Roma de gran reputación como orador y como poeta; consérvanse de él seis elegías amorosas.

## **Nectanebo II.**

Rey de Egipto que ocupó el trono hacia el año 361 a. de C. suplantando a Tahó, tío suyo. Con el apoyo de Agesilao, rey de Lacedemonia, pudo mantenerse en el trono, y logró vencer a los persas por medio de sus generales Diofanto de Atenas y Lamio de Esparta en el año 357, pero la defección de Mentor, al que envió a Fenicia, le llevó a la derrota y después de una vigorosa resistencia, tuvo que huir Nectanebo II a Etiopía (342), en donde murió.

## **Nefertiti.**

Reina de Egipto, esposa del faraón Akhenatón o Amenofis IV, el cual reinó entre 1375 y 1358 a. C. Fue madre política de Tutankhamen, el restaurador de la antigua religión.

## **Numa Pompilio.**

El segundo de los siete reyes legendarios de la antigua Roma. Se calcula que reinó desde 715 hasta 673 a. de C. Numa fue el que estableció el estado sacerdotal en el Estado romano. Distribuyó la tierra entre el pueblo y reunió a los artesanos en gremios o asociaciones según las artes u oficios que profesaban.

## **Odoacro.**

Caudillo bárbaro, murió en Ravena (434-493). Al frente de los hérulos, acabó con el Imperio romano de Occidente (476, y fundó el reino bárbaro de Italia.

## **Omar I (Abu Hafsa Ben Al-Jatab).**

Segundo de los califas musulmanes que sucedieron a Mahoma, nació en La Meca y murió en Medina (581-644). Elegido califa a la muerte de Abu-Beker, continuó la guerra religiosa con tal denuedo y fortuna que tomó Damasco, Jerusalén, Alepo, Antioquía, Mesopotamia, Egipto, Armenia y Jorasán. Fue un soberano austero y sencillo y murió asesinado en la mezquita de Medusa por un artesano llamado Firuz. Fundó la célebre mezquita de Jerusalén que lleva su nombre.

## **Omar Kheyyám (Hakim).**

Poeta, astrónomo y matemático persa, nació y murió en Nishapur (1071-1123). Colaboró en la revisión del calendario persa, todavía utilizado en aquel país, que llevó

a cabo en la corte de Malik Shah; compuso tablas astronómicas y escribió tratados de Matemáticas. En Europa fue conocido como autor de una obra de Álgebra, hasta que la traducción inglesa de su *Rubáyat*, por E. Fitzgerald, lo dio a conocer como poeta.

## **Otmán (Abeir Affán).**

Califa musulmán, nació en La Meca hacia el año 574 y murió en Medina en el año 656. Estaba emparentado con Mahoma, de quien fue secretario y uno de sus más fieles compañeros, casando luego con dos de las hijas del profeta.

Muerto Mahoma, durante el reinado de Omar, sucesor de aquél, gozó de gran influencia, y a la muerte del segundo califa fue uno de los seis comisarios nombrados para elegir sucesor, siendo elegido por sus compañeros (644). Más liberal o menos fanático que sus antecesoros, preocupóse principalmente de los intereses materiales, y en el año 645 envió un ejército árabe para que ocupase Persia, al mismo tiempo que su general Abdaláh-ibn, Said se apoderaba del África oriental y de Nubia, cuyo soberano se comprometió a pagar un tributo (651). Fue también el primer soberano árabe que envió expediciones contra el Mediterráneo, devastando Chipre y Rodas.

Otmán se hizo impopular destituyendo a los principales generales y funcionarios de sus predecesores, a los que el pueblo miraba con respeto, para repartir los empleos entre los individuos de su familia y sus favoritos.

Tanto cundió el descontento, que se reunieron en Medina los ancianos, muchos de ellos antiguos compañeros de Mahoma, y acordaron elevar al califa un memorial de quejas que le fue entregado por Ammar.

Otmán hizo apalear al enviado de los ancianos y estalló entonces una revolución que no produjo la caída del soberano, gracias a la intervención de Alí que consiguió pacificar los espíritus, de momento al menos. Sin embargo, Ayescha, viuda de Mahoma, poco conforme con aquel estado de cosas, impulsó a las tribus árabes a la revuelta y les dio por jefe a Mohammed, hijo del califa Abu-Bekr. El rebelde consiguió reunir un fuerte ejército con el cual marchó contra Medina, de la que se apoderó sin resistencia, penetrando en el palacio de Otmán y asesinandole por su propia mano, según dicen algunos autores. Otmán pasaba entonces de los ochenta años y tuvo por sucesor a Alí.

## **Pedro el Venerable.**

Abad de Cluny. Hijo de Mauricio Montboissier, noble de Auvernia. Nació en el castillo de Montbois el año



1092. Siendo joven recibió el hábito en la abadía de Cluny, de manos de san Hugo. Habiendo abdicado la abadía Pons, sucesor de san Hugo, fue electo para sustituirle Pedro en 1122, después de haber sido Prior de Vézelay y de Domné. En menos de tres años operó una reforma completa, tanto en lo espiritual como en lo material, según él mismo lo afirma en su *dispositio rei Cluniacensis*. Tuvo entonces que entregarse a una infatigable labor de arreglos económicos para reconstruir la Iglesia, saldar las deudas y cubrir los crecidos déficits anuales. En 1141 hizo un viaje a Italia para tratar de restablecer la paz entre los habitantes de Pisa y de Luca, aunque sin conseguirlo. De regreso a Cluny, viéndose en dificultades pecuniarias y deseando visitar a los monasterios de España, emprendió un viaje a la Península, consiguiendo de Alfonso VII importantes donaciones. En Toledo mandó que le tradujeran el Corán al latín, valiéndose para ello de Pedro Toledano. Fue la primera traducción que se hizo de ese libro. Muere en 1156. La primera edición de sus escritos apareció en 1522.

### **Perdicas.**

General macedonio, murió en Egipto en 321. Tomó parte en las expediciones y guerras sostenidas por Alejandro, quien depositó en él su confianza hasta el extremo de que los últimos días de su vida le entregó el real anillo para legalizar sus mandatos. En su campaña de Egipto fue vencido por Tolomeo y asesinado.

### **Perseo de Macedonia.**

Último rey de Macedonia (212-166 a. de C.). Después de sostener varias guerras con los romanos fue preso por éstos y conducido a Roma, en donde murió encarcelado.

### **Petronax.**

Rico caballero de Briscia que vivió en la primera mitad del siglo VIII. Como el monasterio de Monte Casino seguía desierto y arruinado desde que le destruyeron los lombardos a fines del siglo VII, el papa Gregorio II encargó a Petronax que lo restaurase, lo cual realizó con gran celo, volviendo aquella abadía a su primitiva riqueza y observancia y siendo el primer abad después de la reedificación. Tuvo ésta lugar el año 717.

### **Pompeyo.**

General romano (106-48 a. de C.) llamado *el Grande*. Al desembarcar Sila en Italia luego de vencer a Mitrídates, rey del Ponto (85), halló dueños del poder a los partidarios de su rival Mario, jefe del partido popu-

lar, y a la sazón, ya fallecido Pompeyo, armó tres legiones en auxilio del mismo, y al morir Sila en 78 quedó como jefe del partido senatorial, cuyos ejércitos mandó en España en 87-71. El año 67 logró barrer a los piratas que infestaban el Mediterráneo, y en 66 derrotó a Mitrídates, quedando así todo el este sometido a la dominación romana. No quiso tomar el poder absoluto, sino que formó una alianza, conocida por «primer triunvirato», con Craso y Julio César. En el año 58, César se encargó del gobierno de la Galia, como procónsul, mientras Pompeyo, que quedó en Roma, perdía toda su influencia. En 52 se derrumbó el Gobierno, dando ello por resultado la invasión de Italia por César (49), la derrota de Pompeyo en Farsalia (9 de agosto de 48) y la huida de éste a Egipto, donde murió asesinado. Como España era el más firme bastión de Pompeyo y sus partidarios, la guerra civil se extendió hasta ella.

### **Procopio.**

Emperador romano de Oriente (de 365 a 366), nació en Cilicia. Era deudo de Juliano *el Apóstata*, quien se lo asoció en el mando del ejército de Mesopotamia. Al subir al trono Valente (364), Procopio creyó que peligraba su vida y huyó a Constantinopla, donde, favorecido por el general descontento que reinaba entre el pueblo, fue proclamado emperador. Más tarde fue decapitado.

### **Rhazés (*Abu Bakr Muhammad Ibn*).**

Médico persa, nació en Rayy, Korassán (865-923). Fue uno de los más eminentes médicos musulmanes y el primero que describió el sarampión y la viruela, observó el reflejo pupilar y escribió un libro sobre enfermedades de los niños.

### **Roger II.**

Rey normando de Sicilia, hijo de Rogerio I (1093-1154). A la muerte de su padre fue proclamado conde de Sicilia y duque de Calabria, pero su cuñado, el antipapa Anacleto, le concedió el título de rey de Sicilia.

### **Rómulo Augusto.**

Último emperador romano de Occidente, que por una amarga ironía de la suerte llevaba los nombres del fundador y del primer emperador de Roma. Odoacro, rey bárbaro, le destronó en 476 y le perdonó la vida, pues por su incapacidad no le inspiraba ningún temor.

### **Saladino. (*Al-Mahik An-Nasir Salahddin*).**

Sultán de Egipto y de Siria, nació en Tarkit y murió en Damasco (1137-1193). Por espacio de cinco años

combatió a los cristianos que habían ido en auxilio de Egipto, y en 1170 fue nombrado visir. A la muerte de su soberano Nur ed-Din, sultán de Siria (1174), Saladino marchó al norte y al año siguiente se adueñó del imperio y se hizo proclamar sultán. El resto de su vida lo empleó en extender sus dominios y en prepararse para la inevitable lucha contra los cristianos, que inauguró en 1187 con una brillante expedición a través de Palestina, que culminó en la toma de Jerusalén (2 de octubre de 1187).

### **Salomón.**

Rey de Israel (1032-975 a. de C.). Hijo de David. Conservó todas las conquistas de su padre y mantuvo su dominio sobre el territorio comprendido entre la frontera de Egipto, el mar Rojo y el Éufrates. Elevó la monarquía judía al más alto grado de prosperidad e hizo levantar suntuosas construcciones, entre ellas el famoso templo de Jerusalén. Se le atribuyen: *Los Proverbios*, *El Eclesiastés*, *El Cantar de los Cantares* y el libro de la *Sabiduría*.

### **Samético I.**

Primero de los reyes de la xxvi dinastía de Egipto (650-610). Hijo de Sais, rey de Neko, fue gobernador de Athribis y después rey de Sais y de Menfis. Con la ayuda de los mercenarios griegos y del rey de Lidia, logró sacudir el yugo asirio, que ya había soportado de su padre, y después de someter a los demás soberanos del Delta, ganó la batalla de Momenfis, quedando por ello rey del norte de Egipto. Samético I fue un monarca prudente, de gran inteligencia y promotor de las ciencias y las artes. Samético I fue uno de los monarcas egipcios que más decididamente fomentaron el culto de las divinidades.

### **Samuel.**

Profeta y juez de Israel, de la tribu de Levi (1132-1043 a. C.). Después de derrotar a los filisteos y de recuperar el arca santa, eligió por rey a Saúl, pero como éste tratase de substraerse al dominio sacerdotal, consagró después a David. Se le atribuyen el *libro de los Jueces*, el *libro de Rut* y parte del *libro de los Reyes*.

### **Selúco I Nicátor.**

Rey de Siria, fundador de la dinastía griega de los seléucidas (354-280 a. C.). Reunió a sus estados Frigia, Mesopotamia y Armenia, y después de cuarenta años de guerras encontró dueño de la mayor parte del Imperio de Alejandro. Murió asesinado por Tolomeo Cerauno.

### **Smerdis.**

Hermano del rey de Persia Cambises II, el cual fue asesinado por el custodio de palacio Daticitas, sin llegar a reinar.

### **Tarik.**

General musulmán del siglo VIII de nuestra era. Después de haber sido algún tiempo gobernador de Tánger, en 711 fue enviado por Muza a España al frente de 7,000 hombres aprovechando la ausencia de don Rodrigo que se hallaba en Vasconia, adonde había ido para sofocar la rebelión.

### **Thabet-Ibn Corrah-Ibn-Harun.**

Escritor árabe, nació en Harrán (Mesopotamia) el año 835 y murió en Bagdad en el 900. Su nombre aparece transcrito también a veces en las formas *Tabet*, *Thebit* y *Tehit*. Fue un verdadero polígrafo; conocía a fondo los idiomas griego y siríaco, y se distinguió como historiador médico, filósofo, músico y matemático. Establecióse en Bagdad, donde fue astrólogo del califa Motadhed. Las obras que escribió en árabe se elevan a 150 y las redactadas en lengua siríaca a 16. Las más importantes son: Crónica de los reyes de Siria; Tratado de música; Tratado sobre la religión de los sabeos, y algunas de sus producciones originales fueron traducidas al latín. Thabet pertenecía a la secta de los sabeos, cuyo centro era Harrán, su ciudad natal. Había sido discípulo de El kindi, considerado como el más antiguo escritor árabe de música, y compuso El gran libro de la música, El pequeño libro de la música y una Introducción a la ciencia de la música. Tradujo la Geometría de Euclides, el Tratado de la esfera de Arquímedes, el Almagesto Tolomeo, y otros de Apolonio de Pérgamo, Aristóteles, Antólico, Hipsiclés, Nicómaco Pappus y Teodosio, y fue uno de los continuadores de aquella lucida escuela de Honein y Costa, que hicieron pasar a la lengua árabe casi toda la producción científica del pueblo griego.

### **Ulug-Beg (Mirza Mohamed Taraghî).**

Rey de la Persia Oriental y célebre astrónomo, nació en Sultanieh en 1394 y murió en 1449. Era nieto de Tamerlán e hijo de Schah-Rokh, quien le nombró sucesivamente gobernador del Mazanderán y de la Transoxiana. Se distinguió pronto por su amor a la justicia y al estudio y por sus profundos conocimientos científicos, en 1421 mandó levantar en Samarkanda un observatorio, al cual dotó de los instrumentos más perfectos que se conocían en aquella época. Salaheddin, a quien

puso al frente de este observatorio, murió poco tiempo después, y entonces comenzó él a tomar activa parte en los trabajos matemáticos, se consagró a observaciones astronómicas y compuso en persa las famosas Tablas reales (*Tydje chachy*), que los orientales aprecian mucho, y de las que se sirven todavía para calcular el tiempo y fijar las longitudes y latitudes. A la muerte de su padre, Schah-Rokh, le sucedió en el trono (1446), pero tuvo que combatir contra su sobrino Alá-ed-Dulah, que se había hecho proclamar sultán en Herat y a quien derrotó; después tuvo que luchar contra otro sobrino, Baber, y, por último, se rebeló contra él su propio hijo Abd-el-Lathif, quien le derrotó cerca de Samarkanda (1449), le hizo prisionero y mandó darle muerte. Escribió varias obras en lengua árabe que luego fueron traducidas al persa y más tarde al latín por europeos.

### **Temistio.**

Filósofo y político griego del s. VI de nuestra Era. A causa de su elocuencia fue nombrado miembro del Senado de Constantinopla. Quedan de Temistio algunos discursos y varios tratados filosóficos.

### **Teodorico el Grande.**

Rey de los ostrogodos, hijo de Teodomiro, murió en Ravena (455-526). Se educó en la corte de Bizancio. Vuelto a su patria (Panonia), fue nombrado rey (474 a 475). Prestó buenos servicios al emperador de Oriente Zenón, y le nombró senador, patricio, jefe de la milicia (481) y cónsul. Capitán de la guardia imperial en 484; emprendió la conquista de Italia, que se hallaba en poder de Odoacro. Conservó la civilización romana y emprendió hermosas construcciones en Ravena, su capital. Llegó a tener bajo sus dominios desde la desembocadura del Ródano a las fuentes del Danubio, con este río por límite septentrional hasta su confluencia con el Sava, y de aquí hasta las bocas de Cattaro, en la costa del Adriático.

### **Teodosio I el Grande.**

Emperador romano, de origen español, hijo del general del mismo nombre, llamado antes de reinar Flavio Teodosio, nació en Cauca o en Itálica, y murió en Milán (346-395). Se distinguió como militar en las guerras de África y de Bretaña. En 374 fue nombrado gobernador de la provincia de Mesta, y derrotó a los godos que la habían invadido. En 378 el emperador de Occidente, Graciano, le asoció al trono, elevándole a la dignidad de Augusto, como emperador de Oriente. Marchó de nuevo a Oriente (391). Icodasto, que se había convertido al ca-

tolicismo a raíz de una enfermedad (380), fue un fiel creyente y decidido paladín de su religión; por un edicto, dio fuerza de ley de Estado a los acuerdos del Concilio de Nicea, se pronunció por los ortodoxos contra los arrianos y el Concilio de Constantinopla, apoyándose en esta actitud condenó todas las herejías. En 394 venció y dio muerte a Eugenio, que había sido nombrado para suceder a Valentiniano II después de haber sido éste asesinado, encontrándose así como dueño absoluto del Imperio. Dejó el imperio de Occidente a su hijo Honorio y el de Oriente a Arcadio. Fue el último de los grandes emperadores romanos, y en sus leyes muestra un espíritu ponderado y justo.

### **Tiberio (Claudio Nerón).**

Segundo emperador romano, nació en Fondi y murió en Miseno (42 a. C.-37 d.C.). Hijo de Livia, esposa de Augusto, la cual lo había tenido de su primer marido, Tiberio Nerón. Casó con Julia, hija de Augusto, y sucedió a su padre político en el año 14 de nuestra Era. Fue un soberano que persiguió a los más ilustres políticos y los hizo matar para apoderarse de sus riquezas. Murió a manos de Macrón, capitán de los pretorianos, que le estranguló hallándose en el lecho.

### **Tolomeo I.**

Rey de Egipto, llamado *Soter* (Salvador), fundador de la dinastía de los lagidas, nació en Macedonia (360-283 a. de C). Probablemente era hijo natural de Filipo de Macedonia; pero su madre casó con Lago, uno de los capitanes del monarca. Se distinguió en la carrera de las armas a las órdenes de Filipo y después de Alejandro Magno, con cuya cuñada, Artacama, casó. A la muerte del caudillo le correspondió la satrapía de Egipto, en donde, después de sangrientas luchas, se hizo proclamar rey. Engrandeció sus estados, protegió las ciencias y las artes y fomentó el comercio, siendo, en suma, uno de los mejores monarcas de la antigüedad, como antes había sido uno de los mejores generales de Alejandro.

### **Tutmosis I.**

Rey de Egipto, el tercero de la dinastía XVIII, sucesor de Amen-hotep I. Reinó de 1545 a 1514 o 1506 a. de C. Después de sofocar algunas rebeliones y de volver a pacificar Nubia, que ya había dado qué hacer a sus antecesor, emprendió una campaña en Siria, en donde entró por sorpresa sometiendo los diferentes principados que allí existían, entre los cuales sobresalía el de Kadesch, que dominaba el camino del norte de Siria por el valle de Orontes, siguiendo luego hacia el norte y llegando al

Éufrates, en territorio perteneciente al reino de Mitani, que parece haber sido entonces el poder principal del norte de Mesopotamia, con alianzas con todos los Estados de Siria. Estados entre los cuales figuraba, desde luego, el de Kadesch.

### **Tutmosis II.**

Rey de Egipto, que se supone hijo de Tutmosis I, y que gobernó el reino durante el periodo no bien definido que siguió a la muerte de su antecesor. Su reino duró hasta la proclamación de Hatshepshut, acaso hermana suya e hija también de Tutmosis I, en 1501 a. de C.

### **Tutmosis III.**

Rey de Egipto, uno de los más grandes de aquella época y país, y el verdadero fundador del Imperio asirio. Tutmosis III era hijo de Tutmosis I y de una concubina de este monarca. Cuando murió el que era considerado como su padre, Tutmosis III desempeñaba las funciones de sacerdote de Ammón Ra, y sus colegas apoyaron su candidatura al trono durante los disturbios de la sucesión al trono y discutiendo el derecho de Hatshepshut, que parecía, después de Tutmosis II, la legítima heredera del trono. Se supone que los sacerdotes de Ammón-Ra dieron un golpe de Estado y proclamaron a Tutmosis III, en 1501, junto con Hatshepshut, con quien le casaron, gobernando en un principio sin contar con su esposa; pero habiéndose impuesto el partido legitimista, la reina consiguió gobernar por sí misma, reduciendo a la obscuridad al joven rey, quien no pudo actuar hasta que murió Hatshepshut en 1479. Tutmosis III gobernó solo hasta 1447, y fue, a la vez, guerrero ilustre y prudente político. A él se debe ante todo la conquista y la organización del dominio egipcio de Siria. Al sentirse viejo asoció Tutmosis III al gobierno a su hijo Amen-hotep, y murió al año siguiente, doce años después de su última campaña de Siria, a los cincuenta y cuatro de reinado (1447).

### **Valente.**

Emperador romano, también conocido por Flavio Valente. Nació en Cibale y murió en Andrinópolis (h. 328-378). Fue asociado al trono por su hermano Valentiniano I en 364 y le encargó del gobierno de Oriente. Vencido por los godos cerca de Andrinópolis, se refugió en una cabaña, que se incendió y en la que pereció abrasado.

### **Valentiniano I.**

Emperador romano, nació en Cibalis, Panonia, y murió en Bregocio (321-375). Hijo del conde Graciano, fue

proclamado emperador por el ejército de Nicea a la muerte de Joviano, asoció al trono a Valente su hermano, y le confió el gobierno de Oriente. Murió de una apoplejía, en el país de los cuados, que había saqueado.

### **Valentiniano II.**

Emperador romano, hijo del precedente (371-392), a quien sucedió cuando solo contaba cuatro años. Su hermano mayor, Graciano, que había sido elevado a la dignidad de Augusto en 367, le eligió por colega y le cedió Italia, África e Iliria. Establecido en Milán, reinó en un principio bajo la tutela de su madre Justina. En 383 fue Graciano asesinado por el usurpador Máximo, quien amenazaba con la misma suerte a Valentiniano II; pero Teodosio que gobernaba en Oriente, acudió en su auxilio, y aunque por entonces consintió en reconocer aquél usurpador con la condición de que se contentase con el dominio de las Galias, cinco años después, al saber que volvía a empuñar las armas, le declaró la guerra, le derrotó y le mandó dar muerte (388), quedando así Valentiniano II, que era ya mayor de edad, dueño de todo el Occidente.

### **Vetranio.**

Emperador romano, nació en Mesia y murió en Prusa en 356. Mandaba el ejército de la Panonia, y a la muerte de Constante se hizo proclamar emperador. Constancio le obligó a abandonar la púrpura y a retirarse a Prusa, en donde recibía de Roma una crecida pensión.

### **Zacarías.**

Papa de origen griego, murió en Roma, en 752. Ocupó el solio pontificio de 751 a 752. Se ocupó sobre todo de la evangelización de Alemania y del restablecimiento de la fe en Inglaterra. Se le debe también la creación de la famosa biblioteca de El Vaticano.

### **Zenódoto.**

Poeta y gramático griego, que floreció en el s. III a. C. Su antiguo discípulo Tolomeo II, llamado *Filadelfo*, le nombró director de la gran biblioteca de Alejandría. La obra más célebre de Zenódoto es una edición crítica de la *Íliada* y la *Odisea*.

### **Zoser.**

Faraón egipcio de la 3ª dinastía. Llevó la colonización hacia el Sur, más allá de la primera catarata. Su nombre va siempre asociado al de su escriba y arquitecto Inhotep, artífice del conjunto arquitectónico de Sakkara,



descubierto en 1928. Se trata de las edificaciones en piedra más antiguas que se conservan. Destaca entre ellas la pirámide escalonada.

# Glosario



### **Aqueménidas.**

Dinastía persa, cuyo nombre procede de Aquemenes, primer rey de la dinastía, que reinó hacia el 700 a.J.C. El último de los reyes aqueménidas fue Darío III, vencido por Alejandro Magno.

### **Arameo.**

En la Biblia y en los documentos acadios, se da el nombre de arameos a una serie de tribus nómadas cuyos recorridos trashumantes les llevaron desde el norte de Arabia hasta Siria, nunca existió un reino arameo. Los persas utilizaron la lengua hablada por estas gentes como un vehículo apropiado para facilitar la comprensión entre los países incorporados a su inmenso imperio, debido a la gran cantidad de arameos que existían en los territorios que conquistaron a los asirios y babilonios.

### **Arsácidas.**

Dinastía de reyes partos fundada por Arsaces I. Los arsácidas llegaron a dominar desde el Éufrates al Indo, países que comprendían la Bactriana, las provincias de la India septentrional y las comarcas situadas entre el mar Caspio y el mar Negro, en las que habitaban entre otros pueblos escitas, los dacios, alanos y masagetas. El

vasto imperio dividióse en cuatro partes, siendo Persia la principal, y teniendo como Estados vasallos a la Armenia, la Bactriana y la Escita. A los arsácidas de Persia sucedieron los sasánidas, en el año 226 los de Armenia reinaron desde el siglo II a. de C., hasta el 428 de la era cristiana, y los arsácidas de la Bactriana dominaron en los límites del Indo y sobre los alanos, getas y otros pueblos que habitaban la desembocadura del Kandhar y las montañas de este nombre. No puede precisarse el tiempo en que fueron despojados de sus dominios, pero se sabe que el año 370 a. de C. lucharon contra el rey de Persia Sapor II. Los reyes de los escitas, alanos, etc., o sea los arsácidas del Norte, fueron derrotados por los hunos en los siglos IV y V, que destruyeron el Estado formado por ellos. Durante el imperio de los arsácidas se introdujo el cristianismo en las comarcas.

### **Bactriana.**

Comarca de Asia antigua, entre los actuales Turquestán e Irán. La poblaban los iraníes.

### **Beréber.**

Dícese del individuo de la raza más antigua y numerosa de las que habitan la región de Berbería, clasificada



como europeoide o blanca. En el idioma indígena o *tamaxeek* se llama *imosak*; se encuentran unos siete millones, probablemente descendientes de los libios, y entre ellos se incluyen los cabileños y rifeños.

### **Biblioteca Alejandrina.**

Probablemente fundada por Tolomeo II, *Filadelfo* (283 a 246 a. C.). Poseía de 500,000 a 700,000 volúmenes. En la guerra de César contra Pompeyo (47 a. C.) desapareció por el fuego gran parte de esta colección.

### **Califa.**

Título de los príncipes sarracenos que, como sucesores de Mahoma, ejercieron la suprema potestad religiosa y civil en Asia, África y España.

### **Corán.**

Libro sagrado de los mahometanos, según los cuales contiene las revelaciones hechas por Dios al profeta Mahoma. Es la fuente del derecho y el código civil de los musulmanes. El primitivo ejemplar árabe, redactado por el califa Abubéquer sobre las declaraciones verbales y memorias dispersas del secretario de Mahoma y publicado por el califa Otmán, consta de 114 suras o capítulos, de extensión muy desigual, con títulos a menudo difíciles de entender, sacados algunos de ellos, de conceptos que se hallan casualmente en los mismos.

El Corán contiene dogmas, leyendas, historia, fábula, mezcla de superstición y religión, preceptos o máximas de economía política y doméstica; descripciones imaginarias del cielo, del infierno, del juicio final; doctrinas sobre la resurrección de los cuerpos, finalmente una amalgama de las tradiciones judaicas y cristianas con las leyendas musulmanas; todo ello en formas las más variadas y diversas unas de otras, en que repite a cada paso el nombre de Dios. La explicación o interpretación del Corán forma una de las ramas más importantes de la literatura árabe: su lectura, es considerada por los mahometanos como una obra meritoria, y los fragmentos del Corán les sirven de oraciones.

Desde el punto de vista artístico, ha dado motivo el Corán a bellísimas páginas ornamentales, distinguiéndose entre todos los iluminadores y calígrafos islamitas, los egipcios. Además de los títulos ricamente iluminados, están realizadas las páginas con medallones marginales de la mayor magnificencia, rodeadas y encuadradas por arabescos de sutiles combinaciones; la riqueza de los elementos geométricos y el valor artístico de las suras iluminadas, sólo son comparables a las mejores alfombras de Oriente, realzando la armonía de los colores

el empleo del oro. Los mejores ejemplares los posee la Biblioteca de El Cairo, distinguiéndose por sus extraordinarias dimensiones, antigüedad y riqueza; entre ellos, hay numerosos ejemplares turcos, indostánicos y marroquíes.

### **Concilio de Nicea.**

Se celebró en Nicea (325), durante el pontificado de San Silvestre I y bajo la protección del emperador Constantino el Grande. Dio motivo para la herejía de Arrio, o arrianismo; definió que el Verbo es verdadero Hijo de Dios, de igual substancia que el Padre y, consecuentemente, verdadero Dios (consustancialidad del Verbo), y se fijó el calendario de la Pascua.

### **Concilio Tridentino.**

Celebrado en Trento (1545-63) durante los pontificados de Pablo III, Julio III y Pío IV, contra el luteranismo. Fue el más importante de todos; condenó los errores de Lutero y estableció la reforma de la Iglesia católica frente a la seudorreforma protestante. Tuvo dos interrupciones intermedias; intervinieron en él Carlos I y Felipe II de España como paladines del catolicismo, y tuvieron actuación fundamental los teólogos españoles.

### **Cultura y aprendizaje.**

La actividad cultural durante la Edad Media consistía primeramente en apropiarse y sistematizar los conocimientos del pasado. Los trabajos de autores clásicos, como Isodoro de Sevilla, que procuraba al presente los conocimientos reunidos de la humanidad, fueron compilados. En el centro de cualquier actividad aprendida estaba la Biblia; sin embargo, todo el aprendizaje secular era apreciado como una mera preparación para el entendimiento del texto sagrado.

La temprana Edad Media atrajo a una más cercana cultura en el siglo X con las nuevas migraciones e invasiones- la venida de los vikingos del norte y a los magiars de la llanura de Asia- y la debilitación de todas las fuerzas de la unidad y expansión europeas. La violencia resultante y dislocación causó que las tierras fueran retiradas del cultivo, población hasta el declive, y los monasterios volvieron a ser focos de civilización. Sin embargo, el trabajo cultural de asimilar la legalidad de la antigüedad estaba hecho, y no fue perdido.

### **Derecho Canónico.**

Conjunto de normas doctrinales y de disposiciones estatuidas por las autoridades de la Iglesia, que atañen al orden jerárquico de estas autoridades y a sus relaciones

con los fieles católicos en cuanto corresponde al fuero externo. Por razón del tiempo, se divide en antiguo (hasta Graciano), medio (hasta nuestros días). Por razón del objeto se divide en general y especial. El primero comprende los principios fundamentales sobre la religión, la Iglesia y la ley, y las relaciones de aquélla con la familia y el Estado. El segundo determina lo referente a las personas, cosas y acciones. El cuerpo del derecho canónico está formado por seis colecciones distintas: el Decreto de Graciano, las Decretales de Gregorio IX, el Sexto de Bonifacio VIII, las Clementinas, las Extravagantes de Juan XXII y las Extravagantes comunes. Hoy las leyes generales de la Iglesia se hallan recopiladas en el *Codex Iuris Canonici*, dividido en cinco libros; en el primero se exponen las normas generales de derecho, el segundo trata de las personas, el tercero de las cosas (derecho sacramental y económico), el cuarto de los procesos y el quinto de los delitos y penas.

### **Diadoco.**

Nombre con que son conocidos los generales que se repartieron la administración de las provincias del gran imperio macedónico a la muerte de Alejandro Magno. Éstos fueron, Ptolomeo, Eumenes, Antígono y Lisimaco.

### **Hebreo.**

Pueblo semítico que conquistó y habitó la Palestina, y que también se llama israelita y judío.

### **Hicsos.**

Pueblos nómadas asiáticos y de raza semítica, también llamados los reyes pastores, que, empujados por una migración de arios, se extendieron por Siria y Palestina; al final de la 14ª dinastía, se apoderaron de Egipto inferior y del valle medio del Nilo, establecieron su capital en Avaris y, aunque no íntegramente, pues toleraron la existencia de reinos indígenas, mantuvieron su dominación de 1675 a 1580 a. C., fecha esta última en que fueron expulsados por Ahmés, faraón tebano de la 17ª dinastía. Sus reyes fueron agrupadas en las 15ª y 16ª dinastías.

### **Iliria.**

Región de Yugoslavia, en la costa del Adriático, al norte de Epiro, que desde el siglo IV a. de C. fue reino de los autariatos y árdicos, y desde el año 168 de la era cristiana se la conoció con el nombre de *Illyricum*.

### **Mazdeísmo.**

Religión de la antigua Persia, llamada también *Zoroastrismo*, por su fundador Zoroastro o Zaratustra. Esta creencia era monoteísta y se basaba en el dualismo de dos principios: el bien, simbolizado por la luz, y el mal, por las tinieblas, y personificados respectivamente por *Ormuz*, sobrenombre de *Ahura-Mazda*, y por *Ahrimán*, quienes se encontraban en continua lucha, de la que siempre resultaba vencedor el primero.

### **Mito.**

Los mitos no siempre son relato de hechos de los dioses o de los héroes sino que, con frecuencia se trata de una interpretación poético-religiosa de fenómenos naturales o planteamiento de problemas humanos, a veces de gran hondura; o poseen una intención moral e incluso son eco de la historia, como el del rey Midas que, para Tucídides, fue un personaje real. El mito es muy peculiar de las creencias de los pueblos antiguos y de los pueblos atrasados.

### **Mitología.**

Historia de los fabulosos dioses y héroes de la gentilidad, constituida por un conjunto de mitos, más o menos estructurados entre sí, que condensan las creencias de un pueblo y sus ideas acerca del origen de los astros, de la Tierra y de los seres que la pueblan y, especialmente, del hombre. Los mitos o fábulas de la antigüedad y de los pueblos de civilización atrasada se refieren a estas cuestiones fundamentales: a) Creencia sobre el origen del mundo; b) Creencia en seres divinos o sobrenaturales, c) Creencia en héroes, ch) Culto rendido a dioses y héroes. Las creencias naturalistas se ven amalgamadas con toda una serie de nociones muy depuradas, y esta amalgama origina un sistema complejo de mitos, cosmogonías, genealogías, etc., con los seres que participan en cierto modo de los atributos soberanos.

### **Monasterio.**

Casa o convento, ordinariamente fuera del poblado, donde viven en comunidad los monjes. No es lo mismo monasterio que convento, pues, como ya observó Casiano, la primera palabra designa el lugar de habitación de uno o varios religiosos, de modo que basta sea uno solo de éstos, mientras la de convento sólo puede aplicarse al edificio en que viven muchos religiosos en comunidad. Sin embargo, ya en tiempos antiguos se aplicó el nombre de monasterio a las grandes comunidades, y hoy el uso vulgar apenas hace diferencia entre monas-

terio y convento, tomándolos como sinónimos de: “lugar o casa donde vive en comunidad cierto número de personas, bajo la observancia de una regla determinada y con la aprobación competente, para alcanzar una mayor perfección de vida religiosa”.

### **Monacato.**

Monacato budista. El carácter distintivo de la orden monacal budista es la supresión de todas las restricciones de casta, teniendo libre acceso a ellas los individuos de cualquier procedencia. Habiéndose de dedicar a libertarse de los lazos de la existencia y de la miseria, lo cual, según las enseñanzas budistas, no puede lograrse entre el bullicio mundanal, los monjes deben renunciar a sus bienes y hacerse pobres, y esforzarse, por la meditación, para alcanzar la liberación de su espíritu. Por esto se llaman *bhiksus* (pobres) y *srámanas* o *sramaneras* (esforzados). Este último título (cuya traducción más propia es esforzadores) se da a los novicios y monjes jóvenes; y a los viejos, o los que regían los monasterios, se les denominaba *sthaviras* (mayores). A la comunidad se le da el nombre de *Sanga* o *Sangha* (orden) y a sus reglas *Dharma*. En las esculturas se representa el *Sanga* como un hombre que lleva en la mano una flor de loto, símbolo de la pureza sin mancilla.

### **Monacato indostánico.**

En la India se ha considerado generalmente la vida como un mal esencial, y, consiguientemente, librarse de sus penas y miserias ha constituido el principal objeto de los indostanos, siendo ésta una de las principales fuerzas que han fomentado el monacato. El monacato indo presenta como característica el carecer de toda dirección central y la independencia de los monjes que prefieren la vida errante a la fija en un monasterio. Los hay también que moran de asiento en éstos, los cuales pueden adquirir grandes riquezas, aunque los individuos hacen voto de pobreza individual. Las reglas de la vida ascética indostánica están expresadas en el libro VI del *Código de Manú*. Los monjes, ascetas o ermitaños. Los votos que hacen los monjes son cinco: evitar el dañar a todos los seres vivientes, veracidad, abstenerse de robar, dominio de sí mismo, y liberalidad. Otros votos menores son: ecuanimidad, obediencia al *guru* (superior), tranquilidad, lim-

pieza y pureza en el comer. Hay grandes diferencias entre los monjes respecto al grado de abnegación y mortificación. Los que más rígidamente se atormentan son los monjes saivitas.

### **Omeyas.**

Descendientes del jefe árabe de este nombre, fundadores del califato de Damasco, substituido en el s. VIII por la dinastía abasí.

### **Sabino, na.**

Antiguo pueblo de Italia, que comprendía los sabinos, sabelios y samnitas, tribus originarias de la Italia central, y vivía entre el Tíber y los Apeninos. Durante mucho tiempo encarnaron la fuerza entre los elementos étnicos que componían Italia. Los sabinos se incorporaron a Roma el año 258 a. C.

### **Sasánidas.**

Dícese del individuo de una dinastía de reyes persas cuyo progenitor fue Sasán, hijo de Artajerjes Longimano, y que duró desde 226 hasta 652, en que fue destronada por los árabes. El Imperio sasánida es el sucesor del Imperio parto en la hegemonía del próximo Oriente. Los sasánidas se consideran sucesores de los aqueménidas y se ponen inmediatamente en lucha con Roma para restablecer su imperio; lo que caracteriza al Imperio sasánida es el representar un renacimiento nacional iraní y, por tanto, una reacción violenta contra el helenismo y el cristianismo. La última época del Imperio sasánida la llena la agitación religiosa contra el cristianismo. Los sacerdotes del culto del Estado constituyen una verdadera iglesia, perfectamente organizada, cuyo sistema teológico y ritual se basa en los libros sagrados del *Avesta*, completamente compilados en tiempo de Sapor II.

### **Seléucidas.**

Dinastía griega (312-64 a. J.C.), fundada en Siria por Seleuco, general de Alejandro Magno. Sucesores de los reyes de Persia, no lograron del todo, salvo en Asia Menor, imponer la cultura griega a las poblaciones iránicas. Fundaron ciudades nuevas, Seleucia y Antioquía, y favorecieron las relaciones comerciales de su imperio con la India.

# Bibliografía

**Abetti, Giorgio.** *Historia de la Astronomía*, trad. Alejandro Rossi, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

**Alatorre, Antonio.** *Los 1,001 de la Lengua Española*, 2ª ed., México, El Colegio de México, FCE, Tezontle, 1989.

**Antaki, Ikram.** *La Cultura de los Árabes*. 2ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1990.

*Antiguas Civilizaciones, Egipto*, vol. 4, España, Uthea, 1981.

**Arberry, A.J.** *The Legacy of Persia*, Oxford, Oxford University Press, 1953.

**Arnold, Thomas y Alfred Guillaume.** *El legado del Islam*, trad. Enrique de Tapia, Madrid, Pegaso, 1944.

**Baer, Yitzhak.** *Historia de los Judíos en la España Cristiana*, trad. José Luis Lacave, 2 vols., Madrid, Altadena, 1981.

**Bailey, Cyril.** *El legado de Roma*, 2ª ed., Madrid, Pegaso, 1947.

**Barrow, R.H.** *Los Romanos*, trad. Margarita Villegas de Robles, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, (Breviarios, 38).

**Baynes, Norman H.** *El imperio Bizantino*, trad. María Luisa Díaz Canedo y Francisco Guiner de los Ríos, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, (Breviarios, 5).

**Bengtson, Hermann, (Comp.)** *Griegos y Persas. El mundo Mediterráneo en la Edad Antigua, I*, trad. Carlos Gerhard, México, Siglo Veintiuno, 1979, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 5).

**Bernal, John D.** *La Ciencia en la Historia*, trad. Elí de Gortari, 5ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Imagen, 1981, (Serie El contexto científico).

**Cahen, Claude.** *El Islam. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Romano*, trad. José María Palao, 3ª ed., México, Siglo Veintiuno, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 14).

**Carabés Pedrosa, J. Jesús.** *Atlas histórico, Universal y de México*, 3ª ed., México, Progreso, 1995.



**Cassin, Elena, Jean Bottero, et. al.** *Los impresos del antiguo Oriente. El fin del segundo milenio*, 5ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1974, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 3).

**Crombie, A.C.** *Historia de la ciencia. De San Agustín a Galileo. La Ciencia en la Edad Media: siglos v al xiii*, trad. José Bernia, 5ª ed., Madrid, Alianza editorial, 1985.

**Dahl, Svend.** *Historia del Libro*, trad. Alberto Adell, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, 1991, (Los Noventa, 55)

**Dawson, Christopher.** *Historia de la Cultura Cristiana*, trad., Heberto Verduzco Hernández, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, (Breviarios, 529).

**Dawson, Christopher.** *La Crisis de la educación Occidental*, trad. L. Bixio, Buenos Aires, Emece Editores, 1963, (Selección Emece de Obras Contemporáneas).

**Dhondt, Jan.** *La Alta Edad Media*, trad. A. Esteban Drake, 7ª ed., México, Siglo Veintiuno Editores, 1971, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 10).

*Diccionario Enciclopédico Espasa*, 24 vols., 8ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1979.

*Education and Society in The Middle Age and Renaissance*, 7.

*Enciclopedia universal ilustrada*, 70 vols., 10 apéndices y 4 suplementos, Madrid, Espasa Calpe, 1968.

**Fernández Rubio, Narcis.** "Su vida cotidiana", en: *Muy Interesante*, mensual, especial, núm. 9, México.

**Fernández Rubio, Narcis.** "Los grandes fundadores" en: *Muy Interesante*, mensual, especial, núm.17, México.

**Galino, María de los Ángeles.** *Historia de la Educación. Edades Antigua y Media*. 3 vols., 2ª ed., Gredos, s.a.

**Ghirshman, Roman.** *Persia, Protoiranos, Medos, Aqueménidas*, trad. Arturo del Hoyo, México, Aguilar, 1964.

**Glanville, S.R.K.** *El legado de Egipto*, trad. J.M. Fernández, Madrid, Pegaso, 1944.

**González Blanco, Edmundo.** *Evangelios Apócrifos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, (Cien del Mundo).

**Gorlich, Ernest J.** *Historia del Mundo*, trad. Mariano Orta Manzano, 4ª ed., Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1972.

**Grimberg, Carl y Ragnar Svanstrom.** *La Edad Media. El choque de dos mundos: Oriente y Occidente*, trad. T. Riaño, México, Daimon, 1983, (Historia universal, 4).

**Grimberg, Carl.** *Auge del Islam. Carlomagno*, México, Samra, 1991, (Historia Universal, 14)

**Grunebaum, Gustave E Von, (Comp.)** *El Islam. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, trad. Mercedes García-Arenal y Ramón Serratacó, 3ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1980, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 15).

**Hattstein, Markus.** *Religiones del mundo*, trad. María José Buxó, Dulce Montesinos y Ángela Cots Egert, Colonia, Könnemann, 1997.

**Heer, Friedrich.** *El mundo medieval. Europa 1100-1350*. Madrid, Guadarrama, 1963.

*Historia de la Humanidad. Desarrollo Cultural y Científico*, 3ª ed, 12 vols., trad. Miguel de Hernani, Barcelona, Planeta, 1981.

*Historia del Arte*, 12 vols., México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1979.

*Historia Universal Planeta*. 12 vols., , Barcelona, Planeta, 1994.

*Historia Universal Salvat*. 12 vols., México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1980.

**Hogarth, D.G.** *El antiguo Oriente*, trad. Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, (Breviarios, 49).

**Ibn Jaldún.** *Introducción a la Historia Universal*, (Al-Mugaddimah), estudio preliminar, revisión y apéndices de Elías Trabulse, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, (Sección Obras de Historia).

“Jerusalén”, en: *Saber Ver*, bimestral, año 1, núm. 5, México, Fundación Cultural Televisa, 1992.

**Joan Sureda Barral y Xavier I. Altet.** *Historia Universal del Arte. La Edad Media. Bizancio, Islam, de Roma al Prerrománico*, vol. 3, Barcelona, Planeta, 1992.

“Jordania e Israel: un destino común”, en: *Saber Ver*, bimestral, año 1, núm. 5, México, Fundación Cultural Televisa, 1992.

*La educación en el mundo Judeo Cristiano*. 2 vols.

**Leclercq, Jean.** *Bernardo de Claraval*, trad. Miguel Montes, Valencia, Edicep, 1991.

**León Tello, Pilar.** *Judíos de Toledo*, 2 vols., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, “B. Arias Montano”, 1979, (Serie E, 4).

**Maier, Franz Georg.** (Comp.). *Bizancio*, trad. Marla Nolla, María del Carmen Palacios y Javier Faci, 3ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1979, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 13).

— *Las Transformaciones del Mundo Mediterráneo, siglos III-VIII*, trad. Pedro Viadero, 7ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1980, (Historia Universal Siglo Veintiuno, 9).

**María Correa, Manuel.** (Coord.). *Historia de las religiones. Islamismo, Taoísmo y Confucionismo. Shintoísmo, Ateísmo. Manifestaciones parareligiosas*, vol. 3, Barcelona, Editorial Marín, 1971, (Gran Biblioteca Marín).

**Martínez, José Luis.** (Selección, introducción y notas), *Panorama cultural. El mundo antiguo. Persia, Islam*, vol. 5, México, Secretaría de Educación Pública, 1996.

**Milicua, José M.** *Historia Universal del Arte*, vol. 3, España, Planeta, 1992.

**Morayta, Miguel.** *Historia General de España*, vol. II, Madrid, Editor Felipe González Rojas, 1887.

**Nelson, Wilton M.** (Editor). *Diccionario ilustrado de la Biblia*, 15ª de., Bogotá, Caribe, 1990.

**Padilla Segura, José Antonio.** *Universidad: Génesis y Evolución*, Vol. 1, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1994.

**Parra Sánchez, Tomás.** *Diccionario de la Biblia*, 2ª ed., México, Ediciones Paulinas, 1993.

**Pirenne, Jacques.** *Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia*, 10 vols., 12ª ed., México, Cumbre, 1976.

“Proyecto para recrear la Escuela de Traductores en Toledo”, en: *El País*. Sección Educación, 15 de noviembre de 1983.

**Robles, Martha.** “Redescubrimiento de Alejandría” en: *Excélsior*.

“Roman Empire”, en: *National Geographic*, vol. 192, No. 1, julio de 1997.

*Sagrada Biblia*, versión crítica sobre los textos hebreo y griego por José María Bover y Francisco Cantera Burgos, 6ª ed., Madrid, La Editorial Católica, 1961, (Biblioteca de Autores Cristianos).

**Salah, Galal.** “Cuando el árabe era la lengua de la ciencia”, en: *Rm en El Espejo del Tiempo*. mensual, México, Círculo Farmacéutico.

**Sánchez Albornoz, Claudio.** *La España Musulmana según los Autores Islamitas y Cristianos Medievales*, 2 vols., 4ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1974.

**Scerrato, Humberto.** *Grandes Civilizaciones. Islam*, traducción J. Blanco Catala, Italia, Arnoldo Mondadori Editore, 1972.

*Selecciones del Reader's Digest. Historia del hombre. Dos millones de años de civilización.*

**Soheil F., Afman.** *El pensamiento de Avicena*, trad. Vera Yamuni, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, (Breviarios, 184).

**Verger, Jacques.** *Les Universités Françaises au Moyen Age*, Netherlands, E.J. Brill, 1995.

**Weckman, Luis.** *Panorama de la Cultura Medieval*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, (Manuales Universitarios).

**Wilson, John A.** *La Cultura Egipcia*, trad. Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, (Breviarios, 86).



# Índice de Ilustraciones

- Pág. 5.** Detalle del “Libro de los muertos”. *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 148.
- Pág. 6** Mapa de Egipto. *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 146.
- Pág. 7.** La Mastaba de Saqqarah. *Antiguas civilizaciones. Egipto*, Vol. IV, p. 463.
- Pág. 9.** Mapa de Egipto (1450 a. C.). *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 162.
- Pág. 9.** Cabeza de Tutmosis III con la doble corona. Símbolo de su dominación sobre el alto y bajo Egipto. *Historia Universal Salvat.*, Vol. I, p. 167.
- Pág. 10.** Detalle de la fachada del templo mayor de Abu Simbel. Representa la unión del alto y bajo Egipto. *Antiguas civilizaciones. Egipto*, Vol. IV, p. 663.
- Pág. 10.** Pectoral de Ramsés II. *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 187.
- Pág. 12.** Estela egipcia con inscripción ideográfica presidida por las figuras de Amosis y Apis. *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 142.
- Pág. 12.** Escena de pesca. *Historia Universal Salvat*, Vol. I, p. 146.
- Pág. 14.** El cercano oriente. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*. p. 2.
- Pág. 16.** Instrumentos de trabajo, armas y utensilios de metal. *Antiguas civilizaciones. Egipto*, Vol. IV, p. 543.
- Pág. 23.** Figura de escriba en caliza pintada, Saqqara, V dinastía. *Antiguas civilizaciones. Egipto*, Vol. IV, p. 555.
- Pág. 27.** Tumba de Ciro en Pasargarda, Irán. *Historia Universal Salvat*, Vol. II, p. 147.
- Pág. 28.** Imperio Persa. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 4.
- Pág. 28.** Palacio de Darío. Decoración de escalinata. Roman Ghirshman. *Persia, protoiranios, medos, aqueménidas*, p. 193.



- Pág. 29.** Persia en la época aqueménida. Roman Ghirshman. *Persia, protoiranos, medos, aqueménidas*, p. 446.
- Pág. 30.** Busto en bronce de un rey sasánida. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 61.
- Pág. 31.** Miniatura de un manuscrito persa en la que aparece un poeta y su alumno. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 487.
- Pág. 32.** Imperio de Alejandro Magno. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 8.
- Pág. 33.** Batalla de Darío y Alejandro Magno. Mosaico de Pompeya. Jacques Pirenne. *Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia*, Vol. I, p. 189.
- Pág. 33.** Cilindro de Darío. Roman Ghirshman. *Persia, protoiranos, medos, aqueménidas*, p. 268.
- Pág. 34.** El mundo helénico. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 8.
- Pág. 36.** Miniatura de un manuscrito persa. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 498.
- Pág. 37.** Lámina anatómica del "Canon" de Avicena. *Historia de la Humanidad*, Vol. IV, p. 194.
- Pág. 39.** Ruinas romanas en las laderas del Palatino, donde Rómulo fundó la ciudad. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 23.
- Pág. 40.** Crátera etrusca con decoración geométrica. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 14.
- Pág. 40.** Mapa de Italia hacia el año 500 a. C. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 18.
- Pág. 42.** Batalla naval entre las flotas romana y cartaginesa. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 53.
- Pág. 43.** Anverso de un dracma de Cartago, en donde se halla representada la efigie de Aníbal. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 55.
- Pág. 44.** Mapa del Imperio Romano. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas histórico, Universal y de México*, p. 10.
- Pág. 46.** Cabeza de Honorio, emperador de Occidente. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 173.
- Pág. 48.** Soldados de la guardia pretoriana en un relieve del siglo II. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 130.
- Pág. 53.** Mapa de la cristiandad romana. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 303.
- Pág. 58.** Estatua del emperador Augusto. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 117.
- Pág. 59.** Estrabón, geógrafo griego que vivió en Roma en tiempos de Augusto. *Historia Universal Salvat*, Vol. IV, p. 128.
- Pág. 62.** El sacrificio de Isaac. Óleo sobre tela, siglo XVII. *Historia Universal Salvat*, Vol. II, p. 107.
- Pág. 63.** Mapa del éxodo de los hebreos. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 5.
- Pág. 63.** Mapa de las doce tribus. J. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 5.
- Pág. 66.** Mapa del mundo bizantino. Jacques Heers. *Historia de la Edad Media*, p. 320.
- Pág. 67.** Soldado bizantino. Mosaico, siglo XIV. *Historia Universal Planeta*, Vol. V, p. 354.
- Pág. 72.** Concilio de Nicea. Miniatura perteneciente al monólogo de Basilio II, siglos X y XI. *Historia Universal Planeta*, Vol. V, p. 162.
- Pág. 73.** Damas de la corte de Bizancio. Mosaico del monasterio de san Salvador de Cora, siglo XIV. *Historia Universal Planeta*, Vol. V, p. 348.
- Pág. 78.** Tolomeo I. Jacques Pirenne. *Historia Universal. Las grandes corrientes de la historia*, Vol. I, p. 193.

- Pág. 80.** Nicéforo Focas. Ilustración de un manuscrito, siglo xi. *Historia de la Humanidad*, Vol. iv, p. 278.
- Pág. 82.** Adán y Eva expulsados del paraíso. Marcus Hattstein. *Religiones del mundo*, p. 57.
- Pág. 86.** El arcángel Gabriel transmite el mensaje a Mahoma. *Religiones del mundo*, p. 94.
- Pág. 86.** Mahoma reza ante la Caaba. *Religiones del mundo*, p. 95.
- Pág. 88.** Mahoma predica a los jóvenes. *Religiones del mundo*, p. 94.
- Pág. 89.** La conquista del Islam. Umberto Scerrato. *Grandes civilizaciones. Islam*, p. 14.
- Pág. 92.** Fragmento del Corán en pergamino. *Religiones del mundo*, p. 97.
- Pág. 92.** “En el nombre de Dios, el misericordioso, el compasivo” los musulmanes iniciaban cualquier acción importante con esta frase, que aparece escrita en diez caligrafías. *Historia Universal del Arte*, Vol. iii, p. 133.
- Pág. 99.** La constelación de Andrómeda. Miniatura (1009) perteneciente al libro de las constelaciones de Al Sufi. *Historia Universal Planeta*, Vol. iii, p. 211.
- Pág. 101.** Descanso de una caravana de mercaderes. *Historia Universal Planeta*, Vol. iii, p. 211.
- Pág. 103.** Aristóteles, Galeno, Platón y Al-Hakim. Ilustración de un manuscrito árabe. *Historia de la Humanidad*, Vol. iv, p. 99.
- Pág. 110.** La Mezquita del Viernes en Isfahan. *Religiones del mundo*, p. 100.
- Pág. 114.** Mapa del mundo medieval establecido por Al-Idrisi. Manuscrito egipcio del siglo xv. *Historia de la Humanidad*, Vol. iv, p.203.
- Pág. 116.** Galeno, Avicena e Hipócrates, grabado del siglo xiv, *Historia de la Humanidad*, Vol. iv, p.99.
- Pág. 121.** Pala árabe del siglo xiii. *Historia de la Humanidad*, Vol. iii, p.353.
- Pág. 122.** Mapa de la España cristiana y musulmana. Jacques Heers. *Historia de la Edad Media*, p. 208.
- Pág. 125.** Guerreros árabes a la conquista de España. *Historia Universal del Arte*, Vol. iii, p. 121.
- Pág. 126.** Mapa que muestra el apogeo del Califato de Córdoba. *Historia Universal del Arte*, Vol. iii, p. 120.
- Pág. 129.** Mezquita de Córdoba. *Historia Universal del Arte*, Vol. iii, p. 190.
- Pág. 130.** La reconquista cristiana. *Historia de la Humanidad*, Vol. iii, p. 312.
- Pág. 131.** La safiha de Azarquiel. Fábrica de una bujía por Ben Hodail, siglo xiii. *Historia Universal Planeta*, Vol. iv, p. 208.
- Pág. 132.** Antigua puerta de Bisagra en Toledo, 838. *Historia universal Planeta*, Vol. iii, p.218.
- Pág. 142.** Medallón de estofa de inspiración sasánida del siglo ix que representa un caballero. *Historia de la Humanidad*, Vol iii, p.106.
- Pág. 147.** Marcado de un caballo. *Historia Universal del Arte*, Vol. iii, p. 213.
- Pág. 148.** Anverso y reverso de una moneda de Teodosio II acuñada en Constantinopla hacia el 420. *Historia Universal Salvat*, Vol. iv, p.184.
- Pág. 149.** Difusión del cristianismo. Jacques Pirenne. *Historia Universal*. Las grandes corrientes de la historia, Vol. i, p. 387.
- Pág. 151.** San Isidro, obispo. *Historia de la Humanidad*, Vol. iii, p.106.
- Pág. 153.** Final del imperio bizantino. *Historia Universal Planeta*, Vol v, p 362.
- Pág. 200.** San Jerónimo corrigiendo la traducción de la Biblia. *Historia Universal Planeta*, Vol. iii, p. 278.

- Pág. 157.** Monasterio de santa Catalina. Monte Sinaí, Egipto. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p.66.
- Pág. 159.** Inglaterra anglosajona y vikinga (siglos VIII-X). *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 343.
- Pág. 161.** Coronación de Carlomagno. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p. 101.
- Pág. 162.** Imperio de Carlomagno. Jesús Carabés Pedroza. *Atlas Histórico, Universal y de México*, p. 14.
- Pág. 176.** Monasterio benedictino de Sant Pere de Caserres, siglo XI. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 271.
- Pág. 179.** Escena de vida monacal. *Historia Universal Planeta*, Vol. V, p. 291.
- Pág. 181.** Página de un manuscrito del siglo IX en el que se representan episodios de la vida de san Jerónimo. *Historia de la Humanidad*, Vol. III, p.451.
- Pág. 182.** Puerta principal de la fachada oeste de la segunda abadía de Lorsh, siglo VIII. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 265.
- Pág. 183.** Vista actual de la abadía de Cluny. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 271.
- Pág. 183.** Capitel procedente del coro de la iglesia abacial de Cluny, siglos XI y XII. *Historia Universal Planeta*, Vol. III, p. 271.
- Pág. 187.** Bernardo de Claraval. *Historia Universal Planeta*, Vol. IV, p. 316.
- Pág. 190.** Relieve carolingio en marfil, siglos IX-X; procedente de la abadía de Ambronai, Florencia. *Historia Universal del Arte*, Vol. III, p. 307.
-







*Por acuerdo del señor Rector  
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,  
Ing. Jaime Valle Méndez,  
el libro Universidad: Génesis y Evolución,  
Tomo III  
se terminó de imprimir el 30 de abril  
de 1999 en los Talleres Gráficos de la  
Editorial Universitaria Potosina.  
La edición estuvo al cuidado de su autor  
y de José de Jesús Rivera Espinosa.  
Se imprimieron 2000 ejemplares.*







23



Editorial  
Universitaria  
Potosina